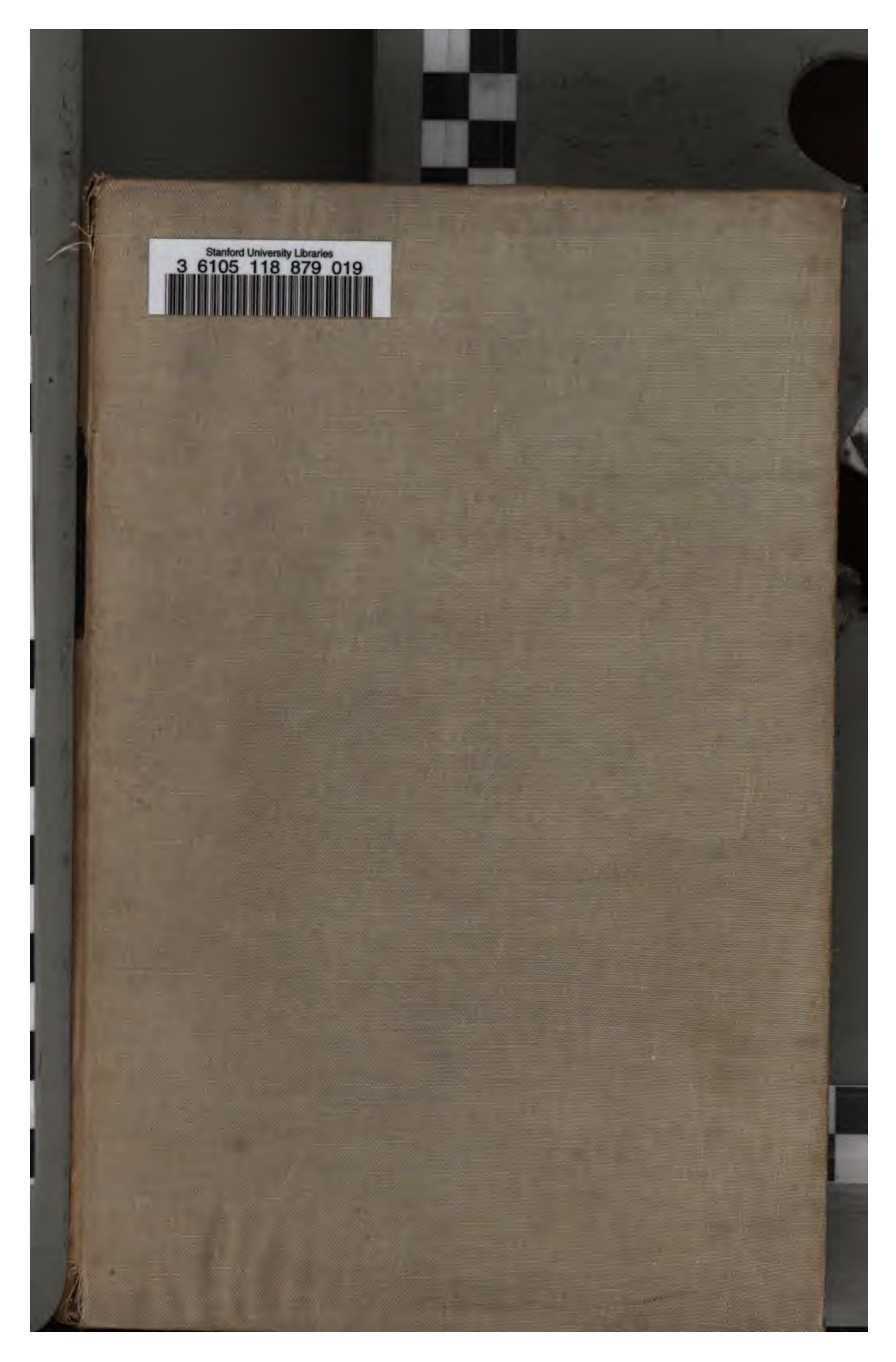
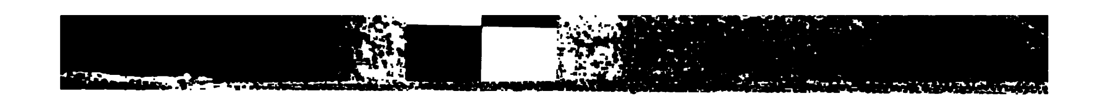
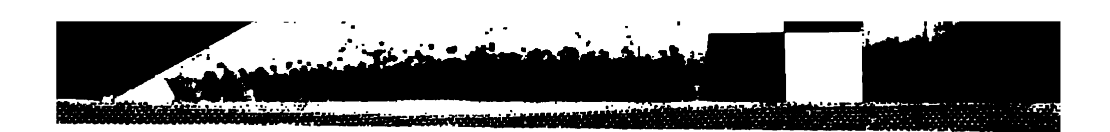

Stanford University Libraries
3 6105 118 879 019


LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY

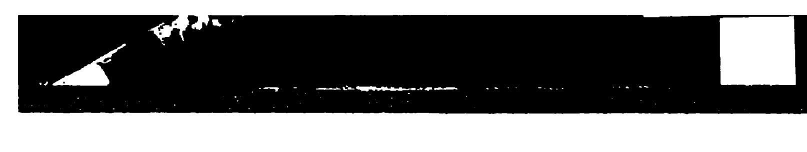




# OBRAS

DE

# D. F. SARMIENTO



[redacted]

# OBRAS

DE

# D. F. SARMIENTO

PUBLICADAS BAJO LOS AUSPICIOS DEL GOBIERNO ARGENTINO

## TOMO XIV

**CAMPAÑA**
**EN EL**
**EJÉRCITO GRANDE**



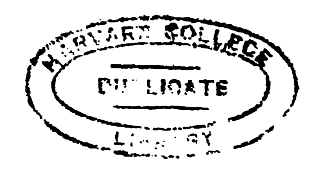
BUENOS AIRES

5843 — Imprenta y Litografía « Mariano Moreno », Corrientes, 829.

1897









EDITOR
A. BELIN SARMIENTO

## ADVERTENCIA DEL EDITOR

Desde 1851, la larga campaña emprendida diez años antes contra Rosas por Sarmiento, tomaba un nuevo giro. El tirano había logrado enajenarse los gobiernos de Corrientes y Entre Rios que empezaban á reclamar el retiro del encargo de las Relaciones Exteriores depositado provisionalmente en el Gobernador de Buenos Aires y de que éste se había apoderado para crear un gobierno monstruoso. Habían fracasado las negociaciones entre las provincias litorales para «arreglar la navegacion de los rios y la organizacion del país», ante las exigencias y el *non vouloir* del representante de Buenos Aires.

Los escritos de Sarmiento, consignados en los Tomos VI y XIII de estas obras, se encaminaron á discutir los problemas económicos y demostrar á los pueblos del interior su conveniencia en sacudir el yugo. Las piezas que adquirieron mayor importancia en este orden de ideas fueron *Argirópolis* y una Presentacion á los Gobernadores. (Tomo XIII).

El pronunciamiento del General Urquiza era inminente y Sarmiento se preparaba á segundarlo en la accion despues de haberle preparado el terreno con sus escritos. El proyecto de Sarmiento era invadir por su parte por el lado de Chile y desalojar la tiranía en las provincias cuyanas. Tenía preparada una expedicion militar, cuyos jefes debían ser Sarmiento, Aquino, Álvarez y tal vez Mitre y Paunero, con doscientos veteranos de la Independencia ya organizados y cuatrocientos sanjuaninos emigrados. Pertrechos y dinero estaban prontos y sólo se esperaba la oportunidad precisa para obrar. En esas circunstancias fué á Chile el Dr. Guillermo Rawson, joven que había salido de las aulas de Buenos Aires con inmensa reputacion de saber y poseía no poca dosis de suficiencia. Visitó á Sarmiento, que era el centro, como el foco de la resistencia á Rosas, y empleó dos días de discusion para disuadirle de lo que llamaba "la sublime locura", y cuenta Sarmiento en sus Memorias (1) que al terminar la discusion, estrechándole los brazos por las sangraderas, le dijo: "Doctor, tiene Vd. la inteligencia de un sabio aleman; el corazon sano, pero rotos los brazos... Vd. no hará nada en su vida!...

"Fué á Valparaíso y Copiapó, agrega, desmontando los ánimos, burlándose del descabellado proyecto, aventurando el secreto, segun me lo escribían, y jactándose de haberme hecho oir razon."

Proyecto cuya condicion de éxito estaba en el secreto, debía fracasar ante las indiscreciones del

(1) Inéditas. Se publicarán en uno de los volúmenes de estas obras.

joven idealista y Aquino pereció asesinado en la campaña de Caseros, como Álvarez en Tucuman, queriendo rendir él solo un batallon enemigo, cuando aquellas dos brillantes espadas hubiesen prestado servicios incomparables en otro terreno. Los sucesos se hubiesen encaminado de otro modo, de realizarse aquella campaña por Cuyo, que indudablemente habría tenido cumplido éxito *sans coup férir*, pues el poder de Urquiza se hubiese hallado contrabalanceado por aquel lado, su acuerdo de San Nicolas que motivó la revolucion del 11 de Setiembre, hubiese encontrado instrumentos menos dóciles y las horribles convulsiones de que fué teatro San Juan, por hallarse atrasada en las soluciones inevitables, no se hubieran producido, ni sacrificado centenares de víctimas, algunas ilustres.

En este libro se relata el viaje que hicieron á vela por el Estrecho los comandantes Aquino, Paunero, Mitre y Sarmiento, para incorporarse á Urquiza, la llegada á Montevideo con su dramática espectacion por ignorar lo sucedido en aquella plaza, así como las negociaciones y las desconfianzas que inspiraba la política futura del General Urquiza.

Pocas veces la historia tiene en cuenta los medios con que se han conseguido grandes resultados, y así mismo el tiempo relega al olvido los defectos personales de los grandes actores; pero deben tenerse en cuenta esos defectos si han influído en la conducta de otros actores cuya historia se narra. Quizá fuera necesario convenir en que la liberacion definitiva de la patria del yugo de la tiranía, perseguida en vano durante tantos años por héroes como La-

valle, Paz, Pacheco y Obes, La Madrid, por publicistas como Sarmiento, Varela, Alsina, Mitre, Frías, Alberdi, Mármol, Cané, Gómez, López, Lamas, Tejedor, etc., no podía realizarse sino con instrumentos adecuados al medio y que Urquiza reasumía poderosamente en su carácter. Por mas que se deba hacer honor al ilustre vencedor de Caseros de la moderacion que adquirió con el tiempo, coadyuvando á la union nacional y respetando los gobiernos regulares de Mitre y de Sarmiento, no deja de ser un hecho testimoniado por los contemporáneos que antes de Caseros y durante los años subsiguientes, Urquiza realizaba el tipo del antiguo caudillo, obrando por el terror, convirtiendo toda garantía en predominio personal de arbitrario y dotado de ese civismo rústico que sólo alienta atentados.

El objetivo, en tanto, era voltear á Rosas, y Sarmiento pudo decir como el Mariscal de Montluc: "*Quant à moi, si je pouvais appeler tous les esprits d'enfer pour rompre la tête à mon ennemi, qui me veut rompre la mienne, je le ferais de bon cœur, Dieu me le pardonne.*" Puso, pues, su espada al servicio de Urquiza, y apenas redactado el parte de la victoria, hubo de separarse del vencedor, abandonar la anhelada patria y emprender de nuevo el camino al destierro.

El desprecio manifestado públicamente contra los unitarios, la obligacion de llevar la cinta colorada, las escenas de sangre en Palermo, las tendencias arbitrarias del vencedor, su resistencia contra toda idea de organizacion regular, hacían presagiar una situacion insostenible entre la reaccion moral todo-

poderosa que había sucedido en Buenos Aires al régimen de barbarie, y el caudillo que pretendía preponderar al amparo de la victoria, mediante la violencia y el arbitrarismo.

No sólo se convertían esas disidencias en cuestiones de principios, con las cuales el honor no permitía á Sarmiento transigir, sino que su prevision le hacía ver la necesidad de hallarse en situacion de ayudar eficazmente á la union futura, colocándose á igual distancia del Estado de Buenos Aires y de la Confederacion, para proclamar lo que fué su lema: " Porteño en las provincias, provinciano en Buenos Aires. "

De que entraban en esas previsiones los sucesos motivados por el arbitrario acuerdo de San Nicolas lo prueban diversos párrafos de sus escritos de la época, entre otros las últimas palabras de " Campaña en el Ejército Grande. „ Y de que la crítica acerba que se encuentra en este libro contra el caudillo de Entre Rios no son impresiones *á posteriori,* hijas del despecho ó del resentimiento, tenemos una prueba muy singular que debe consignarse aquí.

Durante la campaña, Sarmiento usaba una cartera de bolsillo donde consignaba diariamente, á veces á lápiz, en frases abreviadas, en conceptos concisos, los incidentes y las impresiones que resentía. Ese cuaderno, con otros papeles, desapareció al llegar el ejército cerca del Puente de Marquez, el 1° de Febrero, habiendo caído prisionero el asistente que los llevaba y recien despues del 3 de Febrero fueron encontrados envueltos en una cinta

colorada entre los papeles del tirano. Ese documento está en nuestro poder, y examinado cuidadosamente no se encuentra una sola enmendatura, y página por página se halla en germen el libro escrito con ese memorandum, así como indicada la mayor parte de los defectos y errores que en el libro se reprochan al General Urquiza.

Creo deber trascribir la primera página de este precioso documento, en que se hallan dos palabras que mucho intrigaron á Urquiza: " Regreso de
" Europa en 1848 — Carril y Gutierrez en Lima —
" Encuentro con Oro en Arica — Le comunico mis
" esperanzas de una crísis en la República Argen-
" tina, y le aseguro que en 1852 entraré en ella
" por un movimiento de *pretorianos ó termidorianos*
" que preveo. — Escribo el 26 de Mayo 1848 la
" carta al General Ramírez en que se encuentran
" éstas palabras: " Yo me apresto, General, para
" entrar en campaña.„ 1849 — Escribo la crónica
" y hago dejar la redaccion del " Progreso „ á
" Espejo, que se había constituido en Chile el
" órgano de Rosas — Desde entonces ningun diario
" chileno se atreve á abogar por el tirano — 25 de
" Mayo de 1849 — Durante un banquete patriótico
" presidido por el General Las Heras en Yungay,
" el Dr. Zapata hace lectura del primer reclamo
" de Rosas al Gobierno de Chile contra mí —
" Contesto en la Crónica N° 19 — Nuevo programa
" echando las bases económicas de la revolucion —
" Suspendo oportunamente la Crónica — Efectos
" producidos en la opinion de las provincias — Yanci,
" Rawson, Lloveras, Vidarte, los paisanos — 1850—

" Escribo la protesta — Análisis del Mensaje de " Rosas — Recuerdos de Provincia — Mis viajes — " Educacion Popular.

" *Argirópolis* — Objeto de la publicacion — Osten- " sible—real—acreditado en carta al Dr. Alsina — " Visito á los argentinos de Aconcagua, Valpa- " raíso, Coquimbo, Copiapó, para aplicar y exponer " la idea y reunir fondos — Los pareceres se divi- " den — Pocos la comprenden — Incidente de Oro — " Lo introduzco en la República Argentina á dos " mil ejemplares—Inundo las provincias—Profunda " sensacion — Conducta de los Gobiernos de Salta, " Tucuman, San Juan, Mendoza — Palabras del " General Urquiza — De Don José Mª Echagüe — " Bompland — Carta anterior del General Urquiza.

" 1851 — Escribo *Sud América* — Entrevista en " Chile con Rawson — Plan abandonado — Plan " seguido — Rawson tenor (1) — Paunero Aquino — " Reclamo 3º de Rosas sobre imputacion de asesinato " — Cómo fué preparado — Excitacion de la opinion " pública en Chile temiendo que fuese asesinado por " Rosas (3 de Abril) — El 7 de Abril, lunes santo, " salió para San Juan y Tucuman el joven Elguera, " hijo del diputado al Congreso de 1826, llevando 200 " ejemplares de *Una copia de la representacion*, etc., " dirigida á los Gobiernos de las Provincias. El " Domingo 6 de Ramos se la envié á casa del General " Pinto en la noche, hora en que se acababa de impri- " mir. Compusiéronla el 4 y el 5 y la escribí el *3*

(1) Quizá sea oportuno recordar que entre el Dr. Velez y Sarmiento, desde 1861, acostumbraban designar á Rawson bajo el apodo de « Canario de la Gironda. »

" *de Abril,* día en que el General Urquiza dató sus
" circulares, de que la *Copia* era un comentario.
" Coincidencia rara en la historia de las revolucio-
" nes — Incidentes posteriores.

" Carta de Rawson del 4 de Junio anunciándome
" que Benavidez estaba decidido — Se cierra la
" Cordillera — Envio de un cajon de libros — al
" ministro — Ignoro lo que sucede en las provin-
" cias — Llega la noticia de que el General Urquiza
" abre la campaña oriental — Augurios sobre
" Aquino — Se resuelve venirnos á Montevideo,
" Paunero, Aquino, Mitre y yo — Sargentos de
" Granaderos á caballo — Demoramos por falta de
" buques un mes — La Medicis — Revolucion de
" Coquimbo — Nos embarcamos el 1° de Octubre —
" Incidente Balbastro (se halla en *Sud América* N° 9,
" tomo III) — Navegacion feliz — Llegada á Mon-
" tevideo 2 de Noviembre — Campamentos rojos —
" Alarmas — Nos dicen que Oribe está en su quinta
" — Júbilo — Recibo las felicitaciones cordiales de
" mis amigos".

---

Para apreciar las aptitudes militares del General Urquiza y hacerle justicia bajo ese punto de vista, he aquí lo que refiere Sarmiento en un manuscrito inédito:

" Otro rasgo que muestra la elevacion de su
" espíritu (del General Paz), lo ostentaba al encon-
" trarnos por la primera vez en Montevideo, como
" tablas de zozobrada nave que arroja el rio á la

" playa — ¿Lo mordió el perro Purvis? fué su risueña
" salutacion, y pasando á otras cosas y á la batalla
" de Caseros — " Urquiza es un verdadero General,
" me dijo, tiene el ojo militar. No pude darle caza
" en Corrientes, donde, reuniendo mi línea atrinche-
" rada en la Tranquera de... (?), comprendió en el
" acto que estaba derrotado si atacaba. Aguardélo
" bastante tiempo, y viendo que no comenzaba el
" ataque, hice avanzar tropas. ¡Ni noticias! Se
" había retirado á la luz del día, sin dejarse sentir,
" y en varios días de persecucion no pude darle
" alcance, pisándole los talones, sin tomarle un pri-
" sionero, ni un caballo, tal era el orden y la rapi-
" dez de sus movimientos. El General Paz había
" confirmado este concepto cuando le aplaudía la
" asombrosa maniobra de echarle á Pacheco todo el
" peso de su caballería de ocho mil hombres tres
" días antes de la batalla campal de Caseros: " Yo
" no echo, me dijo, mi caballo trabado". Urquiza
" era menos justo con Paz, por celos y emulacion
" de soldado."

---

La carta escrita en Montevideo á su llegada y publicada en Chile en hoja suelta que se trascribe en este volumen, es un documento complementario que no debía perderse.

El autor no ha trascrito en su libro los 26 Boletines publicados durante la campaña, mediante la imprenta ambulante que llevaba consigo, y hemos creído de interés, para la fisonomía de los sucesos,

incluirlos cada uno en su lugar, haciendo contraste el descontento que surge de la narracion contra las tendencias del general en jefe, y el lenguaje leal y entusiasta empleado para servir la causa. La prensa de Chile, es decir, principalmente los escritos de Sarmiento, "estaba destinada á marchar en medio " de la artillería y entrar como ella batiendo á Rosas " hasta en las calles de Buenos Aires, lanzándole " ahora la palabra á guisa de metralla, excitando á " las poblaciones y llevando á todas partes el aviso " de su caída. Así la prensa, como expresion del " pensamiento, y la palabra que se llamó "Crónica", " Protesta, Sud América, se hallan presentes y son " actores."

Á nuestro conocimiento, es el Sr. General Mitre el único en poseer la coleccion de aquellos Boletines que no han sido reimpresos y ha tenido la amabilidad de proporcionárnoslos, con excepcion del Núm. 19, que se ha extraviado, como no se ha podido encontrar la carta que se imprimió en el Rosario. El señor Mitre ha colaborado en la redaccion de algunos de aquellos boletines y se complace en repetir que Sarmiento le dictaba en el Diamante la descripcion del pasaje, y exclamaba, aludiendo á la forma introducida por el improvisado escribiente: "¡qué grandes cosas hariamos, dictadas por mí y escritas por Vd., Mitre!"

Debemos apuntar algunas indicaciones bibliográficas respecto á este libro. La primera parte, la que contiene los documentos bajo el rubro "ad memorandum." fué publicada en Rio de Janeiro (imprenta de J. Villeneuve y Comp., 1852), y el resto en Chile.

reproduciéndose en Buenos Aires en *El Nacional* á medida de su publicacion.

Se notará una dedicatoria *A mi querido Alberdi,* que demostraba ya síntomas de contrariar y desautorizar la propaganda de Sarmiento en favor de la organizacion regular de la República y de la Union libremente consentida por todas las partes. Las ruidosas polémicas que siguieron formarán el siguiente volumen.

---

CAMPAÑA

EN EL

# EJÉRCITO GRANDE ALIADO DE SUD AMÉRICA

POR

El Teniente Coronel D. F. SARMIENTO

---

# AD MEMORANDUM

## Antecedentes históricos

**1848**

*Señor general D. José Santos Ramirez:*

Señor general:

Hace hoy diecinueve años á que en una tarde de aciaga memoria para Mendoza un oficial, que me traia prisionero, me dijo: siga usted á este jefe. Este jefe era usted, señor general, y el prisionero era yo. Llevóme usted á su casa, y allí me salvó de correr la suerte de Albarracin, Sabino, Moreno, Carril y todos los jóvenes sanjuaninos que fueron fusilados... Vuelto á mi pais conservé siempre la memoria del servicio que usted me habia hecho, sin que jamas me hubiese sido dado manifestar á usted mi gratitud de una manera digna. Digo digna porque cuando yo me hallaba en mi pais y en aptitud de valer, estaba usted prófugo; cuando yo sabía que estaba usted en Mendoza, yo me hallaba desterrado, y usted mandando. Conoce usted el orgullo de partido. Ofrecerle á usted la expresion de mi gratitud cuando usted mandaba habría sido pedir gracia á mi enemigo político; habria sido recomendarme á su indul-

gencia, y no lo habria hecho jamas á riesgo de pasar plaza de ingrato.

Hoy usted y yo somos prófugos, desterrados, y está usted en mi patria; y no creeria poder saberlo sin avergonzarme, si no recordase á usted una buena accion que usted habrá olvidado quizá, pero que yo recuerdo con gratitud... ¡Veinte años de sacrificios de su parte han tenido por recompensa el destierro! Se ha envejecido sirviendo una causa estéril, que no ha dado sino crímenes, persecuciones y sangre, y despues de veinte años estamos como el primer dia! Se han exterminado algunos millares de guerreros, algunos centenares de hombres de talento han desaparecido, y sin embargo las resistencias no han cesado; ese gobierno y ese sistema de cosas no han triunfado; prueba evidente de que ese sistema es contra la naturaleza, la justicia y el derecho.

Yo *me apresto, general, para entrar en campaña.* No crea usted que es mi objeto, no lo crea usted, ir á esas pobres provincias á luchar personalmente con las pasiones y con el poder estúpido de la fuerza material: seria vencido, me deshonraria. Mis miras son mas elevadas, mis medios mas nobles y pacíficos. Si los argentinos no han caido en el último grado de abyeccion y de embrutecimiento, la razon tendrá influencia sobre ellos, la verdad se hará escuchar, y un dia nos daremos un abrazo!

Para entonces, general, le ofrezco todo cuanto yo valgo, y se lo ofrezco con tanto mas gusto cuanto que tengo la íntima conviccion de que es fatal, inevitable el caso que ha de llegar en que pueda serle útil á usted y á todos sus amigos......

Aprovecho, general, etc.

*D. F. Sarmiento.*

---

## 1849

AL EXCMO. SEÑOR GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE***

..........................................................

Si aquellas manifestaciones me constituyen un conspirador ante los ojos de V. E., en tal caso puedo asegurar que la conspiracion tal como la establecen mis antecedentes públicos y privados; la conspiracion por la palabra, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestros pueblos; la conspiracion por el ejemplo y la persuasion; la conspiracion por los

principios y las ideas difundidas por la enseñanza, esta clase nueva de conspiracion será, Excmo. señor, de mi parte, eterna, constante, infatigable, de todos los instantes; mientras una gota de sangre bulla en mis venas; mientras un sentimiento moral viva sin relajarse en mi conciencia; mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en algun punto de la tierra... Conspiraré, en fin, por los esfuerzos perseverantes de una vida entera sin tacha, consagrada á los intereses de la civilizacion, del engrandecimiento y prosperidad de la América, y muy particularmente, Excmo. señor, de la República Argentina, mi patria; pues que no he renunciado al título de argentino, y, como tal, á mi derecho imprescriptible de tomar parte en todos sus actos, como ciudadano que soy de ella; pues su constitucion republicana y democrática me hace parte del soberano, y, por tanto, del gobierno, por la palabra y por la influencia de la razon, de que no puede desposeerme, sin mi voluntad, el gobierno de Buenos Aires, de quien no soy súbdito, por pertenecer á otra de las provincias confederadas.

Necesitaría volúmenes para exponer, ante los ojos de V. E., las razones que me hacen creer que este sistema de cosas que hoy triunfa en la República Argentina es caduco y deleznable por ser «contra la naturaleza, la justicia y el derecho.» Me limitaré, pues, á un hecho entre mil, que está á la vista de todos, y del que V. E. es á la vez víctima y ejecutor. Hablo del sistema de expoliacion entre los gobiernos confederados, con el cual arruinan á los pueblos, destruyen el comercio, y comprometiendo y perjudicando á cada habitante de la República, harán que un día se levanten en masa aquellos infelices, ajados, pisoteados y saqueados, para formar gobiernos que favorezcan y desenvuelvan sus intereses. En Chile, en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, y en todos los países del mundo que tengan gobiernos racionales, no hay aduanas interiores. En las edades mas bárbaras de la Europa, los señores feudales que tenían establecidos sus castillos en las crestas de las montañas, en las gargantas de los valles, en las encrucijadas de los caminos, ó en los vados de los rios, tenían sus tropas de siervos armados para arrancar contribuciones á los pasantes, y quitarles parte de lo que llevaban. Pero este sistema de tropelías y de rapiñas no tiene hoy ejemplo en el mundo, sino en la República Argentina, como me tomaré la libertad de exponerlo brevemente.

En San Juan pagan tres pesos de internacion por cabeza los ganados engordados por sus confederados los mendocinos; ocho reales el quintal de harina y un peso de piso cada carreta.

En la provincia de San Luis paga cada carga que va ó viene de las provincias de Cuyo á las litorales cuatro reales...

En Córdoba, en Tucuman, en Santiago del Estero les hacen pagar seis pesos de derecho por carga de aguardiente de San Juan y Mendoza, que con uno y medio reales de exportacion en sus provincias respectivas, cuatro reales de tránsito en La Rioja, cuatro reales en Catamarca y seis pesos de tránsito para Jujuy en Salta, han arruinado al comerciante, quitándole sucesivamente capital y provecho. Las expoliaciones en Córdoba ejercidas sobre los mismos cordobeses son tales cuales no ví ejemplo de ellas entre los beduinos de Africa. Las haciendas de ganados están divididas por parroquias. Cada cuatro meses se presentan los comisarios del gobierno, y á expensas del hacendado se reune el ganado, cayendo en decomiso el que no ha sido parado en rodeo. Reunido el ganado, se saca el diezmo sobre el capital y no sobre la produccion. Este diezmo es trasportado á los puntos que el gobierno designa, á expensas del hacendado. Hay unos contratantes *hongos*, como los de Canton en la China, que reciben este ganado; pero ellos han inventado una medida de ganado *de entrega*, que hace que dos cabezas chicas de ganado *al tirar* equivalgan á una de ganado de entrega, y una y media flaca á una de entrega...

Hanse establecido á la entrada de la ciudad de Córdoba *casitas* para arrancar contribuciones, sobre todo lo que de la campaña introducen los pobres paisanos. El gobernador de Córdoba tiene una renta *asignada* de dieciseis mil pesos anuales, es decir, cuatro mil pesos mas que el presidente de la República de Chile, que sólo tiene doce mil, y manda un Estado floreciente y rico en lugar de una provincia arruinada y pobre como lo está hoy la de Córdoba. (1)

---

(1) Cada cuero paga á su salida dos reales y tres cuartillos, cualquiera que sea su calidad, de manera que un cuero de desecho que cuesta dos reales paga ciento treinta y siete y medio por ciento de su valor! Como el ganado que ha quedado es poco, no creo que excedan de treinta mil los cueros que se exportan. Cuando en Buenos Aires están los cueros á bajo precio, como sucedió en 1849, este ramo de exportacion se inutiliza; porque aun costando en Córdoba los cueros dos reales y estando en Buenos Aires á catorce ó dieciseis reales la pesada como estuvieron en 1849, no cubre aquel costo... Es increible la cantidad de contribuciones que se pagan en Córdoba, y aun mas increible no habiendo ejército pago, instruccion pública,

En Buenos Aires no son menos inicuas las consecuencias de la arbitrariedad de los impuestos. Durante muchos años el Estado dispuso del ganado *desconocido*, llamándose así el que se encontraba en una hacienda con marca de la vecina, de la cual no la separaba límite alguno; aunque estuviese, á causa de la falta general de peones, por haberlos tomado el gobierno, *alzado* todo el ganado, y los dueños del desconocido estuviesen presentes para reclamarlo.

Una mula que sale de Entre Rios para el tráfico de Bolivia paga en su provincia ocho reales, y cuatro reales de piso en Santa Fe, cuatro reales en Córdoba, cuatro reales en Santiago del Estero; en Tucuman cuatro reales, en Salta cuatro reales, y en Jujuy cuatro reales, suma casi igual al capital, mientras que en Bolivia, país extranjero, sólo paga medio real de piso en el mercado de la Paz, siendo de notar que el traficante que hace un arreo de quinientas mulas necesita, á mas de los gastos ordinarios, llevar consigo la enorme suma de 1572 pesos para ir pagando por el camino á cada expoliador público que le sale al atajo.

En todas partes y por todas las vias de comunicacion las carretas son abrumadas de derechos exorbitantes. De Tucuman á Buenos Aires carga una carreta 150 cueros, por los cuales paga cuarenta y ocho pesos de derechos de tránsito en el cami-

---

orden judicial ú obra pública de calidad alguna: ademas de esto los pocos empleados que existen no son pagados casi nunca, y con todo eso nunca hay dinero en caja, y á la mas pequeña precision se recurre á empréstitos forzados. Las rentas son derrochadas en provecho de la familia del gobernador y sus adherentes, ya comprándoles por el triple de su valor todo lo que necesitan para la tropa, ya vendiéndoles las rentas públicas por mucho menos de lo que valen, no teniendo competidores, pues nadie se anima á arrostrar la voluntad del gobernador ó mandones.

En 1842 se remató el derecho exclusivo de introduccion en la provincia de yerba y azúcar.

En 1848, cuando la harina estuvo muy cara en Buenos Aires, donde el trigo llegó á 500 pesos papel, la fanega subió en Córdoba como era natural. Entonces el gobernador prohibió la exportacion so pretexto que el *año futuro traía mal aspecto*. Esto hizo bajar la harina; entonces la compraron los monopolizadores, permitiéndose luego la salida, porque el *año próximo tenía buen aspecto!* Azúcar de cualquier clase paga seis reales arroba y dos reales por bulto. Vino, aguardiente ó cualquier bebida sesenta por ciento sobre el valor de la plaza. Todos los demás artículos pagan del dieciseis al dieciocho por ciento. El vino paga en Buenos Aires treinta y nueve por ciento, en Córdoba sesenta, que siendo sobre las avaluaciones ya aumentadas con los derechos y costos hace que una pipa de vino vendida en 180 pesos apenas cubra el costo, y de este modo no admira que el consumo de este artículo sólo llegue á veinte pipas por año.

(Extracto de una correspondencia en *Sud América*, Vol. 111, Pág. 155.)

no. La azúcar de Tucuman paga en Santiago del Estero diez reales por arroba, seis en Córdoba, con lo que aniquilan la produccion. El aguardiente de caña tiene once pesos por barril de derechos en Córdoba.

Todo este cúmulo de absurdos, injusticias, dilapidaciones, aquel salteo organizado (hablo con el mayor respeto), suponen que los caminos se mejoran, que la autoridad armada responde de la seguridad del comercio. Pero nada de eso hay, Excmo. señor. No hay correos sino en épocas arbitrarias, y sometido su despacho al antojo, ó á las necesidades de la política. Este sistema de reclusion y de aislamiento lo pagan los pobres pueblos, arruinándose lentamente, viendo emigrar los capitales, perdiendo el crédito en las plazas de comercio.

Los caminos no están mas avanzados. Los salvajes de las pampas han desolado una gran parte del territorio poblado en dos siglos de penosos afanes; y en las cartas geográficas de la República Argentina vienen marcadas todavía las poblaciones de San José del Rebedero, Santa Catalina, las Tunas, Loboy, el Sauce, Chañarilos, Piñero, Gómez, Federacion, Blancamanta, Guaguaca, Fuerte, San Bernardo, La Reduccion, Aguadita, Tambo, Saucesito, San José, Rio Quinto, Punilla, Villa del Rio Cuarto, Estranguela, Salado, Achiras, Portezuelo, El Rosario, Cabral, que, como á V. E. le costa, son desiertos yermos hoy.

Al contemplar este ominoso cuadro, del que quito sombras y objetos, por no recargarlo demasiado, ¿necesitaríase, por ventura, un gran fondo de penetracion para anunciar que tal sistema de cosas no puede durar? ¿Necesítase mas conspiradores contra el orden establecido que los mismos que lo minan por sus desacatos, sus violencias é injusticias? ¿Y es de extrañar, Excmo. señor, que despues de haber recorrido el mundo civilizado y atravesado veintiun estados de los que forman la libre cuanto poderosa Federacion Norteamericana del Norte, no sienta sino el mas profundo desprecio por el gobierno de Buenos Aires, que, apoderado de la direccion suprema de la República, no ha sabido producir en veinte años sino guerras interminables en el exterior, ruina, despoblacion y miseria en el interior? (Extractos de *La Crónica*, Núm. 19, Santiago de Chile, 3 de Junio de 1849.)

## 1850

AL SEÑOR H. SOUTHERN, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE S. M. B. CERCA DEL GOBIERNO DE BUENOS AIRES

..............................................................

Antes, empero, de mostrarle mi juicio sobre estos actos en que echo menos la dignidad, la buena fe, y el sentido comun, permítame S. S. que exponga ante su consideracion los títulos que me autorizan para ser franco y acaso severo. Pertenezco al corto número de habitantes de la América del Sur, que no abrigan prevencion alguna contra la influencia europea en esta parte del mundo; como publicista he sostenido de diez años á esta parte que estaba en nuestro interés abrir á la Inglaterra y á todas las naciones europeas la navegacion de nuestros rios, para que desenvolviesen el comercio, la riqueza, creasen ciudades y estimulasen la produccion. Y en cuanto al conato constante de excitar en América las simpatías por los europeos, abrirles todos los caminos de accion y de bienestar, dan testimonio diez años de escritos y la afeccion de los ingleses, sus nacionales en Chile, á cuyo testimonio apelo. En nombre de estos convencimientos y de estos trabajos en favor de los intereses europeos en América, permítame S. S. que le pregunte: ¿en qué se funda para creer, y manifestarlo así en una nota oficial, que la separacion de Rosas de la direccion de los negocios de la República Argentina sería la *calamidad mas grande* que podía sobrevenir al país?

¿Sería, acaso, una calamidad para el país que cesase la guerra con Montevideo, que el *habeas corpus* fuese restablecido, que la propiedad, la vida, la libertad de los particulares fuesen respetados?

Yo sé, señor, lo que S. S. me contestaría al oido si estuviéramos cerca, porque ese es el concepto comun entre los diplomáticos europeos. «Estos países, me diría, son demasiado bárbaros para ser gobernados de otro modo. Las constituciones, las leyes, el *habeas corpus*, el jurado, la libertad, en fin, no les convienen; y la cesacion del despotismo irresponsable, horrible á veces, ruinoso é inmoral siempre que pesa sobre ellos, sería en cualquiera otra circunstancia la *calamidad mas grande* que pudiera sobrevenirles.» Lo que supongo que S. S. me diría al oido puede decirlo á boca llena, sin temor de que yo se lo desapruebe. Yo he habituado los oidos de los americanos á oirse llamar bárbaros y ya no lo extrañan. Pero aun admitiendo

la barbarie de los argentinos, algunas explicaciones pueden atenuar en el ánimo de S. S. el rigor de las deducciones. Tenga presente que el gobierno de Rosas, porque no se trata aquí sino de una persona, ha sido instituido exclusivamente para la ciudad de Buenos Aires, donde S. S. reside, aunque despues haya extendido su influjo á las otras provincias. Ahora la ciudad de Buenos Aires no es menos culta ni menos moral que la de Santiago de Chile, donde resido, y no es necesario para mantenerla en paz ni suma del poder público, ni cinta colorada, ni los epítetos de *salvajes*, *infames* en los actos oficiales. No preceden á los decretos del gobierno el *mueran* que su S. S. ve todos los dias, no obstante que hay partidos eminentemente hostiles al gobierno, ni habrá observado S. S. que en los actos oficiales del gobierno de Chile se llame á los poderes extranjeros que S. S. representa *infames, pérfidos*, como en la nota que S. S. ha leido en la *Gaceta Mercantil*. Hay mas todavía: es opinion comun en América, y en Chile mismo, que en 1831, cuando principió á gobernar Rosas, Buenos Aires era la ciudad mas culta de la América del Sur, y la mas avanzada en instituciones europeas y civilizadas...

La Inglaterra tiene poblada la Nueva Holanda de deportados por crímenes capitales, y la poblacion que ha resultado de esa aglomeracion de criminales no es gobernada por la Inglaterra como está gobernado Buenos Aires. ¿Cree S. S. que Buenos Aires necesite gobierno mas rígido, mas terrible que los presidiarios de la Australia? Pero si esta es su conviccion, S. S. no me negará que las masas de Buenos Aires son menos estólidas, menos embrutecidas, menos insensibles á todo sentimiento moral que las masas irlandesas, á quienes la miseria impulsa fatalmente á los desórdenes y á los crímenes; y llevando aún mas adelante la comparacion, me atrevo á asegurar que la poblacion de Buenos Aires y el mas negado gaucho es mil veces mas racional, mas adelantado que las masas inglesas de las campañas y los trabajadores de las minas y los millones de hombres y de mujeres que emplean las fábricas de Birminghan y de Manchester, embrutecidos por el uso inmoderado del aguardiente, animalizados por dieciocho horas de trabajo, por la ignorancia, el abatimiento, la inmoralidad y la miseria...

¿Por qué, pues, señor, sobrevendrian las mas grandes calamidades al país porque cesase un orden de cosas en Buenos Aires que supone la depravacion de costumbres, los hábitos de crimen que realmente no existen? Yo he recorrido el mundo acaso mas

que S. S., y puedo hacer esta justicia á mis compatriotas sin ser desmentido Los excesos cometidos por nuestras masas han sido aconsejados, ordenados, autorizados por ese gobierno cuya continuacion cree indispensable S. S.

¿Cree S. S. que separado Rosas del mando la anarquía se apoderaría de la República? Pero esta es una conjetura tan hipotética, cuestionable y aventurada, que un ministro de la Inglaterra, cualesquiera que fuesen sus convicciones, no debió estamparlas en una nota oficial, dando á lo que puede ser un error vulgar del hombre el carácter de una manifestacion diplomática. No es peregrino en la historia el caso de una subversion tan completa como la que ha obrado Rosas en los fundamentos en que reposan las sociedades. Si S. S. se toma el trabajo de recorrer las páginas de la historia de su patria, en el capítulo Cronwell encontrará la misma subversion, el mismo desorden de ideas; en el lenguaje sangriento de los puritanos hallará el m delo del lenguaje brutal del gobierno de Buenos Aires; y sin embargo, aquella sociedad, desquiciada por tantos años, entró sin violencia y en un solo dia en el camino de la moral y de la justicia; las leyes volvieron á imperar y la Inglaterra fué mas feliz que lo habia sido antes. Si vuelve S. S. los ojos á la Francia encontrará el mismo ejemplo á la caida de Robespierre, que habia subvertido mas que Rosas los sentimientos morales. Eran millon y medio los sansculottes que se habian manchado en la sangre de mas de medio millon de aristócratas, espantando al mundo con sus atentados. Eran hombres convencidos que obraban por fanatismo, por error, y no por obedecer á un director de matanzas como en Buenos Aires; y sin embargo, despues de la revolucion de Thermidor no se necesitó nada para que la sociedad volviese á los hábitos de humanidad que habia perdido, que los espíritus se aquietasen y continuasen siendo útiles á su país esos hombres mismos que se habian mancillado con crímenes espantosos....

Las provincias argentinas han sido en distintas épocas presa de caudillos que habian sublevado las masas, y, como ahora, se creia y se propalaba tambien que si faltaba el caudillo las masas insolentadas lo llevarian todo á fuego y sangre. En Salta, cuando murió Güemes, el jefe de los gauchos alzados, todo volvió á la tranquilidad ordinaria, y desde entonces hasta hoy ni la influencia de Rosas ha podido subvertir el buen orden. Sucedió

otro tanto con Araoz en Tucuman, y mas tarde en los Llanos con la muerte de Quiroga.

Acúsase en América, señor, á la política inglesa de un maquiavelismo frio é insensible á los males que ella misma prepara. Yo la he defendido constantemente de cargo tan infundado.... ¿Qué convenia en este país á los intereses mercantiles de la Inglaterra? Desde luego que se abriesen á la navegacion los rios que desembocan en el Plata: entonces la mercantil Inglaterra llevaría hasta Matogroso, Salta y las misiones brasileras sus artefactos. Conveníale que este país fuese abierto á la emigracion europea, como los Estados Unidos, para aumentar rápidamente la poblacion consumidora y centuplicar la produccion, de que reportaría aun mas la Inglaterra que en los Estados Unidos, pues que siendo estos países habitados por pueblos que no tienen capacidad fabril, la Inglaterra ha de proveerlos de artefactos, cualquiera que sea la poblacion que se reuna. ¿Promete ese rápido desarrollo el gobierno actual? Dieciocho años han mostrado lo que puede esperarse del sistema, cuya desaparicion mira S. S. como una calamidad. Los rios no se navegan, y el país se despuebla...

Terminaré esta larga carta asegurando á S. S. que lejos de creer una calamidad la separacion de Rosas del gobierno, la creo una de esas bendiciones del cielo que harian á los pueblos argentinos hincarse de rodillas á darle gracias. No tema á la anarquía: los pueblos no se mueven sin causa, ni son fieras los argentinos que se escapen si llega á faltarles el guardian. Todos tienen casas y permanecerán en ellas. Volverán á su patria á millares los que andan prófugos, respirarán los oprimidos, y de los que están allí y de los que de fuera traigan las luces que han adquirido, se formará un gobierno que no será el mejor imaginable, que en estos tiempos no es condicion que ha de exigirse la perfeccion; pero será menos absurdo, menos estúpido, menos ignorante y menos inmoral que el que tiene actualmente. El recuerdo de la tiranía pasada hará prudentes y medidos á los partidos, y la riqueza desenvuelta por la libertad de obrar de los actuales habitantes, los europeos que acudirán á millares, y el conato de *despachar* todos los asuntos de interés público que van á ser abandonados por Rosas, harán olvidar bien pronto los pasados sufrimientos. Créamelo, señor, la República Argentina necesita mas de libertad, caminos, seguridad, correos, navegacion de los rios, inmigracion y todos los asuntos

que hoy *no se despachan*, que el que un haragan imbécil, miedoso y embrutecido por el ejercicio del despotismo, esté nominalmente á la cabeza del pais.

Yo pertenezco, señor, al número de esos millares de argentinos á quienes en una sesion de la sala de representantes denunciaba D. Baldomero García en 1839 como «que quieren andar á la extranjera, hablar á la extranjera, vestir á la extranjera», y mis simpatías por los extranjeros no lo excluyen á S. S., representante de una de esas naciones á quienes el gobierno de Rosas atribuye *brutales* caprichos é *infames* aspiraciones...

*D. F. Sarmiento.*

(Extracto del Núm. 52 de *La Crónica*, Santiago, Enero de 1850).

---

## ARGIRÓPOLIS

Julio de 1850.

Terminar la guerra, constituir el país, acabar con las animosidades, conciliar intereses de suyo divergentes, conservar las autoridades actuales, echar las bases del desarrollo de la riqueza, y dar á cada provincia y á cada estado comprometido lo que le pertenece, ¿no son, por ventura, demasiados bienes para tratar con ligereza el medio que se propone de obtenerlos?...

El gobernador de Entre Rios ha sido unitario y es hoy sinceramente federal. Su nombre es la gloria mas alta de la Confederacion; y los argentinos, separados de la familia comun, volverán en vano sus ojos á ese lado, esperando que de allí salga la palabra *Congreso*, que puede allanar tantas dificultades...

El general Urquiza es el segundo jefe respetable de la Confederacion: él la ha hecho triunfar de sus enemigos por las armas. A él, como gobernador del Entre Rios, le interesa vivamente la cuestion de que vamos á ocuparnos. ¿Será él el único hombre que, habiendo sabido elevarse á cierta altura, no ha alcanzado á medir el nuevo horizonte sometido á sus miradas, ni comprender que cada situacion tiene sus deberes, que cada escalon de la vida conduce á otro mas alto? La historia, por desgracia, está llena de ejemplos, y de esta pasta está amasada la generalidad de los hombres.

---

# 1851

## SUD AMÉRICA

Santiago, 1º de Febrero de 1851.

El gobierno de Buenos Aires busca un pretexto para cerrar el comercio de las provincias trasandinas con Chile, y este reclamo, Magallanes ó cualquiera otro, puede servirle de causal. Esta medida entra en el sistema de cerrar la navegacion de los rios que desembocan en el Plata, de negar la extraccion de moneda á Entre Rios y Corrientes. Otra vez nos hemos fijado en la mala configuracion comercial de la Confederacion con un solo puerto en contacto con el comercio extranjero. Si en despecho de los obstáculos naturales las provincias del interior buscan los mercados del Pacífico, la política del gobernador que posee el puerto único del Atlántico le aconseja cerrar todas las vias de importacion y exportacion que no vayan á parar á la aduana de Buenos Aires... El contacto de las provincias con otros mercados que el que él tiene bajo su dominio tiene otros inconvenientes que se refieren á la política. Sábese que el encargo de las relaciones exteriores se hizo al gobernador de Buenos Aires provisoriamente y á condicion de la reunion inmediata del Congreso. ¡Veinte y tres años van transcurridos desde la celebracion de aquel pacto! Hay mil cuestiones que arreglar entre las provincias: navegacion de rios, aduanas interiores y exteriores, constitucion del país, etc., etc. Los ejércitos de Pacheco y Oribe que recorrieron las provincias en 1842 tuvieron orden de recoger las armas de las provincias, y la cumplieron con una prolijidad ejemplar. Así, pues, el gobernador de Buenos Aires, posesor del único puerto en contacto con el extranjero, dueño de la única aduana, preparaba el terreno para la pacífica discusion de la constitucion, como el leon de la fábula con las mansas ovejas.

En 1846, poco despues que Chile abriese el comercio trasandino, cerrado antes para compeler al gobierno de Buenos Aires á dar satisfaccion á los reclamos de éste, apareció el famoso decreto que exigía á los comerciantes fianzas por derechos que había de imponer en lo sucesivo. Las consecuencias de esta medida sin ejemplo se han hecho sentir por todas partes. Provincias hay que no cobran desde entonces los derechos ordinarios, y comerciantes que deben tanto ó poco menos que el capital que giran.

---

Santiago, 3 de Abril de 18 1.

COPIA DE UNA REPRESENTACION ELEVADA Á LOS GOBIERNOS DE LA CONFEDERACION (1)

*¡ Viva la Confederacion Argentina!*

*Excmo. señor Gobernador y Capitan General de la Provincia de..*

.........................................................................

Habrá precedido, ó seguirá inmediatamente á la presentacion de esta peticion, la declaracion solemne hecha por el general Urquiza, general en jefe de uno de los ejércitos de la Confederacion, y en virtud de su carácter de Gobernador y Capitan General de la benemérita provincia de Entre Rios, pidiendo que se convoque el SOBERANO CONGRESO, cuya convocacion es la base del pacto federal; para que constituya el país bajo el sistema federal, y resuelva la cuestion de la navegacion de los rios, incluída entre las atribuciones del congreso, que el mismo pacto litoral reconoce.

El acto del Excmo. señor gobernador de Entre Rios no es, pues, un acto de rebelion contra ninguna autoridad legítima, sino el uso de un derecho y el cumplimiento de un pacto...

El Excmo. señor gobernador de Entre Rios tiene interés en que se convoque el congreso:

1º Porque desearía depender de una autoridad constituída y reglada, bajo el imperio de una constitucion, y no de la voluntad sin trabas ni responsabilidad de otro gobernador igual á él, que puede, sin embargo, declararlo salvaje, unitario, traidor, y tratarlo como á tal.

2º Porque si el congreso se reune se acabarán al fin esos encargados, que hacen la paz ó la guerra, y mantienen durante veinte años el desorden en el interior, la República inconstituída, y las relaciones exteriores complicadas en desavenencias desastrosas.

3º Porque siendo jefe de una provincia litoral desea, naturalmente, que el congreso arregle la navegacion de los rios, y que su provincia tenga las mismas ventajas comerciales, para tener su parte «en el cobro y distribucion de las rentas generales.» El interés del general Urquiza es el mismo que tienen todos los gobernadores de las provincias y las provincias mis-

(1) Folleto suelto, tirado á dos mil ejemplares y distribuído en todas las provincias del litoral de los Andes. Los primeros ejemplares llevólos á San Juan y á Tucuman el joven Helguera, hijo del diputado, el 7 de abril que partió de Chile. (Tomo XIII).

mas; pues nadie mejor que ellas debe saber lo que les conviene á este respecto, y lo que manifestarian si estuviesen reunidas en congreso soberano, y no sujetas á la discrecion de quien tiene interés en privarlas de estas ventajas.

..............................................................

---

## SUD AMÉRICA

*( Vol. I, Pág. 379 )*

Santiago, Abril 17 de 1851.

La República Argentina ha hallado al fin su hombre, su brazo armado, que en su desamparo le preste ayuda, que la levante de su caida. El grito del general Urquiza encontrará un inmenso clamor en su apoyo, y la caida del poder mas monstruoso y que mas sangre haya costado cimentar se efectuará sin derramamiento de sangre ante la asociacion de tres ideas que comprenden todas las necesidades del presente, y la seguridad del porvenir. ( *Congreso, constitucion, navegacion libre.* ) Esperen en hora buena los pueblos el hecho material del acto del general Urquiza; para nosotros está consumado ya, por su posicion, por sus recursos, por su seguridad, por los intereses de su provincia y de las otras riberanas que están á su retaguardia.

---

*( Vol. II, Pág. 29 )*

Santiago, Abril 24 de 1851.

Y, sin embargo, del seno de aquella tirania espantosa, sin ejemplo en los anales de la historia moderna, sale una revolucion pacífica, fundada en el derecho escrito de la República; en el pacto federal que los gobiernos habian firmado; en el estudio de los intereses del pais. Navegacion libre de los rios, convocacion del congreso, constitucion federal; hé aquí, no el grito revolucionario, sino la legítima demanda de los pueblos y del general Urquiza, jefe de la provincia de Entre Rios, y, por tanto, poder legal y competente para pedir el cumplimiento de pactos solemnes, de promesas retardadas con toda clase de pretextos. La República Argentina puede tener un Washington que la dé lugar entre las naciones constituidas del mundo, apoyado en el derecho y en los grandes intereses nacionales. Si los hechos corresponden á los principios proclamados, aquel

país, teatro de tantos horrores, víctima de usurpacion tan escandalosa, terminará su revolucion por los medios mas elevados, por los principios de economía política mas adelantados...

La duda no es ya permitida. La *Regeneracion*, diario nuevo fundado en Entre Rios, explica su título y su objeto en estos términos: «Apenas hace cinco días que nació (el año 1851) ya todos lo conocen y le llaman por su nombre... Este año 1851 se llamará en esta parte de América el de organizacion.» — (*Regeneracion* Núm. 5.)

---

## SUD AMÉRICA

(*Vol. II, Pág. 209*)

Santiago, Junio 9 de 1851.

LIGA LITORAL

Adhesion al pacto federal del 4 de Enero de 1831. Contribuir con todas nuestras facultades al cumplimiento de la atribucion 4ª. Invitar á todas las demas provincias de la República, cuando estén en plena libertad y tranquilidad, á reunirse en federacion con las tres litorales, y á que, por medio de un congreso general federativo, se arregle la administracion general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior, su navegacion, el cobro y distribucion de las rentas generales y el pago de la deuda pública, consultando del mejor modo posible la seguridad y engrandecimiento de la República, su crédito interior y exterior, y la soberanía, libertad é independencia de cada provincia...

---

Concepcion del Uruguay, Junio 23 de 1851.

*¡ Viva la Confederacion Argentina!*
*Mueran los enemigos de la organizacion nacional!*

*Sr. D. F. Sarmiento*:

Mi estimado compatriota: Me he instruído de su apreciable carta de 28 de Febrero último, y me cabe la satisfaccion de contestarla en circunstancias para usted y para todo buen argentino llenas de las mejores esperanzas y seguridad.

Por los papeles públicos que á la fecha habrán circulado por todas partes estará usted informado que, por decreto de 1° de Mayo, esta provincia admitió la renuncia que con tanta insis-

tencia ha hecho el general Rosas, y que, en su consecuencia, reasumió las facultades delegadas á aquél, quedando investida de todas las que le corresponden á su soberanía territorial, y que esto mismo ha hecho Corrientes.

Estoy, pues, colocado en la posicion que usted tan vivamente deseaba, y como Rosas debía enfurecerse con el pronunciamiento enérgico de estas provincias, que consideraba, y efectivamente eran la columna mas robusta para su permanencia en el mando, á que tan indigno se ha hecho por su política engañosa y traidora, tales han sido las medidas tomadas para resistir sus embates y sus perfidias, que hoy contamos ya con la seguridad del triunfo de nuestra causa. Cuento con todos los elementos para vencer á Rosas con poca sangre, y en poco tiempo; pero deseo obtener la sancion de los pueblos hermanos, y espero á este respecto conseguir mucho por la justicia de la causa y simpatías que debo encontrar en toda la confederacion, y por la interposicion y trabajos de usted por esa parte. Puede usted asegurar á los pueblos y á los hombres individualmente que la base de la revolucion que he promovido, sus tendencias, toda mi aspiracion, y por lo que estoy dispuesto á sacrificarme, son hacer cumplir lo mismo que se sancionó el 1º de Enero de 1831, esto es, que se reuna el Congreso General Federativo; que dé la Carta Constitucional sobre la base que dicho tratado establece, y haga los demas arreglos de conformidad á la atribucion quinta del artículo 19. En este sentido y sin separarse de estos principios es necesario, es absolutamente indispensable que se hable á los hombres y á los pueblos, separando toda otra opinion política, toda otra forma de gobierno, porque el sistema federal está sancionado por los pueblos y sellado con su sangre.

Creo con la mejor buena fe que proclamar otras ideas, trabajar en sentido contrario es anárquico y anticonstitucional, y la anarquía es preciso evitarla á costa de cualquier sacrificio. Cuento con su cooperacion porque me lisonjeo de que usted estará conforme conmigo, porque el pensamiento que me domina, la política que he adoptado me la ha enseñado la experiencia, donde la habremos aprendido todos. Rosas con sólo decir que era federal nos ha dominado veinte años, y gobernado con la mas atroz tiranía y despotismo.

Si los anuncios que usted me hace de la sublevacion contra Rosas de todas las provincias tan luego como yo me pronun-

clase son bien calculados ó exactos ha llegado el tiempo de realizarlos. La sancion de las provincias es lo que únicamente necesito, porque los otros recursos los tenemos en las provincias que hemos iniciado la revolucion, á mas de que no me faltan aliados, porque el odio á Rosas es universal en América y en Europa.

Vuelvo á repetir á usted que la conformidad de ideas y de principios es el elemento que solicito y en el que fundo una de mis esperanzas de triunfo. El señor Albarracin me ha informado de cuanto usted le recomendó, y me lisonjeo de no haberme equivocado en la cooperacion de los gobiernos. Creo que el señor Benavidez y los demás serán nuestros amigos; pero es preciso no precipitarse: poco tiempo hay que esperar, y el sufrimiento facilitará el triunfo. Sin embargo, si llegase el caso del pronunciamiento de dos ó mas provincias, yo inutilizaría las medidas que podría tomar Rosas para sofocarlo. Trabaje y escriba en el sentido que le indico; procure el voto de los pueblos y la accion déjela á mí en esta parte.

He recibido las tres colecciones de *Sud Amérioa* que se sirve remitirme, y se las agradezco, prometiéndole difundir sus ideas.

De usted atento servidor y compatriota

*Justo José de Urquiza.*

---

Concepcion del Uruguay, Junio 25 de 1851.

...........................................................................

....Con este motivo me dijo (el general Urquiza) lo autorizo á usted, á mas de la carta que le escribo á Sarmiento, para que haga conocer á él y á los demas amigos el programa que me he propuesto seguir, el cual está reducido á estas formales palabras:

«Un olvido de todo lo pasado — nada de colorados, negros, ni otro color político — atacar con toda resolucion el miserable espíritu de provincialismo; respetar el principio bajo el cual debemos constituirnos, por haberlo proclamado los pueblos de la República, la integridad del territorio á todo trance; apurar todos los medios posibles de reunir un congreso para que decida, arregle y ordene lo que sea mas conveniente al bienestar de la República, respetar y ayudar á todos los gobiernos existentes en las provincias, salvo el solo caso de hacer una resistencia obstinada al pensamiento actual sobre constituir la República;

nada de insultos ni personalidades. Esos gobernadores, constituído el país, añadió, descenderán por la ley. Yo tambien, amigo, me he de retirar á mi casa; pero mi espada y mi brazo estarán siempre prontos para sofocar la anarquía. Entonces habrá justicia para todos, y cada cual segun sus méritos, no lo dude usted, ha de tener el premio que le corresponde; y apretándome el brazo me dijo: estoy resuelto á tocar todos los medios de evitar la efusion de sangre; pero si desgraciadamente no se consigue hacer entrar en su deber al enemigo que combatimos, la revolucion no ha de fracasar por falta de energía». Hasta aquí sus palabras...

Me dice tambien el general que él cree que por ahora debe permanecer usted en ese punto, ó aproximarse mas al teatro de los sucesos si el caso lo requiere. Tiene muy buenos informes sobre Rawson, creo que debe ser por su hijo el Dr. don Diógenes.

*Santiago Albarracin.*

---

Rio de Janeiro, Junio 25 de 1851.

*Señor don Domingo F. Sarmiento.*

Hace usted un inmenso bien tocando cuestiones que han rehusado siempre tratar nuestros escritores públicos, á pretexto de no crear ó no fomentar animosidades provinciales, que si existen es sólo porque ellos no han sabido ilustrar á los pueblos. Le ruego, pues, y lo conjuro á que continúe escribiendo, quedándome la seguridad de que lo hará con el acierto y buena fe que hasta aquí.

Su Argirópolis, en mi modo de pensar, expresa un pensamiento grande, patriótico, sublime tambien, pero de difícil y, actualmente, de imposible realizacion. Sin embargo, él ha servido para mostrar la identidad de intereses de estos estados, y la conveniencia de mancomunarlos. Lo demas vendrá con el tiempo y la experiencia.

No es menos patriótica la idea de *extender el frente comercial de la República hasta el Paraguay bajo las mismas condiciones que en Buenos Aires*; pero aun suponiendo que esto se consiguiese prácticamente con la absoluta apertura de los rios, quedaría una cuestion mas grave porque es de una importancia vital. Hablo de la creacion de rentas nacionales.

Extendido el frente comercial de la República (en que no incluyo ahora el Paraguay) las provincias situadas sobre él entrarían en los derechos respecto del comercio que se hiciese por sus puertos que tiene Buenos Aires sobre el que se hace por el suyo. De esto resultaría que cada una estableciese su aduana, y que hiciese suyas las rentas de su provincia, aunque los consumidores fuesen en gran parte de las situadas en el interior. Tiene esto el inconveniente, al menos por ahora, de esa multitud de aduanas y de un ejército de empleados, tropezando, ademas, con la dificultad de que no habría rentas nacionales, y qûe, de consiguiente, no podría haber ni gobierno nacional ni tampoco nacion.

Otros escritores argentinos, dignos del mas alto aprecio por su instruccion, han esquivado tocar este asunto. No me ocuparé ahora de indagar las causas de su resistencia; pero estoy muy lejos de atribuir á usted los mismos motivos. Demasiadas pruebas nos ha dado de su acrisolado patriotismo para no hacerle la mas completa justicia.

Pudiera ser que usted se persuada que no es la oportunidad de abordar esta cuestion, mientras que yo creo que es la mejor y mas próspera ocasion. Hágase usted cargo que el general Urquiza que está al frente de la obra de redencion nos presenta, como una parte muy principal de su programa, la convocacion de un congreso. ¿Y puede darse mejor oportunidad? ¿Debe perderse tiempo en ilustrar á los pueblos y á los hombres que los han de representar sobre punto de tan vital interés?

Tampoco temo que la enunciacion por la prensa de esas ideas produzca celos ni rivalidades. Fuera de lo que tienen en sí de rectas y de justas y de patrióticas, me asiste la confianza de que usted sabría hacerlo con ese tacto delicado, con esa moderacion, con ese tono conciliador que distinguen sus trabajos. Esta consideracion aleja de mí todo temor, bien que debo confesarle que aunque lo tuviese me sobrepondría á él, porque sin aquellos arreglos nunca terminarán nuestros males, que tampoco pueden ser mayores.

Hablaré algo ahora del estado actual de los negocios.

El general Garzon, que despues de reconocer al gobierno de Montevideo fué nombrado general en jefe, debe haber pasado el Uruguay el 18 de este mes, acompañado del general Urquiza, que ha querido asociarse á lo que llaman un *paseo* militar; tal es la facilidad con que piensan será derrocado el poder de

Oribe. Al mismo tiempo ha de haber penetrado por la frontera del norte el ejército imperial á las órdenes del conde Caxias, que es el general mas acreditado del Brasil. Estos cuerpos suben á veinte mil hombres de buenas tropas que tiene usted en operaciones activas contra el presidente legal, y que son mas que sobrados para consumar su ruina. En cuanto á esto no hay la menor dificultad.

Es de creer que un general tan experimentado, como el general Urquiza, haya provisto á la seguridad de Entre Rios durante esta corta ausencia, de modo que tampoco debemos abrigar temores por ese lado. Luego que se desocupe en la Banda Oriental piensa contraer su atencion á la otra parte del Paraná; entonces cree que será el tiempo de que se pronuncien las provincias del interior. Parece que cuenta con algunas, ó mejor diré con la mayor parte, ó las mas importantes. Quiera usted guardar mucha reserva con respecto al dato que acabo de suministrarle, porque lo sé de un modo muy privado.

El Brasil ha entrado esta vez en la cuestion de plano, y sin reservarse medio de salir de ella, si no es por el triunfo de la causa que protege. Su ejército, su escuadra, sus tesoros, todo lo ha puesto en la balanza, y, puedo decir, hasta el sacrificio de sus pretensiones jerárquicas.

.......................................................

Nuestro comun amigo me escribe que ha sido muy bien recibido en Entre Rios. Las miras del general Urquiza son eminentemente nacionales, eminentemente argentinas, segun me lo asegura dicho amigo, y segun otros datos que he podido recoger. Pienso que es la oportunidad de decir á usted que en mi modo de ver, al mismo tiempo que las provincias retirasen á Rosas el poder de entender en las relaciones exteriores, se lo confieran al general Urquiza. Ya el gobierno imperial lo considera como Jefe del Estado de Entre Rios; entonces lo miraría como representante de la República Argentina.

Al concluir ésta echo casualmente la vista sobre un párrafo de su última carta que llama mi atencion. Con justísima razon *ha deplorado usted la política estéril que han seguido nuestros jefes de partido que han tratado de eludir las cuestiones de intereses que se agitan, y sólo hablando á los pueblos, en sus proclamaciones, de libertad y de tiranía*, etc. Tiene usted, repito, justísimos motivos de hablar así, y deplorar esa política, á la

que puedo asegurar jamás me he asociado. Pero permítame observarle que casi no es, ni puede ser, objeto de las proclamaciones de un general; es tarea de los escritores, á quienes incumbe ilustrar, dirigir, y hasta crear la opinion pública.

De usted, etc.

*José María Paz*

---

## SUD AMÉRICA

*( Vol. II, Pág. 307 )*

Santiago, Julio 1° de 1851.

*Candidatura Montt.* «Richelieu, one of the greatest statemen that the world ever produced, said the pen is more powerfull than the sword.» (*Mercantile Reporter.*) No somos nosotros, sino el *Mercantile Reporter* de Valparaiso, quien recuerda esta sentencia aplicándola á las circunstancias actuales de Chile... Creemos conocer la situacion y los intereses del país, como los que mas se precian de ello, y nos autorizan á abrigar esta creencia diez años de estudio de los hechos, de contacto con los hombres, y de examen de la marcha de las ideas y de los intereses diversos. Muchos hombres sinceros creen que el país reclama imperiosa é instantáneamente la realizacion de progresos políticos. ¿Són estos los medios de mejorar la situacion del país? Creemos sinceramente que no, y de nuestra sinceridad es prueba el sistema político que hemos iniciado con respecto á nuestro país, en *Sud América*. Para combatir á un tirano, ¡y qué tirano! no hemos invocado los sentimientos de libertad adormecidos, ó anulados en el ánimo de los pueblos. No: hemos estudiado los intereses generales, la ventaja de las comunicaciones, las franquicias comerciales, la navegacion de los rios, como bases permanentes de toda libertad política entre nosotros. Abandonando las ideas que pudieran reputarse personales, hemos dilucidado el derecho que han dejado establecido los hechos consumados por otro partido que el nuestro, aceptado esos hechos en cuanto se conforman con aquel derecho escrito, y que una flagrante usurpacion tiene oscurecidos... Simpatizamos con muchos, con casi todos los principios que muestran profesar los jóvenes que por amor sincero y razonado de las ideas republicanas se alistan en todas los oposiciones; pero de ahí á la organizacion y gobierno de un

país hay un abismo. Consagrados á la política militante desde la primera juventud, hemos encanecido en su estudio, viéndola desenvolverse en nuestra *América española*, desde el terreno de la proscripcion y del sufrimiento. La palabra *tiranía* apenas nos conmueve: tan embotadas tenemos las fibras, á fuerza de sufrir sus golpes: ni nos electriza ya su adversaria de *libertad:* tantas ilusiones generosas hemos visto disiparse. Acercarnos en cuanto sea posible á la realizacion de los principios generales, alejarles los obstáculos reales que pueden detener su marcha, hé aquí lo que debemos hacer en América, y esto es lo que para nosotros hace la elevacion al poder de hombres como don Manuel Montt... La ignorancia y atraso de la muchedumbre es nuestro verdadero tirano: el tirano, contra quien somos impotentes porque somos uno contra mil: el tirano, contra quien la gloriosa espada de todos los antiguos generales de Chile se reconoce embotada... El gobierno es hoy materia de trabajo, de competencia y de resultados prácticos. Donde quiera que está en manos no preparadas para sus tareas se desvirtúa ó descarria llenando aspiraciones extrañas á su objeto.

---

## SUD AMÉRICA

( *Vol. II. Pág. 375* ).

Santiago, Julio 17 de 1851.

Cábenos la felicidad poco comun de terminar el segundo volumen de *Sud América* con la publicacion de la circular del general Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Rios, anunciando á los pueblos argentinos su determinacion de « ponerse á la « cabeza del movimiento de libertad con que los argentinos « deben poner coto á las absurdas y temerarias aspiraciones del « gobernador de Buenos Aires. » Esta pieza oficial da cima á nuestros débiles esfuerzos para restablecer el derecho público, oscurecido por veinte años de violencias y de trapacerías indignas, y diéramos con ella terminada la ardua tarea que emprendimos desde la aparicion de *La Crónica* si el período que abre á los destinos de nuestra patria la generosa empresa del general Urquiza no trajese consigo nuevas dificultades y la necesidad y el deber de hacer nuevos esfuerzos para vencerlas y dominarlas.

Ha sido casi siempre el fatal error de los pueblos adormecerse á la víspera del triunfo final, confiar en la justicia de su causa, y

abandonar del todo su suerte á los hombres magnánimos que se ofrecen para salvarlos... Por poco que se tienda la vista al porvenir, el hombre menos perspicaz observará que tenemos por delante dos ó tres años de oscilaciones, de lucha entre elementos diversos, de trabajos preparatorios para obtener la suspirada organizacion definitiva del país, y cualesquiera que las dificultades sean nadie debe arredrarse de mirarlas cara á cara. Es este un acontecimiento fatal y necesario. Si no son tales ni tan graves las circunstancias, habituémosnos á creerlo así, á fin de que no nos fatiguen ni sorprendan, y los sucesos nos hallen siempre preparados. Rosas ha hecho de la República un caos: es preciso poner orden en todo; y el medio de hacerlo no es otro que ir de paso, mientras se logra la organizacion general, organizándose segun los elementos de cada pueblo...

Montevideo puede desde luego establecer el tránsito y trasbordo de los efectos, y fomentar un gran comercio interior. Entre Rios ha conquistado de un solo golpe las ventajas comerciales de que por tantos años ha estado privado. Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero pueden, desde el momento que comprendan sus intereses, ligarse á este sistema comercial, y desligarse de toda sujecion política á la influencia de Rosas.

Sucede otro tanto con Salta, Tucuman y Jujuy, y aun Catamarca, que son los pueblos mas distantes de la influencia de Rosas. Por los puertos del Pacífico, por Cobija y Copiapó pueden continuar proveyendo á sus necesidades comerciales, en despecho de las complicaciones políticas...

Las provincias de Cuyo pueden volver su frente comercial al Pacífico y suplir con California su ruinoso mercado de Buenos Aires... Esas provincias que hemos agrupado en torno del Entre Rios tienen por base el comercio libre del Atlántico; las del Norte por Cobija, las de Cuyo por Uspallata, apoyadas en el Pacífico encontrarán medios de existencia y de prosperidad, como asimismo de defensa por la facilidad de procurarse armas y demas elementos de guerra... Nuestro objeto final es organizar la República en un todo homogéneo: empecemos, pues, de una vez á hacerlo parcialmente. ¿Por qué para las necesidades de la comun defensa no se hacen tres gobernaciones, tres grupos de provincias aliadas entre sí, y trabajando de consuno en obtener los mismos fines? No es la guerra lo que hay que temer inmediatamente en el interior, no es la iniciativa de la lucha lo que nos incumbe. *Resistir*, hé aquí, en una palabra, lo que haremos por

largo tiempo. Debe tenerse cuidado dé no caer de nuevo en la red que despues de veinte años de sufrimientos tratamos de romper ahora. La pereza, la ignorancia, y el egoísmo de las provincias han tejido la cuerda que las ha tenido atadas á Rosas. Obremos en todo, sin olvidar un momento que vamos á constituirnos de una manera definitiva y que esta tarea no ha de hacerse á bayonetazos, ni por la voluntad de un solo hombre.

Dada aquella organizacion parcial de las provincias, mientras dure el estado que presentimos, pudiera ademas ponerse mano á la demolicion del sistema de expoliacion ejercido por las provincias entre sí, aboliendo de un golpe las aduanas interiores, reconcentrando las exteriores en los puntos que la naturaleza indica. Que la primer provincia que retire el encargo fatal á Rosas declare al mismo tiempo abolido todo peaje, todo derecho cobrado en su territorio sobre productos argentinos; que sea abolido el pasaporte; y se invite á todas las provincas aliadas á suscribir al mismo pacto. El pueblo, el traficante, el productor, el arriero, comprenderán desde luego, por hechos prácticos y palpables, el interés que los liga á la causa que defienden sus gobiernos: entonces trabajarán y se apasionarán por ella; entonces se obrará uno de esos movimientos universales como el de la Independencia americana, al que contribuyeran todas las clases de la sociedad en masa...

Entre Rios y Corrientes organizarán sus aduanas marítimas, Salta y Jujuy la terrestre para el comercio de Bolivia, Mendoza y San Juan deben establecer una aduana general, no provincial sino argentina en Huspallata, desde donde puedan las mercaderías libremente seguir su destinacion, sin necesidad de mas tramitacion ni resguardo, dando por libre ó muy poco recargada de derechos de exportacion de productos nacionales para Chile, pues no debe hacerse distincion ninguna de provincias ni de procedencia...

Todas estas cosas es bueno decirlas á tiempo y llamar la atencion sobre ellas. Inútil cosa nos parece ocultar una situacion que de suyo se manifiesta á los ojos de todos. No sabemos aún cuáles son las provincias que han respondido al llamamiento del general Urquiza; lo que sabemos es que ninguna podrá evitar ser arrastrada por el movimiento general. Hemos podido calcular el dia y la hora en que el gobernador de Entre Rios mandaría su declaracion á los pueblos del interior, y preparado la opinion de esos pueblos para recibirla y comprender su importancia. Han

de cometerse muchos errores; la vacilacion y el temor oscurecerán los primeros pasos de muchos gobiernos; no sé si decir que habrá alguno que emprenda sostener por las armas que Rosas debe ser rey ó cacique, ó el disparate que aquel atolondrado está revolviendo en su mente. Estas y mas aberraciones que ocurran no estorbarán que Montevideo sea intomable: que Entre Rios y Corrientes estén separados de hecho y de derecho de la Confederacion, ni que el Brasil tenga un ejército poderoso en sus fronteras y una escuadra imponente en las aguas del Plata para asegurar la independencia efectiva de Montevideo; y que Montevideo, el general Urquiza y el Brasil estén unidos en un mismo propósito, sin contar con el Paraguay, aliado del Brasil, y la Francia de Montevideo. Dados estos antecedentes, la suerte de Rosas está decretada, y con él la de todos los miserables que coadyuven á la prolongacion de los males de nuestra patria. Estamos colocados en punto culminante para observar la conducta que guarda cada protagonista en aquel drama. Sabemos cuántos crímenes han cometido la ambicion desenfrenada de los unos, las venganzas y las pasiones brutales de los otros. Sabemos cuánto debe perdonarse á la fragilidad humana y á las excitaciones de partido; pero sabemos tambien lo que se debe á la justicia y á la salvacion de la patria, que puede sucumbir bajo el peso de la traicion de un miserable, ó del egoismo de un cuitado, como una poderosa máquina estalla por la interposicion de un grano de arena entre el juego de sus resortes.

---

Copiapó, Junio 17 de 1851.

*Señor don D. F. Sarmiento.*

Sin escrúpulo leí á nuestros amigos aquí la carta colectiva que usted nos dirigió, y algunos párrafos de la que me escribe particularmente á mi. La impresion producida fué diversa. Alguno observó que la carta de usted, siendo contestacion á otra, ésta habria sido inexacta, fijándose en lo que usted decia respecto de la adhesion al pacto federal de 1831. A esto contesté que en efecto habia contestado á usted carta en que me proponia recabase de los hombres de valer de aquí esa adhesion pública, y nada menos que en un convite, el 9 de Julio, que yo debia ser franco con usted y hacerle conocer las opiniones de todos, particularmente sobre un punto que usted habia elegido como palanca de sus trabajos actuales contra Rosas....................................

...............................................................

Excusado me parece decir, porque usted lo comprenderá bien, que estas discusiones, con el calor que no puedo dejar de poner en ellas, hacen nacer ciertas prevenciones contra mí; pero aunque esto puede deshabilitarme para influir respecto de muchos, de en medio de estas discusiones tempestuosas surge la idea de usted mas alta, reconociendo en usted el único campeon de nuestra causa por este lado, y el único que se atreve á entrar en la República Argentina y hablar allí á todos desde Rosas abajo...

*Antonio Aberastain.*

---

Copiapó, Setiembre 2 de 1852.

Usted logró, en su última carta, quebrantarme de manera que pasé medio dia muy mal. Despues leí las noticias de los diarios y *Sud-América* y me recobré. ¿Por qué da usted tanta importancia á la inaccion de San Juan? ¿No ha dudado usted siempre de Benavidez? Si ahora es como ha sido siempre, nada hay que deba sorprendernos. Si él no quiere iniciar la obra es porque no merece ese honor. Siempre pensé, y creo haberlo dicho á usted antes, que Benavidez podia ponerse contra Rosas estando éste caido. Por fortuna parece que los sucesos se precipitan en el Rio de la Plata, y no hay mucho que aguardar...

N... me dice que hay aquí como doscientos hombres de los que han servido á Benavidez, que de uno por uno han ido á ofrecérsele para el caso de una expedicion. N... ha venido á comunicármelo y preguntar qué responde a esos hombres. Yo le he dicho que por ahora no se piensa en expedicion, que se quiere ver primero el aspecto que toman los primeros sucesos de la guerra en el Rio de la Plata, y tambien se aguarda que se abra la cordillera para saber el espíritu de aquellos pueblos...

*Aberastain.*

---

Lima, Agosto 10 de 1851.

*Señor don D. F. Sarmiento.*

He recibido con gusto su muy apreciable del 9 de Julio, é impuesto de su contenido, diré á usted que me ha dado un gran gusto el anunciarme que se trata de hacerle la guerra por esa vía al tirano de nuestra patria. Mis deseos han sido y serán siempre estar en accion contra el monstruo que nos oprime; así

es que siempre debió usted contar con mi vida y mi brazo para ese fin. Trataré de hacer el mayor esfuerzo para ayudar á salvar la patria...

*Crisóstomo Alvarez.*

---

Valparaiso, Diciembre 6 de 1851.

*Señor don D. F. Sarmiento.*

.................................................................

La campaña que ha hecho el general Urquiza en la Banda Oriental es una de las mas brillantes y hermosas para un jefe que se ha puesto al frente de la obra de constituir su patria, y los principios humanos y generosos que ha proclamado en su cuartel general del Pantanoso llenan á todos los argentinos de orgullo y de esperanza. La inmediata caida del tirano es para nosotros un hecho consumado.

Yo y todos los compatriotas nos proponemos regresar á la patria...

Tengo asunto para escribirle pliegos, pero el tiempo me falta. Todo debe decirse en los campos de Buenos Aires; las provincias no pueden ni querrán resistir. Conocen que el general Urquiza defiende sus intereses proclamando la realizacion del pacto federal que hasta ahora ha sido una burla y una farsa en la boca del gran Rosas.

Cuando comimos juntos la última vez nos dimos cita para la plaza de la Victoria en Buenos Aires, y pronto se realizará esa nuestra reunion.

Olvidaba decirle que el coronel don J. Crisóstomo Alvarez está en Copiapó, de donde piensa pasar á las provincias. Delante de la Serena hay doscientos argentinos de caballeria al mando de don Pablo Videla, y no dudo que concluido el sitio de esa ciudad abran su campaña para las provincias. Pensamos en ello...

*Mariano de Sarratea.*

---

San Juan, Abril 30 de 1851.

*Señor don Domingo F. Sarmiento.*

Ayer he recibido su encomienda sin carta ni señal alguna (1). Haré de ella el mejor uso compatible con las circunstancias.

---

(1) *Copia de una representacion dirigida á los gobernadores de las provincias*, escrita el 3 de Abril y enviada de Chile á las provincias el 7 de Abril, por conducto del joven Elguera, de Tucuman. El 8 de Abril dató primeramente el general Urquiza la circular del 1º de Mayo, que la copia comentaba.

La grande obra se trabaja con empeño, y á juicio mio, que estoy mejor instruído que otro alguno en lo que concierne al elemento que mas de cerca nos rodea (el general Benavidez) el éxito es seguro, infalible. La paciencia perseverante era la virtud de Washington, y la única de que él se preciaba. Imitémosle con inteligencia...

Hay amigos entusiastas de usted y de sus principios.

*G. Rawson.*

---

San Juan, Junio 4 de 1851.

.........................................................................

No es prudente fiar al papel sin garantía muchos detalles preciosísimos que quisiera trasmitirle respecto de la situacion. Usted comprenderá, sin embargo, cuando yo le asegure que las cosas marchan aquí á medida de nuestro deseo. Que luego podré comunicarle resultados positivos los mas favorables. Por ahora importa muchísimo continuar *rinfforzando* la predicacion, inspirando confianza en el éxito, por medio del estudio prolijo y verídico de los elementos de accion, y no cesar en la demostracion del derecho. Las provincias del norte han estado mal provistas del silabario, de donde han resultado errores crasos y muy graves en los últimos tiempos. Por ejemplo, una diputacion de Jujuy, Tucuman y Salta á Buenos Aires, pidiendo lo que nuestro diputado Villanueva solicita desde tiempo inmemorial.

¿Cómo hiciéramos para obtener aquí el *Sud América* en lo sucesivo? Usted, que es el hombre de los recursos ingeniosos, discurra un medio, seguro de que en ello hará un inmenso servicio á la patria.

Su conducta personal, tan importante en la actualidad, debe medirla mucho. Tenga entendido que cuanto mas y mejor conozco el estado de las cosas aquí, tanto mas me felicito de que la sublime locura no tuviese lugar. Paciencia, amigo, y actividad. Un dia mas de espera puede asegurarnos el bien, y economizar desgracias...

Adios, pues; muchos son sus amigos aquí.

*G. Rawson.*

---

San Juan, Setiembre 21 de 1851.

No tengo plena fe en el conductor de ésta. Excuse, por tanto, mis reticencias. Usted sabrá ya lo que ha pasado entre nosotros, y como las mas fundadas esperanzas quedaron iludidas. Ahora no nos queda otra cosa que la luz del Oriente. *¡Ab Oriente lux!* Usted debe saber tambien la historia de su enviado de Julio. Las cartas fueron entregadas cobardemente á Benavidez, excepto una de 8 de Julio que yo he visto. Los periódicos, porque supongo que el cajon los contendría, están en poder de Benavidez, todavía sin abrirlo, por temor de que, como de la caja de Pandora, salgan todos los diablos malos á visitar nuestra provincia. Por lo demas, el compromiso, como suele llamarse, no me hace temblar, ni será este un inconveniente para que yo preste á la patria cualquier género de servicio aun con positivo riesgo de la vida.

Salud, esperanza y valor.

*Rawson.*

---

Cobija, Agosto 1º de 1851.

*Señor gobernador y capitan general de la provincia de Salta, don Manuel Saravia.*

.................................................................

Opino tambien que si el general Rosas cediese esta vez á la peticion que se le hace á nombre de la República para que le devuelva sus derechos y llene sus necesidades consignadas en la atribucion 4ª del pacto federal, no quedará un argentino que no se preste á ayudarlo sacrificando las opiniones diversas, resentimientos personales, agravios, etc., deponiendo todo esto para sentar sobre ello la primera piedra del edificio, dándose todos un fraternal abrazo; abrazo sin el cual no tendremos jamas patria. Pero si, por desgracia, el general Rosas, como otras veces, so cualquier pretexto, rechaza tan justa demanda, no hay que vacilar un momento en secundar el grito que, en nombre de los intereses mas caros, ha dado ya uno de sus hijos, uno de nuestros hermanos, un argentino, en fin, que la Providencia ha destinado para abrirnos el camino por donde debemos marchar hasta fijar nuestros destinos. Este es el general Urquiza.

.................................................................

---

Copiapó, Setiembre 2 de 1851.

*Señor don Domingo F. Sarmiento.*

Empecemos por lo fijo y seguro, como usted dice, y no en el de los sueños, que lo han de dejar despachurrado cuanto reciba noticias como las de Mendoza y San Juan.

Viendo descuidado su proyecto por N... lo tomé de mi cuenta. Pregunté cuánto costaría un emisario de confianza enviado á La Rioja, á cordillera cerrada. Se me dijo que dieciocho onzas: las aprонté. Aberastain hizo el lio de papeles, el emisario dijo bueno, y se marchó, prometiéndome aviso para este vapor; pero hasta este momento, que son las dos de la tarde, no sé nada; sin embargo de que creo que la mision ha sido desempeñada.

Ahora, ¿á qué se reduce esto? pregunta usted. A que venga el Chacho á la cordillera. Sabremos por él lo que puede hacerse, y lo que necesitan en armas, municiones y hombres, en la inteligencia de que, de acuerdo con Rodríguez, me apronto á reunir diez mil pesos de esta emigracion para el objeto.

Respecto á la importancia que damos al hecho del Chacho, depende de la resolucion de éste. Hasta dudamos de que venga á la cordillera despues de lo acontecido en San Juan y Mendoza. Por lo mismo comprenderá usted que para nosotros no tiene objeto todavía la mision del santiagueño Labaysse.

Sentiríamos que usted se fuese á Montevideo, como me lo anuncia, y se lleve á Paunero y á Aquino. Pero tampoco me atrevo á decirles que se queden porque *no veo nada claro...*

*Carlos Tejedor.*

---

Salta, Setiembre 20 de 1851.

*¡ Viva la Confederacion Argentina !*
*¡ Mueran los asquerosos salvajes unitarios !*
*¡ Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza !*

*El gobernador y capitan general de la provincia de Salta al Excmo. señor gobernador y capitan general de la provincia de Buenos Aires, encargado de la direccion suprema de los asuntos nacionales de la Confederacion Argentina, y general en jefe de sus ejércitos, brigadier don Juan Manuel de Rosas.*

..........................................................

El salvaje unitario Mariano Santibañez es el mismo que en 1834 con mano traidora, hirió mortalmente al ilustre general

don Pablo Latorre; es el mismo que en 22 de Febrero de 1849 encabezó el movimiento anárquico; ha sido el agente para introducir en estos pueblos los libelos incendiarios del empecinado salvaje unitario Sarmiento; su carrera, Excmo. señor, marcada de delitos de primer orden contra la Confederacion y la América, contra la paz y quietud de las provincias del norte, lo han conducido al suplicio...

Dios guarde á S. E., etc.

*José M. Saravia.*

---

Mendoza, Agosto 2 de 1851.

Año 42 de la libertad, 36 de la independencia, y 22 de la Confederacion Argentina.

*¡ Viva la Confederacion Argentina !*
*¡ Mueran los salvajes unitarios !*

El gobierno de la provincia, en uso de las facultades que le confiere la Honorable Sancion de 29 de Julio de 1851, y considerando:

Que el bando de traidores salvajes unitarios ha levantado otra vez el estandarte de anarquía, encabezado por el loco traidor Justo José de Urquiza;

..... .............................................. .......

ACUERDA Y DECRETA

Art. 1º Todo acto de excitacion en favor del vándalo salvaje Justo José de Urquiza, bien sea tratando de justificar sus inicuos procedimientos, dando noticias falsas y alarmantes, ***introduciendo proclamas ó papeles de las virulentas producciones*** del bando de salvajes unitarios, así como toda produccion difamante de la sagrada causa Federal é Independencia, ó de los gobiernos confederados, muy principalmente del jefe supremo de la República, será considerado como acto de coadyuvacion y cooperacion del traidor Justo José de Urquiza, y sus perpetradores incurrirán en la pena que designa la ley á los que tomen parte en los hechos de traicion á la patria...........................................
.............................................................

MALLEA.—*Anselmo Segura.*

---

San Juan, Octubre 15 de 1851.

*Señor D. D. F. Sarmiento* (1)

Muy Sr. mio:

Prometí á Vd. participar las buenas noticias que tuviéramos del loco salvaje Urquiza, y como buen federal cumplo y diré todo lo que sé de pocos meses á esta parte. Será por partes. Muy de cierto se asegura que nuestro general ha tomado unos paquetes que los salvajes de Chile mandaban para esta banda; y que aún mas: personas hay que los han visto en casa del gobierno, los paquetes, pero no su contenido, que nadie ha leido las picardías que contienen. Se sabe que nuestro general ha dicho que tiene en su poder las cartas que dentro de ellos venian, que con ellas habia de colgar media docena de salvajes. Cosa que me parece muy acertada.

Se asegura que se toman precauciones á fin de tomar cuantas cartas y papeles puedan venir de ésa, á fin de apestillar por medio de ellas á los salvajes, que estén de aquí en comunicacion con los de Chile. Estos paquetes son tomados en Julio y datan las cartas que yo he visto de ese correo de fecha 8. Estos salvajes son sumamente crédulos; aquí la prueba: Como nuestro general es tan bondadoso y condescendiente, se alucinaron con que podrian reducirlo á entrar en su plan de admitir á nuestro ilustre restaurador su renuncia y pedir la reunion de un congreso para constituir la nacion, etc. A estos pobres no les falta pico y coraje; y sin mas que esto principian á trabajar con los hombres mas influyentes hasta abocársele al mismo general.

Repito, pues, que su bondad llegó á tal que les dió esperanza de adherise á un pensamiento tan patriota; y llegamos á creer que positivamente lo reducirian segun se le veia vacilar, y aun expresarse confidencialmente aprobando el pensamiento de pedir la reunion de un congreso constituyente, como tambien se le oyó quejarse del manejo de nuestro ilustre, y del estado de pobreza é inseguridad de que se quejaban las provincias. Todo esto seria, sin duda, un sebo para pillarlos mejor. En estas circunstancias sólo se sabia del pronunciamiento del traidor Urquiza, pero nada de su verdadero estado de poder. Llegaron oficios del gobierno de Cór-

(1) Esta carta, cuyo original enseñó al general Virasoro y á su ministro el Sr. Pujol, fué publicada en Chile en la imprenta de Belin y Cª, y reproducida por el *Mercurio de Valparaiso* y el *Comercio del Plata*.

doba, copias del nombramiento que se hacia de jefe supremo de la República á nuestro ilustre, autorizándolo para que, cuando fuera de su voluntad y considerase tiempo oportuno, llamara la reunion del congreso, declarando al mismo tiempo que era de tal modo privativa la determinacion de este asunto á la persona de nuestro ilustre, que el que contrariase esta disposicion sería considerado y tratado como salvaje unitario. Por circular convidaba á las demas provincias á marchar de conformidad. Nuestro general parecia no hacer mucho caso de todo esto, y la tal circular quedó por algunos dias bajo la carpeta sin darle gran importancia. El hombre vacilaba, se hacia el tonto, necesitaba ver mejor el horizonte, y á todos les decia que si, con todos condescendia, y todos estaban muy contentos. Hé aquí el modo mejor de ensartar crédulos inocentes. Las cosas marchaban de esta manera, cuando nuestro compañero de armas el coronel Díaz llegó de Jachal. Sabe que es el favorito, el brazo derecho, federal en esencia y existencia. Comprendió la cosa : trató de darle camino mas seguro al gobernador : es decir, no se le despegaba á ninguna hora de su lado, dando principio por llevarle noticia de cuánto hablaba cada salvaje en particular, y cuánto fraguaban en general : lo tocó vivamente con calor y con perseverancia.

Obligado á tomar alguna determinacion se resolvió llamar doce á catorce ciudadanos para que le dieran consejo: Don T. Maradoná, Juan A. Cano, Pedro Quiroga, Elias Losada, Miguel Chagaray, Doncel, S. Lloveras, G. Rawson, T. Rojo, Laspiur, Eleuterio Cano Tristan Chagaray, D. S. Sarmiento, etc. Hubo dos reuniones de estos caballeros, donde se mostró el estado de las cosas segun noticias vagas y ninguna oficial. Hablaron con mucha libertad y alguno muy lindamente. Hubo allí hombres que con su elocuencia, la fuerza de sus razones y su estilo dulce, suave y culto, dejaban encantados y callados á todos los demas ; persuadidos quedaban, pero no sin miedo. Es visto que hay salvajes muy inteligentes y capaces. Que Dios les ha dado pico de oro, y que, á fuer de hábiles, convencen; pero no pueden arrancar el miedo que los viejos tienen á que se mueva el orden hoy establecido por el ilustre, y, sobre todo, temen que los manden desollar vivos á todos, que es lógica tambien hábilmente empleada con muy buen éxito.

Llegaron noticias que La Rioja, Catamarca, Tucuman y Salta habian autorizado con el mando supremo á nuestro ilustre, con lo que nada mas era necesario para seguir su ejemplo, por la

mayoría de la reunion. Los salvajes comprendieron que los viejos federales estaban resueltos á salvar su cuero y no dar motivo para que les viniera alguna tempestad, y á fin de que no se manifestasen con decision en el asunto, les aconsejasen contestar al gobierno remitiesen el negocio á la sala, para que ella determinase como era de su competencia.

El caminito pareció muy cómodo y ésta fué la decision. Diaz trabajaba con los militares con doña Angela y con la gobernadora. Se excusaba del ministro y aun trataba de minarlo y hacer se desconfiase de su marcha. Por último, fué necesario decidirse, pues ya todos los pueblos habian tomado su partido, excepto éste, cuya demora era ya un compromiso, como tambien era un pecado el consultar y pedir consejo en asunto que tendia nada menos que á robustecer el poder del héroe, del gran hombre, por quien vivian y respiraban aún.

De golpe vino el miedo, el temor al castigo, pues ya devisaban el látigo, ya se consideraban con el delito de vacilacion. Sin oir mas el gobierno pasó á la sala su proyecto vaciando casi la ley de Córdoba.

La sala se compone en su mayor parte de salvajes, y éstos no tenian miedo á pesar que la barra era numerosa y se componia de militares adictos y encabezados por el coronel Diaz. Se pide se resuelva sobre tabla por ser su despacho urgente; pero la sala en mayoría la pasa á la comision competente. Apercibido el gobierno que pueden contrariar su resolucion ya tomada, trata de ponerse [illegible] á la comision á un pronto despacho, sin pérdida de tiempo, [illegible]. Llega la noche de sala ordinaria, y [illegible] que la comision pudo hacerse expedido y que trataran el asunto. Dispone que Diaz y [illegible], Mayor de Plaza, reunan [illegible] federal para las [illegible]; y antes de que estuviese reunida la sala, recorren la poblacion con la banda de música [illegible] vivas al ilustre y [illegible] los salvajes, y á todo el que se [illegible] jefe supremo. Tiros, gritos [illegible] con las cajas y cornetas fueron muy suficiente aviso á los salvajes de su posicion crítica y al pueblo [illegible] consternacion.

No hubo sala porque nadie se atrevió á salir de su casa temiendo la de San Bartolomé. Para la siguiente noche se [illegible] la sala. — Se llenó la barra de militares con un aspecto [illegible], y á pesar de todo, un salvaje [illegible] la palabra y de su boca [illegible] un raudal de perlas; para este salvaje no hay miedo [illegible]. Sabe

meter los dedos en la llaga, tocar la parte mas delicada: pero su tino es sorprendente, exquisito, y esto mismo lo eleva á una altura adonde nadie hubiera osado asestarle un tiro sin temor de errárselo. Habló media hora, como 27 años hacía no se había oído en esta tierra de cristianos. Se guardaba un profundo silencio, nadie se atrevía á respirar, sus palabras llegaban á cada oído sin ser interrumpidas y eran escuchadas con profunda atencion. Salvajes había que lloraban sin poder dominar su sentido entusiasmo y su felicidad ante aquel destello de libre pensamiento.

En fin, amigo, este divino salvaje tiene á Dios ó el diablo adentro... Concluyó dejando á todo el mundo en profundo silencio, de tal modo, que á nadie por aquella noche le vino gana de hablar· Unicamente al presidente, que al fin de gran rato se resolvió á recordar á los muertos; y no pudo conseguir que ni siquiera un ahullido se oyera. Les dijo que ponía en discusion el proyecto de S. E... Silencio. — Que lo daría por suficientemente discutido... Silencio. — Pidió votacion, y ésta se verificó en completo silencio. Así se terminó el negocio levantándose en silencio cada representante sin hablar palabra hasta que llegaron á sus casas. Parecía que á estos demonios les hubiesen aparado los labios : estaban emperrados. Parecía aquello una ceremonia hecha al cuerpo presente de algun personaje que con su muerte dejaba la consternacion y el luto á una poblacion. Este fué el modo solemne como se sancionó el proyecto del gobierno. Dado este paso es consiguiente que Vd. comprenda que nuestros compañeros federales largamos la lengua contra todo salvaje para humillarlos y aterrarlos, teniendo éstos que meterse en un cuerno.

No obstante que sabemos, segun nos dicen, que nuestro ilustre cuenta con mucha gente para combatir al traidór, á pesar de todo, aquí se están organizando con empeño el batallon de veteranos y las milicias. ¿Sabe usted á lo que creo que mas se teme?: son á los salvajes de Chile, *que en este verano hagan alguna diablura...* En el pueblo de Córdoba hubo aviso de que al norte por el Tio se veían grandes humos, infiriéndose pudieran ser Mascaritas, Salas y 'algunos otros salvajes. Se tiró bando: pena de la vida el que tuviera comunicacion con éstos ó prestara recursos, etc., siendo castigados con la pena sin excepcion de persona y sin que para ello hubiere proceso, bastando solo presuncion. Parece que todo ha quedado en nada, pues sólo han sido temores. *Lo que se teme positivamente es que los salvajes de Chile se pongan de acuerdo con el traidor y en el*

*verano (precisamente en Enero) se dejen caer á un tiempo; los unos por el norte de Córdoba, y los otros por Salta, Tucuman ó La Rioja.*

El pueblo que sería perdido, indudablemente, sería Córdoba, porque se halla *muy descontento, muy oprimido, muy pobre.*

Mendoza es otro pueblo que temo, pues *su gobierno no es fuerte y oprime mucho;* teniendo sólo por garantía á San Juan, que estaría pronto á su socorro. Aquí se hacen ejercicios militares tres veces por semana y cada día se toman mayores precauciones para estar preparados á todo caso...

Se dice que Díaz aconsejaba á nuestro general hiciera venir al Chacho para tenerlo aquí seguro; pero no ha faltado algun diablo que mande prevenir á éste que no venga. Todo está aquí pendiente de los sucesos del Estado Oriental *como acto decisivo.* Díaz ha sido mandado á La Rioja, Catamarca, Tucuman y Salta á arreglar y allanar las dificultades que obstan para el tránsito de los derechos que había impuesto en esas provincias. Aquí se ha dado el tránsito libre; pero el tropiezo de la fianza en Aduana no se ha allanado y aún subsiste. Debe usted estar en la inteligencia que no tenemos correo corriente; de noticias frescas estamos escasos.

Quedo como siempre, su afectísimo.

---

Mendoza, Octubre 29 de 1851.

Rosas no tiene ya apoyo ninguno en los pueblos; lo prueba el alarmante estado de agitacion que domina á todas las provincias, segun vemos por algunas hojas impresas en ellas. La Cámara de representantes de San Juan se compone, en su totalidad, de unitarios, figurando en su seno los Yanzi, los Rojo, Laprida, los Rawson, Beruti, Sarmiento, Lloveras. Mendoza, San Luis y Córdoba se hallan bajo facultades extraordinarias, disueltas sus representaciones. El norte todo sólo esperaba para decidirse el resultado de una primera batalla. La comunicacion entre Buenos Aires y las provincias proseguía cortada por una fuerte division á las órdenes de Baigorry. La representacion de Buenos Aires había decretado grandes aprestos de guerra; pero la nueva de esta victoria será la contraseña para que todo el interior se ponga instantáneamente en armas contra el tirano.

---

Cuartel general en Gualeguaychú, Noviembre 16 de 1851.

*Señor Teniente Coronel don D. Sarmiento.*

Con satisfaccion he recibido el ejemplar de *Sud América*, el retrato de San Martín, y la hermosa piedra que se ha dignado remitirme, y que yo admito con mucho gusto, como un testimonio de la adquisicion que he hecho de la amistad de usted, que tan sinceramente se ha adherido al Pacto Federal de la República en la atribucion 4a, que establece toda nuestra actualidad.

Yo estoy contento con que lo esté usted por su parte con la idea que le manifesté de acompañarme en la próxima campaña, en la que sus servicios é inteligencia serán de mucha utilidad. Si usted quiere realmente pasar á Montevideo, yo tendré mucho gusto en recomendarlo para que se transporte en uno de los vapores que de mañana á pasado deben venir con tropas, sin que por esto deje usted de estar *en campaña, cuando mucho tiempo hace que lo está*, combatiendo con sus escritos al tirano de nuestra patria.

Soy de usted afectísimo amigo y S. S.

*Justo José de Urquiza.*

---

Montevideo, Noviembre 30.

*Señor doctor don Vicente López.*

Nuestro amigo el coronel Paunero me indicó que el señor Sarmiento se hallaba sin espada. Yo había reservado para mí una que tengo el gusto de ofrecerle, pidiéndole á usted se la presente en mi nombre. Es de las de mejor calidad que he visto por aquí, y tiene la especialidad de deber su origen á la confianza que tenía Rosas de entrar triunfante en Montevideo...

*J. Batlle,*
Ministro de la Guerra de la R. del Uruguay.

---

Montevideo, Noviembre 20.

*Señor don D. F. Sarmiento.*

Mi querido compatriota y amigo: Tengo el gusto de dedicar á usted esas espuelas. Tienen para mí la recomendacion de haber

sido del uso de mi hermano el general Lavalle, y mandadas hacer por él en su campaña de Quito.

Su amigo,

*Rafael Lavalle.*

---

## 1852

Rosario, Enero 1º de 1852.

Habituado á luchar con el tirano de nuestra patria, sin otro galardon que el testimonio de mi propia conciencia, me sentia demasiado conmovido anteanoche para dirigir la palabra á los habitantes del Rosario, que se han dignado darme tan evidente prueba de estimacion, visitándome reunidos. Si algo he hecho en bien de nuestro pais, este acto me lo paga con usura, y creo que he logrado expresar en mis escritos los sentimientos comprimidos por tantos años en el corazon de cada uno de mis conciudadanos, por las simpatias que he encontrado en cada una de las provincias que he visitado.

No pudiendo ahora, ni mas tarde, expresar de otro modo mi gratitud á los habitantes del Rosario, lo hago por este medio para que mi nombre se asocie al recuerdo del dia mas feliz para un pueblo civilizado, y es aquel en que se erigió la primera imprenta, y sus millares de lenguas llevaron á todas partes la fama del acto de heroismo con que los habitantes se alzaron contra sus tiranos.

Una coleccion de mis libros quedará depositada en el archivo público. El estatuto provincial niega el derecho de ciudadanía al santafecino que no supiere leer en 1850, y yo he hecho profesion de todos los ramos que tienen relacion con la educacion del pueblo. En EDUCACION POPULAR hallarán los que quieran promover la cultura de su país consejos y ejemplos.

Es mi ánimo, terminada la campaña del general Urquiza, y que el heroismo de los vecinos del Rosario ha cambiado en marcha triunfal, retirarme á concluir mis dias en alguno de los risueños parajes que baña el Paraná, para consagrarme, libre de toda preocupacion de espiritu, á fomentar la navegacion de estos poderosos rios, vehículos de riqueza, y asombrados, sin duda, de verse hasta hoy desiertos de vapores y naves por millares en sus aguas, como de ciudades florecientes en sus orillas. El Rosario está destinado, por su posicion topográfica, á ser uno de los mas poderosos centros comerciales de la

República Argentina, y seria una de las mas puras glorias que codiciaria acelerar el dia de su engrandecimiento y prosperidad.

El último dia del año de 1851 ha sido el mas grato de m vida. Hoy principia una nueva era para nuestra patria, y aprovecho esta ocasion de felicitar á los habitantes del Rosario por tan venturoso año nuevo.

*Domingo F. Sarmiento.*

---

Santa Fe, Enero 14 de 1852.

*Señor don D. F. Sarmiento.*

Mi estimado compatriota:

Me ha sido muy satisfactorio el recibo de su apreciable carta fecha 5 del presente, y agradezco á usted los sentimientos con que se expresa en ella tan favorables á esta provincia, aceptando gustoso las felicitaciones que usted me dirige, por la confianza con que me han honrado mis compatriotas, aunque inmerecidamente.

Celebro que usted haya conocido prácticamente (1) la situacion topográfica de esta provincia, muy ventajosa relativamente á las demas de la República Argentina para las relaciones mercantiles y vias de conduccion de toda clase de articulos ya del país como extranjeros; pero celebro mucho mas su resolucion de vivir entre nosotros. La provincia de Santa Fe lo recibirá siempre, y dará á usted el lugar que se merece, no mezquinándole cuanto pueda hacer para proporcionarle su felicidad; pues me persuado

(1) En los Desmochados se aparta al Sur Oeste el camino de Buenos Aires, costeando paralelamente el Paraná. El primer puerto de Santa Fe es el del Rosario, distante de los Desmochados veinte leguas y por donde han de surtirse en adelante de efectos de Córdoba, y las provincias de Cuyo, ahorrándose casi todo el flete que se paga desde allí por tierra á Buenos Aires, que son tres pesos, cantidad que no deja de utilidad una carga de aguardiente. El camino de Mendoza al Rosario mide ciento setenta y dos leguas por la posta, mientras que á Buenos Aires se cuentan trescientas; y como el flete á Buenos Aires es de doce pesos carga, descargando en el Rosario valdria en proporcion. (*Sud América* Vol. I, Pág. 140 — 1851).

Ya hemos hecho sentir en otra parte la ruinosa organizacion actual de la Confederacion, con un solo puerto habilitado para el comercio extranjero; pero á la sabia y meditada deliberacion del Congreso toca remediar por leyes previsoras este error de la naturaleza. El Congreso decidirá si cuando el mar no baña nuestro territorio sino por un extremo, la voluntad humana podrá prolongar hacia el interior, por medio de rios extensos como mares, la comunicacion y contacto directo con el comercio extranjero: el Congreso decidirá si conviene aplicar á Santa Fe destruida, á Corrientes y Entre Rios anonadados el mismo ensalmo que ha hecho en pocos años la prosperidad y el engrandecimiento de Buenos Aires y Montevideo. (*Argirópolis*, Pág. 75.)

que antes que usted se resuelva á venir sea usted llamado, pues hombres como usted son útiles en todas partes y aquí necesarios.

Entretanto, etc.

*Domingo Crespo,*
(Gobernador de Santa Fe).

---

Cuartel general en los Espinillos, Enero 2 de 1852.

*Señor don Domingo F. Sarmiento.*

Estimado amigo:

S. E. el señor general ha leído la carta que ayer le ha escrito usted, y me encarga le diga respecto de los prodigios que dice usted que hace la imprenta asustando al enemigo, «que hace muchos años que las prensas chillan en Chile y en otras partes, y que hasta ahora don Juan Manuel de Rosas no se ha asustado; que, antes al contrario, cada día estaba mas fuerte.»

*Angel Elías,*
(Secretario del general Urquiza.)

---

Rosario, Enero 3 de 1852.

*Señor don Angel Elías.*

Mi distinguido amigo:

En medio de las atenciones que con tanto placer me absorben, he recibido la cartita de ayer, en que me trasmite, por orden de S. E., su juicio con respecto á la poca influencia de la prensa de Chile para asustar á Rosas. Si este concepto hubiese sido emitido en una conversacion lo miraría como una de tantas opiniones sobre las cosas y los hechos; pero en la forma que viene no sé si deba recibirlo como un reproche.

Es probable que en la carta á que se refiere el señor general haya oscuridad ó generalidad en el concepto; pero al hablar en ella de la prensa, hablaba de esta prensa del Ejército Grande, y como ésta no publica sino documentos y hechos que emanan del señor general ó relativos al ejército, no acertará á comprender por qué la publicidad dada á esos documentos y á esos hechos no ejercería influencia ninguna.

Si se refiriese á las pocas palabras de comentario con que yo he acompañado la publicacion de esos documentos, á mas de

haberlas consultado con el señor general, y en su ausencia con el señor general Virasoro, ó los coroneles Galan y Basabilbazo, hasta que se me ha autorizado para proceder por mí mismo, esas palabras no son sino la reproduccion del espíritu de los documentos mismos, ó la simple narracion de los hechos.

Mas en el concepto de que yo haya dado lugar á creer que me refería á la prensa de Chile, es este asunto muy grave para que, presentándose ocasion de explicarme, no la aproveche. Es muy natural creer que yo me exagere á mis propios ojos la influencia de la prensa, es decir, de la palabra, del estudio, del consejo; pues debiendo á ella una mediocre posicion en varios estados americanos, y me atrevería á añadir, entre algunos hombres distinguidos de Europa, no es extraño que la ame y la estime en mucho. Pero la prensa de Chile he sido yo durante muchos años, y en estos últimos no se ha ocupado de otra cosa que de predisponer la opinion pública en favor del señor general y de la digna empresa que iba á acometer. ¿No ha conseguido nada en este sentido la prensa de Chile? Sería por lo menos prematuro asegurarlo, y en caso de ser así sería un deslucido cumplido el que me haría el señor general anunciándomelo de una manera punto menos que oficial, si no hubiese en esto un error de concepto. La prensa de Entre Rios ha trabajado en el mismo sentido, y no veo por qué la una haya sido mas efectiva que la otra.

Las armas que combaten á Rosas son invencibles; pero tambien es cierto que la opinion lo ha abandonado, y alguna parte, por pequeña que sea, debe concedérseles á los que han tenido el coraje de combatir su poder diez años y demostrar su inmoralidad y su impotencia, y yo no acepto la negacion de la parte que me toca en ella, porque aceptarla sería desesperar del porvenir de mi patria y anularme.

Conociendo, como conozco, la bondad del señor general, apunto estas explicaciones sin adoptarlas..............................

Espero de la generosidad de usted que haga conocer al señor general del contenido de esta carta aquello que pueda interesarle y predisponga mejor su ánimo, etc.

*D. F. Sarmiento.*

Cuartel general en los Espinillos, Enero 5 de 1851.

*Señor don Domingo F. Sarmiento.*

Estimado amigo:

Dos cartas he recibido de usted, y absolutamente no he tenido tiempo para contestar á ellas; pero hoy lo hago con mucho gusto.

La primera es aquella en que me habla del negocio de la prensa, asunto que, segun el espíritu de su carta, le ha mortificado; por lo que debo decir á usted que este es un negocio completamente arreglado, pues el señor gobernador se ha mostrado muy afable, hablando sobre Vd...

*Angel Elías.*

---

## GENERAL PACHECO

Chacras de Moron, Febrero 1° de 1852. (12 del dia).

Excmo. señor (don Juan Manuel de Rosas).

Tengo el honor de remitir á S. E. una maleta conteniendo los objetos detallados en la adjunta relacion, que indican pertenecer al salvaje unitario Domingo F. Sarmiento, la cual maleta fué aprehendida por un peon de don Gerónimo Peralta. Este fué enviado bombero por el sargento mayor de mi escolta don Juan Pablo Albanoz, de quien es sobrino, y habiendo llegado á la Guardia de Lujan con los caballos muy acosados, mandó ese peon al campo enemigo con el encargo de que tratase de sorprenderles alguna cosa, y de traerle algo como prueba de que había llegado á dicho campo. El peon fué, en efecto, y tomó del medio del campo (falso) de los salvajes unitarios (el campo del general Urquiza) la maleta con los demas objetos que remito á V. E. Envio á V. E. al mencionado N. por si V. E. quiere imponerse de todo lo relativo, sintiendo no poder hacer lo mismo con el peon por no haber venido á este campo.

---

RELACION DE LOS OBJETOS CONTENIDOS EN LAS MALETAS QUE SE HAN TOMADO AL SALVAJE UNITARIO TITULADO TENIENTE CORONEL D. F. SARMIENTO EN SU PROPIO CAMPAMENTO.

Una cartera de bolsillo con varios apuntes.

Una carta topográfica de la provincia de Buenos Aires por Woodbine Parish.

Un MEMORANDUM que tiene por título «Diario de la Campaña « del teniente coronel Domingo F. Sarmiento en el Ejército Grande « 1852.»

Una carta del titulado teniente coronel Olegario Orquera.

Un paquete rotulado Ilmo. y Excmo. señor Consejero Ermeto Honorio Carneiro Leao. Montevideo.

Otro rotulado Ilmo. y Excmo. señor almirante don Juan Pascual Grenfell á bordo del Alfonso.

Varios papeles impresos.

---

Buenos Aires, Febrero 23 de 1852.

*Señor General en Jefe del Ejército aliado.*

Excmo. señor:

Habiendo obtenido de V. E. el permiso de regresar á Chile, despues de haber terminado la comision que se dignó confiarme en el Ejército, he resuelto aprovechar la próxima partida de un buque para Rio de Janeiro, para tomar desde allí alguno de los muchos que salen para el Pacífico.

Aceleran esta resolucion el lenguaje y los propósitos de la proclama que ha circulado ayer, siendo mi intencion decidida no suscribir á la insinuacion amenazante de llevar un cintillo colorado, por repugnar á mis convicciones, y desdecir de mis honorables antecedentes.

Este acto, por el cual me sustraigo á toda jurisdiccion gubernativa, es un hecho personal que en nada se liga con la conducta que guarden ó hubieren de guardar otros, justificándolo mi radicacion en Chile, y el ver, á juicio mio, malograda la esperanza de un regreso definitivo á mi patria.

Que Dios ilumine á V. E. en la escabrosa senda en que se ha lanzado, pues es mi conviccion profunda que se extravía en ella, dejando disiparse en un período mas ó menos largo, pero no menos fatal por eso, la gloria que por un momento se había reunido en torno de su nombre.

Aprovecho esta ocasion de ofrecer á V. E. los respetos y la consideracion con que me suscribo de V. E. seguro servidor.

*D. F. Sarmiento.*

---



# PRÓLOGO

Si alguno de los millares de argentinos que han recibido heridas graves en nuestras eternas luchas civiles leyere estas páginas recordará aquella extraña sensacion que se experimenta al recobrar el uso de la razon, y abriendo los ojos no poderse dar cuenta de sí mismo y preguntarse interiormente: ¿quién soy y qué lugares son estos? ¿por qué no puedo moverme, y qué fisonomías extrañas son las que me rodean? Hasta que, á fuerza de prolija investigacion, halla en un extremo apartado de la memoria, entre no bien definidas reminiscencias, el recuerdo de un combate en que estaba dando una orden, y despues... despues no se acuerda mas de nada.

Este hecho, frecuente tambien en pos de sueños letárgicos y enfermizos, explica el puf norteamericano, que refiere como, alojándose un ingles en una posada, contiguo á la habitacion de un pasajero negro, y habiéndole tiznado por travesura á él mismo la cara un su amigo mientras dormía, vióse negro el rostro al ser despertado de madrugada, segun lo tenía prevenido, para continuar su camino; y lleno de indignacion y compadeciéndose del chasco exclamó, volviendo á dormirse: este bruto de sirviente ha venido á despertar al negro; y el pobre ingles (era él) va á rabiar mañana, cuando lo recuerden tarde para seguir su viaje.

Sucédenle cosas á uno en la política americana que no sería extraño tomarse despierto, bien despierto, por el negro del cuento, experimentando realmente aquella desorientacion de que hablaba al principio; y vale la pena de contarlo, la fascinacion, que, despues de disipada, me

ha inducido á poner orden por escrito á mis últimas reminiscencias.

Exige la voluntad, despues de haber estado excitada y tirante, por decirlo así, por años, en la prosecucion de algun fin, sus dias de inaccion, como el cuerpo pide algunas horas de reposo, en pos de las grandes fatigas. Entonces las impresiones pasan por los sentidos sin dejar rastros en las percepciones del espíritu: se vegeta, se cambia de lugar, sin darse de ello cuenta clara.

Un sueño pesado me había retenido uno de estos dias en el lecho, hasta muy avanzada la mañana. Hube de abrir al fin los ojos con dificultad, y á mi frente y sirviéndole de marco el claro de una ventana, presentóseme un cuadro natural y para mí desconocido. El sol, bien avanzado ya en su carrera, derramaba torrentes de luz blanca sobre montañas agudas y cubiertas de vegetacion tupida, azulada, y vaporosa á lo lejos, verde esmeralda, brillante y abrumada de parásitas en los declives mas cercanos. Desde sus bases se extendía una inmensa tasa de agua, tersa, dividida sólo por el reguero de fuego que describía el sol en la línea de la visual, y agitada en partes por barquillas de dos velas latinas. Hacia el lado de la ventana, y hasta tocar la orilla del lago, extendíase un jardin artísticamente decorado de hileras de plátanos y de bambúes en sus costados y al centro terraplenes de flores extrañas á los climas templados, y de plantas teñidas de amarillo ó de encarnado, cual si ellas mismas intentasen en las raras formas y colores de sus hojas remedar á las flores. Alcanzaba la vista á dominar en los segundos planos alquerías y casillas de campo de un gusto esmerado, con techumbres pintadas, tejas brillantes y fachadas en que el granito y estucos blancos sobre fondo azul celeste prestaban armonioso contraste á los grupos de árboles florescentes, extraños, gigantescos que las sombreaban, derramando sobre ellas enredaderas y lianas, ó sombras espesas que, formando masas de claro-obscuro, daban realce deslumbrador á la luz fúlgida que bañaba los edificios.

¿Dónde estoy? me decía, sin poder disipar el letargo. Este sol, esta vegetacion, este lujo de habitaciones, sólo puede verse en la India, en Madras ó en Calcuta, donde

la cultura inglesa ha sometido á regla la naturaleza tropical, desenfrenada, bella y ebria como una bacante antigua. Recordaba haber oído al hijo del general Mansilla detalles sobre la India; pero yo estaba despierto, y no era recuerdo, ni ilusion, ni pintura, lo que mis ojos veían: las barquillas aquellas se movían, mecíanse las flores, sacudidas por insectos dorados y el ruído de carruajes y el bullicio de poblacion alejaba toda idea de un cuadro de gabinete óptico.

No pudiendo tomar por el próximo extremo el hilo interrumpido de mi existencia, empecé á buscarlo un poco mas allá, entre mis recuerdos, y pude al fin cerciorarme de que no hacía aún seis meses éramos siete que partimos de Chile, rondando el Cabo de Hornos, á bordo de la *Médicis*, á prestar nuestros servicios al general Urquiza contra el tirano argentino.

¡Siete!: Aquino, el brillante y caballeresco coronel de queridísimo recuerdo, muerto sin gloria en los campos del Espinillo; el coronel Paunero, experimentado soldado de la guerra del Brasil; el teniente coronel Mitre, maestro profundo en su arma, la artillería; y el capitan retirado de Coraceros de la Guardia, Domingo F. Sarmiento, acompañados de los sargentos licenciados de Granaderos á caballo de Chile, Elgueta, Novoa y Garrido.

De estos siete soldados han muerto dos en la campaña del Ejército Grande aliado, y sobrevivido á tres lanzadas otro; y con tres hombres fuera de combate de siete que componíamos el cuerpo expedicionario de la *Médicis*, fué éste el mas maltratado de la suerte, entre brasileros, orientales y argentinos que entraron en campaña. Los que han sobrevivido halláronse á la sombra del pabellon imperial en el combate naval del Tonelero, y arrostrado las balas rojas, la fusilería y metralla de Mansilla, durante cincuenta y cinco minutos, y en la batalla campal de Monte Caceros, á las órdenes del victorioso general Urquiza, hecho cuanto puede esperarse de hombres de pro y de soldados de honor; viéndoseles entre los jefes, y haciendo la campaña á sus propias expensas con sus armas y caballos, como los antiguos capitanes castellanos.

Por lo que á mí respecta, pues ya sabía quien yo era, traje á la memoria, al volver de mi trascuerdo, que, de-

jando atras familia y cuidados de fortuna, en busca de una patria libre y culta, por quince años de destierro suspirada, habia costeado el Atlántico y el Pacífico, remontado el majestuoso Uruguay y el fecundizante Paraná; atravesado las provincias argentinas Entre Rios y Santa Fe; visitado las capitales Montevideo y Buenos Aires; batídome en mar y en tierra; y, viajando y combatiendo, soportado rudas fatigas, y gozado de emociones profundas; observando lo que mis ojos veian, y oian mis oídos; pensando, escribiendo, y viviendo de la vida febril del entusiasmo y de la lucha; y como si algo faltara en este vivísimo panorama, pasado á mi vista en cinco meses de actividad y movimiento, á los hielos del Cabo de Hornos, venian por añadidura á oponerse los esplendores sofocantes del trópico, y á las desnudas é ilimitadas planicies de las pampas argentinas las sañudas crestas y picos, que, entre bosques enmarañados, rodean la lujosa bahía de Rio de Janeiro, donde escribo estas páginas, en el Catete, barrio pintoresco y fashionable, ***Hotel des Etrangers***, en una habitacion alegre cuyas ventanas dan hacia el pedazo de mar, contenido entre los faldeos de la montaña Das Orgas, el Pan de Azúcar y el Corcovado, y era la tasa de agua que en parte caia bajo mis miradas al despertar, y no acertaba á comprender en el primer momento.

..............................................................

..............................................................

¡Ando peregrinando por la tierra de nuevo en busca de instruccion para el pueblo! Demonio escapado del infierno del destierro sempiterno, vuelvo, despues de haber bajado al mundo de la vida, á recoger de nuevo la cadena que me tiene atado, lejos del pedazo de tierra que me fué por la naturaleza asignado por patria! ¡Emigrado otra vez! ¡Prófugo!... ¡Proscripto!

¿Qué sabe el que nació argentino adónde amanecerá mañana, ni ante qué nueva tarea ha de ver encanecer su cabeza, malgastados ya, derrochados los mas claros y bellos dias de la vida tras de alguna manzana dorada, como aquellas que diz que crecen alrededor del mar muerto, y al morderlas llenan de cenizas la boca del viajero que buscaba refrigerio?

¡Parece un sueño!... exclamaban las damas de Buenos

Aires quince dias despues de caído el tirano, en los intervalos de la conversacion en que contaban su dicha actual y sus pasadas angustias. ¡Y cierto! que todo es sueño entre nosotros, hasta la vida que se salva de la epidemia que asola á aquel país hace veinte años.

Reina en estos dias la fiebre amarilla en Rio de Janeiro, y los sobrinos y hermanos de Rosas, con quienes venía yo comiendo en un plato á bordo del *Prince*, temían al desembarcar ser víctimas de sus estragos, echando de menos aquellas playas argentinas, donde ninguna dolencia peculiar al clima le sale al hombre en alguna encrucijada del camino de la vida y lo asesina, como el vómito negro de la Habana ó las tercianas de Lima. ¡Ay! que se olvidaban que en la Confederacion reinaba, hasta ahora poco, enfermedad endémica, mas rápida en sus efectos, mas devoradora en sus estragos que el cólera morbus asiático. Llamóse aquella enfermedad *degüello*, y salvar de su diente era apenas el destierro, régimen que dura por años sin término. Bastaba que el entrecejo de algun bárbaro se frunciese para hacer rodar la cabeza del que piensa, como no piensan los que no se tomaron nunca el trabajo de coordinar dos ideas. ¡Ah! á veces han caído quinientas cabezas en un día y á veces una sola que valía por ciento de aquellas. No tiene el mal estacion fija, y si amaina su fuerza, queda latente en la atmósfera, aconsejando la prudencia precaverse y no hacer desmanes. Cuando los síntomas de la enfermedad aparecían en el semblante ó en los actos de algun vecino, dábasele al apestado el nombre de salvaje unitario; y entonces se lo señalaban los unos á los otros, evitando su encuentro, pues que las leyes de la justicia y de la humanidad y hasta las del decoro, cesaban de protegerlo.

En las veladas de á bordo, á la luz vacilante que llega del sol á las sonas polares del Cabo de Hornos, conversábamos de lo que pasaba entre nosotros, los argonautas de la *Médicis*, circunnavegando en pos tambien de un vellocino de oro, guardado por un Dragon espantable; y el gran mágico Alexander que nos escuchaba, decía lleno de estupefaccion: «¿Pero qué países son esos donde cuantos se nombran han muerto ó en los combates ó dego-

llados?» Y, en efecto, el sacrificado coronel Aquino, que nos refería historias de vibaque, no acertaba á nombrar compañero, amigo, enemigo, que no estuviese ya sepultado.

Ayer encontréme de manos á boca con Alexander en la Rua de Ouvidor, y despues de la bienvenida de amigos que se encuentran inopinadamente, preguntóme por los otros de la *Médicis*. ¡No sabía aún que Aquino había sido degollado! La memoria de Aquino volvió á despertarse dolorosa, como era festivo y agradable su recuerdo. Si alguna vez remontais, ¡oh lector! el Paraná, mas allá del Rosario, divisareis las torres solitarias y solemnes de San Lorenzo. Desead el *requiescat* á la víctima propiciatoria sacrificada en los altares de la libertad argentina. ¡Ahí reposa Aquino! Su sombra, teñida de sangre, debió seguir las marchas del Ejército Grande, por lo que todos, jefes y soldados, la tuvimos siempre presente como un peligro, una amenaza, ó un alerta silencioso, y soldado medroso hubo que á la luz vacilante é interrumpida de las luciérnagas que alumbran por momentos la Pampa, creyó discernirla serena, con el aspecto imponente que conservó su fisonomía en el cadáver.

¡Cosa extraña! Al visitar la *Médicis*, en que debíamos embarcarnos, de improviso desapareció Aquino de nuestras miradas, y al salir contuso de la bodega, donde cayó por no haber visto abierta una escotilla, «mal agüero», exclamó pensativo; pero desoyó el aviso del cielo y se embarcó. Al despedirse de nuestros compatriotas en Valparaíso, una voz amiga dijo con pena: «este banquete puede ser para alguno de nosotros la Cena de los Girondinos,» y los ojos del que hablaba se encontraron involuntariamente con los de Aquino. Uno que lo traicionaba tambien le dijo: «no vaya, Aquino. Yo sé lo que son esas cosas;» pero Aquino no comprendió la inspiracion del corazon del amigo, y no hizo caso del consejo de su enemigo. Todavía en el Diamante, mientras contaba á sus compañeros las funestas interioridades de la division de su mando y que le acarrearon la muerte, disparóse su caballo ensillado, lo que motivó esta observacion indiscreta y lúgubre: «no aquí, sino en el campo de batalla saldrá solo ese caballo.» Aquino, Mitre, Terrada, Pau-

nero, Sarmiento presentes quedaron al oirla estupefactos. ¡Pero Aquino murió degollado!

Los naturales de la tierra creen haber hallado antídoto seguro contra esta epidemia que creen adherente al suelo. Llevan un *trapito* colorado en el pecho como los fetiches que usan los africanos contra mordeduras de víboras y culebras; y cuando entre nosotros el mal arreciaba usáronse tres á un tiempo, que contra mal tan grave la abundancia de precauciones no daña. A los judíos y á los leprosos en la Edad Media se les forzaba á llevar un gorro amarillo en señal de reprobacion. Entre nosotros son los buenos los que llevan el sambenito, para distinguirse de los *extranjeros* á quienes nuestras distinciones en buenos y malos no alcanzan: ellos son malos, ya se sabe; pero, al revés de las epidemias naturales, ni la enfermedad del país les daña, ni el preservativo ejerce influencia ninguna sobre la conservacion de sus cabezas, que permanecen donde Dios las colocó con ciencia infinita, y ninguna criatura terrena es osada de tocarlas; por lo que cuando haya un congreso soberano en la República Argentina tengo de hacer mocion para que, así como el odiado, á la par que respetado extranjero, puede pedir carta de ciudadanía argentina, así el argentino pueda obtener carta de *extranjería* en su propio país, cuando quiera sustraerse al trapo y á la enfermedad que cura; si bien es verdad que la felicidad de haber nacido argentino es como el pecado original, y peor, pues basta para lavarse de éste un poco de agua.

En busca ando, hace veinte años, del medio de corregir la atmósfera argentina de esta disposicion mórbida. Rosas me llamó diez años *salvaje unitario;* hasta que al fin halló, en mengua de su tenacidad tan decantada, que era mas prudente llamarme simplemente emigrado. Rosas ha caido, y el epíteto subsiste con la clasificacion de odiado. ¿Cómo es posible que el buen sentido de un pueblo entero llegue á estragarse á punto de hacer materia de jugar su carácter en la historia los grandes, su vida y su porvenir los pequeños, por imponer los unos y resistir los otros estos signos absurdos, ó aquellas pretendidas injurias? ¿Quién á quién dice salvaje unitario, epíteto inventado para encubrir su rusticidad un bárbaro atrabiliario? El

*salvaje unitario* Mariano Santibañez, decía Saravia de Salta al cortar la cabeza de aquel patriota, por servir la causa que sostenía el general Urquiza. El *loco, traidor, salvaje, unitario* Urquiza apellidaba á éste Rosas en sus decretos, y Baldomero, Irigoyen y demas energúmenos en sus vociferaciones. El *salvaje unitario* Juan Manuel de Rosas, replica el *Boletin* del Ejército Grande; y al gobierno de Buenos Aires y al redactor del *Boletin* mismo insinuóles el general Urquiza el nombre de *salvajes unitarios!*

¿Es este un pueblo de locos, de necios, ó de borrachos? Pero borrachos, necios ó locos, lo que hay de deplorable es que se juega con sangre y años y años perdidos en divisiones estériles, porque la impulsion es extraviada.

Tengo contra todos estos males de mi pobre y decaída patria una receta eficaz, cuyo uso me atrevo á aconsejar á los que se sientan con voluntad de aplicarla. No bebais de la hiel y del vinagre que os pasen en la esponja, cuando sólo pediais agua por caridad á vuestros verdugos. ¡Volved la cabeza á un lado y sereis salvos!

Soldado, con la pluma ó la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento, y este mi titulado *Diario de la Campaña en el Ejército Grande* tiene por ojeto dar cuenta á mis amigos de los hechos á que se refiere como de las causas que los produjeron, y los resultados que debiera dar y dará el triunfo de Monte Caseros, á que concurrí en mi doble carácter, arrastrando desde el Pacífico al campo de batalla aquella prensa de Chile que continuó fulminando y persiguiendo al tirano hasta las calles de Buenos Aires.

Tienen estos apuntes la gloria y la recomendacion de haber pasado en resumen por la vista de don Juan Manuel de Rosas, la víspera de la batalla, como si hubiese sido la mala suerte de aquel pobre hombre que yo había de estarle zumbando al oido: caerás... ya caes... ya has caído! pues lo que leia en manuscrito estaba destinado para ver la luz despues de su caída.

Debió hallarlo, sin embargo, bueno y verídico, pues no lo rompió, y pude rescatarlo entre los despojos del combate, y hallar todos mis papeles, segun la minuta del general Pacheco, en orden; y ¡cosa extraña y fatídica!

amarrados todos con una ancha *cinta colorada!* ¿Mandábame Rosas en ella el cordon morado que debía amargar nuestro triunfo?

Ello es que, á causa de su fatal don, tuve que seguirle á poco; como él, asilarme en un buque de guerra; como él, contemplar tristemente á Buenos Aires tres dias desde las balizas; como él, decir adios á la patria y tomar el camino del extranjero, acompañado, para mayor irrision de la fortuna, de su sobrino y de su hermano el general Mansilla, con quienes, embotadas las asperezas del espíritu de partido por el roce diario, asistí á la Opera en palco comun en Rio de Janeiro, no sin grande estupefaccion del Emperador, de la corte y del público, que no acertaban á descifrar aquel enigma viviente, expuesto ante sus ojos, como una leccion de las raras vicisitudes de la política argentina.

Rio de Janeiro, Marzo 20 de 1852.

---

Rio de Janeiro, Abril 13 de 1852.

*Señor don Bartolomé Mitre.*

Mi querido Mitre:

Un mes de reposo en Petrópolis, la linda colonia alemana sobre la montaña *Das Orgas,* me ha sacado del marasmo en que usted sabe caigo siempre despues de los grandes esfuerzos de voluntad ó de espíritu. Estoy, pues, fresco y contento, y mi primera señal de vida es acordarme de mis amigos.

El *Golfinho* probablemente les llevará á usted y á Paunero los diplomas y la condecoracion de Oficiales de la Orden militar de la Rosa, que da en el Brasil honores y tratamiento de coronel, como una honra con que el Emperador ha querido que conservemos el recuerdo del combate naval del Tonelero, á que asistimos los tres á la sombra del pabellon brasilero, usted y yo *literalmente,* pues recordará que estábamos sobre la borda, apoyándonos en el asta-bandera, salvo Paunero, que de miedo, no de las balas, sino de caerse al agua, se fué á dar de palos á aquellos infelices artilleros de la pieza de á setenta y ocho, los cuales, con

los lomos calientes, recobraron toda la actividad de unos energúmenos. Paunero merecía, por este acto de soldado viejo que se va al grano siempre, una distincion especial. El señor vice Almirante Grenfell, al dar cuenta del combate, tuvo la atencion de poner nuestros nombres entre los de jefes y oficiales á quienes concedió los honores de permanecer sobre el puente, lo que indico á usted para que lo haga anotar en su foja de servicios. Fué el general Mansilla quien me trajo *La Crónica Marítima*, en que se hallaba el parte oficial del señor Grenfell, nuestro noble huésped, riéndose mucho de que hubiéramos tenido el gusto de saludarnos en el Tonelero á balazos, y conocernos despues en el *Prince* en nuestro carácter comun de prófugos. El general Mansilla me ha dicho que él, de su parte, solamente nos había mandado mas de cuatrocientas cincuenta balas, lo que hace que pasasen de ochocientas las que se cruzaron y que nosotros computamos en menos.

Para mi la mencion honorable del señor vice Almirante Grenfell, y la condecoracion del Emperador, como mi espada, las espuelas de Lavalle y el estandarte tomado al enemigo, (1) son los únicos recuerdos y los únicos trofeos adquiridos. Sin ellos, mi nombre habría sido borrado de las listas del ejército, no obstante que fuí el único que, por su doble empleo, no tuvo hora de reposo en la campaña, y se halló en los dos grandes combates que la ilustraron.

---

(1) Sarmiento, que no tenia mando de cuerpo, quería mostrarse de otro modo que como tinterillo, apodo despreciativo del gaucho contra el pensador, y atravesando el campo de batalla en busca de accion, hubo de caer prisionero de un cuerpo enemigo si no fuese el oportuno aviso del benemérito jefe don Cándido Galvan. Luego tomó el mando de una division de infantería oriental á lo mas recio del combate, sobre la batería de la puerta del Palomar que arrojaba una lluvia de metralla, cargó á su frente, apoderándose con su mano del pabellon enemigo. Ese trofeo conquistado en el campo de batalla se halla en mi poder y fué exhibido por el presidente Sarmiento á la espectacion del pueblo, inaugurando la estatua de Belgrano, como general porta-estandarte de la República Argentina, con las palabras que el lector hallará en aquel memorable discurso.

Tiene las disposiciones de la bandera nacional, es decir, las tres fajas; pero las dos laterales son *negras* en vez de celestes. La faja blanca central ostenta el escudo argentino orlado de laureles dorados como el sol. En las cuatro esquinas gorros frigios colorados y las siguientes inscripciones : en la faja negra superior: *viva la confederacion argentina:* en la inferior : *mueran los salvajes unitarios*, y en la faja blanca : *Batallon Cuartel General*.

Las espuelas de plata de Lavalle se perdieron con una maleta que cayó al mar desembarcando en Nueva York.. — (*Nota del editor*).

Mi residencia en Petrópolis ha sido un preservativo contra la fiebre amarilla, un estudio práctico sobre los efectos benéficos de la emigracion, y un bálsamo para mi espíritu. He sido recibido por el Emperador con una indulgencia y atencion que á veces le hacía derogar de las formalidades de la etiqueta.

La cuestion del Rio de la Plata ha llamado la atencion de este gobierno sobre la historia, las costumbres, los hombres y las cosas de nuestro país; y al temor que antes inspiraba al Brasil nuestro espíritu guerrero, y la desconfianza suscitada por el genio de la intriga, de la descortesía y las trapacerías y querellas de que Rosas les había dado tantos ejemplos, se ha sucedido el respeto por el carácter moral de que han dado muestras tantos de los que han combatido la tiranía y en homenaje á las luces é inteligencia de nuestros escritores y hombres de estado. De estos, me decía el señor Paulino, «los tienen ustedes notabilísimos. Mucho tenemos, señor, que aprender en los libros y escritos de ustedes, y la cuestion del Rio de la Plata, en que hemos sido obligados á tomar parte, habrá dejado por resultado duradero el que, disipadas las preocupaciones de raza, empecemos á apreciarnos y nos ayudemos argentinos y brasileros con nuestros consejos, en la direccion de los negocios públicos, siendo comunes á ambos países los obstáculos con que tienen que luchar.» Por mucho que demos á la cortesanía de un hombre tan culto como el señor Paulino, queda de estos conceptos mucho de que debemos envanecernos.

El Emperador, joven de veintiseis años, estudioso, y dotado de cualidades de espíritu y de corazon que lo harían un hombre distinguido en cualquiera posicion de la vida, se ha entregado con pasion al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echevarría, Mármol, Alberdi, Gutierrez, Alsina, etc., etc., son nombres familiares á su oído, y por lo que á mí respecta, habíame introducido favorablemente *Civilizacion y barbarie*, hace tiempo, con la primera edicion, habiéndose procurado despues *Sud América*, *Argirópolis*, *Educacion popular*, etc. Mi recepcion era, pues, favorecida por estos antecedentes, y en varias admisiones, muchas de ellas solicitadas, pues, por temor de ser indiscreto, yo economizaba

mis visitas, he pasado horas enteras respondiendo á sus preguntas, explicándole las cosas que los escritos no alcanzan, dándole noticias sobre el paradero de los hombres cuyos nombres le han interesado.

Su naturaleza blanda, formada en el hábito de la moderacion, y del orden moral y legal que lo rodea, se impresiona vivamente por aquellos caracteres duros, enérgicos, que he trazado en algunos de mis escritos. Facundo, Navarro, Oro, Fúnez, Calibar, Barcala, le llamaban mucho la atencion y me decia: «¿Por qué no hace usted una coleccion aparte de estos caracteres, y retoca aquellos que no están diseñados sino ligeramente? Sería un curioso libro.» Explicándole la causa de estas originalidades que le sorprendían tuve ocasion de detenerme sobre muchos otros que aún no están trazados, y que todos participan del carácter anormal que hace nacer nuestra vida incierta y precaria, como aquellos pinos de la Noruega, cuyos troncos asumen forma particular que ha servido de modelo para la construccion de los faros, y cuyas raíces se prolongan desmesuradamente hacia el norte, á fin de resistir á las tempestades de los climas glaciales que á cada momento amenazan echarlos por tierra.

¿Cómo le trasmitiria en una carta los asuntos variadísimos de aquellas conferencias en que, mas que Emperador y un simple particular extranjero, parecíamos dos estudiantes, el uno entendido y ávido de conocimientos, el otro endurecido en las luchas del pensamiento, profesor en materias de emigracion, cultivo de la seda é historia íntima de su país?

Díle mi ejemplar de la *Crónica* para que tuviese á la vista cuanto sobre emigracion he publicado, habiéndome pedido que le explicase mi modo de ver sobre el hecho práctico, y la aplicacion de mis ideas á la República Argentina. Sobre seda hablamos largamente, pues él posee un establecimiento, y para que la discusion se hiciese sobre el cuerpo del delito (pues no creía exacto lo que en mi memoria á la Sociedad de Agricultura de Chile había escrito con respecto al Brasil,) me había hecho traer una coleccion de madejas de seda y de muestras hiladas, ilustradas por una memoria que para mi informacion había pedido al director del establecimiento.

En esta conferencia, que duró dos horas y media de tertulia de silla á silla y con un abandono afectuoso y cordial de parte del Emperador, ocurrió un incidente que le dará la medida de la generosidad de su carácter. En la enumeracion de mis escritos, que deseaba conocer, yo había olvidado nombrar unos viajes por Europa, Africa y América, en cuyo primer tomo se registra una malhadada carta sobre el Brasil; y en las anteriores visitas S. M. parece ignorarlo tambien. Habiéndosele presentado el general Rivera en esos dias, me dijo, aludiendo á él, y como quien no pone en ello intencion: «No es *bavard*» ¡Eh diablo! me dije yo para mi coleto, ¡ha leído mis viajes! Pero como digno soldado del Ejército Grande, no pestañé, ni moví un músculo al oir silbar esta bala perdida.

Mas gruesas y mas cercanas nos habian pasado á usted y á mí aquellas rojas que usted me mostraba en el Tonelero, diciéndome esa viene aquí, y pasaba zumbando por nuestros oídos, usted el *grognard* joven del cañon, y yo el viejo conscripto recibiendo lecciones de la experiencia del veterano. La conversacion seguía, hasta que, no sé por qué incidente, me dijo: « Mucha impresion le hicieron á usted los negros en su primer viaje; pero se ha exagerado la influencia de la raza negra sobre nuestro porvenir, y sobre nuestras instituciones. »

Ahora ya no había subterfugio, y el combate estaba iniciado. Un oficial de guerrilla habría ripostado á esta exposicion. Yo me fuí, para hablarle el lenguaje de su arma de usted, sobre la batería que quedaba oculta y que era el punto difícil. Sin duda, señor, le contesté, en estos juicios hechos á la ligera, y por la primera impresion de los sentidos, hay mucho que atribuir á la precipitacion del viajero (que por ver una sirvienta tuerta cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos); pero en el caso presente hay algo mas grave. Los argentinos salimos de nuestro país con las preocupaciones que nos han trasmitido los españoles sobre los portugueses, y antes de llegar al Brasil venimos ya dispuestos á juzgarlo por el lado desfavorable. Es fortuna que hoy se nos haya hecho conocer de una manera tan *simpática,* que á los que saben apreciarlo les impone el deber de desvanecer en el vulgo las preocupaciones que lo des-

favorecen y yo me encargo de esta tarea.» El Emperador seguía con interes el hilo de mis ideas, apoyando cada frase con un movimiento de cabeza en señal de afable asentimiento, y dirigiendo de vez en cuando sus miradas hacia los individuos de su séquito, que escuchaban nuestra conversacion, parecía decirles: «¿No oyen ustedes como es lo que yo les decía?»

Felizmente este lenguaje de mi parte ni aires de lisonja tenía, ni era nuevo para el Emperador. En el momento del asalto de Monte Caseros el mariscal Marquez, por un lado, y yo por otro, nos encontramos sobre el terreno circunscripto del combate, y como ya hubiésemos antes hablado largamente sobre la poca estima en que teníamos al soldado brasilero, me dijo al estrecharnos con entusiasmo las manos en felicitacion de nuestro triunfo: «V. S. es testigo de la conducta de nuestras tropas en el campo de batalla.» «Sí, señor brigadier; las he visto pelear, y les ha cabido la fortuna de ganar hoy dos batallas, una contra Rosas, y otra contra las preocupaciones vulgares que las desfavorecían.» Estos conceptos, que despues se me pidieron por escrito, para remediar á la parcimonia del lenguaje del Boletin Núm. 26, le habian sido trasmitidos al Emperador, y él mismo me lo había recordado. Sobre el Brasil hablaré otra vez, y acaso ahorre desaciertos á nuestra política el apreciarlo en su verdadero valor.

Para terminar, con lo que al Emperador respecta, como nuestras conversaciones no tenían mas carácter que el literario, leile un manuscrito que halló muy de su gusto, excepto en un concepto, cuya exactitud puso en duda; la sostuve; replicóme: disputamos y quedamos perfectamente de acuerdo, no sin que algunas sales hubiesen dado un carácter ameno á la contienda. Hé aquí el hombre privado, el dom Pedro II; pues el Emperador, el hombre de Estado es reservadísimo, muy circunspecto y aun desconfiado de que se le sorprenda, en palabras inoportunas, su pensamiento íntimo. La etiqueta de don Juan VI regla todas sus acciones y la estrategia constitucional, sus palabras y pensamientos; dejando para la vida doméstica sus afecciones, y para las gentes de letras, brasileros ó extraños, estas manifestaciones de su inteligencia cultivada con esmero.

Aquella diferencia que hago me explica por qué los que le conocen se sorprenden del abandono con que me ha tratado, y de lo comunicativo y franco que se ha dignado mostrarse conmigo. Nada me había dejado traslucir sobre las condecoraciones con que el señor Paulino se ha propuesto darme una agradable sorpresa. Dentro de poco iré á darle, á nombre de los tres que hemos sobrevivido de la expedicion de la *Médicis*, las debidas gracias. (1)

Mándole á usted un panfleto que tiene por título el que llevaba el *Memorandum* que cayó en poder de Rosas y reconquisté en el campo de batalla. El cansancio y el tedio por un lado, y la mala correccion de la tipografía brasilera por otro, han estorbado que escriba y publique nada por ahora, contentándome con citar *ad-memorandum* todos los documentos que trazan el camino de mi narracion, como antecedente necesario de los conceptos que emitiré. Es lo que va un laberinto de fragmentos, en que puede extraviarse el juicio; pero yo tengo el hilo de Ariadne, y lo pondré á disposicion de todos.

No sé cómo miren mis prudentes amigos la publicacion de varios documentos y sobre todo del último que puede prestar asidero á malas interpretaciones. Deseo que usted conozca mi opinion á este respecto, mis antecedentes y mis motivos. Antes de todo, en todas las transacciones de la vida pública y privada quiero ser yo, siempre yo, tal como la naturaleza me ha hecho, y no deformado por las presiones exteriores. Por esta razon no consulto á mis amigos en los actos supremos de mi vida en lo que no tiene relacion sino con mi persona. Esta razon debe satisfacerle.

Como tuve el honor de decírselo al general en mi última, era mi intencion decidida no ponerme como ciudadano la cinta colorada que como militar llevaba; pues entre la obediencia del soldado y el sometimiento del ciudadano

---

(1) Las relaciones de Sarmiento con el ilustre y sabio Emperador, continuaron cordiales y llenas de mutuo respeto hasta la muerte. Bastará recordar que sobre los restos de Sarmiento está depositada la magnífica corona verde y oro, de los colores brasileros, con dos cintas en que S. M. hizo bordar en oro las siguientes inscripciones:

*Civilizacion y Barbarie—Tonelero—Monte Caseros—Petrópolis—Instruccion Pública—Recuerdo y Homenaje de dom Pedro d'Alcántara*—(N. del E.)

á actos puramente voluntarios, de los que ejercen poder, hago distinciones profundas.

La cuestion de la cinta colorada era para mí, ademas, una cuestion personal. En Gualeguaychú el doctor Ortiz, mi compatriota y amigo, y don Rafael Furque, me previnieron lo que los señores Elías, Ponsati y Basavilbaso les habían indicado sucesivamente como un deseo del señor general; pero yo debí esperar á que él mismo me hablase de asuntos á que él por su insistencia, y yo por mi resistencia, dábamos una gran importancia. Cuando el señor Elías me dió el parabien por el lema impreso que llevaba mi papel de cartas, y en el cual había una pública declaracion de principios, que ha sido adoptada despues en Entre Rios, por consejo del señor general, hice sentir á su secretario la diferencia que yo hallaba entre esta declaracion espontánea de ideas y aquel símbolo impuesto y que traía antecedentes manchados por la tiranía de Rosas; y como el señor Elías abundase en el espíritu y modo de ver del señor general, esforcé mi idea asegurándole que jamas me pondría aquella insignia, para mí signo de terror y de sangre, con letras ó sin ellas; que era una cuestion de honor, pues no habría mas que leerme lo que contra ella había escrito, llevándola ahora, para quedar expuesto á la vergüenza pública.

Dos ó tres dias antes de la publicacion de la malhadada proclama, habiéndome suscitado don Diógenes Urquiza la conversacion de la cinta, le expuse mi sentir con todo el calor, con toda la verdad que está en mi carácter, sobre las consecuencias funestas que traería al general su insistencia en cosa de suyo tan insignificante, pero de inmensa trascendencia para el público de Buenos Aires y el de las provincias del interior, cuyo espíritu conocía yo. Conjuréle á que le hablase al señor general en este sentido, increpándole á él y á los que lo rodeaban el que, por temor de desagradarlo, lo dejasen extraviarse, concluyendo por asegurarle lo que al señor Elías: que yo no me pondría jamas como ciudadano ese trapo.

Tres ó cuatro dias despues salió la proclama. ¿Habia de ponerme la cinta, despues de tan formales protestas? ¿Había de crearse una excepcion en favor de mis convicciones? ¿Podía permanecer allí de piedra de escándalo, ó

sofisticando el espíritu de la cosa por usar traje militar? Usted ve que mi camino venía trazado; y como había tenido el gusto de decírselo al señor Elías en Gualeguaychú: — Yo no practico ni acepto el axioma de Rosas: de sacrificar á la patria, fortuna, vida y fama. Las dos primeras las he prodigado, á condicion de guardar la última intacta, tal como yo la entiendo, pues sólo á las mujeres les hace ó quita la honra la opinion ajena.

Me embarqué, pues, y para quietud de mi conciencia consigné en la carta al señor general el motivo y el estímulo. Añadíanse á esto ciertas trapacerías de oficina, que me tenían afectado, y contra las cuales no sé oponer sino punzadas, y quería evitarlo.

Creo haber satisfecho á sus deseos, como he satisfecho á mis convicciones.

Las noticias de los diarios de Buenos Aires traídos por el vapor, el movimiento administrativo y el espíritu de la prensa, me han interesado profundamente. Lo felicito, como usted sabe que sé hacerlo cuaudo apruebo, por las nobilísimas páginas que ha escrito en el primero y segundo número de los *Debates*, nombre sencillo y que lo dice todo. ¡Honor á todos los muertos y á los inválidos de la inteligencia y del corazon! Despues de haber honrado sus cenizas, ó sus cicatrices, puede un nuevo atleta, con el corazon descargado, sentarse en el banco aún caliente que ellos dejaron! ¡Ah! esto me trae á la memoria mis amigos sacrificados Aquino, Santibañes, C. Alvarez! Déjemelos á mí, yo cuidaré de su memoria. ¡Pobrecitos!

..............................................................

..............................................................

He tenido el gusto de tratar de cerca al señor Lamas, á quien no ví sino una sola vez en Montevideo en 1846; ¡cómo ha crecido desde entonces acá! ¡Cuánta prudencia, cuánta habilidad práctica le ha dado esta embajada al Brasil que llena el episodio mas glorioso de la defensa de Montevideo, base de nuestra resurreccion política!

La historia de esta mision es un monumento, y el hombre creado por su intrincada complicacion, un tesoro para nuestros países; y digo para nuestros países porque sus simpatías, sus estudios, sus afecciones de familia lo hacen argentino en esta ó en la otra orilla del rio.

Tiene á punto de concluir la vida del general Belgrano de que usted me había hablado; pero, de simple biografía que usted conoció, es ahora historia profunda, que, como un rio de largo curso, atraviesa majestuosamente todas las grandes faces de nuestra revolucion en que el general Belgrano tomó parte desde la invasion inglesa hasta su muerte. La ha enriquecido con estudios completos, hechos por varios de nuestros antiguos generales, sobre las primeras batallas, y con documentos diplomáticos que arrojan una grande luz sobre aquellos oscuros sucesos.

Su aparicion será un verdadero acontecimiento, y su autor oriental, escribiendo uno de los episodios mas notables de nuestra historia, tomará carta de ciudadanía en nuestra literatura, haciéndola el mismo servicio que Guizot á la Inglaterra, escribiendo la de los Estuardos ó la de Monk.

Es el primer libro clásico que tendremos sobre la Revolucion; y una vez trazado el ancho camino que le abre el señor Lamas, todo lo que él no toca, por no ligarse directamente á su asunto, podrá colocarse con facilidad en sus lugares respectivos por los que quieran aprovechar de su trabajo.

Todo lo que yo sé hacer á este respecto usted lo sabe: es admirar la perseverancia y la inteligencia: estimular á que publiquen pronto, y despues de publicado ayudar á generalizarlo.

Para mí no hay mas que una época histórica que me conmueva, afecte é interese, y es la de Rosas. Este será mi estudio único, en adelante, como fué combatirlo mi sólo estimulante al trabajo, mi solo sosten en los dias malos. Si alguna vez hubiera querido suicidarme, esta sola consideracion me hubiera detenido, como á las madres que se conservan para sus hijos. Si yo le falto, ¿quién hará lo que yo hago por él?

Suyo,

*Sarmiento.*

---

## DEDICATORIA

Yungay, Noviembre 12 de 1852.

Mi querido Alberdi:

Conságrole á usted estas páginas en que hallará detallado lo que en abstracto lè dije á mi llegada de Rio de Janeiro, en tres dias de conferencias, cuyo resultado fué quedar usted de acuerdo conmigo en la conveniencia de no mezclarnos en este período de transicion pasajera, en que el caudillaje iba á agotarse en esfuerzos inútiles por prolongar un orden de cosas de hoy mas imposible en la República Argentina. Esta conviccion se la he repetido en veinte cartas por lo menos, rogándole por el interes de la patria y el suyo propio que no se precipitase, aconsejándole atenerse al bello rol que «sus Bases» le daban en la Regeneracion Argentina.

Si antes de conocer al general Urquiza dije desde Chile: «su nombre es la gloria mas alta de la Confederacion (en cuanto á instrumento de guerra para voltear á Rosas),» lo hice, sin embargo, con estas prudentes reservas: «¿Será él el único hombre que, habiendo sabido ele-
« varse por su energía y talento, llegado á cierta altura
« (el caudillo) no ha alcanzado á medir el nuevo hori-
« zonte sometido á sus miradas, ni comprender que cada
« situacion tiene sus deberes, que cada escalon de la vida
« conduce á otro mas alto? *La historia, por desgracia, está*
« *llena de ejemplos, y de esta pasta está amasada la generalidad*
« *de los hombres*... ¿Y despues?... Despues la historia
« olvidará que era gobernador de Entre Rios un cierto
« general que dió batallas, y murió de nulidad, oscuro
« y oscurecido por la posicion de su pobre provincia.»
Ya está en su provincia. La agonía ha comenzado, y poco han de hacer los cordiales que desde aquí le envian y le llegan fiambres para mejorarlo.

Oigame, pues, ahora que habiendo ido á tocar de cerca á aquel hombre y amasado en parte el barro de los acontecimientos históricos, vuelvo á este mismo Yungay, donde escribí *Argirópolis*, á explicar las causas del descalabro que ese hombre ha experimentado.

Como se lo dije á usted en una carta, así comprendo la democracia; ilustrar la opinion y no dejarla extraviarse por ignorar la verdad y no saber medir las consecuencias de sus desaciertos. Usted, que tanto habla de política *práctica*, para justificar enormidades que repugnan al buen sentido, escuche primero la narracion de los hechos *prácticos*, y despues de leídas estas páginas, llámeme detractor y lo que guste. Su contenido, el tiempo y los sucesos probarán la justicia del cargo, ó la sinceridad de mis aserciones *motivadas*. ¡Ojalá que usted pueda darles este epíteto á *las suyas!*

Con estos antecedentes, mi querido Alberdi, usted me dispensará de que no descienda á la polémica que bajo el transparente anónimo del *Diario* me suscita. No puedo seguirlo en los extravíos de una lógica de posicion *semioficial*, y que no se apoya en los hechos por no conocerlos. No es usted el primer escritor invencible en esas alturas, y sin querer establecer comparaciones de talento y de moralidad política que no existen, Emilio Girardin, en la prensa de París, logró probar victoriosamente que el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas era un cuento inventado por los especuladores de la Bolsa, y la Europa entera estuvo por un mes en esta persuasion, que la embajada de Montevideo apenas pudo desmentir ante los tribunales. Mi ánimo, pues, no es persuadirlo, ni combatirlo; usted desempeña una mision, y no han de ser argumentos los que le hagan desistir de ella.

El público argentino allá y no aquí, los que sufren y no usted, decidirán de la justicia. No será el timbre menor de su talento y sagacidad el haber provocado y hecho necesaria esta publicacion, pues cónstale á usted, á todos mis amigos aquí, y al señor Lamas en Rio de Janeiro, que era mi ánimo no publicar mi campaña hasta pasados algunos años. Los diarios de Buenos Aires han reproducido el *ad Memorandum* que la precede, el prólogo y una carta con que se lo acompañé al *Diario de los Debates*. Véalas usted en el *Nacional*, y observe si hay consistencia con mis antecedentes políticos, nuestras conferencias en Valparaíso y los hechos que voy á referir.

He visto con mis propios ojos degollar el último hombre que ha sufrido esta pena, inventada y aplicada con

profusion horrible por los caudillos, y me han bañado la cara los sesos de los soldados que creí las últimas víctimas de la guerra civil. Buenos Aires está libre de los caudillos, y las provincias, si no las extravían, pueden librarse del último que sólo ellas con su cooperacion levantarían. En la prensa y en la guerra, usted sabe en qué filas se me ha de encontrar siempre, y hace bien en llamarme el amigo de Buenos Aires, á mí que apenas conocí sus calles, usted que se crió allí, fué educado en sus aulas, y vivió relacionado con toda la juventud.

Háblole de prensa y de guerra porque las palabras que se lanzan en la primera se hacen redondas al cruzar la atmósfera y las reciben en los campos de batalla otros que los que las dijeron. Y usted sabe, segun consta de los registros del sitio de Montevideo, quién fué el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse Oribe. El otro es el que decía en la cámara: «¡Es preciso tener el corazon en la cabeza!» Los *idealistas* le contestaron lo que todo hombre inocente y candoroso piensa: «Dejemos el corazon donde Dios lo ha puesto.»

Es esta la tercera vez que estamos en desacuerdo en opiniones, Alberdi. Una vez disentimos sobre el *Congreso americano,* que, en despecho de sus lucidas frases, le salió una solemne patarata. Otra sobre lo que era *honesto y permitido* en un extranjero en América, y *sus Bases* le han servido de respuesta. Hoy sobre el pacto y Urquiza, y como el tiempo no se para donde lo deseamos, Urquiza y su pacto serán refutados, lo espero, por su propia nulidad; y al dia siguiente quedaremos, usted y yo, tan amigos como cuando el *Congreso americano,* y lo que era *honesto* para un extranjero. Para entonces y desde ahora, me suscribo su amigo,

*Sarmiento.*

---

## ADVERTENCIA

Estos apuntes, como todos los escritos que emanan de reminiscencias individuales, se resentirán de su origen. Yo ví, yo oí, yo hice.

Léalos el que quiera. Critíquelos el que guste. A la distancia puede decirse de los hechos que refiero lo que sin referirlos me decía un amigo: — «Usted ha reñido con Urquiza; y su juicio, por tanto, está preocupado.» Yo no le contesté por cierto :—«Usted ha recibido un nombramiento de Urquiza, y ha adquirido, por tanto, el don de lenguas. Me contenté con objetarle: cambia usted sólo las premisas tomando por causa el efecto. Porque la política de aquel caudillo no era conforme á los principios que yo sostengo me separé de él. Si ha habido riña (que no hubo) la causa es anterior á la riña; la riña es la consecuencia.

Yo me divierto mucho con las teorías que inventan los hombres que se llaman prácticos á cuatrocientas leguas del teatro de los sucesos, en un bufete, ó en un mostrador de Valparaíso, para explicar los hechos contra la deposicion de los testigos oculares, que tomaron parte en ellos, que fueron envueltos en el polvo de su marcha, y que, á causa de esta manía de decir las cosas en tiempo hábil, y cuando no hay utilidad práctica en decirlas y de hacerlas, cuando el caso llega de ejecutarlas á costa de su pellejo, son reputados idealistas vaporosos, y hombres puramente teóricos. Pero lo que refiero lo vimos treinta mil hombres, de los cuales aún no han muerto cuatrocientos que yo sepa; de manera que en cuanto á la verdad de los hechos no admito testimonio en contra sino de los que tuvieron ojos y piernas y brazos en la realizacion de los actos, dejando á los prácticos del Pacífico que inventen sus hechos á su modo y para su propio y exclusivo uso.

Me he estado mordiendo la lengua ocho meses por no ir á interrumpir la marcha del carro triunfante con revelaciones indiscretas. Yo sabía que al carro le faltaban las tuercas de todos los tornillos, y cuanto mas de prisa venía, yo me decía para mi coleto: ¡Qué bárbaro! ¡Qué costalada va á darse!

La catástrofe del nuevo Hipólito ha sobrevenido, y á los curiosos reunidos en torno de los caballos derrengados, el triunfador enclenque y el carro roto, me presento yo á explicarles la causa del desastre, y el espantajo que hizo desbocarse los caballos.

---

## EN MONTEVIDEO (1)

*Montevideo*, Noviembre 5 de 1851.

Mi distinguido y buen amigo: Si no tuviera que hablarle de acontecimientos que dejan absorta la mente y estéril y pobre la imaginacion que quisiera inventarlos ni aun como sueño, le encargaría decir á Balbastro que estamos en Montevideo despues de 30 dias de navegacion, en despecho de su oficiosidad y del interes que nuestra suerte le inspiraba.

A nuestra llegada á la bahía de Montevideo en ese estado de excitacion novedosa que la arribada al puerto deseado despierta, llamáronnos la atencion una serie de campamentos militares que se divisaban á la falda opuesta del cerro, donde no había antes posiciones militares. Nada podía explicarnos aquella singularidad, y nuestras tentativas de darnos cuenta de ello nos iban llevando insensiblemente de duda en duda al recelo de algun acontecimiento extraordinario. Preguntamos con cautela al piloto del puerto donde estaba Oribe, y como de un hecho sencillísimo y sin mas comentario nos dijo que estaba en su quinta. La maniobra de anclar el buque lo absorbía, y no nos prestó mas atencion. Despues de consultarnos nos dirigimos á un lanchero y éste nos dió la verdad por entero.

Veinticuatro horas despues aún no me había pasado el dolor de cabeza que me trajo el vuelco de la sangre al saber los acontecimientos de que había sido teatro el país. Oribe se hallaba, en efecto, en su hacienda como individuo particular, bajo la proteccion del gobierno á quien había combatido tantos años, despues de haber entregado al general Urquiza su ejército compuesto de siete mil quinientos veteranos, su artillería y sus inmensos pertrechos de guerra, y dejando toda la Banda Oriental á la autoridad del antes *titulado* gobierno de Montevideo. La cuestion, pues, que traia por diez años á la Francia y la Inglaterra confundi-

(1) Estas dos cartas fueron publicadas en hoja suelta en Chile por la imprenta Belin. No pertenecen á este libro, pero debian serle incorporadas por los detalles que contienen. (*Nota del Editor*).

das se había decidido en una hora, sin una gota de sangre, y el tan temido poder de Rosas disipado por un soplo. Sucesos son estos que han dejado azorados aun á los mismos que han sido actores en ellos, y que va á resonar en el mundo con estrépito proporcionado á la idea que del poder de Rosas se tiene por todas partes.

Los hechos militares que han terminado en la capitulacion del Cerrito les son á ustedes conocidos, y revelan en el general Urquiza una inteligencia poco comun, y la inspiracion que hace que en ciertos momentos se abandonen todas las vías conocidas para contrarrestar la fuerza material, dirigiéndose adonde existe una causa moral de debilidad. La vuelta de la isla del Elba sólo pudiera compararse á la invasion del general Urquiza si aquí no hubiese habido un plan de operaciones habilísimo y aconsejado por una audacia que sólo justifica el éxito, y que viene de una fe profunda y de una especie de iluminismo.

El general Urquiza, despues de haber aguardado al ejército brasilero cerca de dos meses, no obstante el tratado que fijaba precisamente al 18 de Julio la apertura de la campaña, se lanza un dia sobre Oribe con seis mil caballos describiendo en torno de él una media luna inmensa y que por horas y á la rapidez del galope se vino cerrando, arrollando los puestos avanzados hasta encontrarse el ejército de Oribe reconcentrado al pie del Cerrito, coronado de fortalezas. Cuando Rosas caracterizaba *loco* al general Urquiza respondía al sentimiento general, que creía descabellada la tentativa de destronar á Rosas, y cuando se han visto las fuerzas de Oribe se comprende todo lo que había que temer si tales elementos de resistencia se hubiesen puesto en actividad. Había á disposicion de Oribe siete mil veteranos de infantería, un tren formidable de artillería, posiciones fortificadas, y todos los elementos de guerra. El general Urquiza se muestra, el pavor se apodera de todos: apenas se cruzan algunos tiros de guerrillas, y Oribe capitula, entregando todo sin condiciones. No han vuelto á Buenos Aires sino los coroneles Maza y Costa de todo aquel ejército que constituía el poder de Rosas, que dormía en la seguridad mas completa, y que habiéndole pedido Oribe cuatro mil soldados y dos mil onzas, había mandado una banda de música, para burlarse de Oribe, y mil onzas

de oro. Las consecuencias de aquel acto pueden apenas ser calculadas. El general Urquiza halló en almacenes en el Cerrito catorce mil vestuarios, pertrechos formidables de guerra, incorporando á su ejército siete mil veteranos, dominados por el ascendiente de su nombre y de la causa que sostiene.

Las emociones de aquellos dias sobrepasan á toda descripcion. La ciudad de Montevideo ha estado en trances de muerte mientras se desenlazaba aquel extraño drama; la poblacion, en despecho de las órdenes, salió en masa, acercándose á aquellos ejércitos silenciosos, mientras se estipulaba un desenlace que nadie podía prever, y cuando se anunció el resultado obtenido, todos se palpaban para asegurarse de que estaban despiertos y no era aquello un sueño ó un engaño. La poblacion de la ciudad se trasladó en masa al Cerrito á ver á sus enemigos, á ver el campo que sólo habia divisado en ocho años, y tocar con las manos las yerbas, respirar el aire, y convencerse de que no estaban sitiados. En cambio, la campaña se abocó á la ciudad, y los paisanos á caballo, con sus trajes fantásticos, sus mujeres, y sus hijos recorrían las calles, mirando las casas, admirándolo todo, y asombrados de ver viva y alegre aquella ciudad, cuyas puertas le habían estado cerradas diez años. Una manía se apoderó de los habitantes de ésta y era la de montar á caballo, y para satisfacerla el general Urquiza tuvo que poner en venta diez mil caballos, de los cuales se han vendido algunos hasta á cuatro reales, porque los niños, los artesanos, las mujeres, todo el mundo quería poseer un caballo, estarlo palpando, verlo comer y correr por las calles y el campo vecino. Cinco dias de locura, de fiestas, de abrazos, de correrías, de galopes no bastaron á calmar la excitacion de los ánimos, y traer un poco de orden en la vida de esta poblacion.

En Buenos Aires el rechazo fué de otro género. Rosas estaba aturdido durante muchos dias, dando órdenes incoherentes, despachando chasques y mandándolos alcanzar para cambiar de objeto. La poblacion empezó á agitarse y la emigracion comenzó de nuevo como en el año 35 y 36. Los vapores de la carrera llegan todos los dias con centenares de pasajeros y de familias que salen, buscando seguridad; prófugos aparecen á cada instante en buquecillos,

y no queda hueco en Montevideo que no esté ocupado por estas avenidas de extranjeros ó argentinos que acuden de todas partes.

El general Urquiza estaba hasta fines de Octubre en las inmediaciones de Montevideo arreglando todas las cosas para dar el golpe de gracia á Rosas, y el dia antes de nuestra llegada había salido con cuatro mil hombres trasportados en vapores al nuevo campamento de Bologne, para pasar el rio. Cuenta con treinta mil hombres, que todos han contado, cuerpo por cuerpo. Cinco mil entrerrianos, tres mil correntinos, siete mil tomados á Oribe, tres mil veteranos de la plaza de Montevideo y doce mil brasileros que están acantonados á cinco leguas de distancia de esta ciudad. El Brasil y Montevideo han puesto á su disposicion ejército, escuadra, transportes, vapores y cuanto es necesario. Rosas toma disposiciones, acuartela, habla de millares de soldados, de defensa heróica, y de sepultarse bajo las ruinas de Buenos Aires; pero los soldados se le rien en la formacion y es preciso tolerarlo; la desmoralizacion está en él mismo como en todos los ánimos, los pasajeros que llegan, personas de criterio sin pasion política, poco afectas al general Urquiza, aseguran que antes que pase el ejército se habrá terminado todo de suyo, por la disolucion de un poder que nada representa, ni el terror, que se ha encontrado impotente porque es el verdugo el que debiera ser la víctima, y no hay quien quiera encargarse de la tarea de asustar á los otros.

Rosas no existe, pues, como poder, y sólo la necesidad de proceder á la organizacion del país y desarmar los ejércitos, y que se alejen los aliados, aconseja el poner el ejército á la otra orilla del Plata que ya está abandonada por Rosas, que sabe que no puede oponer resistencia á una invasion tan formidable.

El drama terrible que nuestro país ha representado en estos años ha terminado, pues, con una catástrofe sorprendente, digno desenlace, sin duda, de aquel poema sangriento. Una sola gota de sangre no se ha derramado para quitar de las manos la cuchilla del exterminio con que hemos sido diezmados durante veinte años, y el poder mas formidable de los tiempos modernos desaparece en

presencia de las resistencias mas formidables aún que hemos sabido oponerle.

Es probable que aún queden algunas dificultades que vencer; pero el porvenir es nuestro, y sabremos vencerlas por todos los medios, pues la revolucion de transformacion está terminada y la guerra civil agotada en sus fuentes, como la tiranía ha sido conocida, experimentada y castigada.

Me es imposible entrar en todos los detalles que hace nacer situacion tan nueva porque aún falta el último acontecimiento. El Rio de la Plata y el Paraná están cubiertos de vapores: hay líneas establecidas desde el Paraná á Montevideo, desde Buenos Aires á esta última ciudad, entre el rio, el Brasil y la Europa. La vida pulula por todas partes, y la juventud que está saliendo de Buenos Aires para Montevideo muestra un fenómeno que nos deja espantados. Centenares de hombres de capacidad, llenos de dignidad y de competencia para la nueva situacion, aleccionados por los hechos que han presenciado, y educados á la altura de las nuevas circunstancias. El espíritu público existe poderoso, inteligente y capaz de todo; no duerme sino que espera con prudencia, evitando toda manifestacion que comprometa el éxito final.

Como esta carta la leerán algunos de nuestros amigos de las provincias, le daré á usted algunos detalles sobre personas que se encuentran en el ejército del general Urquiza. El coronel don Juan Castro, sanjuanino, es uno de los jefes de mas crédito que tiene á su lado. Este sugeto, que conocí joven, se ha formado completamente, y es hoy un militar respetable por su valor y sus conocimientos. Los coroneles don Cesario Domínguez y don N. Burgos se incorporaron con las fuerzas de Oribe. Encontré aquí á nuestro amigo el doctor Ortiz, edecan del general Urquiza y que había fugado de Buenos Aires; Federico Carril, que se había distinguido con Lavalle, vino de capitan, bajo las órdenes de Madariaga en el ejército del Brasil; don Rafael Furque, sugeto estimabilísimo de San Juan, está empleado en Gualeguaychú al servicio del general Urquiza, y hay aún otros muchos conocidos provincianos que están por acá.

Yo parto mañana en un vapor á Entre Rios á tener una entrevista con el general Urquiza, á darle cuenta del

estado interior, en lo que conozco. Todos presienten que seré recibido favorablemente, recordando algunas palabras con que me ha favorecido.

La premura del tiempo, las visitas y la excitacion que me causan los sucesos, me impiden extenderme mas, como lo haré en otra ocasion.

Salud y confianza.—Suyo, *Sarmiento.*

---

Mi querido y buen amigo:

Estoy de regreso de Entre Rios, y tantas emociones he sentido, tanto he visto y gozado, que dudo poder poner orden con conveniente mesura á mis recuerdos. Si en medio de una pesadilla de aquellas que dan forma á los temores vagos que se ocultan en nuestro corazon me hubiese visto caído en medio del ejército de Rosas, rodeado de caras siniestras y amenazadoras, sin poder huir, hubiera creído, sin duda, una revelacion de lo que mas tarde debiera sucederme. Si, por el contrario, me hubiese imaginado en Chile surcando las aguas del Plata y del Uruguay en un vapor norteamericano, cortado por el padron de los que navegan el Mississipi, habríame burlado al despertarme de las anticipaciones de la esperanza, como solemos explicarnos el origen de un sueño por tal idea real, tal cosa deseada, tal ocurrencia ó tal recuerdo de lo ya acaecido. La verdad es que la pesadilla horrible y el sueño festivo se realizaron al embarcarme el 12 del corriente en el vapor *Uruguay*, con destino á Entre Rios, entre mil hombres de las tropas que fueron de Rosas, comiendo todos los dias del trayecto con los jefes y oficiales que por tantos años fueron el terror de los pueblos argentinos. ¡Cómo he sufrido con la presencia de estos hombres! No es que me inspirasen aversion ó miedo, pues no había motivo para ello, sino que la realidad, tocada de cerca, la revelacion de misterios incomprensibles al corazon humano, entristecen el alma, y apremian al espíritu á entregarse á meditaciones importunas. ¿Puede concebirse que diez mil hombres hayan sido arrancados del seno de su familia y de la sociedad, y permanecido nueve años á la intemperie del invierno y verano, sin

casas, sin tienda, sin salario, sin botin, ni esperanza de obtenerlo, sin goces, sin emociones y sin otro alimento que un pedazo de carne? ¿Puede creerse que exista fuerza moral para adormecer todas las pasiones y anular en el hombre todos los instintos hasta la familia, inmovilizarlo y reducirlo á una existencia pasiva, esclavo armado de pies á cabeza, tímido como un cordero dando batallas todos los dias? Tal es el espectáculo que ha presentado el ejército de Rosas. Diez mil hombres habian salido de Buenos Aires once años ha: son hoy los que quedan vivos, pues que mas de un tercio ha perecido. Millares de viejos, encanecidos en aquel horrible destierro que se llamó Sitio de Montevideo, no han recibido sueldo alguno en diez años, pues veinte pesos papel (seis reales al mes) quedaban devengados por años en un poncho, ó en mano de los apoderados. Lo que es mas notable y lo que es único en la historia humana es que los jefes y oficiales que mandaban este ejército no han tenido ascensos en diez años y muchos en catorce y aun en veinte de servicio. Los que eran capitanes en 1840 lo eran en 1851; y así de los demas, sin una sola excepcion. Rosas había cuidado así de alejar de los espíritus toda idea de movimiento y de noble ambicion. Parece que hubiera nevado sobre todas estas cabezas de soldades, cabos, alféreces y comandantes de cuerpo indistintamente. Dos jóvenes ví, y pregunté quiénes eran, porque su presencia entre tantos ancianos me parecía ser de causas extrañas. Patrocinio Recabarren, mi primo y vecino, encontrélo allí, entre aquellos viejos, lleno de arrugas y de cicatrices, azorado de abrazarme, y casi dudando de que nos viésemos juntos. Había sido capitan de línea catorce años, hecho las campañas de los indios, de Mendoza y el Sitio de Montevideo, distinguídose en todas partes por su arrojo, servido en la escolta de Rosas, y permanecía estereotipado capitan. El general Urquiza despertó á estas momias de la tiranía, dando á todo el ejército un ascenso, y la sangre ha vuelto á circular por aquellas almas aletargadas. Siéntense hombres de nuevo, y Rosas no sospecha aún las tempestades de cólera y de venganza que se están levantando en estas víctimas de su frialdad y de su egoísmo. Sus fieles servidores, las víctimas conde-

nadas á derramar la sangre de sus hermanos y á pisotear á los pueblos, estaban tambien condenados al exterminio, á morir lentamente, diezmados por los combates y la intemperie. El cuerpo de dragones de Buenos Aires, que salió en 1841 con doscientas sesenta plazas, tiene hoy treinta y un soldados y ocho oficiales.

¿Cuál es el secreto de fenómeno tan extraño? La ineptitud y humildad de condicion de los jefes y oficiales subalternos, y el aunamiento de los jefes superiores para explotar la guerra y el poder que ejercían. Veinte generales y coroneles, orientales y argentinos, han reunido fortunas inmensas: han talado el país que ocupaban, sirviéndose del ejército como de peones sin salario.

De coroneles abajo el terror mantenía la resignacion, la pobreza y la moralidad. Cerca del campamento de Oribe vase hoy á visitar la zanja donde están insepultos los cadáveres y esqueletos de centenares de soldados degollados, mezclados con los salvajes unitarios orientales y argentinos. Por estos medios una sola queja no ha sido oida en diez años de sufrimientos y de injusticia. Dos ejemplos darán idea de lo que avanzo. El coronel Granada, viejo obeso y borracho, jefe de la escolta de Rosas, había reunido veinte cueros de tigre *quitados* á los soldados de su cuerpo que en el Rincon de las Gallinas los habian cazado á riesgo de perder la vida. Quitar un cuero de vaca puede cohonestarse con pretextos plausibles; ¡pero un cuero de tigre! El mayor Recabarren es mal querido de sus compañeros y aun de los jefes á causa de las bromas que les hace con frecuencia. En la mesa á bordo del *Uruguay*, despues de terminados los postres, Recabarren pasaba á un teniente coronel una tasa de salsa en grasa, y con la seguridad de su semblante lo hacía tomar de aquella pósima nauseabunda, despues del postre, sintiendo el jefe (que así dice el tal por jefe) disgusto al tomar grasa, se contentó con decir que ya estaba satisfecho con las tres cucharadas tomadas! Como éste son la generalidad de los oficiales de las tropas, peones rudos, hombres extraños á la vida civil, capataces muchos de ellos de las estancias de Rosas. De tarde en tarde se encuentran excepciones honorables. He conocido al teniente coronel Aguilar, al capitan Terna,

excelentes sugetos, conocidos de mi familia en San Juan y del señor obispo. La moralidad mas completa predomina en la masa del ejército, y aquellas fisonomías graves menos anuncian la ferocidad de hombres habituados á las carnicerías de una guerra de exterminio que la resignacion y el estoicismo tranquilo que dan años y años de sufrimientos superiores á la naturaleza humana.

Guardo para trabajos mas meditados las numerosas observaciones que he hecho durante este viaje, y cuatro dias que permanecí en los campamentos, con los datos preciosos que empiezo á recoger para cumplir á Rosas la promesa que le hice en el prólogo de la segunda edicion del *Facundo*, de oir las deposiciones de las víctimas y de los verdugos. En este momento me ocupo de adquirir el *fiador y la manea* del cuero de Avellaneda, gobernador de Tucuman, que para en poder de Benigno Oliden, residente hoy en Maldonado, oficial de Oribe, y quien lo sacó del cadáver é hizo de ella un arreo de su caballo Si las obtengo, mandaré una de estas piezas al museo de París, para edificacion de Guizot, de Mackau, Girardin, Balcarce y tantos otros sostenedores de Rosas.

¡Oh! ¡me la pagarán!

Pero apartemos la vista de estos recuerdos horribles y volvámosla á los cuadros consoladores que el vapor va sometiendo sucesivamente á la vista á medida que remonta las aguas amarillosas del Plata. Cuatro vapores en convoy llevaban con el auxilio de un remolque las tropas á Entre Rios. Desde Montevideo á la Colonia el rio es un mar cuyas playas se pierden de vista. Martin García se presenta al fin á la vista, con su blanda eminencia, su fortaleza insignificante y la multitud de casitas construidas en torno de la guarnicion. Desde allí para arriba el rio toma carácter y forma. Las Hermanas preceden á la isla del Juncal en que Brown tomó la escuadra brasilera, y los cabos de ambas costas, contorneando bahías en la extrema anchura del rio, varían la escena que abren con una grandiosidad imponente las bocas del Guazú y la embocadura del Uruguay, que aparecen en la perspectiva cual calles que los buques deben recorrer. Cada uno de los puntos de la costa oriental tiene su sangrienta historia de estos años de frenesí. Higueritas, en que Oribe ha

edificado una aduana y una iglesia; el Rincon de las Gallinas, campamento de la division Granada; las islas del Vizcaino y del Gallego en el Rio Negro, cuya posesion conservaron los de Montevideo hasta la pacificacion.

Ultimamente llegamos al puerto de Landa en Entre Rios, lugar de desembarco en la costa. Iba, pues, á tocar por la primera vez el suelo de mi patria, despues de diez años de esfuerzos perseverantes por volver á ella: iba á ver aquel pedazo de tierra que, sobre la carta y por la especulacion sola, habíame habituado á creerlo bello, rico y destinado à ser grande y próspero; iba, en fin, á contemplar de cerca al hombre cuya gloria llama hoy la atencion de todas las naciones relacionadas con la cuestion del Plata, al jefe, en fin, de la revolucion por la cual he trabajado en la prensa chilena con una felicidad y acierto de que puedo juzgar sólo por las simpatias que encuentro por todas partes.

La novedad de la situacion, la curiosidad y los deseos avivados por la proximidad de verlos realizados, me hicieron apresurar mi desembarco sobre la costa entrerriana, cubierta de bosques de zeibos en flor, los cuales decoran con sus macetas de flores rojas bañadas y animadas por el bullicio de los yajaes. El primer hombre con quien hube de entenderme fué un pardo, comandante del puerto, hombre de edad, quien, oyéndome nombrar, depuso para conmigo su gravedad militar, anunciándome que era sanjuanino, salido el año 12 de Mendoza en un contingente para el sitio de Montevideo, y ascendido penosamente desde la humilde condicion de asistente hasta la de teniente coronel del ejército nacional, á las órdenes de Alvear, en la guerra del Brasil, y despues de mil vicisitudes de las guerras civiles, era hoy coronel al servicio del general Urquiza. Llámase Francisco Soza, y tiene en Mendoza hermanos, de los cuales procede, sin duda, el botero Soza, de Santiago, pues se le parece en la boca. Desde allí me dirigí á Gualeguaychu, residencia del general Urquiza, atravesando una campaña hermosísima, accidentada de ondulaciones pintorescas y cubierta de ganados.

La hoy ciudad de Gualeguaychu es una poblacion situada á orillas del rio del mismo nombre, navegable para embarcaciones menores, y centro de un vastísimo comer-

cio. No puedo dejar de repetir que por todas partes he encontrado fisonomías simpáticas y la acogida que se da á un antiguo amigo. Al dia siguiente fuí presentado al general Urquiza, y durante mi residencia tuve con él cuatro largas entrevistas, que han terminado por mi incorporacion al Ejército Grande y la designacion de los servicios que debo prestar en el Estado Mayor General. Estas entrevistas, como es fácil inferirlo, encierran detalles preciosísimos que serán para mí de duradero recuerdo, para la realizacion de esperanzas tantas veces burladas, y un prospecto entero de la política que ha de dirigir los destinos de nuestra patria. El coronel Paunero debe ser nombrado jefe del Estado Mayor, y el brillante Aquino y el simpático Mitre incorporados en sus respectivas armas.

El general Urquiza ha pasado sus noches, durante una temporada, en bailes y fiestas. Las calles de Gualeguaychú están aún decoradas de arcos triunfales y de banderas. El domingo 15 del corriente hubo un convite general en una isla que forma el rio, en frente de la capitanía del puerto, donde pasó el dia y la noche sucesivamente casi toda la poblacion de la ciudad. Me ha sorprendido agradablemente el gusto exquisito que reina en el vestir de las señoritas y los modales cultos y desembarazados que sólo se notan en las grandes capitales. Hay teatro en actividad y actores pasables, entre ellos uno que he conocido en Chile. La mesa es regalada y la multitud de italianos establecidos en el país hace que los manjares presenten la variedad y formas que sólo en Valparaíso y Santiago se encuentran. Los rios proporcionan abundante provision de pescados. El pacú, el surubí, el dorado, el patí y otros muchos, entre los cuales los hay de más de dos varas de largo. Puede, pues, vivirse en Entre Rios sin echar menos las comodidades de pueblos mas adelantados, y con la próxima pacificacion estos países serán invadidos por una poblacion numerosa, afanada en participar de las ventajas de situacion tan privilegiada.

Mi regreso á Montevideo lo hacían urgente la próxima apertura de la campaña, y las instancias y solicitud del general Urquiza, á fin de que estuviese mas pronto de vuelta, despues de desempeñar varias comisiones de servicio.

En Landa encontré de nuevo cuatro vapores, remolcando otros tantos buques de vela, los cuales traían de Montevideo tres mil hombres más, no quedando sino ochocientos de las divisiones entrerrianas.

De regreso descendí á la isla de Martin García: recorríla á caballo de un extremo á otro, y halléla espaciosísima para una ciudad, feraz para la cultura, estando en su parte mas elevada cubierta de una capa de aluvion de muchos pies de espesor. La piedra sólo se encuentra en la base: los puertos son espaciosos y seguros, y es hoy estacion de buques de guerra, resguardo y guarnicion militar. Un dia será aduana *zolwerein* del Brasil, Uruguay y Paraguay, para la importacion por estos rios, y siempre la llave del Plata. En una piedra prominente y cercana á la playa dejé escrito: — *1850 Argirópolis — 1851 Sarmiento*, inscripcion que yo traduzco para mí: En 1850 creí hallar, á pretexto de Martin García, una solucion á la cuestion argentina; y ya en 1851 volvía de hablar con el que la había encontrado.

El vapor tocó tres horas despues en la Colonia, teatro de las últimas matanzas de la guerra civil en el Estado Oriental. Es una ciudad pequeña, situada, como Montevideo, en una lengua de tierra, y como aquélla antes separada de la campaña por una muralla en ruinas. Allí y en los alrededores está acampado el conde de Caixas, con doce mil hombres, y llegarán bien pronto tres mil de la guarnicion de Montevideo, destinados á hacer la campaña de Buenos Aires. Este formidable campamento, á diez leguas de Buenos Aires, con ocho ó diez vapores á su servicio, es decir, á tres ó cuatro horas de camino, es una espada de Dámocles que pende sobre la cabeza de Rosas y hace imposible todo movimiento de su parte. Si quiere disputarnos el paso del Paraná, ó aventurar tropas en el litoral, le echamos un taco de infantería y artillería en San Pedro, San Nicolas, el Rosario, ó el mismo Palermo. Sin esto nuestros medios de accion son inmensos, y el nombre del Ejército Grande dado por el general Urquiza al de invasion sobre Buenos Aires es merecido. La América no ha visto jamas masa de hombres mas numerosa; infantería mas disciplinada y aguerrida, caballería mas brillante. La tiranía mas célebre, mas espantosa

de los tiempos modernos, será conducida á la tumba por cuarenta mil hombres en armas, por las provincias argentinas, el Estado Oriental devastado, el Brasil amenazado, y los ejércitos del mismo tirano, que van á pedirle cuenta de las devastaciones que les ha forzado á hacer en diez años. Esto es grande é imponente, y yo me huelgo de encontrarme en estos funerales, para echarle mi puñado de tierra. Mándoles las proclamas que abren la campaña al pasar el Paraná, y la imprenta volante del ejército dará bien pronto los boletines la orden del dia, el Diario del ejército, y el manifiesto del general Urquiza á los pueblos que va á libertar. Que los argentinos residentes en Chile trabajen sin cesar porque las provincias del interior no sean arrastradas á participar de la suerte de Rosas. Su causa está juzgada: su perdicion y la de sus sostenedores consumada.

Continúan llegando de Buenos Aires centenares de pasajeros y de prófugos. Sesenta encontramos en Martin García. Rosas da bailes en que Manuelita luce diamantes por valores fabulosos. Pero en todas estas orgías, en que se agitan sombras inanimadas, encuentra escritas en las paredes el *Mane, Thecel, Phares* de los poderes que van á desaparecer. El terror está embotado: Rosas duerme, ó, mas bien, cierra los ojos para no ver el abismo que lo circunda. Hace reclutar gente, organiza cuerpos, cambia jefes, y éstos y el pueblo, los ciudadanos y las masas rien, bailan, y se burlan del papel de espantajos que se les confia. Manuelita dijo, no hace seis dias, que su tatita había dicho que no le quedaba mas amigo que *ella*, y decía verdad la pobre mozuela. De las antesálas de Palermo se esparcen rumores siniestros para amedrentar á Buenos Aires. Háblase de hacer volar la ciudad con millares de libras de pólvora si inquietan á Rosas ó se sublevan sus tropas. Ha tomado de las escuelas cuatrocientos niños, de que va á hacer una guardia para Manuelita, en realidad: para retenerlos como *rehenes* de la fidelidad de los padres. Las prácticas de los siglos bárbaros reviven al expirar el poder de la barbarie entre nosotros. Pero todo esto y mas no hace mella en la opinion, que se muestra fuerte, uniforme é incontrastable. Nadie se batirá.

Las onzas, despues de haber subido á 400 pesos papel moneda, han bajado á 300, y se cree que bajarán mas: tal

es la confianza que inspira la idea de un nuevo gobierno de paz y de prosperidad.

Las emisiones han comenzado de nuevo, y algunos millones mas se agregarán á la cantidad enorme emitida.

---

## MONTEVIDEO

En la noche del 1º de Noviembre pudimos ver el faro de la isla de Flores, y en la mañana del 2, voltejeando á merced de un vientecillo de tierra, acercarnos á Montevideo. La ciudad estaba ahí como una pirámide artística; el Cerro alzaba como siempre su majestuosa cabeza; la bahía ostentaba su bosque habitual de mástiles; el rio descendía lentamente á confundir sus amarillas ondas con las azuladas del mar: todo era lo mismo que cuando habíamos dejado en diversas épocas la ciudad fuerte con su cintura de cañones. Pero ahora, ¿qué habría sucedido en los dos meses que habían trascurrido desde las últimas noticias recibidas en Chile? Urquiza había debido invadir en Julio el Estado Oriental. ¿Había triunfado? ¿Había sido vencido? ¿Quién manda en Montevideo? ¿Oribe ó Urquiza? Esto era lo que la brisa de tierra no nos podía decir, no obstante que había sido respirada antes de llegarnos por nuestros enemigos ó nuestros amigos.

Al pasar por delante del Cerro vimos hacia la base, al Oeste, grandes campamentos de tropas, tiendas de campaña, y aun cuerpos formados. ¿Qué hacian allí? ¿Quiénes eran? De la plaza no, porque este costado del Cerro estaba fuera del círculo de sus operaciones. ¿Era Oribe que sitiaba la plaza? ¿Sería Urquiza que sitiaba á Oribe?

El piloto del puerto llegó á indicarnos el lugar donde debiéramos anclar; la quilla de la *Médicis* tocó en el fondo del rio, tan cerca de tierra estábamos, y ningun indicio se revelaba que pudiese ilustrarnos. Era domingo y los cónsules extranjeros habian izado sus pabellones. El pabellon argentino flotaba entre ellos. Pero, ¿y ante quién estaría acreditado el agente que lo tremolaba á su puerta? ¿Dónde está Oribe? pregunté yo al piloto, queriendo ir de un golpe al fondo de la cuestion. — En su quinta, contestó sin aten-

cion, y dió orden de virar ú otra maniobra del ancladero.
— ¡ En su quinta !

¡ Todos nos miramos, sin mover un músculo de la cara ! En su quinta quiere decir en el Cerrito; luego está sitiando siempre: ¡ no hay cuidado !

¡ Pero la verdad era que teníamos un cuidado del diablo! Ya estábamos anclados, y la verdad la íbamos á saber probablemente en el muelle ó en la cárcel. Entonces fuimos á interrogar á los boteros. — ¡ Ola ! ¡ eh ! ¿ quién manda en la plaza ? — El gobierno — ¿ Oribe ? — Está en su casa — ¿ Y Urquiza? — Se embarcó anteayer para Entre Rios — ¿ Y el sitio sigue ? — Se acabó ya; todos se entregaron; hay paz...»

Nos abrazamos todos como chiquillos, dimos saltos sobre cubierta, respiramos fuerte, pues habíamos todos cuatro reprimido durante una hora nuestro sobresalto, y tratado cada uno de mostrarse á los ojos de sus compañeros sereno, tranquilo, indiferente á aquellas siniestras indicaciones.

Saltar á tierra, lanzarse á las calles cada uno por su cuenta fué la suprema felicidad á que consagramos toda nuestra energía. Yo me dirigí á la calle Ancha, fuera del mercado. Había parada. Los viejos tercios italianos, franceses, vascos, estaban ahí, diezmados por nueve años de combates, satisfechos de triunfo tan costoso. Los cuatro batallones de negros orientales formaban á la cabeza, uniformados con lujo, con el uniforme frances, que habían recibido poco antes, y que sentaba admirablemente á los soldados mas aguerridos, mas disciplinados que la América podía ostentar. M. du Chateau, jefe de la expedicion francesa, había dado repetidas veces testimonio de esta suprema perfeccion de los cuerpos de línea de la plaza, y si á la llegada de los cuerpos franceses les faltara algo, adquiriéronlo en breve estudiando en la escuela francesa.

Excusado es decir que los amigos llovían de todas partes en busca de los recien llegados, antiguos veteranos todos de la lucha contra Rosas; cual del sitio, cual de Paz, cual de Lavalle, y cual otro de todos á un tiempo, con tal que se pelease contra los caudillos. Lo mas notable es que las mujeres habían presentido que llegaríamos, y á cada buque que se anunciaba del Pacífico mandaban saber si fulano había llegado, por esa lógica invencible del corazon, mas

fuerte en el bello sexo que la del cálculo, que no duda cuando la pasion está de por medio.

Montevideo estaba aún en la embriaguez de su dicha Era el preso de nueve años que se sentía libre, que tras pasaba el recinto de la muralla para ir á ver la vegetacion, las quintas de los alrededores, las flores de los jardines, los cactus, los aloes de las cercas, porque todo esto habían conquistado en aquellos dias. El asunto mas grave de las conversaciones, el tópico inagotable, era montar á caballo, contar cómo habían galopado una legua, y las nuevas partidas que se preparaban. Comprar caballos, sillas, vestidos de amazona, el negocio del día; talabarteros, sastres y caballerizos los personajes de la época.

Para nosotros, para mí, otro era el objeto de mis solicitudes. Desde luego recibía las oficiosas atenciones de los amigos. Visitáronme los viejos generales, los ministros. Hizo el señor Carneiro Leao, enviado plenipotenciario del Brasil, manifestacion de su deseo de verme, en los términos que un personaje sabe hacerlo, sin descender y sin hacer sentir su superioridad. Fui en el acto á visitarlo; me recibió con distincion exquisita; y al dia siguiente, acompañado de su secretario, me devolvió la visita, trayéndome los tratados celebrados con Urquiza y el gobierno de Montevideo, que estaban todavía secretos, para mostrarme cómo estaban en armonía con los intereses, integridad, honor y gloria de la República Argentina, y las ideas económicas sobre navegacion de los rios de que me había constituído órgano.

Una persona, empero, no venía á verme. Por fin, encuentro en casa una tarjeta enviada por don Diógenes Urquiza. ¿Está enfermo este sujeto? No: será, acaso, porque es encargado de negocios de Entre Rios, y creerá derogar á su dignidad visitar en persona á un individuo. Don Diógenes es un hijo del general Urquiza, de edad de veinticuatro años, grande propagador antes de mis escritos en Buenos Aires, y hoy el hombre que se daba estos aires para conmigo, habituado, debo decirlo, al trato de personas por su edad, dignidad y rango en la sociedad, muy superiores, sin duda, á aquel imberbe, que empezaba tan pronto á olvidar aquella jerarquía natural en que están colocados los hombres en la sociedad, y contra

la cual nada pueden, sin faltar á los respetos debidos, esas elevaciones oficiales que producen las circunstancias del momento. Este encargado de negocios, hijo de su padre el gobernador á quien representaba, empezaba, por otra parte, á sublevarme el espíritu, viendo ya una especie de gobierno doméstico, de familia, del cual no había ejemplo anterior en nuestras prácticas, si no es el reciente del Paraguay.

La cosa no valia la pena de recordarla, pero me dejaba la desazon en el espíritu que he pintado antes. Otros hechos vinieron á alarmarme. El general Urquiza había permanecido cerca de un mes á las puertas de Montevideo, sin entrar una sola vez en la ciudad, sin aceptar ninguna de las reiteradas invitaciones con que la gratitud pública había querido mostrarse. Durante aquel tiempo habia permanecido en su tienda, recibiendo en ella embajadores, ministros, generales y los numerosos residentes argentinos con quienes necesitaba conferenciar sobre los asuntos relativos á la patria comun.

Este sistema no era nuevo, por cierto, y es uno de esos recursos á que la insuficiencia apela para conservar la superioridad asumida. Facundo Quiroga había hecho otro tanto en San Juan, acampando en medio de un prado de alfalfa, y forzando, por la desnudez de todo amueblado, á sentarse en el suelo á los enviados del gobierno que venían á tratar con él. Un progreso había hecho Urquiza, en la invencion de medios de duplicar su importancia, que no ocurrió á Quiroga. El general Urquiza tiene á su lado un enorme perro, á quien ha dado el nombre del almirante inglés que simpatizó con la defensa de Montevideo en los principios del sitio, y contribuyó á su sosten contra Oribe. En honor del anciano y simpático almirante, la batería que defiende la puerta principal de la línea de defensa se llamaba Purvis. El perro Purvis, pues, muerde horriblemente á todo el que se acerca á la tienda de su amo. Esta es la consigna. Si no recibe orden en contrario, el perro muerde. Un gruñido de tigre anuncia su presencia al que se aproxima; y un «Purvis» del general, en que le intima estarse quieto, la primera señal de bienvenida. Han sido mordidos Elías, su secretario, el baron de Grati, cuatro veces, el comandante de uno de sus

cuerpos, y Teófilo, su hijo, y ciento mas. El general Paz, al verme de regreso de Buenos Aires, su primera pregunta confidencial fué: ¿No lo ha mordido el perro Purvis?— Porque no ha podido morderme, general, le contesté, es que me ve usted aquí. Siempre tenía la punta de la espada entre él y yo.

¡Que se imagine cualquiera las emociones que debía experimentar cada ciudadano argentino al penetrar en aquel antro, con el sombrero en la mano, los ojos fijos en el monstruoso perro, su salvacion pendiente de un grito dado un segundo mas tarde del momento oportuno, mostrando ante un extraño síntomas de terror que nos presentan en una luz desfavorable, y á veces ridícula!

Pero lo que mas me llamó la atencion en estas confidencias fué que el general se había ocupado, durante su acampamento en los alrededores de Montevideo, en hacer sentir á los emigrados argentinos la necesidad de ponerse la *cinta* colorada. En Montevideo cuarenta ó cincuenta argentinos con aquel embeleco habrían producido el mismo efecto que si el Club de Valparaíso hubiera resuelto usarla en Chile. La resistencia venía mas bien de la decencia pública comprometida en la cosa, que del absurdo de hacer llevar á los vencedores en la lucha de diez años el signo de dependencia de Rosas, contra el cual habían combatido. Lo mas singular era que ante Alsina, López, y otros hombres altamente colocados, el general no manifestaba empeño alguno, no obstante ser los que con mas frecuencia é intimidad trataba; pero apenas salidos de su presencia, en la de otros de menor cuantía y los de su séquito prorrumpía en denuestos contra el empecinamiento de los unitarios.

Quien haya leído en *Civilizacion* y *Barbarie* lo que sobre la cinta colorada he escrito podrá formarse idea de la extrañeza, de la preocupacion en que me echaba esta persistencia en seguir las prácticas de Rosas. El general decía que era una cosa que no significaba nada, que cuando llegásemos á Buenos Aires la pisotearíamos; pero que era necesario conciliarse las masas, y que él quería probar á Rosas que era federal. Mas tarde tuve ocasion de notar este sobresalto y empeño de justificarse ante la opinion de Rosas, de que parecía hacer mucho caso.

Sea de ello lo que fuere, de estos datos y de muchos otros que iba recolectando y que referiré en su lugar, yo empecé á ver confirmados recelos que traía desde Chile, y resuelto á seguir el plan de vida política que he seguido siempre, que consiste en conservar ilesa la dignidad de hombre, como la única arma que pueda oponerse al despotismo personal, resolví no ir hasta Entre Rios, ni acercarme al perro Purvis, no obstante que desde niño he tenido por rasgo característico la impavidez para hacer frente á los perros, que nunca han podido morderme.

No había en esto, créaseme, sentimientos ni exageraciones de amor propio. Todos habían resistido á la desdorosa pretension de hacerles cargar un signo reprobado; y hubieran desechado como una pesadilla horrible su propia imagen, tal como habían de presentarse sus personas ensambenitadas un mes despues. Pero lo que me alarmaba no era tanto la exigencia como la manera de imponerla. Con Alsina, López y otros hombres de consejo disimulaba; pero con aquellos que nada habrían osado decirle se exhalaba en improperios contra los que resistían. Había, pues, en eso aquella perseverancia brutal, que huye de ser ilustrada, que insiste en despecho de todo, y que reduce á la condicion de ciervos á los que, por sus luces ó su posicion, querrían, por lo menos, ser consejeros.

El doctor Alsina me mandó llamar una mañana, y encerrados en su escritorio, y con todas las precauciones oratorias imaginables, me dijo que había sabido mi resolucion y que la deploraba como una calamidad. «La *Gaceta* sacará partido de esta circunstancia. Ya se dice que el general está en desacuerdo conmigo; y si á esto se añade que usted desiste de acercársele, nuestros amigos de las provincias y de Buenos Aires van á desalentarse. Es preciso sacrificarlo todo á la necesidad de dar conjunto á los elementos aunados contra Rosas. Los brasileros hacen sacrificios, los orientales los hacen, los hacemos todos á aquella suprema necesidad. Vaya á Entre Rios, y que se sepa en Buenos Aires que está reunido al general para inspirar confianza á nuestros amigos en los principios y en las esperanzas que sostienen la lucha.»

Don Vicente López, mi antiguo amigo, me aguardaba en casa con el mismo objeto, y con menos rodeos entró de lleno en la cuestion, diciéndome que todos los compatriotas temblaban, no ya de que no fuese á Entre Rios, sino de que, yendo, la rigidez de mi carácter fuese á estrellarse en los principios con usos, con exigencias y hábitos que me chocarian profundamente. « Es un hombre manejable, me decía, con tal que se halague su amor propio, y, al insinuarle las ideas, se le haga comprender que es él mismo quien las ha formulado y hecho nacer. Se necesita sólo un poco de sagacidad, de maña, de *souplesse* para manejarse. Yo le he hablado con la mayor libertad, dichole las cosas mas delicadas, mezclándolas con elogios de su valor, de su penetracion, y, sobre todo, desenvolviéndole sus vastos planes, ocultos hasta hoy, por no ser llegado el momento de manifestarlos. » López, despues de mil detalles de sus entrevistas, y lo que él habia logrado hacerle adoptar para el porvenir, me aconsejó ir, trazándome un plan de conducta para evitar desagradarlo y ganar su confianza. Yo accedí al deseo de todos mis amigos, presentado como una necesidad pública, y resolví mi viaje á Entre Rios.

---

## CAMPAÑA DEL URUGUAY

Los dias que permanecí en Montevideo los empleé en adquirir datos sobre los extraordinarios acontecimientos que habian tenido lugar en el Uruguay. De lo que entonces supe de fuentes oficiales y de las confirmaciones posteriores, he aquí lo que de mas notable puede referirse (1).

Montevideo, como se sabe, fué el último atrincheramiento en que hicieron pie las resistencias argentinas y orientales contra la triunfante tiranía de Rosas. Arrollados nuestros ejércitos en Mendoza y Tucuman, los orientales en el Arroyo Grande, esterilizada la victoria de Caaguazú y mas tarde vencida Corrientes en Vences,

(1) [illegible] la descripcion de la ciudad de Montevideo [illegible] — Nota del editor.

Montevideo quedó sola en la lucha, sosteniendo, en medio de peripecias sin ejemplo en la historia, el sitio célebre de nueve años, y de cuya defensa salió otra vez, como de la chispa que no alcanzó á extinguirse en el incendio, la nueva conflagracion que había de acabar con Rosas y su sistema.

Montevideo, pues, por la necesidad de salvarse, era el centro de esas resistencias en que vino á embotarse el poder salvaje de Rosas. Lo era por la triunfante resistencia de las armas; por la superioridad moral que la táctica desplegaba todos los dias contra el sistema de gauchos armados; por el espíritu militar desenvuelto en las clases superiores de la sociedad; por los soldados aguerridos que de entre los argentinos se formaban allí y que mas tarde podrían llevar la guerra al otro lado del Plata; lo era, en fin, por los esfuerzos del gobierno para sostener el sitio, y la necesidad de tocarlo todo, aun lo imposible, lo inverosímil y lo absurdo, para proveer á la salvacion comun.

Entre estos medios hubo uno aconsejado por las circunstancias, indicado por las violencias de Rosas mismo, y que al fin fué el grano de arena que fué creciendo, creciendo, hasta asumir las formas colosales de una montaña. Rosas traía amedrentado al Brasil con la insolencia de sus reclamaciones, con las violencias cometidas en la frontera. El gobierno imperial, por su parte, huía de ser arrastrado á una guerra, ya por temor del mal éxito de las anteriores, ya por las complicaciones interiores y disturbios del imperio, ya, en fin, por no comprender nada de la lucha del Rio de la Plata. En este estado de cosas, el gobierno de Montevideo mandó un agente diplomático á la corte del Brasil á contrariar, cuando mas no fuere, la política y planes del general Guido, agente de Rosas.

Don Andres Lamas es uno de los hombres notables que se han formado en el sitio de Montevideo. Mezclado á los asuntos públicos de su patria desde la edad de quince años, ha servido en el Estado Mayor de Rivera, en la policía de Montevideo, en los ministerios, en la Cámara, en los consejos del gobierno, en los clubs, en la diplomacia, en todo. Es escritor notable, poeta correcto, muy dado á los estudios estadísticos y geográficos, una mezcla de timi-

dez personal y de audacia civil y política, infatigable en la lucha, con claridad en los propósitos, dúctil de carácter, prudente en los medios, de locucion atractiva. Don Andres Lamas necesitaba un teatro en que desplegar sus talentos naturales y adquiridos, y este teatro lo halló en Rio de Janeiro. Su recepcion ya fué materia de lucha. Guido y un enviado de Oribe, por recibirse agente oriental, le disputaron el terreno palmo á palmo. Un ministerio vino abajo en los vaivenes de estas fuerzas en pugna, y Lamas quedó reconocido enviado plenipotenciario de la República del Uruguay cerca de S. M. el Emperador del Brasil. Una circunstancia favorecia la aparicion del señor Lamas en la corte del Brasil. El Emperador, de edad de veintiuno á veintidos años, empezaba á tomar posesion del gobierno del imperio y de sí mismo, dejando traslucir esa virilidad de concepcion y ese sentimiento del interes nacional que, justificado por el éxito de su política, han levantado mas tarde su persona á la altura del puesto que ocupa, y dado á la dignidad imperial mayor lustre que el que le viniera del solo título hereditario. El Emperador es un joven estudioso que en el discurso de la lucha argentina tanto se ha ocupado de examinar la carta geográfica para la demarcacion de límites y la marcha de los ejércitos, y los antecedentes militares y diplomáticos de la lucha, como de conocer los hombres que en ella figuraban, los intereses que se debatian, y los elementos divergentes que pugnaban por triunfar entre sus vecinos. Poetas, historiadores, publicistas, biógrafos argentinos han sido en estos últimos años la materia predilecta del solaz y del estudio del Emperador, que empezó á ver bajo un nuevo punto de vista á este pueblo joven como él, y como él luchando con las contrariedades de una naturaleza virgen donde las malezas amenazan sofocar á cada momento el árbol implantado de la civilizacion.

Lamas, literato, poeta, publicista, historiógrafo de las cosas de su patria, llegaba en buena hora para explicar los pasajes oscuros de aquel drama singular del sitio de Montevideo, sustituyendo á las vulgares y recibidas definiciones de salvajes unitarios y mazorqueros, de gobiernos legales y de cabecillas, de porteños y orientales, la sig-

nificacion profunda, eminentemente social de aquellas luchas sangrientas.

No era el menor de los obstáculos con que el nuevo enviado tenía que luchar las preocupaciones invencibles de los brasileros contra los españoles americanos, desconfiándose de ellos y de la duplicidad de carácter é inmoralidad de miras y de medios que les atribuían en general. La obra mas gloriosa de don Andres Lamas, aquella por la cual debemos estarle todos los argentinos profundamente agradecidos, es esa rehabilitacion del carácter moral argentino, sostenida en todos sus actos públicos y privados durante cuatro años hasta hacer de su palabra de diplomático una garantía, de su consejo á los capitalistas una fianza para aventurar fondos. No hay en esto exageracion. El gobierno del Brasil ha invertido doscientos mil pesos en proveer de medios de defensa á la plaza de Montevideo sobre la promesa de Lamas de firmar un tratado posterior, y que cuando llegó el caso previsto por él mismo, reclamó del gobierno imperial se le relevase de aquella responsabilidad contraída. Los especuladores brasileros, antes de oir propuestas de su gobierno ó del de Montevideo, se dirigían á Lamas para saber de él si podrían aventurar capitales con probabilidades de buen éxito; y la menor palabra evasiva de su parte: un no tengo datos, no he recibido instrucciones, bastaba para desvanecer contratos casi realizados; no siendo raro que hayan los perjudicados alguna vez manifestádole que habían sufrido por no haber apreciado debidamente su reserva.

Dos años, pues, pasó don Andres Lamas casi inapercibido en la corte del Brasil, desvaneciendo preocupaciones fatales, justificando hechos calumniados, propiciando á su patria la simpatía de los hombres de Estado del Brasil. Pero desde este terreno conquistado hasta la accion decidida había un abismo. El Brasil vacilaba ante sus propios recuerdos, ante la insolencia inaudita de la política de Rosas, ante aquel vandalaje confesado y erigido en sistema con que se amenazaba demoler el mal asentado imperio, ante la falta de la conciencia de su propio valer que retenía al gobierno imperial sin posicion histórica en América, como sin representacion diplomática en Europa.

Lamas, en tanto, hacia sentir su propio peso al imperio,

y por una lógica cerrada lo llevaba á la guerra para salvarlo de la guerra. «Si el gobernador de Buenos Aires respondiese con la guerra á las pacíficas y regulares exigencias del Brasil para conservar la integridad del pacto de 1828, eso sólo probaría que esa guerra es inevitable, y que habría sido locura sacrificar, queriendo evitarla, elementos poderosísimos, y que, por el contrario, se haría para el Brasil una guerra nacional, altamente nacional que reconcentraría la opinion de los brasileros, elevaría su espíritu y brio sobre las divergencias internas, y la exageracion de las ideas. (1) » Montevideo, asegurado de subsidios, era inexpugnable para Rosas; esto era evidente. Montevideo, libre de su poder, toda la bóveda elevada de diez años venía abajo por falta de coronacion. Rosas no podía retroceder ni avanzar, y aquel sitio era un jaquemate sin salida. Los elementos argentinos debían completar la obra. ¿Quién los encabezará? le preguntaban—Urquiza.—Pero Urquiza es su mas fuerte apoyo.—Esa es la razon. Rosas ha venido absorbiendo las provincias y desarmándolas. Las necesidades de la lucha de Montevideo lo han forzado á poner las armas y el poder en manos de Urquiza, que ha dado batallas y creádose un ejército suyo, de este lado de los rios. Urquiza es lo único que no ha avasallado; luego el dia que Rosas quiera terminar la obra de la centralizacion habrá pugna entre los dos caudillos.

En nota de la legacion oriental al gobierno del Emperador de 18 de Abril de 1848, ya se le decía: « Los elementos que hoy tienen ambas repúblicas, y que si Rosas los absorbiese se tornarian irresistibles, están para sostener la política que aconsejo á disposicion del Brasil. Están para robustecerla los cansados habitantes del Estado oriental, las cenizas aún humeantes de la revolucion argentina, que Rosas, en lugar de extinguir, alimenta con la sangre de los vencidos, que alevosa y cruelmente derrama sobre ellas. ¿Y por qué no decirlo? El general Urquiza, visiblemente desavenido con la supremacía del gobernador de Buenos Aires, está, sin duda, á punto de separársele, y lo tuvie-

(1) 25 de Abril de 1848. Relatorio da repartiça de negocios extranjeros, 1858.

ran ya separado si la intervencion europea se hubiese mostrado eficaz ([1]).»

Así, pues, Urquiza estaba prometido al Brasil por la diplomacia de Montevideo, desde 4848, en notas oficiales, como un aliado seguro, inevitable; por la misma razon que su nombre figuraba en la prensa de Chile, casi desde entonces, como el reivindicador de los derechos oprimidos de los pueblos, mucho antes de que él tuviese conciencia clara de su situacion, aunque no le faltasen instintos vagos y previsiones de conservacion y de engrandecimiento.

Un hecho que ha pasado inapercibido dará idea de la claridad de estas anticipaciones de la política. Cuando el almirante Lepredour estipuló el armisticio entre la plaza de Montevideo y las fuerzas sitiadoras, mientras venía la aprobacion del tratado, Rosas pidió al aceptarlo que el término fuese forzoso sin que ninguna de las partes beligerantes pudiese denunciarlo. El gobierno de Montevideo casi acepta esa modificacion, que participó á su enviado á Rio de Janeiro. El señor Lamas comprendió todo lo que ello importaba, y tomando prestado un vapor al gobierno brasilero respondió en el acto á su gobierno, indicándole que pusiese por condicion de su aceptacion el que ningun cuerpo sitiador pudiera abandonar su campamento, ni emprender campaña ninguna. Rosas no quiso admitir la condicion, pues el objeto de la modificacion era, en efecto, poder disponer en el entretanto del ejército, y caer sobre Urquiza desapercibido, para acabar la obra de la completa anulacion de las provincias.

El Brasil trepidaba, sobre todo, de entregar fondos á la rapacidad y dilapidacion del gobierno de Montevideo, rapacidad que, desde los tiempos de Rivera, habia pasado á ser un proverbio, dilapidaciones que Rosas había establecido en la opinion de todos los estados americanos y europeos como un hecho fuera de duda, y como el móvil y el objeto de resistencia de la plaza. D. Andres Lamas, para tranquilizar los escrúpulos del gobierno imperial, atacó esta cuestion en la nota de 15 de Septiembre de 1851, con una virilidad, con un heroísmo desesperado y convencido, que hacen de aquel fragmento histórico una página de Tácito. «Hallán-

(2) *Relatorio da Repartição dos Negocios Extrangeiros*, etc. de 1852.

« dose, decía, ya el ejército invasor á las órdenes de don « Manuel Oribe á las puertas de Montevideo, organizóse la « administracion de 3 de Febrero de 1843, que debía em- « prender la defensa del pais, sin dinero, sin material de « guerra, sin soldados, en medio del terror que esparcían « las armas invasoras, á quienes precedía la fama de haber « destruido varios ejércitos, de haber bañado de sangre, « con la espada del soldado y el puñal del asesino, el « inmenso territorio que se extiende desde los Andes hasta « las márgenes de Uruyuay.

« Esa administracion tuvo que improvisar (Lamas era el « jefe de policía) con materiales tomados donde los encon- « traba, por la ley del peligro supremo, las débiles mura- « llas destinadas á guardar, en pocas cuadras de terreno, « todas las esperanzas de la República, todas las de la « civilizacion y de la humanidad en el Rio de la Plata.

« En estas pocas cuadras se vió asediada el 16 de Febrero, « trece dias despues de su nominacion por el ejército de « tierra, y por las fuerzas de mar del dictador Rosas.

« Las rentas públicas quedaron reducidas á la nulidad.

« Los almacenes se cerraron.

« El comercio de exportacion desapareció.

« El de importacion se limitó al consumo de la ciudad.

« La desconfianza y la incertidumbre se apoderaron de « todas las clases. Los capitales se ocultaron.

« El dinero, aun con las mejores garantías particulares, « llegó á un interes que en los tiempos venideros parecerá « fabuloso. Nuestros hijos apenas podrán creer que du- « rante el sitio de Montevideo se dió dinero y se tomó « sobre bienes raíces y en transacciones entre particulares « á 40, 50, 80 y 100 por ciento de interes al año! Sólo podrá « explicarse este hecho observando que á la escasez de la « época se añadía que nadie se creía dueño de lo suyo, con « invasor á la vista; que cualquier contrato podía ser roto « por éste, cuyo triunfo parecía siempre probable y cuasi « seguro, y muchas veces cierto.

« Los que empleaban su dinero en algún contrato em- « pleábanlo en esa lotería antisocial creada por el siste- « ma del dictador Rosas.

« En tal estado de cosas, el gobierno tenía que vestir, « alimentar y armar el ejército que defendía la plaza.

« Tenía que atender, como atendió, en efecto, al ejército
« en campaña.

« Tenia que armar centenares de camas para los cente-
« nares de heridos que regaban con su sangre todos los
« dias los muros y las calles de la invicta ciudad.

« Tenía que alimentar y vestir la poblacion que, huyendo
« del enemigo, se había asilado en la ciudad, las familias
« de los soldados, y la mayor parte de los empleados civi-
« les y sus familias.

« Tenía que luchar en el interior del país y en el exterior
« con las intrigas, la buena fortuna y el oro del enemigo.

« Pasáronse dias, semanas, meses, muchos meses, sin
« que el gobierno pudiese conseguir las raciones con que
« debía sustentar al dia siguente al soldado, al herido....

« No hay en esto la menor exageracion: todo es la pura
« verdad; y esa verdad que explica las requisiciones y la
« venta á vil precio de las rentas futuras, de las propieda-
« des públicas, de la casa misma de gobierno y hasta las
« plazas de la ciudad, atestigua uno de los mayores prodi-
« gios y glorias de la defensa de Montevideo.

« El abajo firmado confiesa esta verdad con orgullo.

« Había patriotismo en esas ventas, y muchas veces lo
« había en esas compras.

« Patriotismo, mucho patriotismo, mucha abnegacion
« había en los miembros del gobierno, que suscribían con
« mano firme sus nombres en esas órdenes de requisicion,
« en esos contratos que pasaban á los particulares las ren-
« tas y las propiedades públicas, estando cercados por tierra
« y por mar por un enemigo implacable, rodeados de cons-
« piraciones enemigas, del desaliento, tedio y desespera-
« cion de los propios amigos; y sabiendo que esos actos
« serían algun dia juzgados en circunstancias normales
« por las reglas de los tiempos ordinarios y por el buen
« sentido.

« El abajo firmado sabe que así fueron juzgados por agen-
« tes del gobierno imperial cuando les informaron de la
« situacion financiera del pais, y no lo extraña.

« Sería necesario que los que así juzgaron pudiesen, y
« no pueden, transportarse á aquellos momentos de subli-
« me peligro, de sublime angustia, en que de un puñado
« de pesos y de algunas libras de pan dependía la salva-

« cion de Montevideo y de la República, las cabezas y la
« honra de las familias de aquellos que tuvieron entonces
« la gloria de vivir y de luchar dentro de aquellos sagra-
« dos muros.

« Sería necesario que pudiesen, y no pueden, colocarse
« en el momento en que, no teniendo el gobierno mas que
« veinte ó treinta mil cartuchos á bala, no encontrando
« una sola libra de pólvora en Montevideo, no teniendo un
« solo peso con que hacerla venir de afuera, y sabiendo
« que el secreto de esta situacion había sido llevado al ene-
« migo por un desertor, tuvo, y ejecutó el general del ejér-
« cito, la feliz y audaz inspiracion de mandarlos quemar,
« haciendo fuego al enemigo, en un ataque sin importancia,
« para que el enemigo desconfiase de la veracidad del
« desertor, y no se aprovechase, como no se aprovechó,
« de su aviso. »

« ¿ Cuánto valía el peso para hacerse de una libra de pólvora ?

« ¿ Cuánto valía la libra de pan que debía darse al soldado que estaba combatiendo ?

« ¿ Cuánto el pedazo de tela que estancaba la sangre del herido, la cama en que extendía sus miembros mutilados (1) ? »

No es mi ánimo hacer la historia de la diplomacia de Montevideo. Baste decir que el señor Lamas desbarató una maniobra por la cual el rey de Cerdeña debía poner á disposicion de Rosas siete mil sicilianos de línea de que quería deshacerse; que el conde de Montemolin, jefe de los carlistas, mandaba uno de sus generales á defender á Montevideo, y orden á los españoles carlistas de abandonar las filas de Oribe, como enemigo de sus principios; y que el Austria y la Bélgica reconocieron la independencia del Uruguay, mientras la Inglaterra y la Francia se aunaban inútilmente para hacerlo caer en manos de Rosas.

Desde 1849, pues, se habían entablado inteligencias con Urquiza, reñido con Rosas despues de Vences, deseoso de zafarse por interes personal de las restricciones comerciales que imponía á las provincias litorales. Pero sucedia con él lo que con el Brasil : enemigo de Rosas por situacion

(1) Relatorio de 1852.

y necesidad de salvarse de la amenaza permanente de una guerra inevitable, no se atrevía á dar el primer paso decisivo, con el cual bastaba para derrocarlo.

Urquiza había hecho de su territorio un lugar de asilo para los perseguidos de Rosas como para los argentinos de Montevideo. La brillante oficialidad formada por Lavalle ó endurecida al fuego diario de las baterías de Montevideo había poco á poco reunídosele en Entre Rios, buscando un rincon de la patria y una esperanza remotísima de volver otra vez á la lucha. Las inteligencias con el Brasil no tardaron en anudarse por intermedio de Montevideo, principiando entonces una serie de negociaciones que terminaron en una liga que debía principiar por una invasion de dieciseis mil hombres del Brasil y la declaracion de Urquiza contra Rosas, contando con que las provincias lo seguirían. No obstante, llegado ya el momento de obrar, lanzado casi el Brasil en la lucha, Urquiza vacilaba aún, encerrándose en un círculo de subterfugios, aplazamientos y capciosidades.

Entonces el Brasil le pasó una nota terminante, anunciándole que *con él, sin él, contra él* entraba próximamente en campaña; y para no ser mas el juguete de sus incertidumbres, le hizo firmar un tratado por el cual se obligaba en el artículo 1° á hacer la declaracion que tuvo lugar el 1° de Mayo de 1851, la *levée de boucliers* contra Rosas, y en los demas las estipulaciones recíprocas.

Ratificado por Urquiza este convenio, al someterlo á la ratificacion del Emperador, y ya realizada la condicion del artículo 1°, un oficioso amigo de la República Argentina pidió á S. M. encarecidamente que puesto que la cláusula estaba llenada se borrase del tratado aquel artículo humillante por el cual constaba que el Brasil había impuesto como un soborno la condicion de rebelarse á un jefe de provincia, lo que sería una mancha para la historia argentina. El Emperador convino gustoso en esta modificacion póstuma, y se rehizo el documento, sin borrar por eso la mancha ni el recuerdo.

El resultado de estas transacciones casi forzadas fué que la declaracion de Mayo 1° fué lanzada á la luz del dia, sin preparacion, sin relaciones en las provincias donde Urquiza no tenía un solo corresponsal, ni otra seguridad de coo-

peracion y simpatía que las que yo pude darle, según las seguridades que de ello me trasmitian de San Juan.

Dirigióse á Saravia por el Chaco, sin otro antecedente que haberse empeñado Saravia con él en favor de qué sé yo quién, y haberlo complacido. Sábese lo que hizo Saravia con las circulares todas de 1º de Mayo, anunciadas á Montevideo como expedidas en 3 de Abril en la primera comunicacion escrita que enviaba á sus aliados de la plaza, lo *del poder y suficiencia de las lanzas entrerrianas*, en lugar de los vapores, los millones y los dieciseis mil hombres del Brasil, y el efecto que produjeron estos desaciertos, que fué asustar á los gobernadores indecisos, y hacer nombrar á Rosas jefe supremo de la República, en lugar del retiro del encargo de las relaciones exteriores pedido.

Así, pues, todo lo que para preparar la revolucion de las provincias contra Rosas dependió de los caudillos Urquiza y Benavidez, fué sólo un descalabro por posponer cada uno el interes de la patria á su egoísmo personal, á sus preocupaciones y su impotencia. Los caudillos de Rosas no se comunicaban entre sí jamas, de manera que la revolucion sorprendió á Urquiza sin relaciones en el interior, sin corresponsales, sin influencia personal; y recatándose de sus únicos colaboradores francos y animosos, los enemigos de Rosas, dejaba sin direccion los sucesos y sin unidad la accion.

El general Urquiza, en tanto, abrió su campaña bajo los mas felices auspicios. Tenía á su lado de años atras al general Garzon, rival de Oribe, muy querido de muchos jefes de la campaña oriental, y muy aceptable para la plaza de Montevideo. Oribe, su ejército y la Banda Oriental en masa estaban desmoralizados por aquella lucha eterna, sin desenlace posible, pues Montevideo era ahora menos que nunca tomable: la campaña desolada, el ganado extinguido, y cuando las fuerzas faltaban para continuar la lucha comenzada, una nueva guerra sobrevenía con el Brasil, poderoso en recursos, invistiendo por tierra y por agua á punto de amenazar bien luego bloquear á los sitiadores de la plaza, tomándole las avenidas con los jinetes de Urquiza, y amenazándolos por detras con las tropas de Montevideo, que hacía nueve años que nada

mas pedía que un regimiento de caballería para dar una batalla campal y levantar el sitio.

Si había, pues, fuerzas materiales con que resistir, no había espíritu moral, añadiéndose á este desaliento, por falta de término probable, el que había infundido por todas partes el resfrío de los odios de partido, con que la prensa había desmontado la política maquiavélica de Rosas, y que la diplomacia montevideana había formulado en tratados, en esta notable frase: *ni vencedores ni vencidos*.

Si Oribe hubiese abandonado el sitio y lanzádose sobre Urquiza, que venía del norte para caer despues sobre los brasileros que venían del este, habría cumplido al menos con las indicaciones del sentido comun, tratando de desbaratar á Urquiza, que sólo traía caballos, hecho entrar en sus fronteras á los brasileros, y desconcertando al menos el plan de campaña, para tomar en seguida la plaza, sin esperanza próxima de socorro, y sin motivo ya para prolongar la resistencia.

Pero todos conspiraban por cansancio á traer un desenlace cualquiera. Urquiza pasó el Uruguay y el Negro sin obstáculo; los jefes de campaña se le adhirieron sin aumentar su ejército, y por una rápida marcha sin combates llegó á la vista de los campamentos de Oribe, encerrándolo en un círculo de jinetes, los cuales, por el Pantanoso, se pusieron en contacto con las tropas de la plaza que salieron de sus atrincheramientos y formaron en batalla esperando la orden del ataque.

Aquí principian las maniobras políticas de Urquiza, que trajeron por resultado el triunfo de los vencidos y el sometimiento y anulacion de la defensa de Montevideo que lo había armado en su auxilio.

Tenían estipulado con el ejército brasilero, como era natural, el orden de las marchas recíprocas, hasta obrar la reunion de las fuerzas coaligadas. Los brasileros, con un ejército de dieciseis mil hombres, con trenes pesados y los bagajes de un ejército de línea y que emprendía una campaña seria, estaban mas expuestos á retardar sus marchas convenidas que avanzar sobre el tiempo indicado. Urquiza aprovechó de esta circunstancia, y forzó sus marchas para presentarse cuatro dias antes de la llegada de

los brasileros delante de Oribe. Nada arriesgaba en ello. Sus jinetes podian replegarse sobre los brasileros en caso de ser atacados, y Oribe mismo renunciaría á toda tentativa inútil de este género, pues que las tropas de la plaza estaban á retaguardia, y las brasileras llegarían dentro de tres ó cuatro dias. Urquiza decía, pues, á Oribe: capitule conmigo antes que lleguen los brasileros. Nosotros nos entenderemos. A los de la plaza se los entregó maniatados por la capitulacion, y los oribistas quedan mandando en la campaña y la ciudad. Oribe convenía en todo esto, pero quería devolver á Rosas su ejército, estipulando que la escuadra brasilera lo llevase á Buenos Aires.

Dícese que Urquiza convino en ello, dando orden al almirante Grenffel de tomarlos prisioneros cuando estuvieran á bordo. Dícese tambien que Grenffel contestó á esta extraña proposicion: «Dígale al general que, como *gentleman* inglés y como almirante brasilero, si las tropas entran en los buques de la escuadra, creyendo que van á ser conducidas á Buenos Aires, uno solo no quedará que no llegue á su destino. Las armas brasileras no se deshonrarán por una traicion.» Digo *dícese* porque no se lo he oído yo al almirante Grenffel y sólo á Urquiza le oí decir con jactancia, refiriéndose á Oribe: «los engañé completamente;» y sobre los brasileros: «¿por dónde iba á consentir que ellos tuviesen parte en la rendicion de orientales y argentinos?»

De todos estos hechos oscuros, y dado caso que sean imputaciones, una cosa resulta en claro, y es la preocupacion general contra la sinceridad y rectitud de este hombre. El Brasil vaciló largo tiempo en vencerse á este respecto. El general Paz fué llamado al ministerio de la guerra para que diese su dictamen sobre la capacidad y sinceridad de Urquiza, y el general Paz, con la autoridad que sus antecedentes le daban, aseguró que, en su conciencia, creía competente al general Urquiza para encabezar la cruzada, y que entraría por interes propio, por necesidad de posicion en ella.

Los brasileros disimularon la afrenta de hacerlos llegar al campo que ya dominaba Urquiza y cuando nada quedaba que hacer sino acantonarse tranquilamente para

abrir nueva campaña, con el temor de no obtener sino laureles marchitos.

Urquiza se presentó en la plaza con unos tratados hechos con Oribe, sin consultar á los aliados, sin autorizacion de ninguno de ellos, por los cuales se declaraba que los sitiadores habían peleado en sosten de las leyes y de la independencia oriental. El gobierno de Montevideo le preguntó: ¿y nosotros qué hemos estado haciendo?... En fin, fué preciso rehacer el tratado, que era una intrusion inmotivada, una capitulacion de Montevideo en favor de los vencidos, y un insulto hecho á los vencedores de nueve años de resistencia.

Era necesario, sin embargo, acallarlo todo para no poner obstáculos á la próxima campaña contra Rosas, complemento indispensable de todo lo alcanzado hasta entonces. El encargado de negocios del Brasil, el señor Silva Pontes, levantó la voz, sin embargo, y avisó al Emperador de los peligros de la situacion y de la necesidad de precaverse contra nuevos desmanes. Entonces fué nombrado plenipotenciario con poderes extraordinarios el señor Honorio Hermeto Carneiro Leao, jefe del partido Sacuarema, que es el que tiene las riendas del gobierno, y, por tanto, el hombre mas caracterizado del Brasil. La idoneidad misma del sujeto fué mas tarde causa de extravíos de la política, pues, pesando mas la influencia del enviado que la voluntad de los ministros sacuaremas, no podía contrariársele en la direccion que daba á los acontecimientos, que estaba en su mano modificar ó acelerar sobre el terreno mismo de la accion.

Entonces se celebraron nuevos tratados para emprender la guerra contra Rosas, estipulándose en el 2º artículo del de alianza que las partes aliadas dejarían á Buenos Aires en el pleno goce de sus derechos para darse el gobierno y las instituciones que mas le conviniesen. Tengo para mí que Urquiza al firmar este pacto entendía *partes aliadas* el Brasil y el Uruguay, sin creerse comprendido en la obligacion de dejar á Buenos Aires gobernarse á su modo. Todos los hechos posteriores lo comprueban. En este pacto se estipulaba: el subsidio de cien mil patacones mensuales mientras durase la campaña, el título de general en jefe del ejército aliado, y la es-

cuadra puesta á su disposicion para el paso de los rios y el ataque de las posiciones enemigas. Este tratado, como los de comercio y navegacion, fueron los que el señor Carneiro Leao tuvo la indulgencia de comunicarme á mi llegada á Montevideo.

---

## LAS TROPAS DE ROSAS

Pasados los primeros dias de arribada á Montevideo empecé á ponerme en contacto con el ejército que aún acampaba en la base del Cerro. Fué el primer individuo de los que lo componían que se me presentó Pedro Ortiz, ayudante de caballeria, doctor en medicina que había hecho la campaña del Uruguay, escapádose de Buenos Aires y reunídose á Urquiza á los primeros síntomas de las hostilidades. El doctor Ortiz, originario de San Luis, había regresado de Chile á Mendoza en 1845 á reunirse á su familia. Lleno de fe en los principios, negligente en sus maneras, hábil y entendido en su profesion, tiene un carácter festivo, inclinado á la burla, y una propension á reir que lo hace un compañero envidiable y un enemigo temible. En Mendoza tomó entre ojos á Irigoyen en el auge de su influencia como agente de Rosas; creo que se mezclaban en ello rivalidades de elegancia; ello es que el doctor Ortiz sufrió dos prisiones con sus correspondientes barras de grillos, y la última con causa, por una carta que yo le habría escrito, que no era de mi letra, que jamas le escribí, esa ni ninguna otra, y el doctor, negando la acusacion, recusando como forjado el cuerpo del delito, fué condenado, *aunque no estaba probado el hecho,* decía la sentencia, á ocho años de destierro á Buenos Aires, con lo cual Irigoyen quedó pacífico poseedor del prestigio de elegante en las tertulias. El hecho cierto es que yo no escribí nunca carta alguna á Ortiz y que Irigoyen fué el promotor de la causa y el denunciador del crimen.

El doctor Ortiz fué, pues, á cumplir su condena á Buenos Aires, donde se encontraba mas tarde, en los salones de Manuelita, con Irigoyen, á quien continuaba haciéndole muecas, y haciéndolo tirar piedras por su elegancia, que

Pedro hallaba de mal género, y entre una visita y otra á Palermo se embarcó para Entre Rios y tomó las armas.

Hizo despues la campaña de Caseros, y en el paso del Paraná tuvo una escena que lo caracteriza admirablemente. Las islas del lado opuesto al Diamante se dividen entre sí por arroyos que son rios navegables. Las divisiones de caballería, encontrando estos obstáculos, tenían que derrumbarse de los altos barrancos de arcilla y arena de las islas que forma el limo de nuestro Nilo, hasta hacer un descenso practicable, atravesar á nado y buscar salida al lado opuesto. El ayudante Ortiz se lanza al agua, escápasele el caballo, y no sabiendo nadar, puede desde luego medir toda la extension del peligro. Manotea sin inmutarse, llama sin susto; un entrerriano se acerca nadando, gira en torno suyo, huyendo de la terrible garra de los que se ahogan sofocando á quien quiere salvarlos. Ortiz le dice que se acerque sin cuidado, con voz entera y semblante tranquilo, mientras luchaba para sostenerse sobre el agua; alárgale una mano, siempre con precaucion el entrerriano, y Ortiz tiene la imperturbable calma de tomarla, como se toma el pulso, diciéndole: no temas, no te he de agarrar, y volvió á soltarla. El soldado le puso de lleno el hombro y Ortiz prorrumpió en una estentórea carcajada de risa, á la muerte, de quien se había burlado con tanto estoicismo. Este doctor Ortiz era el diputado de la Junta de Representantes en la famosa sesion del 23 de Junio que contestaba á los ministros que le achacaban no conocer nuestra historia: «Es porque la conozco que temo encontrar un cacique á la vuelta de cada esquina.»—«Nadie seguirá al general Urquiza, replicaba el doctor Pico, si quisiese hacerse un tirano.» — «¡Quién lo ha de seguir! respondíale Ortiz; la tiranía es una locomotiva desenfrenada que se lleva por delante cuanto encuentra á su paso.» Pero estas réplicas como las pullas á Irigoyen le costaron el destierro. Ahora debe estarse riendo, con su risa inextinguible, de la broma del 11 de Septiembre hecha á Urquiza.

Ví en seguida al capitan don Federico Carril, que en 1840 había servido con Lavalle, emigrado á Rio Grande y de allí incorporádose á los correntinos emigrados con Madariaga y venido con el ejército del Brasil. Él me puso en contacto con el coronel Castro, sanjuanino, que por una

singularidad de su carrera había servido la causa de los caudillos casi desde la infancia. En 1825 fué ayudante de Olazábal en la batalla de las Leñas, pasó al servicio de Facundo Quiroga, de éste al de Rosas, del de Rosas al de Urquiza. Todo lo que de su carácter, costumbres, valor é instruccion militar supe le era favorable. Recibióme con cariño, recordamos las escenas de la escuela de que habíamos sido condiscípulos, y fuimos de paseo á otra division á dar un chasco al mayor Recabarren, pariente mio, vecinos en San Juan y compañeros de infancia. Entramos á su tienda sin presentarme, hablamos media hora, sin darme á conocer, no sabiendo que estuviese yo en Montevideo, y, al fin, empecé á tratarlo de tú, riendo entre nosotros de la confusion que le causaba esta confianza de un caballero que, por su traje y apariencias, tenía por muy respetable. Sirvió en los auxiliares del general Huidobro, y despues fué incorporado en la escolta de Rosas, bajo las órdenes del coronel Granada. La intimidad, á poco andar restablecida, me proporcionaba en él una preciosa fuente para recoger datos sobre la composicion y el personal de aquel cuerpo, destinado á representar muy luego un lúgubre drama.

Pocas veces he experimentado impresiones mas profundas que la que me causó la vista é inspeccion de aquellos terribles tercios de Rosas, á los cuales se ligan tan sangrientos recuerdos, y para nosotros preocupaciones que habíamos creido invencibles. ¿De cuántos actos de barbarie inaudita habrían sido ejecutores estos soldados que veía tendidos de medio lado, vestidos de rojo, chiripá, gorro y envueltos en sus largos ponchos de paño? Fisonomías graves como árabes y como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas. Un rasgo común á todos, casi sin excepcion, eran las caras de oficiales y soldados. Diríase al verlos que había nevado sobre las cabezas y las barbas de todos aquella mañana. La mayor parte de los cuerpos que sitiaban hasta poco antes á Montevideo habían salido de Buenos Aires en 1837; y desde entonces ninguno, soldados, clases ni oficiales, habían obtenido ascenso. El coronel Susbiela, que mandó despues uno de estos cuerpos, era el mismo jefe que lo había creado en 1836, y encontró cabos y sargentos á los que él nombró entonces. El teniente

Guardia, sanjuanino, pertenecía á un cuerpo salido de Buenos Aires en 1836, compuesto al principio de doscientas plazas y que conservaba aún treinta y tres soldados y ocho oficiales. Los restos de un batallon de infantería, habiendo perdido todos sus oficiales, estaba hacía años al mando de un negro sargento, que, en su calidad de tal, mandaba el cuerpo. Urquiza lo hizo mayor.

¡Qué misterios de la naturaleza humana! ¡qué terribles lecciones para los pueblos! Hé aquí los restos de diez mil seres humanos, que han permanecido diez años casi en la brecha combatiendo y cayendo uno á uno todos los días, ¿por qué causa? ¿sostenidos por qué sentimiento?...

Los ascensos son un estímulo para sostener la voluntad del militar. Aquí no había ascensos. Todos veían los cuerpos sin jefes, ó sin oficiales; por todas partes había claros que llenar y no se llenaban; y los mil postergados nunca trataron de sublevarse.

Estos soldados y oficiales carecieron diez años del abrigo de un techo, y nunca murmuraron. Comieron sólo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron. La pasion del amor, poderosa é indomable en el hombre como en el bruto, pues que ella perpetúa la sociedad, estuvo comprimida diez años, y nunca murmuraron. La pasion de adquirir como la de elevarse no fué satisfecha en soldados ni oficiales subalternos por el saqueo, ni entretenida por un salario que llenase las mas reducidas necesidades, y nunca murmuraron. Las afecciones de familia fueron por la ausencia extinguidas, los goces de las ciudades casi olvidados, todos los instintos humanos atormentados, y nunca murmuraron.

Matar y morir: hé aquí la única facultad despierta en esta inmensa familia de bayonetas y de regimientos, y sus miembros, separados por causas que ignoraban, del hombre que los tenía condenados á este oficio mortífero, y á esta abnegacion sin premio, sin elevacion, sin término, tenían por él, por Rosas, una afeccion profunda, una veneracion que disimulaban apenas.

¿Qué era Rosas para estos hombres? ó, mas bien, ¿qué seres había hecho de los que tomó en sus filas hombres y había convertido en estatuas, en máquinas pasivas para el sol, la lluvia, las privaciones, la intemperie, los es-

tímulos de la carne, el instinto de mejorar, de elevarse, de adquirir, y sólo activos para matar y recibir la muerte? Y aun en la administracion de la sangre había crueldades que no sólo eran para el enemigo. No había ní hospitales ni médicos. Poquísimos son los inválidos que han salvado de entre estos soldados. Con la pierna ó el brazo fracturado por las balas iba al hoyo'el cuerpo, atacado por la gangrena ó las inflamaciones. ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres? ¿ó son hombres estos seres?

Tócame embarcarme para Entre Rios en el vapor *Blanco*, que llevaba de pasaje á esta misma division Granada. En la mesa de á bordo conocí á todos sus jefes y oficiales. Recabarren me servía de guía para examinar aquel museo humano. Trabé relacion con varios, el teniente coronel Aguilar, el teniente Senra, que había conocido al opispo Sarmiento en San Juan y á mi familia, el mayor Arámbulu y varios otros cuyos nombres olvido, pero cuyas fisonomías me vienen á la imaginacion. El coronel no sabía leer; un joven oficial de bella, distinguida y simpática figura no sabía leer; la generalidad de fisonomías atezadas, torbas algunas, duras y selváticas muchas, se hallaban en igual caso, y cuando Aquino tomó el mando de esta division, de una media filiacion que practicó quedó comprobado que sólo siete, de entre cuatrocientos catorce soldados, cabos y sargentos, sabían leer y escribir mal!

No sé por qué fatalidad extraña mi permanencia en el ejército se identificó con esta division. En Montevideo, en el vapor, en el campamento en Landa, en el Diamante, en el Espinillo, siempre se me presentó al paso, siempre estuve cerca de ella, siempre tuve vínculos que á ella me uniesen. Aquino la mandó, al fin, y murió víctima de su encono.

---

## GUALEGUAYCHÚ

He vivido en estos últimos tiempos entregado á una monomanía de que resienten todos mis escritos de cinco años á esta parte. ¡Los rios argentinos! Ellos han sido mi sueño dorado, la alucinacion de mis cavilaciones, la utopía de mis sistemas políticos, la panacea de nuestros males el tema de mis lucubraciones, y, si hubiera sabido medir

versos, el asunto de un poema eterno. En el Rin, en el Mississipi, en el Sena ó en el San Lorenzo, yo no ví, yo no buscaba sino la imagen, los rivales del Uruguay ó del Paraná. Tres veces he descrito en mis diversas publicaciones el Entre Rios que bañan, y una de ellas en Alemania sin estímulo ni prevision política.

El Entre Rios era la isla de Calipso, adonde mi espíritu volaba de todas partes en busca de una patria definitiva para acabar mis oscuros dias. Y bien, ni los rios ni el país que casi circundan me eran conocidos. Nacido á la falda de los Andes, todos los acontecimientos notables de mi vida han principiado por pasarlos y repasarlos de uno á otro lado.

Imagínese el que quiera las emociones extrañas y punzantes que debí experimentar al verme en el Rio de la Plata, remontándolo en busca del Rio Uruguay, en el primer vapor ribereño que se había establecido en sus aguas, rodeado de aquellas terribles legiones rojas de Rosas, sin ser prisionero, alargando á cada instante el anteojo en busca de Martin García, mi Utopía, y yendo á ofrecer mis servicios á aquel general Urquiza, á quien enderezaba desde Chile en 1850 mi plegaria de Argirópolis. Y todo esto oyendo historias de vivaque, ó viendo saltar en el anzuelo enormes surubíes, pacúes, pejerreyes, etc. Fué aquel viaje un delirio.

¡Tan ancho, tan majestuoso el Plata! ¡Tan artística y acompasada la isla de Martin García, que saludé de paso! Tan simétricas las bocas del Paraná y del Uruguay, que se presentan en el horizonte como dos interrupciones de la cerca inmensa que figuran los árboles de las islas. Todo trazado á grandes pinceladas, en la escala de Dios, el único Artista que pinta telas del tamaño de la naturaleza visible al ojo.

Hacía mas novedosa esta excursion la oficiosa hospitalidad del sobrecargo del *Uruguay*, vulgarmente el *Blanco*, en que íbamos mil hombres. ¿Quién ha estado en el Rio de la Plata y no ha oido el nombre simpático de Pillado, con su voz sonora, su charla grave que hace reir á cuantos la oyen, y su actividad incansable, su idoneidad para todo, que hizo su aceptacion de sobrecargo del vapor *Blanco*, condicion previa para la compra del primer vapor-trasporte que surcó

las aguas de los rios? Pillado fué el oficial primero de la policía de Montevideo durante los primeros años del sitio, bajo las órdenes de D. Andres Lamas, jefe de aquella verdadera comision de *salud pública*. Retirado éste, Pillado quedó en su lugar algun tiempo, hasta que, depuesto de su interinato, ascendió á repartidor de pan, que, con su bolsa al hombro, recorría las calles de Montevideo, deteniéndose un poco en aquellas *cacerías*, donde había amigos, se hablaba política y se fumaban buenos cigarros. De esta profesion lo tomó Lafone y Cª para sobrecargo del *Blanco*, y de sus calidades como miembro de la policía puede juzgarse por este hecho: que cuando nuevos vapores empezaron á transitar de Montevideo á Buenos Aires, las familias y los pasajeros dejaban partir *La Manuelita*, por esperar que llegase el *Blanco*, para tener contento á Pillado. Cuando Rosas cayó, se presentó en la bahía de Buenos Aires pintado el *Blanco* de una ancha faja celeste, y trayendo á su bordo á Alsina, y los primeros emigrados que volvían á su patria despues de diez ó de veinte años. D. Manuel Guerrico, para hacerse cargo de la policía de Buenos Aires, pidió como condicion de su aceptacion la festiva y terrible concurrencia de Pillado, que hubo de dejar el *Blanco*, y las nayades y tritones del rio llorar á lágrima viva al perder á su antiguo amo y señor. Un hurra á Pillado el panadero, el jefe de policía, el sobrecargo del *Blanco*, que me tentaba á desertarnos con el buque á ir á explorar el Bermejo, y dejarlo barado en las profundidades del Chaco!

El mayor Recabarren, mi primo, al pasar por frente al Rincon de las Gallinas, contóme que había pasado dos años de destacamento en aquellos lugares. De todo lo que me refirió recuerdo sólo una réplica suya, que en su sencillez tenía, sin embargo, una significacion profunda. Cruzaba su escuadron una llanura bien nivelada, y el coronel Granada exclamó: ¡qué campo tan bueno para una batalla! — Mejor está, coronel, contestóle el socarron sanjuanino, para una sementera de trigo! Rieron todos del chiste de agricultor; y, sin embargo, ¡qué reproche encerraba este dicho, contra aquella vida improductiva, contra aquellos ejércitos destructores, contra aquella eterna plaga que había ya desolado la Banda Oriental! Parece que el coronel Granada aprove-

chó del consejo porque empleó sus tropas en hacer sementeras, cuyo producto les repartía en proporcion.

El Negro entra á poco en el Uruguay, y entre sus dos embocaduras forma una delta, cubierta de pasto y abundante en leña. Esta lengua de tierra fué el teatro de lucha no menos obstinada que el sitio de Montevideo, del cual era sucursal. Aunque á sesenta leguas de la plaza, había en ella guarnicion para segar pasto y cortar leña para los sitiados. Los de Rosas la bloqueaban de ambos lados, y alguna vez lograron, pasando el rio á nado, introducirse de noche en el campamento oriental, y arrastrándose por entre los matorrales y á merced de la oscuridad de la noche, degollar parte de la guarnicion. El jefe que guardó este punto, aislado en los últimos años, había adquirido tal reputacion de valor y vigilancia que los enemigos se habituaron á respetarlo en su isla.

Acompañados, precedidos ó seguidos de vapores y trasportes brasileros, ocupados como el *Blanco*, la travesía tenía mil incidentes que la hacían animada é interesante. Las tropas acumuladas en un trasporte á no poderse rebullir, parados los hombres empezaron á dar gritos de desesperacion una vez, sintiéndose sofocados. Una mujer y un soldado y dos niños murieron asfixiados. Otras veces se volcaban hacia un lado los vapores por el recargo de hombres, y la maniobra de hacerlos distribuirse proporcionalmente á ambos lados nos traía agitados é inquietos.

Al fin, llegamos á la costa de Entre Rios, en una caleta ó mas bien desembarcadero practicable, llamado Landa. El descenso á tierra se hacía del vapor á una lancha, de la lancha á hombros de soldados entrerrianos con el agua á la cintura. Era la época de la florescencia de los zeibos, y las riberas estaban engalanadas con bosques de aquel bellísimo árbol originario de las márgenes del Plata y que es hoy una de las conquistas mas esplendorosas de los jardines europeos.

¡Caballos! Hé aquí el grito de cada uno que pisaba la tierra, el fin de las mas activas diligencias. Dirigíme yo al que me indicaron caballerizo, y con acento y ademan respetuoso díjele: señor, yo soy una persona que vengo á ver al señor general Urquiza, y no sabiendo á quién dirigirme, me tomo la libertad. — Acabemos, amigo,

claro; ¿qué es lo que quiere?—Caballos—Pues tendrá usted caballos.—Retiréme á esperarlos, guardando para mejor ocasion mis retóricas, y ya habia alquilado uno cuando el mismo comandante, que era un Dumas padre, en la talla y en la tez, volvió hacia mí, y en tono conciliador y blando me preguntó: ¿Es usted, señor, el señor Sarmiento?—Sí, señor—¿Por qué no me dijo su nombre, señor? ¡Qué gusto va á tener el general de verlo! Anoche hablábamos de usted con el coronel Palavecino. No se ocupe de nada, yo le haré conducir á su campamento. Y, en efecto, desde aquel instante el nada menos que coronel Soza del ejército del Brasil estuvo literalmente á mi servicio, fué mi caballerizo mayor durante toda la campaña y un fiel servidor en todas las ocasiones. Era oriundo de San Juan, de donde habia salido el año seis y servido en todos los ejércitos, arribando, por sus talentos, edad y capacidad, á ser caballerizo de una division de caballeria del Ejército Grande.

En el campamento del coronel Palavecino encontré la hospitalidad esperada, al coronel Burgos otro compatriota, y al comandante don Holegario Horquera, catamarqueño, grande conocedor de mis escritos, *tant soit peu* literato, oficial distinguido en el sitio de Montevideo, y establecido en Entre Rios de pocos años atras.

Mi viaje á Gualeguaychú quedó decidido para el dia siguiente, y merced á los buenos caballos, la llanura de seis leguas intermediaria, fué el ensayo del primer galope que despues del de Oran (en Africa) daba tan á mis anchas entre gentes armadas.

Gualeguaychú, á orillas del Gualeguaychú, rio navegable que desemboca en el Uruguay, es una linda villa que aspira á ser ciudad y que en los últimos tres años ha hecho grandes progresos, gracias al comercio activo que sostiene con Buenos Aires y á las producciones de la ganadería que de allí se exportan. Estas ciudades frescas apresurándose á desenvolverse, tienen un poco del aspecto de las norteamericanas de la misma edad. Predomina en los edificios la arquitectura gaditana, que es hoy argentina, y mediante el establecimiento de algunos centenares de vascos é italianos, la horticultura suministra algunos condimentos á la variedad de pescados de los rios y á

la abundancia de excelente carne, con lo que la mesa es regalada y no carece de variedad para el ejercicio de la ciencia culinaria.

El momento supremo llegaba de ver al general Urquiza, objeto del interes de todos, el hombre de la época, y el dispensador de cuanto el hombre puede apetecer: fortuna, gloria, empleos, etc. Yo hice anunciar mi llegada y mi visita, y mientras llegaba el momento de hacerla, me informaba de cuanto convenía á mi propósito, y repasaba mis lecciones sobre los miramientos que debía guardar para no comprometer indiscretamente nada. Presentéme al fin en la casa de gobierno á las horas de costumbre, y á poco fuí introducido á su presencia. Es el general Urquiza un hombre de cincuenta y cinco años, alto, gordo, de facciones regulares, de fisonomía mas bien interesante, de ojos pardos suavísimos, y de expresion indiferente sin ser vulgar. Nada hay en su aspecto que revele un hombre dotado de cualidades ningunas, ni buenas ni malas, sin elevacion moral como sin bajeza. Cuando se encoleriza su voz nó se altera, aunque hable con mas rapidez y cortando las palabras; su tez no se enciende, sus ojos no chispean, su ceño no se frunce, y pareciera que se finge mas enojado que lo que está, si muchas veces las consecuencias no se hubiesen mostrado mas terribles que lo que la irritacion aparente habría hecho temer.

Ninguna señal pude observarle de disimulo, si no es ciertos hábitos de expresion que son comunes al paisano. Ningun signo de astucia, de energía, de sutileza, salvo algunas guiñadas del ojo izquierdo, que son la pretension mas bien que la muestra de sagacidad. Su porte es decente; viste de poncho blanco en campaña y en la ciudad, pero lleva el frac negro cuando quiere, sin sentarle mal y sin desdecir de modales muy naturales, sin ser naturalotes. La única cosa que le afea es el hábito de estar con el sombrero puesto, sombrero redondo, un poco inclinado hacia adelante, lo que le hace levantar la cabeza sobre los hombros, sin gracia, y de la manera, un poco ridícula, de los paisanos de las campañas.

Mi recepcion fué política y aun cordial. Despues de sentados en un sofá, y pasadas las primeras salutaciones, nos quedamos ambos callados. Yo estaba un poco turbado;

creo que él estaba lo mismo. Yo rompí el silencio, diciéndole el objeto de mi venida, que era conocer al hombre en quien estaban fijas nuestras miradas y nuestras esperanzas, y para poderle hablar de mis trabajos en Chile, de mis anticipaciones sobre el glorioso papel que le estaba destinado, recordé que á poco de regresado de Europa don José Joaquin Gómez de Mendoza me había comunicado detalles preciosísimos sobre las disposiciones del general respecto á Rosas. Que el conocimiento de estos hechos íntimos me habia señalado el camino que debia seguir en mis trabajos posteriores, consagrados en *Argirópolis* y *Sud América* á predisponer la opinion en favor del hombre llamado por las circunstancias á dar en tierra con la tiranía de Rosas. Esta introduccion, sin carecer de verdad, porque el hecho era positivo, era conforme á las indicaciones que me habian hecho en Montevideo sobre las debilidades del general. Era preciso anularse en su presencia; era preciso no haber pensado jamas, hecho ó dicho cosa que no partiese de él mismo, que no hubiese sido inspirada directa ó indirecta, mediata ó inmediata, próxima ó remotamente por él. A este precio, decian, hará usted lo que guste de él. ¡Es esto como la libertad de Fígaro!

Tras este exordio entré á detallarle lo que era el objeto práctico de mi venida, á saber: instruirle del estado de las provincias, la opinion de los pueblos; la capacidad y elementos de los gobernadores; los trabajos emprendidos desde Chile, y cuanto podia interesar á la cuestion del momento. Habléle de Benavidez todo el mal y el bien que sé y pienso de él, sin amargura, sin desprecio, como sin atenuacion, todo lo cual pareció interesarle. Esta es la única vez que he hablado con el general Urquiza en dos meses que he estado cerca de él. Despues es él quien ha hablado, haciéndome escuchar, en política, en medidas económicas á su manera, en proyectos ó sugestiones de actos para en adelante.

Aquí está, á mi juicio, el secreto y la fuente de esa serie de errores que harán imposible su gobierno si no es en Entre Rios. Cuando yo oí hablar al general de muchas cosas que López creia haberle hecho comprender bajo una nueva faz, como si nunca hubiese oído una palabra en

contra de su idea ó su instinto primero, medí el abismo que estaba abierto para la República. Don Vicente F. López, por ejemplo, antes que yo, y de una manera picante, combatiéndole con maña ya en Montevideo su idea de llevarse la capital á Entre Rios, le había recordado la triste historia de Ramírez que, traído á Buenos Aires por un partido, había cometido la indiscrecion de salir de Buenos Aires, centro de todo poder, para no volver mas, y perecer oscuro, malogrando un rol brillante. López creía necesario levantar, adoptar á ese hombre con todas sus faltas, con todos sus hábitos de voluntariedad, encajonarlo, diré así, en medio de las instituciones que la reaccion contra el despotismo iba á rehabilitar necesariamente, y dirigirlo los unos, resistirlo los otros, hasta que, levantándose la clase educada por las garantías dadas á la vida y á la propiedad, y él aficionándose á los goces del poder, se aquietase al fin y se contuviese en los límites de un despotismo tolerable. Omito repetir aquí y en adelante todo el sistema de López, sistema en cuya realizacion práctica se ha perdido, y que lo hace hoy en Buenos Aires objeto de la prevencion, justa hasta cierto punto, del público. López se equivocó de medio á medio, debo decirlo en honor de mi amigo, mas por una exagerada confianza en sus medios y en su sistema, que por corrupcion política, que es la única causa de la pérdida de ciertos aventureros.

Pero lo que mas me sorprendió en el general es que, pasada aquella simple narracion de hechos con que me introduje, nunca manifestó deseo de oir mi opinion sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamas he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt ó el Emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba á media palabra, diciéndome: si yo lo dije, lo ví, lo hice, etc., etc.

Nadie sabe, nadie podrá apreciar jamas las torturas que he sufrido, las sujeciones que me he impuesto para conciliarme, no la voluntad de aquel hombre, sino el que me provocase á hablar, que me dejase exponerle sus intereses, la manera de obviar dificultades, el medio de propiciarse la opinion. No hay hombre honrado ó pillo, tonto ó sagaz que en Montevideo ó Buenos Aires no se hiciese la ilu-

sion de poder propiciárselo dándole rienda suelta á sus apetitos, no contrariándole en nada, para hacerle adoptar tales ó cuales ideas que, haciendo su *negocio* de él, concurriesen al bien del país. Pertenecen á este género la del *Consejo de Estado*, que es idea de Pico, la de la navegacion libre y la nacionalizacion de las aduanas exteriores, que es de quien hizo de ella un ariete; la de llamarse *director*, que es de López, y la creacion de las municipalidades para anular á los gobernadores de provincia, que es tambien de López. Pero todas estas medidas han sido esterilizadas por la manera de llevarlas á cabo, por las modificaciones que él las hace sufrir, y por los desenfrenos con que las hace odiosas. Yo sabía cuánto habían hablado con Alsina, con Pico, con López; y á cada momento, oyéndolo, me quedaba abismado de ver que le había entrado por un oído y salido por el otro. A media conversacion me preguntó de improviso: ¿Qué piensa usted hacer? No sé, señor, le contesté, para derrotar la mente de aquella pregunta oblicua. Probablemente regresaré á Montevideo.

Como era la primera entrevista, ningun juicio era prudente hacer sobre nada, no obstante que me quedaba un sinsabor indefinible y casi no motivado aparentemente de lo que presenciaba. Dos horas despues vino el doctor Ortiz, que había encontrado allí ya, á decirme que don Angel Elías, el secretario de Urquiza, acababa de comunicarle que el general se *había fijado* en que yo no llevaba la *cinta* colorada. Héteme aquí puesto en el disparadero. Si no me la ponía no podía volver á verlo; si me la ponía, todo estaba perdido. Pedro me inició un poco en los secretos de la política casera, lo que significaba la insinuacion de Elías, y yo medité ese dia y el otro para resolver cuestion tan grave, y de la que dependía mi porvenir personal y el de la libertad de la República. Yo era el primero que iba á ceder á esta exigencia, yo que la había combatido con la aversion que me inspiró siempre aquel humillante y vergonzoso medio práctico de Rosas de hacer á cada uno ostentar su renuncia á toda dignidad personal.

Fuí á visitarlo, segunda vez, á los dos dias, me recibió con mas cordialidad, fué mas expansivo, me habló de

muchas cosas, y me insinuó que así que derrocase á Rosas se retiraria á su casa dejando á los pueblos darse las instituciones que quisiesen. Desde luego esto estaba casi literalmente establecido, con respecto á Buenos Aires en el tratado de alianza con el Brasil; bien es verdad que él no lo entendía obligatorio para él como para los brasileros.

La ocasion era oportuna. Señor, le dije, no me parece prudente tener una idea fija sobre la conducta que haya de guardar S. E. despues de la victoria. La victoria misma impone deberes y forma situaciones nuevas. Los sucesos y los hombres lo llevarán fatalmente mas allá de donde quisiera ir. El poder es una cosa que se vincula á los hombres. S. E. será el poder real por los prestigios de la victoria, por las necesidades del momento. Supóngase que se forma un gobierno, que éste tira decretos; la opinion ha de buscar, ha de esperar la sancion real, que estará fuera del gobierno, en el hombre que posee el poder de influencia, y ésto será una perturbacion en el Estado, etc., etc. (1). Saben en Chile que este pensamiento, á mas de exacto en sí, es sincero de mi parte; pero había al emitirlo con calor el deseo de hacerle sentir hasta donde tomaba yo como un hecho, una necesidad y un bien público su elevacion personal, y la satisfaccion de una ambicion que sabía desenfrenada, y que quería fuese satisfecha legítimamente.

Ese dia, como comiese en casa de Ponsatí el escribiente de la oficina de gobierno, hubo á las pocas horas de mi entrevista segunda intimacion de ponerme la cinta colorada. Ortiz, á quien de nuevo encargaban de insinuármelo, contestó para evadirse de aquel compromiso: Yo no le digo nada. Conozco á Sarmiento, y sé que esta exigencia le ha de causar mucho desagrado. Tercera vez lo ví al general al dia siguiente, nuestras relaciones tomaron mas intimidad aparente; me habló de la conveniencia de llevar el Congreso al Paraná, de que he hablado detallada-

(1) Dijo Washington que *influence is not government*, máxima que ha profesado siempre Sarmiento y que es aún aplicable ante los trastornos á que conduce olvidarla.—(*Nota del editor.*)

mente en otra parte. En la noche me reuní con Rafael Furque, un sanjuanino condiscípulo y amigo de escuela, á quien había encontrado establecido allí. Hombre tímido, apocado y que tenía, pudiendo mejor, una posicion subalterna. Este, despues de varios circunloquios, me dijo: tengo que hablarle de un asunto grave. El coronel Basavilbaso me ha dicho que lo vea á usted y le prevenga reservadamente que el general está muy alarmado de que usted no se ponga la *cinta* colorada.—Dígame usted: ¿es realmente grave este asunto?—¡Oh! sí, ¡muy grave! El general es inflexible sobre este punto.—Mañana ó pasado regreso á Montevideo.—¡Cómo!... ¿Que es tanta su resistencia?—¿No me dice usted que es muy grave esto? Al general le gusta la cinta y á mí no me gusta. Sobre todo, lo que me disgusta soberanamente son estos medios groseros de exigirlo, y los halagos y cordialidad que me muestra cuando hablamos. ¿Por qué, pues, no me habla de ello?

Pero no me dí todavía por vencido. Al dia siguiente le mandé el retrato de San Martin, acompañado de una carta en papel, que tenía impreso al costado la atribucion 4ª del pacto federal.

La inscripcion del papel causó mas novedad que la carta y el objeto de ella. El general aplaudió á la idea de propaganda, mostró la carta á todos, mandó que se hiciese otro tanto en pasaportes, y en el papel de oficinas y cartas. Tengo papel de Entre Rios con mi lema adoptado. Se me dieron los parabienes, y al dia siguiente que pasamos el dia juntos en la isla de Fragas, en el Gualeguaychú, Elías me lo dió casi oficialmente. El momento de explicarse había llegado. Me parece, le dije, poniéndole la mano en el hombro á éste, que esa adhesion á los principios federales vale mas que la *cinta* colorada.—Sí... es verdad; pero aquel es un principio y esta una idea (una medida quiso decir). El general quiere que todos lleven la cinta para mostrar uniformidad.—Yo no aconsejaré á nadie que no la lleve; como militar me la pondré; como ciudadano nunca. He combatido toda mi vida contra ella; hay muchas páginas en mis escritos consagradas á su vilipendio, y no me deshonraré jamas llevando un signo que reputo una degradacion y un objeto de menosprecio.

—Es que esta no es la cinta de Rosas.—Es la cinta colorada, y al emblema y al color es que he dirigido mis ataques. — Si yo hubiera sabido lo que usted me dice de que le es personal esta cuestion, yo lo *hubiera justificado;* porque, en efecto, tiene usted razon.

¡Hola! me dije para mí, me hubiera justificado con el general! ¿Luego soy acusado? Pasamos todo el dia juntos. El general me buscó y permaneció sentado á mi lado tres horas hablando siempre él. No me habló una palabra del lema federal que tanto le había gustado, y no pude tocar la delicada cuestion de la cinta, como no habían podido hacerlo Alsina, ni López, ni nadie hasta entonces; y sin embargo, era este el atolladero en que su poder personal y la organizacion de la República iban á estrellarse. Una ocasion bellísima se presentaba al general de conciliar estas terribles divergencias. Siendo rojas sus tropas y las de Rosas, él previó la confusion que iba á resultar de estos trajes semejantes y para obviar á los peligros que podían originarse mandó hacer divisas *blancas* para el ejército. ¿Por qué no adoptar el color blanco como signo de fusion, contra el cual nadie tenía prevenciones? ¡Qué bello emblema el de la paz que era el voto universal, la lima sorda que desmoronaba el poder de Rosas, y el grito de entusiasmo de los veteranos y de las milicias! ¡A concluir con la guerra para siempre!

En la fiesta de la isla de Fragas, que me traía enamorado, por su graciosa colocacion en medio de Gualeguaychú y enfrente de la Aduana, convidóme á bañarnos el coronel Hornos. Es este un personaje notabilísimo de Entre Rios, y el rival en otro tiempo de Urquiza. Sirvió con Lavalle, y mas tarde cayó en manos de su adversario. Un dia en la prision ve á un soldado que, mirándolo de hito en hito, le hacía señas atravesándose un dedo por la garganta. Hornos, que comprendió á media señal, pidió permiso de salir á sus necesidades, escogió la proximidad de un caballo que vió á la estaca, distrajo al centinela, saltó en él y partió á escape hacia el rio. El soldado le disparó un balazo, dió la alarma y pudieron tomarle las avenidas. Entonces Hornos, perdido, se metió en el bosque, y desde lo alto de la barranca lanzóse al agua. Un sargento, indio salvaje de la escolta de Urquiza, que lo seguia, se lanzó

tras él con el cuchillo en los dientes, y comenzó aquella horrible regata de dos nadadores diestros, el uno por dar la muerte, y el otro para evitarla. El Uruguay tiene allí cerca de una milla hasta las islas que lo engalanan en las inmediaciones de la Concepcion. Hornos y el indio llegaron á una isla sucesivamente y cayeron extenuados de fatiga el uno cerca del otro, mirándose, acechándose, sin poder mover un brazo, sin poder el asesino arrastrarse hasta su víctima. Un bote de una corbeta francesa de guerra, que estacionaba en las inmediaciones y había presenciado la escena, voló en auxilio de Hornos, y fué salvado. Su hermano había sido degollado ese mismo dia y era la señal que el soldado le hacía. Los Hornos de Entre Rios pertenecen á una de las familias mas poderosas, antiguas y ricas, cuyas propiedades han sido confiscadas. El general Urquiza llamaba á Hornos hacía tiempo de la frontera del Brasil, donde se había asilado; pero Hornos le contestaba siempre: declárese contra Rosas y voy á servirle. Llegado este caso Hornos vino, el general le regaló una magnífica lanza incrustada el asta de oro y plata, le dió á mandar una division de la caballería de Buenos Aires; pero, me decía el viejo guerrero, nada me ha dicho hasta ahora de mis estancias, de mis treinta mil vacas, de mis casas. Estoy viviendo en un ranchito. Amigo, cuando mi padre vivía había en casa una pieza con treinta camas prontas para hospedados. Ya me he acostumbrado á la miseria; pero cuando uno tiene algo, bueno es saber á á qué atenerse. En fin, volteemos á Rosas, y todo se ha de arreglar.

Hornos es el tipo del gaucho argentino. Alto, fisonomía noble, europea, movimientos fáciles y andaluzados, alegre, valiente y jinete. En las batallas monta en pelo á guisa de Centauro. Tiene la religion del triunfo de la libertad, y en Palermo, cuando vió desenvolverse la política de cintajos y caudillejos, era preciso contenerlo de que á gritos desahogase su cólera, poniendo la mano á la espada, y diciendo en tono reconcentrado: « Todavía hemos de montar á caballo, y desenvainar esta espada. ¿ Qué ha creido, que hemos venido á servirle de banco para sentarse en la silla de Rosas ? »

Debo anotar aquí para memoria varios hechos, que tie-

nen su importancia. El general adoptó en lugar del lema *mueran los salvajes unitarios*, este otro: *mueran los enemigos de la organizacion nacional*, que abandonó despues, limitándose al *viva la Confederacion Argentina*. Tiró un decreto permitiendo el uso de los colores *celeste y verde*, proscritos por Rosas.

En los arcos triunfales que aún decoraban las calles y plazas de Gualeguaychú, á mi llegada, había banderas nacionales celeste y blanco, muchas, muchísimas. En cuanto á mí, había esta otra particularidad. Nunca aludió á las cartas que desde 1850 le había escrito, de manera que sólo en el Diamante supe por Galan que las había recibido. Nunca me habló de *Argirópolis*, de que recibió un cajon, ni de la *Crónica*, ni de escrito ninguno mio. Su carta-contestacion que he publicado, y que no recibí sino despues, me aconseja como suya, como nueva para mí la misma política de fusion que *Argirópolis* y *Sud América* revelaban; pero sin decirme: va usted bien por ese camino, sino yo le indico esa política.

Entre gente de mundo es un cumplido ordinario atribuir á otro mas de lo que ha pensado ó alcanzado. Pero este sistema de no darse por entendido de nada de lo que es público y notorio proviene de ese prurito de anonadar todo, aun aquello mismo que concurre á su propio bien.

Yo noté luego una cosa, y los hechos posteriores me la confirmaron, y es que mi reputacion de hombre entendido en las cosas argentinas me condenaba á no poder estar cerca del general; y luego de mi llegada á Gualeguaychú noté que había cierto malestar, cierta ostentacion de que no se creyese que recibía inspiraciones mías. Esto debía crecer á medida que fuese mas sensible en Entre Rios mismo la esperanza que tenían los hombres sinceros de que mi presencia pudiese contribuir á dirigir por buen camino aquella política personal, pero susceptible de hacerla conciliarse con el interes público. Mas, para explicacion y complemento de estas indicaciones, debo añadir un testimonio intachable. D. Pepe, hijo del general, acompañado del comandante Ricardo López, preguntándole en la comandancia militar de Concepcion del Uruguay cómo me había recibido el general, contestó su hijo en presencia del juez de policía Sagastini, Vaz-

quez, oriental, y otros: «bien, muy bien. Dice mi padre que es de los mejores que han venido.» Esto importa mucho para la explicacion de sucesos posteriores.

Desde muy luego comprendí, pues, que mi papel natural de consejero, de colaborador en la grandiosa tarea de constituir una nacion de aquellos países tan favorecidos, pero tan mal poblados y tan mal gobernados, estaba concluido, y debía ó volverme á Montevideo, lo que habría dado un escándalo, requerido explicaciones, etc., ó exponerme á esta lucha diaria conmigo mismo, por un lado, y por otro con aquellas pretensiones que rechazaba. En la tercera entrevista con el general le ofrecí mis servicios, no teniendo plan fijo ninguno, y deseando evitar que, por no indicar yo mi disposicion, el general no me ocupase en lo que juzgase útil. Entonces me indicó encargarme del Boletin del Ejército, llevar prensa, etc., lo que acepté gustoso, tomando á poco el servicio militar, por ponerme á cubierto de la cinta, y por no hacer la triste figura de los paisanos en los ejércitos. Recomendé eficazmente á Paunero, Mitre y Aquino, mis compañeros, y pedí licencia para ir á Montevideo á prepararme, y marché á poco, desencantado en cuanto á mí; pero esperando todavía en los sucesos y en las circunstancias.

En Gualeguaychú duraban aún, á mi llegada, los bailes públicos en la casa de gobierno. El baile es la pasion favorita del general Urquiza, y está en Entre Rios elevado á institucion pública. Todas las tardes se trasmite la orden oficial a las familias y á los vecinos. Cuando el baile es de chinas, se dice donde es, y todos los concurrentes deben asistir de poncho. En esos dias se habian distribuido de cuenta del gobierno zapatos á las chinas para concurrir á los bailes. El gobernador baila imperturbablemente hasta las tres de la mañana.

Durante los dias que yo estuve el servicio se distribuyó así: Segundo dia, baile de parada. El general se presentó por la primera vez con charreteras y banda. ¿Por qué será, se decian los curiosos, esta novedad? Tercer dia, asistencia al teatro, y baile de frac en seguida. Cuarto, baile de poncho, para que concurriese el coronel Hornos. Yo asistí de miron al tercero, y en el cuarto entré y bailé una

contradanza y me retiré temprano. El general decía muy complacido: véanlo al viejo bailando.

El general persigue el robo, el juego, la bebida, con un celo laudable, pero violento. Desgraciadamente fomenta el concubinaje, que es el sistema provincial. Los matrimonios son raros, y jueces, empleados, comandantes y coroneles, cuando el general tiene tres queridas públicas, se esfuerzan en ostentar igual número. D. Vicente López se atrevió á tocar este punto delicado ccn el general. «Van á ser un escollo, me decía López con tristeza, estos hábitos de solteron. No está amarrado por la familia, que aquieta las pasiones, y no sé lo que va á suceder en Buenos Aires cuando el general venga y muestre esta llaga de sus costumbres. Le he hablado sobre ello, rogándole que se case en alguna de las primeras familias de Buenos Aires, con una viuda para proporcionar la edad. Pero tiene una aversion invencible al matrimonio, tiene recuerdos dolorosos de haber sido cruelmente engañado en su juventud.» Algo debió contribuir esto á la aversion de Buenos Aires. Excuso entrar en otros detalles que no emanan de mi asunto.

---

## PREPARATIVOS

Al pasar de regreso por Martin García el vapor se detuvo una hora, que yo aproveché para descender, montar en un caballo, recorrer la isla, darla vuelta y reconocer su naturaleza é idoneidad para puerto franco, resguardo, aduana, Zolwerein para el Brasil, Bolivia, Uruguay, Paraguay y República Argentina, y últimamente para Argirópolis. En un peñasco que está cerca de la playa escribí corriendo estas fechas, para mi cuento muy significativas:

1850—Argirópolis.
1851—Sarmiento.

¡Cuánto camino andado, en efecto, desde la primera fecha á la segunda! Esto me recuerda otra inscripcion mas expresiva, del año 1850.

---

## ARGIRÓPOLIS

### 1851

### CONGRESO

### NAVEGACION, INMIGRACION (1)

De esta no falta realizarse sino la última cláusula, con la que están aseguradas todas las otras.

Una noticia llevaba á Montevideo que tenía el carácter de un acontecimiento público: tal era la indicacion del general de dar un destino importante al coronel Paunero en el ejército, y el comentario de Elías, que aseguró que era el de jefe del Estado Mayor. El Brasil se preocupaba de esta cuestion, el gobierno oriental, los generales argentinos, y todos los interesados en la lucha. Toda la dificultad de la empresa estaba en la justa posicion y union de aquellas masas de hombres, brasileros, orientales, argentinos de Buenos Aires y de las provincias, con trenes, bagajes, carretas, destinados á atravesar cien leguas de país, y emprender una larga campaña. La noticia del nombramiento de Paunero serenaba todas las dudas, aquietaba todos los temores. Sin embargo, yo no quise hacerme editor responsable de lo segundo, contentándome con repetir literalmente las palabras del general. Cuando llegó de Entre Rios don Diógenes, él lo repitió como emanado de su padre, y entonces lo publicaron los diarios.

Esta cuestion del Estado Mayor, á que todos daban tanta importancia, hería, sin embargo, las susceptibilidades del general en lo mas vivo. Entendía que no se le

---

(1) En sus últimos dias pidió Sarmiento, en carta dirigida al doctor A. Saldías, que se grabaran en su tumba las siguientes palabras:

UNA AMÉRICA LIBRE
ASILO DE LOS DIOSES TODOS
CON LENGUA, TIERRA Y RIOS LIBRES PARA TODOS

Esas palabras están grabadas en bronce en un bajo relieve del escultor De Pol, representando á Mercurio arrojando su palo alado entre dos víboras que pelean, para formar el caduceo del comercio, simbolizando la libre navegacion y el arbitraje, que han sido dos de las grandes preocupaciones del autor.—(*Nota del editor.*)

creía capaz de manejar aquella enorme masa de hombres, y se propuso no tener Estado Mayor, y no lo tuvo, en efecto. La opinion, indiscreta siempre, señalaba al general Paz para destino tan importante, y esto empeoró la cuestion. La capacidad misma que se atribuia á Paunero le hizo al general volver sobre su idea primera de encargarlo de él. Mas adelante veremos las consecuencias.

Yo regresé á Montevideo á principios de Diciembre, y convencido de que era inútil, y aun perjudicial, decir nada de lo que preveía para el porvenir, me reuní al coro de esperanzas halagüeñas que todos entonaban para despues de la caida de Rosas. Don Vicente López, en cuya casa vivía por nuestra antigua amistad, al decirle que iba en el ejército, me dejó traslucir síntomas de duda, acaso por mi espíritu provinciano. ¡Resistí á esta prueba! No le dije en despique: ¡el general no hace caso ninguno de cuanto usted le ha dicho! ¡El general persiste en ser quien es, y nadie en la tierra lo hará variar de su modo de ser!

Desde entonces me ocupé de prepararme equipaje, armas, tienda para la campaña, en la que podía, con Paunero, tomar una parte activa en el Estado Mayor. Desde entonces me ocupé sólo de estudiar el plan de campaña posible contra Rosas, que tenía, á mi juicio, sujeciones que nacian de su posicion política mas bien que de las peculiaridades del país. Nosotros dominábamos los rios con ocho vapores y cuatro buques de vela. Nuestra base de operaciones, por tanto, no estaba en Santa Fe, ni á nuestra retaguardia, sino al costado de nuestra propia marcha á medida que avanzásemos hacia Buenos Aires, y hasta sus puertas. Rosas no podía desprender un ejército á batirnos en San Nicolas, como lo creía el general Urquiza, pues con la marina brasilera, con doce mil hombres de reserva acantonados á tres horas de vapor en la Colonia, con nuestros dieciocho batallones de infantería podíamos tomar la capital y dejar cortado su ejército en campaña.

Esta teoría sencilla del buen sentido sólo Rosas la comprendió, acantonando de firme su ejército en Palermo en barracas de ladrillos construidas al efecto, y de donde no se movió hasta Santos Lugares, sino cuando la divi-

sion de Aquino se pasó, y le hizo concebir la esperanza, muy fundada, de que todo su antiguo ejército siguiese su ejemplo. Tal era mi preocupacion de la cosa, que no paré en exhortaciones hasta que Paunero obtuvo del gobierno oriental que llevasen ciento cincuenta palas y otros tantos picos para romper cercas en los alrededores de Buenos Aires, donde debíamos batirnos. Desde entonces tambien tomé, por decirlo así, mi colocacion de batalla en el batallon del coronel Lesica, que fué el mismo á que me incorporé en Caseros.

En los momentos de regresar al ejército recibí orden del general Urquiza de comprar una imprenta en Montevideo, por no contar con la que él creia disponible en el Paraná. Era casi desesperado el caso de comprar nada en Montevideo, en una plaza sitiada nueve años. Yo me ingenié, sin embargo, arrastrando un impresor, prensistas y la imprenta que le compré al mismo por precios cómodos, gracias á mi conocimiento práctico del negocio; y aunque la prensa era enormemente pesada, yo la tomé, seguro de obviar á todas las dificultades. Embarquéme en el *Blanco* hasta la Colonia, adonde estaba el baron de Caxias, para quien llevaba recomendaciones del señor Carneiro Leao, como las tenía del general Urquiza para el Almirante Grenfell.

Gracias á ellas, el Almirante nos dió pasaje en su vapor, y alojamiento en la cámara á Paunero, Mitre y á mí. Dos dias despues estábamos en el rio Paraná con cuatro vapores, é incorporándosenos luego tres buques de vela, la escuadra se dirigió á forzar el paso del Tonelero, fortificado y artillado por Mansilla. Esta expedicion tenía para mí la novedad de su carácter guerrero, el interes de examinar el rio y las islas, conocer la situacion del Rosario, y la buena fortuna de tratar casi con intimidad al valiente Almirante, rival digno de Brown, quien le hizo perder un brazo en la batalla naval en que la *25 de Mayo* fué desmantelada gloriosamente. Había servido con Cokrane en Chile, hablaba bien el español, y á su rango y dignidad añadía las maneras de un *gentleman*, y las atenciones perfectas de un hombre cultísimo.

La víspera de acometer la posicion de Tonelero fué, como debe ser siempre en los buques de guerra la víspera de una batalla, un dia de agitacion casi solemne por el

silencio con que se hacían los preparativos, sólo interrumpido por las señales de órdenes de unos buques á otros, y el ruido de balas, metralla y demas misiles que se aglomeraban al pie de los cañones. La mañana del combate nos pusimos todos de parada, y el Almirante, en nuestra calidad de oficiales superiores argentinos, nos dispensó el honor de permanecer sobre cubierta, pues todas las tropas de desembarco y los oficiales descendieron á la bodega. El rio tiene un canal determinado que pasa á tiro de fusil de las barrancas del Tonelero. A poco andar divisamos las masas rojas de infantería de Mansilla distribuídas en pelotones. Mas tarde descubrimos otras que estaban parapetadas de prominencias ó de zanjones.

Llegados á la altura de las baterías pudimos contarlas una á una, y ya habíamos pasado cuatro cañones cuando vimos galopar un ayudante con la orden de hacer fuego. Cuento estos detalles para mostrar la miseria de nuestros medios de guerra, y la impericia de los bárbaros para el uso del cañon. Cruzáronse ochocientas balas de cañon, que deben tasarse á doce pesos por tiro, y en todo el combate de cincuenta y cinco minutos que tardó la escuadra en pasar, hubieron tres muertos, dos heridos, y cinco balas metidas en los cascos. Mansilla había preparado una batería de balas rojas que no incendiaron sino unos malos sacos de fariña y harpillería de á bordo, que fué apagada en el instante. Mansilla pasó un parte pomposo á Rosas, mientras que Grenfell dijo apenas lo sucedido, á saber: las disposiciones tomadas y el paso efectuado, pues no se trataba de otra cosa. En el parte tuvo la atencion de nombrar á sus huéspedes, como parte de los combatientes, cosa que no pude hacer yo en el Boletin del ejército, por evitar ponernos en evidencia. (1)

---

(1) Parte dado por el almirante Greenfell del combate del Paso de las Piedras:

Illmo. e Exmo. Sr.—Tenho a honra de participar a V. Exa. para informação do governo imperial que, tendo disposto tudo para o embarque da 1ª divisão do exercito imperial destinada a Entre-Rios, sahi da Colonia con os vapores *Affonso, Pedro 2º Recife* e *Dom Pedro* sendo embarcado n'estes 1,198 prazas da 1ª brigada de infantaria, com o seu commandante o Coronel Francisco Fonseca Peres Pinto, destinada a reunirse a vanguardia do exercito aliado no Diamante.

N'essa tarde chegamos em fronte da villa de San Pedro, donde achei no melhor estado de aceio e promtidão, a divisão commandada, pelo capitão de mar e guerra Guillerme Parker compostos das corvetas *Dona Francisca, União*, e brigue *Caliope*.

Dei n'essa noite as disposições necessarias, e pela madrugada do dia 17 tomando

Mas amenazante, mas pintoresco y mas inofensivo se presentó el paso del Rosario, cuyas alturas divisamos desde lejos coronadas de tropas.

El canal del rio se dirige hacia la barranca á poca distancia del Rosario, la villa se mostraba á nuestras miradas, las puertas de la casas llenas de gente atraída por la novedad del espectáculo. Los cañones de los vapores eran inútiles, dominándonos la infantería desde lo alto de la barranca á tiro de pistola. La infantería alemana, ciento setenta en número, y los únicos que se hallaron en Caseros, pidió por favor que la permitiesen guarnecer el puente, menos por sed de gloria y de combates que de miedo de volver á la bodega y derretirse de calor como les habia sucedido el dia anterior. El batallon de milicia del Rosario, que podría haber saltado á la jarcia, tan cerca desfilábamos por su frente, permaneció inmóvil, ahorrando así el derramamiento inevitable de sangre esta vez. Aquel batallon ; se componía de nuestros amigos y lo probó diez dias despues. Cada soldado palpitaba, pues, de placer de vernos pasar y convencerse de nuestra fuerza y superioridad.

---

o *Affonso* a reboque a *Dona Francisca,* o *Dom Pedro 2º* a *Unido,* o *Recife* a *Caliope,* e o *Dom Pedro* junto a o *Affonso* subimos o rio promptos para combate. Achamos o Obligado desocupado, porêm, ao aproximarnos ao Passo do Tonelero, onde o General Mansilla, ha muito tempo estaba ocupado em preparativos para obstar a nossa passagem, colocando convenientemente toda sua artilharia, construindo fornalhas para ballas ardentes &. &, vimos as barrancas corôadas con doze bocas de fogo em baterias, e trincheiras cheias de infantaria, com a cavallaria em reserva. N'esta occasião ordenei que toda tropa do exercito se abrigase nas cobertas dos vapores: o que se cumpriu contra os desejos d'essos bravos soldados, ficando encima somente o digno comandante da brigada, seu major, os commandantes dos corpos, alguns officiaes e atiradores, e os distintos coroneis e tenente coronel do exercito aliado *D. Wenceslau Paunero, D. Domingo Sarmiento,* e *D. Bartholomeu Mitre.*

Mandei tambem que o *Affonso,* o que trabalhaba somente con duas caldeiras do lado opposto as baterias, conservando em defesa as outras duas, diminuisse seu andar o mais possivel, para não separarse dos navios da retaguardia.

Ao meio dia, estando a divisão a meio tiro de fuzil das baterias, romperão estas sobre ella um vivo fogo de ballas ardentes, metralha e fuzilaría que foi inmediatamente respondido com balla, metralha y fuzilaria de toda a linha: e sustentao pelos nossos com tanto vigor que as puntarias do enemigo derão logo a conhecer a sua perturbação.

N'uma hora estaba effectuada a passagem, e os navios seguian rio acima ao som das musicas que tocarão o himno imperial.

A divisão tuvo dois fuzileiros navaes, e dois marinheiros mortos, e um encarregado e dos marinheiros feridos, sendo a major parte do *Recife, Affonso* apenas recebeu no costado algumas ballas de fuzil, e nos outros navios a artilharia causou pequeno damno: felizmente a forza do exercito imperial nada sufreu: o que claramente faz sentir a mão protectora da Divina Providencia.

Llegamos al fin al Diamante ó Punta-Gordo, punto de reunion del ejército para efectuar el paso del Paraná. Llevé á Paunero y á Mitre á presentarlos al general. Mientras ellos eran introducidos, Elías me dijo: Ayer no mas hablábamos con el general de Vd. Ya no llevará imprenta, porque las marchas serán muy rápidas — Y traigo imprenta y muy pesada, pero todo se allanará. Mas tarde entré á saludar al general. Ofrecióle á Paunero hacerlo jefe del detall de la division de caballería del general La Madrid. En aquellos ejércitos el jefe del detall, donde no hay otro detalle que repartir tabaco, es un comandante que sabe poner un parte. Paunero no había querido aceptar un ministerio que le ofrecían en Montevideo, y era uno de los candidatos para la presidencia, en su calidad de hombre desligado de los antecedentes de los partidos. Paunero fué, pues, anulado y oscurecido en toda la campaña, en que fué mero espectador, porque realmente no tenía funciones. Hoy es jefe del Estado Mayor en su país, que es una alta y digna posicion.

---

Esperando ser novamente acommetido no estreito Passo de Ramallo levei até este ponto as corvetas; porêm, não achando ahi enimigo, as fiz fundear, e dei ordem ao commandante Parker para regresar a San Pedro com o primeiro vento favoravel.

No dia 18, ao aproximar-me da villa do Rosario, vimos de novo as barrancas covertas de infantaria e cavallaria estendidas em linha de atiradores: tendo de pasar a menos distancia que no Tolenero, fizerão-se os mesmos preparativos para combate: porêm, sem contar com a nossa artillaria que a altura das barrancas inutilizaba' dominando completamente as toldas dos vapores.

Ao chegar ao ponto mais estreito da passagem, vendo que nos não atiravão, dei vivas a Confederaçao Argentina, a liberdade e a queda do tirano, que forão respondidos pelos nossos, e parecerão bem acolhidos pelos de terra, adiantando-se varios d'estos para cumprimentar-nos.

Sem outra novidade, alem de encalharmos varias vezes, em consecuenza do rio estar extraordinariamente baixo demos fundo en este porto onde poucas horas antes había chegado o Sr. gobernador Urquiza.

Desembarquei inmediatamente a tropa, armamento, múniçóes e dinheiro que truxemos; e hoje deu-se principio a passagem da vanguardia, do exercito aliado para outro lado do Paraná.

O comportamento dos senhores commandantes e officiaes, engenheiros, soldados e marinheiros da escuadra no combate passado foi superior a todo o elogio: quando todos comprirão bem com o seu deber, injusto será fazer distinçóes; por isto omito enviar a B. Exa. com a copia inclusa da ordem geral nº 14, uma relação dos commandantes e officiaes presentes n'esse conflicto.

Deus guarde a V. Exa. Abordo da fragata a vapor *Affonso* no Diamante, 23 de Dezembro de 1851. Illmo. Sr. Conseilhero Manuel Vieira Tosta, ministro e secretario de estado, dos negocios de marinha — *João Pascoe Greenfell.* Chefe da esquadra, commandante en chefe das forzas navaes do imperio do Brasil no Rio da Prata.

Tomado de la *Revista Marítima brasileira,* Vol. II, Nº 2, Quinta-feira 15 de Janeiro de 1852.

Al dia siguiente me presenté á dar cuenta de mi comision y apenas entraba el general me dijo en tono de reproche. Ahí ha traido Vd. una imprenta pesada contra mis órdenes.
— General, no he podido evitarlo. Yo me permití indicar á V. E. que la imprenta debía ser en extremo liviana; si no he hecho lo que sabía que se necesitaba, es porque no había en qué escoger.—Sí, pero ustedes, (los unitarios sobre-entendido) ustedes gastan el dinero sin mirar para atras. Por eso nunca han hecho nada; yo con poco hago mucho— Señor general, en materia de imprenta soy autoridad. En tiempos ordinarios habría sido una buena compra—No lo digo por usted, añadió cambiando de tono, viendo que me defendía palmo á palmo.

Esta recepcion tan poco cordial me dejó turbado, ¡tan amigable fué nuestra separacion en Gualeguaychú, tan reservado había sido en Montevideo, con tanto entusiasmo me había preparado para la campaña! Y esto coincidía con el cambio de rol, mas bien con aquel chasco que acababa de experimentar Paunero. Una causa general debía obrar en esto.

Nuestra permanencia en el Diamante duró ocho dias. La mejor casa de la plaza me había sido preparada para mí recepcion por recomendaciones de Gualeguaychú. Todos los dias me presentaba en el cuartel general á pedir órdenes, no introduciéndome á la presencia del general sino por causa determinada. Me fueron presentados varios jefes, ó lo fuí yo á ellos. Trabé relaciones con el doctor Pujol, que fué mi compañero inseparable de campamento. Seguí no procuró verme, cosa que me hizo sospechar que había algo de real en aquella frialdad del general; porque estos palaciegos son verdaderos termómetros que miden el grado de favor de cada uno. Despues me contó Pujol un dicho de Galan que indicaba lo mismo. ¿Sabe usted, le dijo por mí, que este hombre no corresponde de cerca á la reputacion que tiene de lejos? Yo le expliqué el caso á Pujol diciéndole una majadería de mal género, pero risible, que me sacaba de apuros.

Estaba tan enamorado de la situacion del Diamante, y sobre todo de la magnificencia y grandiosidad del panorama que domina, que denuncié cuatro sitios con nombres diversos, entre ellos el de Mitre y Garrido, para venir á

establecerme. Ni en la villa ni en los alrededores la tierra tiene precio, y hasta largas distancias, cubierta de pasto duro y amargo, es sólo buena para la agricultura. A ocho leguas de la Bajada, y en la costa opuesta, Santa Fé, el Rosario, San Nicolas; Buenos Aires y Montevideo á la entrada del rio, doscientas leguas de islas de naranjos, duraznos, pasto y leñas para carbon, una colonia europea en el Diamante prosperaría asombrosamente en pocos años. Y la colonia estaba pronta. Una palabra bastaba para hacerla venir de la Alsacia. El capitan Caternaut de la division francesa expedicionaria, naturalista aficionado, y hombre lleno de entusiasmo por los países que había visto y el porvenir inmenso que les presagiaba, había pedido su retiro del servicio para consagrarse á promover la emigracion de sus compatriotas de la Alsacia, gentes extremadamente laboriosas y sobrias, amontonadas en un país estéril é ingrato. Mis escritos sobre emigracion y sobre los rios le habían vuelto el seso, y casi llorando me pintaba en Montevideo la felicidad que se reservaba para su vejez, viviendo á orillas del Paraná, en medio de los labradores que habría por millares hecho felices, trasportándolos á América. Escribióle al general una memoria, á que las exigencias de la guerra debieron naturalmente estorbarle contraerse; y partió para Europa dejándome instrucciones para dar pasos en favor de su fácil y realizable idea. (1)

El Diamante podía ser este centro de emigracion. La escasa poblacion que contiene es pobrísima é incapaz de desenvolvimiento, á causa de su ineptitud para el trabajo, no labrando la tierra, no poseyendo industria ninguna, ni lanchas siquiera para navegar el rio que corre inútilmente para ellos en su frente. Este es, sin embargo, el núcleo de todas esas poblaciones que vegetan en lugar de desenvolverse, y el barro de que los gobiernos quieren

---

(1) ... « Comme je ne veux pas quitter Montevideo sans vous dire adieu, permettez-moi, mon cher M. Sarmiento, de vous adresser ces quelques lignes de souvenir bien amical, de vous recommander mon jeune ami, et de vous répéter encore, qu'aussitôt arrivé en Alsace je m'occuperai de suite et très sérieusement de ce qui a été convenu entre nous. »

« Veuillez, je vous prie, si vous en avez l'occasion, me rappeler au bon souvenir de M. le général Urquiza... etc., etc... CATERNAUT. Montevideo 19 Décembre.

construir ciudades, trasportando de un lugar á otro, ó reconcentrando la poblacion donde esperan que se forme un pueblo. Paraná, Arroyo de la China, Concordia, Gualeguaychú, Nogoyá, Concepcion del Uruguy son las ciudades y villas que contiene Entre Rios, y alguna de las cuales, sobre todo Gualeguychú y Uruguay, se han desenvuelto mucho en estos últimos años. Esta necesidad de forzar á la naturaleza á producir lo que no puede dar de sí da origen á mil desaciertos económicos que, lejos de propender al progreso, no hacen mas que perpetuar la pobreza. Por ejemplo, es prohibido en Entre Rios tener panadería, velería ó jabonería en grande, á fin de que las pobres puedan amasar su pansito de aldea y colar sus velas. Pero como entre las pobres mismas habría concurrencia, es prohibido á los almaceneros de menudeo comprar el peso de velas á menos de siete reales por peso, lo que hace que la competencia vaya á luchar en el largo y grueso de las velas.

Es prohibida la introduccion de harinas, para que los habitantes siembren trigo. Lo que hace que los coroneles y el general hagan muy buenas cosechas, y que de cuando en cuando se le permita á este ó al otro amigo introducir sin pagar derechos doscientas barricas de harina para su negocio.

Para juzgar de los efectos prácticos de esta legislacion baste saber que uno de los privilegiados proveía al colegio del Uruguay, compuesto de ciento doce ó catorce alumnos, con *veintidos* pesos diarios de pan. El pueblo y aun familias de empleados no comen pan, porque es un lujo. El general tiene molino y panadería (en que trabajan mujeres por compulsion) á media legua del Uruguay, al cargo del coronel Acosta, oriental. Así se protegen las siembras. Es prohibido á los extranjeros salir á hacer sus compras, ni de gallinas á la campaña, debiendo comprar al precio que los paisanos vengan á venderles en las poblaciones. Es prohibido á los hacendados matar yeguas en sus haciendas, debiendo traerlas á los saladeros, ó venderlas á los que los tienen, que son por lo general los jefes, y el gobernador mismo. Es prohibido, en fin, por temporadas, á juicio del gobernador, matar su propio ganado los hacendados en sus propios saladeros, cuando el gobernador tiene grandes

contratos de cueros en Montevideo y Buenos Aires, para hacer bajar el valor del ganado. Es prohibido, en fin, comprar y vender estancias sin consultar al gobernador, que decide de la conveniencia y oportunidad del contrato.

Al coronel Pacheco le ofrecia el general habilitarlo con ganado para poblar un campo. ¿Para qué, general, si me ha de arruinar luego, le contestaba el favorecido, prohibiéndome vender ganado cuando necesite? Don Mateo García, que posee una estancia de sesenta leguas cuadradas con sesenta mil vacas, cien mil yeguas chúcaras, y seis ingenios á vapor, se quejaba de no tener con qué pagar veinticinco mil pesos por los quebrantos que las leyes protectoras le imponían no pudiendo vender su ganado.

El Entre-Rios es, pues, una grande hacienda con ganados y hombres, reglamentada y dirigida, ya por compañías de comercio, ya por leyes destinadas á producir ciertos resultados. Es la administracion de Mehemet-Alí, pero sin altura, sin el concurso de la ciencia y de la industria europea, que desarrollaría recursos, explotaciones y empresas. — Entre Rios es seco en algunas partes. El gobierno mandó á los hacendados que construyesen represas en las quebradas ú hondonadas del terreno. Los trabajos se ejecutaron, á ojo de buen varon, sin ingenieros y sin estudio. Sobrevinieron las lluvias, arrastraron el lodo y se rellenaron de tierra y ripio en un año las construcciones. Supieron entonces, muy á su costa, que no eran los bajos los lugares donde debían hacerse las represas.

Estaba prohibida la extraccion de ganado para Montevideo durante el sitio; cuando se abrió el comercio, despues del pronunciamiento de Mayo, la prohibicion continuó, concediéndose por gracia la extraccion primero al comandante del Uruguay, en seguida al coronel Basavilbaso, mas tarde á Lopez, y á otros. Al fin se tiró un decreto levantando la prohibicion, concediendo el permiso á *los hijos del país,* es decir, de la provincia, para estorbarles negociar á unos dos vascos de Montevideo que habían hecho muchos años este negocio en Rio Grande y que fueron con sus buques y su dinero á Entre Rios á continuarlo. Los licores no tenían derechos excesivos; pero habiendo establecido el general, en compañía con un español Nil, una destilacion de aguar-

diente de palma, ginebra, etc., se subieron derechos á los licores en general.

La administracion de las rentas se hace con una pureza de parte de los empleados de colectarlas que se concibe fácilmente de la tirantez de este sistema general de gobierno; la inversion se hace segun lo juzga oportuno el general, comprendiéndose en ella las escuelas y colegios que fomenta con un celo laudable, deslucido sólo por la coercion, y en los gastos de las guerras que emprende, bien es verdad que Rosas las pagaba, segun las cuentas que se le presentaban. De la tramitacion para invertir las rentas puede formarse idea por la cuenta que la Tesorería de Buenos Aires acaba de publicar, de cinco y medio millones de que ha dispuesto en unos cuantos meses, con este solo descargo: « por orden del general en jefe tantos mil pesos. » En Entre Rios, como he dicho antes, ni orden escrita queda en las aduanas y tesorerías. Los diarios han sido en estos dos años últimos muy fomentados, costeados por el gobierno; y aun las letras políticas estimuladas. Al poeta Ascasubi se le dieron mil ochocientos pesos por sus poemas gauchescos, si bien al Dr. Serrano, que escribió un libro serio, *Riqueza del Entre Rios,* fundado en datos rentísticos tomados de fuentes oficiales, y en notas estadísticas geográficas y comerciales recolectadas con suma laboriosidad, no se le tomó un solo ejemplar, y perdió seiscientos pesos que le costaba la edicion, sin embargo de que no andaba parco en lisonjas.

En este desorden que causa el deseo de hacer el bien por las inspiraciones de un buen sentido mal aleccionado entra el conato de moralizar la poblacion por medio de castigos exagerados, extraordinarios, inauditos.

El general Urquiza persigue de muerte el robo, como que es propietario acaudalado. En el Uruguay fué fusilada una mujer por robo de un cerdo de su estancia, y presa dos meses otra muy honrada por haber comprado un hacha sin cabo que le vendió un muchacho. No quiero referir historias espantosas. Pero hay un hecho que es contante y de que hacen alarde las autoridades de Entre Rios.

Las aduanas entregan las cantidades de dinero que se les pidan por quien quiera que les diga el general lo manda y

no hay mas que dos ejemplares, dicen, de robo de este género: uno que robó doscientos pesos y fué fusilado y el otro que por quinientos falsificó la firma del general, y fué descubierto por el hecho mismo de traer una orden escrita, contra la costumbre en Entre Rios. No se roba, pues; pero el hombre ha dejado de ser hombre perdiendo toda espontaneidad, todo instinto de bien y de mal, y toda idea de justicia. Es espantosa esta propension de los espíritus sin tradiciones sociales á arreglar la sociedad á su modo, á hacer desaparecer el mal inevitable por la creacion del mal mismo, que es el desorden, el arbitrario, la injusticia en la proporcion de las penas y de los delitos, en la ostentacion de una crueldad inevitable, necesaria, desde que se quiere obtener lo imposible. ¿Qué importa el robo de un cerdo, que remedia una necesidad, en cambio de un castigo espantoso que destruye toda idea de justicia?

---

## EL EJÉRCITO ENTRERRIANO

He hablado ya del de Buenos Aires. El de Entre Rios merece entrar en algunos detalles, que explicarán el número de soldados que se ponen sobre las armas cuando el gobierno lo requiere. La provincia de Entre Rios, segun los datos oficiales publicados por el gobierno, que sólo por exagerados pueden pecar, tiene cuarenta y seis mil habitantes, de los cuales dos mil setecientos extranjeros. Es regla estadística que los dos tercios de la poblacion de un país la forman las mujeres y los niños hasta 16 años, y del resto un cuarto los ancianos, los enfermos, y los ricos; de manera que haciendo todas estas excepciones, Entre Rios no puede poner sobre las armas sino diez mil treinta y seis hombres, y ¡cosa rara! el estado del Boletin Núm. 9 del Ejército Grande da 300 mas sobre la cifra calculada por los cómputos estadísticos. El estado, es verdad, exageraba las cifras; pero había divisiones que realmente no se presentaron en completo al Diamante.

Así, pues, en Entre Rios sale á campaña todo varon viviente, propietario ó no, artesano, enfermo, hijo de viuda, hijo único, sin ninguna de las excepciones que las leyes de la humanidad, de la conveniencia pública han estable-

cido para la organizacion de la milicia. Los dos batallones de infantería se componen de todos los zapateros, carpinteros, herreros, sastres, albañiles, sirvientes, etc., de las ciudades y villas. Las divisiones de caballería las forma la poblacion de cada departamento de campaña. Para reunirlos no se toman disposiciones extraordinarias. Los jefes de division mandan citar, y señalan dia y punto de reunion. Nadie falta, porque nadie puede faltar, si no se expatría para siempre. Esta omision es delito capital que se persigue sin piedad á fin de moralizar la poblacion.

En las vecindades de Landa visité una finca, en donde habia una vieja viuda, de 75 años de edad, porteña, de las primeras familias que vinieron á poblar el país, en tiempo, me dijo, de la jura de Carlos IV, no sé si se engañaba. Esta señora me dijo que iban en el ejército dos hijos suyos, un entenado, y los hijos de sus hijos, y otro habia muerto en la campaña anterior, y que uno moriría probablemente en ésta porque habia salido enfermo, levantándose de la cama para asistir al llamamiento, á que nadie puede faltar.

Los soldados de caballería se visten á sus expensas, y se presentan al campamento con dos, tres ó cuatro caballos si se les pide así. Estas tropas no reciben salario nunca, ni aun cuando están de guarnicion en las ciudades. Para la manutencion de las tropas se provee de ganado, por una lista de vecinos del departamento, segun su cupo, con devolucion del cuero y del cebo. Las milicias para la campaña contra Rosas empezaron á reunirse en Noviembre y principios de Diciembre: las sementeras, en donde se cultiva trigo, quedaron, por supuesto, abandonadas. El comandante del Uruguay mandó ofrecer á un comandante de la Banda Oriental seis reales por cada peon ó soldado que enviase á cosechar trigos; pero habiendo contestado éste que, siendo poco salario seis reales, él pagaría de su bolsillo dos reales mas, las autoridades de Entre Rios se indignaron y no se aceptó este expediente. Supliéronlos los inválidos del ejército de Rosas, que pasaban de mil, y no dejaban por eso de estar enrolados en los cuerpos, y las mujeres de un pueblo que se llama el Pueblo, compuesto de mujeres traidas prisioneras de la Banda Oriental en guerras anteriores, se hacen servir por compulsion y con salarios no discutidos por ellas.

Así, pues, á cada expedicion todos los trabajos se interrumpen, los talleres se cierran, las construcciones se paran, los sembradíos se abandonan á la naturaleza, supliendo esta parálisis súbita en las poblaciones los vascos é italianos establecidos en ellas, pues en las campañas les es prohibido morar, ni aun en los saladeros, salvo, sin embargo, en los del gobernador ú otro agraciado.

La fidelidad, la moralidad de estas tropas se mantiene de una manera muy sencilla. Las familias de los soldados que se adhirieron á Paz ó siguieron al coronel Hornos fueron deportadas á un punto desierto á poblarlo. El coronel Hornos me dijo en la isla de Fragas que todavía estaban allí y que sus parientes se le habían presentado, empeñándolo para que pidiese al general su vuelta. La desercion tiene, ó ha tenido durante diez años, pena irremisible de degüello, sea el número que fuere el de los delincuentes. En una de las pasadas campañas de la Banda Oriental un grupo de soldados había desertado con las chinas que los acompañaban. Tomados los prófugos, se dió orden al coronel, á cuya division pertenecían de degollar hombres y mujeres. El coronel cumplió la orden, excepto con una mujer embarazada, pidiendo se le diese tiempo de dar á luz la criatura. El general mandó en réplica dos ayudantes, uno con la orden de la ejecucion y el otro con la de presenciar si se cumplía para hacer, en caso contrario, degollar al coronel al frente de su tropa. No llegó este caso.

Estas crueldades son la base del sistema; sin ellas no puede haber ejército, ni levantamiento en masa. Así, pues, el sistema de los caudillos puede reducirse á esta simple expresion: un negocio de fortuna y de ambicion, efectuado por la poblacion en masa de la provincia de que se apoderan, con el concurso de todos los varones, en perjuicio propio, compulsados por el terror y sostenidos por la violacion de todas las leyes naturales y económicas en que reposan todas las sociedades.

Los resultados no se hacen esperar muchos años. Me ha contado el general Mansilla que cuando entró á gobernar á Entre Rios, despues de Ramírez, sólo había dieciseis mil cabezas de ganado en toda la provincia. Lafone, de Montevideo, hizo, despues de levantado el sitio

de Montevideo, explorar la campaña, y los datos que obtuvo le daban sesenta mil cabezas de ganados, de tres millones que había al principio de la guerra. Facundo Quiroga extinguió ganado y poblacion en La Rioja, y en Córdoba no han quedado cuarenta mil vacas, segun datos muy fundados. Pero lo que este sistema tiene de deplorable es el consumo espantoso de hombres que hace. Impotente como ciencia, como estrategia, como táctica y disciplina, suple á su deficiencia, aumentando el número de los combatientes. Así Chile, con millon y medio á dos millones de habitantes, nunca ha puesto en campaña mas de cinco á seis mil hombres, mientras que Entre Rios pone casi el doble á cada momento con una poblacion de sólo cuarenta mil habitantes. Las batallas no son menos desastrosas; pues que siendo inadecuadas las tropas por falta de disciplina y de capacidad para las maniobras, para sostener un combate reñido, el desorden se introduce en las filas luego, la derrota se pronuncia, y los vencidos son entonces muertos sin piedad y los prisioneros, y aun los paisanos que no estuvieron en el combate; y todo para inspirar terror, dar brillo á la batalla y acrecentar el renombre del caudillo, que es un *capitalito* que se va desenvolviendo, que principió por bodegonero, se hace despues almacenero, hasta ser banquero, es decir, gobernador de provincia, dispensador de la muerte ó la vida, de la ruina ó la fortuna, y aun despues emprende en grande el negocio de hacerle un hijo macho á la historia, llamándose restaurador, director ú otra cosa peor.

Pero esta es la gloria de la revolucion y de la regeneracion argentina. Las ideas económicas han penetrado hasta las masas populares. Desde Chile y desde Montevideo hemos roto el puñal con que se degollaba al infeliz paisano para hacerlo abandonar su casa y familia é ir á hacerse degollar en los campos de batalla sin paga, sin saber por qué, sino es que si se deserta lo han de degollar tarde ó temprano. Los últimos degollados fueron Santa Coloma en Santos Lugares, y los desertores correntinos en las costas del Paraná, que abordaban á Entre Rios en número considerable, mientras nosotros marchábamos sobre Buenos Aires. El general Urquiza ha pros

crito despues su medio de compulsion, esto es, ha desmontado su máquina. Sus jinetes peleaban por vivir en paz, cayendo Rosas; y vueltos á Entre Rios, con el Paraná de por medio, veremos si los paisanos salen de nuevo á corretear la Pampa, porque á su general le vino un dia la rabia y empezó á lanzar denuestos oficiales contra Buenos Aires, cuyos derechos había reconocido la víspera. La última faz de la revolucion va á ser la lucha entre los caudillos y sus secuaces.

Hé aquí los dos primeros boletines:

## BOLETIN NÚM. 1

### EJÉRCITO GRANDE DE LA AMÉRICA DEL SUR

Cuartel General en el Diamante, 11 de Di-ciembre de 1851.

El poder mentido del tirano se desmorona antes que el empuje de nuestras armas vaya á derrocarlo con estrépito. Esos millares de argentinos que trata de oponernos son todos nuestros amigos y nuestros auxiliares. Ellos nos llaman con ansia de todas partes, y, tardando á sus deseos, atraviesan el Paraná en busca nuestra, para mostrarnos el camino, desierto de enemigos, que conduce á la guarida del tirano.

El 10 del corriente trescientos doce individuos de tropa y oficiales de la division de González, bajo las órdenes del capitan González, llegaron á nuestros acantonamientos á incorporarse al Grande Ejército. Su intento era aguardar el paso del Paraná, pero la indiscrecion de un deseo mal disimulado traicionó el intento de toda la division, y, sorprendidos á deshora, sólo trescientos pudieron proporcionarse caballos para acometer la fuga, no obstante el fuego de la artillería con que habían sido rodeados sus acantonamientos.

Este hecho revelará á todos el espíritu que anima á las poblaciones argentinas. Aquellos soldados son vecinos de la Guardia del Monte, al sur de Buenos Aires, el teatro de la elevacion de Rosas y sus mas ardientes sostenedores en otro tiempo. Hoy están en las filas de los que se preparan á castigar al tirano de nuestra patria.

La desmoralizacion reina en las filas del tirano, mientras que en las nuestras, al número y al valor, se reunen la gloria antigua,





la grandeza de la noble causa que defendemos, el aplauso de todos los hombres de corazon y las bendiciones de los pueblos.

Paraná, *Imprenta del Estado.*

---

## BOLETIN NÚM. 2

Cuartel General en el Diamante, Diciembre 20.

La campaña del Grande Ejército que va á devolver la tranquilidad interior, la paz exterior y la libertad amenazada de cuatro estados americanos cuyas banderas flamean en nuestras columnas, se ha abierto con un hecho glorioso de armas. Una division del Brasil, nuestro digno aliado, compuesta de mil hombres, ha venido á incorporarse á nuestras filas. Los valientes soldados del ejército han fraternizado ya en un campamento comun.

El primer laurel cogido en la campaña ciñe ya las sienes de nuestros aliados. El cañon de las baterías del Tonelero los ha hallado prontos á responder á la provocacion.

El 17 del corriente desfilaba por delante de aquella fuerte posicion, guarnecida por doce piezas de artillería y dos mil infantes, una division de la escuadra brasilera, al mando del almirante Grenfell, compuesta de los siguientes buques:

El vapor *Alfonso*, con dos piezas de á 68 y cuatro de á 32, conduciendo al batallon Núm. 8 y remolcando á la corbeta á vela *Dona Francisca* con catorce piezas de á 30.

El vapor *Pedro II*, conduciendo al batallon Núm. 13 de infantería, guarnecido de piezas del calibre de las del *Alfonso* y remolcando la corbeta *Union*, con ocho piezes de á 30.

El vapor *Recife*, remolcando al bergantin *Caliope*, teniendo entre ambos dieciseis piezas de á 30 y de á 18.

Ultimamente el vapor *Dom Pedro*, que marchaba fuera de la línea, al costado de la cabeza que ocupa el *Alfonso*.

A la altura de la tercera pieza de las fortificaciones del Tonelero rompieron éstas un fuego vivísimo de bala roja y fusilería, al que respondió la escuadra con otro mas certero y nutrido de metralla, bala rasa y fusilería, que desconcertó por un momento á los agresores. Durante cincuenta minutos se cruzaron quinientos cañonazos sin que la alevosía de disparar balas rojas produjese otro efecto que seis muertos y tres heridos en toda

la escuadra y cuatro balas de cañon embutidas en los cascos de los buques.

El enemigo, tan incapaz como malintencionado, quedó así burlado en su intento de estorbar el paso á nuestros aliados, gracias á las hábiles disposiciones tomadas por el intrépido y experimentado almirante Grenfell y la bizarría de sus tripulaciones.

En el Rosario la poblacion entera asistió sin temor á presenciar el paso de los buques que van á ayudar á sus compatriotas á darles paz y libertad. Las tropas situadas en lo alto de las barrancas, lejos de emplear sus fuegos á quema ropa sobre la cubierta de los buques que la posicion domina, respondieron con entusiasmo á los vivas que el almirante Grenfell les dió desde el buque que montaba: ¡ *vivas* á la libertad! ¡ al general Urquiza y al ejército libertador!

Quinientos doce hombres de caballería imitaron en el Espinillo el ejemplo de la milicia del Rosario, dejando presagiar el mas completo triunfo á nuestras armas y que en ellos encontraremos compañeros y auxiliares en lugar de enemigos.

Paraná, *Imprenta del Estado*.

---

## PASAJE DEL PARANÁ

Llegó el momento de pasar el majestuoso rio; y el difícil, el imponderable esfuerzo de pasar los caballos empezó á efectuarse. La escena la he descrito en el *Boletin* Núm. 3º, que causó una viva sensacion por todas partes, y en Buenos Aires, sobre todo, donde cada cual se preciaba de reconocer el estilo, no habiendo en ello mas que una escena, que, por lo grandiosa y bella, pocos no acertarían á describir dignamente.

---

### BOLETIN NÚM. 3

Cuartel General en el Diamante, Diciembre 25 de 1851.

« El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos mas grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran rio por un grande ejército.

« Las alturas de Punta-Gorda ocupan un lugar promi-

miento en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las mas grandes oleadas políticas que los han agitado. De aquí partió el general Ramírez, de aquí el general Lavalle defendiendo principios políticos distintos. De aquí se lanza el general Urquiza al grito de regeneracion de poblaciones en masa, y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

« La Villa del Diamante ocupa uno de los sitios mas bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina un vasto panorama: masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las vecinas islas, y en el lejano horizonte brazos del grande rio y la costa firme de Santa Fe, punto de partida de la gran cruzada de los pueblos argentinos.

« Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia la presencia de los vapores de la escuadra brasilera, y la llegada de las balsas correntinas, construidas bajo la hábil direccion de don Pedro Ferré, y capaces de contener en su recinto, circundado de una estacada, cien caballos.

« Al amanecer del dia 23 todo era animacion y movimiento en las alturas del Diamante, en la playa, en los buques y en las aguas.

« En los paises poco conocedores de nuestras costumbres el juicio se resiste a concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron á nado en un solo dia el Uruguay, en una extension de mas de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso a vapores y buques de calado.

« Esta vez el auxilio del vapor mismo hacia innecesarios esfuerzos tan prodigiosos. Embarcaciones menores pasaban de una a otra orilla los batallones de infanteria en grupos [illegible] que [illegible] bajo la superficie [illegible] de las aguas. El vapor Don Pedro, de ligerisimas [illegible] las balsas cargadas de caballos [illegible] general en jefe con [illegible] el paso de [illegible] se señalaban apenas. [illegible] en líneas [illegible] enteras veíase [illegible] en

volver atras á la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en el horizonte los rojos escuadrones de caballería, que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

« Daba impulso á aquel extenso y variado campo de accion la mirada eléctrica del general en jefe que, situado en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo á los unos y á todos actividad y entusiasmo.

« En medio de la variada escena del paso del Paraná descubrióse al sur el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas; y poco despues túvose noticia que el general Mansilla había abandonado los acantonamientos de Ramallo, dejando clavados los cañones que guarnecían el Tonelero. Los entusiastas vivas de la poblacion del Rosario saludaron á su paso á nuestros auxiliares, y varios oficiales del desconcertado ejército de Rosas obtuvieron pasaje en los vapores para reunirse á nuestras fuerzas.

« El 24, á las tres de la mañana, el general Urquiza se hallaba en la ribera occidental, dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operacion militar que arredra á los mas grandes capitanes está, pues, ejecutada, y el pasaje del Paraná, realizado por un grande ejército y medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor ó el poeta como uno de los sucesos mas sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos.

« La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, no media mas tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr ligero de nuestros intrépidos *jinetes* ».

El general permaneció todo el dia sentado en una silla al respaldo del rancho que servía de cuartel general, presenciando el pasaje, inmóvil, inabordable, porque aún sus allegados tiemblan de acercarse á él cuando desempeña una de esas funciones en que se quiere convertir el terror

en una fuerza motora, para hacer á otros, á riesgo de su vida, vencer dificultades, contra las cuales ningun auxilio inteligente se pone en juego.

Los soldados, nadando, luchaban horas y horas con los caballos que de la mitad, de los dos tercios del rio, se volvian para atras y volvian á la ribera. Una hangada construida sobre lanchas, hacía raros viajes con sesenta caballos en cada uno, por la falta de direccion, por la imperfeccion de los medios de embarque abandonados á caballerizos, comandantes de cada division, etc., etc. El resultado de la fascinacion mágica de la presencia del general fué que en todo el dia pasaron seiscientos caballos de treinta mil que aguardaban su turno. El general pasó en la noche el rio, y avanzó en las islas buscando la costa firme con los dos escuadrones que primero pudo montar.

Al dia siguiente, no habiendo quien ejerciese el ensalmo del terror, se acudió á los medios vulgares, vulgarísimos, de hacer las cosas, que fué encargar al general Madariaga de dirigir los trabajos, presidir al servicio de las hangadas, y se pasaron ese dia dos mil seiscientos caballos. En adelante se procedió con mas actividad, pues se les agregó un vaporcito brasilero para remolcar las hangadas, y entonces el pasaje de á nado, que era al principio como lo practican los indios salvajes, se convirtió en pasaje el vapor, cual conviene á pueblos que van á constituirse.

En el intertanto ocurrió una novedad, que nos tuvo perplejos largo tiempo. Dióse aviso que se divisaban humos de tres vapores que llegaban. Nadie podía conjeturar qué vapores eran, cómo habían forzado el paso del Tonelero, ni á qué venían.

El secretario del almirante Grenfell, no mas informado que nosotros, me escribió informándome de ello. (1)

La verdad era esta. Se había convenido que el resto de

..............................................................................

(1) «Acabamos de saber que temos algunos vapores para la de Toneleiros querendo passar; mas que Mansilla ches tem feito fogo; tratamos de veriguar istoi que nao pode ser certo si nao por algun engano, ou novas ordens do Conde de Caxias por quanto nós nao esperavamos por iso. Os vapores nao sao armados, e echam carregadas de gente, de sorte que nao devem sós, de modo alguns, tentar passar. Como pode ser falta, bom é que se nao divulgue esta notícia.—Diciem 23 Affonsoro 1851.—*Lucio d'Araucho*».

las tropas brasileras que debían tomar parte en la campaña desembarcasen en un punto del territorio entrerriano, pero temiendo, sin duda, el general Caxias otro chasco como el de Montevideo, dió orden de venir al Diamante mismo La prensa de oposicion en el Brasil había hecho un *capital político* inmenso de la triste figura que hacía el Brasil en la guerra dando millones, marina y ejércitos para que los argentinos recogiesen laureles, y los brasileros les cuidasen los bagajes.

A los tres dias de comenzado el pasaje llega al cuartel general, que aún permanecia en el Diamante, el aviso de que en el laberinto de las islas andaban hacía dos dias seiscientos hombres perdidos, sin carne, sin vaqueanos, dispersos por escuadrones, en busca del rastro de los que les habían precedido, única seña y orden dejada por el general en jefe, rastro que, cayendo sobre arena, ó malezas tupidas, no habían podido encontrar. Era, pues, urgentísimo mandar carne á estos cuerpos, y veinte vaqueanos, lo menos, para que reuniesen las divisiones dispersas, extraviadas, y quizá acampadas, desesperando salir del atolladero. No había vaqueanos; todos los había llevado el general consigo. ¿Para qué? Para nada. La cosa se remedió como se pudo, pues ya las divisiones se iban empujando unas á otras. Murieron algunos soldados ahogados y muchos picados por las rayas, pescado ó demonio enterrado en el fango armado de espinas venenosas en la cola.

Entonces nos llegó casi simultáneamente la noticia de la toma de Santa Fe por la milicia de la ciudad del Paraná, toma hecha sin resistencia, pues nadie quería pelear, y de la revolucion del Rosario que nos entregaba un puerto seguro, casi en la frontera de Buenos Aires, adonde podíamos dirigir por los vapores infantería, artillería, bagajes. Esta revolucion del Rosario, hecha por los comerciantes, la milicia urbana y los oficiales de Lavalle, que se habían asilado en aquel punto de mucho tiempo atras, fué el acontecimiento que mas preparó el buen éxito de la campaña.

Yo me embarqué en el *Blanco* con mi imprenta fulminante que, balancéandose en el rio, había lanzado ya seis boletines, algunos de los cuales, á pedido de Pillado, para gloria eterna de su cascaron, llevan la data *á bordo del vapor Uruguay.*




## BOLETIN NÚM. 4

### CUARTEL GENERAL DEL DIAMANTE

Diciembre 25 de 1851.

Los sucesos se precipitan. La bandera libertadora flamea ya sobre las torres de Santa Fe.

El ayudante Rodriguez, que lo era del exgobernador Echagüe, ha sido el conductor del parte oficial que se remitió inmediatamente al Excmo. señor general en jefe que se halla al otro lado del rio.

El 23 la guardia cívica de la ciudad del Paraná, con alguna tropa de línea, á las órdenes del coronel Francia, efectuó denodadamente su desembarco en el Rincon, situado al norte de la ciudad. En lugar de las resistencias á que iban preparadas encontraron una poblacion entusiasta que los esperaba para incorporárseles. El coronel Francia marchó inmediatamente sobre la capital, acompañado de las milicias de caballería del Rincon; pero al aproximarse vióse la bandera entrerriana flotar sobre las torres, y muy pronto la poblacion y las autoridades abrazaron á sus libertadores.

El batallon de milicia de Santa Fe, con su jefe el señor comandante Comas á su cabeza, salió formado á fraternizar con sus hermanos del Paraná.

El exgobernador Echagüe, huyendo de caer en medio de nuestra vanguardia al sur, se retiraba con su círculo y algunos soldados hacia el Occidente. La provincia de Santa Fe, signataria del Pacto Federal, libre hoy de sus opresores, entra desde ahora en el goce de sus derechos conculcados. Todas las provincias seguirán su ejemplo, si la ceguedad de los satélites del tirano no hace necesario que el filo de nuestras espadas vaya á romper las cadenas que las oprimen.

(Sigue el parte del coronel Francia).

*Imprenta volante del Ejército Grande.*

---

## EL ROSARIO

Descendimos el rio, y el *Blanco* atracó á las barrancas del Espinillo, puerto intermediario entre el convento de San Lorenzo y la villa del Rosario. Descender á tierra y montar á caballo fué la obra de algunos minutos. ¡A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en el horizonte, la Pampa que habia descrito en el *Facundo*, sentida, por intuicion, pues la veía por la primera vez de mi vida! Paréme un rato á contemplarla, me hubiera quitado el quepí para hacerla el saludo de respeto si no fuera necesario primero conquistarla, someterla á la punta de la espada, esta Pampa rebelde, que hace cuarenta años lanza jinetes á desmoronar, bajo el pie de sus caballos, las instituciones civilizadas de las ciudades. Echéme á correr sobre ella, como quien toma posesion y dominio, y llegué en breve al campamento del coronel Basavilbaso, á orientarme y pedir órdenes para el desembarco de mi parque de tipos, tinta y papel para hacer jugar la palabra.

Permítame el lector contar todo como ha sucedido. Si por modestia omito un detalle, no comprenderá cuanto mas tarde ha ocurrido. Hay en ello, mas que vanidad pueril, tributo debido á las ideas y muestra clara del espíritu de los pueblos, y las esperanzas y objeto de la revolucion incompleta aún. Seis personas encontré que regresaban á la villa del Rosario, los seis montados en silla, á la inglesa y sin mandil. Acerquéme á uno, y le dije: usted perdone, señor. ¿Supongo que son ustedes vecinos del Rosario? y á un signo afirmativo ¿á quién debo dirigirme para que se prepare una casa para la imprenta del ejército?—¿es usted el señor Sarmiento? Y con mi asentimiento, todos se descubrieron, cambiando las maneras respetuosas pero indiferentes en las manifestaciones mas vivas de simpatía, y me parece que algo de entusiasmo. Me dijeron que no pensase en nada, que ellos se hacian un deber de arreglarlo todo, y se despidieron llevando al Rosario la noticia de mi arribo.

Al dia siguiente fuíme, en efecto, al Rosario, donde me estaba destinada y preparada la casa de Santa Coloma,

una de las mas cómodas y capaz de hospedar veinte personas.

El juez de paz don Marcelino Bayo y los comerciantes vecinos acudieron en el acto, y cuanto la hospitalidad mas exquisita y la buena voluntad pueden, se puso á mi disposicion. Un señor Maldonado vecino, me decía: Esa gente que pasa mirando es por verlo, porque todos saben que ha llegado. Sus escritos de usted los saben de memoria todos. *Argirópolis* lo tienen hasta los soldados; y los que nada han leído saben por la *Gaceta* que es usted el enemigo mas terrible que ha tenido Rosas.

Mi primer diligencia, como se concibe, á la mañana siguiente fué ir al campamento general tres leguas distante. Dióme caballo un mayor Rodríguez que habia sido edecan de Echagüe, y galopando con el mismo de guía íbame contando los sucesos recientemente acaecidos, y extasiándose en las consecuencias próperas y felices que traería para el Rosario la caída de Rosas, y con ella el establecimiento de la libertad comercial, la navegacion libre de los rios; porque, señor, me decía, el dia que se naveguen los rios, el Rosario se hace tan grande como Buenos Aires; porque todos los caminos vienen al Rosario, el de Tucuman, Santiago, y las provincias de Cuyo. Hé aquí, ¡me decía mi vanidad, *Argirópolis,* galopando en la Pampa, la economía política demostrada por estas gentes de Rosas, como las campañas de Napoleon contadas por los soldados, que no alcanzaban á ver mas horizonte que el frente de su batallon.

Llegado al cuartel general me hice anunciar, é invitado á entrar en la tienda, los ojos fijos en Purvis, me senté medio de bruces, principiando por dar cuenta de los boletines publicados en ausencia del general, pero consultados con sus jefes. El general se mostró contentísimo, como nunca lo había visto: me elogió el tercero, aprobó todo, y añadió: «en adelante no consulte á nadie, ni á mí, escriba no mas; va bien, me gusta. Váyase con tiento: así, como hasta ahora va bien.»

Pasé entonces á consultarle los boletines nueve y diez que venía preparando, ya porque era preciso ponerse de acuerdo en las cifras de los Estados y rectificar errores inevitables en un documento fundado en datos orales que había

recogido yo mismo de cuantos podían dármelos, como porque la publicacion del estado de las fuerzas de Rosas podía tener sus inconvenientes, y para mí tenía ventajas que era necesario explicar.

Estos estados le dieron á Rosas un famoso chasco, en cambio del que él quería darnos, con tan poco discernimiento y habilidad. A mi vuelta á Montevideo traté de procurarme datos precisos sobre las fuerzas de Rosas y los hice pedir á Buenos Aires: Me mandaron el estado que se publicó en el *Boletin* Núm. 10, como sacado de las oficinas de Rosas. El estado era forjado ex-profeso para hacernos creer realmente que tenía 46.000 hombres. Para mí tenía 23.000 hombres, esto es, la mitad de la cifra. ¿Cómo engañar al embustero? Presentándole nuestro estado de fuerzas, ligeramente abultadas, á fin de que hiciese el mismo cálculo, es decir, sacar la mitad de la cifra dada. Y bien, nunca se ha dado chasco mas completo. ¿Cuánta fuerza nos suponen? empecé á preguntar desde el Pergamino á los pasados: 14.000 hombres. Despues de la batalla á los prisioneros: 14.000 hombres. ¿Al capitan de corbeta Magna, que era el confidente de Rosas en la exposicion de su plan? 14.000 hombres. Esta cifra invariable era la mitad de 28, como Rosas no tuvo antes de la derrota de Pacheco mas de 23.000 mil hombres, mitad de 47.000, y se cree que mucho menos. Salí, pues, de la tienda del general lleno de entusiasmo, con el corazon dilatado, disipadas las sombras que me habían alarmado en el Diamante.

Nubes negras y atormentadas se iban esparciendo por el cielo. El general me dijo: va á llover, y, con tono de burla: van á mojársele las plumas. Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paleto en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dió lugar á algunas pullas, á que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios. ¿Qué está haciendo, coronel?—Estoy componiendo el recado.—Yo no compongo mi silla nunca.—¿Quién ten-

drá fuego? decía un general en la marcha.—Yo, general, y sacaba una navaja de campo, inglesa, con eslabon, lanceta para caballos, y un almacen de herramientas.—Me muero de sed, decía alguno mirando mi caramañola de platina, colgada en el arzon de la silla. A los seis dias de campaña la silla, la levita y el quepí estaban debidamente respetados. Se han de reir de usted, me decía uno.—Ríase usted, le contestaba yo; y nadie se rie, cuando no hay de quién, aunque haya de qué.

Esto, que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos, seguido al pie de la letra, discutido con Mitre y Paunero, y dispuesto á hacerlo triunfar sobre el chiripá si permanezco en el ejército. Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá no habrá ciudadanos. A la broma del general, pues, contesté con mi argumento favorito, dirigiéndome al arzon de la silla, desatando las correas que sujetaban la manta, sacando mi paleto y poniéndome por encima una capa blanca de goma elástica que había hecho traer de Buenos Aires. No había que replicar.

Despedíme, así parapetado, del general cuando ya caían esas gotas gruesas como el puño que anuncian en la Pampa la proximidad de la tormenta. Llamáronme, al paso, de una tienda para presentarme á Seguí, que ahora se dignaba desear conocerme. Pero yo, que no daba puntada sin nudo, lo dejé con la palabra en la boca, diciéndole: «Celebro conocer á usted; pero la tormenta va á descargar y tengo tres leguas por delante;» metí las espuelas al caballo, rajóse el cielo despidiendo una andanada de rayos, y la lluvia descargó á punto de hacer á veces parar los caballos, incapaces de luchar con el agua que, como un torrente, les caía cuando llevábamos el viento contrario. En estos momentos, muy frecuentes en la Pampa, no hay hombre en pie, en los campamentos nadando en agua, ó acurrucado cada uno como mejor puede; y para acabar con estos detalles de mi propaganda culta, elegante y europea, en aquellos ejércitos de apariencias salvajes, debo añadir que tenía botas de goma para el caso, tienda fuerte y bien construída, catre de hierro del peso de algunas libras, de manera de poder

dormir dentro de una laguna, velas de esperma de noche, y mesa, escritorio y provisiones de boca de cargarlo todo en un caballo.

El dia pasó en acomodarnos. El *Blanco* echó á tierra la pesada imprenta, y con rodillos y poca gente, en la tarde, la prensa de hierro colado, del peso de sesenta quintales, estaba armada y las cajas listas para funcionar.

La noche llegaba, oyóse resonar la música á lo lejos, y, aproximándose cada vez mas y mas, entraron en las piezas de habitacion de la casa de Santa Coloma el juez, el cura, el comandante, seguidos de todos los oficiales, de dos sacerdotes mas, de todas las personas visibles de la poblacion, ocupando la calle, zaguanes, etc., el batallon de milicias, las mujeres, los niños del lugar. Era una manifestacion, una serenata. El lector creerá que la fatuidad de ser el objeto de ella se apoderó de mí. Yo no ví mas que el peligro de este paso, y traté de precaverme desde luego. Algun entusiasta salió á la puerta y gritó: ¡Viva el general Urquiza, el libertador de la Confederacion Argentina! ¡Viva el coronel Sarmiento, el defensor de los derechos de los pueblos, el amigo del Rosario!...

¡Bárbaros! me decía yo á estos gritos á que respondía la multitud con descargas cerradas de vivas, ¡me están asesinando! ¡me van á sofocar con sus abrazos! Y los gritos seguían, y lo que era peor es que el orador popular, un militar, decía cosas muy buenas y muy bien sentidas. Yo me acerqué al juez, y sucesivamente al cura, y al jefe militar, y casi al oído les di gracias por aquella manifestacion. Pero la cosa se prolongaba, y uno de los circunstantes se me acercó y me dijo que todos querían oirme hablar, sin duda por aquella preocupacion de Galan de creer que un autor es un libro, y que si uno coge al autor no hay mas que tirarle la lengua, para que empiecen á salir páginas, sin tomarse el trabajo de leerlas. ¡Qué buena cosa!

Pero yo pensaba en las consecuencias, y no quería largar prendas á los comentarios de la maledicencia, y aun de la buena voluntad, pues los amigos hacen mas mal con sus elogios que los enemigos en ciertas circunstancias.

Dije á cada uno que estaba muy conmovido, que no podría pronunciar dos palabras, que estaba con romadizo,

qué sé yo... porque insistían, y se dejaban estar, y la cosa se hacia pesada. Al fin, tomé el partido de dirigirme hacia la puerta, arrastrarlos hacia la calle, acompañarlos hasta la plaza, despedirlos y disolver la reunion.

Esa noche y al dia siguiente Maldonado, que creo que es español, y varios otros, vinieron á decirme que habían quedado todos pesarosos y algunos un poco descontentos de que no hubiese querido dirigirles la palabra. Para complacerlos sin comprometerme, para probar que la prensa estaba lista en tierra, aprovechando el dia, que era la víspera de un año nuevo, y la novedad de un impreso datado en el Rosario, dí á componer una carta dirigida á los vecinos en que, enumerando aquellas circunstancias, decía que tenía el ánimo de establecerme en la orilla del Paraná.

No estaba impresa aún la carta, no había transcurrido el día, cuando me empezaron á llegar avisos. El general está echando pestes en el campamento contra Sarmiento. Sus edecanes entrerrianos decían: Sarmiento se pierde, los otros preguntan por qué, y no sabía qué decirles. ¿Qué hay? ¿Qué ha habido?

A Roma por todo, me dije. La insignificancia de la carta le mostrará como he tomado la cosa, y lo que ello vale. Una vez impresa se la mandé con los *Boletines* siete y cho, diciéndole entre otras cosas: « Los vecinos del Rosario espe-
« raban á S. E., y como no viniese, han descargado su entu-
« siasmo en el primero que se ha presentado. Ahí le mando
« una carta con que he contestado á estas gentes, por no
« saber otra cosa que decirles. Estoy contento con el *Boletin*.
« Distrae los ocios del campamento, pone en movimiento á
« la poblacion, anima al soldado, asusta á Rosas, etc., etc. »

Los avisos del campamento eran, en tanto, cada vez mas alarmantes, los desahogos mas frecuentes y cada vez mas desmesurados. Al siguiente dia estaba escribiendo cuando recibí un oficio de Elías, que, por su contenido y laconismo, pude abrazar de una sola mirada. El mayor Ascasubi, que venía del campamento, á la sazon conversaba en otra pieza con Albarracin, Real y otros argentinos: miren, les dijo Ascasubi, la fisonomía de Sarmiento, el general le manda alguna nota rajante.

Yo me había inmutado, en efecto, al leer aquel desahogo indigno de la envidia recelosa de un hombre que no sabía

estimarse á sí mismo, ni comprender la altura de su posicion. « El general me encarga decirle que la prensa de Chile ha estado *chillando* en vano contra Rosas. He cumplido la orden. — *Elías* » — ¡ Eh ! ¡ miserables !

Yo me repuse de mi emocion, me levanté del asiento, dí dos ó tres paseos y me dirigí adonde estaban los otros, afectando la mayor compostura y diciéndoles qué sé yo qué cuchufleta. Nadie se dió por entendido entonces de los que estaban acechando y comprendiendo, y con algun pretexto salí á la calle, y me dirigí al Paraná, en busca de la serenidad que necesitaba para obrar.

El Paraná corría, como siempre, solemne, en silencio, inmenso, tranquilo. ¡ Oh ! Cuando las vicisitudes de la vida os opriman, lector, buscad el espectáculo de las cosas que son superiores á las vicisitudes humanas ; el curso de los grandes rios, las costas del mar, el perfil de las montañas. Yo me senté en la barranca y dejé vagar mis miradas sobre la superficie de las aguas, y media hora despues mi espíritu estaba rehecho, mi partido tomado, mi respuesta acordada conmigo mismo, ante este tribunal de la dignidad personal, de la justicia hollada, y ante la necesidad de no dejar ajar en mi persona el diputado al Congreso, el publicista. Escribí tranquilamente, saqué copia y llamé á Albarracin, mi amigo y pariente; lo instruí brevemente del caso, le entregué la carta del Rosario impresa, el oficio de Elías, y el borrador de mi carta; las cerré en una cubierta y se los entregé diciéndole: guarde esto, y si algo me sucede, haga publicar las tres piezas en la prensa de Montevideo. Entonces tomé el original y me fuí á casa del juez pidiendo conductor para que llevase á Elías la comunicacion que le entregaba, pidiendo que de regreso se me diese parte de la entrega, lo que sucedió á la mañana siguiente. Albarracin no me entregó sino el dia de mi salida de Buenos Aires las piezas depositadas, que son las que se registran en el memorandum. Debo agregar aquí un fragmento que suprimí en aquellas piezas justificativas, para mostrar que á este propósito de no dejarme ajar hermanaba la prudencia conveniente :

« Conociendo, como conozco, la bondad del señor general, apunto estas explicaciones sin admitirlas. Me temo que, como sucede siempre en derredor de los poderosos, hayan

celillos, envidias y deseo de prevenir al señor general conmigo, desfigurando hechos ó suscitando desconfianzas contra los hombres nuevos que se le acercan. Si hay algo de eso, yo estoy perdido, porque no sé hacer nada jamas para combatir esa clase de males inevitables. Al despedirme del señor general en Gualeguaychú le dije que contaba con su estimacion; pero me abstuve de decirle que contaba con su *confianza*, plena y entera, porque esa es la obra del tiempo, y yo espero, con el tiempo y mis actos, obtenerla sin límites, como la he obtenido siempre de cuantos me conocen.

«Acaso me he preocupado sin motivo de este asunto, pero debo confesarle que su carta de usted me ha dejado helado, en medio del interes que tengo de hacerlo en mi limitada esfera, para hacer irradiarse á todas partes la gloria del señor general, y hacer admirar su nombre por el mayor número posible de personas».

Pasamos Albarracin y yo el dia escuchando los ruidos de caballos, esperando un nuevo desahogo hostil. En la tarde llegó un señor Palacios que se preparaba á partir para Santiago del Estero á fundar á sus expensas un puerto en el Paraná, para cambiar el frente de su provincia y hacerla fluvial, y me pedia datos y consejos sobre la ejecucion de la empresa de que me creía su inspirador. Este señor venia del cuartel general, y á poco me dijo: ¡Cómo lo quiere á usted el general! Nos ha dicho á todos que es usted un patriota, un hombre honrado y el que goza de su mas completa confianza, y ese, añadió, no es *salvaje unitario*. Nos quedamos mirándonos con Albarracin, cada uno midiendo este insondable abismo de la miseria humana! Palacios me contó, entonces, como cada uno de los circunstantes habia abundado en el mismo sentido, y, por tanto, tocádole sin saberlo la llaga con *Argirópolis*, *Sud América*, el *Boletin* y la carta del Rosario. Al dia siguiente, para fingir que nada quedaba, le escribí á Elias, pues habiéndome contestado éste á una carta dirigida al general, creí no continuar en aquella práctica como antes, diciéndole que se me diese autorizacion para procurarme carretas, que yo respondia de llevar la imprenta al paso de la artilleria volante. ¡Qué sujeto! dijo el general delante de los circunstantes, dígale que no. ¡Quedaba, pues,

fuego bajo las cenizas! Un favorito llevaba seis carretas de negocio, él dos de equipaje, Virasoro una de forrajes y víveres, sesenta los brasileros, y sólo la prensa no podía marchar al paso de las otras carretas. El ministro Pujol, que no sabía nada de esto, me escribía en respuesta á otras diligencias que practicaba:

« *Espinillo*, Enero 7 de 1851.—Amigo querido: El asunto de la carreta para conducir la imprenta está allanado; era imposible que dejásemos nuestro mas poderoso ariete, pero ariete de construccion y de vida; he sentido ver alguna frialdad á este respecto en hombres como el señor Galan ».

Y cuando Galan no aprueba una cosa es porque él sabe cómo la toman mas arriba. ¿Hubo realmente el propósito de abandonar el *Boletin*, precisamente porque era la única novedad, la única fuerza activa del campamento? Mi habitacion en el Rosario estaba asediada de ayudantes de todos los ejércitos aliados en demanda del *Boletin*. Cuando iba al campamento del coronel Basavilbaso, el brazo derecho de Urquiza, me decía; hágame el favor de aguardarse, que he prometido á varios jefes brasileros presentárselo; otras veces: hay emigrados de San Nicolas que quieren conocerlo, etc., etc. De los boletines, de cincuenta que le mandaba al principio, convenimos en mandarle doscientos en adelante á él para satisfacer la demanda, y hubo *Boletin* que á mil ejemplares se agotó. Los jefes de las divisiones de Rosas se los leian á la tropa; los soldados que sabian leer iban á deletrearlos en grupos, y el general, cuyos elogios, cuya gloria hacían esos *Boletines*, se mordía de cólera, y trataba de humillar á quien tanto quería hacer por él. A Ascasubi le encargaba hacer versos gauchescos, y le daba por ello dinero, y á mí me decía: «¡este Ascasubi cree que él es quien hace la campaña con sus versos!» Servirse de dos y ajarlos: hé aquí el sistema de los caudillos; pero yo había estudiado á Facundo, y jurado servir bien y hacerme respetar, y conseguí lo uno y lo otro.

Elías me contestó que el general hablaba de mí con aprobacion, y entonces era necesario volver al cuartel general. Para hacerlo tomé mis precauciones. Escribí en un papelito: el perro Purvis va á morderme hoy; se lo




mostré á cuatro testigos y me lo eché al bolsillo. Yo sabía de memoria mi baron de Grati, mi ángel Elías, y me dirigí al campo. Llegaba en un momento fatal. Estaba para moverse el cuartel general, y el general para acelerar el movimiento estaba sentado á la puerta de su tienda, con el sombrero calado hasta los ojos. Alguien vino á hablarme de los rumores del campo, y lo hice apartarse, para no ser observado. Dirigíme á la tienda de Elías, y justificando al general me dijo: — «No haga caso; si es así el general; déle palo á Sarmiento, me dijo, y le escribí á usted. Con que á mí muchas veces me han sucedido cosas peores. Mal de muchos...» Un poco orientado acometí la descomunal empresa de atravesar sesenta varas de terreno despejado que mediaba entre ambas tiendas, solo y en línea recta á Purvis y al taimado Moises. No he tenido excitacion igual nunca. Debía ostentar una serenidad perfecta si no quería desbaratar mi obra, y la sangre me venía y se retiraba á borbollones del corazon. A pretexto de elegancia llevaba la espada de cierto modo, de manera de que la mano derecha, esta vez sin guante, anduviese frotándose con el pomo. ¡Ah, Purvis! ¡no sabes de la que te escapaste! Purvis gruñó á mi aproximacion, y un movimiento del general pareció decirle: aún no es tiempo.—¿Cómo está, señor general?—Bueno, siéntese.—He preparado dos *Boletines*, el 11 que ya está publicado con la carta de Arroyo-Pavon sobre los pasados.—Eso es falso, y yo no quiero que mientan en mi nombre.—Señor, es un parte del comandante Cevallos al juez de paz.—No es cierto el hecho, y no debe usted recibir ni de Elías sino de mí los documentos.—Anteayer había escrito al señor Elías indicándole la necesidad de tenerme al corriente oficialmente de los sucesos por temor de incurrir en errores.

—El boletin 12 está en prensa y contiene un documento del gobierno de Corrientes prohibiendo las requisiciones forzadas de ganado, para darles á los hacendados de la campaña de Buenos Aires seguridades sobre las ideas y conducta del señor general.—No: eso no se publica; porque me deja en ridículo á mí, que soy el jefe del ejército.—Va precedido de algunas palabras explicativas.—No, no quiero.—Bien, señor, no hay mas que hablar de ello. Hay tiempo de retirarlo. La conversacion cayó, y yo traté

de despedirme.—¿Qué, ya se va?—No, señor, voy á dar una vuelta en el campo, y pasar á la division Palavecino en busca de mis caballos, que me trae el caballerizo Sosa.

Escabullíme, pues, y á la vuelta de un matorral salté en mi caballo y gané la Pampa con mis asistentes, dejando dilatarse aquel corazon, aquellos tendones, aquellos nervios, tirantes por mas de un cuarto de hora de miedo.

Pero despues de mil ocurrencias de detalle llego á casa, y encuentro tirado el boletin número 12. Mandélo á Elías diciéndole lo ocurrido y que se lo mostrase al general, para ver si el exordio allanaba las dificultades previstas: en él se decía que los satélites de Rosas fugarían «cobardemente en presencia de la invencible « espada del general Urquiza, quien no ofrece fortunas « á nadie para que apoye la causa que defiende, sino « dar paz á la República, asegurar las vidas y propieda- « des de cada uno, á fin de que el congreso, elegido « libremente por los pueblos, dicte las instituciones que « mas convengan para promover el engrandecimiento de « cada fraccion de las que llevan el nombre argentino.» Merced á esta jaculatoria recibí orden de publicar el decreto de Pujol en que estaba condenado el sistema de requisiciones de ganado.

---

BOLETIN NÚM. 7 (1)

La poblacion del Rosario ha dado un ejemplo glorioso de patriotismo y de valor cívico. El 28, mientras el ejército atravesaba el Paraná, diez ciudadanos animosos se reunieron en la plaza, y lanzaron á la faz de sus opresores el grito de ¡Libertad! dando vivas al general Urquiza. Acudieron los soldados y oficiales del batallon Milicia Urbana en sosten de sus conciudadanos, y las tropas enviadas para sofocar el movimiento regenerador sólo sirvieron para engrosar las filas de los libres.

(1) Los boletines Nº 5 y 6, impresos en la *imprenta volante del Ejército Grande, á bordo del vapor oriental « Rio Uruguay »*, contienen las proclamas del general Urquiza al ejército y á los habitantes de la Confederacion, fechadas del 10 y 22 de Diciembre — (*Nota del editor*).

Don José María Echagüe y el mayor Garmendia se asilaron á bordo de un vapor antes que ir á refugiarse á la vacilante sombra del moribundo poder de Rosas. Don Pascual Echagüe y Santa Coloma, el terror del Rosario, que se dirigían á Buenos Aires y se proponían arrasar la provincia, huyeron despavoridos hacia Córdoba, con algunos centenares de soldados, al saber que el batallon del Rosario y setecientos hombres de caballería los aguardaban denodadamente para cerrarles el paso.

Gracias al heroísmo de los ciudadanos del Rosario, la subsistencia y poderosos medios de movilidad han quedado asegurados en toda la provincia. Catorce mil cabezas de ganado, de propiedad pública, están en nuestro poder, y cuatro mil hombres se han agregado al personal del Ejército Grande. Echagüe, Garmendia y otros empleados públicos descansan hoy tranquilos en el seno de sus familias, mientras que oficiales y soldados de Echagüe y Santa Coloma se presentan por centenares pidiendo una parte en la empresa de aniquilar al tirano.

¡Salud al heroico pueblo del Rosario que ha sabido conquistar su libertad por su propio esfuerzo! Tan bello ejemplo será imitado por los demas pueblos, ahorrando á la patria nuevas lágrimas y nuevos sacrificios.

(Siguen: Comunicacion de Urquiza al gobernador de Corrientes sobre lo ocurrido en el Rosario. — Parte del coronel José A. Fernández, comandante de la villa del Rosario. — Comunicacion sorprendida de Pascual Echagüe á Santiago Cardoso).

« Imprenta volante del Ejército Grande,
Rosario. Casa del salvaje unitario
Santa Coloma ».

---

*El gobernador y capitan general de la provincia*

Considerando:

1º Que el pastoreo en la provincia es el ramo que principalmente mueve el comercio, como que es su mas valiosa produccion.

2º Que de su fomento y progreso es que debe esperarse originariamente la prosperidad y engrandecimiento de la provincia.

3º Que la paralizacion del comercio no tiene ni puede tener otra causa que la decadencia del pastoreo, por efecto de la dilatada guerra que ha pesado casi exclusivamente sobre él.

4º Que es justo, urgente y necesario dar á este ramo la protec-

cion que demanda imperiosamente el derecho de propiedad y la conveniencia pública en todos respectos, cualquiera que sea el estado del país, y cualesquiera que sean los sacrificios que deban hacerse para conseguirlo.

5º Que la proteccion mas eficaz que puede dársele es consignar de hecho la inviolabilidad de la propiedad rural, descargándola, en cuanto sea posible, de la contribucion forzosa de las haciendas que consumen las tropas de la provincia.

6º En fin, que á este objeto la autoridad pública debe emplear toda su energía y medios á su alcance.—En uso de las facultades de que se halla investido, ha acordado y decreta :

Artículo 1º Queda severamente prohibida la contribucion forzosa de haciendas que, con título de auxilio, se exige á los hacendados para consumo y servicio de las tropas.

Art. 2º Dentro de quince dias siguientes á la publicacion del presente decreto los comandantes militares de los departamentos remitirán al gobierno un presupuesto del consumo ordinario y estrictamente necesario de la carne que el Estado debe hacer en el de su cargo.

Art. 3º En vista de ello, el gobierno proveerá á las comandancias de los fondos necesarios para el pago de las haciendas al contado.

Art. 4º Los comandantes son obligados á remitir al gobierno, al fin de cada trimestre, una relacion de las haciendas consumidas, y comprobada con los recibos en que harán constar precisamente los precios, las especies y las marcas.

Art. 5º Ningun hacendado podrá ser compelido á entregar hacienda de especie alguna si no le es abonado su valor corriente.— En el caso de duda sobre este, y de no haber exceso notable, se estará al precio puesto por el vendedor.

Art. 6º El hacendado es libre de vender á su eleccion la carne sola de la res, recogiendo la piel, ó vender una y otra.

Art. 7º En el caso de que algun movimiento militar exigiese urgentemente el concurso de alguna hacienda vacuna ó caballar, la autoridad departamental competente podrá exigirla proporcionalmente de los hacendados vecinos, sin el previo abono, si no tuviese fondos para hacerlo, muniéndose del correspondiente recibo, y ocurriendo al gobierno por la cantidad necesaria para verificarlo.

Art. 8º Cuando se destacasen partidas de fuerza armada, dentro

ó fuera del departamento, el comandante proveerá de la manera en que deban abonar el consumo.

Art. 9º El gobierno expedirá una circular á los comandantes y demas á quienes corresponda, en que dará con individualidad las instrucciones conducentes á que sea estrictamente observado lo dispuesto en el presente decreto.

Art. 10. Los comandantes militares son personal y severamente responsables de cualquier atentado contra la propiedad particular, cometido por ellos ó sus subalternos.

Art. 11. Publíquese, comuníquese y dese al registro oficial.

BENJAMIN VIRASORO.
*Juan Pujol.*

El doctor Alsina me había recomendado en Montevideo tranquilizar á los hacendados sobre las exacciones de ganado que eran la llaga irritada de las campañas. El decreto del doctor Pujol poniendo coto al mal en Corrientes me suministraba ocasion, y la carta á Santa Coloma que publiqué tambien, un fiel retrato de aquel sistema de expoliaciones.

Estancia del Honor, (1) 5 de Agosto de 1852.

*Señor don Martin Santa Coloma:*

«Mi querido y apreciado coronel: No puede U. S. figurarse el placer tan grande que tengo al escribirle ésta que me alegraré lo pase sin la menor novedad para lo que U. S. disponga mandar; el motivo de no haber escrito á U. S. antes ha sido por esperar la conclusion de la yerra, que ya se ha concluído, por lo que doy cuenta á U. S. de todo lo ocurrido; el señor don Francisco Seguí se ha portado perfectamente bien conmigo, y con toda la gente que acá en la poblacion está y ha estado en el trabajo de la marcacion y demas, nos ha auxiliado con todo lo que nos ha hecho falta y nos ha mirado con la mayor distincion y respeto, y me ha dicho en su retirada que le diga á U. S. que á los hombres que han estando trabajando de la vanguardia no ha tenido cómo gratificarlos, por lo que le doy cuenta á U. S. y le mando una lista de los individuos, y al mismo tiempo recomiendo á U. S. los hombres que se han portado y que han tra-

1) Se supone que esta *Estancia del Honor* era una que tenian á medias con Echagüe.

bajado con sus caballos, que son: Gabino Castro, Tomas Pérez, Andres Acosta, Eusebio Maldonado, Francisco Romero, Arias, Escobar y Rojo han trabajado á pie: y el capataz Manuel Alvarez tambien nos ha ayudado con su persona y caballos hasta la conclusion del trabajo; y todos los soldados que pertenecen á la division se han portado perfectamente y han servido con toda puntualidad y obediencia, por lo que se los recomiendo á U. S. y juntamente á la señora doña Juana, la mujer de Gabino; Mauricia, la mujer del sargento Moyano, nos ha servido y nos sirve hasta la fecha, y todos los demas vecinos, como U. S. lo presenció el primer dia. Tambien doy parte á U. S. de los cueros de garra que existen en la poblacion; de los animales que se han muerto y de los que se han carneado para el consumo son sesenta. Entregué á don Francisco sesenta y siete caballos de los que tenía á mi cargo, con nueve que me entregó el capitan Maldonado.

«El señor don Agustin Cardoso es el que ha quedado acá desempeñando las funciones de don Francisco Seguí por orden del señor general Mansilla, de lo que U. S. ya estará enterado, segun yo estoy impuesto. Mas como es deber de mi obligacion dar parte á U. S., y creo que este hombre es bastante inteligente segun lo que hemos conversado. En fin, U. S. dispondrá sobre todo lo ocurrido.—Y sin mas que esto reciba U. S. los mas finos recuerdos de todos los compañeros; los mios los tomará á medida de su deseo y en su persona á su señora y demas compañeros de armas de la benemérita division á que tengo el honor de pertenecer.

«Súbdito y subalterno que le ama de corazon,

« *Lucas Barbosa* ».

« *P. D.*- El capitan don Prudencio Arnold se ha portado y porta como verdadero amigo de U. S ».

Cansado de luchar con estos inconvenientes que me salían de donde menos los esperaba, resolví no hacer nada sin orden expresa, y durante cinco dias la prensa reposó en un estudiado silencio. Entonces recibí una carta de Elías que principiaba así: «Puesto que usted quiere publicar *Boletines*, el general me previene que le envíe esos documentos que pueden servirle...» Pero yo no quería tal cosa; era una comision que me habían dado sin solicitarla, y, aceptada, un deber que desempeñaba con ahinco, con ardor.

## BOLETIN NÚM. 8

Tendrán en la historia de la República Argentina lugar muy prominente las circulares que el gobierno de Entre Rios pasó á los gobernadores de las provincias el 1º de Mayo de 1851, invitándolos á suspender el encargo provisorio de las relaciones exteriores hecho al gobierno de Buenos Aires en 1828 y prolongado abusivamente por don Juan Manuel de Rosas hasta 1851, con el fin de hacerlo servir de título para subyugar á las provincias, erigirse en dictador, eludir la convocacion del congreso y violar descaradamente el Pacto Federal.

Hay un tribunal supremo que decidirá sobre la conducta observada por los señores gobernadores en aquella coyuntura solemne, y el fallo de la opinion de los pueblos interesados en el desenlace de la lucha emprendida contra el tirano de la República, para arrancarle un poder que ha convertido en instrumento de engrandecimiento personal y de perpetuacion monárquica. La historia dirá si el gobierno de Entre Rios estaba ó no en su derecho perfecto, segun resulta de los pactos escritos y sancionados, al pedir el cumplimiento de esos mismos pactos solemnes. La historia dirá si, despues de veinte años de poder absoluto provisorio, convenía autorizar al gobernador de Buenos Aires á ejercer por el resto de sus dias ese mismo poder irresponsable con el ridículo título de jefe supremo de la República.

Pero el general en jefe del Grande Ejército Aliado deja á los señores gobernadores de las provincias la responsabilidad de sus actos, limitándose, al pisar las costas occidentales del Paraná, en cumplimiento de su mision, á repetirles la misma invitacion que les hizo al concebir su noble empresa.

Descansando en el testimonio de su conciencia, apoyado en el espíritu y en la letra del Pacto Federal, y contando con la aprobacion de los pueblos y el triunfo de sus armas, el general en jefe del Ejército Aliado les haría la misma anotacion desde el fuerte de Buenos Aires, si obstinacion tan injustificable en su silencio ó en el apoyo que prestasen al tirano pudiera merecer tanta indulgencia.

Sigue la circular á los gobernadores, fechada en el cuartel general en Carcarañá el 26 de Diciembre, que dice:

Una serie no interrumpida de acontecimientos felices para la digna causa de las repúblicas del Plata, y, mas que todo, la justicia de la re-

volucion contra Rosas, pronunciada por el pueblo entrerriano el 1° de Mayo del corriente año, seguido por el pueblo correntino y por el poder incontrarrestable de la opinion nacional y de las simpatías americanas, me llevan sin demora al centro mismo de los recursos del tirano.

Al frente de un numeroso é invicto ejército de vanguardia, á quien sigue otro no menos grande y denodado de reserva, marcho á buscar al feroz autócrata del Rio de la Plata, resuelto á derrocar su autoridad despótica, removiendo así el único obstáculo para la paz pública y felicidad general.

Me asiste la mas plena confianza de que, valorando V. E. en su verdadero carácter el espíritu y tendencias de esta cruzada de civilizacion y de libertad, contra el enemigo comun de todas las glorias americanas, armonizará con ella su política, proporcionando al heroico pueblo que le ha encomendado su suerte una oportunidad brillante de adquirir los verdaderos títulos de la gloria y de desmentir el equivocado concepto de los extraños, debido exclusivamente al general Don Juan Manuel de Rosas.

Dios guarde á V. E. muchos años.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

---

## AQUINO

En la tarde del 10 de Enero el teniente coronel Mitre y el capitan Forest se dirigian con otros por la Pampa hacia el occidente de los acantonamientos de varias divisiones de caballería, en busca de la division Aquino, acantonada la última muy adentro de la Pampa. Sobrevino la noche, extraviáronse de su rumbo, y vagaron largo tiempo por aquellas planicies pastosas, cuyo silencio sólo interrumpe el revolido de la perdiz que teme ser pisada por los caballos, y cuya monotonía alegran luciérnagas vagarosas como almas en pena.

Al fin, divisaron la blanquecina tienda del jefe, y allá se dirigieron. Era raro, sin embargo, aquel profundo silencio del campo; oíanse las pisadas de los propios caballos sin ecos, sin otros sonidos que las hiciesen menos distintas. Forest dió voces, y las voces se perdieron en la soledad. Vió al fin hombres durmiendo, hablólos, desmontóse, removiólos, tomó á uno en fin de un brazo, y sintió humedecidas sus manos, que pasó por su camisa y quedaron en ella estampadas las señales. ¡Era sangre! Forest montó á caballo, se reunió á sus compañeros y dijo al oído á Mitre : ¡ estamos

perdidos! El campo ha sido sorprendido por el enemigo, y esos que hemos visto están degollados. Paráronse, miraron en las tinieblas á todos lados, escucharon; ¡nada!

Dirigiéronse á la tienda entonces, en cuyos alrededores había cadáveres. Uno era el de Elgueta, sargento de granaderos á caballo licenciado de Chile, el otro era el de Aquino. Es, sin duda, necesario tener nervios de hierro para resistir al pavor supremo de estas impresiones en que la soledad del desierto, el silencio de la oscuridad dan pavores nuevos á la muerte. Aquino y Mitre eran amigos, y se habían convidado á pasar aquella noche juntos. Había sídolo yo tambien y negádome por mis ocupaciones. Al fin oyóse una voz firme que pedía auxilio. Era el Mayor Terrada, que había escapado amarrado, y pudo, una vez desembarazado de sus ligaduras, contar la horrible catástrofe. Aquino se ocupaba de arreglar sus malas conversando con Terrada, oyóse tropel, y dijo: disparada de caballos, dirigiéndose á la puerta de la tienda, donde una lanza lo atravesó de parte á parte, cayendo muerto en el acto. Hé aquí una historia bien corta. Otras heridas le habían hecho despues y una incision en la garganta. El semblante del cadáver tenía imponente seriedad, el ceño un poco fruncido y en los extremos de los labios la contraccion iniciada de la cólera, los ojos abiertos, aunque turbios, como si mirase, y los labios cerrados con naturalidad.

Habían, ademas, degollado al teniente coronel Aguilar y tres oficiales mas de los que habían sido de Rosas, y herido Villegas, chileno tambien, ascendido á alférez. Terrada tenía ya el cuchillo á la garganta cuando su asistente le dijo al asesino: «¿por qué matas á ese pobre diablo? Sácale las prendas y déjalo.» Hízolo así el soldado, y el asistente, dirigiéndose á Terrada: «arrástrese, señor, añadió, hasta esos pajonales; el primero que venga lo ultima,» y así había salvado Terrada.

Mitre regresó con sus compañeros, siete en número, y encontró en su camino una division brasilera. El rondin lo recibió á conveniente distancia, y desde allí, por una red de guardias y puestos avanzados, llegó hasta el jefe de dia, á quien dió parte de lo acaecido. De allí salió en busca de una division entrerriana de mil quinientos hombres de caballería, entró en el campo por la retaguardia, gritó, dió voces,

y despertando con dificultad un soldado aquí, saltando á otro escuadron, llegó al fin en hora y media á la cabeza y pudo dar parte al jefe de la desgracia, tomándose luego disposiciones para recorrer el campo, pues nada mas podía hacerse.

¿Cuál fué el origen de este desastre? El general sostuvo siempre que Aquino era un borracho, y que era la causa de los malos tratamientos que daba á la tropa, hasta que se sublevó hostigada por las tropelías de que eran víctimas oficiales y soldados. La sublevacion de la division Aquino es el nudo del drama de esta campaña, y sin jactancia puedo decir que sólo yo sé el origen de este suceso.

Como lo he dicho antes, había vivido en el seno de esta division, navegado con ella, y estaba ligado de amistad con muchos oficiales. Sabía, pues, la historia íntima de este cuerpo. Parte de los soldados habían sido presidiarios, aunque el coronel García, hermano de don Baldomero, me aseguró despues que éstos habían sido casi totalmente exterminados en la guerra oriental. El teniente coronel Aguilar era aborrecido de todos sus compañeros, debiendo entrar por algo en esto la superioridad de sus modales bastante cultos, lo que me lo hizo tomar en aficion. Yo se lo recomendé á Aquino juntamente con el capitan Guardia, el mayor Aramburu, y el mayor Recabarren. El mayor Aramburu tuvo reyertas con Aquino por detalles de conducta, y se separó del cuerpo. Digo que sé todo lo que sucedia en el cuerpo porque me lo contaba Aquino por un lado, y Guardia y Aramburu me lo habían contado por otro. Parece fuera de duda que un cabo Segovia fué el jefe de la revolucion, apoyólo un mayor Aguilar ascendido desde trompa, y la tropa y oficiales siguieron el movimiento por terror. Asegúrase tambien que los soldados llevaban á una vista á sus oficiales. El hecho es que la division llegó íntegra á Lujan, y Rosas le decretó honores, sobresueldo, y recompensas. He tenido en mis manos los cuadernos de borradores de Rosas, con los nombres de los premiados, y las cantidades puestas de lápiz al lado de cada uno, de su letra: « Don A. B., por ejemplo, teniente de la Escolta en 1836, hecho capitan por *el loco*, veinte mil pesos. » Esta expresion, el loco, estaba repetida invariablemente en cada partida.

Pero tomemos las causas en grande, las causas lógicas, históricas, para explicar los hechos producidos por las pasiones.

Aquino lo conocieron todos en Chile, y lo estimaron cuantos lo conocieron. Hijo de una familia de Buenos Aires, confió á su espada desde muy joven el cuidado de abrirle paso en la sociedad. En 1831 lo conocí teniente, de veinte años, con una herida fresca aún en la cabeza. Fué despues oficial de Lavalle, en cuyos ejércitos adquirió la reputacion de valiente que no desmintió nunca. El Boyero lo había adoptado por hijo, y cuando encontraban con seis hombres un escuadron enemigo, el Boyero le decía: venga, hijo, tome una leccion, y cargaban juntos. Emigrado al Perú, tomó servicio y se distinguió por actos de valor romanesco. Era un verdadero oficial de fortuna, franco, disipado, derramando el dinero ó la sangre, para satisfacer sus necesidades lujosas y elegantes, ó servir sus ideas políticas. Hablaba ingles y un poco de frances, y era el amigo de gringos y yankees, de capitanes de buques de guerra y de médicos de las escuadras; y con el ingles le había venido el uso del grog, el brandi y la ginebra de que tomaba, al uso ingles, todo el dia, sin propasarse sino rara vez. A mí me mandó pedir dos botellas de ginebra al Rosario y no quise mandarle, conociendo las ideas del general, pero despues se las procuró por otra via. Esta costumbre dió origen al rumor de que era borracho.

Un hombre de esta clase, un jefe que en el Perú había tenido los caballos de su cuerpo á *pesebre*, recibió una division de las de Rosas, soldados encanecidos ya, habituados á cierto modo de ser inveterado. Los oficiales, en gran parte, de la misma condicion del soldado, camarada el jefe de su propio asistente, comiendo juntos y sin ninguna de las distinciones de la jerarquía militar. Estas tropas, ocupadas en saladeros y otras faenas hacía cinco años, apenas sabían maniobrar, y los oficiales mismos, Recabarren el primero, habían olvidado la táctica, si no son las cuatro primeras reglas, diré. Esta division no había cambiado un solo jefe, un solo oficial, elevándose los mismos antiguos de un grado desde cabos á tenientes coroneles. Aquino era, pues, una anomalía, una cabeza de mármol sobre un cuerpo de arcilla. La represion dada á uno afectaba á todos, porque el

motivo era comun, y siendo todos amigos antiguos, y él solo el extraño al cuerpo, soldados y oficiales formaban una universal conspiracion de odio, de celos, de reprobacion.

Aquino cometió, ademas, dos gravísimas faltas que le costaron la vida. Jefe de brillo y de táctica, se desesperaba al tocar el arma con que debía combatir y hallarla pesada, mohosa é inmanejable. Emprendió, pues, la ingrata tarea de adoctrinar su regimiento, y por lo angustiado del tiempo prolongaba indefinidamente los ejercicios doctrinales, sobre terreno desigual con soldados viejos que casi habían olvidado todo. Su rabia era, en proporcion, de la vehemencia de sus deseos de mejorar la tropa y la ineptitud de oficiales y soldados. Esto los exasperó mucho. La otra fué que, acampando á discrecion en la Pampa, tomaba caballos de noche por estar prevenido para una sorpresa, lo que facilitaba los medios de dejar impune un levantamiento. Estas son las causas aparentes. La verdadera causa, empero, partía de fuente mas alta. Venía de la completa desorganizacion de aquel ejército, de la falta de Estado Mayor, venía, en fin, del general en jefe, único responsable de aquel desastre y de todos los que se le siguieron.

Dije al principio que no había querido organizar Estado Mayor para que ningun jefe militar tuviese parte en el mando del ejército, y que no se creyese necesario para él el auxilio de la ciencia y de la administracion, indispensable en grandes masas reunidas. Despues de la batalla de Caceros decía con jactancia: Ahí tienen una batalla y una campaña hecha sin Estado Mayor; para que vean lo que necesito yo de esos generales *fundillos caídos* (clasificacion que da á todos los veteranos, Paz á la cabeza). Me parecía oir á estos bodegoneros que, vendiendo grasa, se enriquecen y que dicen: qué me vienen á mí con libros, cuentas corrientes, balances, etc.; todas son pamplinas.

Quien crea que hay exageracion en estos reproches debe saber que en el Ejército Grande no había jefe de dia, ronda, rondin, patrullas, ni avanzadas; que no había orden del dia, ni Estado General del ejército, ni órdenes escritas, ni edecanes reconocidos, ni oficial ninguno de Estado Mayor. En las marchas la vanguardia avanzaba sin exploradores, reservas, gran guardia, flanqueadores, ni vanguardia de la vanguardia; y el centro, en tres columnas de infantería y

dos exteriores de caballería, no tenia ni vanguardia, ni avanzada de noche siquiera al frente. Este lujo inaudito de barbarie y de desorden se hacía en presencia de brasileros y orientales, que en sus campos respectivos estaban en regla. No había comunicacion regular por medio de los ayudantes, que de cada cuerpo debe permanecer uno en el Estado Mayor para llevar á sus respectivos jefes las órdenes que se impartan.

El general se jactaba, pues, de haber descendido mas abajo de las prácticas guerreras dé las Pampas; pues una vez Galan, mostrándole yo la *Petite Guerre*, que es el Manual de avanzadas, me decía : los indios toman todas esas precauciones.

La division Aquino se sublevó, pues, porque cada jefe acantonaba donde creía convenirle, y aquellos soldados, ausentes de su país qatorce años, no podían resistir al deseo de volverlo á ver. La vista de la Pampa sin obstáculo y la proximidad de los caballos fué la única causa de la sublevacion. La prueba de ello es que del lado del general en la vanguardia se fugó un escuadron de Hornos, antes de la sublevacion, se le siguió un tercio de la division Susbiela, y sucesivamente de los batallones de infantería hasta la sorpresa hecha al general Pacheco, que restableció la moral del ejército porteño. Tengo en mi poder interrogatorios levantados por el señor Jimeno y tomados en Caseros, en que los oficiales pasados con tropa anunciaban los que estaban prontos á pasarse.

Todo esto procedía de la falta de precauciones, vigilancia y organizacion íntima de los cuerpos, y el abandono de aquellas prácticas sencillísimas de los ejércitos en campaña, que alejan hasta el pensamiento de la desercion por la red de guardias, rondas, patrullas, jefes de dia y otras vigías que hacen imposible ó peligrosa la defeccion ó el motin. No hubo jamas santo dado al ejército, no habiendo guardias; y tres veces me han despertado á media noche en mi tienda hombres que venían de chasques de la vanguardia y penetraban hasta allí en busca del general Virasoro, sin haber encontrado un obstáculo, ni un centinela. Así, pues, la defeccion se ejerció por divisiones, como la de Aquino; por escuadrones, como la de Hornos; por compañías, como la de Susbiela; por mitades, como la de

los cuerpos de infantería. Si los entrerrianos no desertan es porque saben que tienen casa, familia y que para despues les aguarda la muerte, la ruina y la deportacion de todos los suyos.

Las consecuencias de la falta de Estado Mayor fueron que, con la defeccion de todos estos cuerpos, Rosas, que estaba acantonado definitivamente en Palermo, avanzó hasta Santos Lugares, y sus tropas, prontas á abandonarlo, se contuvieron y se aventuró la batalla de Caseros en la esperanza de nuevas defecciones de que nos salvó por casualidad la sorpresa hecha al general Pacheco en los campos de Cabral (1).

Las consecuencias de la falta de Estado Mayor fueron que, despues de la batalla, las tropas desbandadas saquearon los alrededores de Buenos Aires, y el 4 por la mañana vencedores y vencidos principiaron el saqueo de la ciudad, que se achacó á orden de Mansilla y motivó la matanza de ladrones en las calles de Buenos Aires.

La consecuencia de la falta de Estado Mayor fué el exterminio decretado de la division Aquino, y las escenas horrorosas de Palermo que deshonraron el triunfo.

¿Cuántas víctimas sacrificadas á la realizacion de un capricho inaudito, inspirado por los celos y la rabia de mando absoluto ?

—Aquino y seis oficiales.

—Cien individuos de su division aprehendidos y fusilados.

—Todos los muertos de una batalla, sin esta circunstancia imposible: puesto en peligro el éxito de la campaña.

—Ciento y mas víctimas del saqueo que nada se había hecho para precaver.

—Dos millones saqueados, segun consta de declaracion tomada judicialmente.

Pero lo que el general no apreciaba es que los brasileros que venían con nosotros veían diariamente la impotencia y nulidad de nuestros ejércitos, á punto de tener que decir

---

(1) « Buenos Aires, Febrero 11 de 1852. — Mi querido amigo : un abrazo; ya no somos esclavos: la tiranía murió el 3 del presente en los campos de Caseros, á cuatro leguas de la ciudad : la batalla no ha sido sangrienta, pues los soldados de Rosas no han peleado, deseando, como nosotros, la libertad, y si no hubiese sido la defeccion del regimiento del desgraciado Aquino, no hubiese habido un solo tiro ( *Carta particular á Chile* ) ».

yo muchas veces al brigadier Marquez y á sus edecanes que no se hiciesen ilusion, pues que nuestros ejércitos, los que habían hecho siempre la gloria de nuestras armas, no eran esa turba inculta de jinetes y paisanos armados, que sólo eran levantamientos en masa de poblaciones indisciplinadas.

---

## LOS SALVAJES UNITARIOS

En la primera entrevista que tuve con el general en el Espinillo me dijo que llamase á Rosas en el *Boletín* el salvaje unitario Rosas todas las veces que hubiera de nombrarlo. Se le puede probar, me dijo, que es salvaje, y unitario lo es por su gobierno. Esta vez su fisonomía presentaba señales de engaño, y como si quisiese con estas capciosidades sorprender mi buena fe: ¿Qué hacer para evitar este absurdo? ¿Cómo estar á cada momento suscitando una dificultad? Luego vi en los partes de los comandantes de avanzadas que todos traían estos tratamientos. En el *Boletin* Núm. 8 puse al pie: Imprenta del Ejército Grande (*casa del salvaje unitario Santa Coloma*), y en adelante, como consta de todos los *Boletines*, me abstuve de usar esta denominacion, comprendiendo muy luego que había en ello un sistema y un objeto. Obsérvese que el ministro de la guerra de Buenos Aires, el coronel Escalada, en su proclama á las tropas de Buenos Aires llamaba despues de la batalla á Rosas el *malvado, el degollador, el salvaje unitario Juan Manuel de Rosas*, para conformarse á las indicaciones del vencedor.

¿Qué secreto hubo en esta vuelta y recaída á sus antiguos hábitos y odios del general? En Montevideo no pensaba así, y mas tarde suministraré de ello una prueba evidente. ¿El chasco dado á Paunero partía de este principio? ¿La fría recepción que yo encontré en el Diamante venía del mismo origen? Una carta de un coronel vino á mostrarme este hecho en toda su desnudez. Con motivo de la sublevacion de la division de Aquino escribía desde la vanguardia á un amigo suyo estas horribles palabras, ignorando el triste fin de la víctima: «Acabo de saber, *con el mayor placer*, que se le ha sublevado su division al salvaje unitario Aquino y

se lo llevan amarrado á Rosas. Luego vamos á vernos libres de toda esta canalla, y pronto tendrá por allá á Ascasubi con una barra de grillos, y otros le seguirán; pues el general los trata á todos á la baqueta, etc.»

La verdad se arriesga en repetir estos hechos, pero mas seria aun si afirmase que quince dias despues otro jefe de vanguardia decía: yo no les tengo ganas á los mazorqueros, sino á estos pícaros, dirigiendo la vista hacia mí, que estaba á pocos pasos en mi tienda de campaña. Los órganos de este espíritu pertenecían á la familia de los antiguos caudillejos, y hay cinco personas que conocen estos detalles.

El coronel Chenaut había venido desde el Brasil á ofrecer al general sus servicios, que le fueron valiosísimos en la batalla de Caseros, y Chenaut recaló al Rosario en busca de asistente y caballos, porque el general le había negado terminantemente una y otra cosa. El coronel Paunero, el ayudante Ortiz, el coronel Pacheco, aún sin colocacion, sufrían en el cuartel general esas torturas de la indiferencia, y de dicharachos soltados á designio delante de ellos. En fin, en el momento de ponerse en movimiento la vanguardia, Ascasubi y Pacheco, habiéndose bajado del caballo á beber agua, recibieron orden de marchar á pie, lo que ejecutaron en presencia de todo el ejército.

Yo permanecía en el Rosario reconcentrándome cada vez mas en mí mismo, y no frecuentando sino la relacion de hombres que eran mis amigos íntimos. En estas circunstancias llegó don Benigno Villanueva de Mendoza, á quien presenté á muchos jefes y le hice pasearse por los campamentos para que pudiese juzgar del poder irresistible de nuestras armas; pero debiendo regresar á Mendoza, y teniendo plena fe en la lealtad de su carácter, me abrí con él y le dije: aconseje á los amigos de Mendoza que traten de aprovecharse del momento de desquicio que va á traer la caída de Rosas, y que se apoderen del gobierno los ciudadanos. No tienen tiempo que perder; si no el despotismo va á reorganizarse inmediatamente con los mismos hombres de Rosas.

Encarguéle que escribiese á San Juan lo mismo, no atreviéndome yo á hacerlo. No sé si hizo uso de mi

consejo; pero él está ahí para dar fe de ello. Otro tanto hice con un señor Martínez, de Buenos Aires, que regresaba á Montevideo, previniéndole que guardase el mayor sigilo sobre el espíritu que dominaba la política del general; pero que al doctor Alsina y á López les instruyese menudamente de lo que sucedía, encargándoles que si había, como se esperaba, un pronunciamiento en Buenos Aires, volasen á organizarlo, para que no se desenvolviesen las fatales consecuencias que yo preveía. López alcanzó á contestarme y tratar de quiméricas mis aprensiones.

Así, pues, todos los actos que despues del triunfo tomaron de sorpresa á los vencedores mismos venían desde entonces premeditados. El general se persuadió que había realmente unos hombres que se llamaban unitarios, y en la proclama del 23 de Febrero calificaba de *odiado* el epíteto de salvaje unitario. ¿Odiado por quién? ¿Qué había visto en su tránsito por Santa Fe, y en la campaña de Buenos Aires que lo confirmase en sus prevenciones? El Rosario había sido sublevado por la influencia de comerciantes, antiguos oficiales de Lavalle; el entusiasmo público se dividía entre él y otros que habían llevado aquel nombre; San Nicolas fué levantado, defendido por la misma influencia.

Ultimamente, habiendo Rosas prodigado estos vergonzosos epítetos á sus enemigos, como todos habían concluído por serlo, todos aceptaban el epíteto y se honraban de ello. Pero lo que hacía mas desastrosa esta recaída en las necedades ridículas y ya gastadas de Rosas era que, lejos de encontrar simpatías en el ejército, suscitaban una sorda indignacion entre los jefes y oficiales que estaban al mando de las tropas, cuyos dos tercios eran entre generales y oficiales superiores, y aun varios jefes de su escolta, hombres que tenían antecedentes de que se honraban, y en que persistían.

En el Rosario presencié una cosa extraña, que, aun en su deformidad misma, mostraba la asociacion íntima que la opinion hacía de las ideas nuevas con la causa y la persona del general Urquiza. Había recibido mil atenciones de un señor Aldao, joven muy bien educado de Santa Fe, y relacionado con la familia de Cullen. Hube de pagarle la visita, y al entrar en sus habitaciones presentóme á

un joven, hermano suyo, quien me dió la mano con muestras de la mas viva emocion, despues de lo cual volvió atras y se dirigió á una cama, se acostó de espaldas y cruzó los brazos. Su hermano me dijo con tristeza: es la catalepsia, y la emocion de haberlo visto á usted ha causado probablemente el ataque, pues tenía mucho deseo de conocerlo. Debo decir, para justificar estos detalles, que estaba ya muy habituado á este cumplido, prodigado por todos en el Rosario, y aun mas adelante tanto, que el doctor Pujol decía una vez, interrogando á un hacendado: quiero ver si encuentro un vecino que no lo haya oido nombrar á usted.

El joven enfermo se entregó luego á movimientos convulsivos, y golpeando una mano en la otra hacía el signo de caer. Es Rosas que cae, me decía su hermano. Ahora va usted á ver la serie de fenómenos que presenta esta enfermedad singular. Ahora no tiene conciencia de sí mismo, y repite todo lo que oye. ¿Cómo estás, Pedro?—Cómo estás Pedro, respondía.—Pasa una carreta.—Pasa una carreta. Hablábanle en voz baja, y repetía las frases con la misma acentuacion; daban tres golpes en la mesa, y los repetía con la misma cadencia en la muralla.

Un momento despues el señor Aldao me dijo: Ahora expresa fielmente todo lo que piensa interiormente. Lo que nos oculta cuando tiene el uso completo de su razon lo revela en este período de la enfermedad, en que no es dueño de sí mismo. ¿Piensas siempre ir con el ejército? le preguntó.—¡Um! veo que es imposible con esta maldita enfermedad. Si me da á caballo, ¿quién me favorece?—¿Por qué te ha dado la catalepsia?—Es la primera vez que la tengo de placer, é indicó la causa; añadiendo cosa parecida á los vivas de la serenata de dias antes, con una emocion, con detalles del rol de cada uno de los individuos asociados en su mente, que mostraban que era una idea arraigada, clara y fija. No sé qué otra trasformacion se siguió, pues yo mismo estaba aturdido de ver los fenómenos extraordinarios de enfermedad de que en los libros se encuentran descripciones. El señor Aldao se acercó á él y le levantó una pierna en el aire, y la pierna se quedó ahí inmóvil; levantóle un brazo y sucedió lo mismo, hasta que se los bajaron mas tarde. Al pedir fuego

para encender el cigarro, añadió, lo ha tomado la catalepsia una vez, y ha permanecido horas en la postura de alargar el brazo, y al volver en sí ha dicho *fuego*, para completar la frase *hágame el gusto de su*, interrumpida en aquel momento. A poco se levantó de la cama, y el triste demostrador me dijo: se levanta con el uso de sus sentidos, excepto uno que está paralizado. A veces no oye, á veces está ciego. Dirigióse, en efecto, hacia una mesa, siguiólo uno de los circunstantes, y cuando vieron que iba á llevársela por delante lo detuvieron, y lo trajeron de nuevo á la cama, en la que volvió á acostarse sin resistencia y con semblante plácido y resignado. Estaba ciego. Yo me despedí á poco, y olvido si hubieron aún mas detalles curiosos.

Los momentos de ponerse el centro en marcha se acercaban. Yo había empleado á los impresores en adiestrarse en el uso de escobillas para suplir la prensa que abandonábamos por pesada, y logrado, por la distribucion del trabajo, imprimir diez ejemplares por minuto, reloj en mano, lo que, una vez conseguido, hizo decir al que antes era prensista: *c'est à la mécanique*, observacion que desarrugó el ceño de los demas, un poco enfadados por la tenacidad con que yo me había propuesto disciplinarlos, haciendo una verdadera táctica de movimientos precisos y siempre iguales para obtener aquel resultado. Podía, pues, dar seiscientos ejemplares por hora si necesario fuera, y con trescientos bastaba para hacer buenos mis asertos. Mis impresores eran una reunion curiosa de hombres. El entintador era un joven austriaco, desterrado de 1848, oficial de caballería y que tocaba el piano y la guitarra admirablemente: el proto era un alsaciano, (1) mas bien empresario de imprenta que impresor, muy lleno de pretenciones, á las que yo respondia imperturbablemente con ofrecerle mandarlo á la prevencion. A los diez dias de marcha mi division de cuatro hombres evolucionaba como

---

(1) El alsaciano aludido es el mismo que, cuarenta y cuatro años despues, está imprimiendo las obras de Sarmiento. Es el anciano Monsieur Bernheim, el decano de los impresores de Buenos Aires, y el hombre á quien mas debe la industria de imprenta de este país, y aun el progreso de las artes periodísticas, por sus útiles innovaciones y por el impulso y novedad introducido en los diversos diarios que ha administrado, forzando á los demas á seguirlo.—(*Nota del editor.*)

un regimiento de línea; de dia armaba sus cajas en un minuto, de noche trabajaba con velas de esperma, y nunca hubo una hora de postergacion de un boletin, reimprimiéndose varios de los agotados.

Quisieran que no, me procuré una hermosa carreta para cargar con mis tipos y mis alemanes, la cual marchó siempre á la cabeza del ejército, con los carretones del mayor general, que marcaban el lugar donde debía acampar el ejército.

---

## BOLETIN NÚM. 9

**Rosario, 1º de Enero de 1852.**

El Ejército Grande ocupa ya la margen occidental del Paraná, y el general en jefe vivaquea sobre el campo de batalla mismo en que San Martin escarmentó á los antiguos tiranos de estos países, á la sombra de las torres del templo de San Lorenzo, indicado en 1828 para la reunion del congreso.

Quince batallones y varias brigadas de artillería guarnecen el Rosario; nuestra vanguardia está en el Arroyo del Medio y sus avanzadas á la vista de San Nicolas.

No hay posicion que el enemigo pueda conservar una hora á la vista de nuestros soldados. El auxilio del vapor nos somete la costa hasta Palermo y Santos Lugares, y nuestra poderosa caballería inunda, cual torrente, toda la Pampa.

Pero el general en jefe del Grande Ejército Aliado no aspira á recoger nuevos laureles sobre un campo de batalla: amigos ó enemigos, la sangre de sus compatriotas le es demasiado cara para prodigarla inútilmente.

La caida del tirano es un hecho consumado.

Queremos que los ilusos, á quienes los embustes de aquel malvado tienen aún engañados, conozcan las irresistibles fuerzas que sostienen los derechos de los pueblos, y piden garantías de paz y de seguridad para los aliados. Queremos que los gobiernos de las provincias, que por miedo aún adhieren al sistema que los envilece y arruina, midan el abismo que cavan bajo sus plantas. Queremos, en fin, justificar ante los estados americanos el nombre de *Ejército Grande* de Sudamérica dado al ejército combinado.

Las vicisitudes de la guerra pueden proporcionar algun efímero triunfo al enemigo: pero el éxito final está fuera del

alcance de la duda, ¡ y desgraciados de aquellos que aumenten con su obstinacion la larga lista de las calamidades que por tantos años han pesado sobre los pueblos argentinos y que es nuestra empresa cerrar para siempre !

El estado general de las fuerzas en movimiento que componen el ejército combinado de operaciones da una idea exacta de nuestros medios de accion.

Los cuerpos de ejército están distribuidos en columnas, destinadas á obrar segun las exigencias de la campaña y al mando de los señores generales don Benjamin Virasoro, gobernador y capitan general de la provincia de Corrientes, y mayor general del ejército; don Gregorio Araoz de La Madrid, don Anacleto Medina, don J. Pablo López y don Juan Madariaga. El señor coronel don José Miguel Galan es el jefe inmediato de todas las fuerzas de infantería argentina, y un gran número de jefes y oficiales de los antiguos ejércitos sirven en el Estado Mayor, comisaría y detall. Mas de dos mil hombres están empleados en la administracion, caballadas, parques, etc.

La division expedicionaria del ejército del Brasil, mandada por el brigadier Manuel Marquez de Souza, se compone de dos brigadas: la 1a bajo las órdenes del coronel dom Félix da Fonseca y la 2a del coronel dom Feliciano Antonio Toledo. Manda la division oriental el coronel don César Diaz.

El ejército de reserva se compone de las fuerzas brasileras al mando del señor conde Caxias, fuerte de diez mil hombres y acantonados en la Colonia, á diez leguas de Buenos Aires; del contingente en marcha del Paraguay, compuesto de seis mil hombres de todas armas, y de las divisiones que quedan en Entre Rios, Corrientes y el Estado Oriental.

Ayudan á los movimientos de las tropas nueve vapores y cuatro corbetas de guerra, bajo las órdenes del señor almirante Grenfell: á saber, el *Alfonso*, el *Paraense*, el *Golfinho*, el *Dom Pedro*, el *Paqueto do Sud*, el *Pedro II*, el *Recife*, el *Emperador* y el oriental *Rio Uruguay*; las corbetas *Dona Francisca*, *Uniaon*, *Da Janaria* y el bergantin *Caliope*, con gran número de trasportes y cañoneras.

La provincia de Santa Fe, libre ya de la dominacion de Rosas, empieza á organizar sus fuerzas, para tomar la parte que le corresponde como signataria del Pacto Federal, en la empresa de

hacer efectiva la voluntad de los pueblos, y ya dos mil hombres de las célebres milicias santafecinas cubren el frente de nuestra línea de operaciones, como cuerpo de exploracion.

---

## Ejército Grande Aliado Libertador

*General en jefe, señor gobernador y capitan general de la provincia de Entre Rios, brigadier D. Justo José de Urquiza*

### CUERPO DE EJÉRCITO ENTRE RIOS

| *Armas* | *Jefes* | | *Fuerzas* | |
|---|---|---|---|---|
| Escuadrones de artillería | Coronel | Pirán | 230 | |
| Artillería volante | Tte. Cnel | González | 200 | |
| Batallon de infantería «Entrerriano» | » » | Lista | 250 | |
| » » «Urquiza» | Coronel | Basavilbaso | [illegible]00 | |
| Division de Caballería 1ª | » | Urdinarrain | 1.300 | |
| » » 2ª | » | Galarza | 1.500 | |
| » » 3ª | » | Palavecino | 1.100 | |
| » » 4ª | » | Dominguez { Pacheco | 600 | |
| | | Dominguez { Hernando | 700 | |
| » » 5ª | » | Salazar | 500 | |
| » » 6ª | » | Almada | 900 | |
| » » 7ª | Tte. Cnel. | Paso | 600 | |
| » » 8ª | Mayor | López | 650 | |
| » » 9ª | Tte. Cnel. | González | 500 | |
| » » «San José» | » » | Baron de Grati | 300 | |
| Escolta de S. E. | Coronel | Aguilar | 270 | |
| | » | Carballo | 270 | |
| Guardia | Tte. Cnel. | Reyes | 200 | 10.350 |

### CORRIENTES

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Artillería, escuadron de | Tte. Cnel. | González | 130 | |
| Infantería, batallon «Defensor» | Mayor | Martínez | 350 | |
| « » «Patricios» | » | Acevedo | 360 | |
| Division de caballería escolta | Coronel | Virasoro | 750 | |
| » » 1er regimiento | » | Ocampo | 680 | |
| » » 2º » | » | López | 500 | |
| » » 3º » | » | Paiba | 540 | |
| » » 4º » | » | Cáceres | 600 | |
| » » 5º » | » | Bejarano | 650 | |
| » » 6º » | » | Ricardes | 700 | 5.260 |





| Armas | | Jefes | Fuerzas | |
|---|---|---|---|---|
| | | **BUENOS AIRES** | | |
| Escuadrones de artilleria volante..... | Tte. Cnel. | Castro ....... ....... | 110 | |
| » » » ..... | » » | Mitre.................. | 100 | |
| Batallones infanteria «Buenos Aires». | Coronel | Tejerina.............. | 430 | |
| » » «San Martin»... | » | Echenagucia.......... | 430 | |
| » » «Constitucion». | » | Toledo................ | 430 | |
| » » «Federacion»... | » | Rodriguez............. | 430 | |
| Divisiones de caballeria 1ª........... | » | Burgoa................ | 430 | |
| » » 2ª........... | » | Hornos................ | 600 | |
| » » 3ª........... | » | Aquino................ | 514 | |
| » » 4ª........... | » | Suabiela.............. | 450 | |
| » » 5ª........... | » | González............ . | 325 | 4.249 |
| | | **URUGUAY** | | |
| Escuadron artilleria volante.......... | Tte. Cnel. | Vedia................. | 200 | |
| Batallones infant. «Resistencia»...... | Coronel | Lezica................ | 500 | |
| » » «Voltijeros»....... | Tte. Cnel. | Palleja. .............. | 500 | |
| » » «Guardia Oriental» | Coronel | Solsona............... | 490 | |
| » » «Orden».......... | Mayor | Abella................ | 280 | 1.970 |
| | | **BRASIL** | | |
| 1er regimiento de artilleria volante... | Mayor | González Fontes...... | 200 | |
| Bateria de fuegos á la Congrève...... | » | » » ...... | 160 | |
| Batallones de infanteria Nº. 5....... | » | López Percegueiro.... | 510 | |
| » » » 6....... | Tte. Cnel. | Ferreira,.............. | 600 | |
| » » » 7....... | » » | de Bruce............. | 490 | |
| » » » 8....... | Mayor | Resin................ | 549 | |
| » » » 11....... | Tte. Cnel. | Mello Alburquerque... | 529 | |
| » » » 13....... | » » | Ferreiro Tamarindo... | 452 | |
| 2º regimiento de caballeria........... | » » | Osorio................ | 550 | 4.020 |
| Trenes, caballadas, parques, maestranza, inválidos............. ....... | | | | 2.000 |
| | | Total general............. | | 28.149 |

Diamante, Diciembre 20 de 1851.

*Benjamin Virasoro.*

---

## BOLETIN NÚM. 10

Rosario, 3 de Enero de 1852.

Cuarenta y seis mil seiscientos sesenta hombres componen el personal del ejército del Ilustre Restaurador de las Leyes, Héroe del Desierto, Defensor de la Independencia Americana, ex-encar-

gado de las Relaciones Exteriores, Jefe Supremo (*in partibus*) de la Confederacion, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier don Juan Manuel de Rosas, segun el Estado General que publicamos, tomado de sus oficinas de Palermo.

Con este poderoso ejército nos aguarda en su palacio, zanjeado ya hacia el rio y fortificándose á toda prisa por el costado de Santos Lugares.

Guarnecen esta línea inexpugnable cien piezas de artillería, y da confianza al soldado para derramar su sangre la santidad de la causa que defiende, que es *no ser tiempo aún*, á juicio de Rosas, *que se haga efectivo lo dispuesto por el pacto federal de 1831*, y haber los gobiernos de Entre Rios y Corrientes creído candorosamente que Rosas decía *verdad* cuando les instaba con exigencia para que le admitiesen su renuncia.

Si algo faltare para aumentar el espanto que preparativos tan formidables debe inspirarnos, lo completaría la popularidad de don Juan Manuel de Rosas que ha renunciado *en vano treinta y seis veces* en quince años el merecido puesto que ocupa, ofreciéndole millares de ciudadanos, por un acto espontáneo de su patriotismo y entusiasmo, el sacrificio de sus fortunas, vidas y fama.

Responden de su triunfo las gloriosas campañas en que el valor y pericia militar del Héroe del Desierto se ha probado en treinta años de combates y de victorias.

El capitan San Martin, llegado el 30 de Diciembre, con dieciseis soldados y fugado desde Palermo, para incorporarse en el Ejército Libertador, nos ha instruído de estos y otros pormenores no menos interesantes. En cuatro dias de marcha, por medio de un país abierto desde el campamento de Rosas al nuestro, no ha encontrado quien ponga obstáculo á su intento.

Los mil hombres de Echagüe que figuran en el estado forman hoy nuestra vanguardia, y los últimos que de él se separaron en su fuga á la altura del arroyo de Ruiz Diaz nos informan que Santa Coloma llevaba aún cuatrocientos hombres reunidos. La division Serrano forma hoy la division González de nuestro ejército, y el general Mansilla, temeroso, sin duda, de que nos aproximásemos á contarle sus dos mil ochocientos soldados, ha marchado con ellos á Palermo, clavando los cañones con que tan heroicamente y con tanto fruto arrojó *balas rojas* en el Tonelero (*Acevedo*) sobre la escuadra de nuestros aliados. Debe

lamentarse en tan incruento combate el gasto inútil de quinientos tiros de cañon, cuyo valor, empleado en obras de utilidad pública, habría bastado para la construccion de un puente ó la apertura y sosten de una escuela.

Cuatro mil hombres, pues, de los que componen el Estado adjunto engrosan nuestras filas. Quédannos cuarenta mil mas que vencer, de la misma manera que los antedichos. Tenemos un hecho averiguado por el *Estado General*, y es que en las provincias de Buenos Aires y de Santa Fe hay cuarenta y seis mil hombres en estado de llevar las armas si tuvieran enemigos que combatir. Sabemos por aquel documento que hay cuarenta y seis mil hombres arrancados á sus trabajos y separados de sus familias, que piden un dia de reposo despues de veinte años de guerras, de contribuciones forzadas, de degüellos y de violencia. Sabemos que hay cuarenta y seis mil hombres que tienden sus miradas hacia las llanuras, esperando divisar las polvaredas de sus hermanos y de sus libertadores para buscar en sus filas proteccion y amparo. Acostumbrado Rosas á despreciar la opinion pública, reprimirla por el terror de sus actos salvajes y falsearla con manifestaciones mentidas, en contestacion á renuncias falaces, cuenta hombres y no voluntades. Los hombres han sido para él hasta hoy máquinas de destruccion ó instrumentos de engaños. Unos dias mas le mostrarán, muy tarde por fortuna, que bajo del pecho de cada argentino late un corazon, y que en cada cabeza de las que han salvado de su cuchillo Dios ha puesto una chispa de la inteligencia que nos distingue de las bestias.

---

**Estado de las fuerzas de Rosas**

*En las provincias de Buenos Aires y de Santa Fe*

DIVISION NORTE

| *Cuerpos* | *Jefes* | *Fuerzas* | |
|---|---|---|---|
| Coronada | Echagüe | 1.000 | |
| San Lorenzo | Santa Coloma | 1.400 | |
| Rosario | Serrano | 1.600 | |
| Ramallo | Mansilla | 2.800 | |
| San Pedro | » | 400 | |
| Zárate | » | 300 | 7.500 |

CENTRO

| *Cuerpos* | *Jefes* | *Fuerzas* | |
|---|---|---|---|
| Rojas | Cortina | 1.000 | |
| Barrancosa | Aguilera | 600 | |
| Guardia de Lujan | Pacheco | 4.200 | 5.800 |

SUR

| | | | |
|---|---|---|---|
| Laguna de los Padres | Cornet | 700 | |
| Tuyú | Pedro Rosas | 1.200 | |
| Salado | » » | 600 | |
| Ensenada | » » | 300 | 2.800 |

CIUDAD

| | | | |
|---|---|---|---|
| Convalecencia | Sánchez | 500 | |
| Recoleta | Biedma | 600 | |
| Rancheria (Colegio) | Luis Fontana | 400 | |
| Serenos y comisionados, activos | P. M. Sarragabal | 700 | |
| Veteranos y activos | Aguilar | 800 | |
| » » | Ramon Rodriguez | 800 | |
| » » | Pedro Ximeno | 1.100 | |
| Restauradores veteranos | Ravelo | 400 | |
| Alumbradores de policia | Romero | 400 | |
| Tenientes alcaldes » | Herrero | 900 | |
| Vigilantes » | Moreno | 200 | 6.800 |
| Pasivos de juzgados de ciudad | | 4.000 | |
| » » » y frontera de campaña | | 7.000 | 11.000 |

PALERMO

Veteranos........ 6.500

SANTOS LUGARES

Veteranos........ 6.200

Total general........ 46.600

Buenos Aires, Diciembre 12 de 1851.

Está conforme—

*N*......

## BOLETÍN NÚM. 12. (1)

Publicamos á continuacion el decreto del gobierno de Corrientes para que los paisanos de la campaña de Buenos Aires vean en sus disposiciones el sistema que siguen los gobiernos de las provincias que han jurado salvar á la Confederacion de la tiranía vergonzosa del salvaje Juan Manuel de Rosas.

Una banda de ladrones, con títulos de coroneles y de generales, sostenian su poder execrable, en cambio de las expoliaciones con que estrujaban á los pobres pueblos, que, como rebaños, les habian sido distribuidos para enriquecerse á sus expensas. Santa Coloma en el Rosario, Mansilla en San Nicolas, y tantos otros ladrones públicos, han dejado en el corazon de cada paisano el odio á los tiranos de que ya se ven libres, ó que esperan bien pronto ver fugar cobardemente en presencia de la invencible espada del general Urquiza, quien no ofrece fortunas á nadie para que apoye la causa que defiende, sino dar paz á la República, asegurar las vidas y propiedades de cada uno, á fin de que el congreso, elegido libremente por los pueblos, dicte las instituciones que mas convengan para promover el engrandecimiento de cada fraccion de las que llevan el nombre argentino.

Sigue el decreto aludido firmado: Benjamin Virasoro, *Juan Pujol.*

---

## BOLETIN NÚM. 13.

Rosario, Enero 7 de 1852.

La carta que publicamos á continuacion, encontrada en la casa de Santa Coloma, se halla depositada en manos del señor juez del Rosario D. Marcelino Bayo, para que la vean los que dudaren de su autenticidad.

Ella revela todo el sistema de Rosas y los medios de que se ha valido para perpetuar su odioso poder. Santa Coloma pertenecia á una familia distinguida de Buenos Aires; pero el desarreglo de sus costumbres lo llevó á enrolarse en la mazorca, distinguiéndose por su ferocidad entre aquella horda de caníbales. Rosas lo hizo coronel, al mando de la division acantonada en el Rosario,

---

(1) — El Boletin Núm. 11 contiene una nota de D. Estanislao Zeballos al juez de paz D. M. Bayo, dando cuenta de haberse pasado á las filas libertadoras Seguí con 200 hombres y la proclama del gobernador de Santa-Fe, D. Domingo Crespo.—(*Nota del E.*)

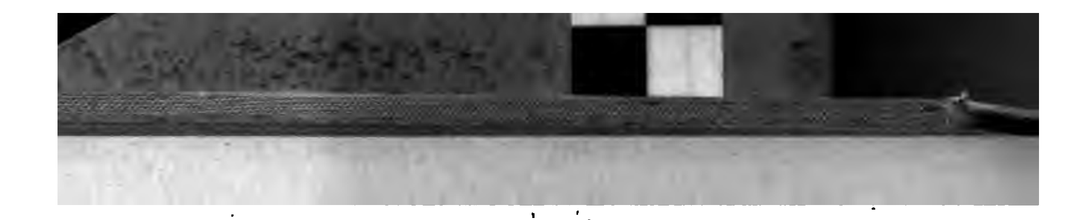
dándole la propiedad de la estancia del general López en el arroyo de Pavon, y el remate de derecho de corrales en Buenos Aires, que ha conservado muchos años. Este último lo tenía por 120.000 pesos papel, no obstante que Prudencio Rosas ofreció medio millon y ha producido en solo el mes de Noviembre pasado ciento ochenta mil pesos. Santa Coloma tenía, pues, de renta medio millon de pesos al año, dos estancias ajenas, pobladas de ganado, tres casas en el Rosario y una division de soldados, cuyo trabajo explotaba en su beneficio. El teniente Lucas Barbosa, encargado de hacer herrar el ganado con los soldados de su compañía, da cuenta á su coronel del resultado de la faena, como habría dado parte del triunfo obtenido sobre los enemigos, recomendando á los individuos de tropa y oficiales que mas se han distinguido, —trabajando para Santa Coloma, sin salario ninguno. Los vecinos contribuyen con sus caballos y su persona á ayudar gratis á la hierra, y todos ellos merecen una mencion especial, hasta las mujeres de los infelices sargentos que tambien trabajan, para enriquecer al famoso bandido, que hoy va á Palermo á buscar abrigo al lado de Rosas.

Mansilla tenía á San Nicolas por patrimonio, y aquella infeliz poblacion ha soportado ocho años de exacciones, los despojos, las tropelías, y las violencias del cínico general, hermano de Rosas.

Estos son los hombres, estos son los principios que ha sostenido D. Juan Manuel de Rosas. Santa Coloma, cuyo sueño perturbaban sombras é imágenes siniestras, creyéndose sin perdon de la amnistía del general Urquiza, ha marchado á Buenos Aires, donde Rosas, Mansilla y unos cuantos criminales famosos piensan hacer frente á nuestras armas, en sus últimos atrincheramientos, como jauria de lobos acosados y resueltos á vender caras sus vidas, si el crimen pudiese jamas aliarse con el verdadero valor. Pero allá en sus trincheras los perseguirá la maldicion de los pueblos y los alcanzarán las lanzas de nuestros valientes y el castigo de Dios.

¡Paisanos del Rosario y San Nicolas! Las leyes dictadas en Corrientes y Entre Rios para proteccion de la propiedad rural servirán de modelo á las que protegerán la vuestra contra los Santa Coloma y los Mansillas que quieran enriquecerse en adelante con el sudor de los soldados y las exacciones sobre los paisanos.

(Sigue la carta aludida, publicada antes).





### ÚLTIMAS NOTICIAS DEL INTERIOR

El general en jefe ha recibido noticias de las provincias del interior que datan de fines de Diciembre. Reina én todas ellas la mas completa tranquilidad. En Mendoza no hay un solo hombre sobre las armas. En San Juan sólo hay cuatrocientos, pero sin que se tomasen medidas hasta el 18 de Diciembre de aprestos militares. De las del Norte sólo se sabia que el gobierno de Carranza, en Santiago del Estero, amigo de Rosas, habia sido derrocado por un movimiento popular, encabezado por los jóvenes Taboada, y que habiendo pedido auxilio á Tucuman, Carranza no habia obtenido nada.

Los expresos de Rosas á Benavidez se sucedian sin interrupcion, con oficios, en cuya direccion se ponia: *adonde se halle*, suponiendo ó esperando realmente que el general Benavidez vendría en marcha hacia Buenos Aires, con el poderoso ejército de quince mil hombres que tan pomposamente ha anunciado Rosas, en apoyo de su desmoronado poder.

---

### LA CAMPAÑA

Al saber el general la sublevacion de la division Aquino contestó con mucho acierto que el único remedio era acelerar los movimientos. La vanguardia había partido del Espinillo, compuesta de dos batallones de infantería correntina, las divisiones Palavecino, Victoria, López, La Madrid, entrerrianas, la del coronel Virasoro de caballería, la escolta, una division de Buenos Aires, al mando del coronel Hornos, seis piezas de artillería correntina, y no recuerdo qué otras fuerzas. Era, en todo, una masa imponente de caballería, apoyada en suficiente fuerza de infantería para casos de resistencia. Aún en su número como en su composicion estaba en las reglas esta distribucion, y la presencia del general en jefe la daba una fuerza moral irresistible. Los brasileros habían hecho los mayores esfuerzos para obtener, y obtuvieron, el que un regimiento de caballería suyo fuese en la vanguardia. Fué un dia de fiesta en el campo brasilero cuando se les comunicó la noticia.

El dia de la marcha de esta formidable vanguardia ocu-

rrió un suceso que debia repetirse tres ó cuatro veces, en el discurso de la campaña, y uno análogo aseguró al fin nuestro triunfo. La vanguardia santafecina, que estaba en número de seiscientos á ochocientos hombres hacia el sur de los campamentos, no supo que había pasado por su costado el ejército de vanguardia, y al dia siguiente mandó pedir órdenes ó dar avisos al Espinillo; cuidándose poco de tener flanqueadores los santafecinos, como la vanguardia, en sus costados, ni ninguno de esos destacamentos que, cual tentáculos, extiende en todas direcciones un ejército regular para prolongar su esfera y ver y sentir á largas distancias.

---

## BOLETIN NÚM. 14

Cuartel general en la Cañada de Cabral, Enero 9 de 1852.

Cada gota de sangre ahorrada es una victoria. Cada soldado que sacude el yugo del Tirano es una víctima salvada al escarmiento que á sus sostenedores aguarda.

Los tenientes López y Pavon, hoy capitanes, se presentaron ayer á incorporarse á nuestras filas, con cincuenta hombres armados de la escolta de Mansilla, seguidos de otros seis que se presentaron mas tarde.

El 7 se presentaran veintitres, igualmente armados, y veintiuno se habían presentado el seis, sin contar con los milicianos de San Nicolas y vecinos de la campaña que se enrolan diariamente en las fuerzas santafecinas.

El dedo de Dios está visible, y la maldicion de los pueblos abruma al tirano sangriento. Las llamaradas de los cardales incendiados por Rosas para detener nuestras marchas apáganlas torrentes de lluvias del cielo cada vez que la conflagracion siniestra ilumina el horizonte y de entre sus cenizas los campos reverdecen bajo la planta de nuestros caballos. Las poblaciones de la campaña son nuestros guías y nuestros escuchas, y del domicilio del tirano nos viene por horas la revelacion de sus mas secretos designios. Sus soldados son nuestros soldados, y sus jefes criminales, sordos al grito de su conciencia, insensibles al clamor de los pueblos, tienen asestados sus cañones, no hacia nosotros, sino contra sus propios batallones.

Setenta mil hombres entrarán en pacífico triunfo con el Ejército Grande por las calles de Buenos Aires, y cada habitante de la provincia, reuniéndose á nuestras filas, asistirá gloriosamente á la caida del tirano.

Así la humillacion de tantos años de escándalos y de esclavitud sólo habrá servido para dar mas brillo á la rehabilitacion en la historia y á la resurreccion de los pueblos argentinos. ¡Rosas, el terror de medio mundo ayer! y hoy, solo, abandonado de todos, desaparecerá como Neron, su tipo, sin tener, como éste, un esclavo fiel que le ayude á matarse.

Treinta mil hombres sufren hoy las inclemencias del cielo, las fatigas y las escaceces del campo, mientras Rosas se pasea en sus jardines de Palermo. Pero contra las privaciones, nuestros soldados oponen la grandeza de la obra y del fin porque padecen, mientras el lujo y las comodidades del tirano envenénanlos la conciencia de su abandono y las sombras de las víctimas que se alzan pidiendo venganza.

¡Soldados del Ejército Grande! Bajo los torrentes de las lluvias, ó sobre las llamas del incendio del campo, abrasados por el sol de Enero, ó desafiando los rayos de las tempestades, ¡Á PALERMO! sea nuestro grito de guerra. ¡A PALERMO! se dirige el general Urquiza. ¡A PALERMO! nos conducen esos centenares de soldados que cada dia se presentan á nuestra vanguardia!

(*Imprenta volante del Ejército Grande en marcha.*)

---

## BOLETIN NÚM. 15

Por el vapor *Dom Pedro*, llegado de Montevideo y conduciendo varios jefes, tenemos noticias del litoral. En las islas del Baradero y de San Pedro están asilados mas de quinientos hombres de la fuerza de Rosas, esperando que se aproxime el Ejército Libertador.

Los buques de cabotaje que pasan los auxilian con galleta, yerba, etc. La carta siguiente da una idea del estado de la opinion en Buenos Aires..............................................

El centro empieza á moverse. El mayor general se pone en marcha con dies batallones de infantería, de Buenos Aires, oriental y entrerriana, las divisiones de caballería Urdinarrain, entrerriana, Avalos correntina y dos de Buenos

Aires, Susbiela y Burgoa. La infantería marchaba en dos columnas, compuestas de los orientales la una, de los argentinos la otra. La caballería marchó siempre al exterior igualmente en columnas á derecha é izquierda. No sé dónde en el mundo se habría presentado país mas aparente para la estratégica marcha de los ejércitos. En la Pampa pueden avanzar en batalla dias enteros, de manera que por gala mas que por prevision pudo marcharse segun todas las reglas prescritas por el aleman Becker, y seguidas, en cuanto es posible, por todos los ejércitos del mundo.

Con ellas no hay sorpresa, desercion, extravio ni defeccion posibles. Los flancos quedan dominados, el frente explorado, los obstáculos conocidos en tiempo, y donde quiera que se presenten, en el acto pueden acumularse fuerzas superiores para vencerlos. Nosotros marchábamos en masa, sin una partida exploradora de diez hombres siquiera adelante de la cabeza de las columnas, á distancia de quince cuadras.

La marcha presentó al principio dificultades de detalle como era de esperarse; habían otras que se habían inventado. Por ejemplo, á los batallones de Buenos Aires se les había hecho dejar en el Diamante la mochila para aligerarlos. Rosas había agrandado el tamaño de las mochilas á punto de hacer de ellas un verdadero tercio, como había alargado la lanza de media vara, y aumentado la capacidad de la canana para añadirle un paquete; porque estos bárbaros presuntuosos, á la par que ignorantes, están creyendo que este arte de la guerra, que desde los tiempos de Jenofonte, Alejandro, César, Federico y Napoleon se viene perfeccionando por el genio y la ciencia, lo inventan ellos violando las reglas de la dinámica, ó los resultados de la experiencia de siglos. Quitar las mochilas al soldado es quitarle un contrapeso mecánico que opone al fusil, que sin eso lo maltrata; pero no es esto lo peor, sino que, independiente del desagrado de separarse de su escasa propiedad, el soldado suple á la mochila haciendo ataditos, que lleva colgados á la cintura, en el hombro, en el fusil, porque al fin en alguna parte ha de llevar lo que encuentra, lo que le dan, sabiéndose que no hay sér mas rebuscon, mas guardoso que el soldado. Si encuentra en la mañana un palo á su paso, lo carga para el fuego del vivaque.

El dia estaba nublado, y adelantándonos un poco podíamos gozar, cuando la exposicion del terreno era favorable, el imponente espectáculo de aquellas dos enormes culebras que marchaban paralelas: una negra por el equipo europeo de los orientales, la otra roja por los chiripás y camisetas que hacian el uniforme salvaje dado por Rosas y sus secuaces al ejército argentino, y á lo lejos, de ambos lados, líneas de caballería á perderse de vista igualmente rojas, desvaneciéndose, adulterándose con el miraje que en la Pampa inutiliza al anteojo á media legua de distancia.

Como un rasgo característico del país, recordaré que, habiéndonos avanzado hasta un rancho con el general Virasoro, mostró deseo de almorzar, y las buenas gentes contestaron: prontito, señor, se le matará una vaca, como si se dijera se le matará una gallina; y, en efecto, creo que la vaca estaba viva todavía, y ya le habíamos comido un asado: tan pronta fué la operacion.

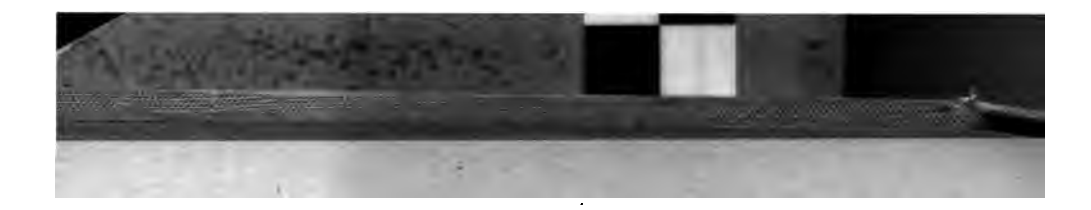
El general, jefe del centro, había recibido un itinerario de su marcha en direccion á la Cañada de Cabral. Entre mis curiosidades de campaña traía yo la carta topográfica de la provincia de Buenos Aires, levantada por el departamento topográfico y reproducida en Londres, donde la compré, por Arrowsmith, con expresion y mensura de las estancias y los nombres de los propietarios, y muy en el fondo de mis malas, otra de los alrededores de la ciudad, donde tenía la idea fija que habríamos de tener que bregar con cercas, callejuelas y quintas, para hacer entender razon á Rosas. Sacar la carta topográfica en aquel Estado Mayor, compuesto del general Virasoro, un coronel Félix Gómez, tipo charrúa, y sin mas intermediarios que treinta jóvenes correntinos que hablaban guaraní, habría sido exponerse á un coro universal de ridículo; porque, fuera de bufonada, el idioma del Estado Mayor era el guaraní. El general, su ministro, los edecanes, una escolta de cadetes y los asistentes lo cortaban admirablemente, y no se hablaba castellano sino conmigo, y creo que con el coronel Gómez, que pertenecía á otra raza.

El itinerario era, pues, y lo fué hasta Buenos Aires, verificado por el vaqueano que de la vanguardia se tomaba

para dirigirnos. Tambien llevaba yo aguja de marear, utilísima en aquel piélago sin límites de la Pampa. El primer dia marchamos en direccion á un árbol que se divisaba á lo lejos, cosa que mas tarde me hizo notar el tiempo que perdíamos en la marcha por las desviaciones que del rumbo hacía la cabeza de las columnas por falta de objetos que sirviesen de direccion á nuestro frente, y no haber una avanzada con los vaqueanos adelante para trazar el camino. Estas pequeñeces no lo son cuando se tiene en cuenta que marchan á pie veinte mil hombres, y ruedan cincuenta piezas de artillería, y cien carretas; pues no sé si el lector ha comprendido, lo que en Europa nadie sospecharía de posible, que marchábamos á campo abierto, sin caminos practicados. Así se hizo toda la campaña; pues el país no presenta obstáculo serio ninguno, ni el hombre ha creado aquellos bellos tropiezos que se llaman cercas, alquerías, propiedad, casa, ciudad, camino. De cualquier punto del horizonte en cien leguas á la redonda puede llegarse á Buenos Aires por línea recta.

Cerca del Monte de Flores atravesamos en ángulo recto el camino de las provincias á San Nicolas, ancho, traqueado y visible á larga distancia. ¡El camino de San Juan, la familia, el hogar doméstico, si pudiera seguirlo al este, en quince dias, me decía conmovido, llegaría á mi casa! Pero era preciso seguir al sur, á abrir la puerta de par en par, acogotando al portero.

Acampamos á poco, la noche sobrevino y saboreé hasta tarde el espectáculo nocturno de la Pampa, silenciosa no obstante sus quince mil huéspedes, iluminada en mis alrededores por los fuegos ordenados de los vivaques, incandescente á lo lejos por el incendio que abrasaba á trechos el horizonte. Los olores de la vegetacion silvestre humedecida por el rocío, el grito de algunos pájaros acuáticos, no sé qué armonías del silencio, aquella extension infinita, dan á la Pampa, contemplada de noche, cierta majestad solemne, que seduce, atrae, impone miedo y causa melancolía. El espectáculo era nuevo para mí, y lo he gozado muchas veces sin saciarme, sin hacérseme vulgar, variado por accidentes que no valen nada, y que le daban, sin embargo, nuevo interes y mayor encanto.





BOLETIN NÚM. 16

DIA 15

Arroyo del Medio, Enero 15 de 1852.

¿Dónde están las legiones que el tirano había reunido para mantener el espantoso poder que ha usurpado?

Nuestras huestes recorren el norte de la provincia de Buenos Aires, divisando sólo polvaredas de los que huyen arrastrando familias. Nuestra caballería se ha remontado ya en las caballadas que hace diez años hace apacentar Rosas. Hoy dia, hace ocho dias á que los ciudadanos de San Nicolas dieron el grito de libertad, rechazando por un fuego nutrido, desde las azoteas, á los esclavos de Rosas que intentaban someterlos de nuevo al yugo. Mil quinientos soldados, al mando de Lagos y de Cortinas, se han disipado como el humo á la vista de nuestros escuadrones los exploradores santafecinos, apoyados en uno solo del Ejército Grande.

El coronel Virasoro ha entrado en San Nicolas á establecer sus fuerzas de infantería, y nuestra extrema vanguardia domina un frente de mas de veinte leguas.

Así, pues, los primeros tiros disparados en las provincias que el Ejército Grande Libertador ha atravesado han partido de las poblaciones que se alzan contra sus antiguos opresores, ó de nuestras avanzadas, sobre cuerpos de ejército que huyen despavoridos, para no volver á presentarse mas.

(Sigue el parte de don José A. Fernández sobre lo mismo.)

*Imprenta volante del Ejército Grande en marcha.*

Las marchas van tomando regularidad. Se da la orden de ponerse en movimiento á las cuatro de la mañana; de manera que en adelante, el mayor general hace recoger su tienda, ensillar su caballo, monta y marcha. Nosotros, que hemos hecho otro tanto, lo seguimos: las cabezas de columna hacen lo mismo. No hay, pues, lista, partes, órdenes, y todo va bien. Este dia se presentan negociadores de López, de Córdoba. Antes habían venido al Rosario comunicaciones diciendo á la circular del general: que bueno, que estaban de acuerdo.

Esta vez el comisionado proponía, y se aceptó con gusto,

que López padre delegaría el gobierno en su hijo, joven, decía, de luces y muy estimado en Córdoba. Así quedaba siempre el negocio en casa. El comisionado le dijo al general Virasoro, francamente, que traía encargo de observar la fuerza del ejército. El general le dió un edecan para que recorriese los campamentos, seguro de aterrarlo con aquella acumulacion de fuerzas, que daba vergüenza decir cuántas eran en verdad. La cosa quedó convenida; y para no acordarme mas de esta nidada de caudillejos ladrones, anticiparé que, por el Pergamino ó Rojas, el general Virasoro me dijo que se había tenido noticia que una fuerza de Córdoba se movía hacia la frontera de Santa Fe. De manera que si algun quebranto sufríamos tendríamos al ilustrado López á nuestra retaguardia para cerrarnos toda retirada.

En los Cerrillos ó sus inmediaciones conté veintidos cabañas miserables, desparramadas en una legua cuadrada. ¿Por qué sus habitantes no se han reunido en un grupo para prestarse el auxilio de la asociacion, y hacer nacer las pequeñas industrias que mejoran la existencia? Estos seres miserables viven en el aislamiento, y sin mas auxilios que los que cada familia puede proporcionarse. Acerquéme á algunas de las casas, y por la inspeccion de los palos de algarrobos de las techumbres, la espesura del estiércol de los corrales, conjeturé que estas moradas habian servido á tres ó cuatro generaciones, que se habían sucedido, legándose un rancho, sin la adquisicion de un árbol, de una muralla, de algun progreso!

Este dia supe yo, positivamente, al menos, la insurreccion de San Nicolas, por los partes que se enviaron para el *Boletin*. Los ciudadanos de San Nicolas habían seguido el ejemplo del Rosario, y, atacados por las tropas de Rosas, defendídose desde las azoteas, rechazándolas Abdon Rademil herido dos veces, desde un canton que defendia. Del *Boletin* 17 consta que hacía ocho dias que San Nicolas estaba con nosotros. ¿Por qué no lo sabíamos en el ejército á quince leguas de aquella ciudad? Yo oí despues palabras que mostraban desagrado de estas revoluciones en nuestro favor en Buenos Aires; se me dió orden de poner *prisioneros*, en lugar de pasados, al dar cuenta de los hombres que se presentaban á las avanza-





das, y en cuanto á incorporar estos paisanos armados por Rosas en el ejército, se me dijo una vez: (no por Urquiza) que se les quiten las armas y se vayan á sus casas, no los necesitamos para nada. Otra vez oí: «Cuando hayamos hecho en Buenos Aires lo que queremos, entonces veremos ¿qué hacen.»

Así, pues, en esta cruzada contra la tiranía de Rosas, hecha en nombre de la libertad, y encabezada por los antiguos satélites del tirano, había otro enemigo mas que ellos venían á ajar ¡los aldeanos! y era el pueblo de Buenos Aires.

El general Virasoro, el general Urquiza, y los que pensaban por su inspiracion, sostenían que resistiría, que habría una gran batalla mucho antes de llegar á Buenos Aires. Yo, guiado por el estudio de la disposicion de los ánimos y los hechos hasta entonces conocidos, sostenía lo contrario. Si se habían pasado á Rosas los soldados del ejército de Oribe era porque esos habían salido de Buenos Aires en 1836, en el auge del poder de Rosas, cuyo nombre se había conservado como un mito. Los jefes que quedaron en Montevideo se le reunieron por esta misma ilusion, y su desencanto no principió sino cuando vinieron á Buenos Aires y tocaron la caducidad de aquel poder agonizante. Los que habian permanecido bajo su presion inmediata quince años, sufriendo estorciones, expoliaciones y violencias, y era la poblacion en masa, las campañas como las ciudades, esos nos esperaban como á salvadores. Antes de pasar el Paraná, las divisiones de González y Santa Coloma se nos pasaron en parte, y desde entonces hasta que la noticia de la sublevacion de la division Aquino fué á llevar el desconcierto y el abatimiento á las poblaciones, todos los dias se nos presentaban jefes y tropa á incorporarse. Cuando dejaron, pues, de haber pasados, me decían: «¡no ve usted que decía que se nos iban á pasar todos!»

Sin embargo, lo que había presenciado en el Rosario lo que sucedía en San Nicolas y lo callaban, me hacía comprender la profundidad de la revolucion que se estaba obrando; rehabilitacion de las clases acomodadas, resueltas en adelante á hacerse respetar *por quien quiera que fuese*, y defender sus derechos para no caer bajo una

nueva tiranía. Esta conviccion y esta esperanza las expuse en los *Boletines* 14, 16 y 18.

---

BOLETIN NÚM. 18. (1)

Cañada de la Ravona, 7 de Enero de 1852.

La gloria de nuestras armas no consiste en vencer. Las fuerzas del tirano han vencido otras veces á las poblaciones armadas. La verdadera gloria del Ejército Grande es merecer el nombre de Libertador. Los pueblos que sacuden el yugo por su propio esfuerzo, los soldados del tirano que se reunen á los nuestros, las provincias que se conmueven de esperanza y de fe en el porvenir feliz que les aguarda, hé aquí el triunfo de la opinion, que es la gloria del general Urquiza.

Los valientes capitanes don Pablo López y don Hipólito Pavon, defendiendo á San Nicolas con las fuerzas que ayer defendian al tirano, el benemérito ciudadano don Abdon Rademil, herido dos veces, y sus denodados vecinos, son la expresion enérgica de esa opinion, la confusion eterna del tirano y sus secuaces y la invencible vanguardia que prepara su camino al Grande Ejército.

(Siguen las notas de don Hipólito Quiroga dando cuenta de haberse recibido de la comandancia de San Nicolas, y de don Pedro Alurralde de haber sido electo juez de paz interino.)

DIA 16

Se imprimen los *Boletines* 16 y 17 que dan cuenta de los acontecimientos de San Nicolas. Piden de la vanguardia *Boletines* para mandar á las provincias. Acampamos á las diez de la mañana en el arroyo Pavon, donde nos alcanza la artillería á las órdenes del coronel Piran, y los brasileros toman su colocacion á la izquierda de las dos columnas formadas por las infanterías argentina y oriental.

---

(1) El *Boletín* Núm. 17 contiene el parte del coronel Virasoro sobre incorporacion del coronel Oroño con sus fuerzas y la fuga de Lagos y Cortinas, seguido de una carta de Montevideo dando noticias de Buenos Aires hasta el 7 de Enero.





Desde el arroyo Pavon el ejército debía tomar la direccion del Pergamino, es decir, al sur. Esta disposicion nos hacía describir un arco cuya cuerda era la direccion recta á Buenos Aires, y separarnos de la costa en que venían los buques de guerra. Esta desviacion tenía sus desventajas; pero era impuesta por condiciones de localidad inevitables. Todo el país intermediario entre San Nicolas y Buenos Aires está cubierto de trébol, que en Enero está agotado é inútil para el alimento de los caballos. Las aguas escasean igualmente por esta parte. Los canales del rio próximo á la costa no admiten buques de mayor calado, de manera que tenían ya que alejarse. Buscando la direccion del Pergamino se cortaban los caminos del interior, y podía tomarse una zona de campos pastosos y salpicados de lagunas para llegar á Buenos Aires casi por el oeste. Todo este plan de campaña era visible con sus ventajas á la simple inspeccion del mapa.

DIA 17

*Arroyo del Medio*

Este dia tocamos en la frontera de la provincia de Buenos Aires que designa el nombre del pequeño arroyo que le sirve de límite. El campo que habíamos atravesado desde la Punta de la Cañada de Cabral hasta el Arroyo del Medio está cubierto, como una tupida é impenetrable alfombra, de los pastos mas exquisitos, predominando la cola de zorro, la cebadilla, sin mezcla de ninguna maleza inútil. Pudiera segársele por leguas cuadradas como el heno en Europa y emparvarlo para el invierno. Los prados artificiales no producirían mas. Los ganados del norte de Buenos Aires los retraen á estos campos para fortalecerlos y prepararlos á la marcha hacia las provincias. La costa del rio esta á diez leguas, y estos pasteles exquisitos llegan hasta la barranca. Esta tierra privilegiada, dotada por la naturaleza de productos iguales á los que el trabajo del hombre obtendría sólo por una labor incesante, está despoblada y lo ha estado siempre. No hay una sola casa, no hay en esta vasta extension una sola cabeza de ganado. Los gamos son los poseedores de esta



parte del territorio argentino. A cada paso que da el caballo espanta una perdiz, y este dia tuve á mi mesa seis de la clase ordinaria y una martineta, que por el tamaño y la delicadeza es muy superior á las gallinas.

¿Por qué, pues, esta despoblacion? Desde luego las guerras de frontera entre López de Santa Fe y Buenos Aires, que asolaron el país durante veinte años. Despues la imperfeccion de nuestros sistemas rurales. Una buena estancia es aquella que tiene pastos naturales exquisitos y una laguna en medio. Si no hay una laguna, el propietario se contenta con un arroyo de agua corriente. Puéblase de ganado, y una fortuna está hecha en pocos años. Si no hay pastos ni aguadas, la tierra está por demas, y es un embarazo; y aun habiendo pastos, como los que he indicado, el desierto subsiste por siempre. ¿Qué sería este país, como tantos otros que he atravesado á ambas márgenes de los rios, caramente vendidos por lotes de diez cuadras á familias de emigrantes, con los rios á un paso, con aquellos pastos que son un caudal, con diez vacas y cien ovejas cada familia, con una noria para extraer el agua que está á solo una vara y nunca á mas de diez de la superficie de la tierra?

Mientras hacía estas reflexiones llega el correo de Santa Fe, trayendo comunicaciones del Paraguay. El Paraguay no entra en la liga contra Rosas. ¡A buen tiempo! ¿Por qué? Porque el presidente López tiene antes que responder á una nota de Corrientes, en que hay tres ó cuatro palabras, segun él, malsonantes, y sobre cada una de ellas hace hincapie, y las ahoga en cuatro pliegos de comentarios, de suposiciones, de argucias, y de réplicas punzantes, defendiendo el honor del Paraguay comprometido en ellas, si no directa, al menos indirectamente. Tratábase de esto simplemente. El Paraguay mandó su aquiescencia por medio de un enviado *ad hoc* al primer tratado celebrado entre el Brasil, Montevideo y el general Urquiza para la invasion del Estado Oriental. El enviado llegó cuando el Estado Oriental estaba ocupado. Entonces el gobierno de Corrientes le indicó que sería *un poco deslucido* firmar un tratado despues de consumado el fin para que se pactó, invitándole á autorizar á su enviado para entrar como parte contratante en el nuevo para derrocar á Rosas.

Sobre aquel *un poco deslucido* se había ejercitado la bilis patriótica del señor presidente. ¡El Paraguay queda deslucido! y sobre este tópico seguían cuatro pliegos de los razonamientos mas serios que pueden imaginarse.

DIA 18

Pasa el ejército el Rubicon. Hénos aquí en la campaña de Buenos Aires.

El coronel Echenagusia viene á verme y me describe la emocion de los soldados del antiguo ejército de Rosas al emprender la marcha, entrar en su provincia y ver ondear al centro de sus batallones la bandera azul celeste nacional que se les había dado ese dia, en lugar de la azul negro con letreros de Rosas. Díjome con dolor que muchos oficiales no conocían el pabellon nacional educados en la guerra civil, y escuchando con sorpresa y emocion las tradiciones gloriosas del pabellon argentino que ese dia reconocían como el suyo. El coronel concluyó pidiéndome que publicase el acto del despliegue de banderas de todos los cuerpos de ejército, y aquellos detalles que me suministraba. El coronel Basavilbaso de Entre Rios había suministrado las banderas. Al dia siguiente circuló en el ejército el *Boletin* siguiente:

---

BOLETIN NÚM. 20 (1)

Campamento general en marcha, Pergamino, Enero 19 de 1852.

El Ejército Grande había acampado anoche á la orilla del Arroyo del Medio, límite de la provincia de Buenos Aires hacia el norte. Los diversos cuerpos del ejército desplegaron sus banderas respectivas, flotando las de las provincias de Entre Rios, Corrientes y Santa Fe, entre las nacionales argentinas, orientales y brasileras. Los antiguos veteranos de los batallones «Buenos Aires», «San Martin», «Constitucion» y «Federacion», llamados por Rosas *Rebajados*, *Patricios*, *Libertad*, *Independencia*, veían,

---

(1) Falta en la coleccion el Núm. 19.—(*Nota del editor*).

por la primera vez, despues de doce años, la patria de donde salieron jóvenes y á la que vuelven cargados de años, llenos de cicatrices y agobiados por las fatigas. A este lado del Arroyo del Medio están sus familias, sus hogares y los lugares que los vieron nacer. Los soldados, al recoger los cardos secos para alimentar el fuego del vivaque, exclamaban con voces conmovidas y estrechando los haces contra sus duros pechos: «Esto es ya de nuestra patria; pronto veremos nuestras familias.»

Esta mañana, al asomar entre los pastos de la Pampa el disco rojizo y gigantesco del sol de Mayo, los batallones de Buenos Aires enarbolaban la bandera azul celeste y blanca en medio de los vivas mas entusiásticos y entre las patrióticas armonías de la cancion nacional. El pabellon azul celeste que anunció al mundo la existencia de una nueva nacion; el pabellon azul celeste que sancionó el soberano Congreso de Tucuman y osó adulterar el tirano de Buenos Aires, para hacer olvidar las glorias y la libertad de la República; ese pabellon que flameó sobre los Andes y contempló el Chimborazo en Rio Bamba, vuelve hoy á Buenos Aires, sostenido por sus hijos que vienen á pedir cuenta al tirano de esa patria que le encomendaron próspera y libre, y la encuentran hoy miserable, envilecida y esclavizada.

Vienen á pedirle cuenta, en alianza con los ejércitos de las provincias, del Uruguay y del Brasil, de los pactos celebrados y escandalosamente violados por él; de la sangre derramada inútilmente y de las complicaciones y guerras estériles en que ha envuelto la Confederacion con detrimento de las fortunas particulares, el progreso general y la tranquilidad interior, que sus desmanes, arbitrariedades y violencias han impedido consolidar en veinte años.

La bandera que dió libertad á tres repúblicas americanas llega á tiempo de poner su veto contra la coronacion de un rey absoluto en la tierra de los libres, ó lo que será nuestro oprobio eterno de una reina de farsa en la hija del tirano.

Algunas jornadas mas, y el suelo sagrado de la patria será purgado de la presencia del tirano que sólo ha logrado celebridad á fuerza de espantar al mundo con sus atrocidades y humillar á los argentinos con sus tropelías. Pero los pueblos se alzan regenerados á las mágicas palabras de libertad, leyes, constitucion, seguridad y paz interior y exterior. Protégelos, invencible, la espada

del general Urquiza y apóyanlos treinta mil valientes, la justicia y la venganza del cielo.

(Sigue un parte del juez de Paz de San Nicolas, don Pedro Alurralde, dando cuenta de haber embargado dos buques cargados de cueros vacunos, expoliados á los vecinos por el general Mansilla.

—El general en jefe mandó que se devolviesen los cueros á sus legítimos dueños por las marcas respectivas, y aquellos cuya procedencia no pudiese averiguarse se repartiesen á las familias pobres.)

No sé si en el cuartel general hubo alguna crítica sobre el asunto y las ideas de este *Boletin*, que, como he dicho, me fué sugerido y pedido por los jefes del ejército. Aprovecharé, sin embargo, la ocasion para precisar las ideas á este respecto. Rosas tuvo un rencor mortal al color celeste de nuestra bandera, que adoptaron los unitarios, con Lavalle en 1828, en oposicion al color rojo que Artigas introdujo en la bandera argentina en una banda diagonal. En el *Boletin* de las Leyes Patrias se registra un decreto del congreso de 1818 que dice el color azul; pero tengo á la vista el Redactor del Congreso de Tucuman, original, y en las sesiones se registra esta acta:

DECRETO DEL SOBERANO CONGRESO DE TUCUMAN

*Sesion del dia 25 de Julio de 1816*

Elevadas las Provincias Unidas en Sur América al rango de una nacion, despues de la declaracion solemne de la Independencia, será su peculiar distintivo la bandera celeste y blanco de que se ha usado hasta el presente, y se usará exclusivamente en los ejércitos, buques y fortalezas, en clase de bandera menor, interin, decretada al término de las presentes discusiones la forma de gobierno mas conveniente al territorio, se fijen conforme á ella los geroglíficos de la bandera nacional mayor. Comuníquese á quienes corresponda para su publicacion.—*Francisco Narciso Laprida,* diputado presidente. — *Juan José Pazo*, diputado secretario.

La costumbre, pues, está en nuestra tradicion, y si faltaran otros medios de verificarla, bastaría reunir un consejo

de antiguos generales de la República é interrogar á Chile, el Perú y Bolivia para fijar esta cuestion importante. Pero tenemos un padron por fortuna que nos ahorra tantas diligencias, á saber: la banda real de los reyes católicos de España, insignia de la soberanía castellana, y que fué la que tuvieron la sublime audacia de adoptar como bandera nuestros ejércitos revolucionarios en 1810, en que la junta gubernativa se instaló en nombre de Fernando VII, no queriendo reconocer la autoridad de las juntas españolas. Esta banda se compone de dos listas celeste claras y una blanca. Todo lo demas que se ha dicho sobre el origen de nuestros colores nacionales es puro mito: el hecho práctico es aquél, y si alguna vez se altera nuestra bandera no hay mas que ir á retocarla en su noble origen: la soberanía popular representada por una bandera, copiando la soberanía real representada por una banda. Hay en esta version hecho histórico, verdad lógica, y propiedad que nos envidiarían muchas naciones. El ejército, pues, es el depositario de aquella gloriosa tradicion, y aún hay documentos que pueden acreditarla. En el *Monetario de Vosgien*, publicado en Francia, en 1825, la bandera y la cucarda argentina están pintadas con colores celestes, á diferencia del azul, que predomina en todos los otros pabellones. Mas adelante veremos la importancia y oportunidad de estas indicaciones.

DIA 19

Empieza á animarse el paisaje con grupos de árboles negros aquí y allí en el horizonte, decorando una casa de azotea que, por su blancura, contrastaba graciosamente con el ocre verdoso de la Pampa, el macizo de vegetacion y el azul del cielo. Lléganos la noticia de la derrota de Arnold, jefe de Echagüe, que se retiraba á Buenos Aires con los restos de la division de Santa Coloma desde Santa Fe. Ya habíamos tenido antes la derrota de Cortinas cerca de San Nicolas. Pero estas derrotas y muchas otras que ocurrieron despues eran sin combate. El enemigo veía acercarse nuestras divisiones de avanzada, y fugaba. La derrota de Arnold tenía, ademas, un carácter peculiar á esta campaña. La víspera había dormido

la division del general López, nuestra, al lado de la de Arnold, ambas fuertes de ochocientos hombres, y no se habian sentido la una á la otra, no obstante estar acampadas á una legua. Es muy engañadora la Pampa; pero tenía á quien engañar esta vez. La corrida se emprendió al alba, y el general López mostró sagacidad y valor.

DIA 20

*Pergamino*

El veinte llegamos al Pergamino, adonde tuve que entrar á preparar una carpa para la imprenta. Este es un villorrio miserable, desaliñado cual no habia visto ninguno hasta entonces, camino de las provincias á Buenos Aires. Los cercos de cactus de las casas y solares forman un valladar impenetrable. Toda la poblacion varonil habia sido forzada á retirarse, incluso los comerciantes, excepto los *extranjeros*, españoles, franceses, vascos y portugueses, todos en corto número. Esta vez se me presentaba, por la primera vez, el hecho que veía desde Chile claro, las garantías civiles existiendo en la República Argentina para los *extranjeros*, al mismo tiempo que á los *titulados* nacionales se les esquilma, mata, y arrea, cual ganado, en las guerras de los naturales. Como en Entre Rios no había quedado un varon si no era vasco ó carcaman, así en el Pergamino no habían sino franceses ó españoles con quien entenderse. A un vasco comerciante compré las telas de que había menester, un frances me labró los palos para armar el toldo, y muy bien les supo el dinerillo que no esperaban tocar de mano de gente armada.

Había pavor, y el dueño de casa me preguntaba con inquietud qué gente traíamos, hasta que lo hube remontado un poco y osó manifestárseme. Por allí había pasado, hacía diez dias, el escuadron de Hornos, y mas tarde Robledo (Pillico) con los caballos y despojos de Aquino. Estas apariciones siniestras habían hecho caérseles el alma á los pies á todos, y nadie hablaba conmigo, sino con una prudente reserva.

A poco se presentaron tres jóvenes del Pergamino que

se habían escapado de las fuerzas que iban reconcentrándose para Buenos Aires, y los mandé á sus casas. Mas tarde se me apareció un viejo de setenta años, blanca la cabeza y cerrada de cabello como un faldero, y, como un faldero, tenía los ojos de lacrimosos. Contaré la escena por lo cómica, y para mostrar el disparate de Rosas en las reclamaciones á son de tambor mandadas á Chile contra mí.—¿De qué Sarmientos es usted, señor?—De los de San Juan, señor.—Si; ¿pero de cuál de ellos? Yo conozco á Tomas, á José, y muchos otros que ya han de haber muerto.—Soy hijo de don Clemente.—¡Clemente! ¿Clemente, uno alto, que tenia una quemadura en la frente? Hace muchos años que viaja para Buenos Aires.—Ha muerto.—¡Pobre Clemente!—¿Y (*acercando la silla y echando una mirada en torno*) qué es del otro? haciendo señas para el lado del oeste.—¿Cuál otro, señor?—(*acercando la silla y marcando las palabras*). ¡El de Chile!—Soy yo, señor. —(*meneando la cabeza en señal de no haber sido comprendido y acercando la silla*).—¡El que escribe!—¡Bien, señor, soy yo! —Su paciencia se agotaba, acercó mas la silla y me lanzó al oído la bruta parola: ¡el que ataca á Rosas!—Tampoco pude contenerme de reirme, explicándole menudamente el caso, cómo había venido, etc. Entonces el anciano empezó á retirar su asiento y mirarme con ternura; pero creo que con menos interes; ¿le sucedia lo que á Galan? ¡era yo un pobre diablo!

En la tarde se movió el campo y tuve que alcanzarlo desde el Pergamino, donde yo había quedado. Esta vez el incendio de los cardales, que por todo el horizonte nos precedía, sucedió al ejército, y tuve ocasion de pasar un minuto, al menos, entre las llamaradas de uno y otro lado del camino. Rosas hacía quemar los campos para desemboscar los desertores que se escondían por millares entre los cardos y caballos que ocultaban los propietarios. El calor era sofocante, y las bocanadas de humo venían por momentos á cegarme.

El ejército acampó en la Florida, estancia que fué de los Rojos, hoy del general Mansilla. Dos ó tres paraísos sombreaban la casa, compuesta de dos habitaciones. ¡Qué barbarie en la explotacion de la propiedad rural! Sin exageracion ninguna la campaña de Buenos Aires es el





país mas atrasado de la tierra, si no se le compara con las otras provincias pastoras.

Los caballos de todo el ejército durmieron esta noche sin cenar, porque no había una mata de pasto en los alrededores de las casas.

DIA 21

Apenas se inició la marcha entramos en un campo pastoso, que desde veinte cuadras de las casas se extiende hasta el Arroyo Dulce. ¿Por qué pasaron tan mala noche los caballos? Porque no había Estado Mayor que se adelantase á hacer la vista de ojo para disponer el campo, ni una descubierta que presidiese de veinte cuadras las cabezas de las columnas. Este hecho se repitió tres ó cuatro veces en el discurso de la campaña. A las siete de la mañana paramos á bajar un rato los frenos, y á poco llegamos al Arroyo Dulce, en los campos que en la carta topográfica están marcados con los nombres de don Juan Cano y don Miguel Echegaray.

DIA 22

Marcha el ejército hasta la Salada, haciendo una jornada continua de siete horas por entre los cardales. En el camino nos salió al encuentro el jefe del Detall de la division López de la vanguardia, que se había quedado atras por no haber sentido pasar á su lado al general Urquiza con el resto de las divisiones. Siempre las violaciones gratuitas de las reglas mas vulgares de la estrategia. Afortunadamente que teníamos que habérnosla con militares de la misma escuela. En la Salada el general Virasoro y Galan desean consultar mi carta para averiguar la distancia del Salto, donde se decía estar Lagos; pero las marchas siguen arreglándose segun el vaqueano. Este dia tengo una pierna de gamo á la mesa y tres perdices. Yo afecto en el recinto de mi tienda un epicureísmo refinado.

DIA 23

Acampamos diez cuadras al sur-oeste de las casas de la estancia de don Luis Dorrego. Sábese que la vanguardia está á media jornada. Díceseme que la division La Madrid está de avanzada, y mando á Paunero la *Petite Guerre* de Backer para que, estando dueño de sus actos, organice la vanguardia de la vanguardia de manera de ponerse á cubierto de los accidentes, que veía surgir á cada momento, tanto mas peligrosos cuanto mas nos acercábamos al enemigo. Desgraciadamente el avance de la division La Madrid era él mismo un simple accidente. Córrense rumores de proximidad del enemigo, que salieron falsos.

DIA 24

*Cañada de los Toros*

Favorecidos por un dia nublado llegamos á las diez á la Cañada de los Toros. La misma niebla había contribuído á desorientar á los vaqueanos de la vanguardia y se dirigen al sur, teniendo que describir un rodeo para buscar las lagunas del Juncal Grande. Una descubierta sorprende dos escuadrones enemigos y les toma ochenta caballos, doce monturas, balijas y armas. ¡Y va de sorpresas! Toda la campaña se reduce á esto; de repente, ahí están, ó se les escapan de entre las patas de los caballos, como las perdices que anidan en el pasto.

Súpose que en un rancho vecino se encontraban dos heridos. Un aleman se suicidó ese dia, cansado, sin duda, de las fatigas de aquellas marchas tan pesadas. La de la Salada fué horrible. No dando un momento de reposo á los infantes cada tres cuartos de hora, los batallones se desbandaban, abrasados de sed, fulminados por el sol, sofocados por el polvo, y sangrando los pies, desgarrados por las espinas. Habíase recibido orden del general en jefe de avanzar en la tarde hasta las lagunas del Juncal Grande. La carta daba tres leguas largas y el campo no se movía á las tres y media. Yo me acerqué al mayor general, y le previne lo que había notado.—El vaqueano

dice que hay legua y media.—Yo no insistí sabiendo lo que era la autoridad del vaqueano, y el descrédito de una carta topográfica, que había costado diez años de trabajos y de verificaciones.

La marcha principió tarde, el sol declinó en el horizonte, el crepúsculo se disipó, y el ejército se halló marchando en las tinieblas. Los vaqueanos se adelantaron á cercar con los deseos las inencontrables lagunas, y la noche avanzaba, en tanto, y no habia esperanza de dar con ellas; y carretas y trenes de artillería rechinaban abriéndose paso por pajonales y campo abierto. Nosotros llegamos á la laguna á las nueve de la noche; pero aún á las once se oía todavía el chirrido de las carretas, los gritos de los rezagados preguntando por sus batallones. El enemigo había quemado el pasto en torno de las lagunas y toda la caballería pasó sin cenar.

Era sublime aquella noche por el desórden y confusion de un ejército, apiñado en torno de una laguna, en que se metían los soldados y los caballos á apagar la sed: el suelo estaba negro como luto con los restos del pasado incendio, y las gabiotas, asustadas, volando en masas de millones, hacían retemblar la tierra como si se desplomara una montaña, y por lo pronto tenernos de pie á nosotros, temiendo fuese disparada de caballos, y toda esta escena nocturna alumbrada á lo lejos por el fuego del incendio eterno de la Pampa, que nos venía precediendo, como aquella columna ígnea que dirigía las marchas de los hebreos en el desierto.

Yo no armé mi tienda esta noche, extendiendo mi cama de campaña debajo de una carreta, temeroso de ser cortado en dos en algun enredo de caballos. Los pájaros volvieron á espantarse á la media noche; todo el mundo se puso instintivamente de pie; y lo que se temía sucedió al fin. Hubo una disparada de caballos en la division Abalos. Nada hay mas aterrador que este desorden tan frecuente en nuestros campamentos. Al dia siguiente hubo otra en que mi tienda fué cogida entre los lazos, y mis caballos arrastrados en el torbellino que venía de un campamento contiguo.

## DIA 25

### *Las lagunas del Juncal Grande*

Por la mañana del dia siguiente se cambió el campo á pocas cuadras, y allí hubimos de pasar el dia en dar de comer á las caballadas. Desde aquella noche triste la carta topográfica empezó á merecer mas respetos, y en adelante su dueño fué consultado en materia de distancias como cualquiera otro vaqueano. Así pasamos todo el dia 25.

---

## BOLETIN NÚM. 22 (1)

Laguna del Tigre, 25 de Enero de 1852.

El poder del tirano se disuelve á impulso de su propia inmoralidad. La poblacion de San Pedro acaba de pronunciarse, dando asilo en sus murallas á los centenares de soldados que estaban refugiados en las islas del Baradero. Cien vecinos del Pergamino de los que arrastró López en su fuga se han presentado á deponer las armas ante el juez de paz de aquella villa. El conductor de las comunicaciones de las autoridades de San Pedro ha atravesado sólo el país intermediario hasta nuestro campamento, encontrando á cada momento grupos de á cuatro, de á diez, de á veinte soldados que abandonan las filas enemigas y vuelven á sus casas en busca del reposo que el Ejército Grande viene á asegurarles.

Ayer el ejército del centro ha acampado sobre el lugar mismo en que el dia antes ha escapado Lagos en persona ante el peligro de ser tomado al frente de dos escuadrones por una de nuestras avanzadas. Siete muertos, ochenta caballos tomados, treinta monturas, seis balijas y dos carpas dejaron sobre el campo, al escapar de nuestras lanzas. Los prófugos quedan cortados hacia el sur y nuestra poderosa é invencible vanguardia se les ha interpuesto ya en la direccion de Buenos Aires.

---

(1) *El Boletín* Núm. 21 contiene el parte de don Juan Pablo López de haber derrotado en Rojas fuerzas de Rosas, haciéndole doce muertos, treinta y nueve prisioneros, mil caballos tomados, etc.

Pacheco, que intentaba hacer un simulacro de campo de reunion en Lujan, se retira hacia Buenos Aires, desalentado al ver que cada encuentro con nuestros soldados es un desastre y que cada pueblo que dejan de oprimir los satélites del Tirano se levanta á vengar los ultrajes y robos de que ha sido víctima. La retirada misma tenía anteayer el aspecto de una derrota por la dispersion de diversos grupos de caballería.

El Ejército Grande marcha, como el destino, á llenar su mision de dar libertad á los pueblos y acabar con el sistema de expoliacion y degüellos que por tantos años los ha empobrecido y diezmado. Nuestra gloria está cifrada en soportar con valor las fatigas; nuestro triunfo, nuestra conquista será la cesacion de esas mismas fatigas, restableciendo la paz de la Confederacion. El triunfo de Rosas sobre el Ejército Grande sería, por el contrario, al principio de nuevas guerras y de nuevas privaciones para el soldado, porque el Tirano reserva las recompensas para unos cuantos cómplices privilegiados, mientras que para el soldado sólo hay en sus filas pobreza, fatigas y destierro perpetuo.

El Ejército Grande ha atravesado hasta hoy ricos campos, desiertos de poblacion, excepto las estancias de Mansilla y de Pacheco, llenas de ganado. El Ejército Grande ha respetado la propiedad de sus enemigos mismos, porque sería su vergüenza que se dijera que trae la desolacion, el desorden y la destruccion al mismo tiempo que la libertad y el restablecimiento de las leyes. Un atentado contra la propiedad es un ultraje hecho al buen nombre del Ejército Grande y un delito que el general Urquiza castiga con la última pena.

(Sigue un parte de don Laureano Diaz).

### DIA 26

*La laguna de las Toscas ó del Gato*

La extenuacion de los caballos se hace sentir por todas partes. El general en jefe empleaba activamente la vanguardia en recoger yeguas chúcaras y potros, que nos dejaba en corrales para remontar la caballería. Uno de los espectáculos mas novedosos que se ofrecían á la vista era el de una division entera, montada en potros indómitos, y aquella doma de mil quinientos caballos, cayendo, levantando, haciendo piruetas en el aire ó lanzándose á escape por

los campos, hasta que, á la vuelta de dos horas de lucha, los brutos vencidos, la division recobraba su orden de marcha cual si fuera montada en caballos domesticados. El paisano correntino ó entrerriano, nadando ó domando, es un prodigio de resistencia, de osadía y de fuerza.

Sucedía, empero, en la distribucion de los caballos lo que en todas las cosas por falta de organizacion y de método. El jinete es insaciable de caballos, y los jefes de unas divisiones, mas afortunados que otros, estaban remontados con profusion, mientras otros carecían de lo indispensable. Los brasileros sufrían mas que nadie, y el brigadier Marquez mandaba reclamos dia á dia avisando la deplorable situacion en que venía, falto de caballos para la artillería y lo mas urgente. Ultimamente su edecan vino de su parte á verme, y me encargó á su nombre formulase una protesta, diciendo que sólo pedía ciento treinta caballos; pero que no podía ver los sufrimientos de los ingenieros europeos de las baterías de fuegos á la congrève; que la artillería venía á pie, y que no pudiendo comprar caballos, como lo había hecho en el Rosario, reclamaba como un deber, como una atencion y una deuda se le diesen los caballos que pedía. El mariscal me hacía decir que deploraba el no poder venir á verme por consideraciones de posicion de que no le era permitido prescindir.

Había en esto verdadera escasez de caballos, como he dicho antes, y ademas desorden en la distribucion, que estaba á merced de la diligencia de cada jefe; pero había mala voluntad, y ese desprecio del paisano elevado á un alto rango, por el extranjero, y sobre todo por el brasilero. Yo oía en torno de mí reir de las quejas de los brasileros y remedar su idioma al exponerlas. Por otra parte, yo me había propuesto un plan de conducta de que no me desvié durante toda la campaña, y era no apartarme un minuto del lugar donde estaba el mayor general, á fin de evitar interpretaciones desfavorables.

Al dia siguiente, sin embargo, como se acercase, por accidente del terreno, la cabeza de columna brasilera á la nuestra, me acerqué al mariscal, quien á poco se explayó conmigo, y me expuso, en los términos mas sentidos, la situacion de su cuerpo de ejército, en lo que no dependía de sus propios recursos. Para nosotros, me decía, esta

guerra tenía objeto mas alto que echar por tierra á Rosas. Una de las calamidades de que somos víctimas argentinos y brasileros son los odios recíprocos de estas dos naciones fronterizas, y cuyos intereses son comunes en los rios y en la política americana. Hemos solicitado formar parte del ejército expedicionario con el fin de que el contacto diario, la mancomunidad de peligros y de fatigas, disipase estas fatales preocupaciones; queríamos ser estimados de los argentinos, como nosotros los estimamos á ellos. Este grande objeto de la política del Emperador ha quedado malogrado en la práctica.

Nosotros formamos aquí un grupo aparte, no nos comunicamos con nadie; nadie se nos acerca, y podríamos decir que veníamos en medio de enemigos. Somos descuidados, y mis reclamos de lo mas urgente son desoídos. El mayor general, á cuyas órdenes vengo, no me imparte órdenes, y sea que sus ocupaciones no se lo hayan permitido ú otra causa, no he merecido que me saludase a incorporarme á su ejército. No lo siento por mí, yo no soy nada en este asunto; pero, al fin, soy el jefe de las armas imperiales, el representante de uno de los aliados, y á estos títulos merecía alguna consideracion. No habiéndome visitado, á mi llegada, el mayor general no he podido acercármele, y esto me ha privado de ponerme en contacto con los jefes superiores argentinos, y, acaso, allanar dificultades, que se hacen mayores cuando se tratan desde lejos, etc., etc.

¿Qué contestar á estos cargos, expresados con tanta dignidad y mesura, emanados de fuente tan alta, y dirigidos contra los que representaban, por su posicion, el nombre, la hospitalidad, la buena crianza de los argentinos? El general en jefe de las fuerzas brasileras no había recibido, al incorporarse á nuestro ejército, la bienvenida de un paisano que se llamaba mayor general, y que, en condiciones ordinarias, no se había creido el igual del brigadier Marquez, hoy mariscal, joven cumplido, de una educacion esmerada y el mas digno representante de una nacion culta.

Yo no tenía cara para mirarlo; pero ofendido, como argentino, del baldon que aquellos procedimientos inciviles echaban sobre todos nosotros, justifiqué á los argentinos

diciéndoles que el mayor general era un pobre paisano sin educacion, en quien eran encogimiento cerril, mas bien que intencion ofensiva, aquellas negligencias; y como yo veía desmoronarse ante la inspeccion diaria de nuestras marchas y de nuestra capacidad militar el antiguo prestigio de nuestras armas, me esforcé en hacerle comprender que aquello que llevaba el nombre de ejército argentino era sólo levantamiento en masa de paisanos de las campañas; que nuestros ejércitos, los que habían llevado nuestro pabellon á todos los extremos de la América, eran otra cosa, y estaban ahí; pues ni la ciencia, ni las tradiciones militares, ni nuestros jefes de línea habían desaparecido, no obstante que estaban oscurecidos por ese paisanaje arrebatado por los caudillos á sus ocupaciones, etc., etc.

Contóme, entonces, que tenía partes de la vanguardia en que el coronel Osorio, jefe del regimiento número 2 de caballería, se lamentaba igualmente de ir casi á pie, mientras que todas las otras divisiones de caballería estaban con profusion montadas. Aquel regimiento se componía de misioneros, y nuestros jinetes se quedaron luego no poco sorprendidos al verlos cabalgar potros con mas gracia que ellos, y enlazarlos indistintamente con la una y la otra mano, sin que sus arreos militares, su lanza, su espada y pistola á la cintura los embarazasen para nada.

Esforcéme, pues, en atenuar aquellas faltas indisculpables, y aun allanarle el camino, para que, sin dar valor á omisiones de civilidad que suponían intencion, donde no había mas que incapacidad, fuese al cuartel general y se pusiese en contacto con el que hacía las veces de jefe. Aceptó con gusto la idea, y dos ó tres dias despues, á pretexto de la victoria de los campos de Cabral, se nos apareció en nuestros reales, felicitó al general Virasoro, y aquella interdiccion quedó allanada.

Era lo mas cómico ver á gente de chiripá, y mugrienta, que no tenía ni listas de sus cuerpos, ni podía hablar dos palabras en orden, riéndose de los brasileros, cuyos oficiales subalternos pertenecían á las familias mas distinguidas del Brasil, cuyo equipo en campaña era el mismo de las ciudades y cuyas tropas eran un modelo de disci-

plina, de orden, y de ciencia estratégica en sus marchas y acampamentos.

Yo me divertía en las marchas en hacer tirar piedras á los amigos militares paisanos de que venía rodeado. ¿Dónde acampan los brasileros? preguntaba al bajarme del caballo. Pónganme la puerta de la tienda para ese lado, para disparar esta noche, si hay sorpresa; porque nosotros no sabemos mas que sorprender ó ser sorprendidos.—Digan lo que quieran, decía alguno, no hay soldados mas valientes que los argentinos.—¿Cuáles, les preguntaba yo con sorna, los negros?—Mas valientes son los negros orientales, que han tenido en jaque á nuestros batallones de negros en Montevideo nueve años.—Pero ¿y nuestra caballería?—Es mejor la francesa, que en Africa arrolla gauchos mas de á caballo y mas valientes que nosotros.—¿Conque hay gente mas de á caballo que los argentinos?—Sí, los ingleses, que tienen mejores caballos, saltan zanjas de siete varas de ancho y cercas de dos de alto.—Pero un gringo no se tiene á medio corcobo. —Eso prueba su superioridad. Es preciso que seamos tan torpes, como somos, para estar expuestos á cada rato á perder la vida ó un brazo, porque no sabemos educar bien un caballo: en Inglaterra no corcobean los caballos. En cambio, corren mas que los nuestros, y les son superiores en fuerza y belleza, porque los ingleses saben mas que nosotros de caballos. Ellos mandan hacer los caballos á su gusto.

Y de estas, cien paradojas, cuya extrañeza y absurdidad los enfermaba de rabia. La disputa sobrevenía, y no pocas veces concluía con persuadir de su verdad á los mas testarudos.

### DIA 27

La tarde del 26 acampa el ejército sin agua, para acortar la jornada á la laguna del Tigre. El panorama de la llanura se anima cada vez mas por la frecuencia de chacras con árboles. Veinticinco arboledas se divisaban á la vez en el horizonte. Esa tarde atravesamos una chacra de trigo sin cosechar: todo el séquito del general Virasoro se apartó á un lado para no pisotear y desparramar las

gabillas, excepto el asistente, que arreaba veinte caballos blancos del general. Volvíme y le ordené salirse al costado de la chacra, sin ser obedecido. Entonces metí mi caballo y arrié la manada fuera. El asistente fué y la trajo de nuevo para hacerla pisotear el trigo. En un ejército esta falta de respeto á un oficial superior habría sido delito capital: en las hordas de caudillos el asistente del general y sus caballos participan de las inmunidades del jefe. Ninguno de los mismos oficiales correntinos que me habían hecho notar el desorden con indignacion se habría atrevido á poner remedio. Yo vine y le puse al general la queja de aquella insubordinacion, á que el general respondió mandándole decir palabras severas, sin mas consecuencia. Esta tarde traíamos por vaqueano un gaucho vasco.

Al dia siguiente, á las nueve y media, llegamos á la laguna del Tigre, hacienda de don Pastor Gorostiaga, y posta de Chivilcoy, que es el departamento que allí principia. El general en jefe había partido el dia anterior. La víspera habia pasado Echagüe, Santa Coloma y creo que Lagos, la antevíspera las partidas que andaban recolectando caballos, operacion que se había practicado cuatro veces consecutivas. Pacheco se retiraba de la guardia de Lugan, reconcentrándose sobre Santos Lugares. Nuestra posicion estratégica era en este punto del círculo que describíamos excelente para el caso de prolongarse la guerra. El norte quedaba barrido de caballadas, y el sur de la campaña de Buenos Aires, centro de las caballadas y demas elementos, estaba en nuestras manos. Podía nuestra poderosa caballería investir á Buenos Aires por el sur, y, en caso de desastre en un combate, retirarnos sobre Quilmes, y por los vapores reforzarnos con las fuerzas brasileras acantonadas en la Colonia. Estos eran, al menos, los comentarios que haciamos Mitre, yo, y algunos otros sobre la carta, suponiendo, para divertir nuestros ocios, que había otra cosa en nuestra marcha que buscar pasto y agua para los caballos. La verdad es que los medios de satisfacer esta necesidad suprema estaban en armonía con todas las exigencias de un plan estratégico de campaña.

A la altura de la laguna del Tigre estaba ya la vanguar-

dia perfectamente montada, y el centro empezaba á completarse; la prueba es que hasta para los brasileros habia caballos.

Don Pastor Gorostiaga es un amigo, como toda su familia, de Rawson; mi nombre le es familiar por su hermano el doctor, de quien Rawson me habia hablado mucho, y somos, á media palabra, amigos antiguos. Gorostiaga ha tenido ocho mil vacas, de las que las requisiciones de ganado no le han dejado sino dos mil. Echagüe, la vanguardia y nosotros metemos hasta el fondo la mano en el resto, y Gorostiaga se consuela con la esperanza de la pronta caida de Rosas, para él segura desde que ha visto el terror de Echagüe y la fuerza y número de nuestras legiones. El dia anterior se habian tomado comunicaciones del general Pacheco, ordenando replegarse á una fuerza del Bragado, y mostrando ignorar nuestra proximidad.

Gorostiaga habia hecho frente á los malos tiempos para el ganado, sembrando trigo, y fomentando á los extranjeros que piden tierras para labrarlas. Hícele notar que de este sistema iba á nacer el inquilinaje, la plaga social mas incurable y mas desastrosa. No estando en antecedentes, pareció no comprender la cuestion. El departamento de Chivilcoy va haciéndose agrícola con todas las ventajas que la explotacion del suelo da á las poblaciones rurales. Muchos extranjeros están establecidos allí, y gozan de completa y absoluta seguridad, tanto que nos inspiraba recelos Gorostiaga sobre la lealtad del vasco que nos servia de vaqueano. En el pais donde el criollo no tiene garantia alguna contra la arbitrariedad de su gobierno, el extranjero, *garantido* contra esa arbitrariedad, se hace temido y tiránico. Ellos eran los que sembraban el trigo; ellos los que, arrastrados á Buenos Aires los chacareros, compraban las mieses en pie, ó en gabilla por precios usurarios.

En la mañana habiamos pasado por una chacra, donde ¡fenómeno raro! cuatro gauchos á pie estaban mirando impávidamente desfilar nuestras divisiones. Acercámonos en busca de leche, y yo dirigí la palabra al primero.—¿Quién es usted?—Yo soy, señor, ingles—¿Y usted?—Vasco, para servir á usted—¿Y usted, amigo?—Español—¿Y usted?

—Frances. Gauchos los cuatro, seguros de nosotros como de Rosas, viendo pasar á los criollos en busca los unos de los otros para degollarse entre sí. ¡Ah, decía yo, si fueran cuarenta mil, cien mil, un millon estos testigos impasibles de nuestras canalladas! Luego vinieron las mujeres, y nos dieron mate.

¡Qué hablar una viejita, qué maldiciones á Rosas, y á ese sistema de iniquidades! Tomó parte el dueño de casa, que se le había ocultado al juez que quería llevarlo, y añadió su voz de bajo á aquel coro de imprecaciones. Oíle, á este hombre, un desahogo de arrepentimiento, de desengaño, que me iluminó y me llenó de consuelo: «Y tanto, dijo con voz reconcentrada, que hicimos los paisanos el año veintinueve para ayudarlo (á don Juan Manuel) ¡y el pago que nos ha dado! Desde entonces no hemos levantado cabeza en la campaña, nos han estrujado, nos han quitado poco á poco cuánto teníamos.» La mujercita tomó este tema, é improvisó variaciones de una volubilidad infinita. Este hecho y lo que venía observando desde el Rosario, San Nicolas, Pergamino, me mostró que había una opinion pública formada, incontrastable, y no dudé mas del cambio en los destinos del país. Este era el sentimiento profundo de las masas en todas partes.

Al mismo tiempo que oía estas confidencias populares, y que probaban el acierto del espíritu de los *Boletines* para inspirar confianza al paisano, supe que Galan reprobaba algunas alusiones del *Boletin* 22 al mismo asunto, diciendo que contrariaba las intenciones del general en cuanto á personas. Como lo sabía confidencialmente, hice rodar la conversacion sobre el *Boletin* Núm. 12, y la carta de Elías, que contenía aprobacion expresa de su contenido.

La langosta hacía estragos en las campañas, y desde la Florida teníamos que hacerla extraer de los pozos á balde para beber el agua que cubrían con sus cuerpos y cadáveres.

Los prófugos nos traen noticias á cada momento de los movimientos del general Pacheco. Rosas, por la severidad del arreo de gente, se privaba, en cambio, de saber

nuestros movimientos, que á cada momento sorprendian desapercibidas á sus avanzadas. Nada se encontraba en las campañas á venta; y donde algun vasco tenia harina vendíala á precios fabulosos. Nuestros vivanderos habian agotado todas sus provisiones, y no hallaban medio de refrescarlas.

DIA 28

Partimos para el Arroyo de los Leones. No hay noticias oficiales de la vanguardia hace tres dias, excepto lo que sabemos por Gorostiaga. Cuando nada ocurre no hay comunicaciones entre ambos cuerpos de ejército. Tengo de ello la prueba evidente en la imposibilidad de mandar los boletines á la vanguardia, de donde me los piden con instancias. En la tarde marchamos hasta las inmediaciones de la Guardia de Lujan, centro administrativo, militar y comercial de esta parte de la campaña. Se reciben avisos de que la vanguardia está acampada á legua y media, sin novedad. Dos dias antes se ha retirado el general Pacheco á las once del dia arrastrando el batallon de milicias, los comerciantes y las tropas de Echagüe, Arnold y Lagos, que se le han incorporado. Córrese que se preparan á darnos la batalla en los campos de Alvarez. Mientras el enemigo se retira, las defecciones de los cuerpos de Buenos Aires toman cada dia mas incremento, y los comandantes de los cuerpos, mis amigos, ó sus ayudantes me comunican sigilosamente el hecho, al mismo tiempo que el coronel Galan y el general Virasoro, por prudencia quizá, lo disimulan, menos por el hecho que por su deseo de contar con el espíritu de estas tropas para la política.

DIA 29

*Guardia de Lujan*

Muy de mañana acampamos en sus inmediaciones. Yo solicité y obtuve permiso para pasar á la poblacion, donde el mayor Coneza, que había sido destacado con una fuerza, viéndome entrar, me llevó á casa de un señor Laprida (su amigo) para que alojase. Como en el Pergamino,

todos los naturales habían sido forzados á retirarse á Buenos Aires, lo que no estorbaba que esa noche el cura, un vasco, hubiese organizado una guardia nacional de cien extranjeros, vascos é italianos, para guardar la propiedad. Supe del cura que había 700 nacimientos al año y 500 defunciones, lo que da una poblacion de 25.000 almas si los niños traídos á bautizar de los alrededores no aumentan demasiado las cifras.

El juez de paz sobrevino, y hablando de la iglesia nueva sin consagrar me dijo que, levantada á expensas de los vecinos, no se había podido conseguir jamas de Rosas que diese permiso de consagrarla, atribuyéndolo á designio maquiavélico. ¡Pobre Rosas, suponerle maldad en estas cosas! La vileza y degradacion del país hacía que para estornudar se le consultase, y teniendo mil consultas al dia contestaba lo que cualquier hombre honrado hubiera hecho en su lugar. A nuestra llegada á Buenos Aires se encontraron en sus archivos de Palermo causas contenciosas, con once años á que estaban en consulta. ¡Cread tiranos, dadles autorizaciones, consultadlos en todo, dadles gusto, y esperad las consecuencias.

La horticultura está muy desenvuelta, es decir, relativamente á aquella barbarie inaudita de las campañas pastoras. Un italiano, con su carretilla, trae á venta tomates, choclos y qué sé yo qué otra verdura que excita mi codicia. Hago tomar con los asistentes, y demando el valor de la cosa. El italiano, habituado, sin duda, á estas bravatas de la gente armada, se deshace en excusas, y falta poco para que lo atropelle, y se pague, y me deje tranquilo con su donativo forzado.

En la poblacion criolla reina el terror, nadie se atreve ni á desearle mal á Rosas, tan poca fe tienen en nuestro triunfo. La division Aquino había sido recibida allí en triunfo, y los soldados, felices de verse en su país, se aturdían sobre su crimen, inventando historias contra nuestro ejército, y anunciando la defeccion de todo el de Buenos Aires, con sus jefes antiguos á la cabeza. El doctor Wilde, que se había fugado de Buenos Aires para incorporársenos en el Rosario y que venía á la Guardia de Lujan á procurarse lienzo para vendas, y lo que se encontrase para formar un botiquin, habla con un su anti-

guo amigo boticario, quien le cuenta como dos soldados de la vanguardia le dijeron: «Hemos sido entregados como corderos; pero luego veremos las avanzadas y nos reuniremos á los nuestros.» Algunos oficiales del ejército de Rosas conservaban este espíritu en sus tropas, mientras Urquiza y sus secuaces creían hacerse en ellos un apoyo contra el espíritu de la revolucion misma que encabezaban.

Una palabra sobre la sanidad del ejército. En esta masa de veinte mil hombres no habia hospital, y los pocos remedios de un botiquin incompleto, tomado en el campo de Oribe, estaban agotados. Wilde, Ortiz y cuatro ó cinco médicos que venian de aficionados, pero ninguno reconocido en su carácter de tal, ni afecto á un servicio organizado, iban de batallon en batallon, llamados de aquí y de allí á curar un enfermo en su campamento, y en su puesto de formacion. ¿Qué remedio aplicarle á un infeliz tendido sobre la tierra, recibiendo de noche el sereno? ¡Hé aquí cómo se hacen campañas sin Estado Mayor! Por los reglamentos de la marina en Francia es prohibido á los balleneros tomar la alta mar sin un médico y botica, si lleva mas de veinte hombres de tripulacion.

DIA 30

Mientras estoy en Lujan, la carreta de la Imprenta, que se reconoce de leguas en las marchas por su bandera con la palabra IMPRENTA, legible con el anteojo, se quiebra al pasar un arroyo fangoso. Pido una nueva, y los impresores se proveen de otra mas para subdividir la carga; mas no estando de regreso en el campo al alba, salgo en su busca, solo, entro en Lujan, despierto al juez, sé que han sido despachados en la noche, y no teniendo cuidado por esta parte, tomo una calle hacia el oriente, salgo al campo, me extravío y dos horas ando perdido sin divisar ni polvos que señalasen la marcha del ejército. Al fin, me le incorporo. La imprenta no habia andado mas feliz, y á las doce aún no se veía la bandera de la carreta aparecer en el horizonte. Al fin llegan, y el ministro Pujol viene á anunciarme una desgracia, y pedir indulgencia por el autor inocente de ella, que estaba desolado.



Mi ayudante había perdido las maletas que contenían el plano topográfico, el diario de la campaña y otros documentos. Hicímosle el mas sentido duelo á la carta, y el coronel Piran, el coronel Galan y el general Virasoro la sentían tanto como yo, pues que ya había tomado su rango y puesto en la direccion de las marchas, y como estábamos cerca del enemigo á cada paso se la consultaba, y por esto había dispuesto traerla á mano siempre. Recuerdo estos detalles por mostrar cómo los generales paisanos con su desprecio necio por las letras, y los medios cultos de los generales *fundillos caidos,* aprenden á respetarlas, cuando se les dan lecciones prácticas como las que les daba la carta topográfica.

DIA 31

*Derrota de la vanguardia de Rosas*

Este dia avanzamos una jornada y acampamos á las nueve de la mañana.

Pocos momentos despues un comandante de los mas ladinos trajo la fausta noticia del encuentro de vanguardia sin conocer todo su alcance, pues el general en jefe lo había enviado á los primeros anuncios de la victoria, diciéndole que habían sido acuchillados mas de dos mil hombres. Pasamos todo el dia en la mayor excitacion esperando, como era natural, un parte verbal mas circunstanciado, ó alguno que viniese de la vanguardia. De todos los cuerpos mandaban por horas, por minutos, á saber detalles, y me pedían los jefes que publicase algo para satisfacer la curiosidad de los soldados. Pasóse el dia en esta excitacion, la noche sobrevino, y esperando á las once de la noche un encabezamiento de *Boletin,* pasé la noche en vela, y al alba del dia siguiente, no obteniendo datos, hice tirar treinta ó cuarenta ejemplares de lo compuesto.

---

BOLETIN NÚM. 23

Cuartel general en los campos de Alvarez, Enero 31 de 1852.

El poder de Rosas ha sucumbido ayer en el puente de Marquez. Lo que de él queda es el cuerpo innoble de un monstruo que se disuelve en medio de las agonías del desesperado.

El Ejército Grande habia marchado desde la Laguna del Juncal Grande hacia el oriente, sobre terrenos que aún retenian el calor de las llamas del incendio, atravesando campiñas agostadas por el sol de Enero, ó desviándose de su marcha por no pisar las mieses que el labrador ha dejado en pie, al obedecer la orden bárbara de seguir á sus verdugos y expoliadores. El soldado se fatigaba de buscar las huellas de Echagüe, Lagos, Santa Coloma, que huian á su aproximacion, y el general en jefe se fastidiaba ya de la enojosa tarea de recibir á cada hora los prisioneros del enemigo, para enviarlos á sus casas á continuar los trabajos interrumpidos y volver á sus familias la tranquilidad y la esperanza de volverlos á ver, ya perdida.

Ayer, empero, la indignacion del soldado encontró, al fin, digno y terrible desahogo. Las avanzadas de vanguardia dieron, en los momentos de acampar, vista al enemigo.

La nota adjunta, del Excmo. señor general en jefe, da idea abreviada del brillante hecho de armas que en los campos del puente de Marquez ha puesto ayer de manifiesto la excelencia del plan de campaña adoptado y ejecutado con tanta rapidez y precision, como asimismo del arrojo irresistible de nuestros bravos soldados y del abatimiento moral de los satélites del tirano. Lagos, Bustos, Sosa y Rubio, al mando de divisiones escogidas, han llevado, en lugar de laureles para deponer á los pies del déspota, el triste convencimiento de que para ellos no hay salvacion sino en la fuga, y que la última hora de la tiranía ha sonado ya en la Confederacion Argentina. Nuestros valientes soldados han llegado hasta Moron acuchillando al enemigo; el sur está ya dominado por nuestras armas, asegurado el norte, Santos Lugares amenazado y las puertas de Buenos Aires abiertas á nuestras victoriosas legiones.

Millares de dispersos han llevado, temblando de pavor, la noticia al pueblo de Buenos Aires de que el sol que alumbró ayer es el de la víspera del dia en que se romperán para siempre las cadenas que lo han tenido atado; y, el Ejército Grande, terminando la serie de sus gloriosas fatigas, irá, bien pronto, á apagar para siempre, en las aras de la patria comun, la tea de la guerra civil que ha devorado por tantos años la poblacion y destruido la riqueza apenas naciente de lo que es hoy un yermo y fuera nacion que debiera figurar, desde la época de su independencia, sólo despues de los Estados Unidos en el continente americano.

¡Temblad, criminales sostenedores del tirano! El Ejército

Grande continúa sus marchas y el invicto general Urquiza divisa ya las nobles torres de Buenos Aires.

(Sigue la nota del general Urquiza al general Virasoro, dando cuenta de la derrota de las fuerzas del general Pacheco en el puente de Marquez.)

---

(El *Boletin* Núm. 24 contiene los partes del coronel Galarza y del general López sobre el hecho de armas del puente de Marquez.)

(El *Boletin* Núm. 25 contiene la breve proclama del general Urquiza fechada el 3 de Febrero en Palermo.)

DIA 1° DE FEBRERO

Esa mañana nos incorporamos á la vanguardia en los campos de Cabral; por tanto, volvíamos á ver al general en jefe despues del seis de Enero en que se adelantó desde el Espinillo. Yo fuí al cuartel general á pedir órdenes y datos: felicité cordialmente al general por el brillante hecho de armas obtenido, y me preguntó qué me parecía el plan de campaña. El lector preve fácilmente que aproveché la ocasion de desenvolver un poco mi pequeño caudal de nociones estratégicas y el resultado de nuestras observaciones con Mitre sobre el plano topográfico. El general se mostró satisfecho. Entramos luego en lo que al *Boletin* concernía, y le mostré lo que había escrito y dado confidencialmente á los jefes, que era el resumen de las noticias orales trasmitidas por el comandante. Había un error; no eran dos mil los derrotados sino cuatro mil, que despues se supo no eran cuatro, sino seis. El general me cogía en falso esta vez, y se desahogó: yo lo dejaba decir y abundaba en su sentido; mas llegamos á una frase que decía el «renombrado Fausto.» Fausto era uno de los jefes de su escolta, muy negado, terriblemente valiente, y que decían se había distinguido. «Qué renombrado Fausto» me dijo el general: «Estos salvajes unitarios se alcahuetean unos á otros, se recomiendan y se elogian. Así me vino usted á recomendar á ese pícaro de Aquino que me perdió una division, ese borracho...»

Mientras este brusco y no esperado desahogo tenía lugar, mientras me lanzaban á mí el epíteto de salvaje unitario, por vilipendio, como estuviese inclinado leyendo sentado

en una banqueta, me fuí enderezando poco á poco, con tranquilidad, creo que con dignidad, entreabriendo los labios y esperando que se agotase aquel torrente de improperios contra mí, contra los que se reputaban mios y contra la calumniada memoria de mi amigo.

El general se interrumpió, y levantándose me dijo:... «¡Uh! no lo digo por ofenderlo, hombre! Yo soy su amigo; así le he dicho á todos que usted es un patriota honrado. Yo lo quiero mucho á usted.» Levantéme al mismo tiempo. Dile las gracias conmovido por esta satisfaccion, dióme la mano, nos la dimos varias veces, y él me pidió que no hiciese caso de aquellas genialidades naturales en los hombres, acaso necesarias. Nuestra conversacion siguió amigable y cordial, discutimos un poco la moralidad de Aquino, recibí órdenes, y me retiré á mi campo satisfecho de haber logrado, al fin, esta conciliacion que disipaba todas las nubecillas pasadas. Una media hora despues un jefe vino á decirme: el general está diciendo de usted: «Ahí está el *Boletinero* escribiendo cuanto disparate le ocurre. Si no valen nada todos estos salvajes unitarios.»

La hoja helada de un puñal en las entrañas no me habría hecho la impresion que estas palabras al oirlas; y si el lector duda que esto sea posible, el señor Villarino, que nada sabe de esta historia, viene á comunicarme una carta que por el correo recibe de Buenos Aires del joven doctor Lagos, sobrino y edecan favorito del general, quien le dice: «démele un fuerte abrazo al *Boletinero*, si no sabe quién es: es el señor Sarmiento.» Estas miserias son la biografía entera de un hombre.

La derrota de la caballería de Rosas fué la revancha de la defeccion de la division Aquino. Ese dia cesó la desercion. Nuestro ejército se moralizó en la parte vulnerada que traía, y Rosas volvió á la desesperanza anterior, y sus soldados y Buenos Aires al júbilo de ver infalible y segura su caída.

¿Cómo sucedió esta catástrofe? Como habían sucedido todos los encuentros parciales anteriores.

El cuartel general había tomado acantonamientos con los dos batallones de infantería. Las divisiones de caballería que formaban la vanguardia iban marchando en tres columnas buscando donde tomar sus acampamentos.

Una ó dos de ellas, sucesivamente, vieron la caballería de Rosas acampada. La caballería de Rosas, á su vez, vió á la nuestra, y trató de salvarse. Hé aquí la historia.

De la division López salieron los partes que daban doscientos muertos; y sin poner el hecho en duda por muy natural, ningun cadáver vimos al dia siguiente que pasamos por el campo del combate; siendo de notar que, teniendo el enemigo á la retaguardia el puente de Marquez, muy estrecho, seis mil hombres de caballería no pasan en un credo, para que no hubiesen sido allí alcanzados y acuchillados, si la persecucion hubiese sido muy viva. Muchos detalles oí de persecucion activa y de muertos á lanza; pero esto ha debido tener lugar con rezagados ó con alguna division aislada.

Nada puedo afirmar, sin embargo, porque nada claro supe, sino que fué una sorpresa y que de ningun lado hubo línea de batalla. Hé aquí el fruto de esta guerra de paisanaje, que consiste en forzar á las poblaciones en masa á tomar las armas para aumentar indefinidamente el número de los combatientes, asolar las campañas, reventar caballos, arruinar la industria, matar prisioneros, y darse aires de generales. La caballería de Rosas se dispersó, y hubo grupo de soldados nuestros que persiguió á otros enemigos hasta cerca de Quilmes al sur de Buenos Aires.

DÍA 2

La vanguardia avanza. Síguele el centro, y al pasar el Puente de Marquez hay una alarma: ¡el enemigo! El enemigo estaba en sus campamentos en Caseros, visibles desde allí, por la línea de carretas que formaban fortificaciones. El dia se pasó en tomar disposiciones para la batalla. Distribuyóse la línea, segun la colocacion que debían tener los cuerpos al dia siguiente, aunque vivaqueó haciendo martillo con la línea de Rosas, y defendida la nuestra por el arroyo de Moron que cubría nuestro frente. A nuestra izquierda hubieron unos cuantos tiros en la tarde y la noche se pasó tan tranquila como en las marchas.

Al dia siguiente todo el ejército tenía que desfilar por un puentecito, no obstante que había dos, que si ambos

hubieran sido usados, la operacion se habría abreviado. Rosas no había hecho destruir el puente de Marquez ni estos otros, sabiendo, sin duda, que todo era inútil. ¿Para qué habia avanzado su caballería al otro lado? El general Pacheco debe saberlo; pero yo creo que los interrogatorios de Jimeno á los pasados sugirieron este expediente para provocar y apoyar la defeccion esperada. El medio intentado curó el mal de raiz. El general Pacheco se retiró á su casa, cansado de soportar las chocarrerías de Rosas; Mansilla se habia dado por enfermo, y yo creo que Rosas, aun en aquel caso desesperado, tuvo la vanidad de mandar tambien él una gran batalla.

DIA 3

*Batalla de Cáseros*

El general Mansilla me ha asegurado que Rosas, desbandada la mitad de su caballería, no debió tener dieciseis mil hombres en el campo de batalla. Hombres, porque soldados no tenía dos mil: hombres que, como en el batallon del coronel Hernández, fusilaron á su coronel, antiguo mazorquero, al frente del enemigo; hombres que, como en el batallon que se le seguia, fusilaron once oficiales antes de desbandarse; hombres, en fin, recogidos por la fuerza: el batallon de policía de Buenos Aires, los serenos, los muchachos en número de mas de dos mil, los sirvientes, los presos, hombres atormentados veinte años, y que habian jurado, á riesgo de su vida, dejar caer al majadero, causa de tantos desastres.

No había, pues, batalla posible, aunque se iniciase como se inició, aunque hubiese de nuestra parte un plan de batalla, y el enemigo hubiese escogido sus posiciones.

No entraría en detalles, pues, sobre esta batalla si de uno y otro lado no hubiese habido la misma escuela militar impotente y nula. La batalla se inició sin guerrillas y por un fuego de artillería de poco efecto, desde que las baterías estuvieron al alcance. El abandono del Puente de Marquez y los dos de Moron, por quien tenía artillería de calibre, aquella línea inmóvil, y aquel silencio y soledad que precedió á la batalla, da una idea de la fuerza moral, estratégica y física del ejército de Rosas. El general en

jefe hizo cargar con su caballería el ala izquierda del enemigo, donde estaba la de Rosas, corrida en el Puente de Marquez. Esta se desbandó y no aguardó que se acercase la nuestra. No ví en el campo un solo muerto de caballería. Ignoro lo que esta masa de regimientos nuestros, que traspasó la línea enemiga, entre la batería de Chilavert, que era la extremidad de la izquierda de Rosas, hizo despues, porque entonces debió evolucionar á retaguardia de la infantería enemiga para tomarla de revés. Cuando yo pasé por los lugares encontré al mayor Carril, de la division Burgoa, que iba á retirar una guerrilla avanzada. Todavia hacía fuego la batería de Chilavert. El general no tenia á su lado sino un edecan militar, que era el coronel Chenaut, que prestó inmensos servicios.

El general La Madrid, con una division de caballería de 1500 hombres, se corrió al Este, se dejó ir, y llegó casi á San José de Flores. Esta division no vió el combate. Nuestra derecha de infantería, mandada por Galan, no alcanzó á entrar en línea, pues no avanzó desde la primera formacion, cuando avanzó el centro. Por tanto, los batallones de Rosas se habian desbandado ya, antes que llegasen á tiro de fusil. El motivo que dió Galan de no avanzar fué la falta de orden. Sin orden avanzó el coronel Bivero con tres batallones de Buenos Aires, y al llegar á la proximidad del enemigo, que tenía al frente, se desbandó éste; un batallon solo hizo una descarga.

Lo mas característico de ambas formaciones de batalla era que no habian reservas de infantería ni en una ni en otra. Nosotros teniamos en línea dieciocho batallones. La primera línea se formó á cinco cuadras del enemigo, y ahí pasamos toda la mañana.

A nuestra izquierda los orientales hicieron martillo para tomar de flanco la casa fortificada, y mas á la izquierda pasó la division Urdinarrain, de mil quinientos hombres de caballería, y no tomó parte en el combate por falta de orden; ni estaba á la vista, por haber formado en un terreno mas alto, de manera que al acometer la casa no hubo un escuadron de caballeria á mano que se pedía para amenazar la retaguardia. La artillería oriental no pudo hacer fuego porque las mulas que la tiraban en su vida las habian visto mas gordas tirando cañones; creo que eran mulas de

arreo sanjuaninas. La artillería brasilera se hallaba al frente de batalla de las casas en el mismo caso; pero el brigadier Marquez mandó desatelar los cañones y obuses y los hizo avanzar á brazos. La artillería que mandaban Piran y Mitre fué la que sostuvo el cañoneo del centro durante toda la jornada.

El combate, pues, se redujo á la casa de Caseros, embestido el frente y el costado de la derecha por diez batallones de infantería de línea brasileros y orientales; y aunque hubo resistencia de la artillería colocada en el patio que no veia lo que pasaba en todo el campo, y un momento de fuego muy nutrido de infantería, el combate era demasiado desigual para que durase largo tiempo. Con la mitad de estos batallones la artillería de Mitre y Piran, y la division Urdinarrain ú otra cualquiera de caballería, no habria habido en qué empezar en despecho de sus posiciones fortificadas con la chusma que habia puesto en línea Rosas.

Creo, pues, que la division Urdinarrain, inutilizada en la posicion en que la olvidaron, debió por la izquierda obrar á retaguardia de la casa de Caseros; y que las divisiones que disiparon la caballería de Rosas debieron, para utilizar su posicion avanzada detras de la línea de batalla de Rosas, tomar de revés la línea entera, en la parte que no estaba apoyada por puntos fortificados. Pero lo repito: esto y cualquiera otra cosa era inútil; no había enemigo que combatir, y todo se acabó así que nos acercamos por la izquierda y aun antes de acercarnos por la derecha. Esta fué la batalla de Caseros para los de casa. La batalla para el público puede leerse en el *Boletin* Núm. 26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre Mitre y yo, con algunos detalles que á su tiempo vendrán.

Mi papel de *boletinero* me exoneraba de toda obligacion militar con mis jefes, por lo que, así que hubimos de rompernos los cuernos, dejé al general Virasoro con sus edecanes y sus caballos blancos, yo que no andaba muy bien montado, y busqué el batallon oriental que mandaba el coronel Lezica y me coloqué donde no estorbase, con mi ayudante, el capitan Dillon y uno de mis asistentes; pero en lugar bien aparente precaviéndome contra ciertas bromas que estaba seguro se harían valer contra mí, el militar con

guantes, y con levita, si podían decir que me había perdido.

Cuando tomamos la casa ví venir al general Virasoro con su poncho blanco, y debo confesar que tuve la malicia de salir á la puerta á recibirlo, espada en mano, y darle el parabien por la victoria. Servíle media hora de edecan, tomé un guion, hasta que me mandó á hacer ocupar la batería de Chilavert, y despues á buscar por esos campos de Dios una division de caballeria que no pude encontrar.

A los infelices infantes de Rosas deparóles la suerte varios maizales en flor donde se acogieron, y de donde salían llamados por los jefes de batallon nuestros para garantirlos. En honor de nuestros soldados, sea dicho, no hubo matanzas despues del combate, oyéndose por todas partes el grito de hermanos, que era la predicacion del Boletin desde el primer dia, y el lenguaje de todos los comandantes de los cuerpos. Dentro de la casa de Caseros murieron ciento cincuenta, á causa de una recrudescencia de fuego por puertas y ventanas que hicieron los batallones encerrados allí, despues que estábamos en el patio.

---

## DESPUES DE LA BATALLA

Siguiendo á la aventura, inspeccionándolo todo, llegué á Santos Lugares, donde me incorporé con el general en jefe, á quien un momento antes habia tenido ocasion de felicitar. Un muchacho vino á preguntarme quién era el genenal para decirle donde estaba Santa Coloma. Mientras yo se lo señalaba, otra alma caritativa lo traía en ancas y lo presentó al general, quien ordenó en el acto lo degollasen por la nuca, diciéndole con razon: «pague por los que usted ha muerto así.» No abusaré de mi posicion actual para afear este acto, de que gusté, en ese momento cuán irregular era, porque era una satisfaccion dada á la vindicta pública, castigando á uno de los famosos mazorqueros que habían espantado á la humanidad con refinamientos de barbarie inaudita. (1)

(1) Esta frase fué echada en cara al autor en el Senado por el doctor Rawson, en 1876, como aprobatoria de un degüello. La defensa de Sarmiento se limitó á demostrar que aquel era un acto de represalia en guerra á muerte, es decir, *irregular*, dando

Llegamos al hospital de Rosas, el general rodeado de todo su séquito, ebrios de dicha nosotros, y felicitando al hombre para quién la República debía tejer coronas. Hubo de parte del general expansion, verdadera alegría y abandono, y aunque algunas de sus flaquezas se dejaron apercibir en cuanto á celos con otros militares, nunca le deseé mas bien que aquel dia, nunca lo creí mas digno de la gloria de tan señalado triunfo. Rosas había llegado á fascinar de tal manera al mundo, que el que lo derrocase adquiriría por el solo hecho una expectabilidad que el mérito personal no habría conseguido nunca. Era el Wellington de este Napoleon de la barbarie y de la tiranía.

Comimos, charlamos, y harto de placer y de dicha fuime á buscar á mis gentes, pues ayudante, asistentes, equipaje, todo andaba cada cual por su lado. A poco de pasar por Santos Lugares divisé á Mitre, que de su parte me buscaba. Bajamos ambos de los caballos para abrazarnos en nombre de esta patria que habíamos conquistado, y nos aplaudimos de la felicidad de haber tenido parte en acontecimiento tan memorable.

Regresamos á buscar el campamento del mayor general, donde encontré cuanto de mí dependía sin accidente ninguno, y por añadidura el Diario de mi campaña y *carta topográfica*, todo ello atado, con una cinta colorada, acaso por don Juan Manuel mismo, que había leído el resumen la noche anterior, y que no preveía que había de volver á mis manos. Un oficial brasilero me trajo el oficio del general Pacheco, y los impresores alemanes me mostraron varias cartas sacadas de la galera de Rosas con mi diario, los interrogatorios de Jimeno, el cuaderno de las gratificaciones á la division Aquino, destruyendo, luego de imponerme de su contenido, las cartas, por revelar una trama urdida entre nuestras fuerzas, y cuyas revelaciones podían comprometer algunas vidas.

---

los ejemplos históricos que demuestran la legitimidad de la medida. Ademas, el escrito en que aparecen estas palabras no puede sospecharse de haberse compuesto en laudatoria del vencedor; y si el señor Sarmiento hubiese querido atropellar las reglas parlamentarias como su contendor, argumentando *ad hominem*, pudo decirle que abandonó su posicion y tomó despues de la victoria el camino del destierro para no aprobar los actos de Urquiza con su presencia, mientras que Rawson se instaló al lado de Urquiza y llegó á ser vice presidente de su Congreso. — (*Nota del editor.*)

Como me incorporé al Estado Mayor esa tarde pude ver que no se tomaban disposiciones ningunas, ni se sabía en verdad el paradero de muchas divisiones de caballería. La division Susbiela había llegado hasta las inmediaciones de Palermo.

Las que se encontraron allí se ocuparon en descargar sus armas de fuego, y cargarlas de nuevo para tener segunda y tercera vez el gusto de descargarlas. Era un fuego graneadó, y hubo heridos.

Algunos amigos fueron á visitar la tumba de Camila O'Gorman, y oyeron del cura los detalles tristísimos de aquella tragedia horrible del asesinato de esta mujer. El oficial que le hizo fuego se enloqueció, y en la vecindad quedó el terror de un grito agudísimo, dolorido y desgarrador que lanzó al sentirse atravesado el corazon.

Pasamos la noche con Mitre, que no sabía donde estaban sus piezas de artillería, en aquella inagotable revista de las mil nadas de los incidentes y pormenores de una gran batalla. Las emociones del dia habían sido para nosotros vivísimas. Las masas enormes de jinetes y de tropas regulares, sin ejemplo en la historia de América; la inmensidad de las consecuencias de la batalla, aquella exposicion teatral, poética y pintoresca que daban al campo la casa de Caseros y la rotunda del Palomar, todo era para prolongar las impresiones y tenernos en vela, esperando el dia siguiente para lanzarnos adelante en aquel ancho camino que habíamos abierto á cañonazos.

DIA 4

El general Virasoro recibe aviso temprano de estar Rosas encerrado en el fuerte, y prepararse Buenos Aires á la resistencia. Hube de hacerle alguna objecion, y me replicó indignado: «Ustedes los (unitarios sobrentendido) se han engañado miserablemente creyendo que Rosas no resistiría.» ¿Qué contestar á esta fascinacion de sus antiguos servidores? Ya el general en jefe me había dicho antes de la batalla: «¡Qué hombre de tanto prestigio (Rosas)! ¡Lástima que sea tan malo!»

El centro se puso en marcha; pasamos el sol en unas chacras, adonde me llevaron á vender cuadernos de música,

provenientes del saqueo de algunas fincas contiguas, porque todo el país estaba saqueado por los dispersos de ambos ejércitos. En la tarde avanzamos, y á la caída del sol llegamos á Palermo, la misteriosa mansion de Rosas, notable ya desde la distancia por la facticia profusion de simulacros de chimeneas que coronaban el edificio. Ya le veía las orejas al lobo. Siempre barbaridades, mentiras y exageraciones.

Un grupo de jóvenes se acercaba á encontrarnos. El que hacía cabeza se dirigió al general Virasoro preguntándole por mí; pedía venia para apartarme de la formacion y recibir á aquellos amigos. Era don Benjamin Gorostiaga, amigo de Rawson, y, por tanto, uno de mis prosélitos políticos en la época de la lucha.

Estaba, pues, entre los mios, y Buenos Aires salía á recibirme por el órgano de uno de sus jóvenes mas distinguidos. El doctor Gorostiaga, despues de las primeras felicitaciones, necesitó desahogarse en el seno de aquella intimidad de correligionarios. «Lo único que acibara, me dijo, el contento público, es esta exigencia del señor general de que nos pongamos la cinta colorada. ¡Oh! esto es imposible, jamas nos la pondremos!—¿Cree usted que Buenos Aires resista?—¡Resistirá, señor, nadie soportará de nuevo este baldon! Entonces aproximé mi caballo, toméle la mano del chicote, y apretándosela y con mirada firme y voz decidida le dije: resistan, y se salvan. De esto depende, créamelo, la salvacion del país.

El doctor Gorostiaga es un joven estimabilísimo, de aspecto manso y suave, su voz revela la ternura y la blandura de su corazon. Poco despues tuve ocasion de apreciar la influencia que tienen en la política estas voces lacrimosas y aquellas almas de cordero. El doctor Gorostiaga fué, sin saber cómo, uno de los instrumentos mas dúctiles y maleables de Urquiza, por la blandura de las ramas de mimbre, de que pueden hacerse cestas, ó lo que uno quiera.

Esta noche acampamos en el campo abierto que hay enfrente de Palermo, y puede decirse que esa noche á la puerta de don Juan Manuel, se terminó la campaña, que había emprendido entre tantos otros, para echarlo á empujones de su casa. Mi contacto con el ejército cesó desde entonces, y la vida civil principió á la mañana siguiente.

Algunos de mis amigos deploraron aquí que yo fuese á meterme voluntariamente en el ejército, y exponer, mas que la vida, mi persona en las vicisitudes y contrariedades de una campaña. Hay pocos hechos de los pasados de que mas me huelgue, sin embargo. Enrolándome en el ejército tuve ocasion de conocer de cerca el personal de guerra de nuestro país, los jefes mas acreditados, los medios de accion y cuánto interesa al publicista, al historiador, al viajero y al político argentino. Merecí de todos distincion y aprecio, y reconocí las virtudes, patriotismo, capacidades, y talentos de los hombres que han de figurar mas tarde. Débole á todos los jefes y oficiales el mas profundo agradecimiento. Fuí siempre atendido por los coroneles Urdinarrain, Palavecino, Basavilbaso y otros de Entre Rios: considerado por Virasoro y Galan; y sólo con el coronel Piran tuve reyertas, en que nos decíamos ambos las impertinencias de mas grueso calibre. Viví un mes con los jefes y oficiales correntinos; los orientales eran casi todos mis amigos, y los argentinos me reputaban suyo, por afeccion y por estimacion de mi pasada guerra con Rosas. Debo añadir que hice poco por estrechar amistades, pues desde que salí del Rosario no abandoné jamas el lado del general Virasoro, en marchas y campamentos, á fin de obviar, en cuanto de mi parte estaba, á las dificultades de mi posicion. Un círculo escogido de amigos pasaba sus ocios en mi tienda, el *Boletin* llevaba memorias á las divisiones diversas todos los dias; los generales me mandaban sus ayudantes en busca de noticias; y emitiendo veinticinco *Boletines* y reimprimiendo varios en veinticinco dias, tenía siempre demasiado en que entender para dar mi tiempo por perdido.

En la noche fuí á Palermo, tomé papel de la mesa de Rosas y una de sus plumas, y escribí cuatro palabras á mis amigos de Chile, con esta fecha: *Palermo de San Benito, Febrero 4 de 1852.* Era esta una satisfaccion que me debia y un punto final á aquel alegato de bien probado que había principiado con la carta al general Ramírez, en 1848: *¡ Yo me apresto, general, para entrar en campaña!* Había cumplido la tarea.

## PALERMO

En Buenos Aires preguntan las gentes: ¿Ha visto usted Palermo? ¿Qué le ha parecido Palermo? Palermo es un monumento de nuestra barbarie y de la tiranía del tirano, tirano consigo mismo, tirano con la naturaleza, tirano con sus semejantes. ¡Y ojalá que el tirano hubiera sido el hijo de una sociedad culta como Luis XIV, habría realizado grandes cosas! Rosas realizó cosas pequeñas, derrochando tiempo, energía, trabajo y rentas, en adquirir las nociones mas sencillas de la vida, de que carecía.

Palermo está situado en la vega del rio; á tres cuadras de la casa, al norte, son ciénagos los terrenos, ciénagos eran los cimientos del edificio. Propúsose corregir el defecto del suelo terraplenándolo, é invirtió un millon y doscientas mil carretadas de tierra. Plantó árboles; pero entonces, dando en el agua las raices, á medida que alcanzaban á la tierra cenagosa que no había hecho mas que ocultar, los árboles se morían y se replantaron en diez años cien mil naranjos para tener mil ó poco mas vivos. Entonces emprendía cabar pozos profundos de cuatro varas para cambiar la tierra en torno de cada árbol, y quedaron sepultados ahí millares de pesos. Derrotado en esta tentativa, zanjeó el terreno, construyendo de muchas cuadras de largo canales de cal y canto para colectar las aguas estagnantes, y el terreno tomó los aires de una fortaleza foseada en todas direcciones. Sólo medraban sauces llorones, é hizo alamedas del árbol consagrado á los cementerios. Quiso cubrir de cascajo fino las avenidas y gustáronle las muestras de conchilla que le trajeron del rio. La presion de los carros molió la conchilla, y sus moléculas, como todos saben, son cal viva, de manera que inventó polvo de cal para cubrir los vestidos, el pelo y la barba de los que visitaban á Palermo, y una lluvia diaria de cal sobre los naranjos á tanta costa conservados, por lo que fué necesario tener mil quinientos hombres limpiando diariamente, una á una, las hojas de cada árbol. Hé aquí el resultado de ignorar el gaucho estúpido las leyes del nivel de las aguas, y la composicion química de la conchilla. La barranca del terreno alto

está á pocas cuadras. Un edificio colocado allí habría dominado el rio, y tenido á sus pies la vega, de manera que los sausales no embarazasen la vista. Lo mas es que los mosquitos aguijoneaban á toda hora aquel presuntuoso sapo, habitante de pantanos, para castigarlo de su terquedad.

La casa es del mismo género. Cuando se habla de la habitacion del soberbio representante de la independencia americana, del jefe del Estado durante veinte años, se supone que algo de monumental ó de confortable ha debido crearse para su morada. En punto de arquitectura el aprendiz omnipotente era aún mas negado que en jardinería y ornamentacion.

La casa de Palermo tiene sobre la azotea muchas columnitas, simulando chimeneas. En lugar de tener exposicion al frente por medio de un prado ingles con sotillos de árboles está entre dos callejuelas, como la esquina del pulpero de Buenos Aires; la cocina, que es un ramadon, está á la parte de la entrada principal, para que las reminiscencias de la estancia estuviesen mas frescas. No sabiendo qué hacerse, sobre habitaciones estrechas, en torno de un patio añadió en las esquinas unos galpones de obra como el edificio, hechos sobre arcos que reposan en columnas sin base, ni friso, sino es aquel bigotito de ladrillo salido que ponen los albañiles en los arcos de los zaguanes. Así, pues, toda la novedad, toda la ciencia política de Rosas estaba en Palermo visible en muchas chimeneitas ficticias, muchos arquitos, muchos naranjitos, muchos sauces llorones.

Omito los detalles de la vida que tal habitacion imponía. Manuelita no tenía una pieza donde durmiese una criada cerca de ella: los escribientes y los médicos pasaban los dias y las noches sentados en aquellos zaguanes ó galpones, y la desnudez de las murallas, la falta de colgaduras, cuadros, jarrones, bronces y cosa que lo valga, acusaban á cada hora la rusticidad de aquel huésped, por cuyas manos han pasado suyo, ajeno ó del Estado, cien millones de pesos en veinte años. Cuando Rosas haya llegado á Inglaterra y visto á cada arrendador de campaña, *farmer* rodeado de jardines y bosquecillos, habitando *cottages* elegantes amueblados con lujo, aseo y confort, sentirá toda

la vergüenza de no haberle dado para mas su caletre que para construir Palermo. ¡Oh! ¡cómo va á sufrir Rosas en Europa de sentirse tan bruto y tan orgulloso!

---

## EL PUEBLO

Permítame el lector recordar algunos antecedentes que necesito se tengan á la vista. Como he dicho en el discurso de esta narracion, yo solo hablé con el general Urquiza una vez en Gualeguaychú sobre materias de hecho, salvo dos objeciones en dos entrevistas sucesivas, salvo algunas ligeras observaciones de paso en otras conversaciones. En el Diamante nos vimos poco, y hablamos menos. En el Espinillo una entrevista, y desde entonces hasta Cabral, donde tuve la desgracia de mirarlo con la mayor compostura mientras me denostaba. Yo permanecí siempre al lado del general Virasoro; y no siendo ahora *boletinero*, no tengo funciones, no tengo arte ni parte en lo que sucede, ni mi persona, ni mis ideas, se mezclan en los acontecimientos. Ahora soy un mero espectador. Voy á Palermo por curiosidad, por no saber mejor que hacer.

En la mañana del cinco fuí á Palermo á ver el palacio de Rosas, los decantados jardines, y saber lo que había de nuevo. El pueblo en Buenos Aires estaba entregado al delirio de verse libre, á la felicidad de poder maldecir á Rosas, y á cada momento llegaban noticias de que habían tomado y puesto en la cárcel á este ó el otro mazorquero. Los mazorqueros existentes, es decir, aquellos horribles criminales de 1840, eran como seis ó siete, y el pueblo en Buenos Aires sólo tenía ojeriza contra los mas criminales de entre ellos. Pero sabiendo que había sido degollado Santa Coloma, fusilado Chilavert y uno que otro mas, se contentaban con prender á los que habían á las manos y ponerlos en la cárcel, dando cuenta al general de estar á su disposicion. La política no la hace la masa popular, que obedece siempre á instintos de justicia, de venganza, etc. Tomaron preso á Masa, y su mujer se presentó al general y le pidió su vida, cosa que el general concedió mandándole poner en libertad. Trajeron á Pablo Alegre, que era el terror de Buenos Aires, y por desmanes recientes objeto

del encono público. El general le dijo que saliese á la calle y le levantase la tapa de los sesos de un balazo á quien lo provocase. Esta irregularidad en los actos dejaba desconcertado al público, pero sin extenderse en comentarios. Creían que no se les hacía justicia y nada mas.

El general había llegado el 4 de Febrero, y dicho en público: que si los salvajes unitarios habían creido que él había triunfado para ellos se equivocaban redondamente, que los buenos federales solos gobernarían en el país. Como los unitarios eran un mito, y los que llevaban este nombre estaban aún en Montevideo ó en Chile, el público no daba valor ninguno á estas palabras, que, al parecer, no se referían á él, pues componiéndose de los habitantes de Buenos Aires y de la generacion que se había creado bajo Rosas en estos últimos veinte años, pocos se sentían afectados por estas exclusiones, sin embargo de que extrañaban mucho aquellas palabras. Los federales de Rosas estaban escondidos. El general publicó una proclama de olvido, en que exceptuaba, poniéndolos fuera de la ley, á los jefes que habían regresado de Montevideo, y Torres, Baldomero, Irigoyen habían dicho tan buenas cosas de Urquiza en Palermo, en el teatro, en la prensa y en la sala, que el público los confundía en la misma proscripcion, y se alegraba. Si no le habían entregado los mazorqueros se condenaban á los jefes y los sostenedores.

La division Aquino fué igualmente proscrita, y el público aplaudía á esta enormidad para vengar la muerte de Aquino. El pueblo, en su desahogo de tantos años de opresion, no se paraba, por lo pronto, en la horrible frialdad de aquella condenacion á muerte de cuatro escuadrones de caballería con sus oficiales y jefes, sin juicio, sin oirlos, sin examen y sin otra conviccion de delito que haber pertenecido á la division Aquino. El general me ha sostenido, y lo repetían sus secuaces, que Aquino solo era el autor del desastre, que la tropa y la mayor parte de los oficiales eran inocentes; que habían sido arrastrados en el movimiento sin saber nada. Esto último era cierto. Sucedia otro tanto con los jefes de Montevideo, que no habían querido seguir á Urquiza, que habían pedido su separacion, y de ninguna manera sido obligados á tomar parte en la guerra ni volver á tomar servicio bajo las

órdenes de Rosas, su jefe, su gobierno. Ni Urquiza previó este caso, ni creo que ellos tampoco. Creyeron que Rosas triunfaría; fueron llamados de Buenos Aires y volvieron al servicio.

Una causa de malestar empezó á sentirse luego. Todo lo que era gente de condicion inferior en Buenos Aires habia sido enrolado en la infantería, y toda la infantería de Rosas cayó prisionera, y se la tuvo cerca de un mes en los campamentos. Hé aquí, pues, las masas populares interesadas por los afectos por ocho ó diez mil individuos, cuya suerte las llenaba de incertidumbre por lo menos.

Las clases acomodadas de la sociedad acudían por millares á Palermo, á visitar, á ver, á aplaudir, á admirar al general vencedor, objeto del amor y del entusiasmo públicos. A los que le felicitaban el general respondía invariablemente: Sí yo no he hecho nada. Aquí he venido á encontrar con que los escritores de Montevideo y de Chile lo han hecho todo. Los salvajes unitarios son los que han vencido á Rosas, y cosas así. Aquí encuentro que nadie quiere ponerse la cinta colorada. Yo he de entrar á Buenos Aires con esta cinta, etc. Esto repetido con variantes á cada uno, á comerciantes, á jóvenes, á extranjeros, á hacendados. Todos salían desconcertados, preguntándose unos á otros: ¿qué le ha dicho?—A mí lo mismo. —A mí lo mismo. ¿Qué significa esto?

Don Manuel Guerrico, amigo desde París conmigo, vino á verme, y cuando hubo de hablar con el general, le previne que no le dijese que me conocía. Guerrico salió luego y me contó la misma historia que oía repetir á todos.

Mientras tanto se oían á cada rato las descargas de los soldados de Aquino, á quienes estaban fusilando en las zanjas de Palermo. Nadie se ocupaba de ello. Buenos Aires no se aterra con ejecuciones de centenares de hombres; pero empezaban á fastidiarle, hallar la cosa fea. La concurrencia de curiosos entusiastas era cada día mas numerosa, el tema de la cinta colorada mas apremiante, y, sin embargo, nadie se la ponía. La desazon crecía por momentos, y cada uno repetía lo que habia visto, oído ó conjeturado. Sobre todo, lo peor era la desorientacion de los espíritus. Degollaban á Santa Coloma, y Masa y Pablo

Alegre se paseaban insolentemente por las calles. Se proscribía á los jefes de Rosas y andaban buscando á Torres, y se repetía con odio la frase de *salvajes unitarios*. Lo que sucedía en la opinion sucedía en el ejército, en la casa misma de Urquiza. Salvo Seguí, Elías, todo el séquito del general eran *salvajes* unitarios, y allí se hacían comentarios, se cuchicheaba, se llamaba aparte á contar las raras ocurrencias del dia.

Es natural creer que yo, como escritor muy conocido, muy odiado y perseguido por Rosas, debía ser un objeto de curiosidad, por lo menos en Buenos Aires. Por las tardes iba á Palermo, y á las gentes que solicitaban ver al general, despues preguntaban por mí, y aun al mismo general, y no era raro que se reuniese en torno mio un grupo igual de gentes que las que rodeaban al general. Así que noté esto dejé de asistir á Palermo en las horas de concurrencia, y pedía á Holmberg su quinta para establecer mis reales.

El gobierno provisorio empezaba á organizarse. El anciano López puso de jefe de policía al anciano Pico, y de ministro de la guerra al anciano Escalada. Era una especie de exhumacion de la vida de ahora treinta años. El joven Gorostiaga era el intermediario entre Urquiza y el nuevo gobierno, y Urquiza empezó á aficionarse á este joven simpático, tímido y benévolo.

Los fusilamientos continúan, los prisioneros permanecen en el campamento, el epíteto *salvaje unitario* lo repite el gobierno provisorio, la insistencia sobre la cinta va haciéndose mas exigente, á medida que la resistencia es mas visible, y que los que ceden, poquísimos en número, revelan, por sus figuras, que son gente de poca consecuencia, ó por sus antecedentes, rosistas muy comprometidos. En la ciudad y en el ejército no se habla de otra cosa que de lo que el general dijo, y lo que este ó el otro vieron. El entusiasmo va pasando, porque hay poco que lo sostenga y mucho que lo resfríe; y mil bagatelas, como sucede siempre, prestan asidero á los comentarios. El general permanece de ordinario con su sombrero de paisano, con cinta, puesto; otra vez se presenta con chaleco colorado, aunque dice que eso no lo exige de nadie. Una tarde recibe á los millares de ciudadanos en manga de

camisa. Recuerdan que Rosas se tomaba estas libertades groseras; y si alguien les objeta que el calor excesivo lo fuerza á ello, responden: ¿pero qué, nosotros que venimos de Buenos Aires vestidos de paño, sofocados por el polvo, no tenemos calor? Y de estos incidentes insignificantes, las analogías y las asociaciones de ideas empiezan á despertarse. La corte de Palermo como antes, el chaleco y la cinta como antes, los salvajes unitarios como antes, las matanzas de hombres en los alrededores como antes.

La familia de los Ortegas, como parientes, fué á visitarme á mi escondite de Holmberg. Uno de ellos (supongo que es el que ahora es representante) me dice: señor, quiero consultarlo. He sido nombrado á un destino, y estoy resuelto á no aceptarlo, por no verme forzado á llevar una *cinta* colorada. He vivido once años en Buenos Aires, sin ver las calles de dia, saliendo á mis barrancas al alba, y volviendo á casa á la noche... Mi parecer es que acepte. Esto pasará luego, y el destino que usted no ocupe, lo ocupará otro menos digno.

El nueve de Febrero procuré ver al general. Hasta entonces él me había visto rondar por los patios sin hablarme: alguna vez entró en alguna pieza, y salió luego de haberme visto. Hícele presente que los impresores ganaban sueldos muy subidos y que era tiempo de despedirlos, surgiendo las disposiciones que debían tomarse para guardar en Buenos Aires la imprenta. Convenidos en esto añadí: Yo creo que mis funciones están concluidas en el ejército, y si no hay inconveniente, S. E. me permitirá dejar el servicio, para regresar á Chile. El general hizo un movimiento de sobresalto... á traer mi familia, añadí; y con la candidez de aquella alma infantil, sin decirme: ¿por qué se va tan pronto? ¿por qué no aguarda algunos dias para que organicemos esto, ó lo otro? me preguntó á renglon seguido: ¿por dónde piensa irse? Aquí fué mi turno de reprimir un vuelco de la sangre. No sé todavía, general, le contesté con bobería. Mi ánimo es pasar algunos dias en Buenos Aires; quiero conocerla, pues nunca he estado en esta ciudad. Despues, si hay un vapor, me iré por mar, si no por tierra—¿Qué, estará abierta la cordillera todavía?—Sí, general, hasta Mayo.—Está bueno, me contestó, sin una de esas palabras vulgares con que se despide

á uno que se ha llamado amigo, y que, bien ó mal, nos ha prestado servicios.

Pienso hacer quitar á Saravia, me dijo casi en seguida, por una hilacion de idea, que no era fácil seguir—¿Y Benavidez queda, señor?—¡Es tan despreciable!—Pero el pueblo de San Juan, que oprime hace dieciseis años, no es despreciable, señor, y allí tenemos amigos entusiastas—¡Si no vale nada Benavidez! La conversacion terminó ahí, y me despedí del general saltando de gozo, de poder ir á conocer á Buenos Aires, cuyas campanas oía, cuyas torres divisaba, sin poder, por prudencia y evitar interpretaciones, ir á verla.

El doctor Pico, recien llegado, estuvo á poco con el general, y éste le dijo: ¡Pero no ve este Sarmiento que quiere que yo vaya á hacer la guerra á los gobernadores del interior! Yo no he venido á eso. A la tarde uno de sus comensales me contó que el general había dicho en la mesa: Aunque Sarabia me traicionó, al fin ese Santibañez que fusiló era un salvaje unitario; hizo bien. No lo he de quitar de su gobierno. Yo junté estas tres versiones y estos tres movimientos de aquel espíritu, y los agregué á la historia ya observada.

---

## EL BOLETIN Núm. 26

Cuando yo creia verme para siempre libre de escapar de aquella vida de congojas y de sujeciones, Elías me dijo: ¿cómo, se va sin hacer el parte de la batalla? El general me ha dicho que lo hagamos con Seguí; pero yo no sé ni los términos militares.—Bien, lo haré, denme los partes de la division. Entregóme el plan de formacion del 2 de Febrero, que me dijo era la misma que tuvieron los cuerpos en la batalla. Yo conocia el del brigadier Marquez, que mandó el centro, y estando en la izquierda con los orientales, yo había redactado el del coronel Riberos que mandaba la izquierda de la derecha, y por él sabía la parte que en el combate había tomado la derecha mandada por Galan. Fuíme, pues, á mi alojamiento, empecé á borronear papel, sobrevino Mitre y pusimos manos á la obra, de

manera de dejar contento al general. Al dia siguiente vino enviado por éste el coronel Galan, le mostré lo hecho, me indicó lo que faltaba, y luego fuimos á ver al general para leerle los borradores. El general los aprobó, excepto un incidente que se refería á él; Galan hubo de hacer una observacion, y entonces vi confirmado lo que me había dicho en Cabral, disculpándose de haberme llamado salvaje unitario: «¡Con que á Galan, que lo quiero tanto, suelo echarle unos caballos!...» Le echó esta vez uno, que nadie se atrevería para con su cochero. «¡Cállese la boca! siga, Sarmiento.» Yo seguí, por no levantar la cara y no ver la confusion del ministro, que no me hallaba en el Diamante digno de la reputacion que tenía á lo lejos.

Mientras nos ocupábamos de arreglar el *Boletin* la Corte Suprema vino en cuerpo á felicitar al general; el señor Lahite, presidente, le dirigió una arenga, y al terminarla les hizo seña de que se sentaran. Cuando se retiraron me dijo: ¿por qué no les contestó usted?—Si me lo hubiese indicado no habría sabido qué decirles. Mejor ha estado así, y lo echamos á la risa.

En los diarios de Valparaíso he leído que el general ha estudiado en universidades por donde sus detractores no han pasado. Creemos que equivocan al doctor Urquiza hijo, con el padre que fué tendero, ó que se le quieren atribuir los títulos del doctor Francia, lo cual no excluye ni los errores, ni el despotismo. Pero se dice que ha estudiado con el que ha dicho: *ubi patria, ubi bene*, mientras que los que no hemos estudiado solemos decir: *ubi bene, ubi patria*, que dice lo contrario, aunque no profesemos la doctrina.

Una de las dificultades para el gobierno constitucional y ordenado, que Urquiza había indicado á López, era el embarazo que experimentaba para hablar en público y en actos oficiales. López había tratado de tranquilizarlo sobre este punto, indicándole que todo eso podría obviarse por el intermedio de ministros. Al efecto, López le decía que Washington había sido un paisano de la Virginia, ocultándole, por supuesto, que era ingeniero, agrimensor, sobresaliente en el estudio de las matemáticas. El general le pidió una vida de Washington, el esclavo

de las órdenes del congreso, que no se pudo obtener en español.

Cuando fuí á Entre Rios me recomendaron mucho que no brindase delante de él, pues esto lo ponía de mal humor, cosa que no pude evitar en la isla de Fragas, donde me compulsaron á ello, y hube de probar la bondad del consejo, aunque sin razon. Forzado á hablar, dije que las diversas secciones de la República habian tenido una parte gloriosa en la formacion de nuestra historia. Buenos Aires había dado el grito de libertad; Salta, Jujuy y Tucuman detenido la invasion y lanzado á los enemigos, de sus cañones, el acta de la independencia. San Luis, Mendoza y San Juan llevado la gloria de nuestro pabellon al Chimborazo, y ahora Corrientes y Entre Rios las últimas, venían á constituir la República y dar leyes al país. Aquella palabra *últimas* fué materia de comentarios ahí en la mesa misma, no obstante que el orden de las fechas 1810, 1816, 1818 y 1851 precisaba el sentido. Cuando quisieron explicarle al general la cosa, dijo: sí, pero estas gentes no comprenden. El segundo brindis ha estado mejor. En el segundo había dicho: Entre Rios es la patria de San Martin, el héroe de Chacabuco y Maipú. Entre Rios no ha perdido aún su fuerza prolífica de héroes. De su seno parte hoy el que va á dar á la República lo que San Martin no pudo darle: instituciones.

Pasé en seguida, de orden del general, á consultar el *Boletin* con el mayor general, que debia firmar ostensiblemente el parte, y me fui á Buenos Aires á ponerlo en limpio é imprimirlo. Corregímoslo con Mitre en la imprenta del señor Barra, hice tirar diez pruebas y dí orden de suspender hasta segunda orden. Enviélas el 13 á Palermo, no me contestaron ni ese dia ni al siguiente. El público se había olvidado de la batalla esperando diez dias el parte, un diario se había procurado una prueba, y la reprodujo, y yo ordené que se tirase. Al dia siguiente supe que el general había dicho en la mesa: El *Boletin* es inexacto, y yo sé por qué lo ha hecho Sarmiento; esto con tono de hombre ofendido. El *Boletin* está ahí para juzgar mis intenciones. Yo le escribí al general dos palabras diciéndole que, como no hubiesen reprochado nada á las pruebas, me había creído autorizado á tirar.

Mas tarde volví á ver á Elías, le hablé de la cosa y supe que, el haber mandado diez pruebas, había hecho creer que ya estaba tirado; que había un error de colocacion de una division; pero que no era esto, sino que el general decía: *que todo el parte no le gustaba.* ¿Por qué no le habla al general?—¿Para qué? si es todo lo que no le gusta, no hay que decir á ese respecto. Esta vez el compañero de Purvis me hablaba con un tono de autoridad que no había usado hasta entonces conmigo. Mas tarde le habló el general á Mitre de hacer una especie de reseña de la campaña, «porque esa que ha hecho Sarmiento en el *Boletín* no es completa.» Mitre se hizo el desentendido, sabiendo qué clase de méritos buscaba el general en los escritos, que era, no la verdad, sino la lisonja; no el encomio, sino las prostituciones. Mi manera de elogiar no se parecia á la de la *Gaceta*, en cuya lectura se había educado.

Cuando el *Boletin* se hubo publicado, el enviado del Brasil se me quejó amargamente de haber omitido en el parte todos los actos que honraban á las armas brasileras, y las operaciones ejecutadas por el brigadier Marquez, las cuales constaban del parte que había pasado. Contestéle, para satisfacerlo, que no se me había entregado parte ninguno, no obstante haberlos pedido, y ofreciéndole, en lo que á mí respectaba, darle testimonio escrito de constarme personalmente lo que en el *Boletin* estaba suprimido, y declarar que el batallon de la derecha de la division oriental había pasado sobre cadáveres brasileros lo que probaba que brasileros nos habían precedido por ese lado; pues el brigadier Marquez sostenía que sus tropas llegaron á las puertas de Caseros momentos antes que las orientales.

La verdad del caso era que se conspiraba por oscurecer á los aliados, por codicia y monopolio personal de gloria, que se me habían hecho suprimir palabras, y que, por mi honor y la dignidad de la República, estaba en el deber de reparar en mi nombre aquella injusticia de que se me hacia instrumento. Los brasileros, jefes y soldados se condujeron admirablemente, y en la ocurrencia de los cadáveres, de que he hablado, hubo tal prisa de su parte en tomar posiciones que estorbaron, en efecto, el paso á un batallon oriental.

Los brasileros nos creían sus jueces en aquel momento supremo, y se habrian hecho matar porque no los creyésemos cobardes. Dí, pues, con gusto la declaracion firmada que se le envió al Emperador con el parte oficial de sus fuerzas, que tomaron parte en la accion. El coronel Osorio, de caballería, había pedido que le encargasen romper cuadros con su regimiento; pero fué arrastrado en el movimiento desorientado del general La Madrid, y ni el placer tuvo de ver la batalla.

---

## BOLETIN NÚM. 26

(*Diario de la tarde*, Febrero 12 de 1852).

Al dar cuenta de la batalla mas memorable que registran los fastos sudamericanos, ya se la considere como hecho de armas, ya se la mire por el aspecto de su importancia política, debemos recordar algunos antecedentes generales.

La provincia de Buenos Aires, poco poblada en sus extremidades del norte, ha sido durante veinte años el centro de un poder político y militar, cuya fuerza material se había robustecido con las tentativas mismas hechas para derrocarlo. Siendo las caballadas el único elemento de movilidad de nuestros ejércitos en campaña, aún las caballadas de propiedad particular habían sido sometidas á la administracion pública desde 1839 adelante, y la experiencia había revelado las dificultades casi insuperables para hacer penetrar por tierra, sin este elemento, un grande ejército hasta la ciudad de Buenos Aires, en presencia de un gobierno temido, fuerte y vigilante.

Para el Ejército Grande estos obstáculos asumían dimensiones colosales. Bagajes, trenes, artillería y fuertes columnas de infantería debían arrastrarse por espacio de ciento cuarenta leguas, sin seguir los senderos apenas trazados sobre la superficie del suelo agreste é inculto de la Pampa, en medio de los cardales que embarazan la marcha, y amenazan cerrar el paso con sus llamaradas, y sin el auxilio de puentes, calzadas, ni obra alguna de arte preexistente, ó aplicable á nuestros medios de guerra, para vencer los obstáculos que opone una naturaleza primitiva.

Sobre este campo de operaciones debía obrar un ejército de las tres armas, y compuesto de mas de veinte y seis mil hombre

mal provistos de recursos y sin contar con los del enemigo. Dominando las aguas del Paraná, por medio de los vapores y buques de guerra de nuestros aliados, el Ejército Grande, despues de efectuado el pasaje del Paraná, y reunido en el Espinillo, en la provincia de Santa Fe, tenia por delante una ruta paralela al rio, la cual podia servirle de base de operaciones, con la ventaja de avanzar hasta con el ejército mismo, transportando rápidamente por agua del centro á la vanguardia las fuerzas de infantería y artillería, asegurar una retirada en caso de desastre, y ofrecer posiciones fuertes en el Rosario, San Nicolas y San Pedro, para contener los avances del enemigo.

El general en jefe del Ejército Grande adoptó una ruta distinta de la que hemos indicado, y, confiando en la fuerza irresistible de sus medios de accion, se aventuró en el territorio de la provincia de Buenos Aires, á través de los campos, con trenes poderosos, y describiendo un circuito de Norte á Oeste, en busca de pastos fuertes y aguadas para sus caballos, pues el enemigo habia barrido el frente de todo elemento de movilidad.

Si este plan de campaña tan audaz en su concepcion, como hábilmente ejecutado, deslizaba al Ejército Grande de sus aliados en las aguas del Paraná y de su base de operaciones en su retaguardia, en cambio aseguraba ventajas que compensaban con usura aquellos inconvenientes. El país comprendido entre la costa y el derrotero que el Ejército Grande seguia por el Pergamino y la Laguna del Juncal Grande, mal provisto de pastos, y devastado por el enemigo, quedaba sostenido por San Nicolas, y amenazado por nuestros flanqueadores, al mismo tiempo que las vias de comunicacion entre el enemigo y las provincias del interior quedaban interrumpidas por nuestra interposicion.

Llegado el Ejército Grande á la altura de las Puntas del Rio de las Conchas, en el semicírculo descrito, desde el Rosario hasta la Laguna del Tigre, el general en jefe dominaba desde allí todo el norte de la provincia, amenazaba el sur, depósito de las caballadas de reserva del enemigo y teatro de una prolongacion posible de la guerra; y maniobrando desde aquel punto céntrico á derecha é izquierda, se reservaba á su eleccion aceptar el combate en el campo escogido por el enemigo en Santos Lugares, lanzarse sobre Buenos Aires, desligándolo de sus reservas y arrojándolo en las áridas campañas del norte, ó corriéndos hacia Quilmes, apoyar el desembarco del resto de las tropas que forman la reserva, acantonada en la Colonia, á las órdenes del

Excmo. Sr. general Caxias, y transportables en horas de una á otra orilla del Rio de la Plata, en caso necesario; creándose, por esta hábil operacion estratégica, una nueva y mas sólida base de operaciones sobre el teatro mismo de la guerra, apoyada en el Rio de la Plata como almacenes y reservas de las provincias pronunciadas y los aliados, y dominando el sur, rico en recursos y medios de movilidad.

Gracias á la rapidez de ejecucion de este plan, nuestras fuerzas de vanguardia deshicieron ó sorprendieron sucesivamente las enemigas de observacion, ó las que se replegaban, dentro de nuestra zona de operaciones, hasta que, cayendo de improviso nuestras fuertes avanzadas en los campos de Alvarez, sobre la vanguardia del Tirano, fuerte de seis mil hombres, y á las órdenes de sus mas experimentados jefes, fué ésta completamente deshecha, dejando presagiar al Ejército Grande triunfo mas decisivo en la campaña campal, cuyo momento se aproximaba de hora en hora.

En efecto, el dia 2 de Febrero, mientras el Ejército Grande estaba comprometido en el laborioso pasaje del estrecho Puente de Marquez, avistóse á la parte opuesta de la Cañada de Moron el ejército enemigo en posiciones, que dejaba presumir la línea de carretas diseñada en el horizonte, revelando la intencion de recibir allí una batalla. El objeto estratégico de la campaña estaba llenado; el enemigo se veía empujado sobre Buenos Aires, de cuyos suburbios no había salido sino en pos de ilusiones falaces, sobre el espíritu moral de algunos de nuestros cuerpos; su campo de batalla era desde entonces el único terreno que conservaba de la provincia, viéndose obligado á recibir una batalla sin medios de prolongar la lucha despues de haber sido batido en masa.

Las maniobras tácticas del Ejército Grande empezaron á desenvolverse desde este momento, y al acampar el mismo dia en la Cañada de Moron, la línea quedó formada segun las previsiones del sistema de operaciones seguido hasta entonces, y en aptitud de dar ó recibir una batalla, concurriendo veinte y seis mil hombres de todas armas, en hora y terreno señalado, á sus puestos de combate, hecho sin precedente en los fastos de la guerra en Sud-América.

El dia 3 nuestra línea avanzó maniobrando sobre su derecha para salvar un obstáculo que obstruía todo su frente, y convergiendo sobre su izquierda desplegó su línea de batalla paralela á la del enemigo, haciendo alto fuera de tiro de cañon, mientras que el general en jefe, examinando de cerca las posiciones ene-

migas, recibía la inspiracion del campo de batalla, trastornaba, con la rapidez del rayo, el plan de ataque concertado de antemano.

La línea enemiga, discernible desde las avanzadas, presentaba á la vista una grandiosidad y belleza escénica, digna decoracion del teatro en que tan altos intereses iban á disputarse. Colocada longitudinalmente sobre el perfil de una cuchilla, cuyos blandos declives habían sido quemados á fin de facilitar las evoluciones de su frente, apoyada á su derecha en Monte Caseros, fuerte edificio de cal y canto, rodeado de fosos, defendido por dieciseis piezas de artillería, y guarnecido por tres batallones atrincherados en las azoteas y patios interiores; animados todos al combate por la presencia del Tirano mismo, que había hecho con tiempo y prevision un castillo almenado de esta posicion de suyo fuerte y de difícil acceso, defendida todavía por una fortificacion de carretas, haciendo martillo con la extremidad de la derecha, tras de cuyos parapetos los fuegos de la infantería ponían á cubierto la posicion principal.

A trescientos pasos, en la prolongacion de la línea hacia el centro, elevábase una rotunda guarnecida de alto abajo por batallones de infantería, y sirviendo de apoyo á otra batería de cañones, obuses y cohetes á la Congrève, ligados ambos edificios por una línea de infantería.

Prolongábase su línea hacia el este hasta apoyarse en Santos Lugares, sostenida por baterías de artillería y cohetes á la Congrève, y masas de caballería acumuladas hacia su izquierda, y cubierta por su frente por batallones y cuanto accidente del terreno podía aprovecharse, en un campo escogido y estudiado de antemano.

Nuestra línea, paralela á la enemiga, ocupaba la lomada opuesta coronando las alturas poderosa artillería, en aptitud de responder con ventaja á las baterías enemigas. El descenso hacia la cañada intermediaria obstruíanlo por nuestro lado cardales espesos y sembradíos de maiz, y pantanos que nuestra infantería tenía que salvar para invadir la línea enemiga.

Es digno de notarse en el plan de campaña y en la disposicion de la batalla que todas las ventajas obtenidas eran el fruto de combinaciones premeditadas, no habiendo tenido la casualidad otra parte que la que ha dejado incompletas algunas operaciones y maniobras de detalles. La caida del Tirano mas temido de los tiempos modernos se ha logrado en una sola campaña, sobre el centro de su poder, en una sola batalla campal, que abría las

puertas de la ciudad, sede de su tiranía, y cerraba toda posibilidad de prolongar la resistencia. Las banderas de dos naciones vecinas y tres provincias han concurrido á la victoria, representando á la República general la nacional azul celeste que tremolaban los cuerpos de Buenos Aires, mientras que el Tirano hacía alarde de su apócrifo pabellon negro azul con gorros colorados, obra de su capricho, y, por tanto, objeto de odio para los argentinos mismos que han podido pisotear, en el campo de batalla, ese estandarte peculiar á la tiranía, sin temor de manchar el pabellon sagrado de la patria, que en tan gloriosos combates ha flameado.

Tres mil tiros de cañon disparados por ciento seis piezas, arrojando bombas, granadas, bala rasa, metralla y fuegos á la Congrève, han dado estrépito á la caída del Tirano, á que han asistido por ambas partes mas de cincuenta mil combatientes, como que la mitad de la América del Sud se había puesto en pie para reivindicar la libertad perdida. Asilado hoy en un buque extranjero, para contemplar la resurreccion del pueblo que lo maldice, irá bien pronto á mendigar en climas lejanos un escondite donde sustraerse á la execracion de todos los pueblos cristianos.

Como una fatalidad significativa el Tirano y el Libertador se encontraron un momento al fin de la batalla el uno al frente del otro, rodeado cada uno de sus edecanes. Desde aquel momento sólo pensó salvar su persona el primero de los peligros que la cercaban.

El general Urquiza, á mas de la inspiracion y verdadero genio militar de que ha dado en esta campaña tan esclarecida muestra, ha hecho alarde durante el combate de una serenidad y valor dignos de un gran capitan. Por momentos se le ha visto poco menos que envuelto entre fuerzas enemigas, recorriendo la línea bajo los fuegos de artillería que asestaban á su persona tiros y cohetes; cada cuerpo de ejército ha oído sus palabras enérgicas y llenas de confianza en el éxito, y el ejército entero ha podido decir que se halló en cada encuentro parcial.

El Sr. brigadier general, D. Benjamin Virasoro, gobernador de Corrientes, y mayor general del ejército, secundando con habilidad las disposiciones del general en jefe, ha correspondido á la esperanza que los amigos de la libertad depositaron en las fuerzas de su provincia y en su persona.

El Sr. Brigadier Marquez, jefe del centro y de las fuerzas brasileras, ha dado un día de gloria á su patria, añadiendo un nuevo laurel á su frente y granjeándose el respeto y gratitud de sus aliados.

El Sr. coronel D. César Díaz, jefe del ala izquierda y de las fuerzas orientales, encargado de forzar las posiciones mas fuertes del enemigo, ha dejado justificada la eleccion y la confianza del general en jefe.

---

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA

El mayor general del ejército aliado, gobernador y capitán general de la provincia de Corrientes

(*El Diario de la tarde*, Febrero 12 de 1852).

Cuartel General en Palermo de San Benito, Febrero 6 de 1852.

*Al Excmo. Sr. general en jefe del Ejército Aliado, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Entre Rios.*

Tengo el honor de poner en manos de V. E. el parte detallado de la memorable jornada del 3 del presente, en que las armas aliadas se han cubierto de gloria.

En conformidad con las órdenes de V. E. el dia 2 del corriente mes, terminado el pasaje del puente de Marquez por el Ejército Grande Aliado, y descubriéndose á la distancia disposiciones del enemigo para aceptar una batalla, dispuse la colocacion de las fuerzas en una línea paralela á la Cañada de Moron que teníamos á nuestro frente, y en orden oblicuo con respecto al del enemigo en la forma siguiente: tres grandes masas de las tres armas con fuertes reservas de caballería, calculadas las dos extremas en su composicion para obrar activamente sobre los flancos del enemigo, formaban la línea de batalla de este dia. El ala derecha, compuesta de la columna de caballería del señor brigadier general D. Anacleto Medina, con los batallones Urquiza y Entrerriano mandados por el coronel Basavilbaso, y dos de correntinos por el teniente coronel D. Cayetano Virasoro, y el batallon Constitucion, mandado por el de igual clase, D. José Toledo, y todos ellos á las órdenes del coronel D. José Miguel Galan, que, apoyándose en dos baterías de artillería dirigidas par el teniente coronel D. Marcelino Martínez, dejaba á su izquierda tambien las divisiones de caballería de los coroneles Oroño y Susbiela, á las inmediatas órdenes del general D. Juan Madariaga, mandado el todo por el brigadier general D. Anacleto Medina.

Las fuerzas flanqueadoras y de reserva del ala derecha, que eran, en su totalidad, de caballería, se componían de la columna á las inmediatas órdenes del general Araoz de La Madrid, de la division del coronel don Miguel Galarza, los regimientos de escolta de V. E. al mando de los coroneles Salazar y Gorordo, todas ellas á las inmediatas órdenes de V. E. que reservaba aquella masa bajo su mano, para decidir de la suerte de la batalla con un golpe audaz que premeditaba de antemano, y que mas tarde tuvo su cumplimiento.

El centro medio de nuestra línea, dispuesto para una resistencia tenaz, era mandado por el brigadier del imperio, jefe de la division brasilera, D. Manuel Marquez de Souza. Componíanlo seis batallones de infantería, doce piezas de artillería y cuatro cohetes á la Congrève de la columna brasilera; los batallones San Martin, Buenos Aires y Federacion, mandados por los coroneles Tejerina, Echenagucia y el mayor Rodriguez, á las órdenes del coronel D. Matías Rivero, mediando entre estas dos masas dos divisiones de artillería compuestas de veinte y una piezas de distintos calibres, mandadas por los tenientes coroneles D. Bartolomé Mitre y D. Bernabé Castro, y dirigidas por el coronel D. José Maria Piran.

Se apoyaban sobre el centro, formando nuestra izquierda, la columna oriental con seis piezas de artillería, á las órdenes de su jefe, coronel D. César Diaz, y, en jefe de Estado Mayor, el de igual clase D. Julian Martínez; seguían los regimientos del general Ávalos con la division del coronel Burgoa á las órdenes de dicho general, y cerraba la línea por esta parte la division del coronel D. Manuel Antonio Urdinarrain, ocupando la extremidad las fuerzas del comandante Paez. Esta línea obedecía las órdenes del brigadier general D. Pablo López.

Los cuatro regimientos que manda el coronel D. José Antonio Virasoro, las divisiones de los coroneles Palavecino, Almada, Salazar y ambos González á mis inmediatas órdenes, autorizado por V. E. para acudir adonde las circunstancias lo exigieran, constituían las fuerzas flanqueadoras de la extrema izquierda. El ejército vivaqueó en estas posiciones hasta que, al romper el día 3, en este mismo orden, en columnas paralelas, por divisiones se adelantó á atravesar la Cañada de Moron, por dos puentes situados á vanguardia de su extrema derecha, al mismo tiempo que el coronel D. José Antonio Virasoro, con sus regimientos, se conservaba en posiciones, llamando la atencion del enemigo al lado opuesto y sobre su flanco derecho.

Despues que la masa del Ejército Grande hubo salvado el obstáculo, y habiendo V. E. dispuesto cambiar súbitamente el plan de ataque, en vista de la posicion y línea de batalla que ocupaba el enemigo, reforzando para ello, con los regimientos del coronel Virasoro, que estaban á la izquierda, las fuerzas de reserva y flanqueadoras de la derecha, á las inmediatas órdenes de V. E. para maniobrar en persona sobre la izquierda y centro del enemigo, y mientras que todas las fuerzas acumuladas del Ejército Grande se echarían sobre las posiciones fortificadas que aquél ocupaba á su derecha, ordené á las baterías del centro sostener un fuego nutrido sobre las posiciones enemigas, hasta que, sirviendo de gloriosa señal las polvaredas de la division de reserva y flanqueadoras de la derecha que mandaba V. E., la cual arrollaba la caballería del ala izquierda del enemigo, dejando rota su línea por un tercio de ella, dispuse el ataque general, ordenando á la division de caballería del coronel Urdinarrain se corriese al frente de nuestra izquierda á desbordar la derecha del enemigo, al mismo tiempo que la division oriental, apoyada por dos batallones del ejército brasilero, y descabezando el obstáculo, atravesaba los pantanos del centro de la cañada intermediaria entre ambas líneas, bajo el amparo de los fuegos de las baterías del centro, que adelantaban para atraer sobre sí la atencion de las baterías enemigas, á fin de tomar posiciones en columnas de ataque, formando ángulo recto sobre la derecha del enemigo, amenazando en retaguardia y dando frente á las fortificaciones de carretas que la defendían.

Durante el progreso de esta evolucion, efectuada con poca pérdida, y con una limpieza de ejecucion que hace honor á la disciplina é instruccion militar de los veteranos que componían la izquierda, el centro avanzaba en columnas de ataque sobre las posiciones de su frente, sostenido en este movimiento por todas las baterías del ejército que en aquel momento decisivo respondían con viveza al fuego nutrido de los enemigos. Envuelta la derecha enemiga y asaltada á la bayoneta por las fuerzas orientales y brasileras, al mismo tiempo que nuestro centro se aproximaba á su línea, la derrota no tardó en pronunciarse, no obstante la resistencia tenaz de la batería y batallones atrincherados en la casa de Monte Caseros, y el incendio del campo por ese lado, y en el frente que tenía que recorrer nuestro centro, en su avance sobre el enemigo.

Tomadas á la bayoneta las posiciones fuertes de la derecha, el enemigo operó todavía un cambio de frente sobre su izquierda, y

apoyándose en dos baterías de lo que antes había sido su izquierda y centro hizo frente á cinco batallones de nuestra derecha, intentando, si no disputarnos la victoria, demorar, al menos, su derrota final. Apagados los fuegos de estos últimos atrincheramientos, la derrota del enemigo se hizo general, y el teatro de la persecucion abrazó una área en todas direcciones de algunas leguas en cuadro.

Cincuenta y seis piezas de artillería, la comisaría é inmensos parques y trenes militares, cubrían con sus despojos toda la extension del trayecto, desde Monte Caseros hasta Santos Lugares, donde el enemigo logró incendiar siete almacenes de pertrechos militares.

Siete mil prisioneros quedaron en el campo de batalla, y en él y en los adyacentes el armamento de mas de veinte mil hombres, debiéndose deplorar, mas bien que hacer alarde de ello, el número de víctimas sacrificadas á la dura necesidad de derrocar la mas espantosa y duradera tiranía que ha pesado jamas sobre nacion alguna.

Todos los cuerpos de ejército, como las divisiones de caballería, han cumplido con su deber en esta célebre jornada, no permitiendo la naturaleza de este parte especificar los actos con que se han distinguido la mayor parte de los jefes y oficiales del Grande Ejército Aliado, limitándome á recomendar á V. E. la humanidad con que jefes, oficiales é individuos de tropa han ennoblecido tan espléndida victoria economizando la sangre de los vencidos al grito universal de no maten, no maten, que se oía por todas partes.

Habiendo el enemigo, deseoso aún, en su descalabro, de mancillar la gloria del Ejército Grande, organizado friamente partidas de salteadores que saqueasen los alrededores de Buenos Aires, el infrascrito ha hecho cumplir las órdenes de V. E. para reprimir de una manera ejemplar tales desórdenes, y dejar satisfecha la vindicta pública é incólume el honor del Ejército Grande Aliado Libertador.

El infrascrito felicita á V. E. por el glorioso triunfo obtenido en los campos de Monte Caseros, debido á las hábiles disposiciones de V. E., á la disciplina y valor del Ejército Grande, y á la decision de los jefes de los cuerpos de ejército, como á la exactitud y bizarría con que todos han llenado sus deberes.

Dios guarde á V. E. muchos años.

BENJAMIN VIRASORO.

## BUENOS AIRES

El diez ó el once llegué á Buenos Aires, y á poco me ví rodeado de los sanjuaninos residentes allí. Visitáronme centenares de personas, cuyos nombres y fisonomías he olvidado, por confundirse con otros centenares que había conocido en Palermo, porque en estos dias de agitacion las personas vivían en las calles, atraídas por los mas leves incidentes. Los amigos antiguos, cual de Chile, cual de Montevideo, cual de Europa, eran el objeto de mis predilecciones, y salvo los primeros dias que me absorbió el *Boletín*, los seis restantes los pasé en la beatitud suprema de recorrer calles, visitar cuatro ó cinco familias, y sobre todo conversar de todo, y salir, como mejor podía, de los aprietos en que me ponían hombres respetabilísimos, pidiéndome mi parecer sobre la equívoca y extraña política del general.

¿Qué queria? ¿qué pensaba? ¿ quería suceder á Rosas? Como nadie supiese las interioridades que yo disimulaba, me era posible para los indiferentes asumir el aire de hombre de gabinete, atenuando las faltas gordas como el puño, pidiendo que esperasen, ofreciendo para luego una marcha mas regular. Con mis amigos ya se concibe que tenía otro lenguaje. Alsina, López, Mármol, Pillado y varios otros llegaron por entonces, y López y Alsina venían ya, por los rumores llegados á Montevideo, desencantados, recelosos, y casi resueltos á volverse. López me pidió su parecer sobre si se ponia la cinta para ir á ver al general; porque ya se había dado orden en Palermo de no dejar entrar á quien no trajese la señal de adhesion. Yo escamoté una respuesta categórica. Alsina y López fueron juntos á Palermo, se introdujeron sin cintas, hablaron de cosas generales, y al despedirse el general provocó á Alsina á una entrevista.

Alsina volvió á los dos dias sin *cinta*. Es de advertir que en Montevideo había convenido, á pedido del general, que así que entrásemos á Buenos Aires viniese á organizar el nuevo gobierno. La entrevista, pues, tenía este objeto, y para entrar en materia, el general significó la necesidad de llevar el *cintillo* colorado. Alsina se había preparado para

este ataque; y es excusado repetir sus ideas aquí, que estaban en el corazon de todos; pero que dichas por Alsina tenían el valor de una súplica, de un consejo, de una protesta, y de una admonicion amigable y desinteresada. El general mostró el mismo empecinamiento inflexible que le hacía arrostrar todos los dias la resistencia de la poblacion en masa, y aumentar las exigencias en razon de la reprobacion. Alsina insistió, levantaron la voz, y por fin le dijo: general, yo me retiraré á mi casa, pues no suscribo á esta condicion por creerla perjudicial, impopular, y sin objeto práctico. El general le replicó que no faltaría quien aceptase el ministerio en su lugar, y la conversacion terminó ahí. Entonces Alsina le habló de cosas indiferentes, de la batalla, de Palermo, etc., y cuando la serenidad de ánimo estuvo restablecida, requirió su sombrero y empezó á ponerse los guantes. El general le dijo entonces: Veamos, ¿no habrá un medio de conciliarlo todo? —No faltaría, general. El gobierno puede tirar un decre...... — Nada de decretos — Bien, hacer una manifestacion en que se explique el uso de la cinta, pero dejando á cada uno en libertad de usarla. Yo estoy seguro, general, que nadie se la pone, tan seguro, que prometo ponérmela yo si Buenos Aires lo hace. —Bien, hágalo así, y todo se allanará.

El doctor Alsina salió contento en su sinceridad de este arreglo, colmado de atenciones por el general, y se vino á Buenos Aires á hacerse cargo del ministerio.

Ese dia ó el siguiente presentóse en Palermo el hermano del doctor Alsina, y el general le afeó malamente ir sin la cinta colorada.

Mandáronle á poco el borrador de la manifestacion á Elías para que la presentase al general, y Elías contestó que se publicase que el general la aprobaba. Poco despues vino á Palermo un señor Villarino, y el general lo trató mal por la misma causa, dando orden, creo que al comandante Baez, de colgarlo de un pie en un árbol en el patio si volvia á presentarse sin *cinta*.

La manifestacion se publicó, y lo que debía suceder sucedió: los pocos que por ceder á tan tenaz exigencia se la habían puesto volvieron á abandonarla, y los exaltados tuvieron á mal á Alsina el haber usado palabras de atenuacion sobre su uso y significado.

Como el general no disimulase su desagrado, los visitantes á Palermo empezaron á escasear y en la ciudad se repetían sus desahogos. El gobierno empezó á organizarse. Tiróse el decreto de embargo de los bienes de Rosas, que debieron declarar simplemente en concurso, para responder á expoliaciones probadas, ejercidas sobre individuos. Urquiza desaprobó la generalidad de la medida, diciendo que debían haberle dejado los bienes heredados. ¡Cómo! dijo Alsina si él me ha ordenado publicar este decreto! ¿Pues qué, añadió Gorostiaga, ya ministro por recomendacion suya, si tres veces me ha repetido que esta medida debía tomarse cuanto antes? ¿De qué están hablando, añadió el anciano López, si cada vez que nos hemos visto me ha indicado eso mismo? Sé estos detalles de boca del doctor Alsina mismo, cuya veracidad nadie pondrá en duda.

Mientras tanto el desconsuelo, la afliccion ganaba todos los ánimos; los unos se abatían, maldecían los otros, mil rumores circulaban, nadie justificaba al general, y la duda se infiltraba en todos. La poblacion obrera y pobre continuaba prisionera en Palermo, como si se hubiese querido hacer de intento que las masas populares por las madres, por las esposas, por las hermanas, tomasen su parte de aversion, de desengaño, de reminiscencias de lo pasado; para agravar mas las semblanzas, las señoras que iban en sus carruajes á Palermo tenían que cubrirse la vista al entrar en las calles de sauces por no ver los cadáveres colgados en ellos, en el paseo público, no para escarmiento de los soldados que no transitaban por allí, sino como un cartel puesto á los ciudadanos y á las señoras. ¿Pero qué es esto? volvían diciendo las madres, las niñas. ¡Qué indecencia! ¡qué asquerosidad! ¡En tiempo de Rosas no nos han colgado cadáveres en el paseo público! Añadíase, para completar el disgusto, que los alrededores de Palermo estaban infestados de restos de ganado muerto, las zanjas casi llenas de caballos podridos, y, mas allá, las que no tienen agua, de cadáveres humanos insepultos; lo que traía á la memoria que aún no se habían enterrado los muertos en la batalla de Caseros. ¡Atila! era la palabra que pasaba de boca en boca en Palermo.

Y mientras tanto ese pueblo presenciaba todo esto, no se apasionaba todavía, no desesperaba, mirando todo como el resultado de la guerra y los males que Rosas les había legado; pero, al fin, iba á elegirse gobierno; el general se retiraría con su ejército, y todo pasaría luego. Todos creían, en efecto, que el general se retiraría, y el coronel Melian y el señor Ascuénaga se sorprendieron mucho de mis dudas á este respecto.

El triunfo se demoraba de dia en dia esperando que lloviese, decian, para mitigar el polvo, hasta que todo fué dispuesto para el diecinueve ó veinte. Yo acudí al cuartel general por no hacer notable mi ausencia, entré en una pieza en busca de los edecanes, y encontré al general Urquiza allí. Correspondió á mi salutacion con marcada seriedad, continuó conversando con alguien, y se retiró. Para mí esto nada tenía de nuevo, habituado desde el Diamante á tales desigualdades. Oíle decir, riéndose con intencion: «Esto es como el segundo tomo.» No estando yo en antecedentes no hice alto en ello; pero despues supe era un dicho que circulaba *el segundo tomo de Rosas*, y entonces comprendí que era una indirecta.

Yo faltaba de Palermo ocho días, y edecanes, oficiales y jefes me recibían con interes; y contábanme las ocurrencias de esos dias; habían cuchicheos, y viendo á este ó al otro jefe del ejército, me decian: no hay cuidado, son de confianza. El coronel Chenaut es un hombre vivacísimo que acompaña de sales, gesticulaciones y movimientos cómicos cuanto dice de broma. Estábamos en la sala de billar; y cuando ya me habían contado las ocurrencias del dia, llegó mi turno, y entonces con aspavientos á la manera de Chenaut, dije con misterio: «tengo que contarles cosas muy importantes. Vean que no nos oigan!» Mitre mismo, que venía conmigo y nada me había oído, prestó atencion. Chenaut se levantó en puntillas de pie, abrió las puertas que daban al patio, asomó la cabeza, volvió á cerrarlas; recorrió las otras, abrió ventanillas, y de par en par la puerta de la capilla de Rosas, cuyo altar é imágenes quedaron á la vista. Concluída esta ceremonia, les dije: «siéntense y... oigan...» Pero un joven de Buenos Aires que estaba ahí y me habían presentado se paró de súbito, el pelo erizado, las manos crispadas,

y con voz hueca y sepulcral me apostrofó diciéndome: ¡pero señor Sarmiento! ¿Qué es lo que va á decir usted? ¡Yo no quiero comprometerme! yo...—¡El terror de Palermo! exclamé yo señalándolo con el dedo, y echándome á reir. Rieron todos, y rió él mismo, avergonzado de aquella sublevacion de la carne, del terror como en tiempos de Rosas; y cuando hubimos reido bien, fué preciso decir que yo nada tenía que contar, y que sólo había querido hacer una broma á Chenaut, mi antiguo jefe, por sus aspavientos. Pero al paso, saltó aquella singularísima manifestacion del estado de los espíritus.

---

## EL TRIUNFO

Buenos Aires se preparaba á recibirnos dignamente, y el general esperaba hacer sentir ese dia el peso de su poder. Esa noche fueron arrestados en Palermo ocho jóvenes que habían venido sin cinta colorada, siendo varios de ellos hijos de extranjeros, que en tiempo de Rosas no la habían llevado. En Buenos Aires tenían eco instantáneamente las ocurrencias de Palermo. El dia de la grande exhibicion amaneció. Había llovido la noche antes, y principiado el movimiento de las tropas, me reuní al séquito del general Virasoro, pues este era mi puesto. El general me dijo que había recibido indicacion de ir con sombrero redondo, y que recien esa mañana se había dado orden á la caballería de entrar en la ciudad, pues antes se había dispuesto que formase en el bajo solamente. Cuando nos incorporamos al general en jefe uno de sus edecanes me dijo: acaba de hacerle quitar la bandera á un batallon de Buenos Aires, diciendo: *esa bandera es la de los salvajes unitarios.*

Entramos en la calle de la Florida, ambos generales á la cabeza y los edecanes y séquito en seguida. Iba el general en un magnífico caballo, ensillado con recado, cuya carona de puntas tenía pinturas y adornos de mucho gusto, pero de mal género, como son todos estos arreos provincianos. El fiador, manea, pretal, cañas de los estribos, estribos y espuelas eran de plata, recamados de oro con arte exquisito. Llevaba el general una rica espada, vaina

dorada de las tomadas á Oribe, casaca con bordado en el cuello, banda roja, sin charreteras y con sombrero de paisano con cinta y un poco inclinado hacia adelante.

Buenos Aires es, como se sabe, una ciudad muy elegante. Rosas fué vencido en este punto, y Manuelita misma había acabado con los chapeados de plata, espolones y todas esas sarandajas que hacen parecer un mameluco ó un árabe á nuestros jinetes de campaña, haciendo malbaratar á hombres que nada poseen doscientos ó quinientos pesos en estos arreos. Toda la poblacion de Buenos Aires monta en silla sin mandil con el rigorismo ingles, que es el tipo dominante. El general Guido, que había salido á recibir al general, iba con sombrero apuntado, charreteras, casaca bordada, y un rosario de medallas, y sus edecanes vestían traje militar mas completo que el general, aunque no llevasen tanto chapeado en su caballo. Apunto estas pequeñeces para indicar el estudio exquisito, ó el candor que había en estos hombres, para sublevar contra ellos hasta el buen gusto, hasta las maliciosas pullas de las niñas, espirituales siempre en las capitales, espiritualísimas en Buenos Aires. El general, ademas, por gravedad ó encogimiento, afectaba una tiesura imperturbable, sin volver la cabeza á este ó al otro lado. El suplicio de los soberanos en Europa lo hace la necesidad de saludar á derecha é izquierda, y á mí me ha sucedido que el emperador del Brasil me haya saludado, yendo de gran ceremonia el Jueves Santo, y yo medio oculto en un rincon para evitar su encuentro; porque esta es la práctica de los soberanos.

Entramos, pues, en la calle de la Florida, y cuán larga es, á distancia de varas, en los primeros y segundos pisos, estaba decorada de banderas *celestes*, que las familias habían hecho teñir, por no encontrarse tela en Buenos Aires, despues de veinte años de tiranía. ¿Había designio en esto? No: era la tradicion argentina, la tradicion nacional que se levantaba instintivamente en las madres de familia: era la reaccion contra los caprichos de Rosas; era, en fin, el antiguo símbolo de la libertad y de la gloria. ¿Qué había impuesto Rosas? La *cinta*. ¿Qué había perseguido? Los colores nacionales. Ahora todo volvía á su antiguo ser, y el pueblo se envanecía y hacía ostentacion de ello. El

general, pues, que acababa de desairar á un batallon, arrancándole la bandera con que había peleado en Caseros, tenía que pasar por las horcas caudinas.

La poblacion de toda la ciudad estaba aglomerada sobre las azoteas de las casas, apiñada á las ventanas, y los hombres en las veredas. Las niñas ostentaban chales, corbatas, ó vestidos celestes, con la pasion que nuestras mujeres tienen por este color, y con el deseo despertado por una privacion de veinte años. Cada casa se habia vuelto, desde la caída de Rosas, una tintoreria, mientras de Montevideo y Rio de Janeiro traian géneros celestes. La aversion al colorado era tal, que la casa de los Dragos, habiendo recibido dos años antes tres cajones de groses de aquel color, los había devuelto á Francia, pues ni en el martillo tenían precio. Los millares de ramilletes que sólo al general se echaban desde azoteas y ventanas estaban amarrados con cintas celestes y blancas. Ningun hombre tenía *cinta* colorada en el sombrero, y si algunos la llevaban, era para peor, por la insignificancia de las personas.

¡Este dia Buenos Aires fué sublime! Era un monumento de la grandeza humana, evocada de entre la sangre y las ruinas. Parecíame que el genio de la República estaba ahí, lleno de andrajos, de cicatrices, de heridas; pero sereno, tranquilo, sin humillacion como sin jactancia.

Este dia medí toda la profundidad de la reaccion, toda la ineficacia del despotismo de Rosas para educar al pueblo, toda la enormidad de las faltas inútiles que se estaban cometiendo.

El triunfo llegó á la plaza, donde, en el frontis griego de la catedral, se había elevado una graderia para dar asiento á ochocientas señoras de lo mas distinguido. Los vivas al general, al Libertador, eran cordiales, estusiásticos, incesantes; pero la fatal cuestion de mal *gusto*, capitalísima donde hay mujeres elegantes, disminuía la seriedad de los sentimientos.

Pasaron batallones entrerrianos, pasaron batallones correntinos, pasaron batallones de Buenos Aires con los chiripá y camisetas rojas, desaliñados, y fatigantes por la monotonía de este color tan ofensivo á la vista. Dios ha hecho verdes las hojas de los árboles; si las hubiera hecho rojas, nos habría dado otra clase de ojos; porque tal como

los tenemos, la vista sufre y se fatiga. Llegaron los batallones orientales, precedidos por el coronel don César Diaz, vestido con gusto, y rodeado de un pequeño estado mayor de jóvenes apuestos y elegantes. Desfilaron las mitades de aquellos batallones con pantalon, casaca y quepí manufacturados en Paris, de colores oscuros y con todos los arreos de tropas europeas, y un movimiento de placer, de dicha, de entusiasmo nuevo estalló por todas partes á su tránsito. Veían al fin tropas *decentes*, esta era la palabra, y en el recuerdo de las madres se evocaba la memoria de nuestros antiguos ejércitos, de los veteranos de la guerra del Brasil, de aquellos coraceros terribles de Lavalle, de aquellos penachos, morriones, cordones y medallas de los héroes de cien batallas.

Llegaron los brasileros, y entonces el sentimiento público se exaltó por otra cuerda. El general Mansilla había, por un sentimiento mal colocado en las circunstancias, hecho indicar al general vencedor que no entrasen los brasileros á la ciudad por no humillarla; y el general Urquiza mismo había tratado de amenguar su parte de gloria en Caseros. Los brasileros se quejaban, y el pueblo quiso satisfacerlos. De todos los buques surtos en la bahía se habían pedido las banderas brasileras para ponerlas en las calles, y la aparicion del brigadier Marquez tan joven, tan culto, tan simpático, fué la señal de una nueva recrudescencia de entusiasmo. Yo encontré despues á mi digno amigo por la Recoleta, retirándose á su campo con su Estado Mayor, y apenas podía hablar dé enternecido, de gratitud, de satisfaccion. « No esperaba, amigo, me dijo, estas manifestaciones. ¡Qué pueblo este, y qué felicidad haberlo conocido!» Veinte dias despues, cuando se embarcó, la poblacion de Buenos Aires, las señoras y los jóvenes, llenaron los alrededores del muelle, lo hicieron llorar esta vez de placer, y los vivas y los pañuelos agitados en el aire lo acompañaron hasta que llegó su bote al buque que debía llevarlo.

El general permaneció serio y como empacado, presenciando el desfile de las tropas en la portada de la Recoba, que divide las plazas de la Independencia y de 25 de Mayo. El gobierno, presidido por el octogenario Dr. López, el cuerpo diplomático en que se hallaba el mal avenido

Carneiro Leao, aguardaban al general de pie para recibirlo y honrarlo en unas piezas contiguas á la plaza. El Dr. Alsina me dijo que creia había habido un malentendido en la cosa, y no intencion dañada. El hecho fué que el cortejo de las autoridades aguardó en vano al general cinco horas; el general no se acercó. El público tradujo á su modo este acto, y en daño del general.

El general había dispuesto al principio que no entrase la caballería; pero esa mañana dió orden de hacerla seguir á los cuerpos de infantería. Los soldados permanecieron catorce horas á caballo, desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde en que regresaron á sus campamentos.

¿Qué objeto tuvo este cambio? ¿Mostrar á Buenos Aires todo su poder material? El efecto fué todo lo contrario. El entusiasmo de la poblacion iba aumentado por horas. Mucho por el general, muchísimo mas por el vestido de los orientales; todavía mas por los brasileros, sus dignos huéspedes. El general se retiró y la caballería empezó á desfilar. El general La Madrid venía á la cabeza de una division, la momia de los antiguos guerreros, el enemigo de Rosas, el antiguo jefe derrotado en Mendoza. El pueblo se lanzó sobre él, lo pasearon casi en brazos por las calles, y gritaron: ¡viva la libertad, vivan los viejos defensores de la Independencia! La caballería entró hasta las cuatro de la tarde y el pueblo se sació, al fin, de vivas y de emociones.

El general volvió á Palermo, yo me despedí de mi jefe, y volví á comer á Buenos Aires, pues debíamos volver á reunirnos para los fuegos artificiales de la noche. Cuando esto sucedió supe por los edecanes que en la mesa había dicho, sin prevencion: ¿conque no quieren ponerse la *cinta* en Buenos Aires?

Sus edecanes soltaron el trapo, y cada uno le dijo, en los términos mas amigables, lo que había en el caso: que la prevencion era invencible por los recuerdos odiosos de Rosas, etc. Muchos de entre ellos obraban tanto, animados por la indulgencia del general como por una fuerte reconvencion que yo les había hecho el dia anterior. Don Diógenes, encontrándose conmigo la víspera en los corredores de

Palermo, me dijo: ¿qué le parece esta tenacidad del pueblo de Buenos Aires? ¡Si mi padre les arruga la frente no han de saber donde meterse! Yo me había propuesto no provocar manifestaciones; pero provocado, no retroceder por una prudencia egoista. Llamé, pues, á los que estaban cerca, para precaverme de calumnias, y le dije á don Diógenes: Me pide usted mi parecer, y quiero dárselo: ustedes, dirigiéndome á todos, usted que es su hijo, tienen la culpa de que el general se extravíe, y pierda el prestigio que necesita para gobernar la República. Esta cuestion de la *cinta* subleva resistencias que van á sernos fatales. En Buenos Aires, usted lo sabe, la cinta son los degüellos, los parches de brea puestos á las señoras por la mazorca. — Sí, pero son ustedes los que se oponen — Acepto el *ustedes*. ¡Los salvajes unitarios! En hora buena. Las negras de Buenos Aires no llevan la cinta colorada ahora, y á ninguna mujer, ni á la de Baldomero, se la harán poner. Usted lo ha visto. Usted lo sabe eso. ¿Quiere usted una prueba mas clara de que la aversion es general, instintiva? Pero vamos á los salvajes unitarios. En cuanto á mí, don Diógenes, nadie hay aquí que tenga derecho de llamarme salvaje; y por lo de unitario, usted lo sabe que soy quien se encargó de explicar la federacion, y darle significado económico. No acepto ni uno ni otro cargo, por necios. Pero hablemos de hechos. El 4 de Febrero todo Buenos Aires pisoteó la cinta colorada en las calles, se la arrancaron del pecho á Mansilla, en presencia del coronel Virasoro, y ese dia, como hasta hoy, no se vió mas ni cinta ni chaleco colorado. Alsina, López, Mármol y los unitarios no han venido hasta el 10 de Febrero. Son, como usted dice, unos cuatro. ¿Y usted conviene que cuatro hombres sin medios, sin poder, tienen mas influencia que su padre con treinta mil hombres? ¿Dice usted que se la pondrán si su padre les arruga la frente? La pondrán hasta en las murallas como en tiempo de Rosas, ¿pero y las consecuencias? Su padre está destinado á gobernar la República, y si en estas bagatelas muestra tan poco miramiento con la opinion, ¿qué cree usted que esperen para despues? — ¿Entonces usted quiere que mi padre ceda? — Sí, pues, amigo. — ¿Entonces usted desaprueba su conducta? — No se olvide, don Diógenes, que estoy hablando con el hijo del general; desapruebo

todo lo que le perjudica, todo lo que le prepara resistencias, todo lo que trae desafecciones y division en la opinion. —Mi padre lo que quiere es uniformar la opinion.—¿Pero no ve, amigo, que uniforma los sombreros y divide los espíritus? El 4 de Febrero todo Buenos Aires estaba de acuerdo en un sentimiento de gratitud para con el general; hoy la opinion está dividida. Unos que se ponen la cinta, y otros que no.—Alsina tiene la culpa porque no se la pone siendo ministro.—Alsina ha aceptado el ministerio à condicion de que se abandonase esta exigencia. — Mi padre lo hace por las provincias. —Pero yo soy juez, en materia del espíritu que domina en las provincias, y le aseguro que las mismas resistencias va á encontrar en todas partes.

Don Diógenes empezó á ceder, si bien muchas veces tuve que recordarle que era à él á quien le manifestaba mi opinion, para que se la trasmitiese á su padre, en obsequio de los motivos de interes por su persona que me inspiraban aquella franqueza. Nos sentamos en seguida, y el joven, ya desconcertado y sin saber qué replicar, me escuchó media hora de consejos, de explicaciones, de súplicas, lamentándome de que el general hubiese esquivado la cuestion conmigo, etc., etc.

Tres dias despues de esta conversacion, y dos despues de la manifestacion de Buenos Aires, salió la famosa proclama, insultando al gobierno de Buenos Aires por ajar á Alsina, á la poblacion, á quien se le decía que *unos cuantos salvajes unitarios* eran los que no llevaban la cinta; revelando que los dichos eran *odiados*, quién sabe por quién, y que le habían pedido sangre y venganzas, que sólo él había consignado en proclamas de exterminio y derramado diariamente quince dias en Palermo.

No es necesario haber estado en Buenos Aires el dia de la aparicion de la proclama; basta el buen sentido para presumirlo. El efecto que produjo en la opinion aquel desahogo innoble fué como si en una tertulia de damas se introdujese un ebrio profiriendo blasfemias y asquerosidades.

El anciano López gemía, Alsina se encerró en su casa, el pueblo, los extranjeros, los jefes del ejército tenian en la cara una expresion indefinible no de rabia sino de disgusto, de zozobra, como cuando se descubre que la casa en

que vivimos está desplomada. Centenares de ciudadanos escribieron á Alsina, ó le mandaron agentes, conjurándolo, en nombre de la salvacion de la patria, á que se sacrificase, á que no abandonase el gobierno á manos prostituídas. Y para que algo hubiese que diera su significado especial á esta medida, no los federales, sino hombres comprometidísimos en la administracion y actos de Rosas y que estaban avergonzados, pusieron la proclama bajo vidrio y marco dorado, para derision de ese pueblo que habían pisoteado antes, y creyó un momento que estaba libre de nuevos vejámenes.

---

## EL GOBIERNO

He visto carta de alguno en explicacion de los sucesos de Junio que dice: «Alsina ha tenido la culpa de todo, dando á este pueblo instituciones para que no estaba preparado.» Los que no poseen tanta elevacion de miras creían, al contrario, que el general Urquiza venía desde su provincia poco preparado para el papel que le daban las circunstancias. Un jefe de gobierno sabe dondequiera que cuando se llama á un hombre al ministerio es para que ese hombre dé á la política y á la administracion el espíritu y el personal de sus ideas conocidas. Alsina no se introdujo furtivamente en el gobierno, sino que el general Urquiza, desde Montevideo, lo buscó para este objeto. No aceptó la cartera del interior sino despues de haber convenido con el general en que no había de llevarse la cinta colorada. Si Alsina hizo otra cosa que lo que el general deseaba, el reproche recae sobre el que desea lo contrario de lo que debe esperar. Si Vd. echa agua en la leña, ¿se quejará de que no arda? Eche fuego y arderá.

Yo había sido desde el principio alejado de toda ingerencia en la política. Esto era perfectamente hecho. El general me había tomado el pulso, y sabido á qué atenerse. ¿Por qué poner á Alsina en el gobierno? Alsina se apoyaba en la masa general de la poblacion de Buenos Aires, con su prestigio de patriotismo, honradez, ilustracion, can-

dor y energía. El general Guido pudo ser, sin desdoro, sin extrañeza de nadie, el ministro de aquella política de exclusion de los unitarios; pero poner al frente del gobierno al jefe, al órgano, al publicista de los titulados salvajes unitarios de Buenos Aires, es lo que nadie le ha ocurrido hasta hoy. El general no cree que hay opiniones en los hombres, ni caracteres, ni nada. Seguí, Elías, Galan lo han confirmado en este error. Alsina debía ser lo mismo que ellos, y no era.

El momento era crítico, pues, cuando apareció la proclama. Todo el personal de Rosas estaba aún en la administracion, en la ciudad y la campaña; si no se cambiaba, cada uno puede medir la gravedad de las consecuencias. Alsina se puso la *cinta*, devorando la afrenta, comiéndose las lágrimas, y puso mano á la obra. Se nombraron jueces de paz, hombres de probidad y de antecedentes. El general aprobó la lista, excepto uno. Propusiéronle una lista de comandantes de campaña, y contestó, casi burlándose, que eso lo dejasen á su cuidado, y nombró mas tarde al coronel Flores (que no había querido seguirlo), á Lagos, creo, y á otros; pero los jefes subalternos eran todos muy del agrado de Buenos Aires.

La obra de la recomposicion del gobierno continuó á paso acelerado. A la cabeza de la policía se puso á don Manuel Guerrico, concuñado de Alsina, hacendado acaudalado y muy querido y simpático á todos los partidos, el apoyo de la familia de Rosas, de Terreros y el amigo de todos. La circunstancia de tener que entregar diariamente 600 cabezas de ganado para el ejército hacía necesaria su eleccion para negociarlo; porque al fin 600 cabezas diarias ofrecía sus dificultades, despues de las pasadas requisiciones, con los frescos estragos de la guerra. Los ciudadanos mas acaudalados de la ciudad pidieron que se les confiasen los destinos subalternos como *subdelegado*, y se les acordó por cuatro meses. Breve, no quedaron ni porteros del antiguo régimen, y en un mes ó dos la administracion de Buenos Aires no era mas que la plana mayor, oficiales, cabos y sargentos de la opinion en masa.

No sucedía lo mismo en el ministerio. Urquiza propuso al doctor Gorostiaga que entrase en el ministerio de Hacienda. Consultómelo mi joven amigo, por política y obsequiosidad, y le insté á que lo aceptara. Propuso Urquiza

al clérigo Peña ministro de Relaciones Exteriores, y aquí hubo ya dificultades. El anciano doctor López, incapaz de oponerse á nada, por una probervial debilidad de carácter, por suma senectud, y por convencimiento, pues á su hijo le había dicho delante de mí que no había mas que hacer que dejar al general salirse con todo, esta vez tuvo valor para resistir dos dias, y por lo menos negarse á firmar el nombramiento del ministro. El clérigo Peña había sido catedrático de filosofía antes de emigrar de Buenos Aires. Allí era desconocido, y antipático por desarreglos de conducta ostentados en desdoro de su carácter sacerdotal. Los enemigos de Rosas lo conocían de otro modo. En 1846 había dirigido en la plaza de Montevideo las intrigas que elevaron momentáneamente al caudillo Rivera, regaron de sangre las calles, pusieron á un dedo de su pérdida la plaza, y concluyeron con la expulsion de la legion argentina, la muerte de varios de sus compatriotas, al grito de Rivera y de Peña por adhesion: ¡mueran los argentinos! Este clérigo sin sotana, ausente y olvidado, este argentino instrumento de Rivera para perseguir á los argentinos, de los cuales ciento estaban en el ejército, y el resto en Buenos Aires, fué el ministro que impuso Urquiza al gobierno, y á quien mandó al Brasil, etc. En el Brasil no sabían que era clérigo, porque jamas lo habían oido nombrar. Galan, Elías y Seguí tenían un cofrade mas; pero los federales de Buenos Aires, como los antiguos unitarios, como el gobierno no vieron en él sino un enemigo, un espía, un agente y un delator. Los ministros se guardaban de él, y él trataba de penetrar en sus miras, para pasar partes á Palermo. Él se puso la cinta colorada, y siguiólo Gorostiaga, que es aquel Gorostiaga mismo que me había salido al encuentro en Palermo. Este joven no sabe hasta dónde puede llevarlo la blandura de su carácter y su voz enternecida.

---

## OCUPACIONES

Yo estaba, como se ve, fuera de todo el movimiento de la política. Me insinuó Gorostiaga que me encargase de un diario ministerial. No dejaba de hacerme cierta gracia mi rol de

periodista de ministros de la altura de Peña y de Gorostiaga; pero escribir por mi cuenta, como lo he hecho siempre, habria sido cosa á que no me habria resuelto, tan espinosas eran las circunstancias. Como una muestra de las ideas que me ocupaban á mi llegada á Buenos Aires inserto aquí la carta, que, en respuesta á mis cuestiones, me escribia el 13 de Febrero el ingeniero del departamento topográfico don Saturnino Salas:

« *Señor don Domingo F. Sarmiento.* —Paisano y amigo de todo mi aprecio: Aunque con alguna demora, es con el mayor gusto que le remito á usted el dato estadístico que me pidió respecto á la extension que actualmente ocupa la poblacion de esta provincia en toda la comprension de su territorio. A este dato debe agregarse la porcion que se está poblando sobre las márgenes del Rio Colorado, pero sin ningun conocimiento en cuanto á su extension. Otro tanto debo decirle respecto de la poblacion de Patagones.

« La superficie calculada, considerándola plana, por supuesto, es la que se comprende bajo la figura de un semicírculo, cuyo arco lo forman el Océano Atlántico del sur, la costa occidental del Rio de la Plata y el Rio Paraná hasta el punto donde confluye el Arroyo del Medio divisorio entre esta y la provincia de Santa Fe, y donde, apoyando su extremidad norte el diámetro de este semicírculo, principia á correr hacia el sur próximamente hasta terminar en el fuerte Protectora Argentina en Bahía Blanca, donde apoya su extremidad opuesta, con una longitud de ciento veintidos leguas. Este diámetro puede considerársele, si se quiere, como la línea quebrada que une entre sí al Arroyo del Medio, por sus vertientes con el fuerte de Mercedes, la laguna del Chañar sobre el Salado, el fuerte Federacion sobre el mismo rio, el fuerte de 25 de Mayo, ídem de la laguna Blanca, extremidad oeste de la sierra de la Ventura, oeste de la Curamalal y fuerte Protectora Argentina en Bahía Blanca, que son los puntos principales que determinan la parte poblada en la direccion occidental, y sabiendo, como usted y yo sabemos, que el límite por el sur y norte es el Atlántico, el Rio de la Plata y el Paraná desde su embocadura en aquél, hasta el Arroyo del Medio.

«Si he acertado á llenar el deseo que usted se haya propuesto con el dato que le remito, será para mí del mayor placer.

«Inter tanto, con él mismo, tiene el gusto de ofrecerse de usted muy atento servidor.—Su paisano y amigo,—*Saturnino Salas*.—Casa de usted.—Febrero 13 de 1852».

Yo traía desde Chile en mi cartera la mensura ya practicada de este modo: «La provincia de Buenos Aires forma una figura irregular, cuyos puntos extremos son: 1º, al norte el Arroyo del Medio, que se echa en el Paraná por los 33º15 de latitud; 2º, al sur la ribera del mar, por los 39º, cerca de Bahía Blanca; 3º, al este la orilla del mar por los 1º40 de longitud de Buenos Aires, cerca del cabo San Antonio; 4º, al oeste una línea que pasa por la orilla izquierda del lago del Chañar, de donde sale el rio Salado por los 3º12 de longitud de Buenos Aires. Deduciendo los vacíos contenidos en el rectángulo que podría formarse tirando sobre los puntos indicados paralelas y perpendiculares al meridiano que pasa por Buenos Aires, se encuentra que la superficie es de 57.000 millas geográficas cuadradas, ó cerca de 20.000.000 de hectáreas, ó 200.000 kilómetros cuadrados, etc., etc. La mensura del departamento topográfico me daba 52.300 millas. Cuatro ó cinco mil millas mas ó menos no importan gran cosa. En la Pampa hay paño en que cortar.

Pero es esta misma abundancia de paño y la falta de gente para vestir con él lo que en Chile me había hecho solicitar del ministerio de relaciones exteriores la coleccion de diez años de la *Gaceta* para buscar datos, y en Buenos Aires del señor Gorostiaga, ministro de hacienda, estados de importacion y exportacion que él creía dejarían satisfecha mi curiosidad. Nunca me los facilitó. La política *práctica* hacía olvidarse de todo lo *vaporoso*, de que sólo yo me ocupaba.

Diré dos palabras sobre el objeto de estas investigaciones. La provincia de Buenos Aires consagra su terreno á la cría de ganado, que estorba el cultivo de la tierra. Aquella industria debe ser muy rica para suplir á todas las otras cuyo desenvolvimiento estorba. Se sabe en Buenos Aires el ganado que admite la legua de terreno, y desde los tiempos de Azara es cálculo pasado á axioma

que el ganado produce anualmente un tercio de su número. Ahora, ¿cuánto ganado hay en Buenos Aires? Esto es lo que quería averiguar sobre el terreno; averiguando la exportacion de cueros. En 1801 Azara comprobó que se exportaban 800.000 cueros. En tiempos de Rivadavia se exportaba la misma suma: el año 1837 la misma, y por algunos meses que alcancé á examinar de la *Gaceta*, creo que no se exporta ahora un millon. De donde resultaría que el ganado tiene un límite que no pasa desde principios del siglo, compensándose el acrecentamiento de unas haciendas con la disminucion de otras. Resultaría tambien que no pasa de cuatro millones el ganado, á ser exactas aquellas cifras.

Nuestros campesinos están creyendo que nosotros somos los propietarios de la mayor suma de ganado del mundo, y algunos suponen que, vista la tierra desde la luna, se ha de ver *overeando* el ganado argentino.

Sin embargo, alguna luz deben arrojar los datos estadísticos siguientes:

La Francia tiene:

Diez millones de cabezas de ganado vacuno.

Tres millones de caballos y yeguas.

Cuarenta y siete millones de ovejas.

Seis millones de cerdos y

Treinta y seis millones de bípedos ú hombres.

Su territorio mide ciento veinticuatro mil millas cuadradas de terrenos cultivados, con veinte mil villas, villorrios y ciudades, lo que no estorba que haya allí mas ganado mayor y menor, relativamente al suelo, que el que hay en Buenos Aires. Y la Francia es el país que en Europa contiene menos ganado vacuno relativamente á la poblacion, pues hay sólo veintinueve cabezas por cada cien habitantes, mientras que en Dinamarca hay cien cabezas por cada cien habitantes, en Suiza ochenta y cinco, en Escocia sesenta y dos, en Lombardía cincuenta, etc., debiendo añadirse que cinco millones y medio de vacas que hay en Francia producen unas con otras, en leche, quesos, mantequilla, etc., la friolera de unos mil millones de pesos fuertes al año, cantidad que no vale todo el ganado de Buenos Aires, inclusos los caballos y los bípedos que los cuidan.

Esta clase de trabajos son para poner serias á muchas gentes, y otras comparaciones servirian todavía para ilustrar la cuestion que yo me proponía resolver, apenas llegado á Buenos Aires. Por ejemplo: el Estado de Massachussetts, en los Estados Unidos, mide 7500 millas cuadradas, es decir, la séptima parte del territorio de Buenos Aires. Poblados á un tiempo fueron estos dos Estados de América: la situacion comercial de Buenos Aires á la boca de un grande estuario de rios es superior para el desenvolvimiento y acrecentamiento de la poblacion á la de Boston.

Sin embargo, Boston tenía en 1800 una poblacion de sólo veinte mil habitantes, y Buenos Aires mas de 40.000, segun Azara. Hoy tiene Boston 140.000 habitantes, es decir, siete veces mas. ¿Tiene la ciudad de Buenos Aires 200.000 habitantes? La provincia ó Estado de Massachusetts tenía en 1800, 400.000, hoy tiene 796.000 habitantes. Buenos Aires, con siete veces mas territorio, ¿tiene siete veces esa poblacion, es decir, seis millones de habitantes? La propiedad de Massachusetts está avaluada en tres mil millones de pesos ó dollars. ¿Posee Buenos Aires siete veces esa cantidad, es decir, *veintiun mil millones* de pesos? La produccion anual está allá avaluada en agricultura, fábricas y salazon de pescado en setenta y cinco y medio millones de pesos fuertes. ¿Está la de cueros, lana, astas, de Buenos Aires, avaluada siquiera en diez millones anuales?

¿Cuánto produce la cría de ganado al año en Buenos Aires? Ya hemos visto que la agricultura y la excesiva poblacion de la Francia no estorba que mantenga diez millones de vacas, tres de caballos y cuarenta y siete de ovejas. Veamos la produccion agrícola de Massachusetts, comparando con la que debiera producir Buenos Aires, sin disminuir el ganado:

| | | |
|---|---|---|
| Terreno en Massachusetts.... | 7.500 | millas cuadradas |
| Trigo........................... | 190.726 | bushels |
| Maiz........................... | 2.347.451 | |
| Papas........................... | 4.175.251 | |
| Porotos........................... | 1.468.361 | |
| Centeno........................... | 600.239 | |
| Cebada........................... | 134.655 | |
| | 8.916.683 | |

Cuya suma comparada al territorio de Buenos Aires, siete veces mayor, daría para esta provincia sesenta y dos millones de bushels de granos, cuyo valor anual constituiría el valor de ciento veinte millones de pesos anuales, porque el de aquella produccion agrícola de Massachussets valía dieciseis millones.

Pero volvamos al ganado. Una vaca consume el producto de una hectárea de tierra cultivada en granos (como dos tercios de cuadra cuadrada) lo mismo los caballos; menos aún los bípedos, dejando lo suficiente para semilla; diez ovejas ó tres cerdos consumen lo que una vaca. Averiguados estos hechos pueden reducirse los cuadrúpedos y los bípedos de Francia á vacas.

| | |
|---|---|
| Vacas.......................... | 10.000.000 |
| Caballos.................... | 3.000.000 |
| Bípedos...................... | 36.300.000 |
| Ovejas........................ | 4.700.000 |
| Cerdos........................ | 2.000.000 |
| Equivalen á vacas......... | 56.000.000 |

La Francia puede mantener, pues, cincuenta y cuatro millones de vacas con dos millones de cuidadores.

La República Argentina entera, incluso el Paraguay y el Uruguay, que formaban parte del virreinato cuando Azara hizo sus cálculos, no puede, con el sistema actual de cría de ganado por el pasto natural, alimentar mas que cuarenta y cuatro millones de vacas, con ciento setenta mil apacentadores; y Azara, que poco se cuidaba de que hubiese una nacion en esta inmensa estancia, se extasiaba en la riqueza inmensa que explotaría la España. Porque han de saber nuestros consentidos estancieros que fué un naturalista, un plumario, como si dijéramos un boletinero, quien les trazó el plan de cría de ganado que con tan fatales consecuencias siguen hasta hoy. Por supuesto que en estos cálculos no entran los mulos y los borricos, de cuyas especies hay mas entre nosotros que lo que echamos de ver.

Hé aquí las graves cuestiones que quería ilustrar durante mi residencia en Buenos Aires, pues que á estas simples bases, que no hago mas que extractar, se refieren muchas cuestiones económicas, sociales y políticas que

quería elucidar. ¡Políticas nada menos! ¡Las vacas dirigen la política argentina! ¿Qué son Rosas, Quiroga y Urquiza? Apacentadores de vacas, nada mas. Todos esos títulos de gobernador, general, restaurador, director son consecuencia de la manera estúpida, pobre, ruinosa de criar las vacas, malogrando el terreno, impidiendo la poblacion y la industria, que hará imposible el que reunan chusma y atraviesen la Pampa con un vaqueano, para ir á sorprender á otros criadores de vacas, que están por ahí y nos hagan poner chiripá colorado.

Durante los fuegos artificiales en la noche del dia del triunfo á que estábamos invitados, y que veíamos desde los altos del cabildo, yo me aparté con el joven Posadas á un lado solitario de la galería, donde encontré al ministro de la guerra, el coronel Escalada, y entramos luego en conversacion sobre puntos diversos, recayendo al fin sobre la necesidad de organizar la guardia nacional, punto en que insistí media hora, y que al viejo veterano de la revolucion de 1810 le hacia vibrar las fibras. Yo había visto en el triunfo evocada la tradicion nacional sobre la bandera, y echaba de menos su poderoso brazo, los *Patricios*, aquella milicia de la ciudad de Buenos Aires que había rendido á los ingleses en 1806, sostenido á la Junta Gubernativa en 1810, en presencia de diez mil hombres de línea españoles, y que Rosas había desorganizado y desvirtuado para hacerla servir en las paradas. Pero aún así, la tradicion se había mantenido, todos los ciudadanos reconocían cuerpo, y no había mas que ponerles á la cabeza unos doscientos muchachos muy almibarados que hay en Buenos Aires, que consumen muchos guantes de cabritilla y mucha agua de colonia, pero que se han endurecido en el sitio de Montevideo, y son sordos al fuego de la artillería, y poco respetuosos para la gente de chiripá y de á caballo. En el ejército venían ciento mas de estas preciosas criaturas; los vecinos de Montevideo habían dejado un ejemplo glorioso, y los doctores en jurisprudencia y medicina mostrado, desde el escuadron Mayo de Lavalle, y la legion argentina de Montevideo, lo que hay de buena sangre argentina en sus venas. A los viejos que venían á ponerme la queja de la *cinta* colorada, como si yo fuese juez de paz, les decía lo mismo. ¿Cuántos hijos tiene Vd.? Ponga dos en la

guardia nacional y otro en el ejército. A los jóvenes decia otro tanto, y como se podía hablar de guardia nacional sin alusion á la política militante, empleé esos pocos dias en hacer la propaganda de esta buena idea.

Tambien tuve ocasion de hablar con algunos ingleses para sondear la opinion de los extranjeros residentes sobre su incorporacion á la *ciudad*. Un señor casado en la familia de Vernet me dijo que habían hablado entre varios de tomar carta de ciudadanía; pero que el rumbo que iban tomando las cosas los había refriado—¿Aceptarían ustedes la ciudadanía conservando la nacionalidad inglesa?—¡Pues toma si la aceptaríamos! Lo único que nos arredra es el temor de ser ajados—Pues ese temor queda inmotivado desde que queden garantidos contra nuestras violencias. En Buenos Aires sucede una cosa original. Los nacionales son ciento y los extranjeros mil: la plebe es vasca y en mayor número, con españoles é italianos, que los criollos. Estos gozan del derecho de que los maten, acuartelen por años sin salario y arreen en las retiradas: los otros tienen la carga de trabajar en los saladeros y en las campañas, con doble sueldo que los criollos, porque están garantidos de tropelías, y los comerciantes y artesanos de ganar dinero cuando todos lo pierden. Los criollos disminuyen llevados á Montevideo, á las provincias, á hacerse matar, y los extranjeros aumentan de día en día por la inmigracion y la seguridad del trabajo. ¿Qué va á suceder? Que el Estado va á ser gobernado por una minoría paciente, en favor de una mayoría expectante y garantida. Tal es el desorden introducido en aquellos países, y tal la cuestion que pide, en Buenos Aires al menos, inmediata solucion. La ciudad (*la cité*) deben componerla los que la habitan: defenderla los que vida y propiedad tienen; gobernarla todos, y sufrir sus cargas á la par de las ventajas de que gozan. El gobierno provisorio exoneró á los españoles del servicio á poco de su instalacion.

En conversacion confidencial con Alsina le indiqué el deseo que tenía de ser administrador de correos, para secuestrarme de la política y empezar á desarrollar un sistema de comunicaciones con las provincias que, ligando el vapor de Europa con el correo de Chile, terminase con

el establecimiento de la posta diaria, por la aplicacion del *penny-postage*, la de diligencias á Mendoza, y, por fin, la de casas de posta fuertes que atravesasen la Pampa, contuviesen á los bárbaros, fuesen hoteles y posadas para los emigrantes á pie, y un vínculo de eslabones de edificios y habitaciones para estrechar las relaciones de las provincias entre sí. Alsina aceptó la idea, proveyóse el pase de un anciano Luca, que es el administrador á otra oficina mas en armonía con sus años y su falta de idoneidad para trabajo que requeria años, estudios, viajes y trabajo diario para su realizacion; pero al ir á ponerse la cosa en planta tocóse con una pequeña dificultad. La administracion de correos depende del ministro de relaciones exteriores Peña. ¿Por qué no lo ve Vd.? — ¿Y Vd. por qué no lo ve? Yo no veo á nadie; y no pasamos de ahí.

El Dr. Pujol vino por entonces á verme, y lamentándonos de los desaciertos del general, y del rumbo fatal que iban tomando las cosas, ¿y qué hacer para sacar á este hombre de aquí? ¿Cómo hacerlo que acelere la reunion del Congreso? El Congreso ha de ser lo mismo. — Déjelo que se lo lleve á Entre Rios. — A Entre Rios no iré yo por lo menos. — ¿Y en Santa Fe? — Pase en Santa Fe. Hay campo para poder fugarse los diputados. — La conversacion tomó un carácter mas serio. Entonces indiqué á Pujol una idea. El pacto federal fué hecho por cuatro gobiernos. Esos mismos gobiernos, por medio de diputados reunidos al efecto, pueden nombrar presidente efectivo al general. Asegurada así la presidencia, confirmada por las juntas provinciales, se aquietará, y no teniendo ya temores, ni recelos, dejará reunirse el Congreso y discutir libremente la Constitucion. Si no, va á enredarlo todo, á meter su mano puerca en todo, y esto va á volverse un caos, como lo ha hecho de Buenos Aires en veinte dias. Pujol aceptó la idea como un expediente feliz; fué á Palermo, habló con el general, que lo halló famoso; pidió á Elías que trajese el pacto federal, que á tanto se prestaba, y al dia siguiente Pujol me traía la noticia de que todo quedaba arreglado.

Poco despues se publicó el convenio entre él, su jefe de Estado Mayor, su gobernador de Buenos Aires y el de Santa Fe, que lo nombraban *encargado de las relaciones exteriores*, es decir, el sucesor de Rosas, en aquel fatal empleo

que se prestaba á todas las usurpaciones de poder, cuando la palabra presidente era ya definitiva, y curaba el mal, que era satisfacer aquella ambicion inquieta, sin miramientos. Como le quedaba hacerse presidente, como el convenio de los cuatro gobernadores no resolvia nada, fué necesario otra reunion de gobernadores para darse el título de director, y atropellar todos los principios, y vengarse de Buenos Aires, que no quería, que no deseaba mas que el general Urquiza fuese presidente para que lo dejase en paz.

En este estado de cosas la cuestion personal para mí venía apremiante por horas. ¿Qué hacer, casi señalado en la proclama del general, qué hacer cuando en Gualeguaychú y la víspera de la entrada triunfal había dicho á su secretario y su hijo que no mé pondria la cinta? Hubo la noche del 21 baile de máscaras en casa de Guerrico. Tiene dos salones de recibo tapizados de cuadros de pintura desde el techo hasta el suelo. Hay entre ellos varios lienzos de mérito. Las máscaras se agitaban en estas salas y rebullían en torno mio que ocupaba como miron un sofá. De cuando en cuando me dirigían la palabra algunas máscaras, me decían cosas muy serias, ó muy amigables. Un viejo se me acercó al oido y me dijo: Vengo en comision de los jóvenes de Buenos Aires para saber qué deben hacer en estas circunstancias — Bailar, le dije, no queriendo entrar en la cuestion. — Diga usted que no llevemos la cinta, y dos mil jóvenes nos hacemos matar antes de llevarla. Ustedes han sufrido mucho; ahora llega nuestro turno de reemplazarlos, y ustedes verán que hemos aprendido sus lecciones. — Yo llevo la cinta, le contesté, y se la mostré en mi quepí para desconcertarlo. Un gaucho de tirador de gros blanco vino en seguida á decirme paisanadas que no carecian de gracia; pero despues de esta introduccion de farsa entró en la cuestion del dia, y me dijo que él y ciento mas se iban á sus estancias para prepararse para el momento necesario. Yo me escabullí de aquella escena veneciana por los cuadros, por las máscaras, y por los conatos de conspiracion.

Teníamos una entrevista con el señor Carneiro Leao, y de paso por el teatro encontré coroneles del ejército, y la

preocupacion de los ánimos era la misma. No nombro uno que me dió la proclama porque no sé dónde está.

Todo esto era el sentimiento espontáneo, pero nadie lo estimulaba, nadie sabía ni preveía como este sentimiento se habría convertido en hecho. Y, sin embargo, había medios sencillos y legítimos que no quisieron tocarse, porque dominaba hasta entonces, y mucho tiempo despues, una especie de *decencia*, pues que no tiene otro nombre. «¿Cómo oponerse, decían, al libertador? ¿cómo mostrar que hay desconfianza, division? ¿Cómo poner de manifiesto la torpeza ó la necedad de sus actos? Esto le perjudicaría para gobernar la República. Esperemos, que todo se ha de arreglar.»

El Brasil había hecho un tratado de alianza, en que se estipulaba la libertad de Buenos Aires. Cada operacion de guerra había sido precedida de un tratado. Las fuerzas brasileras debían retirarse; las orientales tambien. ¿Quedarían las entrerrianas y correntinas? ¿Por qué? El general se llamaba jefe del Ejército Aliado Libertador. Pero retirado el Brasil y el Uruguay, no había ejército aliado, no había título.

Si, pues, el gobierno de Buenos Aires hubiese pedido al enviado extraordinario del Brasil que, en cumplimiento del artículo 2º del tratado, estipulase la disolucion de la alianza, estableciendo la época y la forma del retiro de cada una de las fuerzas aliadas, el general, que ya no era jefe del ejército aliado, quedaba gobernador de Entre Rios; la discusion entraba en los cuerpos de ejército, y se disipaba el ensalmo de aquel nombre colectivo de *treinta mil hombres* que pesaba sobre todas las cuestiones. Buenos Aires recibía ó pedía sus tres mil hombres de línea, y Urquiza y Virasoro tenían que decir por qué y para qué se dejaban estar allí con sus diez mil hombres de milicias que nada mas deseaban que volver á sus casas.

Una cuestion de forma suele ser á veces el agente químico que disuelve estos cuerpos que resisten al cincel. Un poco de vinagre basta para descomponer el mármol. La cuestion de forma, de someter el pacto de San Nicolas á la ratificacion de la Sala de Representantes de Buenos Aires bastó, provocando los desmanes ya conocidos de

Urquiza, para quitarle el ejército, único elemento de poder que tenía, y acabar con aquella grosera comedia.

Hablamos de todo esto con el señor Carneiro Leao, pero tambien él tenía á su turno razones de decoro para oponer á todo lo que tuviese aires de ser provocado por él. Comprometido el imperio en aquella lucha, expuesto á las miradas mal dispuestas de la Inglaterra y de la Francia, monarquía influyendo en los destinos de una república, creia que, aunque los hechos eran enormes, la evidencia exterior de ellos aún no era suficiente para dejar justificados actos que podrían prestarse á interpretaciones desfavorables. Porque el Brasil ha hecho alarde en esta cuestion de un desinteres, de una justificacion que le honra, y que debe proclamarse altamente, pues que no siempre los gobiernos obran con tanto desinteres. Ojalá que el joven emperador se conduzca siempre con la elevacion de miras y sanidad de propósitos que ostentó en la caída de Rosas. Yo pedí al señor Carneiro Leao un camarote á bordo de un buque de guerra brasilero para el dia siguiente, diciéndole el objeto, y al siguiente dia estuvo en tierra el comandante del *Golphinho* para conducirme á bordo.

---

## MI FUGA

Porque fué una verdadera fuga mi salida de Buenos Aires, de que no tuvieron noticia anticipada sino Alsina, López y Guerrico, y dos ó tres amigos en el momento de embarcarme.

Quería decir á los hombres que tenían fe en la sanidad de mis intenciones: nada hay que esperar en este momento. Quería decir á las provincias: las engañan, puesto que yo, provinciano, no creo conciliable con nuestros verdaderos intereses la elevacion de un nuevo caudillo, mas voluntarioso, menos inteligente, si cabe, que Rosas. Quería, en fin, que mi retirada fuese una protesta, y la dirigí por escrito al general, sin ostentacion, sin frases estudiadas. ¿ Obré bien ? ¿ Obré mal ?

Despues de dos dias de permanecer anclados enfrente de Buenos Aires el señor Carneiro Leao y su secretario de embajada, el señor Paranhos, vinieron á bordo para transportarse á Montevideo, é hicimos el viaje juntos,

haciendo mas confidencial nuestras relaciones. Venía á bordo otro asilado conmigo, un coronel García, hermano de Baldomero, quien había tomado el mando de la division Aquino en Buenos Aires, y como jefe sitiador de Montevideo, puesto fuera de la ley en aquella famosa proclama de olvido que condenaba al exterminio un regimiento de caballería.

El señor Carneiro Leao lo había asilado, y para ello tenido que compulsar la conciencia de Urquiza. En una conferencia en Palermo tenida el 22, creo, el señor Carneiro Leao, haciendo valer ofrecimientos personales del general, se interesó por la vida de dicho coronel. Urquiza se negó redondamente, y para justificar su negativa añadió: « si perdono á uno de los de Montevideo me veré obligado á perdonar tambien á la division Aquino. » Desde luego téngase presente que el coronel Masa había sido perdonado antes, por el empeño de su mujer, y que el señor Carneiro Leao hacía uso de un ofrecimiento personal del general, que hacía valer en favor de un extraño, por motivos de humanidad. La negativa ocurrió delante de gentes, y el señor Carneiro se abstuvo de hacer observaciones sobre aquella condenacion de la division Aquino, que el general, en su candorosa inocencia de toda la monstruosidad de aquel acto, creía un obstáculo para conceder una gracia.

El señor Carneiro, desairado así, escribió una carta al general, en la que, con los términos mas graves, le explicó como la condenacion en masa de la division Aquino, sin juicio, sin sentencia, sin distincion de grados de culpabilidad en sus miembros, era un acto sin ejemplo en los tiempos modernos, é inaudito entre pueblos cultos. El señor Carneiro Leao mostró en Montevideo la carta á dos sujetos, sabíalo el coronel García, y sin eso, siendo un acto de dignidad, de protesta personal en favor de la humanidad y las formas legales hechas por el señor Carneiro Leao, no vacilo en hacer público este acto que le honra, tanto mas, que no se negó á mi deseo de tomar copia del parágrafo final, que por distraccion no tomé en Montevideo.

El almirante Grenffell, aturdido á su turno con aquella condenacion, fué á Palermo á interceder; pero no pudiendo hablar con el general se insinuó con Elías, indicándole

que podian ocurrir equivocaciones.—¡El general no se equivoca nunca! fué la réplica con que el secretario dejó mas aturdido todavia al intercesor. ¡Y en efecto! Nunca se había equivocado el general en las condenaciones á muerte sin juicio. Esta vez, si toda la division perecía, era claro que criminal alguno escapaba. No pereció toda, y entonces los autores del crímen pudieron quedar impunes.

Las consecuencias de la carta del señor Carneiro fueron la revocacion inmediata de la proscripcion de los jefes de Montevideo, dándole los aires de un acto de clemencia; jefes á quienes, no obstante, achacaba haber faltado á las leyes del honor á que no faltaron, y la subsiguiente absolucion en masa de la division Aquino, dejando así impunidos á los cuatro ó seis verdaderos criminales y promotores de la rebelion con asesinato de los jefes. Téngase presente esta serie de actos violentos, y de revocaciones subsiguientes, porque es mi ánimo mostrar por ellos como se iba por horas, por minutos, desprestigiando su autor en Buenos Aires, por falta de carácter, de principios, de plan, de ideas, de partido.

Mi brusca separacion, y sobre todo la manera de hacerla, habían desconcertado al general, por la primera vez, en aquella marcha ascendente de arrollar obstáculos, porque al fin el doctor Alsina se había puesto la cinta, que le había jurado á él mismo no ponerse. El coronel Mitre me escribió desde el campamento: «La desaparicion de usted « del retablo en que jugamos de veras con sangre y con « lágrimas á los títeres de la política, aunque esperada, « no ha dejado de sorprenderme. Ayer fué entregada su « carta al general, de resultas de lo cual no recibió á « nadie, y amaneció con dolor de cabeza. ¿Qué diablos « le mandó decir? Esta mañana me mandó llamar para « decirme que me iba á hacer extender los despachos de « coronel de la artillería de Buenos Aires...»

Lo mismo que en el Espinillo y en Cabral, atropellar sin miramiento; retroceder sin dignidad. Mitre era mi compañero, él lo sabía, y le daba un ascenso en respuesta á mi protesta.

La misma escena había tenido lugar con el señor Carneiro Leao, á quien con gritos desmesurados habia dicho que el emperador le debía á él la corona, etc. Contenido

dignamente en estos desahogos de una jactancia y de un amor propio pueriles, salió hasta la puerta, y no atreviéndose á disculparse ante el enviado ofendido, abrazó al secretario, el joven Paranhos, diciéndole y golpeándole el hombro: «no me haga caso usted por mis gritos... yo soy así.» Así es, en efecto, Urquiza. Si aún quedase duda, la siguiente carta confirmará en elio:—«*Buenos Aires, Marzo « 3 de 1852.*—Estimado señor y amigo: He sabido por « persona fidedigna que se han impartido órdenes se« cretas para que usted sea fusilado en el acto de pisar « el territorio argentino. Don Bernardo de Irigoyen, que « marchó hace tres dias para las provincias de Cuyo, será « probablemente el que lleva para allá semejantes órde« nes... Su partida ha sido lamentada por todos los buenos, « pues todos han comprendido la absoluta necesidad en « que se hallaba de emigrar segunda vez.»

Creo que hay error en suponer que hubo órdenes para esta zoncera, aunque Benavidez, despues de que Irigoyen llegó á San Juan, dijo muchas veces: «que venga ese salvaje unitario, yo le mostraré las órdenes que tengo,» y no hace veinte dias á que, oyendo que se corría que yo estaba en camino, dijo: «que venga, yo le he de mostrar un camino que él no conoce.» Es preciso ser muy candoroso para que, conociéndolos á todos ellos, como los conozco, y teniendo patriotismo y honradez, ignore los caminos que pueden mostrarme. Pero, volviendo á Urquiza, nada de serio habia en este primer movimiento instintivo. Al coronel don Lucas Moreno, que vino en esos dias de Montevideo, le dijo en la puerta delante de ocho personas: «dígale á su gobierno que fusile unos cuantos doctores;» y ya le habia insinuado que no reconociese los tratados del Brasil. Sabiendo que el general Paz habia llegado á Montevideo, y pasaba para Buenos Aires, dijo, con la misma indiscrecion que en todos los casos: «si viene le hago pegar cuatro tiros.» ¿Por qué? Por nada, por ojeriza personal, por envidia, por zafarse del respeto que sus virtudes le merecen. A Irigoyen, pues, debió decirle: «dígale á Benavidez que lo fusile si va...» Me parece que oigo la voz, que veo la guiñada del ojo, y la risita con que acompaña estas bromas.

## EL GENERAL PAZ EN MONTEVIDEO

Encontréme en Montevideo con el viejo soldado de la independencia, el general estratégico, el brazo que se ha alzado en veinte años á parar los golpes dirigidos á la libertad argentina, el salvador de Montevideo, el maestro, en fin, que enseñó á la parte civilizada de la República Argentina á pararse firme ante el caudillaje y dejar con eso solo en descubierto su arrogante impotencia. El político ha sido vencido, el general nunca. Su persona puede desaparecer, pero su obra es imperecedera, y ella acabará de salvar la República.

Había ceñido la espada en mi juventud, bajo sus órdenes, y pertenecido á su escolta, sin conocerlo. Habíamosnos escrito desde 1848, y nuestra entrevista, y nuestro encuentro en Montevideo, tenia el interes de un reconocimiento personal deseado, y de una similitud de posicion originalísima. ¿Conque se viene usted?—¿Conque le estorban llegar á usted?

El general Paz había permanecido en Rio de Janeiro cinco años, dando el ejemplo de la resignacion en la desgracia, de la pureza de costumbres que debe caracterizar al patriota, y de la dignidad humilde del hombre público. Rodeado de su familia, no habiendo perdido su esposa sino en este último año, el general vivía oscuro en Rio de Janeiro por modestia, por pobreza y por gusto. Había comprado uno ó dos negros, seis vacas americanas y una inglesa del Cabo de Buena Esperanza, que producia veintiseis botellas de leche diarias, y con la de todas, cuidadas por un negro y el otro sirviéndole de doméstico, mantenía su familia con una mediocridad humilde. Tenía, ademas, un bodegon de minestras, mal situado, peor administrado, que concluyó, al fin, por llevárselo el diablo. En la rua de San Clemente, cerca del jardin botánico, á casi una legua del centro de la ciudad, á la puerta de aquel descuadernado bodegon, veíase, casi todos los domingos, un magnífico coche, con cuatro lacayos de gran librea, y con las armas de la embajada oriental apostado todo el dia. Era el enviado plenipotenciario de la República Oriental, que, con el general Pa-

checo y Obes, y algunos argentinos, venían á comerle al general Paz sus malos porotos con fariña, y honrar así las virtudes austeràs del invicto general y del desgraciado jefe político.

Algun tiempo despues de establecido en Rio de Janeiro el general recibe por la estafeta dos contos de reis en billetes de banco (1000 pesos) y una carta anónima en que se le hacía depositario de esta suma por algunos años, con encargo de no indagar el origen y otras menudencias. Hé aquí al pobre general en conflictos, lleno de escrúpulos, queriendo protestar contra aquel avance, pero ¿ante quién? Convoca á consejo de guerra á sus amigos, expone su tribulacion, y se resuelve, lo único que podía resolverse, que se calle y aguante el depósito, dádiva ó lo que fuese. Al mes siguiente recibió sin carta por el correo doscientos mil reis (100 pesos) y todos los meses tuvo la misma incumbencia. ¿Quién le mandaba esta suma? ¿Quién podía mandarla? Y una terrible sospecha pesó sobre su conciencia. ¿Será el emperador? ¿Puedo, sin desdoro, aceptar el don, si realmente viene de sus manos?... Hasta hoy no se ha podido traslucir nada; pero el emperador ha hecho muchas de esas en su vida, y la suposicion no tendría nada de gratuito.

La época de la regeneracion argentina llega, y el general Paz consagra todo el ardor de su alma, toda la capacidad de su espíritu á allanarle el camino al hombre mas feliz, aunque cien veces menos digno que él, á quien va á caberle la honra de salvar la República. Escribe á Chile, me escribe á mí, y en todas sus cartas, cartas de pliegos, el nombre del general Urquiza es alzado á las nubes, bendecido, aclamado.

En Setiembre 24 de 1851 el general Paz me escribía de Rio de Janeiro: « Al ver el incruento desenlace que va « á tener la cuestion oriental, en donde casi no ha co- « rrido sangre, nos es permitido esperar que lo mismo « suceda en la República Argentina. Pronto va á hacer « la prueba el general Urquiza, pues se propone pasar « el Paraná tan luego como concluya su rápida cam- « paña al Estado del Uruguay. Su programa, que ya « conocerá usted, merece mi mas completa conformidad. « Ni puede ser de otro modo, habiendo sido el mio en

« los tiempos en que tuve influencia en los negocios pú-
« blicos, congreso, constitucion, organizacion nacional.

« Aunque nada nuevo diga en la carta á que me refie-
« ro, no quiero que usted ignore mi modo de pensar.
« Me contentaré ahora con reproducir lo que en ella
« expreso, y añadir que su réplica al *Archivo Americano*
« (nacionalizacion de las aduanas) que he visto despues,
« me ha confirmado en mi opinion. No me parece menos
« acertada la prescindencia de personas, cualesquiera que
« sean sus antecedentes políticos; con tal que hagan el
« bien, se harán acreedores al reconocimiento nacional.
« Yo, desde ahora, le ofrezco al general Urquiza el muy
« sincero tributo de mi gratitud.»

Interpelada la religion del general, por los ministros del Brasil, en consejo de ministros á que fué llamado, en el momento supremo de echar el peso del imperio en la balanza de la lucha argentina, sobre la sinceridad del general Urquiza, para arriesgar en sus manos la gloria, el honor y los intereses del imperio, el general Paz da á su turno la garantía de su probidad, y responde de Urquiza. El Brasil no vacila desde este momento.

Triunfa éste, y Paz pierde su austeridad, vende negros y vacas, quema todas sus pobrezas, embárcase y vuela á dar un abrazo al libertador, y volver á aquella patria que no fué segura para él sino en los campos de batalla. Llega á Montevideo, y al trasladarse de un buque á otro para continuar á Buenos Aires sabe que el general victorioso ha dicho que lo fusilará en el acto de desembarcar.

Sus amigos le escriben que regrese á Rio de Janeiro, y el antiguo proscrito, el preso de diez años consecutivos, dice: «pero los que tal me aconsejan no saben lo que es el destierro sempiterno para un viejo, cargado de hijos, sin fortuna, que ha perdido en él su mujer!...»

El 4 de Mayo me escribia á Rio de Janeiro:

« Las prevenciones contra mí, en lugar de disminuir,
« aumentan, segun me escriben personas bien informadas.
« ¡Es muy singular mi posicion! Pero qué extraño, si la
« de usted es la misma. ¡Qué países y qué hombres estos!»

Ahora ha sido nombrado agente del gobierno de Buenos Aires para las provincias. Su reaparicion en la escena

política es providencial. Provinciano, honrado y patriota sin tacha.

Encontréme en Montevideo con el doctor Pico, mi antiguo amigo y corresponsal desde 1845. Había regresado de Buenos Aires, y en conversacion me dijo que sentía mi separacion, y que aún le parecía indiscreta. Yo me he puesto el cintillo, añadió, y estoy resuelto á recibir lo que nos den, aludiendo á la libertad. Yo le contesté que no vituperaba su conducta, y que me había guardado de aconsejar á nadie en materia de pura conciencia. Poco despues me encontré tambien con el coronel Piran, uno de los del círculo íntimo de Urquiza, y esta vez la reyerta se trabó sobre los motivos de mi separacion. Desahoguéme á mis anchas contra Urquiza, diciendo cuanto creía de él. Sostúvolo Piran; pero, al fin, con interes y en tono amigable me aconsejó no escribir con acrimonia, y decirle al general, en via de consejo, eso mismo que á él le decia, instándome para que me quedase, y redactase un proyecto de constitucion.

Mi partido estaba tomado, y calentando á poco sus calderas el *Prince*, vapor que hace la carrera entre Montevideo y Rio de Janeiro, me embarqué en busca del *Quito*, que se aguardaba de paso para el Pacífico. Entre las singularidades de esta excursion, era una la de haber tenido ocasion de tratar de cerca, con intimidad, á algunos, á casi todos los personajes que han figurado, ó habían de figurar, en el drama argentino. A bordo del *Prince* me encontré con el general Mansilla, cuñado de Rosas, el hijo de éste, el señor Terreros, y el comandante Magnan, que se decía el confidente de Rosas, y que fué quien lo embarcó en el *Locust*. Estaba, pues, en medio del séquito de Rosas. Los primeros dias se pasaron en tentativas de aproximacion, hechas con decoro de parte del general, y de la mia aceptadas sin esquivez como sin prisa. A bordo las ocasiones se presentan á cada momento. El general había hablado de mí ante los pasajeros, atribuyéndome una parte exagerada en la caída de su hermano. Al fin me habló, preguntándome de Oro, si lo conocía. El terreno era bien escogido, y media hora despues las paces estaban firmadas. El general había permanecido un mes en las balizas de Buenos Aires, solicitando en vano se le

permitiese desembarcar. Prudencio, Gervasio Rosas, el general Pacheco no habían sido molestados. Mansilla no había servido despues de Tonelero; habíase justificado victoriosamente del cargo de haber ordenado el saqueo con que la opinion lo había manchado. ¿Por qué no se le permitía volver á su casa? El general Mansilla me dijo que creía que era porque había sido antes gobernador de Entre Rios, y dejado simpatías, olvidadas para todos, menos para el celoso general. Nuestras relaciones fueron haciéndose mas fáciles, nos hablamos con Terreros y Magnan, mas tarde con el joven Lucio Mansilla, muy estimable, muy bien educado, y que creía tener motivos de queja personal contra mí, y me lo manifestó con cordura, delicadeza y dignidad superior á sus años. Acababa de regresar de un largo viaje: había visitado la India y el Egipto, y volvía á salir para España acompañando á su padre.

---

## RIO DE JANEIRO

Sería prolongar demasiado este escrito entrar en detalles sobre los mil incidentes que precedieron y sucedieron á mis entrevistas con los ministros y el emperador. El señor Carneiro Leao se había interesado muchísimo, y escrito á su gobierno para provocarlas.

A Rio de Janeiro me llegaba el rumor de las cosas que se desenvolvian en Buenos Aires. El general seguía su política de reaccion, Guido había sido nombrado enviado plenipotenciario al Brasil. Guido, el que había provocado la guerra, el enviado de Rosas vencido, volvía á continuar su tarea en nombre de Urquiza vencedor. ¿Qué había entre uno y otro caso? Nada: una guerra.

Irigoyen, enviado á las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis, á confirmar en sus gobiernos á Mallea, Lucero y Benavidez. Mármol enviado á Chile, Mármol desconocido en este pais, Mármol, poeta, escritor. Una carta explicaba esta anomalía: « Su pluma es para Urquiza lo que los « laureles de Milciades para Temístocles, no lo deja dor- « mir. Mármol ha sido nombrado encargado de negocios « en Chile, y el objeto de su mision es cortarle las puntas « de su pluma. Todos sus amigos, y entre ellos López,

« han asegurado al general que usted no lleva el proyecto
« de escribir contra él. El otro dia dijo que le encontraba
« dos defectos: muy aspirante y muy engreído. Despues
« añadió: Yo sé que Sarmiento piensa escribir contra mí;
« pero yo lo he de confundir con mi conducta. »

Parece que esta vez no hallaba que hubiese de chillar en vano la prensa de Chile. Sin embargo, entre aquellos cargos, mas ligeros que infundados, se reconoce cierto aprecio de mis motivos, cierta mesura en los cargos. Confundirme con su conducta era á propósito para hacerme caer la pluma de la mano.

El cargo de engreído es muy paisano para que deje de tener fundamento. El general Urquiza es juez competente en materia de servilismo. En cuanto á ambicion, debe ser muy infeliz la mia que da ciento en la herradura y ninguna en el clavo. Ambicion que principió el año 1829 cerrando una tienda y alistándome soldado; ambicion que en 1836 me hizo sordo á los buenos oficios de Benavidez para obtener en cambio la prision, y la amenaza de muerte, violencias y el destierro; ambicion que me hizo el órgano, el apóstol diez años de las ideas consignadas en las bases del doctor Alberdi; ambicion que cuando todos los escritores argentinos dormian en Chile, me tenía solo en vela contra la tiranía; ambicion que cuando aún no asomaba en el horizonte Urquiza, le ofrecía su concurso para elevarse; ambicion que, apenas declarado contra Rosas, me llevó á su lado como político y como soldado; ambicion que, por una bagatela de conciencia, se cerró el camino á los honores, abierto de par en par para los que, sin ambicion y sin darse tanto trabajo, llegaban á ellos sin mas que ceder á lo que yo me negaba; ambicion que cuando el mal triunfa y los buenos se dividen, se esconde en un oscuro rincon, mientras las carteras pasan por su cabeza enviadas á los que no tienen aquella mala pasion. Ambicion, en fin, que cuando la lucha comienza de nuevo, sale á la palestra defendiendo á Buenos Aires en las provincias, olvidando que son trece contra *uno*, y que la política práctica aconseja estar siempre, no á lo recto y justo, sino á lo conveniente. Fueron ministros Gutiérrez, fuéronlo Alsina, Gorostiaga, López, Peña, Cáceres, Piran, Galan, y embajadores, don Diógenes, Alberdi, Irigoyen, Guido y

otros; y yo, que había hecho todo lo posible para que no me hallase bueno para nada el dispensador de empleos, soy el ambicioso mas *engreido*, y, como tal, el mas inhábil de la tierra. Van veinte años de *fiasco* permanente para esta ambicion tan desaprovechada, y temo que le quedan otros veinte para su eterno escarmiento. De paso la República, la moral, la civilizacion, y hasta los constitucioneros, como diria el general Urquiza, han de, lo espero, recoger algo de las indiscreciones del ambicioso, que no sabe jota de política práctica. Hay, empero, otra cola del perro de Alcibiades que el general no vió: mi vanidad, muy conocida en Chile y muy explotada.

De manera que á esta malhadada é indiscreta ambicion se le puede cantar aquel chistoso versito de la zambacueca:

¿Para qué vas y vienes,
Vienes y vas,
Si otros con andar menos
Consiguen mas?

¿Pensaba yo escribir? Valdría tanto preguntar: ¿Pensaba obrar? Esto dependía de esa misma circunstancia, señalada por el general, de su conducta. Temblaba de extraviarme, exigiendo demasiado, y vacilaba. Quería publicar esta misma campaña, y temía ser asaz severo en el juicio de las cosas y de los hombres.

En una entrevista en Petrópolis con el señor Lamas tocóse este punto, y él me aconsejó aguardar, y, sobre todo, deponer toda acrimonia. Sospecho que él escribió á alguno de los ministros de Urquiza, comunicándole estas disposiciones de ánimo, y creo que aun dió pasos para buscar un acomodamiento. Yo mismo los dí, por medio de mis amigos, sin aventurar nada, sin embargo, sin ceder en lo que á mi dignidad afectaba.

Despues, en presencia de nuevas enormidades de su política, dí contraorden, al tiempo que todos me escribian que era voz general en el ejército y en la ciudad que yo volvía. En el vapor de Mayo tomé mi pasaporte para Buenos Aires, y habiendo en la noche leido todos los diarios venidos de esta ciudad, cambié de resolucion, y me vine á Chile. Tan lejos estaba del cargo de prevencion ni

animosidad. Mi silencio de un año es un seguro garante. Yo no quería extrañarme de la República. Desechado en el período constituyente, podría tener mi lugar en la época mas tranquila de la legislacion.

Pero volvamos á los hechos. Rio de Janeiro y los ministros del Brasil se quedaron frios al saber aquel nombramiento de Guido. ¿Era un insulto? ¿Era una burla? No era ni lo uno ni lo otro. El general Urquiza quería poner en evidencia el personal de Rosas. Embajador al Brasil ó París, era cuestion de nombre. La corte supo por entonces que Urquiza aconsejaba al gobierno de Montevideo ofreciéndole el apoyo de sus armas, rechazar los tratados, en cuya virtud el Brasil había entrado en la liga.

Urquiza, al revocar aquel nombramiento incongruente, dió por motivo que el Brasil no lo aceptaba. No es exacto. Los ministros del Brasil se obstinaron, contra todas las solicitaciones en contra, en recibir á Guido. La razon era sencilla. Los había humillado y hecho sufrir seis años, y querían que volviese á la puerta de los salones de palacio. ¡Es tan dulce la venganza! Creo que el señor Lamas, acaso impulsado por el disgusto de encontrarse de nuevo con el hombre con quien había bregado cuatro años, hasta vencerlo en esos mismos salones; acaso por interes por el general Urquiza, cuyos actos no debían afectarlo por el lado que á nosotros, escribió al ministro Peña en su carácter de amigos antiguos, haciéndole sentir la impertinencia de aquel nombramiento. Una carta particular del señor Lamas, pues, fué la causa única del desnombramiento.

Las provincias de Cuyo se quedaron igualmente lelas con la mision Irigoyen. La eleccion del sujeto era en sí un cartel; no tenía necesidad de hablar. Llegó á Mendoza, estando el señor Segura de gobernador, el mismo á quien Irigoyen había hecho una revolucion para poner á Mallea como mas manejable. Benavidez no sabía lo que pasaba, y se restregaba los ojos y se palpaba para convencerse de que estaba despierto. ¡Aprobado por Urquiza, á quien había declarado traidor, loco, salvaje unitario; y los partidarios de Urquiza en San Juan, á quienes había quitado contribuciones, aprisionado y amenazado degollar, declarados *salvajes* unitarios! Se ha dicho en Chile que estas

medidas eran tomadas para paralizar la oposicion que yo hacía al general. Les alabo la sagacidad. La verdad es que no escribí á nadie en San Juan una palabra desde Buenos Aires, hasta un mes despues de estar de regreso en Chile; y la carta que escribí el 6 de Julio al gobernador Yanci está hoy en poder de Benavidez. Yanci lo ha desafiado á que la publique. Es mi justificacion y un desmentido á los cargos, y se guardará bien de publicarla.

---

## PETRÓPOLIS

Sobre la montaña *Das Orgas*, con un clima dulce en verano, en medio de picos de granito revestidos de vegetacion tupida, en las hondonadas qué los dividen, y á lo largo de calles terraplenadas en los bajos, ó cortadas en los declives, se ha fundado la colonia de Petrópolis, en propiedad del emperador, que la cedió para este ensayo de colonizacion. El camino que de Rio de Janeiro lleva á Petrópolis es pintoresco y variado, atravesando en vapores la bahía, ascendiendo las montañas en vehiculos conducidos por alemanes, por un camino cortado en el flanco, y parapetado por el lado de los precipicios con un balaustre corrido de granito labrado. Esta obra cuesta mas de un millon de pesos, con los terraplenes de la poblacion. El emperador reside en un palacio que aún continúa en construccion, y su residencia sola es un fomento para el progreso de la colonia, que, no obstante la escasez de tierra de labor, prospera y se aumenta. Hay seis hoteles, algunos capaces y cómodos, dos capillas, una católica y otra protestante, tres colegios, y una poblacion de dos mil habitantes alemanes y brasileros.

En Petrópolis encontré al señor Lamas, y dejando á un lado todas aquellas cuestiones en que su posicion oficial le imponía una prudente reserva, nos abandonamos á una eterna trasmision de ideas, de datos, y pasar en reseña los acontecimientos pasados, los detalles de los primeros tiempos de la defensa de Montevideo, de que había sido actor muy prominente, y de aquella epopeya diplomática que había traído por resultado acabar con un estado de guerra crónico, incurable. Hemos hablado veinte dias desde las once del dia á veces hasta las once de la noche, sin que

nuestros tesoros de reminiscencias, ideas generales y vistas y aplicaciones prácticas se agotasen.

He dicho de mis conferencias con el emperador lo mas notable, siéndolo sobre todo la indulgencia con que siempre me acogió, haciéndome comparar no pocas veces aquella afectacion, cuando mas no fuere, de interes con que se dignaba escucharme, y pedirme mi opinion en ciertos puntos prácticos, como colonizacion, etc., y aquella petulancia aturdida con que el general Urquiza esquivó oirme en cosas que, á haberlas examinado con detencion, le habrían ahorrado, si no todos, la mitad de los errores que lo precipitaron.

Á Petrópolis concurrían las gentes elegantes y los extranjeros que huían como yo de la fiebre amarilla. Encontrábase allí $M^{ma}$ Stolz, cantarina célebre que había oído en París, y accidentalmente personajes que venían á visitar al emperador. El general Rivera fué uno de éstos, habiendo solicitado con infatigable instancia este honor. Es una cosa curiosa, á la par que triste, ver á estos caudillos, despojados del poder de que abusaron, en la desnudez natural de su verdadero valer. No sé qué filósofo antiguo, preguntándole cómo se conocería lo que un hombre vale: echadlo á país extraño sin fortuna, decía, y allí lo vereis tal como Dios lo crió! El general Rivera realizaba este pensamiento. Había venido con un amigo mio y díchome éste que el general le había hablado de mí, como que me había conocido en Rio de Janeiro. Cuando me presenté en el almuerzo el general me dijo: creo haberlo conocido en Buenos Aires. No, general, le dije, y á poco me despedí.

Pero encontré allí un personaje mas curioso, mas raro, y de cuya catadura no hay otro ejemplar en la tierra. Un vice almirante de una república, de edad de quince años, y que había merecido tan alto honor desde la edad de trece años. Con este título se había presentado en el Brasil, solicitando entrar en una escuela náutica, de cadete, y empeñado en hacerse uniforme de su rango. Se le hizo sentir lo poco decoroso que sería el aplicarle el guante al señor vice almirante, estando de grande uniforme. En aquella fisonomía infantil se podia estudiar los estragos que hacen estas posiciones altas, á que se elevan muchachos imberbes, y por su capacidad y prendas naturales insignificantes.

Imagínese el orgullo de un niño que habla con la gente grande, que vive libre de toda sujecion, que charla de todo, y se cree el igual de todo el mundo. Sabiendo quien yo era, se me acercó en la mesa, y á poco pudo entablarse un diálogo de este género, principiado por él con tono de hombre que juzga de la altura de su posicion estos pequeños sucesos que alteran la faz de los pueblos. ¿Qué le parece á usted la conducta del general Urquiza? ¿Cree usted que haga algo de bueno? Yo creo que no ha hecho mas que sustituir á Rosas. — Tiene mil dificultades con que luchar; pero aún no hay nada que se oponga á su marcha.—Veo (*esto con un sentimiento de desprecio y de lástima,*) que hay muchas ambiciones en la Confederacion: todos han de querer mandar.—No deja usted de tener razon. Sin embargo, son siempre los que se han elevado por el capricho del acaso los que hallan muy ambiciosos á los que serian dignos de reemplazarlos.—Sí, pero... hablo de las ambiciones despreciables.—Tales para cuales, no suelen ser menos despreciables los que hallan despreciabilísimo el deseo de otros de remediar absurdos que chocan al buen sentido.

El niño estaba en espinas, y bajando poco á poco el tono de suficiencia en que había principiado habló de cosas mas conformes á su edad. Despues, refiriéndose á mí, había dicho: «me parece poca cosa este hombre.»

Creo que he olvidado decir al lector quién era este vice almirante. Era nada menos que el hijo del señor presidente de la República del Paraguay. Su otro hermano, de veinte años ahora, es, de tiempo atras, generalísimo de los ejércitos de su padre, y la república por mar y por tierra está gobernada por estos personajes.

Sin embargo, este joven, educado en el Brasil en medio del espectáculo de una sociedad culta, y bajo un gobierno morigerado en sus actos, llevará á su patria, donde el aislamiento de medio siglo ha hecho olvidar las tradiciones civiles y políticas, hábitos é ideas nuevas que harán desaparecer las prácticas extrañas, absurdas y ruinosas que ha dejado la administracion del doctor Francia. Es un joven entendido.

Cada buque que llega á Rio de Janeiro nos trae la continuacion del drama que yo dejaba representándose en

el Rio de la Plata. Habíase para el 11 de Abril invitado á la poblacion de Buenos Aires á elecciones de diputados, para formar la nueva Sala de Representantes. El gobierno, de acuerdo con el general Urquiza, había hecho una lista, compuesta de ciudadanos muy aceptables, tolerando á Irigoyen, Baldomero y otros que Urquiza introducía. Las listas no eran malas por eso. La parte mas animada de Buenos Aires, por el deseo tan natural de todos los pueblos largamente oprimidos de hacer uso de su libertad, hicieron sus listas, cuatro ó cinco distintas, compuestas de la mayoría de los que entraban en las del gobierno, y, en cambio, de los diez que reputaban de mala ley, los que á cada parcialidad le vino á cuento. La mayoría de la poblacion, empero, los amigos del general Urquiza, es decir, de la contemporizacion, de la paciencia, y los de Alsina, la gente prudente, estaba por la lista del gobierno, como que tenía el apoyo de Alsina, y el de todos los que confiaban en su discrecion. Llega el dia de las elecciones, y el general manda tres mil hombres de tropas de chiripá colorado, con sus jefes á la cabeza, á hacer triunfar, mostrando los cuchillos, las listas del gobierno, que sin eso iban á triunfar. Los ciudadanos que venían á las mesas á votar por la lista de Urquiza, al ver este innoble y cínico descaro, rompieron sus listas y tomaron las otras, y se perdió la votacion por cuatro mil votos en solo la ciudad, no obstante no diferenciarse unas y otras listas sino en diez nombres, de los cuales no había cuatro que fuesen enteramente odiosos.

Este hecho, de una notoriedad que el lector concibe, por la clase de coercion usada, y por los millares de personas que en él tomaban parte, puso el sello á la aversion que las medidas anteriores empezaban á despertar. Dos efectos fatales dejaba desde luego para la política futura del general. Violada así, no diré ya la eleccion popular, único recurso que los ciudadanos tenían para morigerar las pasiones del vencedor, sino el velo de pudor con que la coercion se disimula siempre, difundióse un sentimiento invencible de desconfianza, ó, mas bien, la evidencia de las miras violentas del general, y su desprecio de la opinion y de las formas gubernativas. El convenio futuro de San Nicolas, el Congreso, la Constitucion que

debia emanar de sus discusiones, la ejecucion de esa Constitucion, confiada inevitablemente al general Urquiza, todo quedaba de antemano irrevocablemente condenado en la opinion.

Pero no era esto lo peor, sino que habiendo sido vencido el general, no obstante el odioso cinismo de sus medios, el pueblo de Buenos Aires, lejos de abatirse en presencia de la fuerza, empezó á analizarla y á sentir que podía ser vencida, dislocada, y desmoralizada por el uso frecuente de estas resistencias civiles, pero enérgicas, que tienen su rebote sobre los jefes mismos del ejército, que se sienten envilecidos con el uso á que sus armas son destinadas. La mitad de los oficiales tomaron parte en favor del pueblo: los otros se contuvieron en los límites de un deber impuesto; y cuando la prensa, en aquel sistema hipócrita usado en toda la República de condenar la violencia elogiando al autor de ella, dijo que los jefes del ejército eran los únicos responsables del acto, estos jefes que se sabían, como los sabía el público, inocentes, y sólo victimas expiatorias inmoladas á la vindicta pública, deploraban en silencio su triste papel, y verbalmente justificaban sus actos, haciendo conocer la evidencia. La sesion de Junio estaba, pues, preparada desde entonces. El 11 de Setiembre no se haría esperar, pues uno y otro hecho no son mas que consecuencias.

«La Providencia, decian en cartas de Buenos Aires, guía los pasos de este hombre; lo que los pueblos son incapaces de hacer por la libertad, él lo hace».

En la provincia de Córdoba se llevó á cabo el convenio hecho en los Cerrillos. El hijo sucedió al padre en el gobierno. La desesperacion de Córdoba había llegado á su colmo. Mandáronle una diputacion al general para hacerle sentir lo odioso de aquel traspaso de la provincia de un tirano caduco á uno joven, de aquella dinastía que había principiado en 1835 é iba á continuar indefinidamente. El general dijo que él dejaba á los pueblos en libertad de obrar; que él sostenía las leyes y los gobiernos legales y la voluntad de los pueblos, etc., y todas esas frases sin sentido fijo para él; pero que para los que sufrían tenían el que sus deseos les inclinaban á darle.

Los vecinos de Córdoba se resolvieron á deponer á sus caudillos de veinte años.

Reunida la Sala en Buenos Aires, por su primordial funcion, segun la ley y la práctica constante de la provincia, debía proceder á la eleccion de gobernador propietario.

Este es el caso de corregir un error que se hace prevalecer fuera de la República por hombres que no han vivido en ella, ó tienen necesidad de suponer el vacío, para que su política de amaños sea admisible. Dícese que no hay constitucion escrita en las provincias. Esto es cierto; pero no es menos cierto que hay una práctica, una escuela invariable, constante, en todas ellas, que ni en tiempo de Rosas ha sido violada. Las atribuciones de la Sala, la responsabilidad de los ministros, la ley electoral, la dependencia del ejecutivo, todas estas formas constitucionales están en práctica. Rosas ha sido el mas escrupuloso observante de las formas, lo que dió á su gobierno esa pretension de *legalidad* que él creía intachable, aunque la *ilegitimidad* fuese chocante. Ningun poder nuevo podía, pues, violar esas formas, que son las de todos los países constituídos. La Inglaterra no tiene constitucion escrita; pero la práctica constitucional es tan severa que pasa ante las otras naciones como el tipo y el modelo del gobierno constitucional.

El general Urquiza convidó al gobierno provisorio á un almuerzo en Caseros, que, supongo, debía estar ya despejado de los restos humanos, pero no borradas las manchas de sangre. Lafontaine ha hablado en sus fábulas de estas reuniones de animales pacíficos, provocadas por el leon en su cueva, y viendo los huesos de sus hermanos. El general Virasoro brindó diciendo que los federales eran valientes y los anarquistas cobardes. ¿Quiénes eran los federales, los caudillos de Rosas, todavía gobernando? ¿Quiénes los anarquistas? Hasta ese momento una sola protesta no se había manifestado contra los hechos dominantes. ¿Y cómo probar que todos los valientes eran federales? ¿Y de dónde sacaba aquella idea de que los anarquistas son cobardes, cuando suele ser lo contrario en todas partes? ¿Esta era la *fusion?*

Pero el ultraje de estas palabras iba á Alsina y á López, ministros que estaban presentes, y al pueblo de Buenos

Aires, que había ganado las elecciones. Alsina y Gorostiaga proclamaron en un brindis, en contestacion á esta buena majadería, la presidencia del general Urquiza. El general contestó indicando que el anciano López debía ser el gobernador propietario de Buenos Aires, por estas razones ó las otras, pero porque ese era *el voto del ejército*. Así, pues, se escogía la altura histórica de Caseros para anunciar la candidatura del representante de la fuerza. Esto no es absurdo en política. El poder de las armas es un título valedero; pero aquel *voto del ejército*, expresado por Urquiza en presencia de la Junta de Representantes, elegida por el pueblo, contra el *voto del ejército de línea*, era de una grosería, de un descaro de que Rosas no había dado ejemplo. ¿Y qué iba á ser de esa constitucion y de esa voluntad pública cuando fuese presidente? ¿No opondría siempre el *voto del ejército* á la voluntad nacional? ¿No se le había visto ya imponer la *cinta* contra la voluntad expresa del pueblo en masa, manifestada por los actos mas solemnes, mas inequívocos?

La Sala se reunió, pues, ¿y qué iba á hacer? La expresion de su voluntad, de su conciencia, ya estaba subrogada por la voluntad del general Urquiza. No elegir al anciano López era dejar desairado aquel amor propio indisciplinado, aquella petulancia sin reposo, que atropellaba todo sin necesidad, poniendo á cada instante, por bagatelas, en el disparador á todos los hombres.

Tratóse en la Sala de la renuncia del obispo de Aulon, y el diputado Albarracin se opuso á su admision, diciendo que no sabían las *tribulaciones* que la Providencia deparaba para en adelante á la Sala, y que se conservase en su seno al obispo, que en tiempo de Rosas había mostrado entereza y dignidad. Llegado el momento de la eleccion del gobernador, el doctor Sagui dijo que votaba por el anciano López, no por la sugestion del *Progreso*, sino porque era esa su voluntad. El diputado quería, al menos, protestar contra la vergüenza de nombrar al que les había *ordenado* el brindis de Caseros. Pero el público caía en una preocupacion fatal; y era la similitud, la continuacion del papel deshonroso que Rosas había hecho hacer á la Junta de Representantes, en todas sus farsas

de *legalidad*, agravada ahora con la grosería y la publicidad de los medios de coercion.

Creo que el señor Sagui necesitó todavía justificarse por la prensa de su reserva, revelando que se había hecho correr el rumor de que mientras la Sala deliberaba se habían amunicionado las tropas de Palermo. El informante del hecho lo atribuía á los enemigos de Urquiza, como se había atribuido á sus coroneles el desacato de rodear las mesas electorales de soldados con cuchillos; pero Buenos Aires sabía á qué atenerse á este respecto, y nadie se hacía ilusion sobre el origen y la verdad del rumor. ¿Qué quería, pues, el general? Estaba propuesto y aceptado presidente de la República: toda otra candidatura, á mas de imposible, no era ni soñada entonces. ¿Cómo iba á gobernar? ¿Quería tambien que no hubiese otra voluntad, otro poder que lo que él llamaba el *voto del ejército* en las cuestiones provinciales, administrativas, que habían de concurrir á la confeccion y ejecucion de las leyes? ¿Iba á reproducirse en toda la República su gobierno de Entre Rios por compañías de comercio con los jefes, por la impulsion única de su voluntad?

Agravaban estas preocupaciones su manera de pedir fondos. Las órdenes llovían sobre el tesoro nacional; millones en pos de millones salían por mes, sin otro presupuesto que la ordencita, de palabra ó por escrito, de entregar tal cantidad. Rosas tenía una contaduría esmerada; el ejército pasaba revista de comisario, y la inversion de las rentas se hacía en presencia de las listas de los cuerpos y se verificaban por la alta y la baja del mes anterior. Ahora no habiendo listas en el ejército de Urquiza, no habiendo revista, él pedía dinero y ganados, á ojo de buen varon: mas bien que sobre y no que falte, y el gobierno de Buenos Aires, abrumadas las cajas de pedidos, en cuya inversion sólo el general intervenía, no sabía ni con qué pagar á sus ordenanzas.

Un hecho, ó mas bien una serie de hechos, tenían lugar, mientras tanto, en la ciudad, que traía reminiscencias terribles, pero siempre con agravacion de circunstancias. Ya hemos visto la queja de las señoras: « en tiempo de Rosas no nos ponían cadáveres colgados en los sauces del

paseo en Palermo;» la de los ciudadanos era: «en tiempo de Rosas no se intimaba á la Sala públicamente á quien debía nombrar, pues Rosas lo hacía todo por medio de renuncias.» Rosas era y será siempre el tipo del mal, de la iniquidad y de la violencia. Para Buenos Aires era el grado cero del termómetro con que medía los actos de Urquiza, que estaban mucho mas abajo.

Una noche de esas, un joven aleman, profesor de música, es asaltado en las calles de Buenos Aires por seis soldados armados: se les escapa, lo persiguen, lo toman, brega, da gritos, lo estropean por amarrarlo y ceñirle un pañuelo á la garganta, acude gente, y logra escaparse. La alarma se esparció, como era natural, en Buenos Aires, y entonces decían los ciudadanos aturdidos: ¡Esto solo faltaba! ¡Tenemos ya la mazorca! *Dos extranjeros* firmaron un comunicado en la prensa refiriendo el hecho. *Dos extranjeros*, parecía decir, como en tiempo de Rosas, ¡para los nacionales no hay garantías! Los extranjeros se presentaron á la policía, y no pudieron hallar en cinco veces consecutivas al señor Guerrico. Los oficiales de policía les decían: maten ustedes á quienes los asalten, y los extranjeros replicaban: dennos por escrito esa declaracion; pero pedimos justicia regular, averiguacion del hecho. —¿Y qué quieren ustedes que se haga?—Que nos tomen declaracion escrita de nuestros dichos, y que se proceda á la averiguacion del crimen. La policía tuvo que aceptar por fuerza la deposicion; pero una vez hecha, los extranjeros dijeron: Falta una circunstancia: nuestras firmas al pie, y se les permitió firmar.

Mientras se seguían estas tramitaciones la policía tuvo aviso en la noche siguiente, á las once, que un sereno había sido asaltado por otros seis hombres armados; los vecinos acudieron de todas partes, y cogieron á los soldados y los trajeron á la policía. Esta vez no habia escapatoria; fué preciso interrogarlos. ¿Cómo han salido ustedes de sus campamentos á esta hora desusada de la noche? —En comision. —¿En qué comision? — En una comision. Estaban en esto cuando el pito de los serenos da la alarma por otra parte, acuden los vecinos armados de trancas, pistolas, cierran las calles y cogen otros seis soldados, que, llevados á la policía, declaran andar en

comision. La policía pasó parte al gobierno, el parte se publicó, y toda indagacion quedó ahí por este lado; pero no así de parte de los dos *extranjeros*, que prosiguieron con calor su demanda; hasta que les indicaron el jefe del cuerpo á que pertenecían los agresores. Era el coronel Pasos, el comandante de policía de Gualeguaychú, donde lo había conocido yo, el favorito del general Urquiza. El coronel Pasos respondió á la demanda diciendo. ¿Qué quieren ustedes, señores, estos soldados son muy brutos! —Pero, señor, ¿qué andaban haciendo soldados tan brutos á las doce de la noche en Buenos Aires? — En una comision.—¿Pero para qué comisiona soldados tan *brutos*?...

La alarma era tal que los diarios publicaban en los dias subsiguientes: El pueblo está alerta. Anoche, habiéndose oido una detonacion, los ciudadanos, las patrullas, los serenos acudieron de todas partes. Afortunadamente era un niño que había disparado un cohete.

Los comunicados de la prensa dejaron bien transparente el origen de aquella tentativa abortada de establecer una mazorca entrerriana, con tercerola y sable, con el uniforme del ejército. El autor de todos estos amaños, ya impotentes, pues Rosas mismo había desde 1845 adelante negado que hubiese habido jamas tal mazorca, se olvidaba, sin embargo, que ese ejército no se componía todo de entrerrianos, que la fuerza de línea era porteña, y que la generalidad de los jefes eran *salvajes unitarios*, poco dispuestos á dar el *voto del ejército* por regla de conducta á los representantes del pueblo.

En este estado de la opinion se manda á las provincias la circular de convocacion á los gobernadores de Rosas, para echar las bases de la reunion de un congreso. Desde luego era chocante, inmoral, impopular reunir á los mismos que habían sostenido la tiranía y apoyádola contra Urquiza mismo, para dictar las bases de una constitucion; pero había, ademas, aquella desnudez de todo velo, de todo recato, aquel abuso de las formas de que el general daba á cada paso tan tristes y groseras muestras.

Nunca se había visto una reunion de gobernadores para tratar materias constitucionales. Cuando Rivadavia, en ausencia de don Martín Rodríguez, gobernador de Buenos Aires, invitó á los gobiernos á tratar de constituir la Repú-

blica, les dirigió una nota, para que, sometido el asunto á la deliberacion de las juntas provinciales, resolviesen lo conveniente, mandándola con el dean Zabaleta á fin de apoyar, con el prestigio de su nombre, medida de tanta consecuencia. El general Las Heras, que iba al alto Perú, enviado cerca de los jefes del ejército español para tratar un arreglo, recibió tambien el encargo oficial de obrar en el mismos sentido en las provincias de su tránsito, y ponerse de acuerdo con el venerable Dean. Cuando se celebró el pacto litoral de 1831 se reunieron en Santa Fe enviados de los gobiernos, y se estipuló la reunion de una comision gubernativa, formada de *diputados*; pero no se tuvo la desfachatez de reunirse los caudillos en persona, porque hasta entonces, y durante la administracion de Rosas, habia el pudor de las formas, aunque hubiese el cinismo de la realidad que encubrian, que era el antojo de los caudillos irresponsables.

Alguien le hizo comprender al general Urquiza, despues de expedida y mandada la circular, que los gobernadores, por las constituciones de todas las provincias, no podian estipular nada valedero, pues eran las juntas quienes en todo tiempo, y aun bajo la tiranía de Rosas, daban consistencia de ley á lo que se quería. Que el general ignoraba este hecho ó lo había olvidado en su *práctica* de diez años en Entre Rios, consta del tenor de la circular misma, y de la posdata de otra circular de ocho dias despues destinada á remediar aquel olvido. La circular-alcance se expidió, pues, pidiendo á las juntas que autorizasen con carta blanca á sus gobernadores para estipular lo que aquellos seides de Rosas, endurecidos en el abuso de la autoridad por dieciseis años de absolutismo provincial, y habituados á recibir ciegamente la inspiracion ajena, hubieren de acordar.

Sin embargo, por una anomalía bien significativa, esta circular segunda, expedida en Buenos Aires, firmada por sus ministros, no se notificó á la Junta de Representantes de aquella ciudad, donde las formas constitucionales eran mas arraigadas, puesto que Rosas se había hecho autorizar para todo, hasta para exterminar á sus enemigos, por la Sala de Representantes. Creo que si la Sala hubiese sido consultada, habria dado la autorizacion requerida, pues



jamas debió ocurrirle que se iba á violar la ley en que reposaban todos los congresos del mundo, á saber: la representacion de la poblacion, acordada por leyes vigentes, practicada sin disputa ni alteracion, desde 1810, en todos los congresos reunidos. Todo lo demas lo habría aceptado, pues el poder que, por el convenio de San Nicolas, se trataba de legalizar era el mismo que existía de hecho, y á cuyo sosten concurría Buenos Aires con todos sus medios, aun dejándole tomar ingerencia en los negocios internos de la provincia, nombrar empleados, ó proponerlos, y disponer de las rentas de aduana y las demas exclusivas de la provincia, etc., etc. ¿Para qué, pues, esta violacion inútil de la misma violacion de las prácticas recibidas que imponía á las provincias? ¿Era, acaso, una muestra de respeto á aquella legislatura? ¿Y por qué no tenía ese mismo respeto por las de las provincias, á quienes forzaba á sancionar á fardo cerrado lo que sus *odiados* caudillos estipulasen? Pero otro era el origen de esta aberracion. Si daba este paso en Buenos Aires, la Sala habia de discutir, y en la discusion podrían indicarse bases, límites á esa autorizacion á su gobernador; y esto podía ilustrar á las juntas de las otras provincias, y malograrse el golpe.

La convocacion fué expedida el 8 de Abril, y los gobernadores debían estar reunidos el 20 de Mayo. A Salta y Jujuy hay cuatrocientas leguas de distancia, y en cuarenta dias debía llegarles la noticia, presentar á las juntas la misiva, discutir éstas, aprobar, y salir los gobernadores. A Mendoza llegó la convocatoria en la tarde, la Junta se reunió en la noche, y al dia siguiente salió á escape el gobernador. Consta de los diarios. A Salta y Jujuy llegó, como era de esperarse, tarde la misiva, y sus gobernadores no tuvieron tiempo de concurrir. La Junta de San Juan no quiso autorizar á Benavidez y mandó la autorizacion á Urquiza: el gobernador de Catamarca tuvo cortedad de concurrir, é hizo lo mismo. En fin, sólo diez gobernadores se reunieron, de los cuales dos eran jefes del ejército acampado en Palermo; y el de Buenos Aires no estaba autorizado por la Junta para tratar. El general no se paraba en nada en su prisa de arribar á su objeto; pero mientras tanto, las provincias de San Juan, Corrientes, Tucuman, deponían á los representantes de su voluntad

en San Nicolas, de manera que de los caudillos de Rosas sólo Lucero, de San Luis, y el mismo general Urquiza quedaban sin deponer en medio del coro universal de vivas al general Urquiza, de autorizaciones al general Urquiza, de aprobaciones del Pacto de San Nicolas.

Estos incidentes eran fatales para la duracion de la constitucion. Aunque Buenos Aires hubiese aprobado el pacto, ¿quién responde de que, pasadas las circunstancias apremiantes en que cerraban los ojos á estas inconsistencias, un año despues, dos, cuatro años mas tarde, esos gobernadores, esas Juntas de Representantes, esos pueblos no consultados, no habrian puesto de nuevo en cuestion la base de arena en que la constitucion se fundaba?

En política se admite como valedero el hecho consumado; pero para que este hecho se repute tal es preciso que obtenga la sancion del tiempo. La carta otorgada á la Francia por Luis XVIII, por esta sola palabra *otorgada*, estuvo en cuestion dieciseis años, hasta que con la carta cayó la dinastía.

Me permitiré hacer notar que no soy el publicista á quien pueda hacérsele el reproche de exigente en nombre de una política *práctica*, que se supone que yo no respeto demasiado. Este cargo está desmentido por toda mi vida pública en Chile. No he hecho la oposicion, sino que he sostenido al gobierno, reconociendo, explicando hechos de dudoso y cuestionable carácter, como fundamento de hecho de las instituciones actuales, por ser aquellos hechos *consumados*. Mi conducta en los negocios actuales de la República Argentina, mientras nadie ponia en duda la autoridad del general Urquiza, muestra ese mismo respeto por el hecho absurdo, ilegítimo, esperando que aún de esas incongruencias podía salir un orden de cosas regular. Si no lo esperaba, al menos no oponía obstáculos. Pero cuando el hecho no se *consuma*, cuando una fraccion poderosa de la República protesta armada contra aquella serie inaudita de desaciertos y de ilegitimidades, entonces todo ciudadano recobra el derecho de trabajar para acabar con la existencia del mal que toleraba, y fortalecer los buenos principios hollados, y que era el objeto de la lucha hacer triunfar. Esto explicará, á los que lo han preguntado, el por qué no he dicho nada en los meses trascurridos hasta la re-

volucion del ejército de Urquiza sobre la nulidad del pacto de San Nicolas.

Hay algo mas curioso que notar, y es que, habiéndome abstenido de poner óbices á su legitimidad, despues de consumado lo había rechazado antes de haber sido hecho. Esto, que parece una paradoja, está consignado en documentos. Por el vapor de 14 de Mayo remití al doctor Alsina un proyecto de rechazo del futuro convenio de San Nicolas, encabezado así: « La Honorable Junta de Re-« presentantes de Buenos Aires, en uso de las facultades « ordinarias y extraordinarias que inviste, teniendo á la « vista el pacto celebrado en San Nicolas, etc., y conside-« rando, etc. »

Dados los antecedentes de la convocacion, los actores en el drama, las ideas y los fines para mí conocidos del general Urquiza: ¿qué iba á faltar á ese convenio? Legitimidad. ¿Qué iba á faltar al Congreso? Seguridad. ¿Qué iba á faltar á Buenos Aires? Libertad. ¿De dónde podía venirle el remedio? De la evidencia misma en que se pusiese la coaccion. Guiado por estas ideas, yo aconsejaba al ministro entonces del interior proponer se rechazase el convenio, y para que Buenos Aires pudiese dar garantías á las provincias de la sanidad de sus miras.

Proponer y ofrecer la garantía del Uruguay, Brasil, Estados Unidos y Chile, de que pondría á disposicion del Congreso las rentas nacionales y se sometería á todas sus disposiciones; pero protestando no enviar diputados al Congreso mientras las provincias permanecieren bajo la dominacion de los caudillos, y mientras estacionasen en Buenos Aires tropas que no obedeciesen inmediatamente á las autoridades de la provincia. Allanados estos dos obstáculos á la expresion libre de la voluntad nacional en todas las provincias, el Congreso se reuniría en un punto á su eleccion, del litoral de los rios, que no fuese Buenos Aires.—Dicho punto sería declarado territorio del Congreso, diez leguas á la redonda.—El Congreso nombraría las autoridades civiles; ningun gobernador, jefe militar ú otro empleado de provincia podría penetrar en este territorio —Un buque de guerra de cada una ó de algunas de las naciones garantes estacionaría en el lugar del Congreso, y sus tropas, á pedido del mismo, servirían de guardia de

honor de sus sesiones—El Congreso tendría prensa, estenógrafos y posta á su disposicion; el Congreso comunicaría directamente con las Juntas de Representantes de las provincias.

El remedio era heroico, pero iba derecho á la fuente del mal. El general Urquiza se fué á instalar el Congreso, con su escolta, á Santa Fe, y no contento con eso se lo llevó á su cueva de Entre Rios. Todavía lo desafío, que añada este codicilo al Pacto de San Nicolas, y veremos si se constituye libremente la República. El doctor Alsina debe conservar entre sus papeles el original de que doy un simple extracto.

Los objetos de la convocacion de los gobernadores en San Nicolas fueron discutidos en una reunion que al objeto se tuvo en Palermo y á la cual asistió el doctor Alsina. Copio las palabras de su carta, comunicándome con fecha 29 de Mayo ese y otros detalles: «Se anunció que se ocu-« paria de medidas (entre ellas la de capitalizacion) que « eran leyes competentes sólo á un congreso; se com-« batió este desacierto, y el general se prestó. Se convino « en que sólo debían ocuparse de lo concerniente á la « pronta reunion de un congreso general, es decir, del « cuánto y del dónde debía éste reunirse, y de la base « de la representacion que yo propuse fuese la del último « congreso, un diputado por siete mil quinientas almas, « y se adoptó, y del viático y dietas. ¿Se ceñirán allá á « ello sólo? Dúdolo. Lo veremos.»

Como se sabe, otra cosa fué la materia de las conferencias de San Nicolas. No se fijó ni viático ni dietas, dejándolo al arbitrio del general: se dieron dos diputados por provincia, y una dictadura real al general Urquiza, que no hizo mas que sublevar resistencias, en proporcion de los temores que inspiraba aquella inútil y extemporánea absorcion del poder.

---

## LAS PROVINCIAS

Despues de dos meses de residencia en el Brasil, ya en Rio de Janeiro, ya en Petrópolis, resolví, casi á la víspera de regresar á Buenos Aires, partir para Chile en el *Bogotá*, y despues de veinte dias de navegacion, atra-

vesando el Estrecho de Magallanes, llegué á Valparaíso el 10 de Junio. A propósito del estrecho, tuve en Buenos Aires varias conferencias sobre la cuestion suscitada por Rosas sobre su posesion. A consecuencia de la defensa de los derechos de Chile que emprendí en la *Crónica*, Rosas había encargado á Angelis estudiar la cuestion y presentó éste una memoria en que, mas que de esclarecer el derecho, se trataba de concitar contra Chile prevenciones, atribuyéndole un sistema constante de robo de ganado, estimulando las invasiones de indios. Rosas mismo sintió la inconsistencia de aquella diatriba contra Chile, y encargó al doctor Vélez un trabajo mas serio y mas fundado, en el que el doctor creyó dejar esclarecido el derecho, y de que, por orden de Rosas, se sacaron ocho copias. Cuando Urquiza supo lo ocurrido, acaso para motivar la embajada de Mármol, hizo publicar, por la prensa, la memoria de Angelis, mas agresiva, y no la de Vélez, mas fundada.

A mi llegada á Valparaíso era mi ánimo pasar incontinenti á Santiago á descansar de las fatigas de ocho meses, en que no estuve estacionario en lugar alguno quince dias; pero encontrando allí á mi familia tuve que permanecer cuatro ó cinco, y hablar de lo pasado con los señores Lamarca, Beeche, Sarratea, Alberdi y Villanueva. Díjeles lo que juzgaba, encontré los espíritus mal preparados á sentir los temores que yo abrigaba, acaso por el laudable deseo de mejor; no insistí sino provocado; convinieron algunos en mi manera de ver, y los demas quedaron persuadidos de que motivos personales me hacían mirar las cosas bajo un aspecto desfavorable. Llegado á Santiago ví á pocas personas, al general Las Heras en la calle, al doctor Ocampo cuatro meses despues de mi arribo, y á mis amigos de Copiapó rogué que me evitasen el desagrado de entrar en detalles sobre lo que habia presenciado. A San Juan escribí al gobernador Yanci el 6 de Julio, dándole algunos consejos de prudencia y de buen gobierno, anunciándole que era mi ánimo no tomar parte en las cuestiones actuales, señalándole el camino que debía seguir en caso de conflicto, y pidiéndole no me nombrasen diputado al Congreso, á cuyo fin mandé al doctor Rawson una declaracion para dar á la

prensa, fundando mi abstencion en motivos personales; pero mostrándoles mi conviccion de que la República se constituiría bajo los auspicios del general Urquiza. Yanci y Rawson me han contestado despues holgándose de haber obrado en el sentido que les indicaba, como si hubiese yo adivinado los hechos.

Desde Chile podía contemplar el espectáculo de las provincias, y el reverso de la medalla de los actos que había visto prepararse en Palermo, y que motivaron mi separacion. La conservacion de los caudillos de Rosas y la cinta colorada eran la base de la política de Urquiza. Si alguna duda quedare á este respecto, no se olvide que todavía en Julio entregaba, en Buenos Aires, las oficinas públicas, los departamentos de campaña y la guardia nacional á los jefes de Rosas, y que Peña, al anunciar en Setiembre á los gobiernos del interior su intento de ir á castigar ejemplarmente á Buenos Aires, anunciaba contar con el general Flores, el coronel Bustos, y el coronel Lagos, con sus fuerzas de campaña.

Irigoyen había, de paso por San Luis, confirmado á Lucero, depuesto á Mallea, y en Mendoza desaprobó, en conferencia con el nuevo gobernador, en nombre de Urquiza, el movimiento efectuado, requiriendo en vano una entrevista con el gobernador actual, sin presencia de su ministro. Su orden de restablecer la cinta colorada fué rechazada, y no ha sido hasta hoy obedecida. Confirmó á Benavidez, pero la Sala mandó que se abandonase la cinta colorada, y cuando Benavidez se ausentó lo depusieron contra la voluntad expresa del general Urquiza, comunicada por una mision especial, enviada al efecto.

Córdoba depuso al delegado que en el pacto verbal de Cerrillos y la Cañada de Cabral había sido aceptado por Urquiza, y el nuevo gobernador no asistió al Congreso de San Nicolas, tanto era el recelo que le inspiraba el haber contrariado á Urquiza.

Corrientes depuso al mayor general del Ejército Grande, y este hecho lo dice todo.

Jujuy depuso á su gobernador, y el fiscal de estado pidió su condena á muerte, fundada en una exposicion de sus delitos.

Urquiza, por medio de don Adeodato Gondra, enviado á Buenos Aires á confirmar á Rosas jefe supremo de la República contra Urquiza, y ahora diputado al Congreso de Urquiza á propuesta suya, aplaudió oficialmente el asesinato del coronel Alvarez, que, en apoyo de Urquiza, había invadido la provincia de Tucuman. Gutiérrez uniformó su política con la de Urquiza; y la Sala de Representantes lo depuso así que se ausentó.

Con motivo de la aprobacion dada por el general á la ejecucion del coronel Alvarez, escribí desde Rio de Janeiro, para *Los Debates*, lo siguiente:

«Crisóstomo Alvarez ha muerto mártir de la libertad. ¡Que el éxito desgraciado no sea el paño mortuorio que sepulte su nombre! Usted es testigo de cuánto lo aguardamos para que se viniese con nosotros. No habiéndonos alcanzado á la partida de la *Médicis*, quedó allí para continuar la obra interrumpida. Cuando Benavidez faltó á sus antecedentes en San Juan, cuando Saravia se alzó con el poder, cuando el gobernador de Córdoba propuso el nombramiento de jefe supremo dado á Rosas, en lugar de retirarle el encargo de las relaciones exteriores, el *casus belli*, indicado por Albarracin en nombre del general Urquiza, había llegado. Cuando, despues de ocupada la Banda Oriental y deshecho el ejército de Rosas, no quedaba pretexto de miedo, y la seguridad positiva de pasar el Ejército Grande el Paraná dejaba libertad de expresar el pensamiento secreto, los gobernadores citados insistieron en su silencio y adhesion á Rosas. No había, pues, motivo de prudencia que estorbase á todo patriota tomar las armas y ayudar á la caida de la tiranía, en Buenos Aires ó en las provincias. ¿Qué, ignoraban los gobernantes aquellos los principios que proclamaba el general Urquiza, y los medios de que disponía para hacerlos triunfar?

«Juan Crisóstomo Alvarez, el valiente malogrado, ha partido de Chile, equipado, armado por los amigos del general Urquiza, en defensa y en ayuda de su causa; pues las provincias y sus hijos querían tambien para sí la libertad que se ha dado á Buenos Aires. Aquí fuimos felices, allá desgraciados; esta es la sola diferencia! Pero que no se calumnien ni los motivos ni la memoria de los patriotas. Crisóstomo Alvarez no llevaba miras *personales*,

esta es una calumnia lanzada sobre el cadáver de un mártir. La carta de Crisóstomo Alvarez, que publico *ad memorandum*, las de Aberastain, Sarratea, Tejedor, prueban lo contrario; y la de Albarracin acredita que estaba autorizado para hablar en nombre del general Urquiza, á cuya causa y triunfo coadyuvaba.

«Crisóstomo Alvarez proponía al gobernador de Tucuman ponerse á sus órdenes si desconocía la autoridad de Rosas y escuchaba al pueblo en una eleccion legal. ¿Qué contesta el gobernador? Que deponga las armas, y se entregue maniatado con su gente. ¿A qué hombre que tenga sangre en la cara se le hacen tales proposiciones? ¿Y en qué se funda para no admitir las racionales y prudentes de Alvarez? ¿En que el general Urquiza le ha escrito una circular, y no le ha dicho que Alvarez debia presentarse en su provincia? ¿Contestó el gobernador á esa circular, como no había contestado á la del 1º de Mayo, sino con mandar agentes á Rosas, y nombrarlo jefe supremo? Sí contestó; ¿pero dos hombres que mandó con la contestacion, (dos paisanos, soldados, oficiales, ciudadanos ó ministros) dos hombres que no tienen nombre, que no están en Tucuman, que no se han perdido, que *ahora* y sólo ahora sabe, que, el uno por cobardía y el otro por enfermedad, no llegaron con la carta al general Urquiza y están en Santiago? Para rogar á Rosas que admitiese el cargo de jefe supremo de la República hubo un ministro que fuese en persona á llevar la mision, y ahora para adherir *tardía* y maquiavélicamente á la invitacion segunda del general Urquiza, hecha desde el Rosario, al frente de treinta mil hombres, ¿no hubo sino un peon cobarde y otro enfermo para mandarle el anuncio? ¡Oh! bueno es que haya sido fusilado el valiente soldado Alvarez. Para el que muere por la patria el mismo tamaño tienen las balas del combate que busca que las del banquillo en que lo sientan sus verdugos; pero al menos que se respete el buen sentido de los que le sobreviven, y con las manos tintas en nuestra propia sangre no vengan á hacernos comulgar con ruedas de carreta, dando justificaciones mentirosas por actos horribles. ¿Por qué no esperó el gobernador de Tucuman, que habia recibido cartas del general Urquiza del 10 de Enero, para

fusilar al coronel Alvarez y sus compañeros, á que transcurriesen los dias que faltaban hasta el 3 de Febrero que no podía tardar? Es que los malos antecedentes de Alvarez le estimulaban. ¿Cuáles eran esos malos antecedentes? Que había servido en 1841 á las órdenes de su tio el general La Madrid, que iba ahora al lado del general Urquiza en la vanguardia del Ejército Grande. ¿Y los antecedentes del gobernador cuáles son? Al servicio del mismo general recibió dos mil pesos que le mandó Ibarra, por conducto de persona que vive en Tucúman, y mediante dos mil pesos, contados peso sobre peso, y recibidos del jefe de otra provincia que invadía á su patria, hizo la revolucion á espaldas de su jefe y se apoderó del gobierno de su provincia. ¡No! ¡no calumnien la memoria de los muertos. Santibañez, Crisóstomo Alvarez no piden ya sangre! Piden sólo que cese el escándalo de esos profundos y criminales egoístas que, habiendo traicionado al general Urquiza, y á los intereses federales de su provincia, vendidos en cuerpo y alma á Rosas, vienen, despues de la victoria, enseñando las manos llenas de sangre, de los amigos nuestros, á pedir un premio mas por su falsía y sus vicios. Soy provinciano, amigo, y me duelo de la suerte de las provincias del interior, que, por recompensa de su martirio de quince años, bajo la férula de los que las entregaron maniatadas al poder de Rosas, se las deja en poder de esos mismos hombres, sin esperanza, sino en las revueltas, de verlos retirarse á sus casas á gozar del perdon que por sus extravíos pasados se les ofrece.

«El señor Gutiérrez es un hipócrita que pide ahora uniformar su política con la del que triunfó, como habría injuriado, calumniado y escupido la memoria y el cadáver mismo del general Urquiza si hubiese sido tan desgraciado como Alvarez, el héroe que, viéndose traicionado por los jefes que había tomado prisioneros, siguiendo el mismo plan del general Urquiza, y que fué tan fatal á Aquino, se arroja á la muerte con un puñado de hombres, y vencido por el número, pero respetado por las lanzas, halla un cadalso en su propia provincia, haciéndosele un crimen el que hubiese arrebatado á Saravia las armas que traía para sostener su declaracion del 16 de Junio contra el general Urquiza. ¡Este es un crimen que

se le denuncia al mismo general Urquiza como muestra de adhesion! ¡Quién pudiera hacer que no se diesen á luz tantas porquerías, que aparecen como actos oficiales, en que la necesidad y el crimen, la falta de sentido comun y la carencia de nociones de justicia, están expuestas á la contemplacion de los que tales documentos leen con un candor y una inocencia que asombran! ¿Qué diferencia encuentra usted entre la nota que Saravia pasó á Rosas, anunciándole haber fusilado al coronel Santibañez, y la de Gutiérrez al anunciar al general Urquiza que ha fusilado al coronel Alvarez? Los motivos son los mismos, los pretextos iguales, y la causa idéntica, que trabajaban las víctimas por ayudar al general Urquiza en su empresa».

En Salta, Saravia no esperó el perdon anunciado por Urquiza. El general Heredia fué á verme en Buenos Aires para proponerme que Saravia, renunciando, quedase en su casa. Yo le hice sentir lo que había de inmoral en esta impunidad para el que había traicionado al general Urquiza, proponiéndole que le asegurasen sus bienes, y se ausentase por un año. Gondra solicitó, por medio de su hijo, verme, y quedé en señalarle dia, lo que mi repentina ausencia estorbó.

Sólo quedaron, pues, incólumes en el interior los gobernadores de San Luis ([1]), La Rioja y Catamarca, donde no hay ciudades populosas. Pero éstos tuvieron luego un rol que desempeñar. Al de San Luis y al de La Rioja se les encomendó restablecer á Benavidez en San Juan; y el de Catamarca, habiendo dado asilo á Gutiérrez, el de Tucuman, puso fuerzas á su disposicion para recuperar su cacicazgo. San Juan no resistió, y el caudillo de dieciocho años volvió á continuar por Urquiza la obra que con tanto acierto había dirigido por Rosas. Tucuman se preparó á la resistencia, y cuando Gutiérrez se ponía en movimiento, el joven Taboada, de Santiago del Estero, se presentó en la plaza de Tucuman con dos mil hombres á defender las libertades públicas. Entonces Urquiza mandó á Gutiérrez que reconociese al nuevo gobierno de Tucuman. Así, pues,

(1) Ha habido posteriormente revolucion en esta provincia para deponer al caudillo.

si la guerra civil no se encendió en el interior, no fué culpa del director provisorio que la decretó. Si San Juan hubiese resistido en Agosto, como en Setiembre ocurrió el desconocimiento de Buenos Aires de aquella autoridad, no se habría dicho ahora: las provincias contra Buenos Aires, sino las provincias contra las provincias.

Una palabra mas sobre San Juan, cuya crónica es hoy muy conocida. Este pueblo puede hoy dar una idea de lo que sería la autoridad de Urquiza restablecida por la fuerza en Buenos Aires, á no ser que se abandone á sus ímpetus de venganza, y riegue con sangre las calles de la ciudad En el exterior no podemos formar una idea de esta resistencia en masa de la poblacion, sin partidos, sin clases opuestas. Verdad es que es raro en la historia de los pueblos el fenómeno. Benavidez puso por condicion previa de su entrada (*triunfal*, á puertas cerradas), que se desarmase la guardia nacional, compuesta de todos los habitantes de la ciudad. Luego de estar en el gobierno acuarteló tropas de línea, en número de cuatrocientos hombres. ¿Para qué? Para hacerse respetar diz que. Pero no hay rentas para su sosten. El gobierno daba boletos de pago para despues, y atropellaba las carnicerías á fin de proveerse de carne. Los abastecedores dejaron de matar, y la poblacion, sabiendo tarde que no había carne á venta, salía desesperada de hambre en busca de corderos, gallinas, á las quintas de los suburbios. Este estado de cosas dura hasta hoy, y aún las tropas siguen acuarteladas.

El público sabe quiénes fueron los diputados nombrados por San Juan al Congreso. Benavidez restablecido, mandó practicar nueva votacion, y por cuarenta votos (votacion unánime) fueron nombrados: Irigoyen, Sánchez y Torres, el primero desconocido ú odiado en San Juan, y porteño, los otros dos ausentes de la provincia desde la edad de doce años, en que fueron á estudiar á Buenos Aires.

Pero apenas proclamados representantes legales de la provincia en el Congreso se recibió orden de Urquiza de elegir diputados al doctor don Antonino Aberastain, á Carril y á Rawson, los dos últimos ya nombrados en las listas ilegales. Como se ve, sólo yo era eliminado de la primera lista, yo, que me había retirado sin oponerme, yo, que había guardado silencio, yo que no había escrito una

palabra ni á mi familia á San Juan. ¿Y á quién se nombraba en mi lugar? A mi amigo íntimo, á quien yo había recomendado á Urquiza como hombre de probidad, y mostrádole las cartas de Copiapó en que me informaba del estado de San Juan, y de lo que podía hacerse para influir á Benavidez. Siempre el mismo hombre; el apreton de manos de Cabral, el abrazo á Paranhos, el despacho de coronel á Mitre, el reconocimiento de los derechos de Buenos Aires, el nombramiento de mi compañero y amigo, el doctor Aberastain. ¿Iría Aberastian al Congreso? ¡Cómo no! ¡Alsina había ido al ministerio!

¿Para qué estos pasos falsos? Carril, mi suplente, está á su lado, Rawson está en San Juan ó en Mendoza, y yo le tengo demasiado miedo al perro Purvis para que vaya á descomponer la fiesta con mi odiada presencia en el Paraná. Lo único que consigue el general es que Carril, destituido por Buenos Aires, no sea diputado por San Juan, no obstante estar á su lado.

Antes de proceder á cuarta eleccion llega un comisionado de Urquiza ante el pueblo de San Juan á darle, dice, una satisfaccion por el ultraje de imponerle un caudillo odiado. ¿Qué satisfaccion puede dársele? Deponer á Benavidez y restablecer las autoridades legítimas. ¿Pero querrá Benavidez? Si no quiere, ¿se mandará á San Luis, La Rioja y Mendoza que invadan la provincia para deponer al gobierno *legal*, como se ordenó la invasion para restablecerlo?

El gobierno de Mendoza apoyó la mision de Urquiza; los diarios de Mendoza aconsejaron á Benavidez renunciar, puesto que, odiado por su provincia, le faltaba el apoyo moral del general Urquiza. El efecto práctico de la mision de Urquiza no tardó en hacerse sentir en San Juan. Desairado el caudillo por Urquiza, abandonado por el pueblo, urgido por la comision, de cuyos pasos se ocupaba el público y la muchedumbre, á las doce de la noche del 13 de Noviembre se alzan las tropas que tenía acuarteladas é impagas. Benavidez fuga, el pueblo se reune y procede á levantar una acta de adhesion á Urquiza, que firman el provisor del obispado, los curas, las comunidades y los ciudadanos, á quienes no les ocurrió que un caudillo que en tres meses no había podido gobernar, que era revocado

por Urquiza que lo restableció, y lo abandonaban las tropas con que quería sostenerse, intentase volver á recuperar su gobierno. El caudillo, para quien la opinion y Urquiza le importan un ardite, sorprende á la poblacion en su empeño de levantar actas; trata ésta de resistir, y desborda aquél el rio de San Juan sobre la plaza, y entre abordar las casas inundadas y defender la plaza, sin víveres, sin nada previsto, el caudillo recupera su presa, y entrega al saqueo entre otras la casa y almacenes de don Zacarías Yanci, el gobernador que la poblacion había nombrado y que Urquiza revocó. Así, pues, un acto de arbitrariedad único, ejercido sobre San Juan, motivó aquel divorcio entre la poblacion y el caudillo de dieciseis años; y otro acto de su inconsistencia acostumbrada, queriendo deshacer lo hecho, insolentó á la tropa, presentando á Benavidez como un réprobo abandonado de todos, y causó el alzamiento y sus consecuencias. La satisfaccion tan pomposamente ofrecida por Urquiza á San Juan se redujo, pues, á hacerlo saquear, y entregarlo maniatado á merced de su caudillo. El caudillaje se presenta hoy en el interior sin máscara, la obra de Urquiza, en la única parte en que pudo realizar su plan primitivo. Esto es lo que se llama *política práctica*, y merece la admiracion de muchos.

---

## LA SESION DE JUNIO

Apenas restablecido al hogar doméstico, el ruido de las consecuencias del pacto de San Nicolas, que había previsto, empezó á llegarnos á Chile.

La noticia de las estipulaciones del convenio de San Nicolas llegó á Buenos Aires, y, como era de esperarse, la ciudad se estremeció de indignacion y de pavor. ¡ Dos diputados al Congreso! Hay cuestiones políticas que dividen sin desdoro á un pueblo, hay otras que reunen todas las disidencias y sofocan todo disentimiento. Tales son las de desmembracion del territorio, ó las que imponen una humillacion pública á un pueblo. La Polonia ha peleado dos siglos y medio contra la Europa entera como un solo hombre. La España, detestando á sus reyes absolutos, se enderezó en masa contra Napoleon por una falta de res-

peto á la dignidad nacional. ¡En Buenos Aires puede haber rosistas, urquisistas y unitarios; pero nunca un partido que ponga por lema de su bandera: ¡la humillacion de la provincia! ¡Esto no puede apasionar á nadie! La exigencia opuesta tendrá de su parte todas las pasiones del corazon del hombre.

Urquiza había sido en San Nicolas, como siempre, indiscreto en sus palabras. Para propiciarse á los gobernadores provincianos, he de sembrar sal, decía, sobre Buenos Aires; y esta impertinencia de aldeano la había dicho muchas veces, y ante muchos en el ejército. Y mientras tanto Buenos Aires gemía, agobiado bajo el peso destructor de aquel ejército que devoraba, en la inaccion amenazante de Palermo, las rentas y el ganado de la provincia. Se había retirado, es verdad, la infantería entrerriana y la caballería correntina; pero quedaba caballería é infantería de ambas provincias, cuatro batallones de Buenos Aires, cuatro regimientos de caballería; habíanse creado dos mas de esta arma, y llevádose á Entre Rios setecientos negros tomados en Buenos Aires despues de Caseros para disciplinarlos. ¿Qué iba á hacerse con este enorme ejército que alejaba la esperanza de aquella paz prometida? ¿Constituir la República? ¿Pero quién se había opuesto hasta entonces, quién podía oponerse?

El gobernador López regresó, y la prensa, la opinion alarmada, la Junta de Representantes esperaron en vano que se le sometiese el pacto celebrado. La conciencia del gobierno mismo pugnaba contra su reserva, y Urquiza supo que no se podía prescindir de darle publicidad, someterlo á la aprobacion de la junta. El diario oficial lo publicó, y los otros hicieron esta observacion: «Al cabo sabemos oficialmente que ha habido un pacto en San Nicolas.» No pudiendo negar el gobierno la legitimidad de las exigencias, tuvo la indiscrecion de ir cediendo de mala gana, de eludir la verdad y de dar tiempo á la opinion de formarse. Rosas había hecho para sus trapacerías frecuente el uso del derecho de peticion. Una, que pedía á la Sala que no abdicase su derecho de revision de lo pactado, empezó á cubrirse de millares de firmas, de lo mas visible de la poblacion; opusiéronle otra de veintidos ciudadanos, generales y otras personas de prestigio en favor de la calma y

de la prudencia; pero veintidos firmas hacían un malísimo efecto, pues la opinion podía discutirlas una á una.

El gobierno anunció, al fin, su intencion de someter el pacto á la Sala, y todo Buenos Aires se apercibió, como para el dia de la última batalla en que iba á decidirse la suerte de la provincia y de las libertades públicas, que de concesion en concesion venía desde el 4 de Febrero retirándose, abandonando toda posicion que pudo ser ventajosa, hasta no quedarle hoy mas trinchera que una simple cuestion de forma. En esa cuestion se parapetó, como Montevideo en 1842, detras de una pared de ladrillos mal consolidados.

¿Urquiza qué hacía en tanto? Lo de siempre. Precipitar los resultados, forzando, violentando la situacion. La Sala se preparaba á usar de su derecho de discusion, Urquiza hizo entrar en Buenos Aires tres mil hombres de caballería y acuartelarlos en el Parque. ¡Qué hombre tan inocente, tan candoroso!

¡Oh! En estos momentos «de sublime peligro, de sublime angustia,» como decía mi digno amigo Lamas, la prensa halló en los arsenales de la antigua lucha contra Rosas el tambor de Kosiusco, y lo hizo sonar ronco y vibrante ante la opinion que desfallecía, ante la fuerza brutal que avanzaba á paso de carga. El *Debates* publicó íntegra la *Protesta* del Núm. 48 de la *Crónica*, en que la prensa argentina de Chile había analizado las condiciones de legalidad y de legitimidad que debían concurrir en la validez de una ley. Las semblanzas eran terribles, aplastadoras.

«Las leyes ordinarias de todos los países, repetía la *Crónica* á los oidos de Urquiza, ahora establecen, para que los actos emanados de una autoridad tengan fuerza de ley, y sean obligatorios, que los individuos que la componen tengan el ánimo libre de toda coaccion, de todo temor, porque, como dice don Alfonso el Sabio:

*Home forzado non es en culpa*

«La constitucion en Chile ha consignado este principio de una manera clara é inconcusa, á fin de apartar el riesgo de que los representantes de la nacion pudieren dictar las leyes bajo la precision de la violencia.

«Art. 158. Toda resolucion que acordare el presidente de la República, el Senado y la Cámara de Diputados á *presencia* ó requisicion de un ejército, de *un general al frente de fuerza armada*, ó de alguna reunion de pueblo, que, ya sea con armas ó sin ellas, desobedeciere á las autoridades, es *nula de derecho* y *no puede* producir efecto alguno...

«El tiene un ejército, y la Junta de Representantes ni el gobierno tienen tropas. *Sospecha de intimidacion.* Rosas renuncia el empleo de gobernador, bajo pretextos frívolos, pero, en realidad, porque no le quería conceder la Junta de Representantes *facultades extraordinarias...*

«En esta lucha de meses entre la Junta de Representantes y el caudillo del ejército que sitia á Buenos Aires desde San José de Flores (*el público leía Palermo*) no se escapa de la Sala de Representantes la concesion de las *facultades extraordinarias*, prueba evidente de que no era su voluntad concederlas...

«La dictadura que quería arrancarse á la Junta de Representantes, y que no cedió sino despues de nueve meses de resistencia, se pedía en el momento mismo que se estaba discutiendo *un proyecto de constitucion...* por la que la Cámara de Representantes tendría derecho de acusar ante el Senado al gobernador de la provincia y sus ministros... Ninguna ley tendrá fuerza retroactiva... Ningun ciudadano será obligado á hacer lo que no manda la ley (*llevar una cinta*)... ¿Hasta dónde puede llevarse la brutalidad de un gobernador que cree *legalizar* la violencia que hace á los espíritus á fuerza de consignar en los actos públicos los medios mismos de intimidacion que se propone disimular?»...

El general Urquiza debió, sin duda, decir para sí al leer estos conceptos: ¡Siempre el *boletinero* chillando!

La sesion del 23 de Junio se abrió bajo estas impresiones. El pueblo de Buenos Aires llenaba todas las avenidas y calles circunvecinas al local de las sesiones: las galerías de la sala circular estaban llenas. La discusion la sostuvieron los doctores Pico, López, Gutiérrez, por un lado; por el otro, Vélez, Sagui, Ortiz, Portela y el coronel Mitre. El doctor Vélez, cordobes, analizó el pacto por el costado del derecho; Portela, por el de la libertad;

Mitre, por el de la dignidad humana, ajada en la violacion del consenso y de la justicia.

La discusion se empeñó sobre el terreno escogido por los ministros. El pacto, decian, es á todas luces defectuoso, pero la confianza que inspira el general Urquiza es un correctivo de sus imperfecciones. Así, pues, no era el pacto lo que presentaban á la discusion, sino al omnipotente albacea testamentario de Rosas, y los oradores huían las manos de tomar esta tuna (cactus) que los ministros les presentaban para que examinasen. Era como decirles: firmen ustedes una escritura pública en que hacen donacion *inter vivos* de sus bienes, y confíen en la generosidad del donatario, que no hará uso del don. La cuestion se mantuvo por horas en este terreno. Los oradores de la Sala daban vueltas en torno de la púa que los ministros les presentaban, y para mostrar cuál era la situacion de los espíritus baste decir que el argumento de réplica era este: Tenemos la mas completa confianza en el general, pero el pacto supone su existencia, el pacto y él son partes complementarias. ¿Y si llegase á faltarnos el general, lo que Dios no permita?

Un diputado precisó mas la cuestion con una comparacion naturalísima. Segun los señores ministros, «¿el frac se ha hecho para los botones?» Pero la cuestion no salía de ahí. El pacto era malo, absurdo, inconsistente, atentatorio; pero el beneficiado era todo lo que puede ser de bueno quien tiene tres mil soldados á unas pocas cuadras, y seis mil en Palermo. Al fin un indiscreto lanzó esta pregunta dubitativa, que era toda la cuestion: ¿Y si el general abusa? La discusion empezó entonces á tomar color.

No era el caso de hacer un estudio profundo de la cuestion; pues, como lo ha dicho don Juan Carlos Gómez con mucha perspicacia, era un pretexto de forma para precaverse contra la desconfianza que inspiraba la capacidad, la voluntad y las miras personales del general Urquiza para constituir la República.

Pero fueron vivísimas las réplicas y las frases en que en estos momentos supremos se reconcentra el pensamiento, y toda una discusion de horas se reasume en un dicho sencillo. Los ministros no justifi-

caban el pacto; pero apelaban á las frases conocidas: «alta política, hechos dominantes, influencias inevitables, hombres necesarios.» «Es preciso tener el corazon en la cabeza,» decía Gutiérrez.—«Dejémoslo donde Dios lo ha puesto», contestaba el calmoso Mitre.—«Si el general quisiese hacerse un tirano nadie lo seguiría,» exclamaba Pico (que me había dicho en Montevideo: yo estoy dispuesto á recibir lo que nos den).—«¿Quién lo ha de seguir?» respondía Ortiz, que se reía del Paraná por no haber podido ahogarlo; «el despotismo es una locomotiva desenfrenada que se lleva por delante cuanto á su paso encuentra.» Los ministros jóvenes y poco ejercitados en la lucha se irritan é impacientan. Uno de ellos lanza á la barra una provocacion: «¡Esos tenderos son los que en 1828 apoyaron á Lavalle!»

López dice casi con desden: «Es preciso no conocer nuestra historia para sostener tales doctrinas.» Este reproche sublevó una tormenta. Yo sé el significado de estas palabras. Habíamos hablado de ello en Montevideo, y aunque eran erróneas, eran menos ofensivas que lo que la exasperacion del momento pudo dejar aparecer. «Es porque la conozco que temo encontrar un cacique á la vuelta de cada esquina,» replicó Ortiz riéndose, como si embromara á Irigoyen sobre su elegancia. «Veo, señores, añadió Mitre, que se empieza á tirar á bala. Es muy disculpable que yo ignore la historia de mi país habiendo pasado mi vida en los campos de batalla, para echar abajo á cañonazos las puertas que conducen á los ministerios.»

Había en la cámara una figura original y que hacía la parte cómica de este debate. El doctor Velez Sarsfield, de edad de sesenta años, con una voz aguda, con tonada cordobesa y una cara llena de animacion, que hacen mas picante modales paisanos, aunque sea una de las lumbreras del foro de Córdoba y de Buenos Aires. El viejo Velez, sin entrar en las cuestiones, lanzaba pullas á los ministros, con una humildad bonachona de hacer desesperar al mas calmoso, y los ministros habían perdido toda calma y mesura. «No olvidemos, había dicho el doctor Portela, las palabras de Sismondi, que dice que los libertadores son siempre un peligro y una amenaza para la

libertad de los pueblos, contra quienes vuelven su espada. —No debe citarse á Sismondi en esta cámara, replica aturdidamente uno de los ministros, porque mas de quinientos escritores de la Restauracion han dicho lo contrario.— ¿Podrá el señor ministro, sugería el viejo Velez, citar uno de esos quinientos autores?—La ley es terminante, dice un diputado.—No debe citarse esa ley vetusta, replica un ministro, y derogadas por otras posteriores.—¿Podrá el señor ministro citar esa ley *moderna*? dice Velez humildemente — No estamos aqui para entrar en esos detalles, replícale el ministro á quien estas bromas sacaban de quicio—Perdone el señor ministro; creía que estaba ahí para indicar las leyes que cita. La Cámara rechazó el pacto. El Ejecutivo, comprometido en su formacion, renuncia en cuerpo, y la Cámara procedió á elegir gobernador incontinenti al que la ley de la provincia tiene designado para los casos de acefalía: el presidente de la Sala, que lo era el general Pinto, quien había sido interino mientras el anciano López había concurrido á las conferencias de San Nicolas.

---

## EL DRAMA TOCA A SU FIN

Urquiza permaneció el dia aterrado bajo el golpe, pero al otro dia despertó con la rabia en el corazon, y con ese tristísimo sentimiento de la fuerza que se irrita contra las dificultades que oponen esas pequeñeces invencibles que se llaman formas, y que, como el clavo puesto en un rail de los caminos de hierro, hace desviarse á la locomotora, y estrellarse aquella fuerza bruta por el poder mismo de la impulsion que trae; el general ofició al nuevo gobierno que no lo reconocía, que se quitase del puesto que ocupaba, y que, en virtud del pacto de San Nicolas, reponía al gobernador López, que había renunciado espontáneamente. El suplicio de aquel débil pero honrado anciano amenazaba quitarle la vida. Su papel de pantalla perdía esta vez todo decoro. Habia renunciado, y se le volvía á poner á la cabeza del gobierno como un maniquí.

¿Del gobierno de qué?... ¡Ah! esta era una nueva faz de la lucha; los ministros quisieron tocar al enteclado de la administracion, y las teclas ni daban sonido, ni cedían

á la presion. La prensa había enmudecido, atropelladas las imprentas por las tropas de caballería. La Sala disuelta. Alsina, Portela, Velez, Ortiz, Mitre, provincianos y porteños, desterrados, en virtud de aquella *inviolabilidad de las personas* de los diputados, proclamada en el pacto de San Nicolas, salvo remocion; el pueblo estaba mudo; pero cuando digo pueblo entiendo la masa de la poblacion: hombres, mujeres, pobres, ricos. El gobierno sentía penetrar el silencio, el frio glacial de afuera hasta los salones del Fuerte, y temblaba de ver que no tenía enemigos.

Una cuestion doméstica trajo el ministro de hacienda al Consejo. No había fondos en caja. El general habia agotado, apurado, secado, estrujado con sus pedidos las cajas; y pedía fondos sin tasa por horas, acumulándose orden tras orden. ¿Qué hacer? ¿qué responderle? El sabía que lo que la aduana recolectaba en la mañana lo estaban esperando los acreedores de la víspera. El gobierno renunció ó dijo á Urquiza que no podia continuar.

En fin, Urquiza, siempre por el camino mas corto, asumió el gobierno, en nombre del primer artículo del Pacto de San Nicolas que le vino á mano. Entonces el aturdido sintió lo que había sentido el gobierno forzado de esos tres ó cuatro dias al sentarse en aquella silla gubernativa profanada: el vacío en torno. El general anduvo á tientas buscando en qué apoyarse, y todo se le alejaba en el momento de ir á tocarlo. Pero no vaciló por eso; nombró á Galan ministro y á Peña, y se rió un poco de aquella presuncion de la gente desarmada de no hallar buenas todas aquellas bromas.

Pero al fin se necesita un partido en que apoyarse. El no vaciló en buscar uno. Hizo restablecer en las oficinas de gobierno á los que en tiempos de Rosas las ocupaban, para tener con quien hablar siquiera; á la guardia nacional, compuesta de los vecinos, le puso al coronel don Jerónimo Costas, partidario acérrimo de Rosas, y que antes que seguir á Urquiza en Montevideo inutilizó la música y los fusiles de un batallon al embarcarse para Buenos Aires. Los coroneles Bustos, y otros condenados á muerte en su proclama de olvido, y absueltos en otra que los declaraba perjuros, fueron puestos á la cabeza de varias divisiones. Derogó el decreto de embargo de los bienes de Rosas que

él había impuesto á Alsina, dándose aires de hacer una reparacion á la justicia ofendida. Dió á Baldomero opcion á llenar una vacante, cuando la hubiere, en la Corte Suprema de Justicia, en reparacion de la destitucion que le impusieron. En fin, para terminar este simulacro de restauracion, formó un consejo de estado, en cuyo seno debían figurar Anchorena, Arana, Baldomero, Irigoyen, Lahite, como rosistas, y, por tanto, urquisistas. La consecuencia era un poco forzada; ¿qué tenían de comun Anchorena, Arana, Lahite con Urquiza? ¿La federacion?— ¿La federacion con dos diputados por Buenos Aires?

El consejo de estado funcionó una sola vez, para probar su ineficacia; y sus miembros hicieron un esfuerzo para ver si le podían limar las uñas al leon, haciéndole firmar una abolicion de la pena de muerte por delitos políticos; pero él huyó las garras y una uña no fué cortada. La ley exceptuó á los delincuentes que hiciesen armas contra las autoridades legales.

¿Hay otra clase de delitos políticos que tengan pena capital en nuestra legislacion ordinaria? Ya había declarado *legal* á Benavidez. Pero, en fin, en esta ley de abolicion de la pena de muerte en que se la dejaba subsistente, como es la de olvido en que se demandaba el exterminio de un regimiento de caballería, se logró introducir una novedad en las costumbres del general Urquiza, en su conciencia misma, que debió sorprender su candor. Los reos políticos serían juzgados con arreglo á las leyes. ¡Gracias á Dios! Esto era un mundo. Se iba á juzgar á los hombres: iba á haber consejo de guerra para los militares; defensor, proceso y conviccion para los acusados civiles. ¡Cómo se alegrarían en Entre Rios al saber este progreso inmenso que había hecho el general!

Pero uno dispone el bayo y otro el que lo ensilla. Esta costra rosista, aquel ennegrecer con polvo de carbon la faz de porcelana compacta y bruñida de la opinion, no hacia ilusion ni á Urquiza mismo, puesto que ahora, dueño del gobierno, pudo darle á Buenos Aires, como un codicilo del pacto, todos los diputados que quisiese, que esos serían otros tantos instrumentos suyos. Los rosistas, si aún lo eran, y los urquisistas que lo habían traído hasta aquel punto, vieron que se tomaban sus nombres para jurar

con ellos en vano. Jerónimo Costa con la guardia ciudadana; los otros coroneles con milicias de campaña; Baldomero con una vacante *in partibus*; Anchorena en el consejo de estado, que no era rueda necesaria; Lahite al Congreso, y Carril, un sanjuanino, *de adlatere*, porque hasta esta exquisita barbarie tenía el general: escamotar un diputado mas á Buenos Aires, poniéndoles un provinciano. Pero en los ministerios, en las embajadas, en las tropas de línea no entraba nadie de estos rosistas tan adulados, y, lo que era peor, Pico, Gutiérrez, López ó Gorostiaga, que se habían sacrificado por él, fueron tambien apartados y puestos en los segundos planos. El escándalo del gobierno *entrerriano* era, pues, sin velo, sin ninguna atenuacion.

Pero una extraña evolucion se obró en la opinion en esos dias. Los emigrados llegaban á Buenos Aires con toda la severidad de hombres que nada enorme tenían que reprocharse. López visitado por Barra, fué éste á darle la mano, y lo rechazó; yo provoqué indiscretamente á Mur, y fui injusto y abusivo en mis exigencias por agravios pasados, fruto de la lucha. Mármol mandó echar noramala á qué sé yo quién que le ofreció sus servicios. Los rosistas comprometidos se hallaban mal; temían, y con razon, la intolerancia de sus enemigos, si no en sus vidas y propiedades, en esas insolentes y despreciativas manifestaciones que hacen un suplicio de la vida. Urquiza desterró á los que con él habían venido, y abatió á Buenos Aires, levantando un poquito á los rosistas. Esto produjo un resultado inesperado: los unitarios depusieron su altanería; los rosistas aprovecharon la ocasion de su aparente exaltacion, y *ambos partidos se dieron* las manos, y confundieron sus corazones en el sentimiento de la humillacion de todos, y del deseo de lavarla.

---

## EL 11 DE SEPTIEMBRE

Setenta dias mediaron entre la ocupacion de la administracion de Buenos Aires, por el gobernador de Entre Rios, y el restablecimiento de las autoridades provinciales. Este corto lapso de tiempo muestra que un hecho continuo y cartas del 19 de Julio que tenemos á la vista lo anuncian con claridad.

La política del general Urquiza había señalado el dia y la hora precisa de esta simple reintegracion de los poderes que había trastornado para remediar una falta suya. El Congreso debía reunirse en Santa Fe, y el ejército quedar comprimiendo á Buenos Aires, dos elementos que el general necesitaba presidir para hacerlos concurrir al mismo fin. Sin el general Urquiza al lado del Congreso para inspirarlo, dirigirlo, y comprimirlo, corría riesgo de asumir su soberanía, no obstante la interpolacion entre sus miembros de muchos individuos que estaban comprometidos en su política. Seguí y Elías, sus secretarios antiguos; Gutiérrez, Leiva y Gorostiaga, sus ministros ya probados; Huergo redactor del *Progreso*; Carril, que, vuelto á la República despues de veintidos años de ausencia, había puesto su capacidad y su nombre á su servicio; Irigoyen era esperado por San Juan; don Adeodato Gondra por Tucuman. Estos nueve individuos, y cuatro mas de menor cuantía, y los indecisos, que son en todos los cuerpos deliberantes una fuerza que apoya á todas las mayorías y á todos los poderes, daban al Congreso de veintiocho individuos todas las garantías imaginables. ¿Por qué alejarlo tanto de la sede del gobierno, y, una vez alejado, por qué trasportarse el general Urquiza á tanta distancia de su ejército? Pero en el carácter y en la política de Urquiza era esta division de atenciones y de compresiones necesidad inevitable. El Congreso en Buenos Aires, en Palermo, en San Nicolas, en el Rosario, habría podido recibir la influencia de la opinion, examinar los hechos, buscar apoyo, y era preciso secuestrarlo. De Buenos Aires, por otra parte, respondía el ejército, compuesto de manera de contrabalancearse unas divisiones con otras. Jefes rosistas dominaban la campaña. Piran respondía de las tropas veteranas, Madariaga tenía á sus órdenes correntinos, Galan acampaba en Palermo al Norte con divisiones entrerrianas, Urdinarrain al Sur en la Convalecencia con otras del mismo origen.

Túvose noticia que el general había llegado á Santa Fe, y la noche del 10 de Septiembre empezó á desarrollarse, con estas mismas fuerzas, otro orden de cosas, que partía de fuente diferente de aquella que había guiado al general en su distribucion. En esta ponderacion de fuerzas

por nacionalidades y por odios había otra oculta sólo para el general, otra por sentimientos, por ideas, por patriotismo, por dignidad, por antecedentes.

Piran, porteño, y adicto al general á la par de Galan igualmente porteño, había visto y palpado adónde iba Urquiza, y se detuvo. Madariaga, vuelto de la emigracion despues de Vences, había seguido al general hasta que lo vió pisotear las instituciones de Buenos Aires, y se detuvo. El coronel Hornos, entrerriano, que desde Febrero tascaba el freno, al ver las enormidades del expoliador de su fortuna y del degollador de dos de sus hermanos, se aprestó al combate, y este trio de jefes podía contar con todos los coroneles y oficiales superiores del ejército, cada soldado, cada capitan, cada cabo. ¿Qué había de comun entre los correntinos y Urquiza? ¿entre los veteranos y Urquiza? Los unos habian venido á ayudarle en su odio comun á Rosas, los otros habian sido tomados en el campamento de Oribe.

A las doce de la noche del 10 de Septiembre todo el ejército estaba de pie. Los dos batallones correntinos en la plaza del Retiro. En el Parque formó el coronel Rivero, que había mandado una ala del centro en Caseros, ahijado de Urquiza, y uno de sus agentes en las elecciones, y el coronel Solano, correntino, con la artillería.

El resto de las tropas de línea formó en la Plaza de la Victoria.

Los batallones mandados por los coroneles Tejerina y Echenagusia acudieron al mismo punto.

Los coroneles Hornos y Ocampo recorrían las calles con los regimientos de línea de caballería.

Los generales Urdinarrain, entrerriano, y Virasoro, correntino, fueron traidos al centro de la ciudad por precaucion. Al amanecer sonó la vieja campana del Cabildo que en 1810 había convocado al pueblo; y reunido éste en la plaza de la Victoria, el general Piran, en una proclamacion, expresó el objeto del movimiento, que era restablecer las autoridades provinciales. La Sala se reunió á las once del dia y continuó sus deliberaciones, tan insólitamente interrumpidas á fin de Junio, bajo la presidencia de don Felipe Lavallol, antiguo comerciante, y consignatario en otro tiempo de los negocios mercantiles de Urquiza. Fué re-

puesto gobernador, segun la ley de la provincia, el presidente de la Sala, el general Pintos, quien organizó inmediatamente el ministerio. Continuó en su puesto de juez de policía don Manuel Ascuénaga, y la tranquilidad pudo hermanarse con el entusiasmo de gentes que se hincaban de rodillas en las calles llorando, sorprendidos por aquella inesperada felicidad de verse lavados de la humillacion. ¡La humillacion! hé aquí el grito que parte de todos los corazones. Las proclamas de los generales, los decretos. del gobierno, las deliberaciones de la Sala, las adhesiones de los rosistas, las congratulaciones de los jueces de campaña, repiten esta nota dolorosa: ¡humillacion! ¡humillacion!

Y, la verdad sea dicha, el general Urquiza no había sido parco en herir esta cuerda del corazon humano. Habíalos humillado harto Rosas, pero el sentimiento de la dignidad se había enderezado al faltarle el peso que lo tenía encorbado. Urquiza se empeñó en encorbarlo de nuevo, como conquistador, como fuerza, y lo irritó y exasperó sin poder doblarlo.

El 12 fueron las tropas de la capital á la Convalecencia, donde acantonaban entrerrianos; pero al acercarse éstas, el coronel Aguilar, con trescientos hombres, se incorporó á las fuerzas del coronel Hornos, entrerriano tambien, y ciento y mas soldados que permanecieron fieles á Urquiza fueron mandados á Buenos Aires.

Galan, con el grueso de las fuerzas entrerrianas, emprendió la retirada, y el ejército salió en su persecucion. Con la infantería de línea marchó tambien un batallon de patricios, y los demas quedaron guardando la ciudad, auxiliados por partidas de caballería de ciudadanos. Los patricios durmieron sobre las armas en sus puestos de formacion en las calles durante diez dias.

Galan, alcanzado por una comision, contestó dignamente: «No quiero pelear ni rendirme; déjenme retirarme,» y lo dejaron. Urquiza contaba con el resultado de sus combinaciones de odios para asegurar la sumision de Buenos Aires. En sus proclamas de Santa Fe anunciaba todavía contar con el coronel Bustos, con el coronel Lagos y el general Flores, jefes de Rosas á quienes había confiado tropas de campaña. Pero siempre preguntaremos:

¿qué había de comun entre Urquiza y Lagos, Bustos, y Flores que no habian querido seguirlo? Este hombre creia en la *cinta* colorada de un lado, y en los *salvajes* unitarios del otro, y esta fascinacion de su espíritu, incapaz de penetrar en el fondo de las cosas, fué la causa única de todos sus desaciertos. Galan llegó á San Nicolas, donde lo aguardaba Urquiza, despues de haber, por el primer ímpetu de la cólera, proclamado el ejemplar castigo, no del ejército, sino de Buenos Aires. Urquiza cayó en el abatimiento momentáneo que le causa toda resistencia. Los apretones de manos, los abrazos, los golpecitos en el hombro no escasearon para Buenos Aires. El comandante Baez, un paraguayo, fué mandado á Buenos Aires á protestar de su respeto por aquel movimiento de la poblacion en masa, reconociéndola en la posesion de sus derechos, y anunciando su intento de no provocar la guerra entre hermanos.

Buenos Aires aceptó con respeto y deferencia esta justicia rendida á sus derechos, y ofreció al general cuanto podía complacerlo. Buenos Aires ignoraba la tercera reaccion de aquel espíritu. Atropellar sin mesura, retroceder sin dignidad, vengarse de su propia impotencia, sin respeto de sí mismo.. Cuando hubo repasado el Paraná, cuando estuvo entre Seguí, Galan y Elías, cuando todo había pasado, llamó de nuevo *motin* al restablecimiento de las autoridades, y un *puñado de traidores*, al ejército y al pueblo de Buenos Aires, invocando á la discordia á aquel partido *rosista*, en cuya existencia cree todavía, para que desgarrase el seno de su patria. Entonces aventuró la sugestion de organizar la República sin Buenos Aires, que es el eje sobre que va á rodar la crónica contemporánea, y los nuevos conflictos en que va á desangrarse la República.

Buenos Aires había sido testigo y actor desde 1810 de cambios, revoluciones, motines y alzamientos populares. Ninguno, empero, tenía el carácter del de 11 de Setiembre. Aquí no había partido vencido, no había gobierno dislocado, no había division de clases, ni la campaña contra la ciudad, ni los rosistas contra los unitarios. Galan en retirada, todo estaba terminado; porque Galan era el gobierno, Galan era Urquiza, Galan la conquista. ¿Cómo

había podido ser arrastrado el general de falta en falta, de violencia en violencia á este extrañamiento de todo interes local, de toda afeccion personal en su favor?

Así, pues, la revolucion tenía la sancion del comun asentimiento, la santidad de una ablucion de las pasadas faltas y de la humillacion presente, la satisfaccion del amor patrio tan vulnerado, la vuelta á las antiguas tradiciones de libertad, el restablecimiento de las autoridades únicas legítimas, sin deposicion de ninguna otra, porque Urquiza había disuelto la Sala, sin reemplazarla con otra espúrea, usurpado el gobierno y dejádolo á su mayordomo, absorbido los ministerios, y alejado á sus sostenedores de Buenos Aires. Aquella suspirada y prometida rehabilitacion, aquella regeneracion social que Urquiza había ofrecido, y escamotado, tenía su cumplimiento el 11 de Setiembre, y recien el 11 de Setiembre caía Rosas verdaderamente con su *cinta* colorada, sus *salvajes* unitarios, sus campamentos de tropas en todas partes, su corte, familia y queridas en Palermo. La *fusion* de los partidos, tan preconizada y tan contrariada por Urquiza, se obró el 11. Alsina, el órgano de la prensa de Montevideo, y Lorenzo Torres, el orador de la Sala de Representantes de Rosas, se presentaron del brazo en un baile público, y pasaron la noche juntos. Los coroneles Sosa y Flores fueron electos diputados, y el general Pacheco, emisario enviado á Galan, tomó la inspeccion general de armas.

Tales son los hechos, y tales los antecedentes que los prepararon. Buenos Aires ha sido llevado por la fuerza, á pesar de todos, contra su interes y su deseo, á adherir á la separacion del ejército, porque mal puede llamarse revolucion una parada militar con los generales de las divisiones á la cabeza. Nadie quiso, nadie esperó, nada creyó poder oponerse á la dominacion de Urquiza, hasta el dia siguiente de la disolucion de la Sala. La prensa toda principió por serle adicta, los pueblos lo aclamaban como Buenos Aires; pero el general, siguiendo sus instintos, sus hábitos de diez años de omnipotencia en Entre Rios, careciendo de las mas simples nociones del gobierno ordenado, del derecho, de la justicia, no comprendiendo de la revolucion que se había operado sino que Urquiza

habia vencido á Rosas, desde el primer paso empezó á deshojar la corona de gloria que le habian deparado las circunstancias, y á demoler, como el niño el juguete que lo apasiona un momento, el edificio á que su nombre servia de capitel; de capitel, porque reputar base de él al general, es abusar de las palabras.

Rosas caia por su propia gravedad, por el sitio impotente de Montevideo, por la intervencion armada del Brasil, por sus propias faltas, y por el desmoronamiento de la opinion desengañada, extrañada, educada, y hostil á su sistema. Urquiza fué un instrumento poderoso, necesario, indispensable quizá; pero nada mas que instrumento. Iba á ser grande por lo que faltaba que hacer, pues lo que habia hecho en la campaña contra Rosas era pequeño, vulgar: disipar con la presencia de un enorme ejército los restos inermes de un poder fenecido.

Aquí faltó el hombre. La vanidad, la infatuacion, su falta de carácter, de elevacion de ideas, de miras, le hicieron entregarse á todos los instintos, á todas las reminiscencias de una vida entera de licencia moral y política y al hábito de ver un *trapo* colorado como un sistema, y el nombre de *salvajes* como una entidad consistente.

He tocado de cerca todas las cosas, presenciando todos los hechos, tratado á los actores en el drama, y, por una rara combinacion de circunstancias, puéstome en todos los puntos de vista, desde donde los hechos pueden ser mirados: desde el lado oriental, residiendo en Montevideo; desde el lado entrerriano, al lado del general; del lado militar, haciendo la campaña. Visto á Buenos Aires desde Palermo; á Palermo desde Buenos Aires, su política vista desde Rio de Janeiro, y despues desde Chile los efectos obrados en las provincias.

De todos estos puntos diversos sólo descubrí una cosa, y es al general obstinado en levantar obstáculos que no habia, empeñado en desmoronarlo todo, y forzando todo, hechos, hombres y cosas á hacérsele hostiles. El lector ha podido juzgarlo por los hechos referidos. No hay complicacion presente ó futura que no emane de su voluntad, no hay paso desacertado que no haya sido inspirado por motivos mezquinos y arbitrarios. Elías decia que

el general no se equivocaba nunca, cuando condenaba á muerte masas de hombres. El general, sin embargo, reconoció una falta en un decreto del 4 de Setiembre contestando á un ciudadano que se excusaba, por mal estado de salud, de admitir un empleo: «Reconociendo el « director provisorio la grave equivocacion que sufrió, « encomendando una comision de patriotismo y de des- « interes á un hombre *sin altura y de pasiones ciegas*, como « don Juan B. Peña, admítese la renuncia que hace, y *que « no tiene mas fundamento que el despecho de una baja ambicion « no satisfecha*. Nómbrase, etc.' (Rúbrica de Urquiza.) Luis « F. de la Peña» (*primo hermano del insultado.*) Esto era el 4 de Setiembre. Siete dias despues el ejército lo abandonó, porque la fetidez de esta política de desahogos brutales, de pasiones desordenadas, había llegado hasta los soldados. Si algun chileno halla severas estas palabras, sustituya á la rúbrica de Urquiza la de algun presidente de Chile, la suya propia, ó la de alguno de sus candidatos políticos. Este hombre, que así prostituía su nombre, hasta revolcarlo en el muladar, iba á representar la República luego.

Pero, ¿cuándo no se equivocó el general? La política se juzga por los resultados, segun la version mas indulgente. Por los resultados juzguemos la de Urquiza.

¿Por qué tomó por lema la *fusion*, y resucitó en documentos públicos el epíteto *salvajes*, vergonzoso sólo para quienes lo usaron?

¿Por qué, denigrando á los que designaba con este título, encargó á Alsina la organizacion del gobierno, que era el órgano de ellos?

¿Por qué se obstinó en el uso forzado de la cinta colorada, si había de tolerar que las provincias la rechazasen?

¿Por qué se hizo solidario de los odios que pesaban sobre los demas seides de Rosas si al cabo había de consentir en que fuesen depuestos por revoluciones?

¿Por qué nombró á Guido enviado al Brasil contra todo decoro, y tan sin respeto por sus amigos, si había de revocar el nombramiento?

¿Por qué hizo lo uno y lo otro con Mármol, enviado á Chile, adonde no había cuestion ninguna urgente?

¿Por qué mandó las tropas á las mesas electorales si, en despecho de sus cuchillos, habian de triunfar las listas populares?

¿Por qué convocó gobernadores á San Nicolas, si diputados de gobernadores, segun el Pacto Federal, daba lo mismo?

¿Por qué dió á cada provincia dos diputados si, dando diez á Buenos Aires, se obtenía la misma mayoría provincial en el Congreso, sin violar ley alguna?

¿Para qué pidió autorizacion previa á las salas provinciales, si no la pedía á la mas influyente de todas, que es la de Buenos Aires?

¿Para qué aglomeró un inmenso y ruinoso ejército sobre Buenos Aires si, lejos de servirle á sus fines, su conservacion sirvió sólo para darle en la cabeza?

¿Por qué invocó el nombre de los rosistas, y no les dió influencia efectiva en el gobierno?

¿Por qué, dando tan sólo dos diputados á Buenos Aires, no puso á Guido en lugar de Carril, provinciano?

¿Por qué creó con tanto aparato un ministerio de instruccion pública, y lo suprimió cuando se apoderó del mando?

¿Por qué dispuso de las rentas nacionales sin dejar constancia en cajas de su inversion?

¿Por qué condenó al exterminio un regimiento de caballería sin proceso y sin juicio, y condenó mas tarde, sin abolir la pena de muerte, su práctica constante de matar hombres sin proceso y sin juicio?

¿Por qué condenó á muerte á los jefes venidos de Montevideo, que á nada se habian obligado, los absolvió injuriándolos en su honor, y les entregó en seguida cuerpos á mandar, para que contribuyeran á su caída?

¿Por qué introdujo en Buenos Aires tres mil hombres, en el acto solemne de someterse el pacto á la Sala, si su presencia escandalosa no había de ser parte á evitar que fuese rechazado?

¿Por qué razones de conveniencia pública hizo ministro de relaciones exteriores á un clérigo advenedizo, desconocido en el exterior, despreciado en Buenos Aires é ignorado en las provincias?

¿Por qué lo mandó al Brasil, donde nadie lo habia oido

nombrar, y despues se lo adhirió á su persona, como si fuese el hombre mas influyente de la República?

¿Por qué disolvió la Sala de Buenos Aires si este escándalo no había de servir mas que para precipitar su caída?

¿Por qué, para reponer á Benavidez, inició la guerra civil, imponiéndolo por la fuerza de las armas, cuando bastaba un decreto ó un enviado?

¿Por qué recientemente ha mandado á San Juan un enviado á desmoralizar y desaprobar la dominacion de Benavidez, sin mas fruto que provocar un alzamiento de tropa, el saqueo de los que quería satisfacer, y el triunfo de Benavidez?

¿Por qué á Gutiérrez, en quien había aprobado el asesinato de Alvarez, depuesto con Benavidez, despues del pacto de San Nicolas, le mandó que reconociese al gobierno nuevo de Tucuman?

¿Por qué reconoció los derechos de Buenos Aires cuando lo vió en armas para defenderse, y cerró el comercio como medida hostil cuando se halló en Entre Rios?

¿Por qué avanzó que la República podía constituirse sin Buenos Aires, cuando Buenos Aires no quería separarse de la República sino separarlo á él?

¿Por qué dijo, en proclama en Entre Rios, que sólo iba á cuidar de la felicidad de la provincia, y reasumió en seguida el título de director provisorio?

¿Por qué, estando estipulado, por el convenio de San Nicolas, que el Congreso se reuniría en Santa Fe, se llevó á su casa, al Paraná, los pocos diputados que ya estaban reunidos, quitándoles de antemano toda espontaneidad?

¿Créese, por ventura, que pueda, caso de que Buenos Aires sea sometido por las armas, y el general Urquiza electo presidente ó director, gobernar sin obstáculo la República, el hombre que en seis meses ha cometido esta serie inaudita de faltas? ¿Qué contrapesos tan poderosos podrán oponérsele entonces para contener esta voluntariedad indomable, y qué garantías dar de la recta administracion, de la seguridad de las personas, y de las libertades públicas? Desde luego es preciso castigar á quinientos jefes y oficiales que tomaron parte activa en la separacion del ejército: desarmar á los patricios de Buenos Aires; guar-

necer la ciudad con tropas entrerrianas; llamar á los empleos exclusivamente provincianos; encadenar la prensa para que no se desahoguen las desafecciones porteñas comprimidas; desterrar á los millares de ciudadanos que le son hostiles; tener bajo la vigilancia de un ejército á las masas porteñas; poner límites á las discusiones de la Junta de Representantes porteña para que en la tribuna *inviolable* no encuentren eco las pasiones locales. Establecer, en fin, y mantener sin embozo el gobierno de la conquista provinciana. Y si Buenos Aires es gobernado así, ¿cómo serán gobernadas las provincias? La constitucion será un sarcasmo, y el presidente un verdugo, algo peor que Rosas mismo.

---

### LA NAVEGACION DE LOS RIOS

Debo tocar esta cuestion que, por fortuna, ha dejado de ser problema en la República Argentina. Cuando estuve en Montevideo encontré todavía algunos viejos que no la comprendian y no la adoptaban; pero todos los hombres de capacidad de Buenos Aires y de las provincias, todos los que han de influir en la prensa, en el Congreso ó en los ministerios, están de acuerdo sobre ella. El señor Alberdi la ha tomado como piedra angular de sus Bases de Constitucion, y el general Urquiza y el gobierno actual de Buenos Aires la han proclamado en leyes y decretos. Es, pues, un punto de derecho público incorporado en nuestra legislacion.

Pero para alejar las pasiones malevolentes que pueden suscitarse en las provincias conviene trazar el camino que estas ideas económicas han traído, hasta hacerse vulgares, como si nunca hubiese habido disentimiento.

El derecho de gentes no reconoce obligatoria la libre navegacion de los rios interiores de un país independiente. Por eso la Inglaterra ni la Francia la exigieron de Rosas. En 1814 se estipuló en el Congreso de Plenipotenciarios en Verona la libre navegacion del Rin, único hecho reconocido en contrario de la doctrina general. Los Estados Unidos no reconocen la libre navegacion de sus rios, ni estado alguno sudamericano la practica.

En las conferencias que precedieron al pacto federal

hubieron indicaciones á este respecto, pero sin consecuencia, y cuyo espíritu fué olvidado por los mismos que las manifestaron. No siendo un principio reconocido por nadie en el derecho público si la República Argentina se hubiese organizado en 1810 se habría declarado la clausura de los rios para los extranjeros, aun por los congresos mas libres, porque esas eran las ideas de derecho de la época. Como el doctor Francia se sublevase en el Paraguay, Artigas en la campaña de Montevideo, Ramirez, su asistente, en Entre Rios, López en Santa Fe, y la guerra civil embarazase las comunicaciones del Paraná, el gobierno de Buenos Aires, durante las sesiones del Congreso de Tucuman, dió un decreto declarando comercio de cabotaje el de los rios interiores. Para obrar así, los *porteños* no necesitaban ser muy *pícaros;* porque era y es hasta hoy la práctica de todas las naciones, punto de derecho de gentes incontrovertible, y entonces medida de seguridad contra aquellos criminales caudillos, que desmembraron la República y nos legaron tantos males. En tiempos posteriores, cuando Rosas suscitó el odio contra los *extranjeros*, como ahora Urquiza trata de sublevar el odio contra los *pícaros porteños*, el general mismo fué el mas acalorado, el mas ciego defensor de la clausura de los rios; consta esto de todos sus actos públicos, y del testimonio de Entre Rios entero. El nombre de su perro da fe de ello.

Creo que he sido yo uno de los primeros publicistas argentinos que se ha consagrado á elucidar á fondo esta cuestion, y, demostrando las ventajas prácticas de la libre navegacion de los rios, hecho aceptable la reforma de una de las doctrinas consagradas y sancionadas por el derecho de gentes comun. El general Paz me escribía en Junio del año pasado que extrañaba mucho el silencio que sobre esta cuestion guardaron los escritores pasados, como si hubiere en ello designio. Nada hubo, sin embargo, de intencional; nadie se había ocupado de ello. Así, pues, las doctrinas predicadas con tanto teson sobre la viabilidad argentina fueron puestas por base de la Constitucion por el señor Alberdi, formuladas en un decreto por el general Urquiza, reconocidas y ensanchadas por el actual gobierno de Buenos Aires, declarando mar los rios, hasta donde puedan ser navegados. Esta ley de Buenos Aires le hace

mucho honor por su desinteres y osadía económica, alejando hasta el pretexto del reproche de monopolio de que se le ha hecho cargo siempre. No debemos, pues, exigir de los porteños que en todo sepan mas que nosotros. Si antes no dieron libre la nevegacion de los rios es porque ni á provincianos ni á porteños les pasaba por las mientes tal cosa, incluso Urquiza.

Y sin navegacion de los rios no había federacion posible, sino es la *cinta colorada* y el mueran los *salvajes, asquerosos, inmundos unitarios*, sostenidas por Rosas y Urquiza, con degüellos y confiscaciones, y despues de Caseros por este último, que revolvió la República, lo desquició todo por continuar lo único que entendía de federacion. Fué por este motivo, que, no dando mucha importancia á que la República fuese federal ó unitaria, como se la doy á no ponerme un trapo colorado, porque esto es vergonzoso y abusivo, y aquellas son formas puramente económicas y administrativas, me consagré desde 1848 adelante á estudiar el derecho federal, sus antecedentes, los pactos existentes, y á ilustrar la cuestion de la federacion *real*, desconocida por los unitarios, y apartada á un lado por Rosas y sus caudillejos, que Urquiza quería conservar. Esta es la obra que realizó *Argirópolis*, y que obtuvo el aplauso de los federales, de los seides de Rosas mismo y el asentimiento de los que habían sido unitarios. La prensa de Valparaíso, queriendo concitar hoy día el menosprecio por aquel trabajo, oportuno en su época, irreprochable en todos tiempos, en cuanto á sanidad de miras y objeto práctico, en despecho de la Utopía que le servía de noble frontispicio, comete una falta de justicia, de discrecion y de gratitud, aprovechándose mas tarde de las mismas ideas federales que difundí é hice triunfar en los espíritus para volvérmelas contra mí y contra Buenos Aires que las ha aceptado.

Pero la libre navegacion de los rios será por largo tiempo infecunda en resultados si no se centuplica y mejora rápidamente la poblacion necesaria para consumir muchos artefactos europeos y producir muchas materias exportables que dén vida y actividad al comercio. Para complemento y realizacion de la Federacion me consagré á preconizar las ventajas de la inmigracion europea, y á estudiar los medios prácticos de realizarla. La *Crónica*,



*Argirópolis* y *Sud América* son un curso, aún no completo, sobre emigracion, sobre lo que había recogido datos en Alemania, Argel, Francia y Estados Unidos.

De la libre navegacion resultaba el libre comercio con Chile y Bolivia, y desde entonces me consagré al estudio de los antecedentes del comercio de cordillera, aconsejando al gobierno de Chile medidas económicas, algunas de las cuales coincidieron con la política comercial del gobierno.

De todo este conjunto de trabajos preparatorios resultaba la necesidad de nacionalizar las aduanas exteriores y ataqué sin recelo el sistema; y Rosas, viéndose herir en lo vivo, me hizo contestar por el *Archivo Americano*. De la aceptacion que estos trabajos merecieron ante los hombres pensadores puede formarse idea por lo que á este respecto me escribía el doctor Alberdi, entonces: «Su artículo-respuesta al *Archivo Americano* es soberbio. Lo he leído con un placer indecible. Contiene ideas madres. La de la renta ó de la nacionalidad de las aduanas de Buenos Aires merece ser tratada, no diez veces, sino cien veces. Esta sola idea es una bandera. La prensa no obra sino por la repeticion y la insistencia. Todo artículo suelto es perdido. Ponga usted en ridículo la absurda idea de una aduana de Buenos Aires. ¿Qué quiere decir eso? La aduana es argentina. Usted ha tocado en la tecla. Toque en ella en todos los tonos. (*Valparaíso, Mayo 28 de 1851* ».)

El pacto de San Nicolas, el decreto de Urquiza y la ley de tránsito y navegacion libre del gobierno actual de Buenos Aires muestran que no había tocado en vano la tecla. A mi regreso á Valparaíso tuve el gusto de ver consignadas, en el precioso escrito del doctor Aberdi *Bases para la Constitucion de la República Argentina*, aquellas ideas madres que me había esforzado, en diez años de trabajos, en hacer populares, sirviendo de base á un proyecto de Constitucion, á saber: Federacion con la capital en Buenos Aires, que yo había tenido el cuidado de poner en la punta de un alfiler, Argirópolis, mientras caía Rosas — Navegacion libre de los rios — Ciudadanía y garantías á manos llenas á los extranjeros inmigrantes — Nacionalizacion de las aduanas.

El libro del señor Alberdi era, á mi juicio, un aconte-

cimiento político. Nadie habria podido desenvolver en la República Argentina las ideas que contiene, en presencia del general Urquiza, cuyas preocupaciones contra gringos y carcamanes son bien conocidas. Era una constitucion federal que él no habia inspirado, un modelo y un padron para apreciar lo que se hiciese oficialmente. Era, en fin, hacer entrar en las vias del derecho constitucional hechos que tendian á continuar el pasado desorden. La prensa argentina reprodujo el trabajo del señor Alberdi, unos en abono de Urquiza, otros en vía de ironia; pero todos difundiendo y popularizando las ideas que contiene.

Yo provoqué una reunion de argentinos en Santiago para que hiciésemos una manifestacion en favor de *las bases* y escribi á Copiapó en el mismo sentido; pero las cuestiones de hecho, las cuestiones prácticas vinieron á dividir bien pronto los ánimos aquí, como los han dividido allá. Mas es ya un progreso inmenso para aquel país el que todas las provincias, Buenos Aires la primera, estén de acuerdo sobre las cuestiones mas arduas de economía política, de organizacion, y sólo disientan en la cuestion puramente práctica de saber si la perpetuacion del caudillaje, despues de vencido en Buenos Aires, y despojado del ejército Urquiza, es compatible con esas ideas económicas, industriales y constitucionales.

---

## BUENOS AIRES HOY

¿Qué va á ser de Buenos Aires hoy? ¿Qué opondrá á aquel aunamiento de trece contra uno? Ella, la pobre oveja descarriada, volverá, dicen, al redil, donde están sus hermanas, bajo la égida ó el cayado de su pastor. O, devorada por las turbulencias interiores, que su libertad misma excitará, caerá como edificio desmoronado, y sus escombros servirán á la construccion del nuevo monumento.

Nada de esto es imposible, y sólo es digna de compasion aquella politica que cuenta, como elemento orgánico, las horribles complicaciones, el desquicio universal, que aceleró, fomentó y precipitó el mismo en cuyo favor se hacen aquellas plegarias. Pero me parece poco seguro un sistema de politica que impulsa los hechos en una di

reccion dada, contando con la accion de otros hechos que aún no han sucedido, pero que puede ser que no sucedan nunca. ¿Y si Buenos Aires no se reune? ¿Y si Buenos Aires no se convulsiona?

Desgraciadamente no se ha hecho nada hasta ahora para procurar el primer resultado, y felizmente nada puede el general Urquiza para producir el otro. Puede la anarquía asomar su cabeza en Buenos Aires, como la ha asomado en las provincias, y principalmente en la de Entre Rios. Pero para que los partidos de una provincia se liguen á los de otra es preciso que algo de moral, de elevado, de útil y de simpático se les presente á la vista.

El Congreso ó la Constitucion pueden ser esta bandera de reunion, y así lo desean, si no lo esperan, todos los hombres sinceros. Pero vamos á exponer los hechos de todos conocidos, y mostrar por dónde corren riesgo de flaquear tan buenas y conciliadoras miras.

¿Se opone Buenos Aires á formar parte integrante de la República? Nó.

¿Se opone á la forma federal? Nó.

¿Se opone á la nacionalizacion de las aduanas? Nó.

¿Se opone á la libre navegacion de los rios? Nó.

¿Se opone á una constitucion? Nó.

Buenos Aires prescindiría, pues, de todas las irregularidades pasadas si, desgraciadamente, Congreso y Constitucion no viniesen forzosamente ligados con el hombre cuyo gobierno no puede aceptar sin serle impuesto por la fuerza de las armas y los desastres de la conquista.

El general Urquiza reconoció en San Nicolas á Buenos Aires en el goce de todos sus derechos, y protestó, retirándose, su deseo de no encender la guerra entre hermanos. Generosidad ó impotencia, el resultado público fué este, y Buenos Aires correspondió á este acto con muestras de deferencia que alejaron por un momento toda idea de hostilidad.

Llegado, empero, el general á Entre Rios, volviendo sobre su primer arranque, consignado ya en actos públicos, como le sucede, por desgracia, á cada hora, sugiere en proclamaciones la siniestra idea de constituir la República sin Buenos Aires. El general debió aguardar que el Congreso se reuniese, y por boca suya hacer aquela

declaracion que amenazaba una escision del territorio. Pudo y debió tocar antes los medios de inteligencia y conciliacion, que sólo despues de agotados inútilmente harían necesaria aquella desmembracion fatal. Nada de esto se hizo. La primera medida que señaló la resurreccion del directorio fué interrumpir las relaciones comerciales con Buenos Aires, y destruir de hecho aquella libre navegacion de los rios, objeto de tantos esfuerzos. ¿Tenia el director facultad para dar paso tan decisivo, en virtud tambien del pacto de San Nicolas? ¿Convenía hacerlo á la víspera de la reunion del Congreso, imponiéndole á éste un estado de hostilidad con Buenos Aires que hace imposible ó difícil entenderse?

¿Qué resulta para la historia? Que por un acto privativo de la voluntad de Urquiza se declaró extrañada virtualmente aquella provincia del seno de la Confederacion; que los gobiernos de provincia aceptaron el acto, y el Congreso se reune á confirmarlo. Todo esto puede ser legal y legitimo; pero el costado práctico tiene otro carácter, y el Congreso, así reunido *en odio y hostilidad* de Buenos Aires, es, por lo menos, parte complicada visiblemente para hacerse juez entre Buenos Aires y Urquiza. Nuevos desaciertos han hecho mas aparente esta parcialidad. El pacto de San Nicolas estipulaba que el Congreso se reuniria en Santa Fe, y el general Urquiza, al repasar el Paraná con sus milicias entrerrianas, arrastra tras sí á los diputados reunidos, y se los lleva al Paraná para que el Congreso se instale en Entre Rios. Así, pues, el pacto de San Nicolas es violado sin la voluntad del Congreso, y cuando el Congreso declare en casa del general Urquiza que esa es su eleccion, queda tachado de ceder á una influencia que el antecedente traia ya señalada. Buenos Aires ha mandado al general Paz á las provincias á entenderse con ellas, y los que han hablado de *concesiones mutuas* se huelgan de que no hayan querido oirlo.

Dejo á un lado la cuestion de derecho, que poca gana hay de estimar; pero la cuestion de conveniencia es aceptable para todos. ¿No habria convenido mas, ya que se violaba la letra del Pacto, acercar el Congreso á Buenos Aires, despojarlo de toda presumible coaccion de uno de los disidentes, á fin de que aquella ciudad pudiese ser

influida, al mismo tiempo que oida? ¿Es mejor para entenderse ponerse á mayor distancia de la convenida, y un rio navegable de por medio para hacer difíciles las comunicaciones? ¿No se pone ya el Congreso en el Paraná, para con los enviados del pueblo disidente, con el general Urquiza al lado, en la misma condicion que éste para con sus visitas en su tienda de campaña con el perro Purvis á la puerta?

Pero contra todas estas razones hay una invencible. Hace veinte años que los gobiernos argentinos se han propuesto hacer posible el imposible, y luchan y se desgarran, se despueblan, se ensangrientan y se empobrecen por conseguirlo. Suma *del poder público*, mazorca, degüellos, confiscaciones, *autorizaciones*, guerra de nueve años en Montevideo, todo ha partido de este principio, y veinte años de desastres no han traido hasta hoy, ni los descalabros de Urquiza mismo, el convencimiento de que nadie se *sale con la suya*, sino la naturaleza de las cosas, y las leyes naturales de los acontecimientos.

Hagan congreso, instálenlo, dicten leyes y constituciones, todo esto no llevará sino á la guerra, es decir, á la obstinacion de querer forzar las cosas, desgraciadamente sin justicia, y mucho me temo que sin medios. Buenos Aires aceptaría un congreso, sin Urquiza; una constitucion federal, sin Urquiza; un porvenir, sin Urquiza; pero se comete la indiscrecion por las formas, por el estímulo, por la localidad misma de mostrarle que congreso, constitucion y porvenir no es mas que aquel hombre que tanto conoce, que tanto detesta, que tanto desprecia. ¿Se quejarán las provincias de que no acepte el don? ¿El *timeo Danaos et dona ferentes* no estaría justificado en boca de la ciudad á quien se le ha ofrecido «sembrarla de sal,» y «escarmentarla para siempre?»

Vamos á la guerra, pues, y analicemos la guerra. Esta es una arma cuya eficacia puede conocerse de antemano. Las provincias argentinas han sido diez años adormecidas sobre sus estragos. Rosas les pedia *autorizaciones*, pero no soldados, ni dinero. El general Urquiza mismo, y Entre Rios, hicieron de la guerra un *buen negocio* durante muchos años. Concluida una campaña se le pasaba la cuenta á Rosas de lo que habia costado, y, salvo la san-

gre derramada por uno y otro lado, salvo la paralizacion del trabajo y los estragos de la guerra, todo se pagaba al contado. Antes de declararse Urquiza contra Rosas éste le había mandado el precio de doce mil caballos y ocho mil vestuarios para una guerra contra el Paraguay. Creo que Urquiza dió cuenta de tener en su poder 35,000 pesos.

Así podía hacerse la guerra antes, y tolerarla los gobiernos que la *autorizaban*. ¿Qué le costaba á Salta ó á Mendoza el sitio de Montevideo, que malbarataba cuatro millones de pesos anuales? Nada, cuando mas algunos elogios á Rosas y las autorizaciones necesarias. Oribe en Tucuman, Pacheco en Mendoza, Urquiza en Corrientes, las rentas de Buenos Aires proveían á todo. Ahora, por fortuna, todo ha cambiado un poco. Con la *autorizacion*, ó la ley del congreso, ha de ir el dinero para realizarla. No hay Brasil que dé millones, ni escuadras, ni ejército veterano en que apoyarse. Entre Rios ha de dar sus caballos, sus vacas, su dinero y sus hombres, y las provincias tomar su parte de costas en este *negocito* tan agradable de imponer á Buenos Aires un caudillo, que tiene hoy un congreso en su casa, en reemplazo de un ejército que acampaba en Palermo, y que lo abandonó.

Estoy cansado de oir repetir trece contra uno; pero los términos de guerra no son como las ecuaciones de aritmética, pues que en éstas entran elementos económicos, morales y materiales que cambian las proporciones numéricas. Dícese que el poder del general Urquiza es incontrastable hoy, cosa que yo creo tambien; lo único *contrastable* que encuentro es el individuo mismo, que lo he visto venir, de contraste en contraste, al punto de donde partió en 1851, para empezar solo lo que tan mal supo aprovechar cuando tantos lo ayudaban.

Para los que dicen, pues, trece contra *uno*, y que no pondrían en plata de su bolsillo, sin embargo, trece contra uno á que el número trece gana, no diremos nada del carácter y elementos de la guerra en perspectiva; pero hay otros que saben promediar las cifras, pesarlas y comprobar sus quilates. Para mí la guerra posible (¡y deseada! ¡si ese cáliz no puede apartarse de nuestra infeliz patria!) es una guerra de libertad por un lado,

y de caudillaje por otro; de estrategia y de ciencia militar de un lado y de vandalaje y alzamiento compulsivo de campañas por otro; de ejército de línea regular de un lado y de milicias de chiripá colorado por otro; de civilizacion en los medios de un lado, y de barbarie en los fines por otro; de un pueblo que se defiende, y de un caudillejo que ataca; de la justicia en los motivos del uno, y de las preocupaciones del otro; y guerra tan premiosa, tan significativa, tan concluyente, vale la pena de desearla, aunque el patriotismo imponga el deber de estorbarla, si es posible.

El general Urquiza pertenece á la escuela militar que se esfuerza en aumentar, por los medios mas ruinosos y deplorables, la cifra de los combatientes. La República vuelve hoy á los elementos constitutivos de la fuerza real; el ejército de línea para que reposen los que trabajan. Urquiza no tiene ejército de línea, y dentro de dos años no se improvisa este instrumento. La milicia entrerriana ha estado un año fuera de sus casas, y pide necesariamente que la dejen reposar otro, por lo menos.

Yo he visto evocarse, como he dicho antes, en Buenos Aires la antigua tradicion guerrera de aquel pueblo. Los *patricios* están ahí; las legiones que asediaron á Montevideo están ahí, los centenares de jóvenes que defendieron sus murallas están ahí; los de la legion argentina y del Escuadron de Mayo están ahí, el personal militar de Rosas está ahí; el de Lavalle y Paz está ahí; los generales y coroneles *fundillos caídos* están ahi; y con el odio y el desprecio á Urquiza, con su arrogante insolencia tanto tiempo experimentada, con el conocimiento que tienen de su impotencia militar, y la nobleza de la causa que defendería una provincia en masa, rica en recursos, en hombres, yo no vacilaría en ir á pedir servicio en las filas de sus ejércitos, que creo que vale tanto como apostar en la Bolsa, ó en las riñas de gallos, *uno* contra *trece.* Y entonces, quizá, me cabría la honra de escribir la CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO CHICO CONTRA EL EJÉRCITO GRANDE, por el coronel... para mostrar cómo acabamos, al fin, con estos apacentadores de vacas, empeñados en apacentar hombres y pueblos.

Yo conozco, uno á uno, el personal militar de nuestro

país. Sé quién está ó estará con Urquiza, y quién no, y deseara que se publiquen y hagan conocer esas reputaciones militares que están al lado del caudillo que va á correr las aventuras de la guerra para rehabilitarse.

Pero la guerra no es posible, y Buenos Aires tiene un papel mas noble que desempeñar. Libre su Sala de Representantes, compuesta de treinta y seis diputados, libre su prensa, podrá, para edificacion de la República, completar las discusiones del Congreso de veinte miembros, tenido al lado del cuerpo de guardia del Paraná, y con una prensa morigerada por la policía. El pro estará sostenido en el Paraná, el contra en Buenos Aires. El descalabro de la política personal del general Urquiza hará tambien que la constitucion sea racional y justificable, y no como el pacto de San Nicolas lo dejaba establecido: un drama calcado para el carácter y la sed de poder absoluto del general Urquiza, para quien estaba destinada. Hoy es un problema la candidatura del caudillo que tiene el veto de Buenos Aires; y á mi juicio el de toda la República, y el de las necesidades actuales. Si esta cláusula se agrega al proyecto de constitucion, la constitucion será un simple decreto de guerra civil. Es sensible que en aquel diminuto Congreso no haya hombres de prestigio, por su capacidad política, en número suficiente para suplir á su exigüidad, pues habiendo sido elegido este Congreso, teniendo por suplente el ejército para darle peso, el suplente renunció el 11 de Setiembre en Buenos Aires, y pocos han de ser los que deseen seriamente reemplazarlo.

Buenos Aires en su actitud actual es una rémora para aquella prisa de Urquiza de tomar el rábano por las hojas, de convocar al galope de la posta gobernadores, sancionar pactos en veinticuatro horas, y tomar el poder antes de haber congreso que lo reglamente. Ahora no hay para qué darse tanta prisa. No por mucho madrugar amanece mas temprano. La Constitucion, con Urquiza por añadidura, trae la guerra, y la guerra da mucho tiempo para pensar en constituciones á los que se embarcan en ella, creyendo que es soplar y hacer botellas.

Muchas veces me ha venido la idea de que este encono popular de las provincias con Buenos Aires debe tener

una causa natural fuera de la voluntad de los hombres. La cría del ganado, tal como se practica hoy, produce gobiernos que degüellan cuadrúpedos ó bípedos indistintamente. Veamos lo que produce la colocacion de poblaciones en puntos lejanos. En otra parte he notado que los españoles poblaron mal la América del Sur extendiéndose sobre un inmenso territorio, y los ingleses poblaron bien la América del Norte no separándose de las costas sino despues de bien pobladas éstas. Así, pues, se engrandece Montevideo y Buenos Aires, y se despueblan La Rioja, San Luis, Catamarca. Las distancias entre unos pueblos y otros engendran los celos provinciales; la pobreza del interior, la envidia contra Buenos Aires. ¿Qué sucede entonces? Lo que de dos mil años á esta parte está sucediendo en la China, país rico de las costas asiáticas. Cada cien años la invaden los tártaros del interior, atraídos por la fama de sus riquezas. La conquistan, se la reparten y la saquean; pero los tártaros no vuelven á su país nativo, sino que se quedan en el país conquistado, gozando de sus beneficios. De donde resulta que la aborrecida China dobla su poblacion, y la Tartaria se despuebla todos los cien años. Al fin ha sucedido que los tártaros de la China han conquistado á la Tartaria interior, y hoy es China tártara la que antes fué Tartaria independiente.

Esta ley la están realizando, ó con ganas de realizarla, las mal situadas provincias. Todas ansían, sin saber por qué, echarse sobre Buenos Aires. Si lo hacen, la ley se ha de cumplir. Vencidos, los huesos de los provincianos quedarán desparramados en La Pampa: vencedores, los que sobrevivan se quedarán en Buenos Aires á gozar de los frutos de la victoria, y, vencedores ó vencidos, habrán destruído ó disminuido su riqueza en el interior con la falta de brazos y los caudales que la guerra absorbe.

Una prueba de esta tendencia la he visto en el general Urquiza. Provinciano educado por Ramírez y Artigas en el odio á Buenos Aires, va con el designio de pisotear á aquellos *pícaros porteños*. Tiene, en efecto, el gusto de pisotearlos; pero se encuentra á su paso con Palermo, tan bonito, tan limpito, con tanto saucesito y tan bellas flores en los jardines. Se establece en Palermo; manda traer á sus

queridas; y cada dia empieza á hallarse mejor que en San José su estancia, tan triste, tan desierta. El que en Entre Rios decía que iba á volver á su casa así que Rosas cayese toma todas sus disposiciones para establecerse de firme en Buenos Aires. Hasta tomó de un brazo al gobierno de la provincia para sentarse un rato en el asiento, y probar qué tal le venía. ¡Qué bueno lo halló! ¡Cómo se acomodó y repantigó una hora, cruzando las piernas, y reposando sus brazos en los del sillon! Va á costarles á los *pícaros porteños* un ojo de la cara curarlo de la propension que tiene el general de volver á Buenos Aires. ¡Tan lindo aquello! ¡Tan poblado! ¡Ea, provincianos, á Buenos Aires todos á castigar á la rica, á la orgullosa Buenos Aires! ¡Dejad el arado, mendocinos, y empuñad la chuza! ¡No lleveis ya barriles de aguardiente sino de pólvora! ¡Despoblad el interior, y engrosad la poblacion de las costas, instrumentos necios, de causas naturales, de errores de la colonizacion española!

Casi no es de vituperar la importancia moral, política, militar y de circunstancias que dan á Urquiza á la distancia. Es tan vehemente el deseo de ver organizada la República que los espíritus adhieren con tenacidad á todo lo que les ofrece satisfacerlo, lo mas pronto posible, por el camino mas corto, por los medios que al principio se presentaron. No me harán á mí, sin duda, la injusticia de creer que no he deseado con tanto ardor como los otros resultado á cuya preparacion había consagrado mi vida y desvelos; pero, á pesar de mis deseos, vi deshojarse dia á dia esta esperanza. Había desesperado el 23 de Febrero en que me embarqué: desesperó Alsina el dia que dejó el ministerio: desesperaron Mitre y Velez, redactores de diarios de Urquiza cuando las elecciones: desesperó Buenos Aires cuando la Sala fué disuelta; desesperó el ejército en masa en Setiembre.

Si las provincias adhieren es en razon de las distancias de los mirajes y de la incapacidad de obrar. No tiene otro origen el movimiento impreso á Valparaíso. Un buen deseo, falto de crítica, de examen práctico, alimentándose de proclamas y decretos, escritos por otros que Urquiza, adobados con esas mismas ideas, almibarados con esas esperanzas, que son la miel con que se cogen las moscas,

la luz sobre que tornan las mariposas Pero ¡ah! que esas moscas quedan pegadas y esas mariposas perecen. Las provincias volverán de su error, tarde, parcialmente, manchadas, desoladas y desorganizadas; pero volverán, porque la buena intencion, como las preocupaciones, no pueden nada contra la esencia de las cosas. ¿Vamos á educar á Urquiza, y darle por escuela la presidencia, por manejo la República, por instrumentos de labor el ejército y las rentas, por curso de estudio diez años de nuestro provenir, por materia de ensayo los intereses económicos, la tranquilidad pública, el progreso y el desarrollo? ¿Pero quién se encarga de ser el tutor de este terrible aprendiz? ¿El Congreso en que está Elías y diez mas de su capacidad moral?

---

## EPÍLOGO

Creo haber llenado el objeto que me había propuesto. Contar con verdad los sucesos, grandes y pequeños de que fuí precursor, colaborador, actor y testigo. He querido con su narracion mostrar el origen de las ideas que en diversos escritos he emitido, contra la utilidad, justicia y necesidad de levantar de nuevo al general Urquiza.

He querido, sobre todo, disipar las perversas preocupaciones que hombres mal informados, por favorecer á Urquiza, amontonan contra Buenos Aires, por un acto que no es suyo sino del ejército de Urquiza, y que éste provocó é hizo necesario y aceptable por su ineptitud y sus desmanes. Pueden llamarme ahora detractor los que reciben inspiraciones del Paraná; pueden suponerme apasionado. ¿Apasionado de qué?

Yo respeto las ideas, y hasta las explotaciones que se hacen de las ideas; pero exijo, en cambio, un poco de pudor en las imputaciones de motivos que dan á mi conducta y escritos. No hay en ellos ni pasion, ni mentira, ni explotacion de posiciones, presentes ó futuras, sin que esto excluya el deseo de lo mejor para mí, sin perjuicio ni daño de los grandes objetos de la lucha.

La pasion de hoy es la de 1829: llegar á los santos fines

de organizar el país bajo la forma federal que he explicado, ennoblecido y justificado; pero bajo esa forma ú otra cualquiera, la rehabilitacion de los usos, prácticas y personal inteligente de las sociedades civilizadas, y la cesacion del capricho indisciplinado y salvaje de esos monstruos de libertinaje, de petulancia, de grosería y de egoismo que produjeron nuestras luchas civiles, y de los cuales no queda sino uno, á quien quisimos elevar á la dignidad de hombre histórico, y mostró en seis meses de poder que los vicios de conformacion de esta clase de espíritus son incurables. Han nacido así, y así morirán. Los hechos están ahí, y los resultados tambien. La satisfaccion de las pasiones, del orgullo, del capricho, la fuerza brutal por instrumento, la mentira, la doblez y la inconsistencia por medio. Faltóle la fuerza, quédale ahora la mentira, auxiliada, es verdad, por agentes habilísimos, que saben cómo se maneja la opinion, cómo se la embauca y se la persuade.

Yo no he adquirido esos talentos. No sé mas que decir lo que creo justo y honrado. Acaso este sistema candoroso tiene sus ventajas. La *Gaceta, Angelis, Girardin*, el *Defensor del Cerrito* y el *Progreso,* un tiempo en Chile, fueron otros tantos laboratorios de encomios al héroe y de mentiras verosímiles y sensatas; y diez años de este régimen en la prensa no estorbaron que la opinion se ilustrase, en despecho de tan hábiles escamoteadores de palabras y de los juegos de equilibrio de la lógica.

Si la libertad argentina sucumbe, es decir: si el caudillaje triunfa de nuevo, habré sucumbido yo tambien con los mios, y el mismo polvo cubrirá *Civilizacion y Barbarie*, *Crónica, Argirópolis, Sud América* y *Campaña del Ejército Grande*, que son sólo capitulos de un mismo libro.

Si la guerra se enciende iré á tomar parte en ella del lado en que, á ojos cerrados, la conciencia de los que me maldicen sabe, sabia, sabrá, dentro de dos ó de diez años, que he de estar, y adonde no espero tener el desagrado de encontrarles á ellos.

Un hecho solo me parece claro y conquistado ya históricamente, y es que Urquiza, con Congreso ó sin el *Congreso*, con Buenos Aires ó sin él, con las provincias ó sin ellas, con el directorio ó sin él, con los diarios ó sin

ellos, no será jefe de la República. Esto me parece que está escrito ya allá arriba, y siento de ello esa intuicion indefinible pero firme, incontrastable, que he sentido siempre por los hechos fatales que las causas conocidas traen aparejados.

Es una imposibilidad histórica que nada, que nadie puede remediar. Puede triunfar de Buenos Aires; pero presidir el Estado, no. Su rol ha pasado. Será Monk, será Tallien. Será Urquiza, en despecho de los que en número de quince ó veinte, tránsfugas de la difícil pero gloriosa causa de la civilizacion, tratan de dar apariencias civilizadas y morales á aquel resto impuro, de nuestros desaciertos pasados. Rosas los tuvo en mayor número, y no menos hábiles; tuvo la sancion del tiempo y de la fuerza, y el asentimiento del mundo, y sucumbió. Urquiza hace mucho tiempo que ha sucumbido.

---

## INCIDENTE MUR

«Sírvase publicar estas cortas líneas en contestacion al torpe pasquin, que, con el título de *Asesinato frustrado y fuga del asesino*, se ha insertado en el *Diario de la Tarde* de hoy (viernes 26 de Febrero de 1852) con la firma de don Juan Mur.

«El señor Sarmiento, á quien se ataca en esa ridícula pasquinada, no necesita de mi defensa; pero siendo amigo suyo, y estando incidentalmente mi nombre mezclado en el asunto que ha dado origen á aquella publicacion, me considero en el deber de no dejar pasar las injurias que se le dirijen por la espalda.

«Todos conocen bien al señor Sarmiento. Sus escritos políticos, literarios y administrativos le han granjeado una reputacion americana, y sólo al señor Mur podía ocurrirle la ridiculez de llamar asesino al publicista ilustrado, al militar valiente, cuyo nombre es respetado en toda la República Argentina.

«En cuanto al dictado de cobarde, que le aplica el autor del pasquin, sólo una cosa diremos en contestacion. El señor Sarmiento se batía con honor en Monte Caseros, y

cargaba espada en mano en la division oriental, que tomó por asalto las posiciones enemigas...

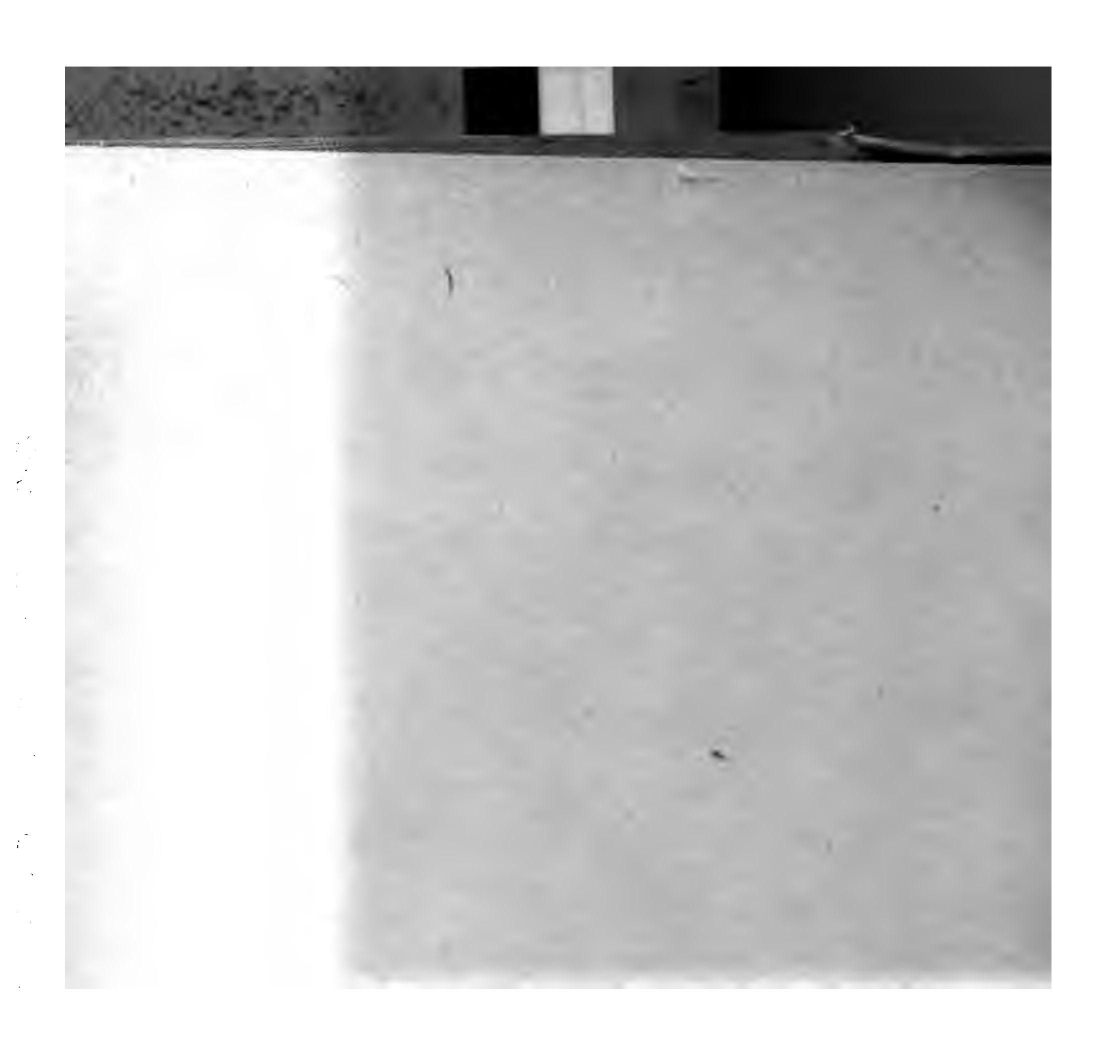
«El señor redactor del *Diario de la Tarde*, haciéndose el abogado de la causa de Mur, tambien le dirige al señor Sarmiento su tiro por la espalda, y, puesto que se ha hecho solidario de tan noble causa, reciba igualmente para sí todo lo que queda dicho para el autor del pasquin que él ha prohijado.

*B. Mitre.*

Diario *Agente Comercial del Plata*, Núm. 213, año I.

# APÉNDICE

# LOS EMIGRADOS





## LOS EMIGRADOS

(PÁGINAS PÓSTUMAS)

### ADVERTENCIA DEL EDITOR

La publicacion del libro que precede, de un testigo de los sucesos, tenía por objeto poner de manifiesto, desde la raíz, las tendencias políticas de caudillaje, del vencedor de Caseros, cuando éstas se convirtieron en obstáculo para la organizacion nacional, y era necesario precaver al país en contra de los egoísmos, intereses, envidias y rencores que se agrupaban hostiles en frente á Buenos Aires.

«Campaña en el Ejército Grande», empero, es en el fondo, para nosotros, el brillante epílogo de la lucha contra la tiranía, y corresponde á este libro la lista de los protagonistas que la sostuvieron en todos los terrenos durante tantos años. Los bocetos que siguen son rápidas reminiscencias arrojadas al papel por Sarmiento en los últimos años de su vida, sin pretension de hacer biografías, y, sin duda, queriendo formar un cuadro que hiciese resaltar el valer moral é intelectual de los hombres que pelearon á muerte contra don Juan Manuel de Rosas.

Estos rasgos biográficos que han quedado tan incompletos en los papeles del autor los publicamos sin alteracion, para no desfigurar el noble empeño que resalta de ellos de no hacer valer sino lo mas recomendable en los caracteres hasta de los mas encarnizados enemigos

personales de Sarmiento. Sólo hemos agregado algunos párrafos, tomándolos de otros escritos del autor.

ABERASTAIN, Antonino.—De San Juan. Se educó en el colegio de Ciencias Morales. Juez de Alzadas en San Juan. Secretario de Intendencia en Copiapó. Gobernador de San Juan, rendido y prisionero, fué ejecutado al dia siguiente con ciento veinte ciudadanos mas, en la Rinconada, por Juan Saa y Clavero.

Aberastain, célebre en sus primeros años por su capacidad de aprender, lo fué siempre por su moralidad estoica, pues ese sentimiento, unido á una tranquila energía de carácter, lo llevó á la muerte, aceptando un movimiento de legítima indignacion del pueblo de San Juan contra las brutalidades de un seide que le mandaron para sojuzgarlo despues de haber depuesto á Benavidez. Es la víctima mas pura del martirologio de la libertad.

(*El autor ha escrito una extensa biografía de Aberastain, que se publicará posteriormente.*)

AGOTE, Pedro.—De Catamarca. De los mas precisos y concienzudos economistas que haya tenido el país.

AGÜERO.—Don Julian Segundo. Presbítero español, que había tenido parte en las Cortes el año 1812 en Europa y su consejo de gran valía entre los patriotas americanos. Sin los profundos estudios de M. Renan llegó á los mismos resultados, llamando á Jesús el filósofo de Nazareth en el curso de metafísica que dictaba en el Colegio de Ciencias Morales. Es el mas grave y acompasado orador del Congreso de 1826, en cuyas sesiones ocupa gran parte.

ALBERDI, Juan Bautista.—De Tucuman. Educado en el Colegio de Ciencias Morales. Escritor célebre por la originalidad de sus escritos literarios, económicos y políticos. Diplomático. Sus obras han sido dos veces mandadas reimprimir. La principal de ellas es *Bases para la organizacion de la Confederacion Argentina*. Ha publicado numerosos panfletos sobre cuestiones políticas de circunstancias.

Separóse con muchos otros, mas prudentes ó mas fáciles de contentar, del grupo que siguió á Buenos Aires en la organizacion nacional, despues de Caseros.

Sus talentos y su ilustracion lo colocan entre los mas claros ingenios de la República.

ALMANDO, Lino.—De Mendoza. Teniente coronel, compañero de Lavalle.

ALSINA, Valentin.—De Buenos Aires. Discípulo del dean Fúnes. Brillante abogado del foro de Buenos Aires, mostrando desde temprano su talento en la defensa del coronel Rojas, de los Ibañez, acusados de asesinato, y en su escrito defendiendo el derecho que asiste al gobierno argentino sobre las islas Malvinas ocupadas por los ingleses. Catedrático de derecho en la Universidad hasta 1840, en que, preso y en víspera de ser entregado á la mazorca, su mujer lo sacó del ponton en que estaba preso y huyó con él á Montevideo. Consagró su vida á la causa de la libertad, y un dia se leyó en el lema del *Comercio del Plata* esta sencilla declaracion: *Su fundador y redactor, don Florencio Varela, fué asesinado traidoramente el 20 de Marzo de 1848. Lo dirige hoy don Valentin Alsina, su redactor principal.*

Mantuvo en la plaza sitiada las esperanzas, la inteligencia y la dignidad del pensamiento argentino. Fué electo gobernador dos veces en Buenos Aires. Mirado como un *leader* ú hombre representativo de los principios que Buenos Aires sostenía contra Urquiza, que eran, en suma, la realidad de las formas republicanas sin gobiernos irresponsables. Este objeto lo logró con Cepeda, y la union se efectuó. Era hombre intachable en moralidad y principios.

ALSINA, Adolfo.—Hijo de don Valentin; como su padre y abuelo, gobernador de Buenos Aires. Su madre, una distinguida matrona, era hija del presidente Maza, protector de Rosas y degollado en la legislatura, como Urquiza lo fué por su protegido López Jordan. El doctor Alsina, joven aún, fué vicepresidente de la República, y despues ministro de la guerra, emprendió la conquista efectiva del desierto, llevándola hasta Guaminí. Ejercía grande fascinacion como orador popular, aunque nada haya dejado escrito, y como tal está representado en la estatua de bronce dedicada á su memoria por sus admiradores, y á que la muerte lo arrebató temprano, teniendo la mano en la obra.

ALVARADO, Rudecindo.— De Salta. General del ejército de los Andes, fué nombrado gobernador de Mendoza en 1829 contra los Aldao, apoderados de la provincia. Y despues de una larga serie de escaramuzas y de combates, las excelentes milicias de Mendoza fueron derrotadas por los restos de los auxiliares de línea y las hordas de Quiroga al mando de Villafañe. Su carácter templado é indeciso lo hacía poco apto para luchar contra la energía de aquel triunvirato militar. La matanza fué horrible ordenada por el fraile borracho.

ALVARADO, Ramon.—De Jujuy. Comerciante inteligente. Despues de largos años de destierro, pasados en Chuquisaca, fué senador al Congreso y presidente de dicha cámara. Encargado de negocios en Bolivia.

ALVARADO, Roque.—De Jujuy. General y gobernador de Jujuy, prestó servicios á la causa de la libertad. Derrotado Lavalle en Famallá, en 1841, hubo de emigrar. Fué gobernador de su provincia, por segunda vez, despues de la caída de Rosas.

ALVAREZ, Zacarías.

ALVAREZ DE ARENALES, don Juan Antonio.—De Salta. Ilustre general de la Independencia, mostró grandes talentos militares y prestó eminentes servicios á la América. Gozó de toda la confianza de San Martin, quien le confió el mando del ejército en el Perú. Gobernador de Salta en 1824. Emigró á Bolivia en 1831 á consecuencia del triunfo de Quiroga en la Ciudadela. Murió en el mismo año. Descienden de este eminente patriota el general don *Napoleon Uriburu*, de grandes conocimientos militares y austero ciudadano; don *Francisco Uriburu*, financista y hombre progresista entre los que mas han contribuído en épocas de bonanza al movimiento económico del país, y don *José Evaristo Uriburu*, por largos años nuestro representante en el Perú y Chile.

ALVAREZ, Crisóstomo.—De Tucuman. Su aprendizaje de soldado intrépido lo hizo peleando contra los indios del sur. Debutó de teniente al servicio de Rosas, pero muy pronto consagró su terrible lanza á la causa de la libertad. Para cargar se colocaba siempre algunas varas al

frente de sus jinetes y profería un alarido horrible, como el de los indios, que se comunicaba á los suyos, como su valor, que parecía contagioso. Siguió á Lavalle y La Madrid, combatiendo siempre. Cuando los tiempos volvieron á ser propicios para derrocar al tirano emprendió la campaña por el lado de Tucuman, al mismo tiempo que Urquiza se sublevaba en Entre Rios. Murió en la demanda por exceso, por demencia de valor, empeñado en rendir él solo un batallon de infantería.—(Véase la Pág. 315 de este volumen.)

Alvarez Condarco, J. Antonio.—De Tucuman. Expatriado, se recibió de ingeniero en Chile y se distinguió en esa profesion.

Aquino.—De Buenos Aires. Oficial de Lavalle, en cuyos ejércitos adquirió la reputacion de valiente que no desmintió nunca. El «Boyero» [1] lo había adoptado como hijo, y cuando encontraban con seis hombres un escuadron enemigo, le decía: venga, hijo, tome una leccion, y cargaban juntos. Emigrado al Perú, tomó servicio y se distinguió por actos de valor romanesco. Era un verdadero oficial de fortuna, franco, disipado, derramando el dinero ó la sangre, para satisfacer sus necesidades lujosas y elegantes ó servir sus ideas políticas. En la campaña de Caseros el coronel Aquino mandaba una division compuesta, en su mayor parte, de antiguos soldados de Oribe, á quienes su jefe se desesperaba en enseñarles un poco de táctica é inculcarles disciplina regular; apenas pisaron la Pampa aquellos potros indomados escaparon hacia su querencia: una noche lancearon al bravo Aquino y toda la division se pasó á Rosas.

Arana, Diego. - De Buenos Aires.

Ascasubi, Hilario. — De Córdoba. (Nació en 1807.) Poeta popular de genial inspiracion, en nuestra literatura del género de Hidalgo ó de Rubí en España. Artemis Wood ha hecho célebre en Inglaterra el dialecto lleno de imágenes y de idiotismos populares de los pionners de fronteras de Estados Unidos. Ascasubi hizo hablar en sus versos

---

(1) Véase en *Civilizacion y Barbarie* la historia del Boyero, Cap. VII.

al gaucho, y sus coplas y sus endechas fueron contra la tiranía y la barbarie lo que los versos de Tirteo para animar á los griegos. La poesía gaucha de Ascasubi contiene preciosos cuadros. Bardo plebeyo, templado al fuego de las batallas, soldado raso en el Tala (Tucuman) asistía al primer combate del genio gaucho; oficial en el sitio de Montevideo, vino á encontrar el torrente que desde entonces había venido engrosándose y venciendo débiles obstáculos, como venció á él, hasta dar esta última batalla en las murallas que el espíritu europeo le opuso.

Baigorria. — De San Luis. Llamado «el indio.» Asilado, en efecto, entre los indios, su valor lo constituyó luego jefe de una tribu de ranqueles, de que fué su sucesor Baigorrita, su hijo á usanza india. Se conservaba fiel á la tradicion unitaria y sus merodeadores le llevaban á veces, entre el botin hecho sobre tropas, *Sud América, La Crónica*, ó el *Facundo*, que lo tenían al corriente del estado de la cuestion en los Estados, como él decia. Es un tipo singular congénere de «Larga Carabina» de Fenimore Cooper. Al fin le llegó el dia de volver al país cristiano, con sus lanzas, notables en la línea por los plumeros de avestruz. Como él Catriel, el araucano, se presentó en Caseros con quinientas lanzas. En Pavon, deshecha por desquicio mecánico la enorme línea de caballería, mezclados regimientos de línea y divisiones de milicia, Baigorria rompió la del enemigo y por su retaguardia operó su retirada, haciendo un prodigio del valor de un hombre. Era una figura americana.

Balcarce. — General de la Independencia.

Baltar.

Barañao, Manuel. — De Buenos Aires. Teniente coronel de la Independencia.

Barcala. — Coronel de la Independencia. Se llenó de gloria en la guerra del Brasil. Era el negro liberto consagrado durante años á mostrar á los artesanos el buen camino y á hacerles amar una revolucion que no distinguía color ni clase para condecorar el mérito. Llevólo el general Paz á Córdoba, para encargalo de popularizar el cambio de ideas y de miras, y su accion fué fecunda,

haciendo desde entonces que los *cívicos* de Córdoba perteneciesen al orden civil, á la civilizacion.

Barros Pazos, José. — De Buenos Aires. Abogado de grande instruccion, profesor de latinidad y rector de la Universidad de Buenos Aires, ministro de gobierno y juez de su provincia, senador y miembro de la Corte Suprema Nacional, como antes había sido diputado al congreso constituyente. Deja varios opúsculos sobre literatura y política; y en Chile ocupaba entre los argentinos una alta posicion que sus actos posteriores no le hicieron perder, pues se le encontraba siempre á la vanguardia en los conflictos de la época.

Beeche. — De Salta. Cónsul argentino en Valparaíso. Bibliófilo. Durante años coleccionó cuantos libros sobre la América pudieran llegar à sus noticias y á sus manos y cuantos escritos se referían á la República Argentina y á la lucha contra Rosas.

Los libros son el arsenal de la razon y del derecho, y Beeche tenía abiertas la puertas de sus vastos almacenes á todos los que necesitaban acudir á la historia ó á los tratados para restablecer el derecho de su patria, contra la que se creía barbarie ingénita. La civilizacion debe mucho á este colaborador silencioso.

Belin, Julio. — Francés y tan incorporado á la lucha contra la tiranía, viviendo entre los emigrados en Chile, que sacrificó cuanto ganaba en varias industrias, entre ellas la de impresor, de que era maestro eximio, descendiendo de los Belin de París, libreros desde el siglo XVI. La masa de publicaciones que llevan su nombre al pie como impresor y que descendian como nevados copos desde la cordillera á enturbiar los goces de los tiranos y despertar la conciencia de los oprimidos, eran costeadas por él en parte, pagándose sumas extravagantes para introducir aquellos brandones en el campo enemigo. Murió en la demanda y deja dos hijos, Julio y Augusto Belin Sarmiento.

Berdia, Manuel. — De Tucuman. Cirujano del ejército auxiliar del Perú. Hombre ilustrado, médico hábil y desinteresado. Ministro varias veces en Tucuman, prestó valiosos servicios.

BUSTILLOS, José María. — De Buenos Aires. Oficial del general Paz en Montevideo, y jefe brillante en todas las campañas posteriores, condujo con bizarría la primera division Buenos Aires en la guerra del Paraguay. Largos años capitan general del puerto. Sus palas coloradas representan luengos años de tenaz y paciente consagracion al bien público.

CÁCERES, Luis. — De Córdoba. Abogado. El talento mas brillante de Córdoba. Gran reformador y fundador de la libertad de imprenta en la República, con *El Imparcial*. Diputado al Paraná, donde fué ardiente y razonado opositor al gobierno del doctor Derqui. Ministro de Fragueiro. La generacion que ha gobernado á la República, desde Avellaneda adelante, son sus discípulos.

CALLE, José. — De Mendoza. Autor de una historia de los sucesos ocurridos en Mendoza bajo el gobierno del general Alvarado, con el desastre del triunfo de los Aldao y matanzas y saqueo que le siguió bajo la borrachera del fraile Aldao. Libro grave, verídico y el único documento auténtico que queda de aquellas lúgubres oscuras iniquidades. En Chile redactó *El Mercurio*, que hizo, por su influencia, pasar á Sarmiento la redaccion. Fué Calle el primero en reconocer cualidades de escritor á Sarmiento y facilitarle la ocasion de producirse.

CAMPOS, Martin. — Ayudante de Lavalle. Uno de los autores de la revolucion del sur contra Rosas. Fracasada ésta se incorporó á las fuerzas de Lavalle, continuando todas sus campañas y acompañándolo hasta su muerte en Jujuy.

La familia de los Campos ha provisto de varios generales á la República; y acumulando sus servicios, acciones de guerra, muertos y heridos, haría bajar el platillo de la balanza en el juicio ante el Genio de la patria, aunque en el otro platillo se amontonaran los millones de todos los Rothschild.

CANÉ, Miguel. — De Buenos Aires. Abogado y escritor brillante en el *Comercio del Plata* y en *El Orden* de Buenos Aires. Capitan en el sitio de Montevideo en sus mas duros tiempos. Genio festivo y jovial. Ha dejado una novela del mismo género judicial que Dickens tocó en su Bleakhouse.

Su hijo se ha hecho un nombre en las letras y sigue la carrera diplomática, traído á ella por el nombre de su padre que figuró en los acontecimientos de los tiempos heroicos.

Cantilo, J. María.—Del Uruguay. Se estableció, como tantos otros orientales, en Buenos Aires, donde ha ejercido destinos públicos, y, á mas de diversos trabajos de erudicion, ha traducido varias obras del ingles sobre materias constitucionales, tales como Story, el Federalista y otras, que lo colocan entre los que continuaron la obra de mostrar y continuar el movimiento intelectual de la emigracion argentina, justificando su título de representante de la cultura y civilizacion de estos países, contra la ignorancia de las clases campesinas que apoyaban á Rosas.

Carrasco, Benito. — De Buenos Aires. Era hijo del doctor Pedro Carrasco, médico del ejército de San Martin y miembro del Congreso de 1816, por el que fué designado para la junta de gobierno cerca de Pueyrredon. Don Benito hacía parte de aquella juventud entusiasta que se consideraba encargada de perpetuar la grande obra de la revolucion; imberbe aún, fué engrillado (1840) por el delito de civilizacion y de progreso, sin que le sirviera de escarmiento, pues, continuando su ardorosa propaganda, supo que había orden de matarlo y escapó una noche en una ballenera con el doctor Somellera. Sirvió á las órdenes del general Paz, y concluído el sitio de Montevideo se estableció en el Brasil, donde formó familia, hasta despues de Caseros que volvió á su provincia para formar parte de su mas honorable magistratura, y murió en la epidemia de 1871, socorriendo las víctimas del flagelo.

Deja un hijo del mismo nombre, abogado, espíritu ardiente y movedizo.

Carril, Salvador María. — De San Juan. Abogado. Hombre de estado de los mas conspicuos. Gobernador que dió la primera constitucion provincial y proclamó las garantías y derechos individuales. Débese á su influencia el espíritu liberal que distinguía á los hombres públicos de aquella provincia. Ministro del presidente Rivadavia, y, treinta años despues, vicepresidente de la Confederacion. Miembro

informante del proyecto de la Constitucion que nos rige y presidente de la Corte Suprema, hasta ser jubilado á los ochenta años. Es un tipo de la antigua nobleza colonial, por la elegancia caballeresca y culta de las formas.

CASACUBERTA.—El mas notable artista dramático que haya producido la América. En la retirada del general La Madrid, refugiándose en Chile y atravesando con su division la cordillera cerrada, iba Casacuberta entre los soldados, y sepultado en las nieves durante una noche entera, fué sacado medio muerto al siguiente dia. Ejerció su arte en Chile hasta su muerte. Quienes vieron en esa época á Fédérick Lemaître en Francia pudieron apreciar sus méritos. En Chile contribuyó á dar una alta idea del país que tales artistas producía y de la nobleza de la causa y del patriotismo que animaban á los que la sostenian. La oracion fúnebre pronunciada por Sarmiento sobre su tumba es una biografía del artista y la narracion dramática de los triunfos escénicos que le costaron la vida, agotadas sus fuerzas sensitivas. Casacuberta era una protesta viva contra la barbarie que convertía el teatro en orgías.

CASTELLI.

CASTEX, don Eusebio y don Rufino.—Ayudantes de Lavalle cuyo cadáver salvaron despues de la catástrofe de Jujuy. Don Eusebio estuvo en el ejército de La Madrid y don Rufino con Paz en Caa-Guazú y Vences.

CHENAUT, Indalecio.—De Mendoza. Empezó á servir en 1819 como porta-estandarte del regimiento Núm. 1 de los Andes. Se distinguió en la batalla Punta del Médano, contra Carreras. Todas las penosas campañas del interior contra Aldao, Quiroga, las hizo Chenaut desde alférez hasta coronel. Sirvió en Ituzaingó á las órdenes de Alvear y de Lavalleja; era considerado el brazo derecho del general Paz y adquirió renombre del mejor maniobrista de caballería. Acompañó á Lavalle en sus campañas, mandando el famoso escuadron Mayo. En la defensa de Montevideo figuró como jefe de Estado Mayor, y como edecan de Urquiza hizo la campaña de Caseros. Diputado por Mendoza al primer Congreso de la Confederacion, y diputado á la convencion reformadora de Santa Fe en 1860. La guerra del Paraguay la hizo en calidad de jefe de Estado Mayor

Con meritorias campañas, siempre del lado de la libertad y del derecho, las hizo en calidad de coronel, no obteniendo el grado de general sino en su ancianidad, al encontrarse en la presidencia de la República con un su antiguo ayudante de 1829. Era un carácter desprendido y romanesco, célebre por el espíritu bromista que desplegaba para mistificar en las circunstancias mas graves; como los nobles franceses, gustaba de hacer la guerra alegremente, sin quitar nada á la seriedad de sus concepciones de táctico consumado.

Cobo, Manuel José.—De Mendoza. Nació con el siglo en familia pudiente, introdujo el álamo en Mendoza y era dueño del célebre «Manto de Cobo» en Chañarcillo, donde diz que se cortaba la plata á cincel. Prestó importante y desinteresada ayuda pecuniaria á San Martin para la expedicion de los Andes. Viajó á Inglaterra y se estableció en Buenos Aires, donde fué despojado de todos sus bienes por Rosas, cuyos seides lo amenazaban diariamente, empeñándose don Manuel en quedarse y ofrecer esa resistencia moral del estoico que con no aprobar se expone á todo. Cobo, que fué el albacea de Rivadavia, era el foco de atraccion que reunía á los unitarios que despues de Caseros trabajaban por la union nacional y fué el alma de la Comision Pacificadora. Al declararse la guerra del Paraguay ofreció toda su fortuna al gobierno.

Sus tres hijos presentan los diversos matices de los ricos-homes argentinos de su época, siendo don Juan Cobo uno de los ciudadanos mas meritorios por el desinteres de sus servicios y con mayor foja de servicios sin grado militar, con todas las campañas de su época, desde San Gregorio, Cepeda, Pavon y las provincias. Sarmiento lo nombró ministro de la guerra sin conseguir sacarlo de su empecinamiento en contra de todo empleo público.

Colombres, José Dr.—Diputado por Catamarca al Congreso de 1816. Fué obispo de Salta y ministro varias veces de Tucuman y se atribuye á este prelado el haber introducido en ella el cultivo de la caña de azúcar [1].

---

(1) Facundo, Pág. 165.

CÓRDOBA, doctor Lucas Alejandro.—Cura de Monteros en Tucuman. Patriota entusiasta. Emigró en 1841.

CORTINEZ, Indalecio.—De San Juan. Mandado por su provincia al colegio de Ciencias Morales. Doctor en medicina. Establecióse en Coquimbo con su familia, que es una rama de la de los Carril. En aquella ciudad, donde pocos argentinos estaban establecidos, mantenía las relaciones, que eran activísimas, entre la capital, Copiapó y las provincias argentinas. Su reputacion como médico le precedía, pues la había adquirido ya en su práctica en San Juan.

CORTINEZ, Santiago.—De San Juan. Ha sido el modelo de los contadores mayores de la nacion, y en sus manos la Contaduría Nacional ha contenido despilfarros, en cuanto el derecho y la razon pueden impedir lo inevitable en males que el número y calidad de los cómplices quieren imponer. Ha sido llamado varias veces á desempeñar la cartera de Hacienda, pero concluyendo siempre por ceñir su investidura de contador, para la que fué creado.

CRAMER, Ambrosio.—De París. Teniente coronel del ejército de los Andes. (Nació en París en 1892). Alumno de la escuela militar de nobles de La Fère, hizo sus primeras armas con Napoleon, atravesado de un balazo en la retirada de Pamplona y decorado. Emigró con muchos de los *vieux grognards* que no aceptaban la Restauracion, vino á ofrecer su espada á la causa de la revolucion y fué incorporado al ejército de los Andes con el grado de Mayor por Pueyrredon. Organizó en San Juan el Núm. 1 y el Núm. 8 de infantería, á cuyo frente combatió en Chacabuco. En 1821 fué encargado de una exploracion del Rio Negro, de que existe su informe en la coleccion de Angelis. Retirado como agrimensor en Chascomús, vió desarrollarse la tiranía de Rosas, con el horror que podía causarle á un combatiente de la causa liberal, y fué uno de los jefes de la revolucion del sur en 1839, donde sucumbió gloriosamente.

DEHESA, Ramon Antonio.—De Córdoba. General de la Independencia.

DELGADO, don Agustin y don Francisco.—Ministro de Rivadavia el primero y secretario el segundo de la Inten-

dencia de Valparaiso, vino, á su regreso del destierro, á ser miembro de la Corte Suprema, en cuyas funciones murió á una edad muy avanzada. Don Agustin era uno de los hombres públicos mas adelantados de Mendoza, despues de Godoy Cruz.

Diaz de la Peña, doctor Miguel.—De Tucuman. Mayorazgo de Guazan en Catamarca. Gobernador de Catamarca en 1827, emigró en 1831, y en 1854 fué ministro de gobierno en Tucuman. Patriota abnegado.

Domínguez, Luis.—De Buenos Aires. Autor de una excelente historia argentina, creemos que la primera al alcance de la generalidad. Espíritu tranquilo. Contador mayor y ministro de hacienda nacional. Enviado financiero á Europa y ministro, modelo de laboriosidad y probidad. Gozaba de alta estimacion entre sus contemporáneos y pertenecía al tinte mas moderado. Consagrado á sus estudios históricos, su nombre figura con honor en este ramo que constituye la mas alta Musa de las letras. Dos estrofas de Domínguez insertas en el Facundo lo han preconizado poeta. Parece que se equivocó haciendo estos bellos versos.

Echeverría, Esteban.—De Buenos Aires. (Nació en 1809.) Poeta que pudiéramos llamar clásico por la correccion del lenguaje si su inspiracion no le viniese de las escenas de la Pampa. Su «Cautiva» puede decirse que es la Eneida argentina, y de sus versos, de sus cuadros, se ha inspirado el pincel ó el lápiz de los artistas europeos y americanos. Su carácter entusiasta, su palabra profunda y triste, pues que ya traia el presentimiento de su temprana muerte, hicieron de Echeverría en el sitio de Montevideo como el Enviado fugaz de tiempos mejores. Alma elevadísima por la contemplacion de la naturaleza y la refraccion de lo bello, libre, ademas, de todas aquellas terrenas ataduras que ligan los hombres á los hechos actuales y que suelen ser de ordinario el camino del engrandecimiento, Echeverría no es ni soldado ni periodista; sufre moral y físicamente, y aguarda sin esperanza que encuentren en su patria realidad sus bellas teorías de libertad y de justicia. Es el poeta de la desesperacion, el grito de la inteligencia pisoteada por los caballos de

la Pampa, el gemido del que, á pie y solo, se encuentra rodeado de ganados alzados que rugen y cavan la tierra en torno suyo, enseñándole sus aguzados cuernos.

EGUIA, Manuel.—De Buenos Aires. Ingeniero. Una larga y no interrumpida serie de observaciones metereológicas ejecutadas por el ingeniero Eguia ha permitido al sabio Gould, del observatorio astronómico, establecer las ya sospechadas relaciones entre las manchas del sol que obedecen á un ciclo de once años y los cambios atmosféricos de Buenos Aires. Los seguros marítimos han bajado á consecuencia de poderse calcular las épocas de bonanza ó de mayor intensidad del pampero en el Rio de la Plata.

ELÍAS, Juan.—Coronel de la Independencia. Hizo la campaña del Brasil y la de Lavalle contra Rosas.

ESPEJO, Gerónimo.—De Mendoza. Oficial de la Independencia. Hizo las campañas de Chile, el Perú, el Brasil. Fué de los derrotados en la batalla de la Ciudadela y emigró. Despues de Caseros regresó y fué subsecretario de la guerra, administrador de la aduana del Rosario, inspector general de armas y senador por la provincia de Mendoza. Comentador de las guerras de la Independencia, ha publicado varios libros; entre ellos, una memoria sobre la entrevista famosa de los dos grandes campeones de la Independencia en Guayaquil, San Martin y Bolívar, disipando la leyenda y confirmando la relacion que de boca de San Martin obtuvo Sarmiento en París.

FRAGUEIRO, don Mariano.—De Córdoba. En el destierro fué minero en Copiapó. Economista distinguido. Autor de un libro *Economía Política,* y autor de algunas leyes de comercio y de minería, ministro de hacienda de la Confederacion. Fué el presidente de la Convencion Constituyente Nacional, tenida en Santa Fe para reformar la Constitucion, y, gracias á su energía y tacto, fueron proclamadas por unanimidad las reformas, rechazando á los representantes de Virasoro, sátrapa enviado á San Juan. Sus aires de alta sociedad y su espíritu cultivado le atraían las simpatías generales.

FRÍAS, Félix.—Literato, secretario del general Lavalle. Escritor en Bolivia y en Chile. Cónsul boliviano en Val-

paraíso. Diputado á la Convencion y al Congreso argentino, mostró dotes elevadísimas de orador austero y ardiente. Ministro plenipotenciario en Chile, estableció las bases de la cuestion de límites. Su nombre está mezclado á la tierna leyenda del general Lavalle, cuyos huesos llevó consigo maternalmente á Bolivia para salvarlos del ultraje á que los destinarían los caníbales que sacaron correas del cuero del gobernador Avellaneda. Su patriotismo, como sus ideas religiosas, excitadas por un espíritu apasionado, lo llevaban hasta el fanatismo; pero su moralidad ejemplar y su lealtad de bandera lo hacía el amigo de los que no lo seguían en sus últimas exageraciones ultramontanas.

Frías, José.—De Tucuman. Aceptó el puesto de gobernador de su provincia, despues del triunfo de Quiroga en la Ciudadela para luchar en él hasta el último momento por su partido. Sus bienes fueron saqueados y pudo escapar á Bolivia. Volvió antes de caer Rosas é influyó en la creacion de un gobierno constitucional en Tucuman.

Frías, Uladislao.—De Tucuman. Hijo del anterior. Jurisconsulto. Emigrado en Bolivia desde muy joven, fué estimado en lo que valía y empleado en la administracion pública por el distinguido general Ballivian, quien lo nombró secretario de una legacion al Perú. Diputado al Paraná, gobernador, senador al congreso, ministro de la administracion Sarmiento y miembro de la Corte Suprema, en tantos puestos públicos ha mostrado probidad intachable y una rectitud de juicio que le dan la autoridad del hombre sesudo por excelencia.

Gainza, Martin de.—De Buenos Aires. Desde muy joven siguió al general Paz en su campaña de Entre Rios, anterior al sitio de Montevideo. Mandó un regimiento de caballería en Cepeda y fué mas tarde ministro de la guerra, en cuyo carácter dió la batalla de Don Gonzalo, que acabó con las montoneras de López Jordan, que hizo matar al general Urquiza esperando sucederle como caudillo. El ministro Gainza era un administrador modelo y celoso cumplidor del deber mas severo.

Deja hijos que ilustran su nombre en el foro.

GALVAN, Cándido. — De Buenos Aires. Hijo del general Galvan, de la Independencia, no ha desmerecido del apellido que lleva. Mayor de caballería en Caseros, organizó despues en el sitio de Buenos Aires la poca fuerza de esta arma que tuvo la plaza y dió brillantes combates que le dieron renombre y popularidad que nunca se le ocurrió aprovechar para elevarse.

Tipo caballeresco que va pareciendo raro en épocas cartaginenses.

GARCÍA, Rafael. — De Córdoba. Profesor de derecho civil y despues juez federal. Hombre de gran carácter y virtudes. Maestro de toda una generacion. ( La estatua que sus comprovincianos han levantado á su memoria es el merecido premio por sus trabajos notables como juez y jurisconsulto. )

GARIBALDI. — Como Brown era ingles y almirante de la escuadra argentina al servicio de Rosas, Garibaldi, hasta entonces oscuro, abrazó la causa argentina que se debatía en San Antonio y en las murallas de Montevideo. Es gloria argentina en América, y hasta sus últimos dias llamó á la República, cuya libertad ayudó á salvar, «su patria adoptiva.» La ovacion que cien mil almas le hicieron en Buenos Aires para conmemorar su nombre es la carta de ciudadanía que le dió la presente generacion argentina, ya que no podía como el Uruguay discernirle el título de general. El nombre de Garibaldi es inseparable del de Paz, Alsina, Velez, Mitre y tantos otros, y donde ellos debe estar en muerte como estuvo en vida.

GARMENDIA, José Ignacio de . — Descendiente del alférez real y regidor de Tucuman del mismo nombre. En 1822 fué encargado de una mision á Europa por Rivadavia, presidente del Banco de Buenos Aires hasta ser desterrado por la mazorca. Hombre distinguido, fidalgo á la antigua, ligado con el general Pinto y el presidente de Chile don Aníbal Pinto.

Su hijo, don José I. de Garmendia, conserva la tradicion de la familia en su porte nobiliario y sus gustos distinguidos, siendo de los pocos militares con aficion á las letras, que cultiva con éxito.

Es de recordar aquí que se ligan á esta noble familia

hombres distinguidísimos como Bulnes, presidente de Chile, el doctor Benjamin Paz (de la corte suprema) y el doctor Delfin Gallo, de quien dijimos una vez: « si yo fuera Silla, diría que veo muchos Marios en este joven », porque prometía ser un orador parlamentario modelo y un hombre de estado reposado y progresista.

GARMENDIA, Pedro de. — De Tucuman. Hermano del anterior. Fué ministro del gobierno de San Juan. Gobernador de Tucuman en 1840, despues del pronunciamiento de aquella provincia contra Rosas, perdió todos sus bienes y emigró.

GELLY Y OBES, Juan Andrés. — De Buenos Aires. General. Durante los últimos años de la defensa de Montevideo estuvo al mando de la Legion Argentina, empleo de mucho honor dada la representacion histórica del cuerpo que era como la guardia y la reserva del ejército y la representacion de los argentinos luchando contra su tirano. El dia que el caudillo Rivera logró introducir en la ciudad su influencia, obrando un motin militar en que murió uno de los Vedia, el comandante Gelly, herido, condujo la Legion hacia el puerto, por entre los batallones sublevados que lo dejaron pasar, por homenaje á sus glorias y respeto á sus bayonetas. Gelly iba á la cabeza, con un pie vendado sobre el pescuezo del caballo y espada en mano. Ha sido ministro de la guerra, congresal y mandado ejércitos, sucediendo al Baron Caxias en el del Paraguay y al general Rivas en Entre Rios. En los primeros dias del sitio de Montevideo hacía Gelly la descubierta al frente de la 1ª cuarta de granaderos, de la *Legion Argentina*, por la calle del Cordon, cuando les sale al frente todo el *batallon Maza*, que estaba emboscado. Conmovida su tropa, mandó con voz resuelta y ademan imponente: *Cuarta en línea.* (20 contra 800) Como se necesitaba tenerlos de dos yemas, sólo quedaron á su lado el sargento Malmierca y uno ó dos mas. ¡Oh! émulos de los defensores del puente del Molino de Torres.

Todos saben que, en actividad y perseverancia, el jefe de estado mayor del ejército del Paraguay nada ha tenido que envidiar á Berthier: díganlo sus dormitados ayudantes.

GODOY, Juan Gualberto. — De Mendoza. Poeta satírico de

un raro mérito. Tiene bellísimas composiciones sobre escenas y costumbres americanas. Sus últimos cánticos los consagró á la patria ausente y á levantar el ánimo de los que luchaban. En *La Crónica* se cuentan maldiciones á Rosas y sus satélites, que no se llevaba el viento porque eran lastre del areostático periódico y caían sobre la mesa de los confederados como las palabras del festin de Nabuco.

Godoy era un espíritu esencialmente progresista. En 1811 su iniciativa fué decisiva en la creacion de la industria vinícola en Mendoza. En el destierro se dedicó á la enseñanza. Sus versos formarían un grueso volumen. (1)

Godoy Cruz, Tomas. — Gobernador y colaborador de San Martin en preparar la expedicion de Chile. Uno de los hombres mas avanzados del interior, amigo de Rivadavia. De San Martin tenemos en nuestro poder la siguiente carta autógrafa, que Godoy Cruz nos obsequió en el destierro. Dice así: « Señor don Tomas Godoy Cruz — A bordo del navío San Martin, á la vela 13 de....... 1820 — Mi amigo: No á usted pero sí al pueblo de Mendoza se le puede dar la enhorabuena por su eleccion. Dios le dé acierto. Vamos caminando al último destino de nuestra Independencia; cualquiera que sea mi suerte es y será su mejor amigo *José de San Martin.* »

Gómez, Juan Carlos.—Nunca subscribió el tratado que hizo de la Banda Oriental del Rio de la Plata una nacion distinta de la banda occidental y murió con su noble quimera de la necesaria reunion de la patria grande. Escritor ameno, simpático y concienzudo, desde *El Mercurio* de Valparaíso combatió el buen combate, sosteniendo, con el calor férvido y lleno de corazon de su pluma, la gran causa, la política que constituye, organiza y educa, sin levantar tiranuelos, sin abrir la puerta á la innata anarquía.

En tiempos de ardorosa lucha, despues de Caseros, levantó en alto la bandera del partido liberal, lidiando en la borrasca como un tipo de caballero novelesco, y cuando preludiaba la época cartaginense y el desborde de la riqueza misma, cuyas fuentes, por tanto tiempo cegadas,

(1) *Nota.* — (Han sido publicados en 1889 en un hermoso volumen de 450 páginas

hubimos excavado y hecho brotar á la superficie, Juan Carlos moría en la destitucion mas absoluta y en el abandono y olvido como hombre público.

GORRITI, doctor José Ignacio.—Hermano de don Juan Ignacio. Diputado al Congreso de 1816. Compañero del general Güemes en la defensa de Salta contra los realistas. Gobernador de la misma provincia. Murió en el destierro.

GORRITI, Juan Ignacio. Canónigo. El célebre vicario general de los ejércitos de la patria. Miembro de la junta gubernativa al principio de la revolucion. Diputado al Congreso de 1824 y gobernador de Salta en 1829. Orador notable y autor de un trabajo apreciado en su época: «Reflexiones sobre las causas de las convulsiones de los nuevos Estados americanos.» En 1831 emigró á Bolivia de cuyo gobierno fué considerado. Murió en Chuquisaca en 1842, respetado por sus virtudes.

GORRITI, Juana Manuela.—De Salta. Hermana del canónigo Gorriti, autora de varias novelas que la colocan en el número de los escritores argentinos. Residió largos años en el Perú, y á su regreso solicitó y obtuvo del Congreso una pension vitalicia, con permiso de regresar á Chile.

Su estilo es pulcro y á veces amanerado como el de nuestros escritores del comienzo de este siglo.

GUERRICO, Manuel.—De Buenos Aires. Amigo, y en su juventud protegido de Rosas y guardaba ley al carácter original de aquél, que creía agriado y pervertido por el despotismo. Despues de la muerte del doctor Maza cayó en desgracia por no saber disimular tantos horrores. Una noche escalaron su casa y reconoció al mucamo de Rosas, á quien se lo hizo decir. Dióse por notificado y emigró á París, donde fué el agente de negocios por afecto del general San Martin y el solícito introductor de todo americano distinguido á la sociedad argentina, ú otros servicios. Consagróse á coleccionar cuadros, no siendo raro que encontrase excelentes los mediocres de algunos artistas españoles que no siempre podían pagar su escote en la mesa de madame Guizot, donde comía, á veces, con Cabrera, el terrible guerrillero español.

Vuelto á su país, inició los trabajos del ferrocarril á San José de Flores. Este es el título de Guerrico á la gratitud pública.

Gutiérrez, Juan María.—De Buenos Aires. Hablista; poco dado á la política. Autor de la mas adelantada *Historia de San Martin* y de varios libros de poesía y crítica literaria de autores españoles, en cuya lengua era de castiza y castellana expresion. Poeta, ha dejado excelentes composiciones.

Fué ministro de la Confederacion. Como convencional de Buenos Aires se anticipó á Bradlaugh, no queriendo prestar juramento. Fué rector de la Universidad y jefe del departamento de escuelas.

Tiénesele como el escritor mas castigado de aquellos tiempos, sin pensamiento.

Helguera, Federico.—Miembro del congreso de 1826, y por tal tenido en grande veneracion entre los argentinos en Chile. Su hijo don Federico, primo de los Pintos de Chile, cuya familia, tucumana, ha dado dos presidentes á Chile, servía de intermediario para propagar los escritos de la prensa chilena, entre otros la circular-programa á los gobernadores que contiene el Núm. 19 de *La Crónica*, y que él introdujo furtivamente en la casa de gobierno de Tucuman á riesgo de su vida.

Hornos.—De Entre Rios. General. Personaje notable en las luchas civiles. Rival de Urquiza y de una familia noble y rica. Era el tipo del gaucho argentino: alto, fisonomía noble, europea, movimientos fáciles y andaluzados, valiente y jinete, en las batallas montaba en pelo, á guisa de Centauro. Tenía la religion del triunfo de la libertad y, desterrado, no abandonaba su extremada pobreza ante el llamado de Urquiza, mientras éste no se pronunciase contra Rosas.

La Casa, Pedro.—De Buenos Aires. Autor de algun drama de escaso mérito; pero el biógrafo ardiente del general Lavalle, de quien fué edecan, y á cuyo lado estaba cuando aquél fué atravesado de un balazo, y cuyo cadáver descarnó para salvar el cráneo y la osatura, que, con el secretario Frías, los asistentes, el trompa, que fué mayor

despues, y algunos oficiales, llevaron en fúnebre cortejo á Bolivia.

La Casa tuvo, pues, su parte en la gloria de los derrotados, y una hoja del laurel de trabajos intelectuales que harán por siempre célebre la constelacion de hombres que protestó, hasta castigarlos, contra todos los fautores de la barbarizacion del país.

LAFUENTE, Enrique.

LA MADRID.—De Tucuman. Insigne batallador de los tiempos de la Independencia, de fama legendaria y hechos heroicos. Luchó contra Facundo Quiroga, que invadió á Tucuman, para destrozar los refuerzos que de allí se mandaban al ejército del Brasil, como mas tarde los de San Juan al mando de Stomba y Pedernera, pues era legítima guerra deshonrar nuestras armas por falta de sostenedores, y traer la desmembracion de la patria. La Madrid, como Lavalle, como Paz mismo, no pudieron esa vez contra el levantamiento de los caudillos del degüello (1).

LAMARCA.—De Buenos Aires. Comerciante. Ministro plenipotenciario en Chile y antes presidente de clubs argentinos, que tomaban parte activa primero contra Rosas, despues en las cuestiones constitucionales del lado de la Confederacion.

Fué el diplomático que celebró el tratado de límites con Chile, proclamando el principio de la *arbitracion* final, que es una gloria argentina, pues ha precedido á los tratados norteamericanos é ingleses. Débesele este recuerdo al señor Lamarca.

LAMAS, Andres.—Del Uruguay, establecido en la Argentina. Es una inteligencia argentina anterior á la segregacion del Estado Oriental, y uno de los hombres mas notables formados en el sitio de Montevideo. Mezclado á los asuntos públicos de su patria, desde la edad de quince años, ha servido en el Estado Mayor de Rivera, en la policía, en los ministerios, en las cámaras, en los consejos de gobierno, en los clubs, en la diplomacia, en todo. Escritor notable, poeta correcto, muy dado á los estudios estadís-

(1) Véase en *Civilizacion y Barbarie*. Cap. IV. La descripcion de la batalla del Tala, donde La Madrid quizo rendir él solo á la infantería.

ticos y geográficos, una mezcla de timidez personal y de audacia civil y política. Prestó enormes servicios á la causa de la libertad en su mision al Brasil, logrando hacer de su palabra una garantía para mover ingentes capitales.

Su erudicion es muy grande; ha formado una de las primeras bibliotecas históricas y una coleccion arqueológica americana y, por accidente, egipcia, y valiosas colecciones de manuscritos. Ha publicado diversas obras sobre historia, entre ellas sobre Rivadavia. Como literato é historiador, figura en la fuerte falange de nuestros eruditos. Su obra es abundante y sus elementos muy completos.

Lavalle, Juan.—De Buenos Aires y de una familia nobiliaria en el Perú. El Cid Campeador de los ejércitos de la Independencia. Su nombre llenó toda la América. Bolívar codiciaba aquella fulgurante espada. Desafió en Rio Bamba, á duelo singular, al pie del Chimborazo, al ejército español con sus granaderos á caballo. Llevó el pabellon argentino mas allá del Ecuador.

En la guerra civil fué el caballero andante de la libertad, aunque desafortunado. Con su nombre los reclutas arremetían como veteranos; y su prestigio influenció los corazones de la juventud de Buenos Aires, que formó el escuadron de Mayo.

Lavalle, Rafael.—Eclipsado por la gloria de su hermano Juan, el general, peleó con él, sin embargo, en todos los combates en favor de la libertad y vivió largos años en la tierra prometida.

Las Heras, Gregorio.—De Buenos Aires. El héroe de la batalla de Maipú. Fué gobernador de Buenos Aires. Ardiente enemigo del tirano Rosas; el huésped de los jóvenes escritores argentinos en Chile, López, Sarmiento, Mitre y otros. Su nombre ilustre, en las comisiones de resistencia, era un talisman que bastaba á remover las fibras del corazon de todos los argentinos, pues en aquella lucha, en que perecieron héroes como Lavalle, reñían de nuestro lado los viejos restos de la Independencia, Rodríguez Peña, el canónigo Guiralde, Navarro.

López, Vicente Fidel.—De Buenos Aires, abogado, historiador, lingüista, literato, autor de *Historia Argentina, La*

*lengua Quichua en sus relaciones con la raza Aria, La novia del hereje, La loca de la guardia.*

En Chile, editor del *Heraldo*, redactor de *El Comercio* de Valparaíso.

En la Argentina ministro de instruccion pública, diputado, presidente del banco, rector de la universidad.

Como historiador es el primero que haya basado la relacion histórica en general sobre los documentos existentes que ha consultado ampliamente. Sus novelas son de interes y el motivo tomado de hechos ó tradiciones históricas americanas.

Como hombre de estado vincula su nombre con grandes adelantos económicos é institucionales.

Su hijo, don Lucio V. López, el espíritu mas activo de su época y acaso el mas vastamente preparado de su generacion. Literato notable, crítico de una penetracion y agudeza únicas que lo señalan como una figura expectable tanto para ser objeto de la admiracion como de los recelos.

López, doctor Bernabé.—Abogado distinguido. Ministro de gobierno en Salta, contribuyó á que se pronunciase la provincia contra Rosas. A su vuelta del destierro fué miembro de la Corte Suprema del Paraná, ministro de relaciones exteriores con Urquiza y convencional en 1860.

Machado, Eduardo Rodríguez.—Sargento Mayor.

Madariaga.—De Corrientes. General. De una familia distinguida y cuyo hermano fué asesinado por Rosas. Mandó fuerzas y obtuvo ventajas al servicio del general Paz, cuando éste hacía la campaña de Corrientes contra el general Urquiza, que esquivó el último combate, viendo al general Paz perfectamente acampado, circunstancia que Urquiza recordaba para reconocerle á su adversario dotes militares.

Madero, Juan.—De Buenos Aires. Patriota exaltado y editor del *Comercio del Plata* en Montevideo. El espíritu público encarnado en la figura mas simpática y sonriente, buscando con ojos brillantes donde puede hacerse el bien. Ha escrito un libro con muchos tomos, encuadernado lujosa y artísticamente é ilustrado por numerosas láminas de relieve, retratos, bustos, escenas: la Biblioteca de San Fernando, la única que vive, ese es su libro, la be-

llísima casa consistorial que le suministra salones, la encuadernacion. San Fernando, con sus conciertos, su elegancia, una aldea convertida en lugar de aristocrática reunion por el patriarca del espíritu municipal, es la corona de aquel sol que ilumina con los rayos del alma y del corazon.

Sus hijos conservan la tradicion de la familia; don Eduardo Madero ha dedicado un cuarto de siglo en el empeño casi heroico de construir el puerto que hará imperecedero su nombre. Don Florencio, uno de los ingenios mas festivos, conocedor de todos los chistes de América, que transforma y explota en creaciones originales de inextinguible risa.

MADERO, Francisco. — De Buenos Aires. Soldado del escuadron Mayo del ejército libertador al mando de Lavalle. Emigró en 1841. Ha ocupado varios puestos encumbrados hasta vicepresidente de la República. Patriota sincero y hombre privado, estimado de cuantos lo han tratado.

MANSO, Juana. — Viuda de Noroham. Educacionista, autora del compendio de Historia Argentina para las escuelas; poetiza y propagandista en periódicos de educacion y en meetings públicos de la educacion comun y de los sistemas norteamericanos. El gobierno le encomendó la traduccion de la obra de Lieber, la libertad civil. Murió en la religion protestante y fué sepultada en el cementerio de disidentes. Es una de las pocas mujeres argentinas que han tomado parte en la vida pública.

MÁRMOL, José. — De Buenos Aires. Poeta, novelista, orador elocuente y fácil, en las varias legislaturas, convenciones, de que casi siempre fué miembro. Su *Peregrino* es la mas brillante de sus composiciones poéticas. Su numen el odio á Rosas. Su *Amalia*, novela muy gustada en su tiempo, lleva á todas partes el horror por las escenas de sangre, de barbarie y de violencia de que era teatro Buenos Aires. Sus tipos son reales, y las escenas, si no siempre realísticas, tomadas de la realidad, que, á fuerza de ser brutal, era dramática. Este libro ha tenido el honor de ser plagiado por un literato de nota en Francia.

MARTÍNEZ, Juan Apóstol. — De Santa Fe. General de la Independencia. Militar turbulento y carácter originalísimo.

San Martin decía de él que era un perro rabioso á quien era preciso tener atado hasta el dia de un combate. Pero si en guarnicion era insoportable, en el campo de batalla no conocía rivales; famoso guerrillero, ha hecho hazañas que sobrepasan toda ponderacion. La misma excentricidad de su carácter le daba el arrojo de un furioso. Su carrera principió en 1806 en la defensa de Buenos Aires, siguió en las campañas de Chile, el Perú y el Brasil y tomó servicio en el Uruguay. Para no desmentir su carácter aún en la edad madura, cuando supo el levantamiento en masa de la campaña del sur de Buenos Aires, el general don Juan Apóstol Martínez, sin noticiar á su gobierno y abandonando su puesto y empleo, se embarcó para el sur, donde, aún sin tocar tierra, supo el mal éxito de la revolucion. Había logrado pisar su suelo natal é incorporarse á las fuerzas del general Paz, cuando encontró allí la muerte que había buscado en vano en cien combates gloriosos, ¡pero qué muerte!... ¡degollado!...

Martínez, Ventura. — De Buenos Aires. Dos generales de la Independencia son sus ascendientes inmediatos y el espíritu de aquellos próceres rebullía en él desde la infancia. A los 15 años (1842), era señalado salvaje unitario, y disfrazado de grumete se embarcaba en un barco de guerra francés. Todas las campañas del sitio de Montevideo y subsiguientes figuran en la foja de servicios de este prototipo del soldado ciudadano, caballeresco, desinteresado, de los que salían á campaña costeando sus arreos de guerra cada vez que sus servicios eran requeridos, y volvía á su hogar sin requerir recompensa alguna. Poseía don Ventura toda la confianza del general Paz, quien le confió mas de una mision delicada. Fisonomía de hidalgo, simpática y atrayente, es un repertorio vivo é interesante de todos los incidentes y episodios de las luchas de la patria vieja.

Mitre, Bartolomé. — De Buenos Aires. Ex-presidente. Militar. Ha ejercido todas las magistraturas políticas y tenido rol preponderante en los mas grandes acontecimientos de su época. Escritor en Bolivia, Chile, Uruguay, Buenos Aires. Militar en tres de estos países, con estudio especial de la artillería. Su historia de Belgrano es la de

la República en torno de una de sus mas nobles y honradas figuras; es la apoteósis de la moral política, tan poco seguida y respetada. Es escritor verídico, y como jefe de partido simpático y atrayente, llegando á ejercer hasta fascinacion sobre las masas. Continúa sosteniendo en sus escritos las doctrinas liberales. Es una gran figura argentina.

Moldes, Juan Antonio.— De Salta. «Antiguo y distinguido patriota, que desde 1808 había trabajado en España y Londres por la Independencia americana: vino á su patria en el año 1809, y desde entonces la ha servido en destinos elevados hasta su expatriacion por motivos políticos.» (Zubiría, discursos).

Montes de Oca, Manuel Augusto.—De Buenos Aires. Doctor en medicina. Diputado y senador. Catedrático y director de la escuela de medicina de la República. Padre de una numerosa familia, dos de sus hijos se han consagrado al arte de Hipócrates.

Manuel Augusto Montes de Oca. Diputado á la Legislatura y al Congreso. Autor de varios opúsculos. Fué ministro del gobierno nacional en la época de la conciliacion.

Moreno, Vicente. — De Mendoza. Coronel de la Independencia.

Moreno, D. Francisco.—De Buenos Aires. El joven Moreno, creador del museo antropológico de La Plata, llama nuestra atencion por la *tournure* de su espíritu y su actividad de coleccionista. ¿Quién es su padre? Don Francisco. Ahí va con los compañeros de Garibaldi. El cráneo, pues, se ha ensanchado, como se elevó el de los puritanos preocupados de ideas religiosas.

Moreno, Hilarion María. — De Buenos Aires. Se educó en el colegio de Ciencias Morales y fué empleado en la administracion de Rivadavia. Secretario del general Las Heras. Emigrado en Chile, se dedicó á la enseñanza primaria, colaborando en el gran movimiento de educacion promovido por Sarmiento, y mereció el premio de honor discernido al mejor maestro. Vuelto á su país, fué el primer director de la escuela modelo de la Catedral al Norte.

Han continuado este apellido sus tres hijos: don Enrique, soldado del Paraguay, orador de nota y con brillante

carrera diplomática; don Rodolfo, ingeniero y financista, (y don Hilarion, marino y compositor de música muy popular.)

NAVARRO. — De San Juan. De familia antigua y de carácter romanesco y trágico: Mayor en el ejército del Brasil. Deshecho Lavalle en Buenos Aires por Rosas, con quien hizo las paces, tuvo que ganar los indios en busca de seguridad, pues había sido comerciante de frontera. Casóse santamente y salió á incorporarse al ejército de San Juan, acompañado de un irlandes gaucho, prisionero en 1807 de la Reconquista y de dos mocetones indios, sus cuñados. De la última batalla traía como trofeo la pólvora de un disparo á boca de jarro, incrustada en la cara, lo que le daba el atavío indio de guerra. Emigraba á Coquimbo con ciento cincuenta ciudadanos, huyendo de Quiroga y no se resignaba á tanta humillacion, hasta que, encontrando á Villafañe, general de Quiroga, que á su turno regresaba, salióle al encuentro retándolo á singular combate y atravesólo en su lanza. Regresó á San Luis, juntóse con Príngles, y disputando quien del otro se salvaria en el único caballo que los dos héroes poseían, murieron á manos de Quebracho López, á quien tamaña hazaña valió el gobierno de Córdoba. (1)

NAVARRO, Julian. — De Buenos Aires. Canónigo.

NECOCHEA, Mariano. — Nació en Buenos Aires en 1791, murió desterrado en Miraflores, cerca de Lima, en Abril de 1849. Su cuerpo era acribillado de heridas. La naturaleza había dado al general Necochea las formas y el valor de un héroe griego. Al frente de sus granaderos, sobre su caballo de pelea, habría sido digno modelo del cincel que nos ha dejado el Apolo del Belvedere, así como lo fué de los versos de Olmedo, cuando cayó en Junin agobiado de glorias y de heridas. Para trazar la biografía de Necochea sería preciso escribir la historia militar de tres pueblos. Su mérito como guerrero fué tan grande que sólo San Martin y Bolívar pudieron ser superiores en el campo de batalla. Los laureles que dan sombra á su tumba son los laureles de Chacabuco y Junin, y el nombre de Necochea

(1) Véase el Cap. VII del *Facundo*. (Tomo VII de estas obras.)

es digno de inscribirse dentro del ciclo inmortal que comienza y termina con tales nombres.

OCAMPO, Gabriel.—De La Rioja. Abogado celebérrimo en el foro. Jurisconsulto. Discípulo del dean Fúnes. Autor del Código de Comercio de Chile. Sostenedor del partido liberal en la lucha argentina, del lado de Buenos Aires, en la constitucional. Su reputacion de saber hizo que la Corte Suprema de Chile le consultara varias veces en asuntos arduos. Tenia dos hermanos igualmente doctores en derecho que fueron jueces de letras en Chile. Sus nombres daban realce á la gran causa que se debatía.

OLAZÁBAL, Félix.—General. Con 33 condecoraciones, desde la de *Chacabuco* hasta el *Sol de Pichincha*, mostraba el itinerario de sus campañas. Contuvo con su batallon al ejército realista en las faldas del Cerro, mientras los patriotas se preparaban; y cuando Sucre le ordenó replegarse, al desfilar por delante de los colombianos, hizo alzar á sus soldados las tapas de sus vacías cartucheras.

Pocos, quizás ningun jefe argentino, mandaba con voz mas estentórea, entonacion mas académica y apostura mas militar. Era de los que se retorcían el bigote elevando el codo á la altura del cuello.

Llamado por Rosas, despues de la expedicion al Colorado, para humillarlo, segun costumbre; prevenido de lo acontecido á su hermano Manuel, se presentó al campamento, anuncióse, y como un asistente le diera orden de entrar á la carpa por una puerta, arriba de cuya parte superior estaba cosida una jerga, para que todos entraran encorbados, sacó su espada, rasgó la jerga y tieso se presentó á Rosas.

Emigró, despues, á Montevideo, donde murió en los primeros años del sitio; y donde su honrada familia, para comer, tuvo que vender hasta los diamantes del *Sol de Pichincha !*

OLAVARRÍA, José de — De Buenos Aires. Héroe de la Independencia.

ORO, Domingo.—De San Juan. Sobrino del obispo Santa María de Oro. Secretario del general Alvear, cerca del mariscal Sucre, en Bolivia; amigo del general Mansilla, en Entre Rios, de López, en Santa Fe, y enviado cerca de

Rosas, de quien se separó con estrépito, cuando comprendió su política. Reunido en Chile á los argentinos, él podía darles datos históricos sobre los hechos, y su gracia infinita en el arte de hablar, la amenidad de su trato, han constituído un tipo y un carácter. Fué ministro en San Juan, y por una rara aberracion de espíritu nunca quiso aceptar empleos, ni el de senador, que se le ofrecía. Murió á los ochenta años. (V. *Recuerdos de Provincia.*)

PACHECO, Manuel.—Militar pundonoroso, amante del orden y de la disciplina. Se distinguió en todos los combates de la campaña del general Lavalle, desde el Yeyuá hasta el Quebracho; de cuyo campo fué uno de los últimos que se retiraron. El y Toribio Varela salvaron en Salta al coronel Vega, moribundo ya, de los sicarios de Oribe, que le perseguían; colocándolo en una silla de baqueta que amarraron á dos largos palos, que aparejaron en dos caballos, uno delante y otro detras de la silla; y así, marchando ellos á pie largas jornadas, excusando caminos, ocultaron á Vega en uno de los valles de Salta; no sin las protestas del generoso guerrero que les pedía se salvaran para seguir lidiando contra Rosas.

PAUNERO, Wenceslao.—Del Uruguay, general. Despues de la separacion de aquel Estado continuó en el ejército al servicio de la República. Era, por su reposo y buen servicio, el favorito del general Paz, que prefería á Chenaut sobre Rojo, por estas cualidades, y á mas bulliciosas reputaciones. En Bolivia fué ministro del Uruguay. A su regreso figuró honorablemente en las campañas posteriores hasta la guerra del Paraguay. Ministro de la guerra del presidente Mitre, fué nombrado enviado extraordinario cerca del emperador del Brasil, que lo tenía en mucha estima.

PAZ, José M.—De Córdoba. General reputado el mas estratégico y mas científico de todos los de América. Capitan con Bustos, se incorporó al ejército nacional, y despues de Ituzaingó fué hecho general. Derrotó dos veces á Quiroga, cayendo prisionero en una emboscada cuando emprendía acabar con los dos solos caudillos que estorbaban constituir la República. Derrotó mas tarde en Caa Guazú á las fuerzas de Rosas. Organizó la defensa de Montevideo,

haciendo de esta plaza el inexpugnable baluarte de la resistencia al gobierno absoluto. Cuando se encargó de la defensa de Buenos Aires contra los caudillos de Rosas vencidos en Caseros, pero de nuevo en armas, la confianza quedó restablecida. Las memorias del general Paz han enriquecido nuestra historia con sus juicios sobre los hombres de su tiempo. La estatua ecuestre de bronce que ostenta una plaza de Córdoba es el merecido homenaje á la mas alta virtud, al coraje indomable, á la ciencia del general que honra el martirologio de la libertad argentina ([1]).

PAZ, Carlos.

PEDERNERA, Juan. — De San Luis. Ilustre general de la Independencia. Se alistó muy joven en los granaderos á caballo, distinguiéndose en la batalla de Maipú. A las órdenes de Balcarce hizo la campaña del sur de Chile y despues la campaña del Perú y del Brasil. Durante la guerra civil siguió al general Paz y tomó parte en la batalla de la Tablada y en Oncativo. Expatriado, sirvió en el Perú contra el general Santa Cruz, hallándose en Yungay. En 1840 volvió á la patria por Salta y se incorporó en la cruzada redentora de Lavalle hasta la derrota de Famallá. Hallábase con Lavalle en Jujuy cuando una bala sorprendió al héroe de Rio Bamba y llevó sus restos á Bolivia con Frías. Regresó entonces al Perú y se incorporó á su ejército con el grado de general. En 1855 fué electo senador por su provincia. Se batió en Cepeda á las órdenes de Urquiza y fué un tiempo vicepresidente de la Confederacion. (Murió á los ochenta y cinco años de edad, en medio de la paz y prosperidad que sus grandes hechos lo hacían merecedor á gozar con gloria, y rodeado de la veneracion pública.)

PICO, Francisco.—De Buenos Aires. Abogado. Capitan

---

(1) En el *Facundo*, Cap. V, el autor hace cumplida justicia al general Paz y mas tarde publicó un célebre panfleto titulado *El derecho de ciudadanía en el Estado de Buenos Aires*, para sostener la candidatura de Paz para gobernador de Buenos Aires. Era tan profunda su veneracion por la memoria de aquel gran soldado de la libertad, que nunca nombraba Sarmiento al general Paz, aunque fuera en la intimidad de la familia, sin hacer la venia militar, instintivamente y sin afectacion, como si fuese el gesto obligado y natural que debía acompañar la palabra general Paz... (A. B. S.) —Véase Pág. 290 de este tomo.

en la defensa heroica de Montevideo, cuando se organizó con ciudadanos la resistencia. Miembro del Congreso constituyente, y mas tarde procurador general de la nacion. Sus dictámenes y opiniones sobre diversos puntos del derecho federal forman un volumen, el primero de los que, para fijar estas cuestiones importantes, mandó publicar el gobierno nacional: una serie de estos volúmenes ha establecido la jurisprudencia de la administracion, pues los presidentes en casos dudosos apelan al dictamen del procurador general.

Su hijo, don Francisco Pico, ingeniero distinguido, escritor del partido liberal y hombre moderado y muy estimado.

Piñero, Martin.—De Córdoba. Fundador del *Nacional*. poco despues de Caseros, con el doctor Vélez por redactor. Una frase del primer editorial marcó la política del nuevo diario: «Los pueblos no pueden ser semi-libres y semi-esclavos». Treinta años despues el *Nacional*, con el espíritu de Vélez, con la abnegacion de Piñero, está repitiendo su lema á la generacion que viene, á los reaccionarios que se creen triunfantes. Fué Piñero senador y en las grandes cuestiones se mostró orador del género vehemente. Aplaudiéronle aun los que combatían su puritanismo en cuanto á principios políticos, mostrándose intransigente con las concesiones que el tiempo venía haciendo á los hombres de Rosas y de su sistema. El diario que fundó siguió siendo el diario de la tradicion unitaria con la tradicion y el orden constitucional.

Piñero, Miguel.—De Córdoba. Abogado. Joven malogrado Escritor clásico en Chile, medido en las ideas, casi conservador por instinto, aunque liberal por su ilustracion. Había viajado con Quiroga, cuando éste fué al matadero, y como el doctor Ortiz, estaba relacionado de familia con él, podía dar detalles de aquella tragedia que sirvió para escribir el *Facundo*.

Piran.—General en Caseros, segundo jefe del Estado Mayor del Ejército Grande. El 11 de Setiembre conmemora en la plaza del Popolo, en el Foro Boario de Buenos Aires, hoy, por una ironía sublime, el punto de arranque de los ferrocarriles, el acto que dió á este general su

asiento á la derecha del Padre, que es el derecho, la constitucion de la patria argentina.

Plaza, Pedro R. de la.—De Mendoza. Coronel de la Independencia. Es uno de esos fragmentos de las pasadas glorias, arrojados aquí y allí como escombros de los grandes trastornos volcánicos. Actor y artífice en nuestras mas grandes glorias militares, entró al servicio á los 12 años, asistió á la batalla de Tucuman, combatió contra Artigas, y entre sus laureles entran Chacabuco, Cancha Rayada, Maipú. En esta última jornada mandaba la artillería. Murió en 1856 en Chile, á la edad de ochenta años, rodeado de la veneracion popular.

Su hijo, don Caupolican de la Plaza, tambien desterrado, se había retirado del servicio inválido á los 28 años con tres heridas de bala, recibidas en tres batallas campales.

Portal, Pedro José.—De Jujuy. Comerciante honrado é inteligente. Despues de la emigracion fué dos veces gobernador, dejando renombre de buena administracion.

Portela, Ireneo.—De Buenos Aires. Médico notable, el precursor de las ideas modernas sobre las enfermedades contagiosas, y uno de los primeros de nuestra brillante escuela que, con Pirovano y otros, han realzado la ciencia de curar. Como Ambroise Paré supo curar al duque de Guise, al *balafré*, antes que existiera la cirugía, Portela operó al general Mitre de un balazo en la frente, arrostrando con energía las objeciones y temores. Ambroise Paré, protestante, fué respetado de sus enemigos y salvado por el mismo rey muy católico del masacre de la San Barthélemy, pero á Portela no le valía su ciencia, su integridad, para ser respetado por la mazorca y debió ganar el destierro. Patriota vehemente y carácter exaltado, prestó grandes servicios á la causa de la libertad en la lucha sangrienta primero, desde las murallas de Montevideo, y despues de Caseros en el arduo trabajo de la reorganizacion. Hasta su muerte, (1861), prestó servicios gratuitos en las administraciones de los hospitales, siendo un modelo de probidad y conmiseracion hacia los menesterosos.

Deja hijos dignos de continuar su estirpe.

Posse, José.—De Tucuman. Literato de exquisito gusto é ingenio. Ministro, fiscal, gobernador y rector del colegio nacional. Miembro de la convencion que reformó la constitucion. Sus escritos han ejercido grande influencia en las provincias del norte y su accion no fué indiferente en el triunfo de la presidencia Sarmiento, de Avellaneda y aun del general Roca. Contribuyó mucho á restablecer el gobierno liberal cuando el general Rivas fué enviado á resguardar la frontera boliviana, garantiéndolo contra las persecuciones de un Luna, gobernador.

Empeñado en ejercer su influencia en limitada escena de provincia, nunca consintió en figurar en teatro mas vasto y mas digno de su talento de escritor correcto y original, de su espíritu penetrante é incisivo, y acaso se ha empequeñecido en medio de menudas preocupaciones.

Posse, Wenceslao.—De Tucuman. Comerciante, emigrado á Bolivia en 1841, como otros miembros de su familia. A su regreso á Tucuman se dedicó al cultivo de la caña de azúcar, introduciendo de los primeros la poderosa maquinaria que ha hecho de los ingenios una industria de primer orden. Gobernador de Tucuman en 1867. Administrador de las aguas corrientes en Buenos Aires. Ha fundado una gran fortuna con su progresista trabajo.

Príngles.—No sólo hubiera podido, como Zumalacarregui, agregar al pie de su firma *gran cruz de todas las órdenes*, sino ostentar, ademas, la medalla que el enemigo dió *á los vencidos en Changai*. Treinta y seis condecoraciones cubrían el pecho y los brazos del héroe.

Arrollada por Quiroga, en la Tablada, toda el ala derecha de Paz, mandada por el coronel Madrid, el comandante Príngles, al frente de un escuadron del Núm. 2 de coraceros, dió tan brillante carga, que no sólo restableció el combate, sino decidió la victoria.

En los movimientos militares que siguieron á Oncativo, haciendo un reconocimiento con unos pocos hombres, fué asaltado por fuerzas considerables de Quiroga. Intimáronle rendicion, y blandiendo el acero respondía moribundo: «la espada de Príngles no se ha rendido nunca.»

La plaza de San Luis reclama su estatua á la gratitud argentina.

QUINTANA, José de la.—De Jujuy. Diputado á la Constituyente de 1853. Diputado al Congreso de 1862 y gobernador de Jujuy.

QUIROGA, Isidro.—Rico-home de San Juan.

RAMOS MEJIA — De Buenos Aires. Coronel de la Legion Argentina. Hacendado. El doctor don José María Ramos Mejía aplica á las excentricidades de nuestra historia política, en Rosas, en Monteagudo, Francia y otros tiranuelos, los recientes estudios sobre las aberraciones del espíritu mediante enfermedades físicas. He aquí un joven de talento y de grande estudio que honra el apellido que lleva y dará brillo á su patria.

RICO, Pedro.

RIVERA INDARTE, José.—De Córdoba. (Nació en 1814). Hoy amedrenta y enluta la Historia á cada instante el regicidio. Indarte lo creyó un remedio contra las tiranías, que no mueren de muerte natural nunca. Registró la historia, desde Harmodio y Arostogiton, y los tratados de moral cristiana jesuítica, cuyos casuistas han enseñado el regicidio en materia católica, no un autor sino muchos. Rivera Indarte escribió un libro «Es accion santa matar á Rosas.» Mataron á Florencio Varela. Para Rosas no hubo un Guerri, que sobraron despues de constituirse el país.

RIVADAVIA, Bernardino.—*Leader* de la clase culta que encabezó el movimiento de emancipacion cuando trató de organizar el gobierno. Fué á Europa, y á su regreso, en 1820, planteó en Buenos Aires el sistema representativo, la division y responsabilidad de los poderes y la unidad de las rentas. En 1825, de regreso de Europa otra vez, estando reunido el Congreso, aceptó la presidencia, y en ella inició las grandes reformas que ponían al país al unísono con el mundo liberal de entonces. Extendió á las mujeres la educacion pública, hasta entonces limitada á los hombres. Abdicó ante la sublevacion de los que no querían que se constituyese el gobierno y dejaron estériles las victorias de nuestras armas. Habiéndose ausentado, á su regreso le fué prohibido permanecer, y sólo dos de sus amigos de antes salieron á recibirlo. Murió en la miseria en España, y en su testamento, como Scipion, prohibió que volvieran sus cenizas al seno de la patria.

La generacion que, tras de cruel ostracismo y sangrienta lucha, consiguió implantar la tradicion de Rivadavia, hizo á sus restos cumplida reparacion de los agravios de otra, trayéndolos á la patria y honrando la memoria del mas excelso argentino. Queda para la generacion siguiente el deber imprescindible de levantar su estatua y, con un puñado de la riqueza adquirida mediante las instituciones creadas por su espíritu, hacer de su tumba uno de los altares de la patria.

Roca, Segundo. — De Tucuman. Teniente Coronel. Padre del general y presidente D. Julio A. Roca, cuya figuración es muy expectable.

Rocha, Juan José. — Padre del fundador de La Plata.

Rodríguez, Enrique.—De Córdoba. El primer abogado del foro de Copiapó, jurisconsulto en legislacion de minas, autor del código de minería. Literato clásico, tenido por un gran latinista y muy dado al estudio. En Copiapó estuvo en la vanguardia y era el centro de un grupo de argentinos notables como los Bedoya y otros cordobeses. A su regreso fué gobernador de Córdoba, puesto en que ha dejado honrosos recuerdos.

Rodríguez, Fermin.—De Santa Fe.

Rodríguez, Martin.—De Buenos Aires. Pone fin á la anarquía célebre de 1820 con el auxilio de Rosas, comandante entonces de los colorados de las Conchas. Con Rivadavia emprende la organizacion administrativa del país, reuniendo todas las cajas en una sola, é introduciendo el sistema representativo en la Legislatura. A su muerte, en Montevideo, el almirante Brown hizo en su honor los ciento once disparos de ordenanza para anunciar la muerte de un alto personaje.

Rodríguez Peña, Nicolas.—Peruano. Uno de los principales agentes de la revolucion de 1810, cuyo plan se fraguó en su quinta de los Olivos, que aún subsiste en la calle Callao. Vocal de la 1ª Junta Gubernativa de 1810. Tenido en gran veneracion por los argentinos en Chile y representado en la accion por dos hijos suyos, don Demetrio, educado en Inglaterra y que había sido oficial de secretaría de gobierno en Buenos Aires, y lo era primero del de marina en Chile; y don Jacinto, consocio del coronel

Masa y del doctor Tejedor en la tentativa que costó á Masa la vida por sacudir el yugo; era el joven mas simpático y ardiente por la libertad de su patria.

(Sobre don Nicolas Rodríguez Peña se hallarán mas amplios detalles en el tomo III de estas obras).

Rojo, Posidio.—De San Juan. Abogado. Juez de letras en Chile, y tan acreditado por su saber, que á su muerte su viuda, señora Piñero, de Córdoba, obtuvo pension del Congreso. Su hermano, don Rudecindo, convencional en Córdoba, fué objeto de atroces violencias de Facundo Quiroga. A esta familia pertenecen el doctor Rawson y don Tomas Rojo, que mas tarde se unieron al partido liberal, debiendo recordarse la memoria del doctor Rojo, porque su justificacion, rectitud y ciencia como juez en Chile contribuía á dar prestigio y realce á aquella memorable emigracion argentina.

Rojo, Anselmo.—De San Juan. General. Reputado por el general Paz uno de sus mejores tenientes. En 1830, en San Juan, acometió con siete hombres en línea de batalla á ochenta revoltosos. La misma hazaña repitió contra los Taboada. Salvó á dos provincias, sofocando motines con sólo su serena audacia. Militar formado en la campaña del Brasil y hombre distinguido por su instruccion y virtudes. Fué gobernador de Salta y despues de Tucuman, dejando renombre por su escrupulosidad en el manejo de caudales públicos. Senador al Congreso.

En Chile hubieron emigrados varios de sus hermanos y sobrinos.

Saa, Juan.—De San Luis. Teniente de milicias en 1829 cuando cayó cautivo el general Paz. Emigró con sus hermanos á los indios ranqueles, de los que fué cacique, acaudillando invasiones al país cristiano. Al pasar á Chile, Sarmiento salió á recibirlo. Cuando hubo de intervenir la confederacion en San Juan fué nombrado por Derqui interventor, con Conesa y Paunero por jefes y J. M. Lafuente por secretario. Mas tarde Derqui explicó al ministro Elizalde aquella eleccion, y era que quería por Rodríguez, su pariente, hacerse en Cuyo un apoyo que lo emancipara de Urquiza y de Buenos Aires. Pero la vida salvaje de veinte años había desenvuelto apetitos sanguinarios. Saa hizo

matar ciento veinte jóvenes formados en línea, rendidos, *¡á lanza seca!*

SAAVEDRA.

SALVADORES.

SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, Teodoro. — De Jujuy. Abogado. Miembro conspícuo del congreso que declaró la Independencia. Notable por su ilustracion y firmeza de carácter, ocupó puestos importantes durante la revolucion, y en la emigracion fué rector del colegio de Santa Cruz de la Sierra. Murió en el destierro.

SANTIVAÑEZ, Mariano. — De Jujuy.

SARAVIA, Domingo. — De Salta. Oficial del ejército auxiliar del Perú. Protegió en el destierro á muchos emigrados. Sus hijos han continuado su honrosa tradicion, siendo don David un administrador de aduana modelo y don Carlos María el protocolo viviente de las tradiciones y antecedentes parlamentarios en el puesto de secretario del senado nacional, donde murió.

SARDINAS. — Teniente coronel. Entre muchos hechos gloriosos, se había ilustrado en el terrible combate de Angaco, cargando lanza en ristre al general Hacha, su propio jefe, que amenazaba envolverlo con un escuadron desorganizado. En la retirada del general La Madrid, que atravesó la cordillera cerrada, sepultándose toda la division en la nieve, Sardinas dió pruebas de sangre fría extraordinaria, salvando por su solo ascendiente á la mayor parte de sus compañeros.

SARMIENTO. — De San Juan. General y presidente de la República en 1868. Ministro plenipotenciario á los Estados Unidos. Autor de muchos libros. Ha ejercido todas las funciones públicas. Su aparicion en la escena como escritor en Chile marca una nueva faz en las cuestiones argentinas. Cambia los términos del debate — llamándole lucha de civilizacion y barbarie — de las campañas contra las ciudades. Introduce dos elementos nuevos de reorganizacion: la educacion de las masas populares, y la inmigracion europea. *Argirópolis* convoca en realidad al congreso constituyente, reuniendo en el mismo propósito unitarios y federales. Despues de Caseros se separa del

vencedor, á quien una batalla mas ganada no hace mas constitucional en sus formas. Separado Buenos Aires, trabaja por la union. Constituidos y morigerado por la resistencia el caudillo, consagra su vida á la educacion, pues la emigracion es un rio que marcha. Realiza en el gobierno todo el programa anterior á Caseros y continúa su accion desenvolviendo y aclimatando principios é ideas liberales.

Sarratea, Mariano de. — De Buenos Aires. Educado en Inglaterra, toma parte en Corrientes en la resistencia á la irrupcion bárbara. Varios escritos de Chile contra la tiranía llevan su nombre. Su casa era el centro de la escogida sociedad argentina y ayudó con su fortuna á los trabajos de propaganda. Encargado de negocios, durante la discusion de la cuestion de límites con Chile, prestó importantes servicios, merced á sus relaciones con los miembros del gobierno y el respeto que inspiraba su carácter. Su accion en obsequio de su país abraza desde 1843 hasta 1880, en que la buena inteligencia quedó establecida entre su patria y la de sus hijos, como lo decía felizmente en un documento.

Solá, Manuel. — Gobernador de Salta en 1840, prestó servicios de importancia á la causa contra Rosas. Emigró despues de Famallá. Gobernador de Salta y constituyente del 1860.

Sotello.

Suárez.

Thompson. — Argentino naturalizado, como Brown y otros. Coronel de los ejércitos de la Independencia.

Todd, José María. — De Salta. Hizo la campaña del Brasil. Comerciante. Fué gobernador de Salta en 1862.

Tejedor, Carlos.—De Buenos Aires. Jurisconsulto, autor del Código de Procedimientos y criminalista. Escritor en el *Progreso* de Chile, recordándose eruditas polémicas sobre la Iglesia y el Estado. Diputado, ministro de la nacion y procurador general. Ultimamente como gobernador de Buenos Aires, resistiendo en forma irregular contra una política condenable, trajo la nacionalizacion de la ciudad

de Buenos Aires. Hombre notable por su patriotismo y talento y la pureza de sus intenciones.

URIBURU, Dámaso.—De Salta. Hombre de mucha instruccion, publicista distinguido en Bolivia. Senador al Congreso del Paraná y encargado de negocios en Bolivia, donde murió.

VARELA, Juan Cruz.—De Buenos Aires. Discípulo del dean Fúnes. El mas severo de los poetas argentinos en su tiempo, supo mantenerse original sin apartarse de los grandes modelos; es el Quintana del Rio de La Plata: así como éste rejuveneció la lira española, llamando á la independencia y cantando la invencion de la imprenta, así Varela introdujo nuevos asuntos dignos de la musa moderna, entonando odas sublimes á los actos de beneficencia pública, á las empresas de reforma social, y particularmente flagelando al fanatismo, enemigo que persiguió encarnizadamente durante su vida entera. Fué diputado al Congreso que debió reunirse en Córdoba el año de 1816; secretario del Congreso de Buenos Aires hasta su disolucion; oficial primero en una de las secretarías de Estado. Redactó muchos periódicos durante las administraciones Rodríguez, Las Heras y Rivadavia; el *Centinela*, el *Tiempo*, el *Granizo* y el *Patriota*, desde los calabozos de la cárcel general de policía, despues de haber salvado la vida, merced á la entereza de su espíritu, en tiempo del gobernador Dorrego, cuya marcha retrógrada atacaba con burlas que todos conservan en la memoria como muestra de chiste y de agudeza ática. Murió desterrado en Montevideo, ocupado de una traduccion en verso de la Eneida, cuyos dos primeros cantos dejó concluidos y limados con el esmero que le era característico (1).

VARELA, Florencio.—De Buenos Aires. Editor del *Comercio del Plata* en Montevideo, hasta morir asesinado en su puesto. Pertenecía á una familia de poetas como Juan Cruz y Rufino. Era el *leader* del partido liberal y su porta-voz, aceptado por los viejos que habían dado la constitucion, aceptado por los jóvenes que morían á centenares en las

(1) Sarmiento hizo una edicion de lujo, bajo el título de *La Eneida en el Plata*, con los trabajos de Varela y del Dr. Vélez.—(*N. del E.*)

trincheras de Montevideo. Reunía las mas serias cualidades de talento é ilustracion á un espíritu ameno y entusiasta. Poseyendo las lenguas modernas, manteniase en contacto con el cuerpo diplomático y la marina europea; estuvo en Francia y obtuvo la amistad de Thiers y otros personajes que citaban sus opiniones en los debates parlamentarios. En contacto con Sarmiento, de Chile, no repugnaba la traslacion de la capital para alejar la manzana de la discordia. El *Comercio del Plata* era en Montevideo la segunda línea de defensa, las ideas y el patriotismo. No fué tomada.

VARELAS.—Poetas menores de aquella familia de Gracos que dió á las musas poemas y tragedias clásicas, pechos y gargantas al martirio.

*Don Mariano.*—Ministro de la provincia y de la nacion. Se halló adolescente en Caseros. Redactor largos años de *La Tribuna*, orador notable y negociador honrado del empréstito de treinta millones.

*Héctor.*—Escritor y espíritu cosmopolita. En sus buenas épocas, lleno de chispa y de inteligencia, ha agotado el bombo de la prensa, creando él mismo la palabra bombo, ya que existía bombástico.

*Rufino.*—Espíritu reposado y escritor lleno de brillo, aunque parco. Economista y estadista.

*Luis V.*—Espíritu inquieto, *touche á tout,* y lleno de erudicion.

*Juan Cruz.*—Poeta travieso y comerciante eximio.

Una rama de esta familia, estableciéndose definitivamente en Montevideo, ha revivido en sus hijos don Pedro José y don Jacobo, transformando los propósitos del patriotismo de raza segun las necesidades de la época. Don Pedro José Varela fué el apóstol de la educacion primaria y muere de fatiga sobre la brecha en que deja sus viajes á Estados Unidos, su obra de educacion y la Enciclopedia que contiene en seis volúmenes cuanto se ha pensado sobre la materia. Don Jacobo, inspector general de escuelas, como don Florencio en el *Comercio del Plata*, ha tomado el mando de la falange y sigue en el Uruguay la obra argentina.

VIAMONTE, Juan José.—De Buenos Aires. Gobernador en-

tre el primer término de Rosas y la expedicion al desierto, de donde volvía, como César de conquistar las Galias, á pisotear los últimos restos de libertad. Ya los que se creian federales empezaban á comprender que se trataba sólo de impedir que se regularizara el gobierno. La Legislatura bajo su gobierno trazó el proyecto de Constitucion, cuyo primer artículo es lo único federal que contiene. Rosas regresó con la suma del poder público, y tras unas elecciones en que fueron llamados *lomos negros* los caudillos, tuvieron que tomar el camino del destierro Viamonte, Portela, Uri y los progresistas del partido federal, como los girondinos al advenimiento de Robespierre con la Montaña.

VEDIA, Julio de.—El general. Del Uruguay. Hijo del general Vedia Nicolas que figura en la revolucion de la Independencia y miembro de la familia del general Mitre, á cuyo lado figura, lo mismo que el general don Emilio Mitre y el coronel del mismo apellido. Ha tenido el mando de diversos cuerpos de línea; mandó un ejército en Entre Rios y fué director de la Escuela Militar.

VÉLEZ SARSFIELD, Dalmacio.—De Córdoba. El primer jurisconsulto y primer economista argentino. Autor del derecho público eclesiástico, del Código de Comercio, del Código Civil y Alvarez anotado. Traductor de la Eneida, corrigiendo errores aceptados. Autor de muchas leyes de comercio libre y fundador del Banco, bajo un plan suyo y á que Buenos Aires debe el rápido desarrollo de su riqueza. Abogado célebre en el foro. Negociador de la paz con Urquiza. Ministro de la provincia y de la nacion, senador y convencional, siendo célebres sus discursos propendiendo á la union, como sus escritos en *Los Debates* y en *El Nacional,* y su oratoria en las sesiones de Junio contribuyeron á levantar la opinion pública. Uno de los hombres mas eminentes que haya producido la América española.

VEGA.—General. Español, teniente en las tropas que conducía la Esmeralda que adhirió á la causa americana. Dió las batallas de Tafin y de Niquivil contra los Aldao, derrotando y haciendo prisionero al coronel don Francisco. En ese encuentro, en 1829, entre las batallas de la Tablada y de la Laguna Larga, aparece el nombre del ayudante

Sarmiento como edecan del general en la batalla de Niquivil, segun la biografía de éste publicada en Paris. Fué minero feliz en Copiapó y ha dejado una numerosa familia.

Vega, Niceto.—Coronel. Distinguíalo la caballerosidad mas abnegada. Cuando el batallon en que servía don Félix Olazábal se sublevó en el Callao, y éste penetró á la fortaleza con el propósito de volver á sublevarlo en favor de la patria, descubierto, fué tomado prisionero; Vega se presentó una mañana con bandera de parlamento, solicitando hablar con el jefe del Callao. «Teneis prisionero, le dijo, al capitan Olazábal. Es mi amigo y compañero de armas; casado con una señora cuyo amor la ha traido hasta nuestro campamento. Solicito reemplazarlo como prisionero, asumiendo todas las responsabilidades que pesen sobre él. Tengo el mismo grado, y respecto á reputacion militar (única vez que pronunció esta frase) tomad los informes que os plazca.» Hiciéronse las indagaciones, y pocas horas despues la hidalguía española conducía en libertad hasta las líneas patriotas á los dos capitanes argentinos.

Mandó la ala izquierda en el Quebracho, y cuando jadeante alcanzó á Lavalle con los últimos restos que se retiraban *del campo del honor*, «sálvese, le dijo, yo sostendré la retirada; usted es, quizás, el único general que nos queda para pelear á Rosas.» Las fatigas del dia, los combates de retaguardia, le produjeron los vómitos de sangre que acabaron su vida. Antes de expirar, en los valles de Salta, dejó como disposicion testamentaria «que si la nacion no tenía, en adelante, como pagarle sus sueldos de la independencia, sus hijos no los cobraran.»

Videla, don Pablito.—Coronel, de Mendoza. Teniente coronel, entrado cadete al ejército de los Andes. Hombre de estatura tan exígua y tan bien compartido y hermoso que, no obstante su barba negra cerrada y el brillo de sus ojos inteligentes, parecía un niño, cuyas facciones tenía. Dentro de aquel gracioso cuerpecillo se guardaba una alma enérgica, como lleva la abeja un aguijon terrible. Tomó parte en todos los encuentros con las montoneras en San Luis y Mendoza, y habiendo regresado de

Copiapó, acudió, desde Mendoza acompañado de don Arístides Villanueva, el joven Squerra y otros, en auxilio de San Juan en la fatal jornada de la «Rinconada». Lanceado, su cabeza fué paseada en el campamento, bella como un Antinous, á quien Hadriano hubiera divinizado. El que la cortó fué fusilado en San Juan; era un antiguo mazorquero de la policía de Buenos Aires.

VILLEGAS, Jacinto.—Artillero en el Quebracho. Escribió un interesante folleto describiendo los tormentos que Rosas hizo sufrir á todos los prisioneros del Quebracho, entre los que él se encontraba.

Encargado de negocios argentinos en Montevideo, durante algunos años, y nuestro ministro en la corte del Brasil, distincion merecida á sus servicios y sacrificios por la causa de la libertad, y á la dignidad personal que siempre lo ha distinguido.

VIDELA CASTILLO, José.—General. Hizo las campañas de Chile, del Perú y del Brasil. Derrotado en la Ciudadela, emigró á Bolivia, donde estableció un ingenio de azúcar.

VILLAFAÑE, Benjamin.—De Tucuman. Escritor distinguido, secretario del general La Madrid en su campaña á Cuyo de 1841. En el destierro se dedicó á la enseñanza. Ministro de gobierno en Salta y en Tucuman, fué gobernador de la última en 1861, senador al congreso y rector del colegio nacional de Tucuman.

IGARZÁBAL, Rafael M.—De Córdoba. Emigró en 1847. Volvió despues de Caseros. Abogado.

ZAPATA, Martin.—De Mendoza. Abogado. Miembro, á su regreso, del Congreso constituyente de 1852 en Santa Fe, como lo habia sido de las comisiones de guerra contra Rosas.

Su hermano, don Manuel, abrió uno de los mas afamados y concurridos colegios de educacion secundaria en Santiago, pues era reconocida y aceptada la aptitud de los argentinos para la enseñanza, que ejercieron Zapata, Gutiérrez, López, Sarmiento, Moreno, Cabezon y otros muchos.

ZAVALETA.—De Tucuman, canónigo. Como los Agüero,

Fúnes y otros muchos sacerdotes, daban grande realce á la revolucion y justificaban la reforma religiosa emprendida por Rivadavia. El canónigo Zavaleta con el doctor Vélez fué enviado hacia Cuyo, donde imperaba la soldadesca y á la sazon Facundo Quiroga, á fin de propiciarlos en favor de la Constitucion dada. Es penoso el recuerdo de la patética escena en Mendoza presentada por tan insignes oradores, hablando ante un pueblo simpático y encadenado.

Zavalía, Salustiano.—De Tucuman. Abogado notable. Influyó en el pronunciamiento de aquella provincia contra Rosas. Emigró al Perú, donde ejerció su profesion con éxito. Hombre de progreso y meritorio. Constituyente en 1853, senador en el Paraná, gobernador de Tucuman en 1860, senador al Congreso nacional. Tuvo parte importante en la organizacion de su provincia y redactó su constitucion.

Su hijo, el doctor don Salustiano Zavalía, largos años redactor de *La Nacion*, ha actuado en situaciones influyentes en la política nacional, se ha hecho estimar de sus adversarios mismos por la buena fe de sus móviles y la amenidad de su trato, al que no es ajeno la distincion de su dilettantismo artístico.

Zorrilla, Marcos S.—De Salta. Abogado, notable por su talento é ilustracion. Discípulo del dean Fúnes. Designado á las asechanzas de la barbarie por sus servicios y capacidad, tuvo que emigrar despues de la Ciudadela. Se dedicó á la enseñanza y murió de rector del colegio de Junin en Chuquisaca.

Su hijo don Benjamin, hombre político importante, ministro del interior en 1880, supo hacer influir la ecuanimidad de su espíritu reposado en medio de acontecimientos aciagos. En él han revivido los conatos educacionistas del padre, dedicándose á la administracion de escuelas que Sarmiento dejó vacante y dejando una serie de palacios escolares que pudieran hacer el orgullo de la capital mas civilizada del mundo.

Zuviría, Facundo.—De Salta. Abogado de talento y renombrado por su elocuencia. Periodista en Bolivia y autor de trabajos estimados reunidos en dos tomos, « Dis-

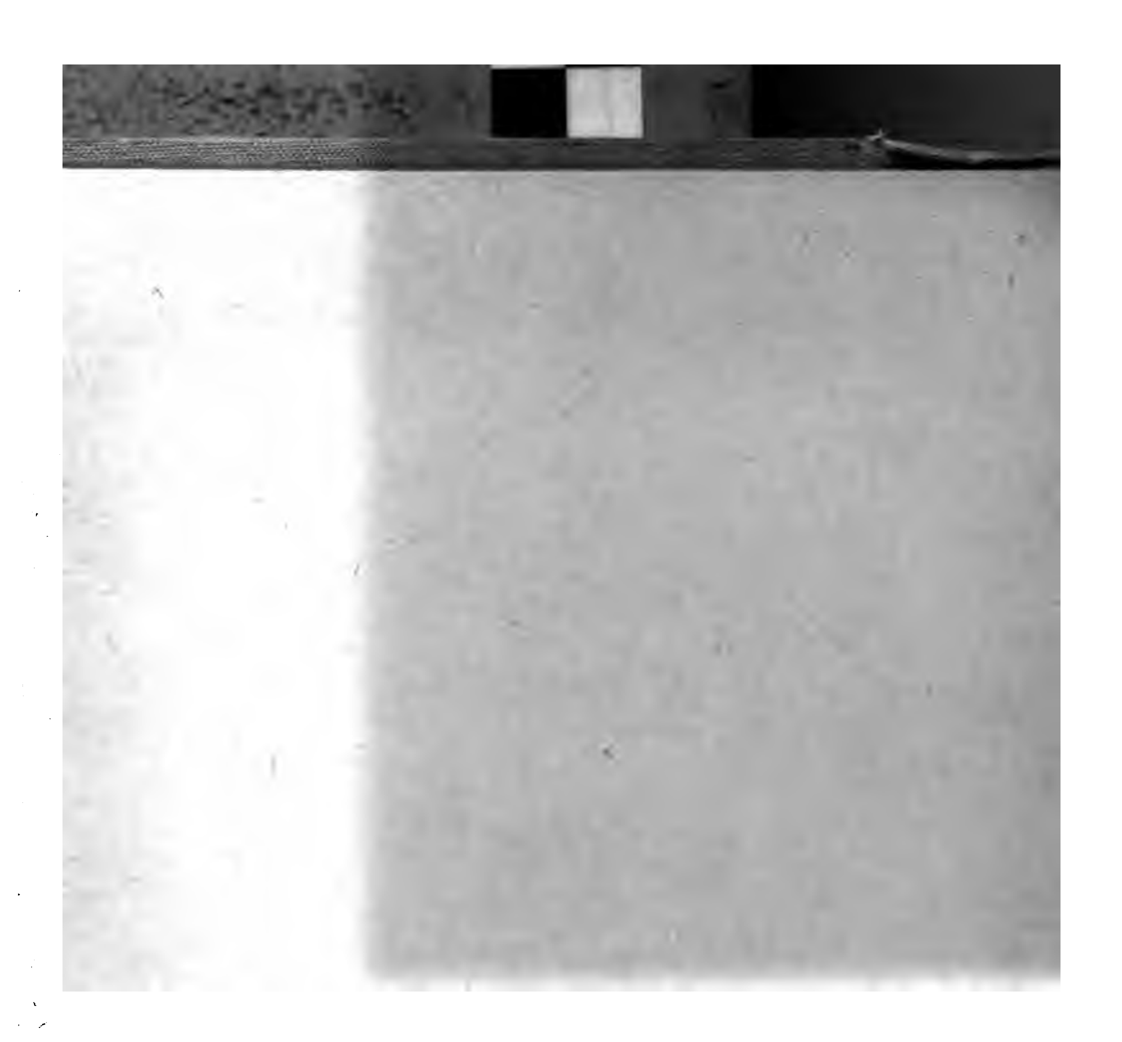
cursos y escritos políticos» y «Discursos morales y filosóficos». Diputado al Congreso constituyente de 1853, fué uno de sus presidentes. Ministro de relaciones exteriores de la Confederacion con don Salvador María del Carril y don Mariano Fragueiro.

Ha quedado representado dignamente por cinco hijos, que se han consagrado á la magistratura.

WILDE.—Médico en la campaña de Caseros.

WRIGHT, Francisco.—De Buenos Aires. Editor y redactor del *Nacional* del Uruguay durante el sitio, en cuya época murió. Era el hijo del primer ingles que se hizo ciudadano argentino y tuvo que emigrar como representante de los *lomos negros*, la denominacion brutal que dió Rosas á los que no aceptaron su *marca colorada*, á quienes honró con el merecido título de lomos colorados. Se le llamó popularmente *Uri* y ha dejado un hijo que sería en Londres ó en Nueva York uno de los mas honorables *detectives* ó pesquisadores, habiendo obtenido del Banco medallas conmemorativas por sus inteligentes servicios. El gobierno lo separó de la policía, creyéndolo demasiado ciudadano y no bastante compadre.

---



# ÍNDICE DEL TOMO XIV

